



MARY
ELIZABETH
BRADDON

*El secreto
de lady
Audley*

Lectulandia

¿Cuál es el misterio que encierra la hermosa y encantadora Lady Audley? Admirada por hombres y mujeres, esta mujer bella, fascinante y manipuladora —una Lucrecia Borgia contemporánea—, guarda un secreto. Este lado oscuro será investigado y desenmascarado por Robert Audley, aristócrata apático y egoísta, provisionalmente convertido, casi a su pesar, en detective. A través de la intriga y el análisis psicológico de los personajes asistimos a un mundo de lujo y vanidad, pasiones y amor romántico, pero también de traición, demencia y muerte.

Lectulandia

Mary Elizabeth Braddon

El secreto de Lady Audley

ePub r1.0

lenny 14.05.15

Título original: *Lady Audley's Secret*

Mary Elizabeth Braddon, 1862

Traducción: Mercè Diago Esteva & Abel Debritto Cabezas

Retoque de portada: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado al muy honorable sir Edward Bulwer Lyton, Baronet,
parlamentario, doctor en Derecho Civil y escritor.
En profundo agradecimiento por la inestimable ayuda prestada a la autora
para la escritura de esta novela.

VOLUMEN I

Capítulo I

Lucy

Se encontraba en lo más profundo de una hondonada, repleta de frondosos bosques y pastos abundantes, a la que se llegaba a través de un paseo de tilos, flanqueado a ambos lados por prados, donde el ganado observaba al paseante de forma inquisidora por encima de los elevados setos, preguntándose tal vez por el motivo de su paso por aquellos parajes, ya que no existía otro camino y sólo lo tomaban quienes se dirigían a Audley Court.

Al final de este paseo arbolado había un viejo arco y una torrecilla con un reloj absurdo y desconcertante ya que contaba con una única manecilla, que pasaba directamente de una hora a la siguiente y, por tanto, sólo marcaba las horas en punto. Una vez atravesado dicho arco se accedía directamente a los jardines de Audley Court^[1].

Allí el paseante encontraba una extensión de césped bien cuidado, salpicado con grupos de rododendros que crecían con una perfección desconocida en el resto del condado. A la derecha se encontraban los huertos, el estanque de peces y una zona de árboles frutales bordeada por un foso seco y un muro medio derruido, más grueso que elevado en algunos puntos y recubierto en su totalidad por hiedra trepadora, uva de gato amarilla y musgo oscuro. A la izquierda se extendía un amplio camino de grava por el que, años atrás, cuando el lugar había sido la sede de un convento, las silenciosas monjas habían caminado cogidas de la mano; se alzaba también un muro bordeado por espalderas y ensombrecido en uno de los lados por imponentes robles que impedían ver el paisaje llano, circundando la casa y los jardines a modo de refugio sombrío.

La casa estaba orientada hacia el arco y ocupaba tres lados de un patio interior. Era muy antigua, tenía un trazado muy irregular y estaba llena de recovecos. Las ventanas eran desiguales: algunas pequeñas, otras grandes; los parteluces de algunas eran de piedra sólida y tenían los cristales de colores vivos, mientras que las endeble celosías de otras vibraban con el menor golpe de viento; otras eran tan modernas que parecían haber sido instaladas el día anterior. Tras los gabletes puntiagudos se alzaba un buen número de chimeneas aquí y allá, que estaban tan deterioradas por el uso y el paso del tiempo que parecía que se desplomarían en cualquier momento, si no fuera por la hiedra descuidada que, trepando por las paredes hasta llegar a su punto más elevado, se enrollaba a ellas y ayudaba a sostenerlas. La puerta principal estaba medio oculta en la esquina de una torrecilla situada en uno de los ángulos del edificio, como si se escondiera de las visitas peligrosas y quisiera mantenerse oculta en secreto. No obstante, se trataba de una puerta noble, antigua, de roble, tachonada

con clavos de hierro de cabeza cuadrada y tan gruesa que, cuando se la golpeaba con la aldaba de hierro macizo, emitía un sonido sordo, razón por la que el visitante tocaba una campana que pendía de un rincón entre la hiedra, para evitar que el ruido de la llamada penetrara en la fortaleza.

Un lugar espléndido y con solera, un lugar que dejaba extasiados a los visitantes, que les hacía anhelar un cambio en sus vidas que les permitiera permanecer allí para siempre, contemplando los estanques de peces y contando las burbujas mientras las carpas se asomaban a la superficie; un paraje en el que se decía que la Paz había fijado su residencia, donde había posado su mano reconfortante en todos los árboles y plantas; en los estanques quietos y en los senderos tranquilos, en los rincones umbríos de las estancias anticuadas, en los asientos profundos, bajo las ventanas de cristales pintados, en los prados bajos y los paseos majestuosos; incluso en el pozo de agua estancada, fresco y protegido como el resto de elementos que componían el lugar, oculto entre los arbustos de detrás de los jardines, con una manivela que nunca se había accionado y una cuerda perezosa tan podrida que el balde se había separado de ella y caído al agua.

Un lugar majestuoso, tanto en el interior como en el exterior, un lugar magnífico, una casa donde era inevitable perderse en caso de osar recorrerla a solas; una casa cuyas habitaciones no se comunicaban entre sí, pues cada estancia desembocaba en una cámara interior que conducía a una angosta escalera que llevaba a una puerta la cual, a su vez, trasladaba precisamente a la parte de la casa que uno creía que estaba más alejada; una casa que no podía ser obra de ningún arquitecto mortal sino fruto del afán de ese viejo pero eterno constructor: el Tiempo, quien, añadiendo una habitación al año y suprimiendo otra, eliminando ahora una chimenea de la época de los Plantagenet y levantando otra de estilo Tudor; derribando parte de un muro sajón ahí y permitiendo que se erigiera un arco normando en otro lugar; incluyendo una hilera de ventanas angostas y elevadas durante el reinado de Ana y añadiendo un comedor de acuerdo con las costumbres de Jorge I de Hanover a un refectorio construido en la época de Guillermo I el Conquistador, se las había ingeniado, a lo largo de unos once siglos, para levantar una mansión que no tenía parangón en todo el condado de Essex. Por supuesto, en una casa como aquella no faltaban las cámaras secretas: la hija del actual propietario, sir Michael Audley, había descubierto una de ellas de forma fortuita. Una tabla del suelo crujió bajo sus pies en el gran cuarto infantil donde jugaba; así fue como se dieron cuenta de que estaba suelta y, al levantarla, encontraron una escalera que conducía a un supuesto escondrijo situado entre el cuarto infantil y el techo de la habitación de abajo. Era una cámara secreta tan minúscula que quienquiera que se hubiera ocultado allí habría tenido que permanecer en cuclillas o completamente tumbado en el suelo, aunque fuera lo suficientemente grande como para dar cabida a un extraño arcón antiguo de roble tallado, medio lleno de vestiduras de sacerdotes que se habían escondido, sin duda durante aquella época cruel en la que la vida de un hombre corría peligro si se descubría que había dado

cobijo a un sacerdote católico o había permitido la celebración de una misa en su residencia.

El amplio foso exterior estaba seco y recubierto de hierba, los árboles frutales que se cernían sobre él con ramas retorcidas y enmarañadas dibujaban sombras fantásticas en la pendiente verde. En el interior de este foso, como ya he mencionado, se encontraba el estanque de peces: un manto de agua que ocupaba gran parte del jardín y a lo largo del cual se extendía una avenida llamada «de los tilos»; era un sendero tan apartado del sol y del cielo, tan protegido de los ojos de los curiosos, gracias a la cobertura que proporcionaba el arco formado por las copas de los árboles, que parecía el lugar perfecto para reuniones secretas o entrevistas indiscretas; un lugar en el que se podía urdir una conspiración o guardar la promesa de un amante con el mismo celo, si bien estaba a veinte pasos escasos de la casa.

Al término de esta oscura arcada donde crecían los arbustos, medio enterrado entre la maraña de ramas y maleza, se encontraba la rueda herrumbrosa del viejo pozo que ya he mencionado. Sin duda había resultado útil en su momento; quizá las atareadas monjas habían extraído el agua fresca con sus delicadas manos, pero ahora había caído en desuso y parecía poco probable que alguien de Audley Court supiera si el manantial se había secado o no. No obstante, por mucho que el paseo arbolado invitara al recogimiento, no creo que se utilizara en alguna ocasión para fines románticos. A la caída de la tarde, sir Michael Audley solía pasear arriba y abajo fumando un habano, con el perro siguiéndole de cerca, mientras su joven y bella esposa caminaba alegremente junto a él. No obstante, al cabo de unos diez minutos el baronet y su acompañante se cansaban del susurro de los tilos, de la calma del agua, escondida bajo las hojas abiertas de los nenúfares, y del horizonte verde con el pozo derruido al fondo, y regresaban entonces al salón blanco donde milady interpretaba maravillosas melodías de Beethoven y Mendelssohn hasta que su esposo se adormentaba en el sillón.

Sir Michael Audley tenía cincuenta y seis años y se había casado en segundas nupcias tres meses después de su quincuagésimo quinto cumpleaños. Era un hombre de gran envergadura, alto y corpulento, con una voz sonora, bonitos ojos negros y barba blanca, la cual le otorgaba un aspecto venerable que a él le disgustaba sobremanera, ya que había sido un hombre muy activo en su juventud y uno de los jinetes más valientes del condado. Había permanecido viudo durante diecisiete años al cuidado de su única hija, Alicia Audley, que ahora contaba con dieciocho años, y a quien no le agradaba lo más mínimo la idea de la llegada de una madrastra a la casa. La señorita Alicia había sido la reina indiscutible de la casa paterna desde su más tierna infancia, se había hecho cargo de las llaves, haciéndolas tintinear en los bolsillos de su mandil de seda, las había perdido entre la maleza o dejado caer al estanque, aparte de provocar todo tipo de problemas al respecto desde el inicio de su adolescencia, y con el agravante de que se había engañado a sí misma con el convencimiento absoluto de que durante todo aquel tiempo ella era quien se había

hecho cargo de la casa.

Sin embargo, el reinado de la señorita Alicia había llegado a su fin y ahora, cuando pedía algo al ama de llaves, ésta le decía que antes debía consultar a milady, o que preguntaría a milady y que, si ella accedía, sus deseos se verían cumplidos. Así pues, la hija del baronet, que era una amazona excelente y una artista de gran talento, pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, cabalgando por los caminos verdes y haciendo bosquejos de los hijos de los campesinos y de los mismos labradores, del ganado y de todo tipo de animales que se cruzaban en su camino. Se opuso con una determinación inquebrantable a entablar la más mínima relación amistosa con la joven esposa del baronet y, por afable que milady fuese, a ésta le resultó prácticamente imposible vencer los prejuicios y antipatía de la señorita Alicia o convencer a la rebelde muchacha de que no le había infligido crueldad alguna contrayendo matrimonio con sir Michael Audley.

Lo cierto es que, al casarse con sir Michael, lady Audley se había convertido aparentemente en una privilegiada, pues había celebrado una boda de las que tienen muchas probabilidades de granjear a una mujer las envidias y odios de su propio sexo. Había llegado a aquella zona como institutriz de la familia de un médico de un pueblo cercano a Audley Court. Nadie sabía nada de ella a excepción de que había respondido al anuncio que el señor Dawson, el médico, había insertado en el *Times*. Venía de Londres, y la única referencia que aportó fue la de una señora de una escuela de Brompton, donde había trabajado de maestra. Dicha referencia, no obstante, era tan favorable que fue suficiente, y el médico contrató a la señorita Lucy Graham para ser la institutriz de sus hijas. Su preparación era tanta y tan buena que parecía extraño que hubiera respondido a un anuncio de trabajo por el que se ofrecía una remuneración tan modesta como la que especificaba el señor Dawson. Pero a la señorita Graham su situación parecía satisfacerle por completo, y enseñó a las muchachas a tocar sonatas de Beethoven y a inspirarse en la naturaleza para pintar al modo de Creswick^[2], y cruzaba el aburrido y apartado pueblo hasta la humilde y pequeña iglesia tres veces cada domingo, y parecía tan satisfecha que daba la impresión de que su única aspiración en el mundo fuera hacer aquello el resto de su vida.

Quienes se percataron de esta costumbre la explicaron diciendo que estar alegre, contenta y satisfecha, cualesquiera que fuesen las circunstancias, era propio de su naturaleza afable y discreta.

Dondequiera que fuera parecía llevar consigo la alegría y la luminosidad. En las humildes casas de los pobres su rostro brillaba como si de un rayo de sol se tratase. A veces pasaba un cuarto de hora hablando con una anciana con la misma expresión satisfecha ante la presencia de la vieja desdentada que si estuviera escuchando los halagos de un marqués; y cuando se marchaba sin dejar nada (pues su reducido salario no le permitía mayor benevolencia), la anciana se deshacía en elogios seniles sobre su gracilidad, belleza y bondad, elogios que nunca dedicaba a la mujer del

párroco, quien le proporcionaba la mitad de su comida y vestimenta. Lo cierto es que la señorita Lucy Graham tenía la suerte de poseer ese mágico poder de fascinación gracias al cual una mujer es capaz de cautivar con una palabra o embriagar con una sonrisa. Todo el mundo la amaba, la admiraba y la adulaba. El muchacho que abría la puerta de cinco barrotes que ella encontraba en su camino corría a contarle a su madre lo hermosa que era y la dulzura con la que le había dado las gracias por su insignificante servicio. El sacristán de la iglesia que la acompañaba hasta el banco del médico; el párroco que contemplaba los claros ojos azules levantados hacia su rostro mientras predicaba un sencillo sermón; el mozo de la estación de ferrocarril que a veces le llevaba una carta o un paquete y que nunca esperaba propina; su patrón, las amistades de éste, sus alumnas, el servicio; todos, cualquiera que fuese su condición, convenían en afirmar que Lucy Graham era la joven más agradable que había pisado la faz de la tierra.

Tal vez fuera ésta la idea que penetró en las silenciosas estancias de Audley Court, o quizá fuera la visión de su bello rostro observando desde el banco elevado del médico cada domingo por la mañana. Fuera lo que fuera, no cabía duda de que sir Michael Audley sintió un repentino deseo de conocer mejor a la institutriz del señor Dawson.

Bastó con lanzar una insinuación al honorable médico para que éste organizara una pequeña fiesta a la que fueron invitados el párroco y su esposa y el baronet y su hija.

Aquella apacible velada marcaría el destino de sir Michael. No podía resistirse más a la delicada fascinación de aquellos ojos azules claros y enternecedores, a la belleza grácil de su cuello esbelto y cabeza ligeramente inclinada, a la profusión de rizos blondos que le caían en forma de cascada, a la musicalidad de su dulce voz, a la armonía perfecta que invadía toda su hermosura y hacía que todo en esa mujer resultara doblemente encantador. Así pues, tampoco se resistió a su suerte. ¡El destino! ¡Vaya, ella era su destino! Nunca antes había amado. ¿Acaso su matrimonio con la madre de Alicia no había sido sino un trato aburrido y precipitado, concertado para aumentar el patrimonio de una familia que hubiera podido prescindir perfectamente del mismo? ¿Qué había sido su amor por su primera esposa, sino una chispa endeble, lastimera, constante, demasiado pálida para extinguirse y demasiado débil para arder? Esto sí que era amor, este fervor, este deseo vehemente, esta impaciencia, esta vacilación incierta y mísera; ese cruel temor de que su edad supusiera una barrera infranqueable para su felicidad, el odio enfermizo que sentía por su barba blanca; el deseo desesperado de volver a ser joven, con su reluciente cabello azabache y la cintura marcada como la había tenido veinte años atrás; aquellas noches en vela y los días melancólicos, deliciosamente solazados si por azar vislumbraba su dulce rostro tras las cortinas de la ventana al pasar delante de la casa del médico; todos aquellos síntomas daban muestra de la verdad y no hacían más que poner en evidencia que, a la madura edad de cincuenta y cinco años, sir Michael

Audley había contraído esa terrible enfermedad llamada amor.

No creo que durante el cortejo el baronet se planteara un solo momento que su riqueza o posición le ayudaran a tener éxito en su cometido. En caso de que lo pensara, descartaba la posibilidad encogiéndose de hombros. Le resultaba doloroso en exceso pensar un instante si acaso que alguien tan adorable e inocente valorara hasta ese punto una mansión o un viejo título nobiliario. No, sus esperanzas se centraban en el hecho de que, con toda probabilidad, ella había llevado una vida de trabajo duro y de falta de independencia, y como era muy joven (nadie sabía su edad exacta pero parecía contar con poco más de veinte años), no habría mantenido una relación con nadie y que él, al ser el primero que la cortejaba, ya fuera dedicándole sus atenciones o protegiéndola con generosidad, con un amor que debería recordarle al del padre que había perdido, y con un instinto protector que acabaría convirtiéndolo en alguien imprescindible para ella, se ganaría su joven corazón y obtendría de su amor espontáneo y primerizo la promesa de su mano. Sin duda se trataba de un sueño muy romántico, mas no por ello podía considerarse imposible. A Lucy Graham no parecían disgustarle las atenciones que le dedicaba el baronet. No había nada en su comportamiento que recordara el artificio banal empleado por una mujer que desea conquistar a un hombre acaudalado. Estaba tan habituada a ser objeto de admiración por parte de todos, ricos y pobres, que la conducta de sir Michael no le impresionaba en exceso. Es más, era viudo desde hacía tantos años que sus paisanos no se planteaban que pudiera volver a contraer matrimonio. Sin embargo, al final la señora Dawson habló con la institutriz sobre el tema. La esposa del médico estaba sentada en el cuarto de estudio trabajando mientras Lucy retocaba unos bosquejos en acuarela de sus alumnas.

—Sabe, mi querida señorita Graham —dijo la señora Dawson—, creo que debería considerarse una joven sumamente afortunada.

La institutriz levantó la cabeza, que solía inclinar, y observó sorprendida a su patrona al tiempo que se apartaba los rizos de la cara. Tenía los rizos más hermosos del mundo, suaves y ligeros, que siempre le acariciaban el rostro y formaban una aureola dorada alrededor de su cabeza cuando la luz del sol se filtraba por ellos.

—¿A qué se refiere, mi querida señora Dawson? —inquirió mientras mojaba el pincel de pelo de camello en el color aguamarina húmedo de la paleta y lo disponía con esmero antes de dar una delicada pincelada púrpura a fin de animar el horizonte del boceto de una alumna.

—Pues, querida, me refiero a que en su mano está convertirse en lady Audley, en la señora de Audley Court.

Lucy Graham dejó caer el pincel sobre la tela y se le ruborizó hasta la raíz del cabello; a continuación empalideció hasta tal punto que la señora Dawson pensó que jamás la había visto tan lívida.

—Querida, no se alarme —instó la esposa del médico para calmarla—, ya sabe que nadie le pide que se case con sir Michael si no lo desea. Por supuesto que sería un

enlace espléndido; él posee una renta magnífica y es un hombre sumamente generoso. Usted disfrutaría de una muy buena posición, que le permitiría hacer buenas obras; pero, como he dicho, debe usted actuar de acuerdo con sus sentimientos. Sólo quiero que sepa una cosa y es que si las atenciones que le dedica sir Michael no son de su agrado, entonces no resulta demasiado honesto que le dé esperanzas.

—¡Sus atenciones... darle esperanzas! —musitó Lucy como si las palabras la desconcertaran—. Le ruego que no siga, señora Dawson. No tenía la menor idea de esta situación. Es lo último que se me habría ocurrido.

Apoyó los codos sobre la mesa de dibujo que tenía delante, se cubrió el rostro con las manos y pareció reflexionar al respecto. Llevaba una delgada cinta negra alrededor del cuello con un relicario o una cruz, o tal vez una miniatura, sujeto a la misma pero, fuera lo que fuera, siempre quedaba oculto bajo el vestido. En una o dos ocasiones, mientras pensaba en silencio, separó una mano de la cara y jugueteó inquieta con la cinta, agarrándola con un gesto rayano en el enfado y dándole la vuelta una y otra vez entre los dedos.

—Creo que algunas personas nacen para ser desdichadas, señora Dawson —declaró al cabo de unos minutos—. Yo me consideraría demasiado afortunada si me convirtiera en lady Audley.

Pronunció esas palabras con tanta amargura que la esposa del médico la miró sorprendida.

—¡Desafortunada usted! —exclamó—. Creo que es la última persona del mundo que debería hablar así; usted, que es una criatura tan llena de vida, feliz, que irradia alegría dondequiera que va. No sé qué vamos a hacer si sir Michael nos priva de su presencia.

Tras esta conversación hablaron a menudo sobre el tema y Lucy nunca mostró emoción alguna cuando el baronet manifestaba su admiración por ella. En la familia del médico se daba por supuesto que cuando sir Michael le propusiera matrimonio, la institutriz accedería discretamente. Es más, los sencillos Dawson habrían considerado poco menos que una locura que una muchacha pobre rechazara una oferta como aquella.

Así pues, una brumosa tarde de junio sir Michael, sentado frente a Lucy Graham junto a una ventana del pequeño salón de los Dawson, aprovechó la oportunidad para plantear el asunto que le tenía en vilo cuando la familia se ausentó por casualidad de la estancia. Empleando pocas pero solemnes palabras ofreció su mano a la institutriz. Le habló de una forma y en un tono casi conmovedores, medio reprobándole, a sabiendas de que no tenía demasiadas posibilidades de ser el elegido de una mujer joven y hermosa y rogándole que lo rechazara, aun sabiendo que le rompería el corazón, antes de aceptar su proposición sin amarle.

—Apenas conozco mayor pecado, Lucy —afirmó con solemnidad—, que el de la mujer que se casa con un hombre al que no ama. La tengo en tan gran estima, amada mía, que por mucho que mi corazón la desee y por muy amargo que me resulte pensar

en su rechazo, no me agradaría en absoluto que cometiera usted tal pecado para contentarme. Si mi felicidad dependiera de tal acto, lo cual no podría ser, nunca podrá ser —repitió de todo corazón—, nada sino el sufrimiento podría derivarse de un compromiso matrimonial cuyas razones de ser no fueran el amor y la verdad.

Lucy Graham no estaba mirando a sir Michael, sino al ocaso neblinoso y al paisaje borroso que se extendía al otro lado del pequeño jardín. El baronet intentó verle la cara pero ella estaba de perfil y no vislumbró la expresión de sus ojos. Si hubiera podido, habría advertido una mirada anhelante que parecía ser capaz de adentrarse en la oscuridad de la lejanía y contemplar un mundo que se encontraba más allá.

—Lucy, ¿me ha oído?

—Sí —repuso la joven con gravedad; no fríamente ni denotando que sus palabras la hubieran ofendido.

—¿Y qué me responde?

Lucy no apartó la mirada del campo ensombrecido y permaneció en silencio unos minutos; luego, volviéndose hacia él, presa de un arrebató repentino que iluminó su rostro con una belleza renovada que el baronet percibió incluso en la penumbra que los rodeaba, cayó de rodillas a sus pies.

—¡No, Lucy, no, no! —exclamó él con vehemencia—. ¡Aquí no, aquí no!

—¡Sí, aquí, aquí! —respondió ella. La extraña pasión que la embargaba hizo que su voz sonara aguda y penetrante, no elevada en exceso sino prodigiosamente clara—. ¡Aquí y en ningún otro lugar! ¡Qué bondadoso es usted... qué noble y generoso! ¡Amarle! ¡Cielos, qué idea! ¡Hay mujeres, cuya belleza y bondad son cien veces superiores a las mías, que lo amarían profundamente, pero me pide demasiado! ¡Me pide demasiado! Recuerde lo que ha sido mi vida hasta el momento; recuérdelo. Desde mi nacimiento no he visto más que pobreza. Mi padre era todo un caballero; inteligente, cultivado, generoso, apuesto... pero pobre. Mi madre... prefiero no hablar de ella. Pobreza y más pobreza, sufrimiento, tribulaciones, vejaciones, penurias. Usted no puede ni imaginárselo; usted pertenece a ese grupo de personas para quienes la vida es un lecho de rosas, ni se imagina lo que gente como yo ha tenido que soportar. Así pues, no me exija tanto. Es imposible que sea desinteresada; no puedo cerrar los ojos ante las ventajas que ofrece un matrimonio como éste. ¡No puedo, no puedo!

Más allá de su turbación y de su apasionada vehemencia, había algo indefinido en su actitud que alarmó ligeramente al baronet. Ella seguía a sus pies en el suelo, agachada más que de rodillas, con el ligero vestido blanco ceñido al cuerpo, el cabello rubio cayéndole sobre los hombros, sus grandes ojos azules brillando en la penumbra y agarrando con las manos la cinta negra que le rodeaba el cuello, como si la estrangulara.

—¡No me exija tanto! —repetía una y otra vez—. He sido egoísta desde la infancia.

—Lucy, Lucy, hable claro. ¿Le desagrado?

—¿Desagradarme usted? ¡No, no!

—¿Entonces ama usted a otro hombre?

Se rió en voz alta al oír la pregunta.

—No amo a nadie en el mundo —respondió.

Le agradó oír su respuesta pero sus palabras y la extraña risa le crisparon los nervios. Permaneció en silencio unos momentos y luego habló no sin cierto esfuerzo.

—Bueno, Lucy, no seré exigente en exceso. Debo admitir que soy un viejo romántico, pero si no le desagrado y no ama a nadie más, no veo por qué razón no podríamos formar una pareja feliz. ¿Está usted de acuerdo, Lucy?

—Sí.

El baronet la levantó en sus brazos y le dio un beso en la frente; acto seguido, tras desearle las buenas noches con rapidez, salió de la casa.

Lo hizo sin detenerse, aquel viejo tonto, porque en su corazón latía una emoción muy fuerte, que no era júbilo ni una sensación de triunfo sino algo próximo a la decepción; un deseo insatisfecho y contenido que le inundaba el corazón, como si llevara un cadáver en el pecho. Llevaba el cadáver de la esperanza que había muerto al oír las palabras de Lucy. Ahora todas las dudas, temores y tímidas aspiraciones se habían desvanecido. Debía resignarse, al igual que otros hombres de su edad, a casarse gracias a su fortuna y posición.

Lucy Graham subió despacio las escaleras que conducían a su cuarto, situado en la última planta de la casa. Colocó la débil vela sobre la cómoda y se sentó al borde de la cama blanca; quieta y pálida como los ropajes que la rodeaban.

—Se acabó la falta de independencia, se acabaron los trabajos pesados, se acabaron las humillaciones —se dijo—, todos los rastros de mi antigua vida se esfumarán, todas mis señas de identidad serán enterradas y olvidadas, excepto esto, excepto esto.

Todavía no había apartado la mano izquierda de la cinta negra que llevaba al cuello. La separó de su pecho mientras hablaba y miró el objeto que de ella pendía.

No era un relicario, ni una miniatura ni una cruz: se trataba de un anillo envuelto en un trozo de papel oblongo en parte impreso y en parte manuscrito, amarillento por el paso del tiempo y arrugado después de tantas dobleces.

Capítulo II

A bordo del Argus

Lanzó el extremo del habano al agua y, apoyando los hombros en los macarrones, contempló las olas ensimismado.

—Qué tediosas son —declaró—, azul y verde y opalino; opalino y azul y verde; durante un rato pueden resultar entretenidas, pero tres meses viendo olas resultan excesivos, sobre todo... —No intentó terminar la frase; sus pensamientos parecieron interponerse en sus palabras y transportarlo a miles de kilómetros de distancia—. ¡Pobre pequeña, qué contenta estará! —murmuró a la vez que abría la caja de puros y examinaba su contenido con gesto cansino—. ¡Qué contenta y qué sorprendida! ¡Pobre muchacha! ¡Después de tres años y medio, seguro que se sorprenderá!

Era un hombre joven de unos veinticinco años, con la tez bronceada por las horas pasadas al sol, que poseía unos hermosos ojos pardos cuyas pestañas negras transmitían una expresión un tanto afeminada; la barba y el bigote bien poblados ocupaban la totalidad de la parte inferior del rostro. Era alto y corpulento; vestía un traje gris holgado y un sombrero de fieltro que le cubría con despreocupación el cabello negro. Se llamaba George Talboys y era uno de los pasajeros de los camarotes de popa del distinguido buque *Argus*, cargado de lana australiana, que realizaba el trayecto Sydney-Liverpool.

Había muy pocos pasajeros en la zona de popa del *Argus*. Un viejo vendedor de lana de regreso a su país natal con su esposa e hijas, tras haber hecho fortuna en las colonias; una institutriz de treinta y cinco años que volvía a su país para contraer matrimonio con un hombre con quien hacía quince años que estaba prometida; la nostálgica hija de un vinatero australiano, enviada a Inglaterra para completar su educación, y George Talboys eran los únicos pasajeros que viajaban en primera clase.

El tal George Talboys era el alma del barco; nadie sabía quién o qué era ni de dónde venía pero agradaba a todo el mundo. Se sentaba en el extremo de la mesa y ayudaba al capitán a hacer los honores a la hora de la cena. Descorchaba las botellas de champán y tomaba vino con todos los presentes, contaba historias divertidas y se echaba a reír con tal júbilo que había que ser un desconsiderado para no reír por mera solidaridad. Era mano ganadora en la especulación y en el *vingt-et-un*^[3] y en todos los juegos de cartas, que mantenían al pequeño círculo reunido bajo la lámpara del camarote tan concentrado en la inocente diversión que podría haberse desatado un huracán en el exterior sin que ellos se percatasen; aunque reconocía sin reparos que carecía de talento para el *whist*^[4] y que no distinguía el caballo de la torre en un tablero de ajedrez.

A decir verdad, el señor Talboys no era un caballero culto. La pálida institutriz

había intentado hablar con él sobre la literatura del momento y George se había limitado a acariciarse la barba y a mirarla atentamente comentando alguna que otra vez «¡Ah, sí!» y «¡Claro, sí!».

* * *

La joven nostálgica, de vuelta a su país para completar su educación, había intentado hablarle de Shelley y Byron y él se había reído en su cara, como si la poesía fuese motivo de broma. El vendedor de lana lo tanteó sobre sus ideas políticas pero no parecía demasiado versado en ese tema, así pues le dejaron actuar a su antojo, fumar sus habanos y charlar con los marineros, holgazanear en los macarrones para contemplar el mar, y hacerse el simpático con todo el mundo a su estilo. Sin embargo, cuando el *Argus* se encontraba a unos quince días de distancia de la costa de Inglaterra todo el mundo advirtió un cambio en George Talboys. Se impacientó y su estado de ánimo se tornó inestable; a veces estaba tan alegre que en el camarote no dejaban de oírse risas, pero en otras ocasiones se mostraba taciturno y pensativo. Por mucho que fuera el pasajero predilecto de la tripulación, los marineros acabaron hastiados de responder a sus continuas preguntas sobre el momento previsto de llegada a tierra. ¿Faltaban diez, once, doce o trece días? ¿El viento soplaba a favor? ¿A cuántos nudos por hora navegaba el barco? Entonces caía presa de un arrebato y empezaba a dar patadas en cubierta, gritando que aquél era un viejo barco destartalado y que sus propietarios eran unos estafadores por anunciar que el *Argus* era un buque rápido^[5]. No estaba acondicionado para el transporte de pasajeros, ni preparado para albergar a seres vivos impacientes, provistos de corazón y alma; lo habían diseñado para ir repleto de pacas de lana que muy bien podían pudrirse en el mar sin por ello provocar consecuencias irreparables.

El sol se estaba poniendo tras las olas cuando George Talboys encendió un habano aquella tarde de agosto. Diez días más, le habían dicho los marineros aquel mismo día, y avistarían la costa inglesa.

—Desembarcaré en el primer bote que nos recoja —exclamó—. Alcanzaré la orilla en una barquichuela. ¡Diantre, si es necesario nadaré hasta la playa!

Sus amigos de la zona de popa, a excepción de la pálida institutriz, se mofaban de su impaciencia y ella se limitaba a suspirar cuando observaba al hombre: irritado por el lento transcurrir del tiempo, apartando la copa sin apenas haber probado el vino, dejándose caer sin sosiego en el sofá del camarote, subiendo y bajando la escalera de cámara para contemplar las olas.

Cuando el aro rojizo del sol desaparecía en el horizonte, la institutriz subió las escaleras del camarote para darse un paseo por cubierta mientras el resto de los pasajeros permanecían abajo degustando una botella de vino. Se detuvo al llegar a la altura de George y, junto a él, contempló el cielo del oeste teñido de rojo.

La dama era muy callada y reservada, apenas participaba de las diversiones del

camarote, nunca reía y era parca en palabras; pero ella y George Talboys habían entablado una buena amistad a lo largo de la travesía.

—¿Le molesta el humo del habano, señorita Morley? —preguntó al tiempo que se lo apartaba de los labios.

—En absoluto; por favor, no deje de fumar. Sólo he venido a admirar la puesta de sol. ¡Qué tarde tan agradable!

—Sí, sí, hay que reconocerlo —respondió él con impaciencia—, ¡pero qué lentitud, qué lentitud! Diez interminables días más y diez tediosas noches más hasta que desembarquemos.

—Sí —convino la señorita Morley exhalando un suspiro—. ¿Preferiría que faltara menos?

—¿Que si lo preferiría? —exclamó George—. ¡Por supuesto! ¿Usted no?

—No demasiado.

—¿Pero no hay nadie aguardándola en Inglaterra? ¿No hay un ser amado esperando su llegada?

—Eso espero —repuso con gravedad. Permanecieron en silencio un buen rato, él fumando el habano con una ansiedad frenética, como si pudiera acelerar la velocidad del navío con su propia impaciencia; ella observando distraídamente la débil luz con melancólicos ojos azules: ojos que parecían haberse marchitado de tanto leer libros de letra apretada y de tantos bordados intrincados; ojos que quizá también se habían avejentado un poco derramando lágrimas secretas durante las horas muertas de tantas noches solitarias.

—¡Mire! —exclamó George, señalando de forma repentina hacia una dirección distinta a la que miraba la señorita Morley—, ¡hay luna llena!

Ella alzó la vista hacia la pálida luna con un rostro casi igual de pálido y blanquecino.

—Es la primera vez que la vemos. ¡Tenemos que pedir un deseo! —exclamó George—. Yo sé qué deseo voy a pedir.

—¿Cuál?

—Que lleguemos pronto a nuestro destino.

—Mi deseo es que no suframos una decepción al llegar —declaró entristecida la institutriz.

—¡Una decepción!

Empezó a hablar como si estuviera sorprendido y le preguntó a qué se refería al hablar de decepción.

—Resulta obvio —se apresuró a responder gesticulando con sus delicadas manos—. Me refiero a que a medida que se acerca el fin de este largo viaje voy perdiendo la esperanza y me embarga el temor enfermizo de que al final nada sea como esperaba. Tal vez los sentimientos de la persona con quien voy a reunirme hayan cambiado para conmigo; o que sus viejos sentimientos pervivan hasta el momento en que me vea y entonces todo se esfume al contemplar mi pobre rostro pálido porque debe saber,

señor Talboys, que me consideraban una muchacha agraciada cuando me embarqué en dirección a Sydney, quince años atrás; o que quizás el mundo le haya cambiado tanto que se ha convertido en una persona egoísta y materialista, y que tal vez lo que le interese de mí sea el capital que he ahorrado durante estos quince años. También podría haber muerto. Quién sabe si estará bien hasta, pongamos por caso, una semana antes del desembarco y en la última semana caiga enfermo y muera una hora antes de nuestra llegada al río Mersey. Pienso en todas estas cosas, señor Talboys, represento las escenas en mi mente y me angustian veinte veces al día. ¡Veinte veces al día! —repitió—. ¡Qué digo, mil veces al día!

George Talboys había permanecido inmóvil, con el habano entre los dedos, escuchándola con tanta atención que, cuando pronunció las últimas palabras, relajó la mano y el cigarro cayó al agua.

—Me sorprende —continuó ella, más para sus adentros que para su interlocutor—, me sorprende, volviendo la mirada atrás, de lo ilusionada que estaba cuando embarcamos; entonces no pensaba en decepciones sino que recreaba la alegría del reencuentro, imaginaba las palabras exactas que nos diríamos, el tono de nuestras voces, las miradas; pero durante el último mes de travesía, día a día y hora tras hora, me siento acongojada y mis ilusiones se desvanecen y temo el final tanto como si supiera a ciencia cierta que me dirijo a Inglaterra para asistir a un funeral.

El hombre cambió repentinamente de actitud y se volvió de lleno hacia su acompañante con expresión preocupada. Bajo la tenue luz, ella advirtió que se había quedado lívido.

—¡Qué necio he sido! —exclamó, golpeando uno de los lados de la barandilla con el puño—. ¡Qué necio soy al asustarme por esto! ¿Por qué me cuenta todas estas cosas? ¿Por qué me asusta de esta manera cuando me dirijo a mi hogar para estar con la mujer que amo; con una muchacha cuyo corazón es tan sincero como la luz del cielo, y en quien no espero encontrar más cambio que el que uno puede esperar del amanecer del día siguiente? ¿Por qué intenta sembrar mi mente de dudas cuando me dispongo a reencontrarme con mi amada esposa?

—Su esposa —puntualizó ella—, eso es distinto. No hay motivo por el que usted deba compartir mis temores. Yo voy a Inglaterra a reunirme con un hombre con quien me prometí hace quince años. Entonces él era demasiado pobre para contraer matrimonio y, cuando me ofrecieron un puesto de institutriz para una rica familia australiana, le convencí de que me dejara aceptarlo para darle la oportunidad de hacerse un lugar en el mundo sin impedimentos de ningún tipo, mientras yo ahorraba un poco de dinero para colaborar económicamente cuando iniciáramos nuestra vida en común. Nunca pensé que permanecería en Australia tanto tiempo, pero la suerte no le ha sonreído en Inglaterra. Esta es mi historia y quizás ahora comprenda mis temores. No tienen por qué influirle. El mío es un caso excepcional.

—El mío también —manifestó George con impaciencia—. Le digo que mi caso también es excepcional aunque le juro que, hasta este momento, nunca había

albergado ese tipo de temores con respecto a mi vuelta a casa. Pero está usted en lo cierto; sus miedos no tienen nada que ver conmigo. Ha estado usted ausente durante quince años; durante ese tiempo pueden pasar todo tipo de cosas. Por lo que a mí respecta, precisamente este mes se cumplen tres años y medio de mi partida de Inglaterra. ¿Qué puede haber ocurrido en tan poco tiempo?

La señorita Morley lo observó con una sonrisa lastimera, sin articular palabra. Su pasión febril, la frescura e impaciencia de la naturaleza de él le resultaban tan extrañas y nuevas que lo miró con un sentimiento de admiración y pesar a la vez.

—¡Mi preciosa mujercita! ¡Mi dulce, inocente, amada mujercita! ¿Sabe usted, señorita Morley —preguntó con su optimismo característico—, que dejé a mi mujercita dormida, con un bebé en sus brazos, y con nada más que unas pocas líneas garabateadas para explicarle por qué su fiel esposo la abandonaba?

—¡La abandonaba! —exclamó la institutriz.

—Sí. Yo era corneta^[6] en un regimiento de caballería cuando conocí a mi querida mujer. Estábamos acuartelados en un aburrido pueblo costero donde mi amada vivía con su anciano padre, oficial de marina a medio sueldo; un farsante redomado, más pobre que Job^[7], y siempre dispuesto a no dejar escapar una buena oportunidad. Enseguida me percaté de todas las mezquindades que utilizaba para intentar atrapar a uno de nosotros para casarlo con su bella hija. Vi todas las lamentables, despreciables y palpables trampas que tendió a los grandes dragones. Vi las intenciones que se escondían tras sus cenas aparentemente refinadas y su vino de Oporto, su hablar educado con respecto a la grandeza de su familia, su orgullo e independencia fingidos, y las lágrimas también fingidas que derramaban sus ojos ancianos cuando hablaba de su única hija. Era un viejo borracho hipócrita y estaba dispuesto a vender a mi pobre niña al mejor postor. Por fortuna para mí, yo resulté ser el mejor postor porque mi padre es rico, señorita Morley, y para los dos fue una cuestión de amor a primera vista, por lo que mi amada y yo no dudamos en contraer matrimonio. Sin embargo, en cuanto mi padre tuvo noticias de que me había casado con una muchacha pobre, con la hija de un teniente de navío a medio sueldo y demasiado dado a la bebida, me escribió una carta en la que expresaba su furia y decía que cortaba todo tipo de relación conmigo y que suprimía mi asignación anual a partir del mismo día de la boda. Puesto que no podía permanecer en un regimiento como el mío con sólo mi salario para vivir y una mujercita que mantener, vendí todas mis posesiones con la idea de encontrar algún trabajo digno antes de gastar todo el dinero que obtuve con la venta. Llevé a mi amada a Italia, donde nos permitimos todo tipo de lujos durante el tiempo que duraron mis dos mil libras, pero cuando sólo quedaban unas doscientas, regresamos a Inglaterra, y puesto que mi esposa deseaba estar cerca del desagradecido de su padre, nos instalamos en la zona donde él residía. En cuanto el viejo se enteró de que yo poseía unas doscientas libras, se mostró extremadamente afectuoso con nosotros e insistió en que nos instaláramos en su casa. Accedimos a ello para satisfacer a mi esposa quien, por aquel entonces, tenía derecho a ver

cumplidos todos los deseos y caprichos de su inocente corazón. Por consiguiente, nos trasladamos a su casa y se dedicó a desplumarnos elegantemente, pero cuando se lo mencionaba a mi esposa, se limitaba a encogerse de hombros y a decir que no le gustaba ser cruel con su «pobre papá». Así pues, el pobre papá acabó con nuestras escasas reservas de dinero en un abrir y cerrar de ojos; entonces pensé que debía buscar trabajo, por lo que emprendí un viaje hacia Londres e intenté encontrar un puesto de oficinista en una delegación mercantil o de contable o tenedor de libros o algo similar. Pero supongo que se notaba que había sido dragón^[8] y, a pesar de mis denodados esfuerzos, nadie creía en mi capacidad; así pues, rendido y abatido, regresé junto a mi amada y la encontré amamantando a un hijo que, a su vez, sería el heredero de la pobreza de su padre. Mi querida esposa estaba muy apesadumbrada y cuando le dije que mi expedición a Londres había fracasado estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa; no dejaba de sollozar y de lamentarse, al tiempo que me decía que no tenía que haberme casado con ella si lo único que podía ofrecerle era pobreza y miseria, y que había cometido una grave injusticia al convertirla en mi esposa. ¡Oh, señorita Morley, sus lágrimas y reproches estuvieron a punto de enloquecerme y monté en cólera contra ella, contra mi persona, contra su padre, contra el mundo y todos sus habitantes para acabar saliendo hecho una furia de la casa diciendo que nunca más volvería a entrar en ella! Vagué por las calles todo el día fuera de mis casillas y con el deseo incontenible de lanzarme al mar para que mi querida esposa pudiera casarse con un hombre mejor. «Si muero ahogado su padre tendrá que mantenerla», pensé; «ese hipócrita nunca le negará cobijo, pero mientras yo viva ella no puede pedirle nada.» Bajé a un viejo y desvencijado embarcadero de madera con la intención de esperar allí la caída de la noche para, a continuación, lanzarme al agua desde el extremo, pero mientras estaba allí sentado fumando en pipa y con la mirada perdida en las gaviotas, bajaron dos hombres y uno de ellos empezó a hablar de los yacimientos de oro de Australia y de las magníficas oportunidades que brindaba el lugar. Al parecer iba a zarpar al cabo de un par de días y estaba intentando convencer a su acompañante de que se uniera a él en la expedición...

»...Escuché a esos hombres durante más de una hora, siguiéndoles arriba y abajo del embarcadero con la pipa entre los labios y oyendo toda la conversación. Entonces empecé a dialogar con ellos y corroboré que uno de los hombres se iba a embarcar en un buque que zarpaba de Liverpool al cabo de tres días. Ese hombre me proporcionó toda la información que necesitaba y, además, me dijo que un joven fornido como yo tenía muchas posibilidades de hacer fortuna en los yacimientos. Esa idea se apoderó de mí de forma tan repentina que sentí que me ardía el interior y que todo el cuerpo me temblaba de la emoción. Sin duda alguna aquella posibilidad era mejor que lanzarse al agua. Imaginé que me escabullía de mi querida mujercita, dejándola a salvo bajo el techo de su padre, y que iba a hacer fortuna al Nuevo Mundo para regresar al cabo de un año y ofrecérsela. En aquella época era tan optimista que tenía el convencimiento de que haría fortuna en poco más de un año. Le di las gracias al

hombre por la información y regresé a casa a altas horas de la madrugada. Era pleno invierno pero estaba demasiado agitado como para sentir el frío glacial y recorrí las silenciosas calles notando los copos de nieve sobre el rostro y con el corazón lleno de esperanzas. El viejo estaba sentado en el pequeño comedor bebiendo coñac con agua, y mi esposa se encontraba arriba, durmiendo plácidamente con el bebé acurrucado en su pecho. Me senté y escribí una nota en la que le decía que nunca la había amado tanto como entonces, cuando parecía abandonarla, que iba a probar fortuna al Nuevo Mundo y que, si conseguía mi objetivo, volvería para traerle riqueza y felicidad pero que, si no lo lograba, nunca jamás la miraría a la cara de nuevo. Dividí el dinero que nos quedaba, poco más de cuarenta libras, en dos partes iguales para dejarle una a ella y llevarme la otra. Me arrodillé y recé por mi esposa e hijo con la cabeza apoyada en el cubrecama blanco que los tapaba. En circunstancias normales no soy un hombre muy dado a los rezos pero sabe Dios que aquél fue un rezo sincero. Le di un beso a ella y otro al bebé y salí sigilosamente de la habitación. La puerta del comedor estaba abierta y el viejo dormitaba con el periódico delante. Levantó la mirada al oír mis pasos en el pasillo y me preguntó adonde iba. “A fumarme un cigarrillo a la calle”, respondí y, como era algo que yo tenía la costumbre de hacer, me creyó. Tres noches después me hacía a la mar con destino a Melbourne viajando en la bodega^[9], con las herramientas necesarias para excavar y unos setenta chelines en el bolsillo.

—¿Y consiguió su objetivo? —preguntó la señorita Morley.

—No hasta que hube perdido la esperanza de salir airoso de mi empresa; no hasta que la pobreza y yo nos convertimos en compañeros inseparables hasta tal punto que, volviendo la vista atrás, me pregunté si aquel dragón gallardo, temerario, despilfarrador, amante de los lujos y bebedor de champán podía ser el mismo hombre que se sentaba en un terreno húmedo y roía un mendrugo de pan en las tierras inexploradas del Nuevo Mundo. Me aferraba al recuerdo de mi amada y a la confianza que tenía en su amor y lealtad como el único pilar que sostenía mi vida anterior, la única estrella que centelleaba en la espesa tenebrosidad del futuro. Me mostraba jovial con hombres ruines, me vi inmerso en peleas, borracheras y orgías; pero la influencia purificadora de mi amor me mantuvo a salvo de todo aquello. Delgado y demacrado, la sombra medio famélica de lo que había sido en otro tiempo, me vi un día en un trozo de espejo roto y me asusté de mí mismo. Pero seguí trabajando duro, a pesar de la decepción y la desesperación, del reumatismo, la fiebre, la inanición, pese a acercarme a las puertas de la muerte, jamás me di por vencido y al final logré mi objetivo.

Hablaba con tal energía y determinación, orgulloso de su éxito y a sabiendas de las adversidades que había superado, que la pálida institutriz no podía más que observarlo con admiración sincera.

—¡Qué valentía la suya! —exclamó.

—¡Valentía! —repitió, soltando una risotada de júbilo—. ¿Acaso no trabajaba para mi amada? Durante todo aquel horrible tiempo en el que me puse a prueba,

¿acaso su blanca y delicada mano no estaba guiándome hacia un futuro feliz? Cielos, la he visto bajo la horrenda tienda de campaña, sentada a mi vera, con el niño en brazos, con la misma claridad con la que la vi durante el único año de felicidad de nuestra vida de casados. Al final, una mañana brumosa y sombría, hace sólo tres meses, mientras una lluvia fina me calaba hasta los huesos, embarrado hasta el cuello, medio muerto de hambre, debilitado por la fiebre, agarrotado por el reumatismo, desenterré con la pala una pepita enorme y encontré un yacimiento de oro de dimensiones considerables. Al cabo de quince días era el hombre más rico de la colonia en la que me encontraba. Viajé con presteza a Sydney, vendí el oro que había descubierto por más de 20.000 libras y dos semanas después embarqué en este buque con dirección a Inglaterra y, en un plazo de diez días, veré a mi querida esposa.

—¿Y durante todo ese tiempo nunca le mandó una carta?

—Nunca hasta una semana antes de que zarpara este barco. No podía escribirle teniendo un panorama tan desolador ante mí. No podía escribirle diciendo que luchaba con todas mis fuerzas contra la desesperación y la muerte. Esperé a que la fortuna me sonriera y, llegado ese momento, le escribí una carta diciéndole que desembarcaría en Inglaterra casi al tiempo que la carta y dándole la dirección de una cafetería de Londres donde podía escribirme para indicarme su paradero, aunque es poco probable que se haya marchado de la casa de su padre.

Tras estas palabras se quedó absorto fumando el habano. Su acompañante no perturbó su calma. El último rayo de luz de aquel día de estío se había extinguido y sólo se veía la pálida luz de la luna llena.

Al poco tiempo George Talboys lanzó el cigarro y, dirigiéndose a la institutriz, declaró de repente:

—Señorita Morley, si cuando llegue a Inglaterra descubro que le ha sucedido algo a mi esposa, caeré muerto.

—Mi querido señor Talboys, ¿por qué piensa en esas cosas? Dios es benévolo con nosotros, no nos somete a pruebas que estén más allá de nuestra capacidad de resistencia. Yo tal vez vea la situación con ojos melancólicos porque la larga monotonía de mi vida me ha dado demasiado tiempo para pensar en mis problemas.

—Y mi vida no ha sido más que acción, privaciones, trabajo, esperanza alternada con períodos de desesperación; no he tenido tiempo de pensar en la posibilidad de que a mi esposa le hubiera ocurrido algo. ¡Cuán ciego e ingenuo he sido! Tres años y medio y no he sabido ni una palabra de ella o de cualquier criatura mortal que la conozca. ¡Por todos los cielos! ¿Qué no le habrá sucedido?

Inmerso en la agitación de su mente empezó a recorrer con rapidez la solitaria cubierta de un lado a otro seguido de la institutriz, que intentaba disipar sus temores.

—Le juro, señorita Morley —aseveró—, que hasta esta noche nunca había sentido la menor sombra de temor y ahora me embarga el pavor enfermizo y angustioso del que me ha hablado hace una hora. Déjeme solo, por favor, para que pueda reponerme de esta sensación.

Ella se apartó de él en silencio y se sentó en uno de los lados de la cubierta con la mirada perdida en el mar.

Capítulo III

Reliquias ocultas

El mismo sol de agosto, que acababa de ocultarse tras las aguas, se reflejaba ahora en todo su esplendor en la esfera del antiguo reloj situado sobre el arco cubierto de hiedra que conduce a los jardines de Audley Court.

Una puesta de sol intensa y bermeja. Las ventanas con parteluz y las celosías centelleantes resplandecen bajo la gloria rojiza; la luz que se atenúa titila sobre las hojas de los tilos de la larga avenida y transforma el plácido estanque de peces en un manto de cobre bruñido, penetrando incluso en los oscuros recovecos que forman las zarzas y malezas, entre las que se esconde el viejo pozo; la luz rojiza se filtra en destellos intermitentes, por lo que los hierbajos fríos y húmedos y la rueda de metal herrumbroso y la maderería astillada parecen estar salpicados de sangre.

El mugido de una vaca en los plácidos prados, el salto de una trucha en el estanque, los últimos trinos de un pájaro cansado o el crujido de las ruedas de un carro en la distancia que de vez en cuando rompían el silencio del ocaso, no hacían más que intensificar la quietud del lugar. Resultaba casi opresiva, esta calma crepuscular. La intensidad del sosiego de aquel paraje resultaba casi dolorosa, y dada la sepulcral tranquilidad del ambiente, parecía que en algún lugar de aquel edificio gris y cubierto de hiedra yaciera un cadáver.

Cuando el reloj del arco marcó las ocho, una puerta situada en la parte posterior de la casa se abrió lentamente y una muchacha salió al jardín.

Ni siquiera la presencia de un ser humano logró romper el silencio pues la joven caminó sigilosamente sobre la hierba tupida y, entrando en la avenida por el lado del estanque, desapareció bajo el amparo que proporcionaban los tilos.

Sin lugar a dudas, no podía afirmarse que fuera una muchacha bonita, mas su aspecto correspondía a lo que suele calificarse de interesante. Interesante, quizá, porque en su tez pálida y claros ojos grises, en las facciones discretas y en los labios apretados había algo que transmitía una capacidad de contención y de autocontrol poco habituales en una fémina de diecinueve o veinte años. Podría haber sido considerada hermosa, creo yo, de no ser por un nimio defecto en su pequeña cara ovalada. Su rostro carecía de color. Ni un solo toque rosado se asomaba a la cérea blancura de sus mejillas; ni el menor atisbo de color pardo compensaba la lívida insipidez de sus cejas y pestañas; ni un solo destello dorado o caoba avivaba el apagado tono pajizo de su cabello. Incluso el vestido que llevaba adolecía del mismo defecto; la pálida muselina azul lavanda se confundía con un gris deslucido y la cinta que le rodeaba el cuello parecía difuminarse en el mismo tono neutro.

Era de complexión delgada y frágil y, a pesar de su sencillo vestido, poseía algo

de la elegancia y el porte de una dama, aunque no fuera más que una humilde muchacha de campo llamada Phoebe Marks, que había trabajado de niñera para la familia del señor Dawson y a quien lady Audley había escogido como doncella tras contraer matrimonio con sir Michael.

Sin lugar a dudas, Phoebe se sentía tremendamente dichosa por su situación, ya que su salario se había triplicado y las tareas que debía desempeñar en Audley Court eran livianas. Así pues, era objeto de las envidias de sus amigas del mismo modo que milady lo era entre los círculos más distinguidos.

Un hombre que estaba sentado sobre la maderería astillada del pozo se sobresaltó al ver que la doncella aparecía a través de la penumbra de los tilos y se situaba frente a él entre la maleza y los zarzales.

Ya he dicho con anterioridad que se trataba de un lugar un tanto abandonado: estaba en el núcleo de una zona de arbustos bajos, apartada del resto de los jardines y sólo visible desde las ventanas abuhardilladas situadas en la parte posterior del ala oeste de la casa.

—¡Vaya, Phoebe! —exclamó el hombre, al tiempo que cerraba la navaja con la que había estado pelando la corteza del tallo de un endrino—, has aparecido con tanto sigilo que pensaba que eras un espíritu maligno. He venido a través de los campos y he pasado por la puerta del foso y estaba descansando antes de dirigirme a la casa para preguntar si habías vuelto.

—Desde la ventana de mi dormitorio se ve el pozo, Luke —informó Phoebe, señalando una celosía abierta en uno de los gabletes—. Te he visto aquí sentado y he venido a charlar contigo; es preferible hablar aquí fuera que en la casa, donde siempre hay alguien escuchando.

El hombre en cuestión era un individuo voluminoso, ancho de hombros y de aspecto estúpido, que contaba con unos veintitrés años. Tenía el pelo de un color rojizo oscuro y llevaba el flequillo corto, sus pobladas cejas se fundían en una sola sobre sus ojos gris verdoso; poseía una nariz grande y bien formada pero la boca era burda y transmitía una expresión animal. A tenor de las mejillas sonrojadas, el cabello rojizo y el cuello corto y ancho, no se diferenciaba demasiado de los bueyes que pastaban en los prados cercanos a Audley Court.

La muchacha se sentó con cuidado a su lado en la maderería y le colocó una mano, que se le había tornado más blanca gracias a la ligereza de sus nuevas obligaciones, en el grueso cuello.

—¿Te alegras de verme, Luke? —preguntó.

—Por supuesto que sí, chiquilla —respondió él en tono grosero, a la vez que abría de nuevo la navaja y seguía pelando el tallo.

Eran primos hermanos y habían sido compañeros de juegos durante la infancia y novios en su tierna juventud.

—No parece estar muy contento —dijo la joven—, podrías mirarme, Luke, y decirme si crees que he mejorado con el viaje.

—No ha servido para darte color a las mejillas, chiquilla —declaró mirándola desde debajo de sus cejas fruncidas—, estás igual de pálida que antes.

—Pero dicen que viajando la gente se vuelve más refinada, Luke. He estado en Europa con milady, en todo tipo de lugares curiosos, y ya sabes que cuando era pequeña las hijas del señor Horton me enseñaron un poco de francés y me encantó poder entenderme con los extranjeros.

—¡Refinada! —exclamó Luke Marks con una risotada de caballo^[10]—, me pregunto quién quiere que seas refinada. Te aseguro que yo no, cuando seas mi mujer no tendrás mucho tiempo para refinamientos, chiquilla. ¡Y encima francés! ¡Que me cuelguen, Phoebe! Supongo que cuando hayamos ahorrado el dinero suficiente para comprar una granja te dirigirás a las vacas en francés.

Se mordió el labio mientras oía a su amado y apartó la mirada. Él siguió cortando y tallando un tosco tirador a partir de la rama, silbando despreocupadamente entretanto sin dirigir la mirada a su prima ni una sola vez.

Permanecieron en silencio durante algún tiempo pero al poco rato Phoebe habló sin mirar todavía a su acompañante.

—Qué suerte ha tenido la señorita Graham al poder viajar con su doncella y su lacayo, con el coche de caballos y un esposo que cree que no hay lugar en la tierra lo suficientemente bueno para que ella pose el pie.

—¡Ah, sí, es una suerte tener mucho dinero! —respondió Luke—. ¡Espero que eso te sirva de lección, chiquilla, y ahorres para cuando nos casemos!

—¡Caramba! ¿Qué era hace tan sólo tres meses en casa de los Dawson? —siguió diciendo la joven, como si no hubiera oído el comentario de su primo—. ¿Acaso no era una sirvienta como yo? Una asalariada que trabajaba igual o más que yo. Tenías que haber visto la ropa raída que llevaba, Luke: gastada, apedazada y zurcida, aunque, no sé por qué, siempre le quedaba bien. Me paga más como doncella de lo que ella jamás llegó a recibir del señor Dawson. Yo la he visto salir del salón con un puñado de soberanos y monedas de plata en la mano que el señor le había dado a cambio de su trabajo, y mírala ahora.

—No te fijas tanto en ella, Phoebe —aseveró Luke—, y ocúpate de ti misma; eso es lo único que tienes que hacer. ¿Qué te parecería si abriéramos una taberna dentro de poco, chiquilla? Se gana mucho dinero en las tabernas.

La joven seguía sin mirar directamente a su amado, con las manos lánguidas sobre la falda y los pálidos ojos grises clavados en los últimos reflejos violeta que se filtraban por entre los troncos de los árboles.

—Deberías ver el interior de la casa, Luke —afirmó—, desde fuera parece estar medio en ruinas pero tendrías que ver los aposentos de milady: llenos de cuadros y de objetos dorados y de espejos enormes que van del suelo al techo. Techos pintados, también, que valen cientos de libras, me dijo el ama de llaves, y todo traído expresamente para ella.

—Es una mujer afortunada —musitó Luke con indiferencia.

—Tenías que haberla visto cuando estábamos en el extranjero, con un enjambre de caballeros revoloteando a su alrededor, y sir Michael no se mostraba celoso sino orgulloso al ver que era objeto de tanta admiración. Tenías que haberla oído reír y hablar con ellos; devolviéndoles todos los halagos y palabras distinguidas, como si hubieran estado lanzándole rosas. Dondequiera que fuera enamoraba a los presentes. Sus cantos, sus interpretaciones, sus cuadros, sus bailes, su hermosa sonrisa y sus tirabuzones de oro. Siempre era el centro de atención del lugar en donde nos alojábamos.

—¿Está en casa esta noche?

—No, ha ido a una cena con sir Michael, a casa de los Beeches. Está a unos diez o doce kilómetros de aquí, por lo que no volverán hasta pasadas las once.

—Entonces ya sé lo que podemos hacer, Phoebe: si el interior de la casa es tan bonito como dices, me gustaría echarle un vistazo.

—De acuerdo. La señora Barton, el ama de llaves, te conoce de vista y no creo que le importe que te enseñe algunas de las mejores estancias.

Ya casi había oscurecido cuando los primos salieron de entre los arbustos y se dirigieron lentamente a la casa. La puerta por la que entraron conducía al vestíbulo del servicio, a uno de cuyos lados se encontraba la habitación del ama de llaves. Phoebe Marks se detuvo un momento para preguntarle si podía enseñar algunos salones a su primo y, tras recibir el correspondiente permiso, encendió una vela del candil del vestíbulo e hizo señas a Luke para que la siguiera a la otra parte de la casa.

Los corredores largos de roble oscuro quedaban poco iluminados bajo aquella luz crepuscular y fantasmagórica, pues el candil que portaba Phoebe no emitía más que una tenue llama en los amplios pasajes por los que la muchacha guiaba a su primo. Luke miraba con suspicacia de vez en cuando por encima del hombro, asustado en parte por el crujido que emitían las botas con tachuelas que calzaba.

—Es un lugar un tanto funesto, Phoebe —declaró cuando llegaron al salón principal, que estaba a oscuras—. He oído decir que aquí se cometió un asesinato hace mucho, mucho tiempo.

—Ya nos basta con los asesinatos que se producen hoy día, Luke —respondió la joven subiendo la escalera seguida de su primo.

Phoebe guió sus pasos a través de un espacioso salón, con gran profusión de satén y similar, taracea^[11] y muebles con incrustaciones, bronce, camafeos, estatuillas y otros ornamentos que brillaban bajo la luz mortecina; acto seguido pasaron a una salita de la mañana adornada con grabados de cuadros valiosos; después entraron en una antecámara, donde Phoebe se detuvo sosteniendo el candil por encima de su cabeza.

El joven admiró boquiabierto lo que se encontraba a su alrededor.

—Es un lugar de una opulencia extraña —manifestó— y debe de haber costado mucho dinero.

—Mira los cuadros de las paredes —instó Phoebe observando los paneles de la

habitación octogonal, cubiertos de claudes y poussins, wouvermans y cuyps^[12]—. He oído decir que sólo esos valen una fortuna. Esta es la entrada de las dependencias de milady, de la señorita Graham, que era su nombre de soltera.

Levantó una gruesa cortina de paño verde que colgaba de una puerta y condujo al sorprendido hombre de campo al interior de un tocador de ensueño, y de ahí a un vestidor en el que las puertas abiertas de un ropero y la pila de vestidos sobre el sofá ponían de manifiesto que estaba exactamente igual que la había dejado su ocupante.

—Tengo que ordenar todo esto antes de que vuelva milady, Luke; si quieres siéntate aquí mientras lo hago, no me llevará mucho tiempo.

Su primo miró a su alrededor con cierta sensación de incomodidad, desconcertado ante el esplendor de la habitación, y escogió con calma la silla más cómoda, en cuyo extremo tomó asiento con cuidado.

—Me gustaría enseñarte las joyas, Luke —dijo la joven—, pero no puedo porque ella siempre guarda la llave; es esa caja que ves en el tocador.

—¿Eso? —preguntó Luke sorprendido, observando el grandioso cofre de nogal con incrustaciones de latón—. ¡Diantre, ahí cabe toda la ropa que yo tengo!

—Y está lleno a rebosar de diamantes, rubíes, perlas y esmeraldas —respondió Phoebe mientras iba doblando los vestidos de seda, que emitían su característico frufrú, y colocándolos uno a uno en los estantes del ropero. Mientras alisaba los volantes del último, oyó un tintineo e introdujo la mano en el bolsillo—. ¡Válgame Dios! —exclamó—. Es la primera vez que la señora se deja la llave en el bolsillo. Si quieres puedo enseñarte las joyas, Luke.

—Bueno, no me importaría echarles una ojeada, chiquilla —dijo al tiempo que se levantaba de la silla sosteniendo el candil mientras su prima abría el cofre.

Profirió un grito de admiración al ver las joyas relucientes dispuestas sobre almohadillas de satén blanco. Le apetecía coger las delicadas piezas, examinarlas y averiguar su valor de mercado. Tal vez sintiera en el corazón una punzada de deseo vehemente y de envidia al pensar cuánto le habría gustado llevarse una de ellas.

—Cielos, uno de esos diamantes nos solucionaría la vida, Phoebe —declaró, dando la vuelta a un brazalete una y otra vez con sus grandes manos rojas.

—¡Suéltalo, Luke! ¡Suéltalo ahora mismo! —gritó la muchacha con mirada horrorizada—. ¿Cómo se te ocurre decir tal cosa?

Luke dejó el brazalete en su sitio a regañadientes y siguió examinando el cofre.

—¿Qué es esto? —preguntó al cabo de un momento señalando una pequeña pieza de latón que se encontraba en el marco del cofre.

La apretó mientras hablaba y apareció un cajón secreto, forrado de terciopelo violeta.

—¡Mira! —exclamó Luke complacido ante el descubrimiento.

Phoebe Marks soltó el vestido que estaba doblando y se acercó a la mesa de tocador.

—¡Vaya, nunca lo había visto! —dijo—. No sé qué debe de haber en su interior...

No encontró gran cosa, ni oro ni piedras preciosas, sino un zapatito de estambre envuelto en un trozo de papel y un fino mechón de cabello rubio y sedoso, sin duda procedente de la cabeza de un bebé. Phoebe abrió sus ojos grises de forma desmesurada al examinar el pequeño paquete.

—Así que esto es lo que milady guarda en el cajón secreto —musitó.

—Pues vaya tontería guardarlo ahí —manifestó Luke con despreocupación.

Los finos labios de la joven dibujaron una sonrisa curiosa.

—Tú serás testigo de dónde he encontrado esto —afirmó ella al tiempo que se introducía el pequeño paquete en el bolsillo.

—Diantre, Phoebe, no serás tan tonta como para coger eso —declaró el joven.

—Prefiero guardar esto que el brazalete de diamantes que a ti tanto te habría gustado coger —respondió—. Con esto podrás conseguir una taberna, Luke.

Capítulo IV

En la primera página del Times

Supuestamente, Robert Audley era abogado. Aparecía inscrito como tal en la lista oficial de profesionales de la abogacía; como abogado tenía sus aposentos en Fig-Tree Court, Temple; en calidad de abogado había asistido al número de cenas organizadas para los miembros de su profesión, que suponen la prueba definitiva para que los aspirantes a doctores en leyes se introduzcan en el mundo de la fama y la fortuna. Si todos ellos son requisitos para convertir a un hombre en abogado, Robert Audley lo era sin lugar a dudas. Sin embargo, nunca había tenido un caso, ni intentado conseguir ninguno, ni siquiera deseado tenerlo durante esos cinco años, a lo largo de los que su nombre había figurado en las puertas de Fig-Tree Court. Era un tipo apuesto, holgazán y displicente de unos veintisiete años, hijo único de uno de los hermanos menores de sir Michael Audley. Su padre le había dejado una renta de cuatrocientas libras anuales, la cual sus amigos le habían aconsejado que aumentara dedicándose a la abogacía y como, tras las debidas consideraciones, descubrió que le resultaba más difícil oponerse a los deseos de sus amigos que asistir a tantas cenas y alojarse en Temple, se decidió por esta última opción, y no tenía reparo alguno en hacerse llamar abogado.

En ciertas ocasiones, cuando hacía mucho calor y estaba cansado por el esfuerzo que le suponía fumar en su pipa alemana y leer novelas francesas^[13], se paseaba hasta Temple Gardens y, sentado en algún paraje umbroso y fresco, con el cuello de la camisa doblado y un pañuelo azul de seda con un nudo flojo alrededor del cuello, contaba a los respetables decanos^[14] que estaba exhausto de tanto trabajar.

Los astutos y viejos decanos se reían de tal invención, pero todos convenían en que Robert Audley era un buen tipo; un hombre magnánimo, aunque un tanto particular, con un trasfondo de agudeza maliciosa y humor sobrio bajo su apariencia apática, pausada, indiferente e indecisa. Un hombre que nunca prosperaría en la vida pero que era incapaz de matar a una mosca. De hecho, sus aposentos se habían convertido en la residencia canina perfecta debido a su costumbre de llevar a casa perros callejeros y descarriados, que se sentían atraídos en la calle por su aspecto y le seguían con un interés abyecto.

Robert siempre pasaba la temporada de caza en Audley Court; no es que fuera un Nemrod^[15], ya que trotaba discretamente para disimular al jamelgo alaceno de poco genio y patas robustas y se mantenía a una distancia prudencial de los jinetes más atrevidos, pues su caballo era igual de consciente que él de que no tenía ninguna intención de poner su vida en peligro.

El joven era uno de los sobrinos favoritos de su tío y su bonita y alegre prima de

cara agitanada y de comportamiento un tanto masculino, la señorita Alicia Audley, no le despreciaba en absoluto. A otros hombres les habría parecido que valía la pena aprovechar la debilidad que ella sentía por él, ya que era la única heredera de un patrimonio considerable, pero a Robert Audley no se le ocurría tal cosa. Alicia era una joven muy agradable, decía él, una muchacha jovial y sensata, una chica única, pero éste era el máximo entusiasmo que era capaz de demostrar hacia su prima. La idea de convertir el apego infantil que ella sentía por él en algo más provechoso nunca se le había pasado por la cabeza. En realidad dudo que jamás hubiera llegado a tener una noción correcta de la envergadura de la fortuna de su tío y estoy segura de que en ningún momento se planteó la posibilidad de que una parte de esa fortuna pudiera llegar a acabar en sus manos. Así pues, cuando una agradable mañana de primavera, unos tres meses antes de la época sobre la que estoy escribiendo, el cartero le llevó la notificación del enlace entre sir Michael Audley y lady Audley, junto con una carta en tono sumamente indignado de su prima, explicándole que su padre acababa de contraer matrimonio con una mujer que parecía una muñeca de porcelana, de edad similar a la de Alicia, con tirabuzones de oro y una sonrisa perenne, porque, lamento decirlo pero, la animadversión que la señorita Audley sentía hacia ella hizo que describiera de este modo esa hermosa sonrisa musical que tanta admiración había levantado cuando se la conocía como Lucy Graham. Cuando, como iba diciendo, estos documentos llegaron a manos de Robert Audley, no provocaron ni irritación ni sorpresa en el carácter linfático de dicho caballero^[16]. Leyó la airada carta de Alicia, llena de tachones, sin ni siquiera separar los labios, coronados por un bigote, de la boquilla ambarina de su pipa alemana. Cuando terminó de leer la misiva detenidamente, lo cual demostró alzando sus oscuras cejas hacia el centro de la frente (por cierto, su única forma de expresar sorpresa), tiró con parsimonia la carta junto con la notificación del enlace a la papelera y, bajando la pipa, se preparó para el enorme esfuerzo que le suponía pensar sobre el tema.

—Yo ya había dicho que mi querido tío se casaría —murmuró, tras media hora de ensoñación—. Alicia y la señora, la madrastra, se enfrentarán a brazo partido. Espero que no se peleen en la temporada de caza o se dediquen comentarios desagradables en la mesa: las peleas siempre trastornan la digestión de un hombre.

Alrededor de las doce de la mañana del día que siguió a la noche de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, el sobrino del baronet salió de Temple, por la sala de Blackfriars, en dirección a la City. En un desafortunado momento había hecho un favor a un amigo necesitado rubricando una letra de complacencia con el ilustre nombre de Audley y, como fuera que su librador no pudo pagarla, Robert se vio obligado a hacerlo. Con ese propósito se paseó hasta Ludgate Hill, con la corbata azul ondeando en el cálido aire de agosto, y de allí a una oficina bancaria agradablemente fresca en un sombrío patio colindante con St. Paul's Churchyard, donde realizó las gestiones pertinentes para vender valores consolidados^[17] por un importe aproximado de doscientas libras.

Una vez concluida la transacción, vagaba por el patio, a la espera del paso de algún coche de caballos que lo llevara de vuelta a Temple, cuando estuvo a punto de caer tras chocar contra un hombre aproximadamente de su misma edad que entró de forma precipitada por la estrecha abertura.

—¡Tenga la amabilidad de mirar por dónde va, amigo! —protestó Robert educadamente ante el impetuoso transeúnte—, podría avisar antes de tropezar con un hombre y derribarlo.

El desconocido se detuvo de forma súbita, miró fijamente a su interlocutor y entonces emitió un grito de asombro.

—¡Bob! —exclamó en un tono que transmitía la más grande de las sorpresas—. ¡Anoche pisé suelo británico y te encuentro esta misma mañana! ¡Qué casualidad!

—Sé que le he visto en alguna ocasión, mi barbudo amigo —repuso el señor Audley, escudriñando con parsimonia el rostro expresivo del hombre—, pero que me cuelguen si recuerdo cuándo o dónde.

—¿Qué? —exclamó el desconocido en tono de reproche—, ¿no irás a decirme que has olvidado a George Talboys?

—¡No, por supuesto que no! —respondió Robert, con una vehemencia inusual en él. Acto seguido, asiendo a su amigo del brazo, lo condujo hacia una parte más umbría del patio donde, con su habitual indiferencia, dijo—: Y ahora, George, cuéntame todo.

George Talboys le contó la misma historia que había relatado diez días antes a la pálida institutriz a bordo del *Argus* y, luego, acalorado y jadeando, le informó de que llevaba un fajo de billetes australianos en el bolsillo y que quería depositarlos en la oficina de los señores, quienes habían sido sus banqueros hacía muchos años.

—No te lo creerás pero acabo de salir de su contaduría —informó Robert—. Volveré contigo y despacharemos ese asunto en cinco minutos.

En realidad lograron solucionar la cuestión en un cuarto de hora, después de lo cual Robert Audley era partidario de dirigirse sin más demora al Crown and Sceptre, o al Castle, en Richmond, donde podrían comer algo y hablar de los buenos momentos pasados juntos en Eton. No obstante, George comunicó a su amigo que antes de ir a ningún sitio, antes de afeitarse o de comer, o acicalarse de cualquier forma tras un viaje nocturno en el tren expreso desde Liverpool, debía pasar por cierta cafetería de Bridge Street, Westminster, donde esperaba encontrar una carta de su esposa.

—En ese caso te acompañaré —manifestó Robert—. El hecho de que estés casado, George, me parece una broma ridícula.

Mientras recorrían Ludgate Hill, Fleet Street y el Strand a toda velocidad en un coche de caballos, George Talboys transmitió a su amigo todas aquellas esperanzas y sueños que habían usurpado una parte tan importante de su carácter optimista.

—Compraré una villa a orillas del Támesis, Bob —afirmó—, para mi mujercita y para mí, y tendremos un velero, Bob, viejo amigo, y podrás tumbarte en cubierta y

fumar mientras mi amada toca la guitarra y nos canta canciones. Ella es para mí como una de esas mujeres antiguas que hizo que el pobre Ulises tuviera tantas tribulaciones —añadió el joven, cuyos conocimientos de mitología dejaban mucho que desear.

Los camareros de la cafetería de Westminster contemplaron sorprendidos a aquel desconocido de ojos hundidos y sin afeitar, ataviado con prendas de estilo colonial y de ademanes inquietos y vehementes; aunque como había frecuentado el establecimiento en su época de militar, cuando supieron de quién se trataba, se apresuraron a complacerle.

No quería mucho, sólo una botella de agua de seltz y saber si había llegado una carta dirigida a George Talboys.

El camarero trajo el agua de seltz antes de que los dos hombres se sentaran en un compartimento retirado próximo a la chimenea que había caído en desuso. No, no había ningún carta para él.

El camarero lo dijo con consumada indiferencia, mientras quitaba el polvo mecánicamente de la pequeña mesa de caoba.

El rostro de George adoptó una palidez sepulcral.

—Talboys —dijo—, quizá no haya oído bien el nombre. T, A, L, B, O, Y, S. Vuelva a mirar, tiene que haber una carta.

El camarero se encogió de hombros al salir de la sala y volvió al cabo de tres minutos para decir que en el casillero de las cartas no había ningún nombre que se pareciera a Talboys. Había una para un tal Brown, otra para Saunderson y una tercera para Pinchbeck. En total sólo había tres.

El joven se bebió el agua de seltz en silencio y luego, apoyando los codos en la mesa, se tapó el rostro con las manos. En cierto modo, su actitud transmitió a Robert Audley que el desengaño de su amigo, por nimio que pareciera, era en realidad ciertamente amargo. Se sentó frente a George pero no hizo intento alguno por hablarle.

George levantaba la mirada de vez en cuando, y en un momento determinado cogió mecánicamente un ejemplar grisiento del *Times* del día anterior de la pila de periódicos que había sobre la mesa, y observó la primera página con expresión ausente.

No sabría precisar cuánto tiempo pasó sentado, con la mirada clavada en un párrafo de la sección de obituarios, antes de que su mente aturdida alcanzara a comprenderlo en todo su significado; pero al cabo de una pausa considerable acercó el periódico a Robert Audley y, con un rostro que había perdido su color bronce oscuro para adoptar un tono blanco grisáceo, enfermizo y terroso, y con actitud espantosamente pausada, señaló con el dedo unas líneas que así rezaban: «El 24 del mes en curso en Ventnor, Isla de Wight, Helen Talboys, de veintidós años de edad».

Capítulo V

La lápida de Ventnor

Sí: allí figuraba, en blanco y negro: «Helen Talboys, de veintidós años de edad».

Cuando George aseguró a la institutriz que había conocido a bordo del *Argus* que si descubría que su esposa no había corrido la suerte que él esperaba, se moriría, hablaba de todo corazón; no obstante acababa de descubrir que había corrido la peor suerte imaginable y se había quedado sentado, paralizado, lívido e indefenso, contemplando embobado el rostro de sorpresa de su amigo.

Lo inesperado del golpe le había dejado atónito. Embargado por aquel estado de ánimo extraño y de desconcierto, empezó a preguntarse qué había sucedido y por qué aquella frase del *Times* había producido tan horrible efecto sobre su persona.

Entonces, poco a poco, incluso esa vaga conciencia de su desgracia se desvaneció gradualmente en su mente, para ser sustituida por una desgarradora percepción del mundo externo.

El cálido sol de agosto, los cristales polvorientos de las ventanas y la pintura desconchada de las persianas, la colección de carteles deslucidos que adornaban las paredes, la chimenea vacía y abandonada, un hombre calvo haciendo movimientos de cabeza mientras leía el *Morning Advertiser*, el camarero descuidado doblando un mantel arrugado y el rostro galán de Robert Audley observándole con una inquietud plena de compasión. Sabía que todos aquellos elementos adoptaban proporciones gigantescas y que, uno por uno, devenían manchas oscuras que se confundían ante sus ojos. Sabía que oía un enorme estruendo, como si media docena de máquinas de vapor enfurecidas le rechinaran en los oídos, y no sabía nada más, excepto que alguien o algo caía pesadamente al suelo.

Abrió los ojos a la caída de la tarde en una habitación fresca y umbría, en la que sólo el ruido sordo y distante de las ruedas rompía el silencio.

Miró a su alrededor asombrado pero con cierta indiferencia. Su viejo amigo, Robert Audley, estaba sentado a su lado, fumando en pipa. George yacía en una cama baja de hierro situada frente a una ventana abierta, en la que había unas plantas y dos o tres pájaros enjaulados.

—No te importará que fume, ¿verdad, George? —preguntó su amigo con voz pausada.

—No.

Observó durante unos instantes las flores y los pájaros: un canario cantaba un agudo himno a la puesta de sol.

—¿Te molestan los pájaros, George? ¿Quieres que los lleve a otra habitación?

—No, me gusta oírlos cantar.

Robert Audley vació la valiosa pipa de espuma de mar, la depositó cuidadosamente en la repisa de la chimenea y, a su vuelta de la habitación contigua, trajo una taza de reconfortante té.

—Tómalo, George —instó, al tiempo que colocaba la taza en la mesita cercana a la almohada de George—, te sentará bien.

El joven no respondió sino que recorrió lentamente la habitación con la mirada y luego observó el semblante grave de su amigo.

—Bob —dijo—, ¿dónde estamos?

—En mis aposentos, amigo mío, en Temple. Tú no tienes donde alojarte así que puedes quedarte conmigo mientras estés en la ciudad.

George se pasó la mano una o dos veces por la frente y luego, con vacilación, habló con voz queda.

—Ese periódico de la mañana, Bob, ¿qué era?

—No te preocupes por eso ahora, amigo, toma un poco de té.

—Sí, sí —respondió George con impaciencia, incorporándose de la cama y mirando a su alrededor con expresión vacía—. Lo recuerdo todo. ¡Helen, mi Helen! ¡Mi esposa, mi cielo, mi único amor! ¡Muerta, muerta!

—George —dijo Robert Audley, posando la mano con ternura en el brazo de su amigo—, debes recordar que la persona cuyo nombre viste en el periódico tal vez no sea tu mujer. Quizás haya otras Helen Talboys.

—No, no —replicó—, la edad se corresponde con la de ella y Talboys es un apellido poco común.

—Quizá se trate de un error tipográfico y el nombre fuera Talbot.

—¡No, no, no, mi esposa está muerta!

Apartó la mano de Robert y, tras levantarse de la cama, se dirigió sin vacilaciones a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó asombrado su amigo.

—A Ventnor, a ver la tumba.

—Esta noche no, George, esta noche no. Yo mismo te acompañaré mañana en el primer tren.

Robert le condujo de nuevo a la cama y le obligó con delicadeza a tumbarse otra vez. Acto seguido, le administró un opiato que le había entregado el médico al que habían llamado en la cafetería de Bridge Street, donde George se había desmayado.

A continuación, George Talboys entró en un sueño profundo y soñó que iba a Ventnor, donde encontraba a su mujer felizmente viva pero envejecida y canosa y a su hijo convertido en todo un hombre.

A primera hora de la mañana siguiente, estaba sentado frente a Robert Audley en el vagón de primera clase de un tren expreso que se dirigía a Portsmouth a toda velocidad a campo traviesa.

Cubrieron la distancia que separaba Ryde de Ventnor en un coche de caballos bajo el abrasador sol del mediodía. Cuando los dos hombres se apearon del coche, los

habitantes del lugar repararon en el rostro pálido y la barba sin recortar de George.

—¿Qué vamos a hacer, George? —preguntó Robert Audley—. No disponemos de ninguna pista para encontrar a las personas que buscas.

El hombre le miró con expresión lastimera y desconcertada. El gran dragón se sentía más indefenso que un corderillo y Robert Audley, el hombre más indeciso y poco enérgico del mundo, se encontró en la tesitura de tener que decidir por otra persona. Hizo acopio de fuerzas y se puso a la altura de las circunstancias.

—¿No sería conveniente que preguntáramos por la señora Talboys en uno de los hoteles, George? —sugirió.

—Su padre se apellidaba Maldon —murmuró George—, es imposible que la enviara aquí a morir sola.

No dijeron nada más pero Robert se dirigió sin vacilar a un hotel, donde preguntó por un tal señor Maldon.

—Sí —le informaron—, un caballero que respondía por ese nombre estuvo aquí en Ventnor, el capitán Maldon; su hija falleció recientemente. El camarero puede ir a preguntar la dirección.

El hotel era un lugar muy frecuentado en aquella época; había gente entrando y saliendo y un gran bullicio de escobas y camareros por el vestíbulo.

Entonces se confirmó lo peor. Su esposa, la hija del capitán Maldon, estaba muerta.

El camarero regresó al cabo de cinco minutos para informar que el capitán Maldon residía en Landsdowne Cottages, núm. 4.

Encontraron la casa con facilidad, era una vivienda descuidada con miradores con vistas al mar.

¿Se encontraba el capitán Maldon en la casa? No, dijo la casera, había ido a la playa con su nieto. ¿Acaso deseaban los caballeros entrar y esperarle en la casa?

George siguió de forma mecánica a su amigo hasta el pequeño salón delantero, polvoriento, con un mobiliario gastado, y desordenado; lleno de juguetes rotos esparcidos por el suelo y con las cortinas de muselina de las ventanas impregnadas del aroma de tabaco rancio.

—¡Mira! —exclamó George señalando un cuadro situado sobre la chimenea.

Era su retrato, pintado en sus días de dragón. Era un buen retrato que lo representaba con el uniforme y su corcel al fondo.

Tal vez el hombre más vivaz del mundo no habría sabido reconfortar con tanta delicadeza a un amigo como Robert Audley. No dirigió palabra alguna al afligido viudo sino que se sentó de espaldas a George, con la mirada perdida al otro lado de la ventana.

Durante algún tiempo el joven recorrió la sala con inquietud, mirando y a veces tocando las bagatelas que había por todas partes.

El costurero de Helen, con un bordado inacabado, su álbum, lleno de fragmentos de la obra de Byron y Moore^[18], garabateados por él mismo, algunos libros que él le

había regalado y un ramo de flores marchitas en un jarrón que habían comprado en Italia.

—Su retrato solía estar junto al mío —murmuró—, me pregunto qué habrán hecho con él. —De vez en cuando hablaba, tras pasar una media hora en silencio—. Me gustaría ver a la señora de la casa, me gustaría preguntarle...

Se vino abajo y ocultó el rostro entre las manos.

Robert mandó llamar a la señora de la casa. Era una mujer bondadosa, parlanchina, habituada a las enfermedades y a la muerte, ya que muchos de sus inquilinos acudían allí para morir. Explicó con todo detalle las últimas horas de la señora Talboys; su llegada a Ventnor una semana antes de morir, en la última etapa de su decadencia física, y cómo día tras día había ido sucumbiendo a la mortal enfermedad.

—¿El caballero era familiar suyo? —preguntó a Robert Audley, mientras George sollozaba de forma audible.

—Sí, es el marido de la señora.

—¿Cómo? —exclamó la mujer—. ¡El que la abandonó de forma tan cruel y la dejó con su niño a cargo de su pobre y anciano padre, lo que el capitán Maldon me ha contado tantas veces con los ojos bañados en lágrimas!

—Yo no la abandoné —gritó George antes de contarle la historia de sus tres años de lucha—. ¿Habló de mí? —inquirió—. ¿Habló de mí en... en sus últimos momentos?

—No, dejó este mundo con el sosiego de un corderillo. Ya hablaba poco cuando llegó pero el último día no conocía a nadie, ni siquiera a su hijito ni a su pobre padre, quien se lo tomó a mal. En una ocasión pareció enloquecer, se puso a hablar de su madre y de lo vergonzoso que era tener que morir en un lugar extraño, hasta que daba pena oírla.

—Su madre murió cuando ella era pequeña —explicó George—. Pensar que la recordó y habló de ella y ni una sola vez de mí...

La mujer lo llevó al pequeño dormitorio en el que su esposa había fallecido. Él se arrodilló junto a la cama y besó la almohada con ternura mientras la casera lloraba por lo amargo de la situación.

Mientras él estaba de rodillas, quizá rezando, con el rostro enterrado en aquella sencilla almohada blanca, la mujer cogió algo de un cajón y se lo entregó cuando él se puso en pie: era un largo mechón de cabello envuelto en papel plateado.

—Se lo corté cuando estaba en el féretro —dijo—, ¡pobre criatura!

Él se acercó el suave cabello a los labios.

—Sí —murmuró—, es el precioso cabello que tantas veces besé cuando apoyaba la cabeza sobre mi hombro. Pero entonces lo tenía ondulado y ahora parece totalmente liso.

—Cambia debido a la enfermedad —respondió la casera—. Si desea visitar el lugar donde fue enterrada, señor Talboys, mi hijo le enseñará el camino al

cementerio.

Así pues, George Talboys y su fiel amigo se dirigieron a aquel tranquilo paraje donde, bajo un montículo de tierra en el que apenas habían crecido algunos matojos, yacía la esposa cuya acogedora sonrisa George tantas veces había soñado en las lejanas antípodas.

Robert dejó a su amigo junto a la recién cavada tumba y, cuando regresó al cabo de un cuarto de hora, vio que ni siquiera se había movido.

Levantó la mirada al cabo de unos minutos y dijo que si había algún picapedrero en la localidad le gustaría hacerle un encargo.

Encontraron al picapedrero fácilmente y, sentados entre los restos de piedra del patio del hombre, George Talboys escribió a lápiz esta breve inscripción para la lápida de la tumba de su difunta esposa:

Dedicada a la memoria de
HELEN,
LA AMADA ESPOSA DE GEORGE TALBOYS,
que dejó este mundo
el 24 de agosto de 1857, a la edad de 22 años,
muerte amargamente llorada por su apesadumbrado esposo.

Capítulo VI

En cualquier lugar, en cualquier lugar ajeno al mundo^[19]

Cuando regresaron a Landsdowne Cottage el anciano todavía no había vuelto, así que fueron a buscarlo a la playa. Lo encontraron tras una corta búsqueda, sentado sobre un montículo de guijarros, leyendo el periódico y comiendo avellanas. El niño estaba a cierta distancia de su abuelo, jugando en la arena con una pala de madera. El crespón que rodeaba el sombrero gastado del viejo y el traje negro del niño le llegaron al corazón. Dondequiera que fuera encontraba la prueba fehaciente de la gran pena de su vida. Su esposa estaba muerta.

—Señor Maldon —dijo, acercándose a su suegro.

El anciano levantó la mirada y, soltando el periódico, se levantó del montículo haciendo una reverencia ceremoniosa. Su cabello fino y apagado tenía toques grisáceos, poseía una nariz aguileña, unos ojos vidriosos de color azul y una boca de aspecto irresoluto, vestía un traje raído con una afectación de elegancia de petimetre, por encima del chaleco abotonado hasta arriba le colgaba un monóculo y llevaba un bastón en la mano desenguantada.

—¡Santo cielo! —exclamó George—. ¿No me reconoce?

El señor Maldon se sobresaltó y se sonrojó de forma visible y adoptó una expresión de cierto recelo al reconocer a su yerno.

—Mi querido muchacho —dijo—, al comienzo no te he reconocido, estás tan distinto con la barba... Seguro que usted también lo encuentra cambiado, ¿no es así, caballero? —dijo, dirigiéndose a Robert.

—¡Por todos los santos! —exclamó George Talboys—, ¿es así como me recibe? ¡Regreso a Inglaterra y resulta que mi esposa falleció una semana antes de que desembarcara y usted se dedica a hablarme de la barba, usted, su padre!

—¡Cierto, cierto! —musitó el viejo, frotándose los ojos inyectados de sangre—, un golpe terrible, un golpe terrible, querido George. ¡Si hubieras llegado una semana antes!

—Ojalá —declaró George en un arranque de profunda pena e ira—. Seguro que no habría permitido que muriera. Hubiera luchado contra la muerte por ella. ¡Eso es lo que habría hecho! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no naufragó el *Argus* con todas las almas que viajábamos en él para evitar tener que vivir un día como hoy?

Empezó a andar de un lado para otro de la playa mientras su suegro lo observaba con impotencia, frotándose los frágiles ojos con un pañuelo.

«Tengo la sensación de que ese viejo no trataba a su hija demasiado bien —pensó Robert, mientras contemplaba al teniente a medio sueldo—. No sé por qué razón, pero parece que teme a George.»

Mientras el nervioso joven caminaba arriba y abajo embargado por el pesar y la desesperación, el niño corrió hacia su abuelo y se le agarró a las faldas del abrigo.

—Vamos a casa, abuelo, vamos a casa —dijo—. Estoy cansado.

George Talboys se volvió al oír la voz del niño y lo miró larga y concienzudamente.

Tenía los ojos pardos y el cabello oscuro de su padre.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó George, cogiendo al niño entre sus brazos—. Soy tu padre, he cruzado el océano para verte. ¿Me quieres?

El niño quiso apartarse de él.

—No le conozco —declaró—. Yo quiero a mi abuelo y a la señora Monks, que está en Southampton.

—Georgey tiene mucho carácter, señor —manifestó el viejo—. Lo han consentido demasiado.

Regresaron a la casa a paso tranquilo y, una vez más, George Talboys contó la historia de aquel abandono que tan cruel había parecido. Habló también de las veinte mil libras que ingresó el día anterior. Le faltó coraje para hacer preguntas sobre el pasado, y su suegro se limitó a decirle que unos meses después de su partida se habían marchado del lugar donde George les había dejado para establecerse en Southampton, donde Helen consiguió unos pocos alumnos de piano y donde pudieron vivir de forma más o menos desahogada hasta que empezó a fallarle la salud, lo cual acabó por causarle la muerte. Al igual que la mayoría de las historias tristes, era muy breve.

—El niño parece tenerle mucho cariño, señor Maldon —dijo George tras permanecer callado unos minutos.

—Sí, sí —respondió el viejo, mientras acariciaba el pelo rizado del niño—, sí, Georgey es muy cariñoso con su abuelo.

—En tal caso es mejor que se quede con usted. Mi capital devengará un interés de unas seiscientas libras al año. Puede contar con cien libras para la educación de Georgey y dejar que el resto se vaya acumulando hasta que alcance la mayoría de edad. Este amigo mío será el administrador y, si acepta el cometido, le nombraré tutor del niño, aunque por el momento permanezca bajo el cuidado de usted.

—Pero ¿por qué no te ocupas tú mismo de él, George? —preguntó Robert Audley.

—Porque embarcaré en el próximo buque que zarpe de Liverpool con destino a Australia. Estaré mejor en los yacimientos o en el campo que aquí. A partir de este momento, la vida civilizada ha dejado de interesarme, Bob.

Los débiles ojos del anciano centellearon cuando George hizo tal aseveración.

—Mi pobre muchacho, creo que tienes razón —declaró—. Creo que es una decisión acertada. El cambio, la vida en plena naturaleza, el... el... —Vaciló y perdió el control mientras Robert lo miraba con expresión grave.

—Tengo la impresión de que está usted muy interesado en librarse de su yerno,

señor Maldon —dijo con el semblante serio.

—¡Librarme de él, santo cielo! ¡Oh, no, no! ¡Es por él, estimado caballero, es por él, sin duda!

—Creo que lo que le convendría es permanecer en Inglaterra y cuidar de su hijo —afirmó Robert.

—Ya te dicho que no puedo —intervino George—, cada centímetro de esta execrable tierra me resulta odioso... Quiero huir de aquí con tanto ahínco como si me encontrara en un cementerio. Volveré a la ciudad esta misma noche, dejaré solucionado el tema del dinero mañana a primera hora y me dirigiré a Liverpool sin más demora. Estaré mejor cuando los grandes océanos me separen de su tumba.

Antes de dejar la casa, abordó discretamente a la casera y le hizo más preguntas sobre su difunta esposa.

—¿Eran pobres? —inquirió—, ¿les escaseaba el dinero durante la enfermedad de ella?

—¡Oh, no! —respondió la mujer—, aunque el capitán sea descuidado en el vestir, siempre lleva el bolsillo lleno de soberanos. A la pobre señora no le faltaba de nada.

A George le aliviaron aquellas palabras aunque le intrigaba la procedencia del dinero que el teniente de navío a medio sueldo y aficionado a la bebida había destinado a los gastos de la enfermedad de su hija.

No obstante, estaba demasiado conmovido por la desgracia que le había sobrevenido como para pensar en esas cuestiones; así pues no hizo más preguntas y se dirigió con su suegro y Robert Audley hasta el barco en el que debían viajar para volver a Portsmouth.

El viejo se despidió de Robert de forma sumamente ceremoniosa.

—Por cierto, no me has presentado a tu amigo, querido muchacho —dijo.

George le miró, murmuró algo ininteligible y bajó la escalera del barco antes de que el señor Maldon tuviera tiempo de repetir su petición. El barco de vapor zarpó al caer el sol y el contorno de la isla se fue difuminando en el horizonte a medida que se acercaban a la otra costa.

—¡Y pensar —dijo George— que hace dos noches a esta misma hora estaba entrando en el puerto de Liverpool, con la ilusión de estrecharla entre mis brazos y esta misma noche me alejo de su tumba!

El documento por el cual se nombraba a Robert Audley tutor del pequeño George Talboys fue expedido a la mañana siguiente en el bufete de un abogado.

—Asumo una gran responsabilidad —exclamó Robert—. ¡Yo, tutor de alguien o de algo! ¡Yo, que nunca en la vida he sabido siquiera cuidar de mí!

—Confío en tu noble corazón, Bob —repuso George—. Sé que te harás cargo de mi pobre niño huérfano y que te ocuparás de que su abuelo cuide bien de él. De la fortuna de George sólo me quedará el dinero necesario para volver a Sydney y retomar mi antiguo trabajo.

No obstante, George parecía estar destinado a ser el tutor de su hijo porque, a su

llegada a Liverpool, resultó que el último barco con destino a Australia acababa de zarpar y el próximo no saldría hasta al cabo de un mes. Así pues, regresó a Londres y confió una vez más en la hospitalidad de Robert Audley.

El abogado lo recibió con los brazos abiertos, le asignó la habitación de las flores y los pájaros y se habilitó una cama en el vestidor. El desconsuelo es tan egoísta que George no advirtió los sacrificios que su amigo hacía en pos de su comodidad. Sólo sabía que para él el sol no volvería a brillar y que no tenía nada más que hacer en la vida. Se pasaba el día sentado, fumando habanos y contemplando las flores y los canarios, ansioso de que llegara el momento de hacerse a la mar.

Sin embargo, cuando faltaba poco para el día de partida del barco, Robert Audley apareció un día emocionado ante la perspectiva de un plan que se le antojaba magnífico. Un amigo suyo, otro de esos abogados que en lo último que pensaba era en un caso, iba a ir a pasar el invierno a San Petersburgo y deseaba que Robert le acompañara. Propuesta que sólo aceptaría en caso de que George también fuera.

El joven se opuso a la idea durante un tiempo pero cuando se percató de que, en cierto modo, Robert estaba totalmente decidido a no ir sin él, se dio por vencido y aceptó la propuesta.

—¿Qué más da? —se preguntó—. Me da lo mismo un lugar que otro, cualquier sitio que no sea Inglaterra, ¿qué importa dónde?

Aquella no era una forma muy positiva de plantearse la cuestión pero a Robert Audley le satisfizo bastante el hecho de haberle convencido.

Los tres jóvenes iniciaron el viaje en unas circunstancias altamente favorables puesto que llevaban cartas de presentación para las personalidades más influyentes de la capital rusa.

Antes de partir Robert escribió a su prima Alicia informándole del plan de viaje en compañía de su viejo amigo George Talboys, con quien se había reencontrado tras una separación de varios años y cuya esposa acababa de fallecer.

La respuesta de Alicia llegó a vuelta de correo y decía así:

Mi querido Robert:

¡Qué cruel por tu parte marcharte a la horrible ciudad de San Petersburgo antes de la temporada de caza! He oído decir que la gente pierde la nariz debido a las inclemencias del tiempo y, como tú la tienes bastante larga, te aconsejo que regreses antes de la llegada del mal tiempo. ¿Qué tipo de persona es ese tal señor Talboys? Si es simpático podrías traerlo a Audley Court en cuanto volváis del viaje. Lady Audley me ha dicho que te encargue que le compres unas pieles de marta. Asegúrate de que son las mejores del lugar y no repares en gastos. Papá se comporta como un perfecto estúpido con su nueva esposa y ella y yo no congeniamos lo más mínimo; no es que sea antipática conmigo, porque lo cierto es que es agradable con todo el mundo, pero es increíblemente infantil y boba.

Tu prima que te quiere, se despide, mi querido Robert, cordialmente,

ALICIA AUDLEY

Capítulo VII

Un año después

El primer año de viudedad de George Talboys pasó, el ancho crespón que rodeaba su sombrero se tomó pardusco y raído, y mientras se consumían uno tras otro los calurosos días de agosto, él se sentaba a fumar habanos en los tranquilos aposentos de Fig-Tree Court, al igual que había hecho el año anterior, cuando le habían asestado el golpe más duro de su vida y todos los elementos que le circundaban, por nimios o importantes que fueran, le habían parecido que estaban impregnados de su profundo pesar.

Sin embargo, el gran ex dragón había sobrevivido a su desgracia durante aquellos doce meses y, por duro que resulte decirlo, no parecía estar peor por ello. ¡Sabe Dios qué cambio interior le sobrevino a causa de tan amarga decepción! ¡Sabe Dios qué vana agonía por culpa de los remordimientos y los reproches no había atormentado el corazón honesto de George mientras yacía insomne por las noches pensando en la esposa que había abandonado para ir en pos de una fortuna que ella nunca pudo compartir!

En una ocasión, cuando se hallaban en tierras lejanas, Robert Audley se aventuró a felicitarle por su recuperación anímica. George le dedicó una risa amarga.

—¿Sabes, Bob? —dijo—, nuestros compatriotas que resultaron heridos en India volvieron a casa con balas en el cuerpo. No hablaban de ellas y se mostraron fuertes y vivaces y presentaban un aspecto tan bueno, quizá, como el tuyo o el mío, pero cualquier cambio climático, por ligero que fuera, toda variación de la atmósfera, por nimia que fuera, les devolvía la vieja agonía de las heridas con la misma intensidad con la que la habían sentido en el campo de batalla. He resultado herido, Bob; llevo la bala en mi interior y la llevaré conmigo hasta el fin de mis días.

Los viajeros regresaron de San Petersburgo en primavera y George volvió a instalarse en el domicilio de su viejo amigo, de donde sólo se ausentaba de vez en cuando para ir a Southampton a visitar a su hijito. Siempre le llevaba juguetes y golosinas pero, a pesar de todo ello, Georgey nunca llegó a familiarizarse demasiado con su padre, y al joven se le rompía el corazón cuando empezó a pensar que había perdido incluso a su hijo.

«¿Qué puedo hacer? —se dijo—. Si lo separo de su abuelo le partiré el corazón, si permito que se quede con él, crecerá siendo un extraño para mí y querrá más a ese viejo hipócrita y borracho que a su propio padre. Pero ¿qué puede hacer con un niño un dragón ignorante como yo? ¿Qué puedo enseñarle aparte de fumar habanos y holgazanear todo el día con las manos en los bolsillos?»

De manera que llegó el primer aniversario de aquel 30 de agosto en el que George

había visto el obituario de su esposa en el *Times*, por lo que dejó el luto y el crespón del sombrero y guardó las prendas negras en un baúl en el que conservaba un fajo de cartas de su esposa y aquel mechón de cabello que le habían cortado una vez fallecida. Robert Audley nunca había visto ni las cartas ni el largo mechón de pelo sedoso, ni George, por descontado, había mencionado el nombre de su difunta esposa después del día pasado en Ventnor en el que averiguó todos los detalles de su muerte.

—Hoy mismo escribiré a mi prima Alicia, George —dijo el joven abogado el mismo 30 de agosto—. ¿Sabes que pasado mañana es 1 de septiembre? Le escribiré para decirle que iremos a Audley Court para pasar una semana de cacería.

—No, no, Bob: ve tú solo, allí no me esperan y yo prefiero...

—¡Enterrarte en Fig-Tree Court, con mis perros y canarios como única compañía! No, George, no permitiré que hagas tal cosa.

—Pero si a mí no me gusta la caza.

—¿Y crees que a mí sí? —exclamó Robert con una desarmante ingenuidad—. Vamos, hombre, no distingo una perdiz de una paloma y, por lo que a mí respecta, me da lo mismo que sea 1 de abril que 1 de septiembre. No he matado a un pájaro en la vida, pero sí que me he dañado el hombro por el peso del fusil. Sólo voy a Essex para cambiar de aires, para comer bien y para ver el rostro honesto y noble de mi tío. Es más, esta vez tengo otro aliciente ya que quiero conocer a ese dechado de virtudes que es mi nueva tía. ¿Me acompañarás, George?

—Sí, si verdaderamente lo deseas.

La forma reposada que había adoptado su pesadumbre tras su primera y violenta aparición lo había dejado tan dócil como a un niño, a la merced de la voluntad de su amigo, dispuesto a ir a cualquier sitio o a hacer cualquier cosa, sin disfrutar ni originar diversión alguna sino uniéndose a los placeres de los demás con una resignación desesperanzada, silenciosa, conformista, discreta, propia de su naturaleza sencilla. No obstante, recibieron a vuelta de correo una carta de Alicia Audley en la que decía que los dos hombres no podían ser recibidos en Audley Court.

«Hay diecisiete habitaciones vacías —escribió la joven con mano acelerada e indignada—, pero, aun así, mi querido Robert, no podéis venir porque a milady se le ha metido en la cabeza que está demasiado enferma para recibir visitas (ella está tan enferma como yo), y que no puede permitir la presencia de caballeros (hombres rudos, dice ella) en la casa. Presenta mis disculpas a tu amigo el señor Talboys y dile que papá espera veros a los dos para la temporada de caza.»

—Las afectaciones y caprichos de la señora no evitarán que vayamos a Essex —afirmó Robert, mientras enrollaba la carta a fin de utilizarla para encender la gran pipa de espuma de mar—. Ya sé qué vamos a hacer, George, hay una posada magnífica en Audley y además es un buen sitio para practicar la pesca: iremos allí a pasar una semana. Pescar es mucho mejor que cazar, basta con sentarse en la orilla y observar la caña; no se suele pescar gran cosa pero a mí me resulta una experiencia sumamente placentera.

Mientras hablaba sostenía la carta enrollada sobre la débil llama de fuego que resplandecía en la chimenea, pero pareció cambiar de idea y la desenrolló y alisó el papel arrugado con la mano.

—¡Pobre Alicia! —exclamó pensativamente—, no es justo tratar sus cartas con tal displicencia; la guardaré.

Dicho lo cual, el señor Robert Audley introdujo la misiva de nuevo en el sobre para, a continuación, depositarla en un casillero de su mesa de escritorio con la inscripción «Importante». Sabe Dios qué magníficos documentos habría en aquel casillero tan especial, pero considero poco probable que contuviera nada de gran valor judicial. Si alguien hubiera dicho al joven abogado en aquel preciso momento que una cosa tan simple como la breve carta de su prima acabaría siendo un eslabón de la terrible cadena de pruebas que se iría forjando lentamente para el único caso del que él se ocuparía en su vida, tal vez el señor Robert Audley habría arqueado las cejas un poco más de lo habitual.

Así pues, los dos hombres partieron de Londres al día siguiente con un baúl de viaje y los aparejos de pesca en dirección al caótico, anticuado y decadente pueblo de Audley, donde arribaron a tiempo de disfrutar de un buen ágape en la Sun Inn.

Audley Court se hallaba aproximadamente a un kilómetro del pueblo, escondida, como ya he mencionado, en lo más profundo de una hondonada, rodeada de bosques frondosos. Sólo se podía llegar a la finca por un camino secundario, flanqueado por árboles y tan bien conservado como las avenidas del parque de un caballero. Era un paraje de una lobregura considerable, a pesar de su belleza rústica, para una criatura tan vivaz como la dama que anteriormente se llamaba Lucy Graham, pero el generoso baronet había transformado el interior de la vieja mansión gris en un palacete para su joven esposa, y lady Audley parecía disfrutar como una niña rodeada de juguetes nuevos y caros.

En sus momentos de máximo esplendor, igual que en sus viejos días de institutriz, dondequiera que fuera parecía llevar el *sol* y la alegría consigo. A pesar del desprecio manifiesto que la señorita Alicia sentía por el infantilismo y la frivolidad de su madre adoptiva, Lucy era más querida y admirada que la hija del baronet. Precisamente era ese infantilismo lo que resultaba irresistible para la mayoría de las personas. El pálido rostro de lady Audley poseía la inocencia y el candor de un niño, cualidades que transmitía a través de sus grandes ojos azules. Los labios rosados, la nariz delicada, la profusión de rizos rubios, todo ello contribuía a otorgar a su belleza rasgos de una juventud y frescura extremas. Se le atribuían veinte años de edad pero no aparentaba más de diecisiete. Su cuerpo frágil, que gustaba de cubrir con terciopelos gruesos y sedas susurrantes y rígidas, hasta parecer una niña vestida para un baile de máscaras, era tan aniñado como si acabara de salir de la escuela. Todas sus diversiones eran infantiles. Odiaba leer y todo tipo de estudios y le agradaba sobremanera estar acompañada; prefería confiarse a Phoebe Marks en vez de estar sola, y tumbarse en uno de los lujosos sofás del vestidor y hablar de un vestido nuevo para alguna fiesta

futura, o sentarse a charlar con la muchacha, con el joyero al lado, sobre los cojines de satén, y los regalos de sir Michael en la falda, mientras contaba y admiraba sus tesoros.

Había hecho acto de presencia en varios bailes públicos en Chelmsford y Colchester e inmediatamente se la consideró la beldad del condado. Satisfecha con su buena posición y hermosa mansión, complacida en todos los caprichos, consentidos todos sus antojos, admirada y mimada dondequiera que fuere, encariñada con su espléndido esposo, con una más que generosa asignación para sus gastos, sin parientes pobres que la molestasen pidiéndole dinero o favores, sería difícil encontrar en el condado de Essex a una criatura más afortunada que Lucy, lady Audley.

Los dos hombres alargaron la sobremesa en el salón privado de la Sun Inn. Las ventanas estaban abiertas de par en par y el aire fresco de la campaña acarició sus rostros durante la comida. La temperatura era agradable. El follaje de los árboles presentaba los primeros indicios de la proximidad del otoño, y el trigo amarillo crecía todavía en algunos campos, en otros acababa de caer bajo el filo reluciente de la hoz, mientras en los estrechos caminos circulaban grandes coches tirados por caballos de pecho ancho, que llevaban el grano a casa. Para cualquier persona que haya pasado los calurosos meses de estío recluida en Londres, el primer acercamiento a la vida rústica provoca una especie de embelesamiento sensual difícil de describir. George Talboys lo sintió y ése fue el primer momento en el que experimentó una sensación cercana al goce desde la muerte de su esposa.

El reloj marcó las cinco cuando terminaron de comer.

—Ponte el sombrero, George —dijo Robert Audley—. En Audley Court no cenan hasta la siete, así que tenemos tiempo de darnos un paseo hasta allí y visitar la casa y a sus moradores.

El posadero, que había entrado en la sala con una botella de vino, levantó la mirada al oír al hombre.

—Disculpe, señor Audley —dijo—, pero si desea ver a su tío, perderá el tiempo yendo ahora a Audley Court. Sir Michael, milady y la señorita Alicia han ido a Chorley a las carreras y no regresarán hasta cerca de las ocho. Para volver a su casa tienen que pasar por aquí.

Dadas las circunstancias, resultaba obvio que no había razón por la que ir a Audley Court, por lo que los dos hombres se pasearon por el pueblo y visitaron la iglesia antigua, después de lo cual se dispusieron a hacer un reconocimiento de los arroyos en los que pescarían al día siguiente, y así pasaron agradablemente el tiempo hasta pasadas las siete. A las siete y cuarto aproximadamente regresaron a la posada, se sentaron junto a una ventana abierta, encendieron sus habanos y se dedicaron a contemplar el apacible paisaje.

Cada día se oye hablar de asesinatos cometidos en el campo. Asesinatos crueles y traicioneros; agonías lentas y prolongadas a causa de venenos administrados por la mano de un allegado; muertes repentinas y violentas consecuencia de golpes brutales,

infligidos con una estaca procedente de algún roble en crecimiento, cuya sombra era una falsa promesa de... paz. En el condado sobre el que escribo, me han mostrado un prado donde, una apacible y calurosa noche de domingo, un joven granjero mató a la muchacha que lo había amado y en quien había depositado su confianza; y no obstante, todavía ahora, a pesar del horrendo acto que en él se cometió, el lugar presenta un aspecto de... paz. En las peores callejuelas de Seven Dials^[20] no se ha cometido crimen alguno, por espeluznante que fuera, que no se haya repetido también en este entorno de apacible rusticidad y dulzura que, no obstante, seguimos contemplando con delicadeza y con una sensación próxima a la melancolía que asociamos con la... paz.

Ya había anochecido cuando calesines y tálburis, coches de dos ruedas tirados por caballos y toscos faetones de campesinos empezaron a traquetear por la calle del pueblo. Cuando un carruaje abierto y tirado por cuatro caballos se detuvo repentinamente bajo la señal que, balanceándose, indicaba el nombre de la Sun Inn, la oscuridad era total.

El birlocho de sir Michael Audley era el que se había detenido de forma tan repentina frente a la pequeña posada. El arnés de uno de los caballos que iba en cabeza se había estropeado y el postillón delantero desmontó para arreglarlo.

—¡Caramba, si es mi tío! —exclamó Robert Audley cuando se detuvo el coche de caballos—. ¡Iré a hablar con él!

George encendió otro habano y, resguardado por las cortinas de la ventana, observó al grupo. Alicia estaba sentada de espaldas a los caballos y advirtió, pese a la penumbra, que era una bella joven morena; pero lady Audley estaba sentada en el lado del coche más alejado de la posada y ni siquiera pudo ver a la admirada mujer rubia de quien tanto había oído hablar.

—¡Vaya, Robert! —exclamó sir Michael en cuanto vio salir a su sobrino de la posada—. ¡Qué sorpresa!

—No he venido a importunarle a Audley Court, querido tío —dijo el joven cuando el baronet le estrechó la mano con su característica cordialidad—, Essex es mi condado natal, como ya sabe, y en esta época del año me suele embargar una cierta nostalgia por mi tierra, así que George y yo hemos venido a la posada a pasar dos o tres días pescando.

—George... ¿George, qué?

—George Talboys.

—¿Cómo? ¿Ha venido? —inquirió Alicia—. Me alegra saberlo ya que me encantaría conocer a ese joven y atractivo viudo.

—¿De veras, Alicia? —preguntó su primo—. En ese caso, ¡pardiez!, iré a buscarlo y te lo presentaré de inmediato.

Ahora bien, era tan absoluto el dominio que lady Audley ejercía, de modo pueril e irreflexivo, sobre su devoto esposo, que el baronet sólo apartaba la vista del hermoso rostro de su mujer en casos excepcionales. Así pues, cuando Robert estaba a punto de

dirigirse hacia la posada, Lucy no tuvo más que elevar mínimamente las cejas, con una encantadora expresión de hastío y terror, para que su marido comprendiera que no deseaba que se la importunara presentándole al señor George Talboys.

—No te apures, Bob —dijo—. Mi esposa está un poco fatigada después de un día tan placentero. Trae a tu amigo a cenar mañana y así Alicia y él podrán conocerse. Ven a saludar a lady Audley y luego proseguiremos nuestro camino.

Milady estaba tan fatigada que se limitó a esbozar una dulce sonrisa y a tender una diminuta mano enguantada a su sobrino político.

—¿Nos acompañará mañana a la hora de la cena y traerá a su interesante amigo? —dijo con voz baja y cansada. Había sido la atracción principal del hipódromo y estaba exhausta por el esfuerzo que suponía fascinar a medio condado.

—Qué extraño que no te haya dedicado una de sus interminables risas —susurró Alicia cuando asomó la cabeza por la puerta del carruaje para dar las buenas noches a Robert—, pero me atrevo a decir que se la reserva para deleitarte mañana. Supongo que ya te has quedado tan fascinado como todo el mundo —añadió la joven con tono irritado.

—Es una mujer adorable, sin duda —murmuró Robert con admiración comedida.

—¡Oh, por supuesto! Vaya, es la primera mujer a quien te he oído dedicar una palabra cortés, Robert Audley. Me apena ver que sólo eres capaz de admirar muñecas de porcelana.

La pobre Alicia había tenido muchas escaramuzas con su primo sobre el peculiar carácter de éste, el cual, aunque le permitía ir por la vida con una satisfacción perfecta y un disfrute tácito, le impedía por completo sentir una chispa de entusiasmo sobre asunto alguno.

«La posibilidad de que se enamore —pensaba la joven a veces— es completamente ridícula. Si todas las divinidades de la tierra se alinearan ante sus ojos, a la espera de que Su Majestad lanzara el pañuelo, se limitaría a arquear las cejas ligeramente y a decirles acto seguido que lo recogieran.»

Pero, por una vez en la vida, Robert se mostró casi entusiasmado.

—Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, George —afirmó cuando el carruaje hubo partido y se reunió con su amiga—. Qué ojos tan azules, qué tirabuzones, qué sonrisa tan cautivadora, qué toca tan delicada; todo ello cubierto por una paz de corazón, por destellos húmedos, emergiendo de una nube de gasa George Talboys, me siento como el protagonista de una novela francesa, me estoy enamorando de mi tía.

El viudo se limitó a suspirar y a exhalar con fuerza el humo del habano por la ventana abierta. Tal vez estuviera pensando en aquella época lejana, de hecho hacía poco más de cinco años, aunque le parecía una eternidad, en la que había conocido a la mujer por quien había llevado un crespón sujeto al sombrero hacía tan sólo tres días. Todos aquellos sentimientos pasados pero inolvidables volvieron, regresaron a la escena que los había originado. De nuevo, holgazaneó junto con sus compañeros

oficiales en el descuidado muelle de aquel descuidado pueblo costero, escuchando una deprimente banda con un corneta que sonaba una nota y media bajada de tono. De nuevo oyó los viejos aires operísticos y, de nuevo, ella se acercó a él tropezando, apoyada en el brazo de su anciano padre, y fingiendo (con una encantadora y deliciosa afectación, mitad seria, mitad cómica) escuchar la música, y bastante inconsciente de la admiración de media docena de boquiabiertos soldados de caballería. De nuevo revivió la impresión de que era una criatura demasiado hermosa para la tierra, o para menesteres terrenales, y que abordarla suponía ascender a una atmósfera superior y respirar un aire más puro. Y desde aquel momento se convirtió en su mujer y en la madre de su hijo. Yacía ahora en el pequeño cementerio de Ventnor y tan sólo un año atrás había encargado su lápida. Unas lágrimas pausadas y silenciosas le resbalaron hasta el chaleco al sumergirse en esos pensamientos en la sala oscura y tranquila.

Lady Audley estaba tan exhausta al llegar a casa que se excusó de la mesa y se retiró de inmediato a su vestidor, atendida por su doncella, Phoebe Marks.

Se comportaba de forma un tanto caprichosa para con la doncella; a veces le hacía todo tipo de confidencias y otras se mostraba más bien reservada, pero era generosa como señora y la muchacha carecía de motivos para no sentirse satisfecha con la situación.

Aquella noche, a pesar del cansancio, se encontraba de un excelente humor y le habló del desarrollo de las carreras y de los asistentes con todo lujo de detalles.

—Estoy tremendamente fatigada, Phoebe —le dijo al poco rato—. Me temo que después de un día bajo un sol tan intenso, mi aspecto debe de ser espantoso.

A cada uno de los lados del espejo ante el que, de pie, lady Audley se desabrochaba el vestido, había velas encendidas. Miraba fijamente a la doncella mientras hablaba con sus claros y brillantes ojos azules y con los labios rosados e infantiles fruncidos en una sonrisa.

—Está un poco pálida, milady —respondió la muchacha—, pero la veo tan hermosa como siempre.

—Claro, Phoebe —dijo, dejándose caer en una silla y retirando los rizos hacia la doncella, quien, cepillo en mano, estaba lista para preparar para la noche la hermosa y abundante cabellera de su señora—. ¿Sabes, Phoebe? Hay gente que dice que tú y yo nos parecemos.

—Yo también lo he oído, milady —repuso la muchacha con voz queda—, pero no saben lo que dicen porque la señora es muy hermosa y yo no soy más que una pobre muchacha poco agraciada.

—En absoluto, Phoebe —manifestó la señora con gran seguridad—, te pareces a mí y tienes unos rasgos muy hermosos, lo único que te falta es color. Yo tengo el cabello rubio claro con toques dorados y tú lo tienes de un color apagado; yo tengo las cejas y las pestañas marrón oscuro y las tuyas son casi... No me agrada decirlo pero son casi blancas, querida Phoebe. Tú tienes la tez cetrina y yo sonrosada. En fin,

que con una botella de tinte capilar, como el que anuncian en los periódicos, y un tarro de colorete, serías tan bonita como yo, Phoebe.

Durante un buen período de tiempo habló con esta predisposición de un gran número de temas frívolos, y ridiculizó a las personas que había conocido en las carreras para divertir a la doncella. Su hija adoptiva entró en el vestidor para darle las buenas noches y encontró a milady y su doncella riendo abiertamente sobre una de las aventuras del día. Alicia, quien nunca otorgaba ese tipo de confianzas al servicio, se retiró indignada ante la frivolidad de milady.

—Sigue cepillándome el pelo, Phoebe —ordenó lady Audley, cada vez que la muchacha estaba a punto de dar por terminado el cepillado—. Me agrada conversar contigo.

Al final, justo cuando acababa de despedirse de la doncella, la volvió a llamar repentinamente.

—Phoebe Marks —dijo—, quiero que me hagas un favor.

—Sí, señora.

—Quiero que vayas a Londres en el primer tren de la mañana para cumplir un encargo de mi parte. Luego puedes tomarte el día libre, ya que sé que tienes amigos en la ciudad. Te daré un billete de cinco libras si haces lo que te ordeno y me guardas el secreto.

—Sí, señora.

—Asegúrate de que la puerta está bien cerrada y ven a sentarte a mis pies en este taburete. —La muchacha obedeció. Lady Audley acarició el cabello apagado de la doncella con su mano blanca y enjoyada mientras reflexionaba unos instantes—. Y ahora escucha, Phoebe. Lo que quiero que hagas es muy sencillo.

Era tan sencillo que se lo explicó en cinco minutos, pasados los cuales lady Audley se retiró a su dormitorio y se acostó cómodamente bajo el edredón de plumas. Era una mujer friolera y le encantaba sumergirse bajo la suavidad del satén y las pieles.

—Dame un beso, Phoebe —dijo mientras la doncella corría las cortinas—He oído los pasos de sir Michael en la antesala, te lo encontrarás al salir, puedes decirle que mañana te marcharás en el primer tren para encargar un vestido a madame Frederick para la cena en Morton Abbey.

A la mañana siguiente, lady Audley bajó tarde a desayunar, pasadas las diez. Mientras se tomaba el café, un sirviente le trajo un paquete sellado y un cuaderno donde firmar.

—¡Un mensaje telegráfico! —exclamó, ya que la conveniente palabra «telegrama»^[21] no se había inventado todavía—. ¿Qué puede ser?

Levantó la mirada hacia su esposo con ojos abiertos y aterrorizados, como si tuviera miedo de abrir el sobre. Iba dirigido a la señorita Lucy Graham, al domicilio de la familia Dawson, y lo habían enviado desde el pueblo.

—Léelo, querida —instó él—, y no te apures, tal vez no sea nada importante.

Lo remitía una tal señora Vincent, la maestra que le había dado referencias para entrar a trabajar en casa de la familia del señor Dawson. La señora estaba gravemente enferma y suplicaba a su antigua alumna que fuera a visitarla.

—¡Pobrecilla! Siempre me decía que sería su heredera —dijo Lucy, con una sonrisa entristecida—. No ha sabido de mi cambio de fortuna. Querido sir Michael, debo ir a visitarla.

—Por supuesto que sí, querida. Si se portó bien con mi pequeña en sus momentos de adversidad, no debe olvidarse su derecho a compartir su prosperidad. Ponte la capota, Lucy, quizá lleguemos a tiempo de tomar el expreso.

—¿Me acompañarás?

—Por descontado, querida. ¿Cómo iba a dejarte ir sola?

—Estaba segura de que vendrías —dijo pensativa.

—¿Tu amiga envía la dirección?

—No, pero siempre ha vivido en Crescent Villas, West Brompton, y seguro que sigue viviendo ahí.

Lady Audley sólo tuvo tiempo de ponerse la capota y el chal antes de oír al coche de caballos acercándose a la puerta y a sir Michael llamándola al pie de la escalinata.

Sus dependencias, como ya he dicho, estaban unidas entre sí y finalizaban en una antesala octagonal decorada con pinturas al óleo. A pesar de las prisas, se detuvo deliberadamente en la puerta de esta habitación, la cerró con llave y se la introdujo en el bolsillo. Esta puerta, una vez cerrada, impedía el acceso a los aposentos de milady.

Capítulo VIII

Antes de la tormenta

Por consiguiente, la cena en Audley Court quedó aplazada y la señorita Alicia tuvo que esperar todavía más para que le presentaran al apuesto joven viudo, el señor George Talboys.

En pos de la verdad, me temo que tal vez existiera cierta afectación en el interés que la joven mostraba por conocer a George, pero si la pobre Alicia se planteó durante un solo instante provocar una chispa de celos en el pecho de su primo ante tal muestra de interés, es que no conocía tan bien como creía el temperamento de Robert Audley. Indolente, apuesto e indiferente, el joven abogado se tomaba la vida de tal manera que creía que era un absurdo error que un hombre sensato considerase con seriedad cualquier acontecimiento durante el vacuo transcurso de la misma.

Su bonita y agitanada prima podría perfectamente haber estado profundamente enamorada de él, y podría haberle transmitido ese sentimiento a la manera de las damas, de forma encantadora, empleando circunloquios cien veces al día durante los trescientos sesenta y cinco días del año, pero, de no haber aguardado a algún afortunado 29 de febrero^[22] y haberse dirigido a él sin más preámbulos para decirle: «Robert, ¿quieres casarte conmigo?», dudo mucho que él hubiera siquiera imaginado la intensidad de los sentimientos de Alicia.

De todas maneras, en caso de que él estuviera enamorado de ella, imagino que su tierna pasión habría, en él, sido un sentimiento tan vago y débil que podría haberse perfectamente ido a la tumba con una ligera sensación de inquietud, que tanto podía achacarse al amor como a una indigestión y, aparte de eso, no hubiera tenido ninguna otra apreciación más profunda de su estado.

Así pues, de nada sirvió, mi pobre Alicia, que te pasearas por los caminos que rodean Audley durante los tres días que los dos hombres estuvieron en Essex; en vano fue que llevaras ese bonito sombrero blando con pluma incluida y encontrarte, una y otra vez, por la más curiosa de las casualidades, a Robert y a su amigo. Los rizos oscuros (nada parecidos a los livianos tirabuzones dorados de lady Audley, ya que eran rizos de cabello grueso que te caían sobre el cuello fino y bronceado), los labios rojos y el mohín de la boca, la nariz con tendencia a ser *retroussé*, la tez oscura, con un toque de brillante carmesí, siempre dispuesta a levantar la mirada como un faro en el cielo oscuro cuando te encontrabas de súbito a tu apático primo: toda esta belleza morena, coqueta, *espiègle*^[23], quedaba desperdiciada ante los torpes ojos de Robert Audley y, en vista de la situación, podías haber descansado en el fresco salón de Audley Court en vez de agotar a tu hermosa yegua bajo el abrasador sol de septiembre.

Hablemos de la pesca que, menos para los devotos discípulos de Izaak Walton^[24], no resulta un pasatiempo muy animado; por consiguiente, tal vez no sea de extrañar que el día después de la partida de lady Audley, los dos hombres (uno de los cuales carecía de la capacidad, debido a la herida del corazón que tan silenciosamente sangraba, de disfrutar con algo, y para el otro, el placer era algo así como un tipo de molestia negativa) empezaron a cansarse de la sombra de los sauces que se inclinaban sobre los arroyos que serpenteaban alrededor de Audley.

—Fig-Tree Court no es un lugar muy alegre durante las vacaciones de verano —dijo Robert pensativamente—, pero creo que, en general, es mejor que esto; por lo menos está cerca de un estanco —añadió, succionando con resignación un habano execrable que había conseguido gracias al dueño de la Sun Inn.

George Talboys, quien había aceptado formar parte de la expedición a Essex para complacer a su amigo, no tenía ningún inconveniente en regresar a Londres de inmediato.

—A mí no me importaría volver, Bob —dijo—, porque quiero viajar a Southampton; hace más de un mes que no he visto al pequeño.

Siempre se refería a su hijo como «el pequeño», siempre hablaba de él con voz lastimera en vez de con alegría. Parecía que pensar en su hijo no le producía consuelo alguno. Él explicaba esta sensación diciendo que tenía la impresión de que el niño nunca aprendería a quererlo; y peor aún, que esta impresión era el nada halagüeño presentimiento de que no viviría para ver al pequeño Georgey llegar a su edad adulta.

«No soy un hombre romántico, Bob —decía a veces—, y nunca he leído un verso de poesía en mi vida que no me pareciera una sucesión de palabras sin demasiado sentido; pero desde la muerte de mi esposa me embarga una sensación distinta, me siento como un hombre frente a una costa larga y baja, con acantilados espantosos cerniéndose sobre él desde atrás, y la marea va subiendo despacio pero sin detenerse a sus pies. Tengo la impresión de que sube cada día más, esa marea negra y despiadada; no se acerca a mí veloz y de forma ruidosa sino que avanza lentamente, en silencio, con sigilo, deslizándose hacia mí, dispuesta a engullirme cuando menos me lo espere.»

Robert Audley observó sorprendido y en silencio a su amigo y, tras una pausa de deliberación profunda, declaró con solemnidad:

—George Talboys, entendería esa sensación si hubieras estado cenando más de la cuenta estos últimos días. El tocino frío, sobre todo si está poco hecho, puede producir este tipo de sensaciones. Necesitas un cambio de aires, querido amigo; necesitas la brisa fresca de Fig-Tree Court y el ambiente relajado de Fleet Street. O, espera —añadió de repente—, ¡ya lo tengo! Has estado fumando habanos de nuestro amigo el dueño, eso lo explica todo.

Encontraron a Alicia Audley cabalgando en la yegua aproximadamente media hora después de tomar la determinación de irse de Essex a primera hora del día siguiente. La joven se quedó muy sorprendida y decepcionada al conocer la decisión

de su primo y, precisamente por eso, fingió tomarse el asunto con la indiferencia más absoluta.

—Te has cansado de Audley muy rápido, Robert —dijo con despreocupación—, pero, claro, aquí no tienes amigos, aparte de tu familia en Audley Court; mientras que en Londres, sin lugar a dudas, disfrutas de unas amistades de lo más selectas y...

—Consigo buen tabaco —murmuró Robert, interrumpiendo a su prima—. Audley es un lugar encantador pero cuando un hombre se ve obligado a fumar hojas de col secas, ya sabes, Alicia...

—¿Entonces es cierto que os marcháis mañana por la mañana?

—Decididamente, en el expreso que sale a las 10.50.

—En ese caso, lady Audley no tendrá la oportunidad de conocer al señor Talboys y el señor Talboys se perderá la ocasión de ver a la mujer más hermosa de Essex.

—Bueno... —tartamudeó George.

—La mujer más hermosa de Essex no tendría muchas posibilidades de ganarse la admiración de mi amigo George Talboys —afirmó Robert—. Su corazón está en Southampton, donde vive su hijito de pelo rizado, que levanta poco más de dos palmos del suelo, que le llama «el caballero grande» y que le pide confites de ciruela.

—Voy a escribir a mi madrastra antes de que pase el correo de esta noche —dijo Alicia—. En su carta me preguntó expresamente cuánto tiempo ibais a pasar aquí y si tenía alguna posibilidad de volver a tiempo para recibirlos.

La señorita Audley extrajo una carta del bolsillo del traje de montar mientras hablaba; era una nota especial, escrita en papel brillante de un curioso tono crema.

—En la posdata dice: «Asegúrate de responder a mi pregunta sobre el señor Audley y su amigo, Alicia, ¿eres tan olvidadiza e imprevisible!».

—¡Qué letra tan bonita! —exclamó Robert mientras su prima doblaba la nota.

—Sí, es bonita, ¿verdad? Mírala, Robert.

Alicia dejó la carta en su mano y Robert la contempló perezosamente durante unos minutos, mientras Alicia daba una palmadita a la yegua alazana en el grácil cuello, que estaba deseosa de emprender de nuevo el galope.

—Enseguida, Atalanta, enseguida. Devuélveme la nota, Bob.

—Es la letra más coqueta y diminuta que he visto en mi vida. Alicia, yo nunca he creído en esos tipos que te piden trece sellos de correo y se ofrecen a contarte lo que uno nunca ha podido descubrir por uno mismo; pero créeme si te digo que si nunca hubiera visto a tu tía, sabría qué aspecto tiene a juzgar por este pedazo de papel. Sí, aquí está todo: los rizos dorados, finos y sedosos, las cejas perfiladas, la pequeña nariz recta, la encantadora sonrisa infantil, todo ello se adivina en estos pocos pero gráciles trazos ascendentes y descendentes. ¡George, mira esto!

George Talboys, por su parte, distraído y con aspecto sombrío, se había puesto a pasear junto a una acequia e iba tocando las enneas con un bastón, a una docena de pasos de donde se encontraban Robert y Alicia.

—No te molestes —dijo la joven con impaciencia, porque esta larga disquisición

sobre la pequeña nota de milady no le entusiasmaba precisamente—. Dame la carta y déjame marchar; ya son más de las ocho y debo responderla en el correo de esta noche. ¡Vamos, Atalanta! Adiós, Robert; adiós, señor Talboys. Que tengáis un buen viaje de regreso a Londres.

La yegua alazana se alejó cabalgando con brío por el sendero y la señorita Audley desapareció de su vista antes de derramar las dos lágrimas surgidas de su airado corazón que habían quedado contenidas en sus ojos, cuando su orgullo les había impedido brotar a la superficie.

—Sólo tengo un primo en este mundo —exclamó con vehemencia—, mi familiar más cercano después de papá, y le importo tanto como el perro del vecino.

Sin embargo, a causa de un pequeño imprevisto, Robert y su amigo no partieron a la mañana siguiente en el expreso de las 10.50, ya que el joven abogado se despertó con un dolor de cabeza tan intenso que rogó a George que pidiera en la posada una taza de té verde lo más fuerte posible y que retrasaran el viaje hasta el día siguiente. George, por supuesto, accedió y Robert Audley se pasó la mañana tumbado en una habitación a oscuras, con un periódico de Chelmsford de hacía cinco días como única compañía.

—Han sido los habanos, George —no dejaba de repetir—. Sácame de este lugar sin ver al dueño, porque si me encuentro con ese hombre habrá un derramamiento de sangre.

Afortunadamente para la tranquilidad del lugar, resultó ser día de mercado en Chelmsford, por lo que el respetable dueño se había marchado en el carruaje para comprar los víveres necesarios, como una caja de aquellos habanos que tan mal habían sentado a Robert, quizás entre otras cosas.

Los dos hombres pasaron el día de la forma más aburrida, lenta, necia e inútil imaginable y, al caer la tarde, el señor Audley propuso que se acercaran a Audley Court y pidieran a Alicia que les enseñara la casa.

—Así pasaremos un par de horas, George; y además me entristece sobremanera que nos marchemos de Audley sin que hayas visto la mansión, que te aseguro que vale la pena ver.

El sol estaba bajo en el cielo cuando tomaron un atajo por los prados y subieron por una escalera que les permitía pasar al otro lado de una cerca y entrar en el paseo arbolado que conducía al arco. Se trataba de un atardecer refulgente, pesado, inquietante, y se respiraba una quietud sepulcral que asustaba incluso a los pájaros que tenían intención de cantar, y dejaba el campo a la merced de unas pocas ranas insidiosas que croaban en las acequias. Por muy silencioso que estuviera el lugar, las hojas se mecían con un movimiento siniestro, tembloroso, que no era fruto de ninguna causa externa sino de la agitación instintiva de las frágiles ramas, que preconizaban la llegada de una tormenta. Aquel reloj inútil, que no tenía punto medio y que siempre pasaba directamente de una hora a la siguiente, marcaba las siete cuando los dos hombres pasaron bajo el arco, aunque en realidad fueran casi las ocho.

Encontraron a Alicia en la avenida de los tilos, paseando lánguidamente de un lado para otro bajo la sombra oscura de los árboles, de los que, de vez en cuando, caía una hoja seca con lentitud.

Curiosamente, George Talboys, que pocas veces se fijaba en algo, se mostró interesado en el lugar.

—Tendría que ser la avenida de un cementerio —dijo—. ¡Con qué placidez descansarían los muertos bajo esta sombra! Ojalá el cementerio de Ventnor fuera así.

Se dirigieron al antiguo pozo y Alicia les contó una vieja leyenda relacionada con el lugar: una historia lúgubre, como las que suelen contarse de las casas abandonadas, como si el pasado fuera una página oscura repleta de dolor y crímenes.

—Nos gustaría ver la casa antes de que oscurezca, Alicia —manifestó Robert.

—En ese caso debemos apresurarnos —respondió ella—. Vamos.

Entró por una puerta acristalada, restaurada unos años antes, que conducía a la biblioteca, desde donde pasaron a una sala.

Allí se cruzaron con la pálida doncella de milady, quien observó disimuladamente a los dos hombres bajo sus claras pestañas.

Se encaminaban al piso superior cuando Alicia se volvió y se dirigió a la muchacha.

—Después de pasar al salón, me gustaría enseñar a estos caballeros las dependencias de lady Audley. ¿Se pueden ver, Phoebe?

—Sí, señorita, pero la puerta de la antesala está cerrada y creo que la señora se ha llevado la llave a Londres.

—¿Que se ha llevado la llave? ¡Imposible! —exclamó Alicia.

—No, señorita, creo que así es. Yo no la encuentro y siempre está en la cerradura.

—Lo cierto es —dijo Alicia con impaciencia—, que no me sorprende que milady se comporte de forma tan estafalaria. Me imagino que temía que entráramos en sus aposentos y curioseáramos sus hermosos vestidos y toqueteáramos sus joyas. Me resulta de lo más irritante porque los mejores cuadros de la casa se encuentran en esa antesala. También está su retrato, inacabado, pero muy realista.

—¡Su retrato! —exclamó Robert Audley—. Daría lo que fuera por verlo porque no tengo más que una ligera idea de su rostro. ¿No hay ninguna otra forma de entrar en esa sala, Alicia?

—¿Otra forma?

—Sí, ¿no hay otra puerta que conduzca a otras habitaciones por las que podamos llegar ahí?

Su prima negó con la cabeza y los condujo a un pasillo donde había algunos retratos de familia. Les mostró una cámara totalmente tapizada, cuyas figuras en la tela descolorida presentaban un aspecto amenazador bajo la tenue luz.

—Ese tipo con el hacha de guerra parece querer abrirle la cabeza a George —apuntó el señor Audley al tiempo que señalaba a un guerrero aguerrido cuyo brazo levantado parecía cernirse sobre la cabeza de George Talboys—. Salgamos de esta

sala, Alicia. Es muy húmeda o parece incluso embrujada. Creo que los fantasmas aparecen como consecuencia de la humedad. Si duermes en una cama húmeda, te despiertas de repente a altas horas de la noche con un estremecimiento frío y ves a una vieja dama ataviada al estilo de la corte de Jorge I, sentada a los pies de la cama. La vieja dama es una indigestión y el temblor frío es la sábana húmeda.

El salón estaba iluminado con velas. Las lámparas modernas todavía no habían hecho aparición en Audley Court. Los aposentos de sir Michael estaban iluminados con velas de cera amarilla gruesas, colocadas en enormes candelabros de plata en apliques de pared.

En el salón había poco que ver y George Talboys enseguida se cansó de contemplar aquel mobiliario moderno y algunos cuadros pintados por miembros de la Academia.

—¿No hay ningún pasadizo secreto o un viejo arcón de roble o algo parecido en la casa, Alicia? —inquirió Robert.

—¡Claro! —exclamó la señorita Audley, con una vehemencia que sorprendió a su primo—, por supuesto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Qué tonta soy!

—¿Tonta por qué?

—Porque si no os importa andar a gatas, podréis entrar en los aposentos de la señora, ya que ese pasadizo comunica con su vestidor. Creo que ella ni siquiera lo sabe. ¡Menuda sorpresa se llevaría si algún ladrón enmascarado, con una linterna oscura, surgiera del suelo una noche mientras se sienta ante el espejo a que la peinen para asistir a una fiesta!

—¿Probamos el pasadizo secreto, George? —preguntó el señor Audley.

—Sí, si así lo deseas.

Alicia los condujo a la habitación que en otro tiempo había sido su cuarto de juegos. Ahora no se utilizaba, excepto en las pocas ocasiones en las que la casa estaba llena de gente.

Robert Audley levantó un extremo de la alfombra, siguiendo las instrucciones de su prima, y descubrió una trampilla un tanto tosca en el suelo de madera de roble.

—Escuchadme bien —dijo Alicia—. Tenéis que bajar al pasadizo, que tiene poco más de un metro de alto, ayudándoos de las manos; bajad la cabeza y caminad hasta que encontréis un giro a la izquierda, al final de ese tramo encontraréis una escalerilla debajo de una trampilla como ésta, cuyo pestillo tendréis que correr; esa trampilla da al vestidor de la señora, bajo una alfombra persa cuadrada que se levanta fácilmente. ¿Me habéis entendido?

—Perfectamente.

—Entonces coge la vela, el señor Talboys te seguirá. Os doy veinte minutos para admirar los cuadros, lo cual supone que tendréis aproximadamente un minuto para cada uno; transcurrido ese tiempo esperaré vuestro regreso.

Robert la obedeció sin reservas y George, que siguió a su amigo con sumisión, se encontró al cabo de cinco minutos rodeado del elegante desorden del vestidor de lady

Audley.

Milady había salido precipitadamente de la casa para emprender aquel inesperado viaje a Londres, por lo que todos sus artículos de tocador estaban diseminados sobre la cómoda de mármol. El ambiente que se respiraba en la estancia resultaba un tanto sofocante debido a la fuerte fragancia que despedían los frascos de perfume que no habían sido cerrados con su tapón de oro. Un ramo de flores de invernadero estaba marchitándose encima de un pequeño escritorio. En el suelo había dos o tres hermosos vestidos y las puertas abiertas de un armario dejaban ver los tesoros que guardaba. Por toda la estancia había joyas, cepillos con el dorso de marfil y piezas de exquisita porcelana. George Talboys vio su rostro barbudo y su silueta delgada y adusta reflejados en el espejo de cuerpo entero, y se asombró al ver lo fuera de lugar que quedaba entre todos aquellos lujos femeninos.

Desde el vestidor se dirigieron al tocador y de ahí a la antesala, donde, tal como había dicho Alicia, se encontraban unos veinte cuadros de gran valor junto al retrato de milady.

El retrato de la señora de la casa estaba en un caballete cubierto con un paño verde en el centro de la habitación octagonal. El artista había decidido pintarla de pie en esa misma estancia, utilizando como fondo una fiel reproducción de las paredes pintadas. Me temo que el joven pertenecía a la hermandad de los prerrafaelitas^[25] ya que había dedicado una cantidad de tiempo desmesurada a los accesorios del cuadro, a los hermosos tirabuzones de la señora y a los gruesos pliegues de su vestido de terciopelo carmesí.

Los dos hombres admiraron primero los cuadros de las paredes y dejaron el retrato inacabado para una *bonne bouche*^[26].

Para entonces ya había anochecido y la única vela que llevaba Robert no proyectaba más que un círculo de luz cuando se situaba ante los cuadros, uno detrás de otro. La amplia ventana desnuda daba al cielo pálido, matizado con el último destello del crepúsculo ya casi acabado. La hiedra rozaba el cristal con el mismo temblor inquietante que mecía todas las hojas del jardín, a modo de premonición de la tormenta que iba a desatarse.

—Ahí están los eternos caballos blancos de nuestro amigo —declaró Robert, deteniéndose ante un *wouverman*—. Nicholas Poussin, Salvator, ejem, ¡ahora veamos el retrato!

Colocó la mano sobre el paño y se dirigió con solemnidad a su amigo.

—George Talboys —empezó diciendo—, sólo tenemos una vela de cera, una luz muy poco adecuada para contemplar un cuadro. Permíteme, por tanto, que te sugiera que lo admiremos uno después del otro, pues no hay cosa más desagradable que una persona esté detrás de uno, mirando por encima del hombro, mientras uno intenta contemplar un retrato.

George se retiró. El retrato de la señora le interesaba tanto como el resto de las preocupaciones mundanas. Dio unos pasos atrás y, apoyando la frente en el cristal de

la ventana, dejó que su mirada se perdiera en la noche.

Cuando se volvió, vio que Robert había dispuesto el caballete convenientemente y que se había sentado en una silla delante del mismo con el propósito de contemplar el cuadro con la máxima comodidad posible.

Se puso en pie cuando George se volvió.

—Ahora te toca a ti, Talboys —dijo—. Es un retrato extraordinario.

Ocupó el lugar de George junto a la ventana y éste se sentó en la silla situada frente al caballete.

Sí, el pintor debía de ser un prerrafaelita. Sólo un prerrafaelita habría pintado, cabello tras cabello, aquellos tirabuzones dorados y sedosos con todos y cada uno de los destellos de oro y todos los matices de color cobrizo pálido. Sólo un prerrafaelita habría exagerado de tal modo todos los atributos de aquel rostro delicado como para otorgar a su tez clara tal ligereza pálida y una luz siniestra y extraña a sus ojos de color azul profundo. Sólo un prerrafaelita habría otorgado al hermoso mohín de aquella boca el aspecto duro y casi malvado que tenía en el retrato.

Se parecía y no se parecía; era como si hubieran ardido hogueras de colores extraños ante el rostro de milady y, debido a la influencia de éstas, le otorgaran nuevas líneas y expresiones jamás vistas con anterioridad. La perfección de los rasgos, el brillo del colorido estaban ahí, pero supongo que el pintor había copiado extrañas monstruosidades medievales hasta la saciedad puesto que milady, en su retrato, poseía algo del aspecto de un sublime demonio.

El vestido carmesí, exagerado como todo lo demás en aquel extraño cuadro, formaba unos pliegues que parecían llamas, su cabeza rubia asomaba por entre la refulgente masa de color, como surgida de un virulento incendio. De hecho, el vestido carmesí, el sol reflejado en su rostro, el brillo rojizo de su cabello rubio, el rojo escarlata de sus labios, los colores encendidos de cada uno de los elementos del fondo pintados con tanta minuciosidad, todo se combinaba de tal forma que la primera sensación que se tenía al ver el retrato por primera vez no resultaba, ni mucho menos, agradable.

No obstante, por extraño que el cuadro resultara no causó ninguna impresión digna de mención a George Talboys, quien se sentó ante el mismo durante un cuarto de hora sin articular palabra, con la mirada perdida en la tela pintada, sosteniendo con fuerza el candelero con la mano derecha y con el brazo izquierdo caído a un lado. Permaneció tanto tiempo en la misma postura que al final Robert se volvió.

—Vaya, George, ¡pensaba que te habías quedado dormido!

—Poco me ha faltado.

—Te has resfriado por estar en esa sala tapizada tan húmeda. Escucha bien lo que te digo, George Talboys, te has resfriado; estás más ronco que un cuervo. ¡Vamos!

Robert Audley cogió la vela de la mano de su amigo y regresó por el pasadizo secreto, seguido de George, que estaba muy callado, lo cual ya era habitual en él, aunque en este caso quizá lo estuviera más de lo normal.

Encontraron a Alicia esperándoles en el cuarto de juegos.

—¿Qué tal? —inquirió.

—Nos ha ido estupendamente. Pero no me gusta el retrato, tiene algún componente extraño.

—Sí —convino Alicia—. Yo tengo una explicación al respecto. Creo que a veces un pintor está en cierta manera inspirado y es capaz de ver, a partir de la expresión natural del rostro, otra expresión que también forma parte del mismo pero que no resulta visible a los ojos de los demás. Nosotros nunca hemos visto a milady con el semblante que presenta en ese retrato; pero creo que podría tenerlo.

—Alicia —dijo Robert Audley en tono de súplica—, ¡no seas como los alemanes^[27]!

—Pero, Robert...

—No seas como los alemanes, Alicia, te lo ruego. El retrato es... el retrato, y milady es... milady. Esta es mi forma de ver las cosas y no soy metafísico, no me desconciertes.

Repitió estas palabras varias veces con aspecto verdaderamente aterrorizado y, acto seguido, tras pedir prestado un paraguas por si les sorprendía la tormenta, salió de Audley Court acompañado del pasivo George Talboys. La única manecilla del inútil reloj marcaba las nueve cuando llegaron al arco, pero justo antes de cruzarlo tuvieron que hacerse a un lado para permitir el paso a un coche de caballos que casi les rozó a toda velocidad. Se trataba de un coche de alquiler del pueblo pero el rostro rosado de lady Audley asomó por la ventanilla. A pesar de la oscuridad, advirtió las siluetas de los dos hombres.

—¿Quién anda ahí? —inquirió, asomando la cabeza—. ¿Es el jardinero?

—No, querida tía —respondió Robert riendo—, soy vuestro sobrino y fiel servidor.

Él y George se detuvieron junto al arco mientras el coche se paraba en la puerta y los sorprendidos sirvientes salían a recibir a los señores.

—Creo que esta noche no habrá tormenta —aseveró el baronet, dirigiendo la vista al cielo—, pero estoy seguro de que mañana lloverá.

Capítulo IX

Después de la tormenta

Sir Michael se había equivocado en su predicción del tiempo. La tormenta no esperó al día siguiente sino que desató toda su furia sobre el pueblo de Audley media hora antes de la medianoche.

Robert Audley se tomó los truenos y los relámpagos con la misma serenidad con la que aceptaba el resto de las adversidades de la vida. Se acomodó en un sofá de la sala de estar con el pretexto de leer el periódico de Chelmsford de hacía cinco días, y se agasajó de vez en cuando con unos sorbos de ponche frío que había en un vaso de tamaño considerable. Sin embargo, la tormenta afectó a George Talboys de forma distinta. Su amigo se sorprendió cuando vio el pálido rostro del hombre, sentado frente a la ventana abierta escuchando los truenos y contemplando la negrura del cielo, rasgado de vez en cuando por las ramificaciones de los relámpagos de color azul metálico...

—George —dijo Robert, tras haberlo observado durante algún tiempo—, ¿te asustan los relámpagos?

—No —respondió de manera cortante.

—Pero, querido amigo, algunos de los hombres más valientes se asustan con las tormentas. De hecho, no creo que pueda llamarse temor, es algo normal. Estoy seguro de que a ti también te asustan.

—No, a mí no.

—Pero, George, si te vieras, pálido y demacrado, con los grandes ojos hundidos clavados en el cielo... parece como si estuvieras viendo un fantasma. Te digo que sé que estás asustado.

—Y yo te digo que no.

—George Talboys, no sólo te asustan los relámpagos sino que, además, estás enfurecido contigo mismo por tener miedo y conmigo por decírtelo.

—Robert Audley, si dices una palabra más, te doy un puñetazo —dicho lo cual, el señor Talboys salió de la sala, cerrando la puerta tras de sí con tal violencia que hizo temblar el edificio.

Aquellas oscuras nubes que se cernían sobre la tierra sedienta como si fueran un techo de hierro candente vertieron toda su negrura en forma de diluvio repentino justo cuando George salió de la sala; pero aunque al hombre le asustaran los relámpagos, la lluvia no le asustaba lo más mínimo, ya que bajó directamente a la puerta de la posada y salió a la carretera mojada. Caminó de un lado para otro bajo la lluvia torrencial durante unos veinte minutos y luego, cuando regresó a la posada, subió de inmediato a su habitación.

Robert Audley se lo encontró en el rellano, con el cabello enmarañado y la ropa empapada.

—¿Te vas a acostar, George?

—Sí.

—Pero si no tienes ninguna vela.

—No me hace falta.

—¡Pero mira cómo llevas la ropa! ¿No ves que te gotean las mangas del abrigo? ¿Qué demonios te ha hecho salir en una noche como ésta?

—Estoy cansado y quiero ir a la cama... No te preocupes por mí.

—¿Te apetece tomar un *brandy* con agua caliente, George?

Robert Audley se interpuso en el camino de su amigo mientras hablaban porque quería evitar a toda costa que se acostara en aquel estado, pero George lo apartó sin miramientos y, dejándolo atrás, dijo con la misma voz ronca que Robert había escuchado en Audley Court:

—Déjame en paz, Robert Audley, y mantente alejado de mí mientras puedas.

Robert siguió a George a su habitación pero el hombre cerró la puerta de un portazo. Así pues, la única opción viable era dejar al señor Talboys solo hasta que se tranquilizara.

«Se ha molestado porque me he dado cuenta de que le asustaban los relámpagos», pensó Robert, mientras se retiraba tranquilamente a sus aposentos, desde donde escuchó los truenos con una serenidad inusitada, aunque pareciera que la cama temblaba mientras los relámpagos dibujaban formas extrañas en las navajas de afeitar que había en el neceser abierto.

La tormenta fue amainando en el apacible pueblo de Audley, y cuando Robert despertó a la mañana siguiente vio que brillaba el sol a través de las cortinas blancas de su dormitorio y que no había ni una sola nube en el cielo.

Era una de aquellas mañanas serenas y hermosas que a veces suceden a una tormenta. Los pájaros cantaban alegremente, el trigo amarillo se elevaba en los anchos campos y se agitaba orgulloso tras su lucha enconada contra la tormenta, que se había esforzado al máximo para abatir las fuertes espigas con un viento cortante y una lluvia torrencial durante la mitad de la noche. Las hojas de parra que crecían alrededor de la ventana de Robert se agitaban emitiendo un agradable susurro, y hacían que las gotas de lluvia de los zarcillos y ramitos cayeran como si de diamantes se tratara.

Robert Audley encontró a su amigo esperándole en la mesa del desayuno.

George estaba sumamente pálido pero muy tranquilo, de hecho incluso parecía más alegre de lo normal.

Estrechó la mano de Robert con el viejo entusiasmo que lo había caracterizado antes de que la muerte de su esposa desgraciara su vida.

—Perdóname, Bob —dijo con franqueza—, por mi comportamiento hosco de anoche. Estabas en lo cierto: la tormenta me alteró. Siempre me afectaba así cuando

era más joven.

—¡Pobrecillo! ¿Nos vamos en el expreso o nos quedamos aquí y cenamos con mi tío esta noche? —preguntó Robert.

—A decir verdad, Bob, no me apetece ninguna de las dos propuestas. Hace un día estupendo. ¿Qué te parece si nos damos un paseo, volvemos a probar suerte con la caña y el sedal y nos vamos a la ciudad en el tren que sale de aquí a las 6.15 de la tarde?

Robert Audley habría aceptado una propuesta mucho más desagradable que aquella con tal de no contrariar a su amigo, por lo que accedió rápidamente. Así pues, cuando hubieron terminado de desayunar y pedido que se les preparara algo de comer para las cuatro, George Talboys se apoyó la caña de pescar en el hombro y salió de la posada junto a su amigo y compañero.

Pero si el temperamento sereno del señor Robert Audley había permanecido inmutable con los truenos que hicieron temblar los cimientos de la Sun Inn, no podía decirse lo mismo de la joven y sensible esposa de su tío. Lady Audley confesó el horror que le producían los relámpagos. Hizo que situaran su cama en un rincón de la habitación, y con las gruesas cortinas bien corridas a su alrededor, se acostó con el rostro oculto en los almohadones, temblando convulsivamente ante el menor ruido procedente de la tormenta que se desataba en el exterior. Sir Michael, cuyo fuerte corazón nunca había conocido miedo alguno, casi temblaba al ver a aquella frágil criatura, a quien tenía el grato privilegio de proteger y defender. Milady no consintió que la desvistieran hasta casi las tres de la mañana, cuando el último atisbo de relámpago desapareció en la distancia entre las colinas. Hasta ese momento estuvo acostada con el hermoso vestido de seda con el que había viajado, acurrucada y tapada con la ropa de cama, abriendo los ojos de vez en cuando con expresión asustada para preguntar si había amainado la tormenta.

Hacia las cuatro de la mañana, su esposo, que pasó la noche velando por ella junto a la cabecera de su cama, vio que se quedaba profundamente dormida, sueño del que no despertaría hasta al cabo de casi cinco horas.

Apareció en la sala del desayuno a las nueve y media tarareando una melodía escocesa, con las mejillas de un color rosado tan delicado como el tono de su vestido de mañana de muselina. Al igual que los pájaros y las flores, parecía recuperar su belleza y alegría con el sol matutino. Caminó con paso airoso por el césped, recogiendo algún que otro capullo de rosa a su paso y uno o dos ramitos de geranio, y volvió por la hierba cubierta de rocío, cantando en largas cadencias como si quisiera demostrar la felicidad que embargaba su corazón, y con un aspecto tan fresco y radiante como las flores que llevaba en las manos. El baronet la rodeó con sus fuertes brazos en cuanto ella entró por la puerta abierta.

—Mujercita mía —dijo—, mi cielo, qué felicidad volver a verte contenta como siempre. ¿Sabes, Lucy?, anoche hubo un momento, cuando miraste por entre las gruesas cortinas verdes de la cama, con el rostro lívido y con los ojos inyectados de

sangre, en que casi me costó reconocer a mi bella esposa en aquella criatura cadavérica, aterrorizada y angustiada, desquiciada por la tormenta. Gracias a Dios que hoy ha salido el sol que te ha devuelto esas mejillas sonrosadas y la radiante sonrisa. ¡Pido a Dios no tener que volver a verte como anoche!

Ella se puso de puntillas para besarle pero aun así no le llegó más que a la barba blanca. Le dijo, risueña; que siempre había sido una criatura asustadiza y boba; temerosa de los perros, temerosa del ganado, temerosa de las tormentas, temerosa de un mar embravecido.

—Temerosa de todo y de todos, con excepción de mi querido, noble y apuesto esposo —afirmó.

Había encontrado la alfombra del vestidor descolocada y se había interesado por el misterio del pasadizo secreto. Reprendió a la señorita Alicia en un tono juguetón y nada severo por haberse atrevido a introducir a dos hombres en sus aposentos.

—Y tuvieron la osadía de mirar mi retrato, Alicia —dijo con indignación fingida—. Encontré el paño en el suelo y el guante de un hombre sobre la alfombra. ¡Mira!

Le enseñó un grueso guante mientras hablaba. Era de George; se le había caído mientras contemplaba el cuadro.

—Me acercaré a la posada e invitaré a esos muchachos a cenar —dijo sir Michael al salir de la casa para dar su paseo matutino por la finca.

Lady Audley recorrió las habitaciones bañadas por el radiante sol de septiembre: se sentaba al piano para improvisar una balada o interpretar la primera página de una pieza italiana para virtuosos, o recorría el teclado con dedos rápidos para tocar un alegre vals; o se detenía ante una plantación de flores de invernadero, haciendo sus pinitos en el mundo de la jardinería con unas tijeras de cuento de hadas con montura de plata, para bordar; o entraba en su vestidor para hablar con Phoebe Marks y hacer que le arreglara los rizos por tercera o cuarta vez, porque los tirabuzones siempre se le enmarañaban y daban mucho trabajo a la doncella de lady Audley.

Aquel día de septiembre, milady parecía inquieta por ser tanta la dicha que inundaba su corazón, y se diría incapaz de permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar o manteniéndose ocupada en la misma actividad.

Mientras lady Audley se distraía con la frivolidad que la caracterizaba, los dos hombres paseaban tranquilamente por las márgenes de un arroyo hasta que llegaron a un rincón sombrío donde el agua era profunda y tranquila, y las largas ramas de los sauces caían sobre el riachuelo.

Los peces que habitaban el arroyo junto al que se había sentado el señor Talboys podían considerarse afortunados. Se les había brindado la posibilidad de divertirse hasta la saciedad dando tímidos mordiscos al anzuelo de aquel caballero sin poner en peligro su seguridad en modo alguno, ya que George tenía la mirada perdida en el agua, mientras aguantaba con indiferencia la caña con la mano y con una extraña expresión ausente en el rostro. Cuando el reloj de la iglesia tocó las dos, recogió la caña y se dispuso a pasear a lo largo de la orilla dejando que Robert Audley disfrutara

de una apacible siesta que, según la costumbre de dicho caballero, no era extraño que se prolongara dos o tres horas. Unos quinientos metros más adelante, George cruzó un puente rústico y se internó en los prados que conducían a Audley Court.

Los pájaros habían cantado tanto durante toda la mañana que tal vez a aquella hora ya estuvieran cansados; el ganado perezoso dormía en las praderas; sir Michael aún no había regresado de su paseo matutino; la señorita Alicia se había marchado hacía una hora montada en su yegua alazana; los sirvientes estaban comiendo en la parte posterior de la casa y milady estaba paseando, libro en mano, por la umbría avenida de tilos; así pues, el viejo edificio gris no había presentado jamás un aspecto tan pacífico como en aquella luminosa tarde en la que George Talboys cruzó el césped para llamar con sonoridad a la robusta puerta de roble con refuerzos de hierro.

El criado que respondió a su llamada le dijo que sir Michael no se encontraba en la casa y que la señora estaba paseando en la avenida de tilos.

La información pareció decepcionarle y, murmurando algo parecido a que deseaba ver a la señora o que iba a buscar a la señora (el criado no acabó de entender bien sus palabras), se marchó sin dejar una tarjeta ni un mensaje para la familia.

Una hora y media después de esta visita, lady Audley regresó a la casa pero no desde el paseo de los tilos, sino precisamente de la dirección contraria, con el libro abierto en la mano y cantando al entrar. Alicia acababa de desmontar y se encontraba bajo la entrada en forma de arco con el gran perro de Terranova a su lado.

El perro, que nunca había mostrado demasiado aprecio por la señora, le enseñó los dientes con un gruñido contenido.

—Aparta a este horrible animal de aquí, Alicia —ordenó lady Audley con impaciencia—. El bruto sabe que le tengo miedo y se aprovecha de mi temor. ¡Y luego dicen que son unas criaturas generosas y nobles! Bah, Caesar, yo te odio y tú a mí, y si me encontraras en algún pasillo a oscuras te me echarías al cuello y me despedazarías, ¿verdad?

Milady, parapetada tras su hija adoptiva, meneó sus rizos rubios mirando al enfurecido animal y lo desafió maliciosamente.

—¿Sabe, lady Audley, que el señor Talboys, el joven viudo, ha estado aquí preguntado por sir Michael y usted?

Lucy Audley arqueó sus perfiladas cejas.

—Creí que vendría a cenar —dijo—. Ya tendremos ocasión de disfrutar de su compañía más tarde.

Llevaba un ramo de flores silvestres en la falda del vestido de muselina. Había atravesado los campos que se encontraban en la parte posterior de Audley Court para recoger las flores de los setos por el camino. Subió rápidamente la amplia escalera que conducía a sus aposentos. El guante de George estaba en la mesa del tocador. Lady Audley tocó la campanilla con fuerza y Phoebe Marks apareció enseguida.

—Llévate esa porquería —ordenó de pronto. La muchacha recogió el guante, unas cuantas flores marchitas y unos papeles rasgados de la mesa y se los colocó en

el delantal—. ¿Qué has estado haciendo esta mañana? —preguntó milady—. Espero que no hayas estado perdiendo el tiempo...

—No, señora, he estado arreglando el vestido azul. Esta parte de la casa es bastante oscura, así que lo he llevado a mi habitación y he cosido junto a la ventana.

La muchacha habló mientras se dirigía hacia la puerta, pero se volvió y miró a lady Audley como si esperara recibir más órdenes.

Lucy levantó la mirada en ese preciso instante y los ojos de ambas mujeres se encontraron.

—Phoebe Marks —declaró la señora, dejándose caer en un sillón y jugueteando con las flores silvestres que tenía sobre la falda—, eres una muchacha buena y diligente y mientras yo viva no te faltará una buena amiga ni un billete de veinte libras.

Capítulo X

Desaparecido

Cuando Robert Audley se despertó, le sorprendió ver la caña de pescar en la orilla y el sedal suelto de cualquier manera con el corcho cabeceando en el agua bajo el sol de la tarde. El joven abogado pasó un tiempo considerable estirando brazos y piernas en distintas direcciones para convencerse, al tiempo que realizaba tales ejercicios, de que sus extremidades seguían en perfecto estado; acto seguido, haciendo acopio de fuerzas, consiguió levantarse de la hierba y, tras doblar convenientemente la manta de viaje para colgársela al hombro, se dispuso a ir en busca de George Talboys.

En una o dos ocasiones profirió un grito aletargado que ni siquiera era lo suficientemente fuerte como para asustar a los pájaros posados en las ramas de los árboles o a las truchas del arroyo que corría junto a sus pies; sin embargo, como no recibía respuesta alguna, se cansó de tal esfuerzo pero siguió caminando, bostezando de vez en cuando, para ver si encontraba a George Talboys.

Al poco rato sacó el reloj y se sorprendió al ver que eran las cuatro y cuarto.

—Vaya, ¡ese egoísta debe de haberse ido a comer solo! —murmuró pensativamente—, aunque eso no es propio de él, ya que casi nunca se acuerda de que hay que comer si yo no se lo digo.

Ni siquiera el buen apetito que tenía y el hecho de saber que llegaba tarde a comer hizo que el señor Robert Audley acelerara su de por sí parsimonioso paso, por lo que cuando llegó a la puerta de la posada los relojes marcaban las cinco. Estaba tan convencido de que encontraría a George Talboys esperándole en la salita, que la ausencia de su amigo pareció otorgar un aspecto sombrío a la estancia. Robert gimoteó en voz alta.

—¡Pues vaya! —exclamó—. ¡Una comida fría y nadie con quien compartirla!

El dueño de la posada acudió a disculparse por la comida.

—Con el buen aspecto que tenían los patos, señor Audley, los mejores que había visto en mi vida, pero han quedado carbonizados, todo por querer que estuvieran calientes.

—No se preocupe por los patos —dijo Robert con impaciencia—, ¿dónde está el señor Talboys?

—No ha pasado por aquí desde que se marcharon juntos por la mañana.

—¿Cómo? —exclamó Robert—. ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde se habrá metido este hombre?

Se acercó a la ventana y miró hacia la ancha carretera blanca. Un carro cargado de haces de heno avanzaba lentamente, los caballos perezosos y el carretero también perezoso bajaban la cabeza con gesto cansino bajo el sol de la tarde. Un rebaño de

ovejas pastaba en desorden por el camino mientras un perro se esforzaba al máximo por mantenerlas juntas. Unos albañiles acababan de finalizar su trabajo, un hojalatero arreglaba unos hervidores junto a la carretera, un carro de dos ruedas bajaba rápidamente por el camino, pues debía llevar al dueño de los sabuesos de Audley a su cena de las siete en punto; había una docena de situaciones habituales en el pueblo que producían una jovial algarabía, pero no se veía a George Talboys por ninguna parte.

—De todas las cosas extraordinarias que me han sucedido en la vida —declaró el señor Robert Audley—, ésta es la más sorprendente.

El dueño, que seguía allí, abrió los ojos cuando Robert hizo ese comentario. ¿Qué tenía de extraordinario que un caballero llegara tarde a comer?

—Iré a buscarlo —declaró Robert, cogiendo rápidamente el sombrero y saliendo por la puerta.

Pero la cuestión era dónde debía buscarle. No estaba junto al arroyo por lo que no valía la pena volver allí. Robert se encontraba frente a la posada pensando cuál era la mejor solución cuando el dueño salió a su encuentro.

—He olvidado decirle, señor Audley, que su tío pasó por aquí cinco minutos después de que se marcharan y dejó un mensaje invitándoles a cenar a Audley Court.

—En ese caso no me extrañaría —dijo Robert— que George Talboys haya ido a Audley Court a visitar a mi tío. No es muy propio de él, pero quizás esté allí.

Eran las seis cuando Robert llamó a la puerta de la casa de su tío. No pidió ver a nadie de su familia sino que preguntó directamente por su amigo.

Sí, confirmó el criado, el señor Talboys había estado allí a las dos o quizás un poco más tarde.

—¿Y no ha vuelto desde entonces?

—No.

¿Estaba seguro el hombre de que el señor Talboys había estado allí a las dos?, había preguntado Robert.

Sí, con toda certeza. Recordaba la hora porque era cuando comía el servicio y él se había levantado de la mesa para abrirle la puerta.

«¿Adónde habrá ido? —se preguntó Robert cuando se colocó de espaldas a la puerta—. De las dos hasta las seis. ¡Han pasado cuatro horas y no hay ni rastro de él!»

Si alguien se hubiera aventurado a decir al señor Robert Audley que quizá sintiera un fuerte apego por alguna criatura viviente, este cínico caballero habría arqueado las cejas para mostrar el desdén más absoluto hacia aquella idea absurda. Sin embargo, ahí estaba, nervioso y preocupado, abrumándose con todo tipo de conjeturas sobre su amigo desaparecido y, en contra de su actitud más natural, caminando rápido.

—No he caminado rápido desde que estudiaba en Eton —murmuró mientras atravesaba uno de los prados de la finca de sir Michael en dirección al pueblo—, y lo peor es que no tengo ni la más remota idea de adonde me dirijo.

Cruzó otra pradera y entonces decidió sentarse en uno de los escalones que permitían pasar por encima de una cerca, apoyó los codos sobre las rodillas, se cubrió el rostro con las manos y se dispuso a reflexionar seriamente sobre la situación.

—¡Ya lo tengo! —exclamó al cabo de unos momentos de recapitación—. ¡La estación de ferrocarril! —Se levantó de un salto del escalón y se encaminó hacia el pequeño edificio de ladrillo rojo.

No se esperaba la llegada de un tren hasta al cabo de media hora, y el empleado estaba tomando el té en una de las dependencias del edificio, la cual se encontraba tras la puerta con una inscripción con grandes letras blancas que decía «Privado».

No obstante, el señor Audley estaba demasiado ocupado pensando en encontrar a su amigo como para hacer caso de la advertencia. Se colocó junto a la puerta y le dio un golpecito con el bastón. Hizo salir al empleado, que sudaba de lo caliente que se había tomado el té y con la boca llena de pan con mantequilla, de su santuario personal.

—¿Recuerda al caballero que vino a Audley conmigo, Smithers? —preguntó Robert.

—Vaya, si quiere que le sea sincero, señor Audley, no puedo decir que lo recuerde. Llegaron en el tren de las cuatro y ese tren siempre va muy lleno.

—¿Entonces no lo recuerda?

—La verdad es que no, señor.

—¡Qué fastidio!, Smithers, quiero saber si ha comprado un billete a Londres a partir de las dos de hoy. Es un hombre joven, moreno, alto, de espalda ancha, y lleva barba. Es inconfundible.

—Cuatro o cinco caballeros han comprado billetes para el tren de las tres y media —dijo el empleado con cierta vaguedad mientras dedicaba una mirada de preocupación por encima del hombro a su esposa, a quien no parecía haber agradado demasiado esta interrupción a la hora del té.

—¡Cuatro o cinco caballeros! ¿Pero alguno de ellos respondía a la descripción de mi amigo?

—Pues creo que uno de ellos llevaba barba, señor.

—¿Barba castaño oscuro?

—Bueno, no sé pero era más o menos pardusca.

—¿Iba vestido de gris?

—Creo que iba de gris, pero muchos caballeros visten de gris. Pidió el billete con tono imperioso y en cuanto lo tuvo salió al andén silbando.

—¡Era George! —exclamó Robert—. Gracias, Smithers, no le molesto más. Resulta obvio —musitó al salir de la estación—, que ha sufrido uno de sus ataques de pesimismo y ha decidido volver a Londres sin decírselo a nadie. Yo me marcharé de aquí mañana por la mañana y, con respecto a esta noche... pues la verdad es que podría ir a Audley Court y conocer a la joven esposa de mi tío. No cenar hasta las siete: si vuelvo campo a través llegaré a tiempo. Bob, Robert Audley en otras

circunstancias, esto no puede ser de ninguna de las maneras: te estás enamorando perdidamente de tu tía.

Capítulo XI

La marca que milady tenía en la muñeca

Robert encontró a sir Michael y a lady Audley en el salón. La señora estaba sentada en una banqueta frente al piano de cola, pasando las páginas de una partitura nueva. Cuando se anunció el nombre del señor Robert Audley, se dio la vuelta en aquella silla giratoria, con lo que los volantes de seda emitieron su característico frufrú; entonces, dejando el piano, hizo una reverencia ceremoniosa y un tanto paródica a su sobrino.

—Muchísimas gracias por las pieles —dijo, extendiendo sus pequeños dedos, que brillaban y centelleaban debido a los diamantes que llevaba—. ¡Gracias por esas pieles tan hermosas! ¡Qué detalle el suyo el comprarlas para mí!

Robert casi había olvidado el encargo que había realizado para lady Audley durante su expedición a Rusia. Estaba tan absorto pensando en George Talboys que respondió a las palabras de gratitud de milady con una reverencia.

—Lo que ha ocurrido es increíble, sir Michael —dijo—. El patán de mi amigo ha vuelto a Londres y ha prescindido de mí.

—¿El señor Talboys ha regresado a la ciudad? —preguntó la señora arqueando las cejas.

—¡Qué terrible catástrofe! —exclamó Alicia maliciosamente—. Porque Fintias, personificado por el señor Robert Audley, no puede vivir sin Damon^[28], también conocido como George Talboys.

—Es muy buena persona —repuso Robert con firmeza—, y para serles sinceros, estoy un tanto preocupado por él.

¡Preocupado por él! Milady estaba ansiosa de saber por qué motivo Robert se preocupaba por su amigo.

—Le diré por qué, lady Audley —respondió el joven abogado—. George recibió un duro golpe hace un año cuando supo de la muerte de su esposa. No ha llegado a recuperarse de la desgracia. Se toma la vida con tranquilidad, casi con tanta tranquilidad como yo, pero a menudo dice cosas extrañas y a veces creo que un día el dolor se apoderará de él y cometerá alguna locura.

El señor Robert Audley no entró en demasiados detalles pero sus tres oyentes sabían que esa «locura» a la que se había referido era el único acto que no daba lugar al arrepentimiento^[29].

Se produjo una breve pausa, durante la que lady Audley se arregló los rizos rubios mirándose en el espejo que había sobre la consola situada frente a ella.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¡Qué extraño! No creía que los hombres fueran capaces de sentimientos tan profundos y duraderos. Pensaba que para ellos una cara

bonita era igual de buena que otra cara bonita, y que cuando la número uno, de ojos azules y cabello rubio, moría, no tenían más que buscar a una número dos, de ojos y cabello oscuros, más que nada para variar.

—George Talboys no es un hombre de ese estilo. Tengo el firme convencimiento de que la muerte de su esposa le partió el corazón.

—¡Qué triste! —musitó lady Audley—. Parece una crueldad por parte de la señora Talboys el haber muerto y dejado tan afligido a su pobre esposo.

«Alicia tiene razón; es muy infantil», pensó Robert mientras observaba el bello rostro de su tía.

Milady estuvo encantadora durante la cena; mostró una ineptitud de lo más cautivadora para trinchar el faisán que tenía delante e hizo que Robert acudiera en su ayuda.

—Cuando estaba con los Dawson era capaz de trinchar una pierna de cordero —dijo riendo—, pero las piernas de cordero son fáciles de trinchar y además entonces lo hacía de pie.

Sir Michael observó la impresión que la señora estaba causando en su sobrino, deleitándose con orgullo en su belleza y fascinación.

—Me alegra tanto ver a mi mujercita con su buen humor habitual —declaró—. Ayer estaba tan desmoralizada por la decepción que sufrió en Londres.

—¿Una decepción?

—Sí, señor Audley, una decepción de lo más cruel —respondió milady—. El otro día recibí un mensaje telegráfico de mi querida vieja amiga y maestra, en el que me decía que estaba muriéndose y que si deseaba verla de nuevo debía visitarla urgentemente. El mensaje telegráfico no indicaba dirección alguna y, precisamente por eso, imaginé que seguía viviendo en la casa en la que la dejé hace tres años. Sir Michael y yo nos dirigimos a la ciudad de inmediato y fuimos directamente a la vieja dirección. La casa estaba habitada por desconocidos que no supieron decirme cuál era el nuevo paradero de mi amiga. Está en un lugar apartado, donde hay muy pocos comercios. Sir Michael preguntó en las pocas tiendas de los alrededores pero, después de tomarse una infinidad de molestias, no averiguó nada relacionado con la información que buscábamos. No tengo amigos en Londres y, por tanto, sólo podía recurrir a mi querido y generoso esposo, que hizo todo lo que estuvo en su mano, aunque en vano, para encontrar la nueva residencia de mi amiga.

—Fue un fallo terrible no incluir la dirección en el mensaje telegráfico —declaró Robert.

—Cuando una persona está al borde de la muerte resulta normal que no piense en esas cosas —murmuró milady, dirigiendo una mirada llena de reproche al señor Audley con sus claros ojos azules.

A pesar de la fascinación que le causaba lady Audley y a pesar de la admiración absoluta de Robert hacia ella, el abogado no fue capaz de superar una ligera sensación de incomodidad durante aquella apacible velada de septiembre.

Mientras estaba sentado en la jamba profunda de una ventana con parteluz, hablando con milady, sus pensamientos le transportaron a Fig-tree Court y pensó en el pobre George Talboys, fumando su habano solitario en la estancia, junto a los perros y los canarios.

«Ojalá no hubiera sentido apego por George —pensó—. Me siento como un hombre que tiene un hijo único que ha fracasado. Desearía con todas mis fuerzas poder devolverle a su esposa y enviarle a Ventnor para que acabara sus días en paz.»

La charla un tanto musical de milady discurría alegremente como el murmullo de un arroyo pero Robert, a su pesar, seguía pensando en George Talboys.

Lo imaginó yendo apresuradamente a Southampton en el tren correo para ver a su hijo. Lo imaginó como lo había visto en numerosas ocasiones, repasando los anuncios de embarque en el *Times*, buscando un navío en el que retornar a Australia. Por un momento pensó en él y sintió un escalofrío, pues lo imaginó frío y rígido en el fondo de algún arroyo poco profundo, con el rostro muerto vuelto hacia el cielo semioscuro.

Lady Audley advirtió su distracción y le preguntó por el objeto de sus pensamientos.

—George Talboys —respondió de forma brusca.

Ella se estremeció ligeramente.

—¡Cielos! —exclamó—. Me siento un tanto incómoda por cómo habla del señor Talboys. Me hace pensar que le haya ocurrido alguna desgracia.

—¡Dios no lo quiera! Pero no puedo evitar sentirme intranquilo.

Más tarde, sir Michael pidió algo de música y milady se sentó al piano. Robert Audley caminó tras ella en dirección al instrumento para pasarle las páginas de la partitura. Sin embargo, tocó de memoria, por lo que Robert se evitó la molestia que su caballerosidad le habría supuesto.

Acercó un par de velas encendidas al piano y las colocó convenientemente para la bella intérprete. Ella tocó unos acordes y luego se dispuso a interpretar una complicada sonata de Beethoven. Aquella era una de las muchas paradojas de su personalidad, aquel amor por las melodías sombrías y melancólicas, tan opuestas a su carácter frívolo y alegre.

Robert Audley permaneció junto a ella y, como no tenía la obligación de pasar las hojas de la partitura, se distrajo observando las manos pálidas y enjovadas que se deslizaban suavemente por las teclas, mientras las mangas de encaje se balanceaban alrededor de sus gráciles muñecas arqueadas. Le escudriñó los hermosos dedos uno por uno, fijándose en el rubí en forma de corazón de uno, en la esmeralda en forma de serpiente de otro y en el brillo que despedían los diamantes de todos los anillos. De los dedos pasó a las muñecas bien contorneadas: el brazalete de oro ancho y plano que llevaba en la muñeca derecha se le deslizó sobre la mano mientras interpretaba un pasaje rápido. Se detuvo de forma abrupta para recolocárselo pero, antes de que lo hiciera, Robert Audley advirtió una contusión en su delicada piel.

—Se ha hecho daño en el brazo, lady Audley —exclamó.

Ella se colocó bien el brazalete a toda prisa.

—No es nada —respondió—. Tengo la desgracia de poseer una piel que se amorata con el menor de los golpes.

Siguió tocando pero sir Michael cruzó la sala para observar qué daños había sufrido la muñeca de su hermosa mujer.

—¿Qué te ha ocurrido, Lucy? —preguntó—. ¿Y cómo ha sido?

—¡No vale la pena molestarse por algo tan absurdo! —dijo ella riendo—. Soy un poco despistada y hace unos días me entretuve atándome una cinta en el brazo con tanta fuerza que, cuando me la quité, me había provocado un cardenal.

«¡Vaya! —pensó Robert—. La señora cuenta mentirijillas inocentes. El cardenal es más reciente de lo que dice; la piel no ha hecho más que empezar a cambiar de color.»

Sir Michael cogió la delicada muñeca en su robusta mano.

—Acerca las velas, Robert —dijo—, y examinemos este pobre brazo.

No se trataba de un cardenal, sino de cuatro marcas finas y moradas como las que habrían dejado los cuatro dedos de una mano fuerte que hubiera agarrado aquella delicada muñeca con excesiva brusquedad. Era cierto que una cinta estrecha, atada con fuerza, podría haber dejado esas marcas, y la señora insistió en que, si mal no recordaba, se las había hecho como había explicado.

A lo ancho de una de las ligeras marcas violetas había un matiz más oscuro, como si el anillo de uno de aquellos dedos fuertes y crueles se hubiera clavado en la carne mullida.

«Estoy convencido de que la señora dice mentiras inocentes —pensó Robert—, porque no me creo la historia de la cinta.»

Dio las buenas noches a sus familiares y se despidió hacia las diez y media de la noche, arguyendo que debía regresar a Londres en el primer tren de la mañana a fin de ir en busca de George a Fig-tree Court.

—Si no le encuentro allí, iré a Southampton —declaró—, y si allí tampoco le encuentro...

—¿Entonces qué? —inquirió milady.

—Pensaré que ha ocurrido algo extraño.

Robert Audley se sintió muy desanimado mientras volvía a la posada lentamente entre los prados oscuros; más desanimado si cabe cuando entró en la sala de la Sun Inn, donde George y él habían holgazaneado juntos, mirando por la ventana y fumando sus habanos.

—Y pensar —dijo meditabundo— que es posible preocuparse tanto por un amigo. Pero, en cualquier caso, mañana a primera hora iré en su busca a la ciudad y antes de renunciar a encontrarle, iré hasta el fin del mundo.

Habida cuenta de la naturaleza linfática del señor Robert Audley, en la que la decisión era más bien la excepción a la norma, cuando por una vez en su vida tomaba

una determinación, poseía cierta obstinación férrea que le empujaba a la consecución del objetivo que se había marcado.

La inclinación perezosa de su mente, que le impedía pensar en media docena de cosas a la vez y profundizar en cualquiera de ellas, como es característico de personas más enérgicas, lo convertía en alguien especialmente lúcido con respecto a cualquier asunto al que decidiera dedicar por entero su atención.

De hecho, al fin y al cabo, aunque los decanos más solemnes se rieran de él y los valores en alza de la abogacía se encogieran de hombros bajo las susurrantes togas de seda cuando oían hablar de Robert Audley, no me extrañaría que, en caso de haberse tomado la molestia de conseguir un caso, hubiera sorprendido sobremanera a los potentados que infravaloraban sus aptitudes.

Capítulo XII

Todavía desaparecido

El sol de septiembre se reflejaba en la fuente de Temple Gardens cuando Robert Audley regresó a Fig-tree Court a primera hora de la mañana siguiente.

Encontró a los canarios cantando en la pequeña estancia en la que había dormido George, pero el apartamento seguía igual de ordenado que lo había dejado la casera tras la marcha de los dos hombres: no había ni una sola silla fuera de lugar, ni la tapa de la caja de habanos estaba levantada, lo cual hubiera denotado la presencia de George Talboys. Como último recurso buscó sobre las repisas de las chimeneas y las mesas del apartamento, con la esperanza de encontrar alguna carta que George le hubiera escrito.

«Tal vez durmiera aquí anoche y se haya marchado a Southampton a primera hora de la mañana —pensó—. Es probable que la señora Maloney haya estado aquí y lo haya limpiado todo después de su marcha.»

No obstante, mientras miraba perezosamente a su alrededor, dedicando algún que otro silbido a los alegres canarios, unos pasos despreocupados en la escalera anunciaron la llegada de la misma señora Maloney, quien se ocupaba de limpiar los aposentos de los dos hombres.

No, el señor Talboys no había pasado por allí, pues ella había entrado a las seis de la mañana y no había encontrado a nadie.

«¿Le había ocurrido algo al amable caballero?», había preguntado al ver el rostro lívido de Robert Audley.

Él reaccionó de forma un tanto feroz.

¡Ocurrirle algo! ¿Qué iba a ocurrirle? Al fin y al cabo se habían despedido a las dos del día anterior.

La señora Maloney le habría relatado la historia de un pobre y querido joven maquinista, que se había hospedado en su casa, y que salió, después de tomar una buena cena, de muy buen humor para acabar encontrando la muerte debido al choque de un expreso y un tren de mercancías; pero Robert volvió a colocarse el sombrero y salió de la casa antes de que la honrada irlandesa tuviera tiempo de empezar su triste historia.

Cuando llegó a Southampton estaba oscureciendo. Sabía cómo llegar a la pequeña hilera de humildes casas adosadas donde vivía el suegro de George, situada en una fea calle que llegaba hasta el agua. El pequeño Georgey estaba jugando al lado de la ventana abierta del salón cuando el hombre pasó junto a ella por la calle.

Tal vez fuera este hecho y el aspecto lóbrego y silencioso de la casa el que hizo que Robert Audley tuviera la extraña sensación de que el hombre que había ido a

buscar no estaba allí. El anciano en persona le abrió la puerta y el niño asomó la cabeza desde el salón para contemplar al recién llegado.

Era un niño guapo que había heredado los ojos pardos y el cabello rizado y oscuro de su padre, aunque poseía cierta expresión latente que no se asemejaba a la de su progenitor y que le invadía todo el rostro, razón por la que, aunque cada una de las facciones de la cara del niño se asemejaba a las de George Talboys, el niño no se le parecía del todo.

El viejo teniente estuvo encantado de ver a Robert Audley; recordaba haber tenido el placer de conocerle en Ventnor, con ocasión de la desventurada... Se frotó los ojos llorosos para dar por concluida la frase. ¿No entraba el señor Audley? Robert pasó a la pequeña sala. Los muebles eran viejos y estaban sucios, y el ambiente estaba impregnado del olor a tabaco rancio y a *brandy* con agua. Los juguetes rotos del niño, las pipas de cerámica rotas del viejo y los periódicos arrugados y manchados de *brandy* y agua yacían desperdigados por la sucia alfombra. El pequeño Georgey se acercó con sigilo al visitante, observándole a hurtadillas con sus grandes ojos pardos. Robert se subió el niño a las rodillas y le dio la leontina para jugar mientras hablaba con el teniente.

—Creo que no es necesario que formule la pregunta que he venido a hacer —manifestó—. Tenía la esperanza de encontrar aquí a su yerno.

—¡Vaya! ¿Sabía usted que iba a venir a Southampton?

—¿Si sabía que iba a venir? —Robert pareció recuperar el optimismo—. ¿Entonces está aquí?

—No, ahora no está, pero ha pasado por aquí.

—¿Cuándo?

—Anoche, vino con el tren correo.

—¿Y se marchó inmediatamente?

—Estuvo aquí poco más de una hora.

—¡Santo cielo! —exclamó Robert—. ¡Cuántas preocupaciones inútiles me ha dado este hombre! ¿Cuáles eran sus intenciones?

—¿Entonces no sabe nada sobre sus intenciones?

—¿Qué intenciones?

—Me refiero a su determinación de volver a Australia.

—Sabía que era algo en lo que solía pensar pero no que ese deseo fuera ahora más fuerte que antes.

—Esta noche zarpa de Liverpool. Vino a la una de la mañana para despedirse del niño antes de partir de Inglaterra, dijo, adonde quizá nunca regrese. Me explicó que estaba hastiado del mundo y que la vida dura que le deparaba aquel país era lo único que le satisfacía. Pasó una hora aquí, besó al niño, sin despertarle, y se marchó de Southampton en el tren correo que sale a las dos y cuarto.

—¿Qué significado puede tener todo esto? —inquirió Robert—. ¿Cuál pudo ser el motivo de que partiera de Inglaterra de este modo, sin decirme una palabra, a mí, su

mejor amigo, sin ni siquiera una muda de ropa, ya que lo ha dejado todo en mis aposentos? ¡Ha actuado de una forma de lo más extraña!

El ex teniente estaba muy serio.

—Sabe usted, señor Audley —dijo, dándose un golpecito en la frente de forma vistosa—, a veces pienso que la muerte de Helen tuvo consecuencias nefastas para el pobre George.

—¡Bah! —exclamó Robert con desdén—, fue un golpe extremadamente duro para él pero tenía las facultades en tan buen estado como yo.

—Tal vez le envíe una carta desde Liverpool —dijo el suegro de George. Parecía querer suavizar la indignación que Robert sentía ante la conducta de su amigo.

—Debería —repuso Robert con gravedad—, porque somos buenos amigos desde que estudiábamos juntos en Eton. No es propio de George Talboys tratarme así. —Sin embargo, en el momento en que articuló ese reproche sintió una extraña punzada de remordimiento en el corazón—. No es propio de él —repitió—. No es propio de George Talboys.

El pequeño Georgey reconoció el nombre.

—Yo me llamo así —dijo—, y mi papá también, ese caballero tan alto.

—Sí, Georgey, y tu papá vino ayer por la noche y te besó mientras dormías. ¿Te acuerdas?

—No —respondió el niño, negando con la cabecita de pelo rizado.

—Debías de estar profundamente dormido, Georgey, para no ver a tu pobre papá.

El niño no respondió pero, al cabo de un momento, clavando la mirada en el rostro de Robert, dijo de repente:

—¿Dónde está la señora bonita?

—¿Qué señora bonita?

—La señora bonita que venía hace algún tiempo.

—Se refiere a su pobre madre —aclaró el viejo.

—No —le rectificó el niño con firmeza—, no mamá. Mamá siempre estaba llorando. A mí no me gustaba mamá...

—¡Cállate, Georgey!

—Pero es verdad y yo no le gustaba a ella. Siempre estaba llorando. Hablo de la señora bonita; la señora que iba tan elegante y que me dio el reloj de oro.

—Se refiere a la esposa de mi antiguo capitán, una mujer excelente, que se encariñó con Georgey y le hizo bonitos regalos.

—¿Dónde está mi reloj de oro? Quiero enseñarle el reloj de oro a este caballero —gimoteó Georgey.

—Lo he llevado a limpiar, Georgey —respondió su abuelo.

—Siempre lo están limpiando —se quejó el niño.

—El reloj está a buen recaudo, se lo aseguro, señor Audley —murmuró el viejo disculpándose, al tiempo que sacaba el resguardo de un prestamista y se lo mostraba a Robert.

Iba a nombre del capitán Mortimer: «Reloj con engarces de diamantes, once libras esterlinas».

—Suelo pasar apuros económicos, señor Audley —confesó el viejo—. Mi yerno ha sido muy generoso conmigo pero hay otras personas, otras personas, señor Audley... y... y que no me han tratado bien. —Se secó unas lágrimas verdaderas mientras hablaba con voz lastimera y apremiante—. Vamos, Georgey, el hombrecito de la casa ya tendría que estar en la cama. Ven con el abuelo. Discúlpeme un cuarto de hora, señor Audley.

El niño obedeció. En la puerta de la habitación, el viejo se volvió para mirar a su visitante y le habló con voz malhumorada.

—Este es un lugar muy miserable para que yo pase los últimos años de mi vida, señor Audley. He hecho muchos sacrificios y los sigo haciendo, pero no me han tratado bien.

A solas en la oscura y pequeña sala de estar, Robert Audley se cruzó de brazos y permaneció sentado con la mirada perdida en el suelo.

Así pues, George se había ido; a su regreso a Londres tal vez recibiera alguna carta en la que explicara sus motivos, pero todo apuntaba a que nunca volvería a ver a su viejo amigo.

—¡Y pensar que me he preocupado tanto por él! —exclamó arqueando visiblemente las cejas—. Este sitio huele tanto a tabaco rancio como una taberna —musitó al cabo de unos minutos—, no hay ninguna razón por la que no pueda fumarme un habano aquí.

Extrajo uno de la funda que llevaba en el bolsillo; apenas había rescoldos en la pequeña chimenea, y miró a su alrededor para ver si encontraba algo con que encender el habano.

En la alfombra situada delante de la chimenea había un trozo de papel arrugado y medio quemado; lo recogió, lo alisó para que prendiera mejor y lo dobló en el sentido contrario. Al hacerlo, mirando distraídamente al escrito que había en el papel, parte de un nombre le llamó la atención, la parte del nombre de una persona en la que no dejaba de pensar. Acercó el trozo de papel a la ventana y lo examinó a contraluz.

Era parte de un mensaje telegráfico. La parte superior estaba quemada pero la más importante, el cuerpo del mensaje, no se había perdido.

ALBOYS LLEGÓ A ANOCHE Y SE MARCHÓ EN EL TREN
CORREO A LONDRES, PARA DE AHÍ DIRIGIRSE A LIVERPOOL,
DESDE DONDE ZARPARÍA PARA SYDNEY.

La fecha, el nombre y la dirección del remitente se habían quemado junto con el encabezamiento. Robert Audley palideció tanto que su rostro adoptó una tonalidad sepulcral. Dobló con cuidado el trozo de papel y lo guardó entre las páginas de su cuaderno.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Qué significa todo esto? Iré a Liverpool esta misma noche e intentaré averiguar algo allí.

Capítulo XIII

Sueños agitados

Robert Audley se marchó de Southampton en el correo y llegó a sus aposentos justo cuando rompía el alba y una luz gris y fría inundaba las solitarias habitaciones; los canarios empezaban a mover ligeramente las plumas a aquellas horas de la mañana.

Encontró varias cartas en el buzón situado detrás de la puerta, pero ninguna era de George Talboys.

El joven abogado estaba agotado después de haber pasado un día corriendo de un lugar para otro. La habitual y tranquila monotonía de su vida se había truncado como nunca a lo largo de sus veintiocho años de vida apacible y sin complicaciones. Empezaba a sentirse confundido sobre el discurrir del tiempo. Le parecía que habían pasado meses desde que había visto por última vez a George Talboys. Le resultaba difícil creer que no habían transcurrido más de cuarenta y ocho horas desde que su amigo le hubiese dejado durmiendo bajo los sauces, junto al arroyo de las truchas.

Le dolían los ojos debido a la falta de sueño. Rebuscó por las habitaciones durante algún tiempo a fin de encontrar una carta de George Talboys en el lugar más insospechado; a continuación se tumbó vestido en la cama de su amigo, en la habitación donde estaban los canarios y los geranios.

—Esperaré el correo de mañana —dijo— y si no recibo ninguna carta de George, partiré a Liverpool sin tardanza.

Estaba exhausto y se quedó profundamente dormido. Durmió pero no gozó de un sueño reparador, ya que le atormentaron todo tipo de pesadillas, sueños dolorosos, no porque fueran terroríficos sino debido a la sensación de confusión y absurdidad que los acompañaba.

En un momento determinado, perseguía a extraños y entraba en casas de desconocidos con el objetivo de desentrañar el misterio del mensaje telegráfico; en otro se encontraba en el cementerio de Ventnor, contemplando la lápida que George había encargado para la tumba de su difunta esposa. En un instante de aquel agitado sueño, se acercó a la tumba y vio que la lápida había desaparecido, y, cuando protestó ante el picapedrero, éste le dijo que tenía razones para haber quitado la inscripción, razones que Robert descubriría algún día.

Se despertó sobresaltado cuando alguien llamó a la puerta de entrada de sus dependencias.

Era una mañana húmeda y lóbrega, la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas y los canarios gorjeaban sombríamente, quejándose quizás, del mal tiempo. Robert no sabía cuánto tiempo habían estado llamando a la puerta. Había oído el sonido en sueños y se despertó a medias, sin saber muy bien dónde estaba.

—Seguro que es la tonta de la señora Maloney —musitó—. Puede seguir llamando lo que le plazca. ¿Por qué no utiliza la copia que tiene de la llave en vez de hacer levantar a un hombre de la cama cuando está medio muerto de cansancio?

La persona, quienquiera que fuese, volvió a llamar y luego pareció desistir de su intento; no obstante, al cabo de un minuto se oyó una llave girando en la cerradura.

—Así que llevaba la llave —dijo Robert—. Me alegro de no haberme levantado.

La puerta que separaba el salón del dormitorio estaba entreabierta y vio a la casera trajinando, quitando el polvo de los muebles y ordenando cosas que nunca habían estado desordenadas.

—¿Es usted, señora Maloney? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Por qué demonios ha llamado tantas veces a la puerta, si tenía la llave?

—¿Tantas veces, señor?

—Sí, menudo alboroto.

—Si no he llamado ni una sola vez, señor Audley, he abierto directamente la puerta...

—¿Entonces quién ha llamado? Alguien ha estado llamando insistentemente a la puerta durante un cuarto de hora por lo menos, seguro que se lo habrá encontrado bajando las escaleras.

—Esta mañana voy un poco retrasada, señor, porque primero he estado en el apartamento del señor Martin y he venido directamente del piso de arriba.

—¿Así pues no ha visto a nadie en la puerta ni en la escalera?

—Ni una sola alma, señor.

—¿No le parece irritante? —dijo Robert—. Pensar que he dejado marchar a esa persona sin saber quién era o qué quería. ¿Cómo sé que no era alguien que traía un mensaje o una carta de George Talboys?

—Si es así seguro que volverá —dijo la señora Maloney para tranquilizarlo.

—Sí, por supuesto, si se trata de algo importante, volverá —murmuró Robert.

Lo cierto era que desde que había encontrado el mensaje telegráfico en Southampton todas sus esperanzas de tener noticias de George Talboys se habían desvanecido. Consideraba que la desaparición de su amigo estaba envuelta en un halo de misterio, que era algún acto de traición urdido contra él o contra George. ¿Y si el avaro suegro de su amigo había intentado separarlos por culpa del legado económico depositado en manos de Robert Audley? ¿O acaso, el viejo, ya que aun en esa época civilizada se seguían cometiendo las fechorías más insospechadas, no podía haberle atraído con un señuelo a Southampton y se había encargado de que lo liquidaran para obtener las veinte mil libras esterlinas, dejadas bajo custodia de Robert para el pequeño Georgey?

No obstante, ninguna de estas dos posibilidades explicaba el mensaje telegráfico y era precisamente el mensaje lo que había alarmado a Robert. El cartero no le trajo ninguna misiva de George Talboys, y la persona que había llamado a la puerta no

volvió entre las siete y las nueve, por lo que Robert Audley salió de nuevo de Fig-tree Court en busca de su amigo. Esta vez indicó al cochero que le condujera a la estación de Euston y, al cabo de veinte minutos, estaba en el andén preguntando los horarios de los trenes.

El expreso a Liverpool había partido media hora antes de su llegada a la estación y tuvo que esperar una hora y cuarto para que un tren convencional lo trasladara a su destino.

A Robert Audley le irritó sobremanera el retraso. Mientras recorría una y otra vez el largo andén, tropezando con cajas y maleteros, y maldiciendo su mala suerte, media docena de barcos podía estar zarpando en dirección a Australia.

Compró un ejemplar del *Times* y miró por instinto la segunda columna, movido por un interés malsano hacia los anuncios de personas desaparecidas: hijos, hermanos y esposos que habían salido de casa y habían desaparecido sin dejar rastro.

Encontró el anuncio de un joven al que habían encontrado ahogado en algún lugar próximo a la costa de Lambeth.

¿Y si ésa era la suerte que había corrido George? No, según el mensaje telegráfico su suegro estaba implicado en su desaparición y toda especulación sobre su paradero debía empezar por ahí.

Eran las ocho de la noche cuando Robert llegó a Liverpool, demasiado tarde excepto para preguntar qué barcos habían zarpado rumbo a las antípodas en los últimos dos días.

Un barco de emigrantes había zarpado a las cuatro de aquella tarde, el *Victoria Regia*, con destino a Melbourne.

El resultado de sus investigaciones se resumía de la siguiente manera: si quería descubrir quién había embarcado en el *Victoria Regia* tenía que esperar hasta la mañana siguiente y solicitar información sobre ese barco.

Robert Audley se personó en la oficina a las nueve en punto de la mañana siguiente y fue el primero en entrar después de los empleados.

El empleado al que se dirigió le atendió con suma cortesía. El joven consultó los libros y, tras recorrer con la pluma la lista de pasajeros que habían embarcado en el *Victoria Regia*, dijo a Robert que ninguno de ellos respondía al nombre de Talboys. Robert no se dio por vencido. ¿Alguno de los pasajeros había comprado el billete muy poco antes de que zarpara el barco?

Otro empleado levantó la vista de la mesa al oír la pregunta. Sí, dijo, recordaba a un hombre joven que había entrado en la oficina a las tres y media de la tarde para comprar el pasaje. Su nombre figuraba al final de la lista: Thomas Brown.

Robert Audley se encogió de hombros. No había razón alguna por la que George embarcara con nombre falso. Preguntó al último empleado que había hablado si recordaba el aspecto de ese tal Thomas Brown.

No, la oficina estaba atestada de gente en aquel momento; entraban y salían personas y no había prestado atención especial al último pasajero.

Robert les agradeció su amabilidad y les deseó un buen día. Cuando estaba a punto de salir de la oficina, uno de los empleados se dirigió a él:

—¡Ah, por cierto, caballero! —dijo—. Recuerdo algo de ese tal Thomas Brown: llevaba el brazo en cabestrillo.

Dadas las circunstancias, la única opción que tenía Robert Audley era regresar a la ciudad. Llegó a sus aposentos a las seis en punto de aquella tarde, de nuevo absolutamente exhausto tras la infructuosa búsqueda.

La señora Maloney le sirvió la cena y una copa de vino de una taberna situada en el Strand. Era una noche fría y desapacible y la casera había encendido un buen fuego en la chimenea del salón.

Tras comer media chuleta de cordero, Robert se sentó sin haber probado el vino a fumar habanos con la mirada perdida en el fuego.

—George Talboys no ha zarpado a Australia —declaró tras reflexionar concienzudamente durante algún tiempo—. Si está vivo, sigue en Inglaterra y si está muerto, su cadáver yace escondido en algún lugar de este país.

Permaneció sentado fumando y pensando durante horas, pensamientos atribulados y sombríos que le dejaron con el semblante ensombrecido, algo que ni la luz brillante de la lámpara de gas ni las llamas rojas del fuego pudieron disipar.

Entrada la noche se levantó de la silla, apartó la mesa, empujó el escritorio hasta la chimenea, extrajo una página de un pliego de hojas y mojó la pluma en el tintero.

Acto seguido se detuvo, apoyó la frente en la mano y, de nuevo, volvió a abstraerse en sus pensamientos.

—Anotaré todo lo ocurrido entre nuestro viaje a Essex y esta noche, desde el comienzo.

Redactó esa relación de acontecimientos con frases concisas y separadas, que fue numerando al escribir.

Decía así:

SUCESIÓN DE ACONTECIMIENTOS RELACIONADOS CON LA DESAPARICIÓN DE GEORGE TALBOYS, INCLUIDOS AQUELLOS QUE PARECEN NO GUARDAR RELACIÓN CON TAL EVENTO.

A pesar del desasosiego que le acuciaba, se sintió orgulloso del aspecto oficial de aquel encabezamiento. Permaneció algún tiempo contemplándolo con admiración y con uno de los extremos de la pluma en la boca.

—¡Caramba! —exclamó—. Empiezo a pensar que tenía que haber ejercido mi profesión en vez de desperdiciar mi vida como parece que he hecho hasta ahora.

Se fumó medio habano antes de encauzar sus pensamientos y entonces empezó a escribir:

1. Escribo a Alicia con la propuesta de llevar a George a Audley Court.

2. Alicia contesta oponiéndose a la visita en nombre de lady Audley.
3. Vamos a Essex a pesar de la objeción. Veo a milady. La señora se niega a conocer a George aquella noche, alegando fatiga.
4. Sir Michael nos invita a Georgey a mí a cenar al día siguiente.
5. Milady recibe un mensaje telegráfico a la mañana siguiente que reclama su presencia en Londres.
6. Alicia me enseña una carta de milady en la que pide saber cuándo yo y mi amigo, el señor Talboys, tenemos intención de partir de Essex. Esa carta lleva una posdata que insiste en la susodicha petición.
7. Vamos a Audley Court y pedimos visitar la casa. Los aposentos de milady están cerrados con llave.
8. Entramos en dichos aposentos a través de un pasadizo secreto, cuya existencia desconoce milady. Encontramos el retrato en una de las estancias.
9. George se asusta por la tormenta. Se comporta de forma sumamente extraña durante el resto de la velada.
10. George vuelve a ser el de siempre a la mañana siguiente. Le propongo que partamos de Audley inmediatamente pero prefiere permanecer allí hasta la tarde.
11. Vamos a pescar. George me deja para ir de visita a Audley Court.
12. La última información fehaciente que obtengo sobre él en Essex es en Audley Court, donde el sirviente dice que cree que el señor Talboys le dijo que iba a buscar a la señora por la finca.
13. Recibo información sobre él en la estación, que puede o no ser correcta.
14. Vuelvo a saber de él en Southampton donde, según su suegro, permaneció durante una hora la noche anterior.
15. El mensaje telegráfico.

Cuando Robert Audley hubo terminado esta breve relación de acontecimientos, que redactó con gran parsimonia y con pausas continuas para reflexionar, cambiar, borrar, permaneció un tiempo considerable contemplando la página escrita.

Al final la releyó atentamente, deteniéndose en algunos de los párrafos numerados y marcando algunos de ellos con una cruz; acto seguido, dobló el papel, se acercó a un pequeño armario situado al otro lado de la estancia, lo abrió con llave y dejó el papel en el mismo casillero en el que había dejado la carta de Alicia, el casillero marcado como «Importante».

Una vez hecho esto, volvió a su butaca junto al fuego, apartó el escritorio y encendió un habano.

—Este asunto es de lo más oscuro de principio a fin —reconoció—, y la clave del misterio debe de estar en Southampton o en Essex. Sea lo que sea, estoy decidido. Primero iré a Audley Court y buscaré a George Talboys por los alrededores.

Capítulo XIV

El pretendiente de Phoebe

«Sr. George Talboys. Quienquiera que se haya encontrado con este caballero desde el día 7 del presente, o que posea cualquier información sobre él con posterioridad a esa fecha, será generosamente recompensado cuando se ponga en contacto con A. Z., 14, Chancery Lane.»

Sir Michael Audley leyó este anuncio en la segunda columna del *Times* mientras desayunaba con milady y Alicia dos o tres días después del regreso de Robert a la ciudad.

—Así pues, todavía no han localizado al amigo de Robert —dijo el baronet después de leer el anuncio a su esposa e hija.

—Lo cierto —replicó milady—, es que me sorprende que haya alguien tan iluso como para buscarle. Es evidente que el joven estaba inquieto, desconcertado, como una especie de Bamfylde Moore Carew de la vida moderna^[30], a quien no había nada que le hiciera permanecer en un mismo lugar durante demasiado tiempo.

Aunque el anuncio apareció tres días seguidos, los residentes de Audley Court dieron muy poca importancia a la desaparición del señor Talboys y, tras esta ocasión, ni sir Michael, ni la señora ni Alicia volvieron jamás a pronunciar su nombre.

Las relaciones entre Alicia Audley y su bella madrastra no habían mejorado en modo alguno después de aquella apacible velada en la que el joven abogado había cenado en Audley Court.

—Es una coqueta presumida, frívola y sin corazón —afirmó Alicia dirigiéndose al perro de terranova, Caesar, que era el único receptor de las confidencias de la joven dama—. Es una coqueta experta y consumada, Caesar, y no contenta con enseñar sus tirabuzones rubios y tonta sonrisa a la mitad de los hombres de Essex, también tiene que hacer que ese estúpido primo mío se interese por ella. Agota mi paciencia.

En prueba de lo cual, la señorita Alicia Audley trataba a su madrastra con una impertinencia tan manifiesta que sir Michael se vio obligado a regañar a su única hija.

—Mi pobre esposa es muy sensible, Alicia —dijo el baronet con gravedad—, y tu actitud le afecta sobremanera.

—No me creo ni una palabra, papá —respondió Alicia con rotundidad—. Usted cree que es sensible porque tiene las manos blancas y suaves y grandes ojos azules con las pestañas largas, y unos ademanes tan afectados y estrafalarios que a los hombres les resultan fascinantes. ¡Sensible! ¡Ja! La he visto hacer cosas crueles con esos dedos blancos y finos y reír por el dolor que estaba infligiendo. Lo siento

mucho, papá —añadió, un tanto ablandada ante la mirada angustiada de su padre—, aunque se haya interpuesto entre nosotros y me haya privado del amor de este corazón tan querido y generoso, preferiría que me gustara por el bien de usted, pero no puedo, no puedo y Caesar tampoco. Ella se acercó al perro en una ocasión con la boca abierta, dejando entrever sus pequeños dientes blancos, y le acarició la cabeza con su delicada mano, pero si yo no le hubiera agarrado del collar, se le habría echado al cuello y la habría despedazado. Quizás hechice a todos los hombres de Essex pero nunca será amiga de Caesar.

—Tu perro será sacrificado —respondió enfadado sir Michael— si su temperamento fiero pone en peligro la vida de Lucy.

El terranova entornó los ojos lentamente en dirección a quien hablaba, como si entendiera todo lo que se había dicho. En aquel preciso instante, lady Audley entró en la sala y el animal agachó la cabeza al lado de su ama emitiendo un gruñido ahogado. Había algo en el comportamiento del perro que denotaba terror más que ferocidad, por increíble que pareciera que Caesar se asustara ante una criatura de tan frágil apariencia como lady Audley.

Por afable que fuera milady, no tuvo que pasar demasiado tiempo en Audley Court para darse cuenta del desagrado que Alicia sentía hacia su persona. No lo mencionó más que una sola vez, en cuyo caso, encogiendo sus gráciles hombros, dijo con un suspiro:

—Me resulta duro que no puedas quererme, Alicia, porque no estoy acostumbrada a tener enemigos, pero como parece que debe ser así, no puedo evitarlo. Si no podemos ser amigas, al menos seamos neutrales la una con la otra. No intentarás hacerme daño, ¿verdad?

—¡Hacerle daño! —exclamó Alicia—. ¿Cómo iba yo a hacerle daño?

—¿No intentarás privarme del afecto de tu padre?

—Tal vez no sea tan afable como usted, milady, y quizá no tenga dulces sonrisas y palabras agradables para todos los desconocidos que se crucen en mi camino, pero no soy capaz de tamaña mezquindad y, aunque lo fuera, creo que el amor que mi padre siente por usted es tan sólido que nada sino sus propios actos podrían privarle de él.

—¡Qué severa eres, Alicia! —exclamó milady, haciendo una pequeña mueca—. Supongo que debo deducir por tus palabras que me consideras una persona falsa. Bueno, no puedo evitar sonreír a la gente y hablarle con gracia. Sé que no soy mejor persona que los demás pero no lo puedo evitar si resulto más «agradable» que la mayoría. No es ningún delito agradar a los demás.

Así pues, teniendo en cuenta que Alicia había cerrado la puerta a todo tipo de acercamiento entre lady Audley y ella, y dado que sir Michael se mantenía ocupado con sus menesteres en la finca y otros entretenimientos masculinos que hacían que se ausentara de la casa durante varias horas al día, tal vez no fuera de extrañar que milady, siendo como era aficionada a la vida social, buscara la compañía de su

doncella de pestañas claras para tales fines.

Phoebe Marks era precisamente el tipo de muchacha que pasa de ser doncella a dama de compañía. Poseía la educación suficiente para comprender a su señora cuando ésta decidía dar rienda suelta a una especie de tarantela intelectual, en la que la lengua parecía enloquecer por el sonido de su propio chasquido, como las bailarinas españolas ante el sonido de las castañuelas. Phoebe sabía suficiente francés para leer por encima las novelas con tapas amarillas que milady encargaba a Burlington Arcade, y para disertar con su señora sobre los temas polémicos de aquellas novelas románticas. El parecido que la doncella guardaba con Lucy Audley fuera, tal vez, motivo de afinidad entre las dos mujeres. No se trataba de un parecido asombroso; un desconocido podría haberlas visto a las dos juntas y ni siquiera reparar en el mismo. Sin embargo, si uno encontraba a Phoebe Marks deslizándose bajo una luz tenue y sombría por los oscuros pasillos revestidos de roble de Audley Court, o bajo las avenidas arboladas del jardín, era fácil confundirla con milady.

Los vientos cortantes de octubre agitaban las hojas de los tilos de la larga avenida, y las amontonaba ya marchitas emitiendo un ruido fantasmagórico por los senderos de gravilla secos. El viejo pozo debía de estar medio obstruido por las hojas que se apilaban sobre él y giraban formando remolinos en su boca negra y agrietada. En el plácido seno del estanque de peces se pudrían las mismas hojas marchitas, mezclándose con la maraña de hierbas que decoloraban la superficie del agua. Por muchos jardineros que sir Michael contratara, era imposible evitar que la mano destructora del otoño dejara su impronta en los terrenos de Audley Court.

—¡Cuánto odio este desolado mes! —se quejó milady mientras paseaba por el jardín, temblando bajo el manto de marta cibelina—. Todo se estropea y acaba decayendo, y el frío titilar del sol que alumbra la fealdad de la tierra es como el destello de una lámpara de gas iluminando las arrugas de una anciana. ¿Yo envejeceré, Phoebe? ¿Se me caerá el pelo igual que las hojas caen de estos árboles y me dejarán lánguida y desnuda como ellos? ¿Qué será de mí cuando sea vieja?

Se estremeció al pensarlo más que por la fría brisa invernal y, abrigándose bien con las pieles, comenzó a caminar tan rápido que a la doncella le costó seguirla.

—Recuerdas, Phoebe —dijo al cabo de unos minutos, aminorando la marcha—, ¿recuerdas aquella novela francesa que leímos, la historia de una hermosa mujer que cometió un crimen, no recuerdo cuál, en el apogeo de su poder y belleza, cuando todo París se rendía cada noche a sus pies y la gente se apartaba del carruaje del rey para arremolinarse alrededor del de ella y poder así verle la cara? ¿Recuerdas cómo guardó el secreto de lo que había hecho durante casi medio siglo y pasó su vejez en el castillo familiar, querida y respetada por toda la provincia, como una santa sin canonizar y como benefactora de los pobres, y cómo cuando tuvo el pelo cano y los ojos casi ciegos, el secreto se hizo público por algún extraño azar de esos que siempre aparecen en las novelas románticas, y fue juzgada, declarada culpable y condenada a morir en la hoguera? El rey que había gobernado en su época de plenitud había

muerto tiempo atrás; la corte de la que había sido la estrella había cambiado; los funcionarios poderosos y los grandes magistrados, que tal vez la habrían ayudado, estaban pudriéndose en sus tumbas; los caballeros jóvenes y valientes, que habrían dado su vida por ella, habían sido abatidos en lejanos campos de batalla; ella sobrevivió hasta ver que la época a la que había pertenecido se desvanecía como un sueño y fue condenada a la hoguera, seguida tan sólo por campesinos ignorantes, que olvidaron toda su generosidad y la abuchearon como si de una malvada hechicera se tratara.

—No me importan esas historias funestas, señora —dijo Phoebe Marks estremeciéndose—. No hace falta leer libros para que alguien se sienta aterrorizado en este sombrío paraje.

Lady Audley se encogió de hombros y rió ante la franqueza de su doncella.

—Es un lugar sombrío, Phoebe —convino—, aunque nunca se lo diría a mi querido marido. Aunque ahora soy la esposa de uno de los hombres más influyentes del condado, no estaba tan mal cuando vivía con los Dawson; pero claro, vestir pieles que cuestan sesenta guineas y gastar miles de libras en la decoración de mis aposentos es algo que vale la pena.

Puesto que milady la trataba como dama de compañía, y se beneficiaba de un salario más que generoso y con incentivos adicionales que no solían recibir las doncellas, resultaba extraño que Phoebe Marks deseara abandonar su puesto; pero lo cierto era que estaba ansiosa por cambiar todas las ventajas de Audley Court por el futuro tan poco prometedor que le esperaba como esposa de su primo Luke.

En cierto modo, el joven había conseguido beneficiarse de la buena fortuna de su amada. No había dejado en paz a Phoebe hasta que ésta, con la mediación de milady, le había conseguido un puesto de ayudante del mozo de cuadra en Audley Court.

Nunca salía a cabalgar con Alicia o sir Michael, pero en una de las escasas ocasiones en que milady montó el hermoso pura sangre gris reservado para ella, se las ingenió para acompañarla en su salida. Le bastó la primera hora de cabalgada para darse cuenta de que, por grácil que Lucy Audley pareciera con su traje largo azul, era una amazona tímida y totalmente incapaz de controlar al animal que montaba.

Lady Audley expresó a su doncella el desagrado que le producía que ésta deseara contraer matrimonio con aquel zafio mozo.

Las dos mujeres estaban sentadas junto a la chimenea en el vestidor de milady, mientras el cielo gris anunciaba el fin de aquella tarde de octubre y la tracería negra de la hiedra oscurecía las ventanas con bisagras.

—Seguro que no estás enamorada de ese hombre torpe y feo, ¿verdad, Phoebe? —preguntó milady de pronto.

La muchacha estaba sentada en un taburete bajo a los pies de su señora. No respondió a su pregunta de inmediato sino que permaneció algún tiempo con la mirada perdida en el abismo rojizo del crepitante fuego.

Habló al cabo de algunos minutos, más como si pensara en voz alta que

respondiendo a la pregunta de Lucy.

—No creo que pueda amarle. Hemos estado juntos desde niños y le prometí, cuando tenía poco más de quince años, que sería su esposa. Ahora no osaría incumplir esa promesa. Ha habido veces en las que he pensado cada frase que iba a decirle para comunicarle que no podía cumplir mi palabra, pero las palabras morían en mis labios y me quedaba sentada mirándolo, con un nudo en la garganta que me impedía hablar. No me atrevo a rechazarle. A menudo le he observado una y otra vez mientras se sienta a pelar el palo de un seto con su gran navaja, hasta pensar que son hombres como él los que atraen con un señuelo a sus novias hasta un lugar solitario y las matan por incumplir su palabra. Cuando era más joven siempre se mostraba violento y vengativo. En una ocasión le vi sacar esa misma navaja en una pelea con su madre. Milady, le digo que debo casarme con él.

—¡No seas boba, no hagas una cosa así! —respondió Lucy—. Crees que te matará, ¿verdad? ¿Y crees que si tiene un temperamento asesino estarás más segura siendo su esposa? Si lo traicionaras o provocaras sus celos; si él deseara casarse con otra mujer o quisiera cogerte algo de tu dinero, ¿no le resultaría fácil matarte? Te digo que no debes casarte con él, Phoebe. En primer lugar, odio a ese hombre y, en segundo lugar, no puedo permitirme el lujo de prescindir de tus servicios. Le daremos unas cuantas libras y dejaremos que se marche.

Phoebe Marks cogió las manos de su señora entre las suyas y las estrechó de forma convulsiva.

—Señora mía, mi buena y querida señora —exclamó con vehemencia—, no intente implicarme en esto, no me pida que le traicione. Le digo que debo casarme con él. Usted no sabe cómo es. Si incumplo mi promesa, provocaré mi desgracia y la desgracia de otros. ¡Tengo que casarme con él!

—Muy bien entonces, Phoebe —respondió la señora—. No puedo oponerme a tus deseos. Debe de haber alguna razón secreta en todo este asunto.

—La hay, milady —respondió la muchacha sin mirar directamente a Lucy.

—Me apenará mucho perderte pero he prometido estar de tu lado en todo momento. ¿Cómo piensa ganarse la vida tu primo cuando os caséis?

—Le gustaría regentar una taberna.

—En ese caso tendrá una taberna y cuanto antes se convierta en un alcohólico moribundo, mejor. Sir Michael acude esta noche a una cena de hombres en casa del comandante Margrave y mi hijastra está fuera con sus amigas en Grange Heath. Puedes traer a tu primo al vestidor después de cenar y le diré lo que voy a hacer por él.

—Es usted muy buena, señora —respondió Phoebe con un suspiro.

Lady Audley se sentó rodeada por el brillo de la luz de la lumbre y las velas de cera en el lujoso vestidor; los cojines de damasco ámbar del sofá contrastaban con su vestido de terciopelo violeta oscuro, y el cabello rizado le caía sobre el cuello formando una aureola rubia. Todo lo que la rodeaba denotaba riqueza y esplendor,

mientras, a modo de extraño contraste con aquel entorno y con su belleza, se encontraba el burdo mozo frotándose su gran cabeza mientras milady le explicaba lo que quería hacer por su doncella de confianza. Las promesas de Lucy eran muy generosas y ella había imaginado que, por muy zafío que fuera el hombre, expresaría su agradecimiento a su manera.

Para su sorpresa, él permaneció mirando el suelo sin articular palabra como respuesta a su ofrecimiento. Phoebe se encontraba a su lado y parecía afligida por la grosería del hombre.

—Dile a milady lo agradecido que estás, Luke —instó.

—Pero no le estoy tan agradecido —respondió su amado despiadadamente—. Cincuenta libras no son gran cosa para abrir una taberna. Suba la oferta a cien, señora.

—No pienso hacer tal cosa —repuso lady Audley al tiempo que sus claros ojos azules despedían chispas de indignación—, y me asombra que tengas la impertinencia de atreverte a pedírmelo.

—Oh sí, sí que lo hará —respondió Luke, con una insolencia sosegada que tenía un significado oculto—. Me dará cien, señora.

Lady Audley se levantó de la silla, miró al hombre fijamente hasta que éste no pudo aguantar más su mirada y, acto seguido, acercándose a su doncella, dijo con voz alta y penetrante, propia de ella en momentos de agitación profunda:

—¡Phoebe Marks, se lo has contado a este hombre!

La muchacha se arrodilló a los pies de milady.

—¡Oh, perdóneme, perdóneme! —imploró—. ¡Me obligó a hacerlo, si no nunca, nunca se lo habría contado!

Capítulo XV

Alerta

En una encapotada mañana de finales de noviembre, cuando la niebla amarillenta cubría los prados bajos y el ganado cegado se movía a tientas por la oscuridad, dando traspies estúpidos contra los setos negros y pelados, o tropezando con las zanjas, indistinguibles en aquel ambiente nebuloso; mientras el campanario de la iglesia del pueblo atravesaba, marrón y sombrío, la tenue luz; mientras todos los caminos serpenteantes y las puertas de las casas, todos los hastiales y viejas chimeneas grises, todos los niños del pueblo y perros callejeros adoptaban un aspecto extraño en la semioscuridad, Phoebe Marks y su primo Luke atravesaron el camposanto de Audley y se presentaron ante un tembloroso sacerdote, cuyo sobrepelliz caía en pliegues húmedos, empapado por la niebla matutina y con un estado de ánimo no demasiado alegre por haber tenido que esperar cinco minutos al novio y la novia.

Luke Marks, vestido con su poco favorecedor traje de domingo, no presentaba mejor aspecto que ataviado con la ropa de diario; pero Phoebe, engalanada con un traje de susurrante seda de un delicado tono gris, que su señora había llevado unas seis veces, parecía, como los pocos asistentes a la ceremonia advirtieron, toda una señora.

Una dama sombría y frágil, con una silueta vaga y un color tenue, cuyos ojos, cabello, rostro y vestido se fundían en tal palidez e imprecisión de tonos que, bajo la oscura luz de aquella nebulosa mañana de noviembre, un desconocido supersticioso podría haber confundido a la novia con el fantasma de alguna otra novia, muerta y enterrada en las criptas situadas bajo la iglesia.

El señor Luke Marks, el protagonista del evento, no se planteó todo esto ni un solo momento. Iba a contraer matrimonio con la mujer elegida y había materializado su ambición más anhelada: una taberna. Milady proporcionó las setenta y cinco libras necesarias para la compra del crédito mercantil y las instalaciones fijas, incluida la provisión de cervezas y licores, de una pequeña taberna en el centro de un solitario pueblecito, casi colgado en la cima de una colina, llamado Mount Stanning. No era un local demasiado digno de admiración; presentaba un aspecto un tanto ruinoso, estaba a merced de las inclemencias del tiempo, dado que se encontraba en un terreno elevado, protegido tan sólo por cuatro o cinco álamos desnudos y descuidados, que habían crecido demasiado rápido para ser robustos y que, por consiguiente, tenían una apariencia desolada. El viento no sólo no se había apiadado de la Castle Inn sino que incluso había abusado de su poder. El viento era el que azotaba y torcía los tejados bajos de paja de las construcciones y establos anexos hasta que se quedaban colgando y se tambaleaban hacia delante, al igual que un sombrero flexible que

cuelgue sobre la frente de algún rufián de pueblo. El viento era el que hacía temblar las contraventanas de madera en los estrechos marcos, hasta que las bisagras oxidadas se quedaban sueltas y rotas; el viento era el que había destruido el palomar y había acabado con la insolente veleta que marcaba la dirección de ese mismo viento; el viento era el que restaba importancia a todo pequeño fragmento de enrejado de madera, o planta enredadera, o pequeño balcón y cualquier tipo de decoración modesta, quebrándola y dispersándola con su desdeñosa furia; el viento era el que dejaba secreciones musgosas en la superficie descolorida de los muros enlucidos; el viento era el que, en definitiva, hacía añicos, destrozaba y desgarraba y arrollaba al tambaleante conjunto de edificios para luego alejarse dejando una estela de destrucción a su paso. El propietario, desanimado, se cansó de esta larga y encarnizada lucha contra tan poderoso enemigo; de forma que el viento acabó campando a sus anchas, y la Castle Inn fue deteriorándose poco a poco. Sin embargo, a pesar de su sufrimiento externo, de puertas adentro era un negocio próspero. Los robustos arrieros se detenían para tomar una copa en el pequeño bar; los granjeros adinerados pasaban ahí la tarde hablando de política en el salón bajo y revestido de paneles de madera, mientras sus caballos mascaban una mezcla sospechosa de heno mohoso y judías pasables en los establos en ruinas. A veces, incluso quienes iban de cacería a Audley se paraban a beber y cebar a los caballos en la Castle Inn; aparte de que, en una ocasión magnífica e inolvidable, el dueño de la jauría había encargado una cena para unos treinta caballeros y el propietario estuvo a punto de enloquecer ante la importancia de tal demanda.

Así pues, Luke Marks, que carecía de toda sensibilidad para con la belleza, se consideró sumamente afortunado por convertirse en el regente de la Castle Inn, Mount Stanning.

Un tálburi esperaba en la niebla para llevar a los recién casados a su nuevo hogar; y algunos de los aldeanos más humildes, que conocían a Phoebe desde niña, se arremolinaron alrededor del camposanto para despedirse de ella. Sus ojos pálidos habían empalidecido todavía más a consecuencia de las lágrimas que había derramado y del borde rojo que los circundaban. Al novio le molestó tal exteriorización de sentimientos.

—¿Por qué lloriqueas, muchacha? —preguntó enfurecido—. Si no querías casarte conmigo, podías habérmelo dicho. No voy a matarte por eso, ¿no? —La doncella se estremeció al oír sus palabras y se envolvió en el manto de seda que llevaba—. Vas a coger frío con todas estas galas —dijo Luke, contemplando su caro vestido sin ninguna expresión de buena voluntad—. ¿Por qué las mujeres no visten de acuerdo con sus posibilidades? De mi bolsillo no saldrán vestidos de seda, ya lo sabes.

Levantó a la temblorosa muchacha para dejarla en el coche, la envolvió en un áspero sobretodo y se alejaron en el vehículo por la niebla amarillenta, seguidos de unos tímidos vítores de dos o tres golfillos que se habían agolpado junto a la puerta.

Para ocupar el cargo de Phoebe Marks vino una nueva doncella de Londres. Se

trataba de una damisela muy llamativa, que llevaba un vestido de satén negro y lazos rosas en la cofia y que se quejaba tremendamente del aburrimiento de Audley Court.

La Navidad, sin embargo, trajo visitantes a la vieja mansión llena de recovecos. Un señorito y su voluminosa esposa ocuparon la habitación tapizada, alegres muchachas correteaban por los largos pasillos y hombres jóvenes miraban por las ventanas de celosía en espera de los vientos del sur y los cielos nublados; en los viejos y espaciosos establos no había ni un compartimento libre; en el jardín se había instalado una forja improvisada para herrar a los caballos de caza; los gañidos de los perros, con su continuo clamor, convirtieron el lugar en un sitio ruidoso; sirvientes desconocidos se apiñaban en la planta de la buhardilla; y cada pequeño marco escondido bajo algún gablete apuntado, y cada buhardilla bajo el pintoresco y viejo tejado, relucía en aquellas noches de invierno con su correspondiente candela, hasta el punto de que, llegado de repente a Audley Court, un desconocido ignorante, engañado por la luz, el ruido y la algarabía del lugar, podría haber cometido fácilmente el error del joven Marlowe^[31], y confundir la hospitalaria mansión con una taberna al viejo estilo, como las que han desaparecido de la faz de la tierra desde que el último coche de correos y los pequeños caballos emprendieran el último viaje melancólico hacia el matarife.

Entre otros visitantes, el señor Robert Audley se desplazó a Essex para la temporada de caza, con media docena de novelas francesas, una caja de habanos, y tres libras de tabaco turco en el baúl de viaje.

Los honrados señoritos del lugar, que dedicaban la hora del desayuno a hablar de las potras del Holandés Volador y de los potros de Voltigeur^[32], de los gloriosos paseos a caballo de siete horas recorriendo tres condados, y del regreso a medianoche hacia la casa cubriendo cuarenta y cinco kilómetros en sus caballos ensillados; y que se levantaban rápidamente de la bien surtida mesa con la boca llena de fiambre para contemplar una cuartilla dañada o aquel, esguince de brazuelo, o el potro que acababa de volver del veterinario, consideraban al señor Robert Audley, que comía con gran parsimonia su tostada con mermelada, una persona totalmente indigna de cualquier tipo de comentario.

El joven abogado había traído consigo un par de perros; y el aristócrata de la zona, que daba cincuenta libras por un perro de muestra, y era capaz de recorrer trescientos cincuenta kilómetros para ver a un grupo de setters antes de decidir una compra, se burló abiertamente de los dos perros callejeros, uno de los cuales había seguido a Robert Audley por Chancery Lane y por medio Holborn; mientras que su compañero había sido acogido por el abogado *vi et armis*^[33] de un vendedor de frutas ambulante que lo maltrataba. Además, como Robert insistía en tener esos dos animales deplorables bajo su sillón en el salón, lo cual disgustaba profundamente a milady, quien, como ya sabemos, odiaba a todo tipo de perros, los invitados a Audley Court consideraban al sobrino del baronet como a una especie de maníaco inofensivo.

Durante otras visitas a Audley Court, Robert Audley había realizado un tímido

esfuerzo por participar en las actividades del alegre grupo. Había trotado por media docena de campos arados en un pacífico poni gris de sir Michael, y al llegar jadeando y sin aliento a la puerta de alguna casa de labranza, había expresado su intención de no seguir más a los perros de caza aquella mañana. Incluso había llegado a calzarse, no sin gran esfuerzo, un par de patines, con la intención de darse una vuelta por la superficie helada del estanque de peces, y se había caído ignominiosamente en el primer intento, tras lo cual se quedó plácidamente tendido de espaldas hasta que los circunstantes tuvieron a bien levantarlo. Había ocupado el asiento trasero en un carro de dos ruedas tirado por caballos durante un placentero paseo matutino, en el que protestó con vehemencia cuando le condujeron colina arriba y exigió al cochero que se detuviera cada diez minutos para colocar bien los cojines sobre los que se sentaba. Este año, en cambio, no mostró predisposición alguna hacia estas actividades al aire libre. Dedicó todo su tiempo a holgazanear en el salón y a hacerse el simpático, a su modo, con milady y Alicia.

Lady Audley reaccionó a las atenciones de su sobrino de aquella manera grácil y casi infantil que tan encantadora parecía a sus admiradores, pero Alicia se sintió indignada por el cambio de conducta de su primo.

—Siempre has sido un hombre poco enérgico, Bob —declaró la joven dama de forma desdeñosa, cuando entró en el salón, vestida de amazona, tras un desayuno de cacería del que Robert se había ausentado ya que prefería tomar una taza de té en el tocador de milady—, pero este año no sé qué te ha pasado. No sirves para nada más que para sostener una madeja de hilo de seda o para leer los poemas de Tennyson a lady Audley.

—Mi querida, precipitada e impetuosa Alicia, no seas tan severa —replicó el joven en tono de súplica—. Una conclusión no es una puerta con cinco barrotes; y no hace falta que sueltes las riendas de tus opiniones, igual que haces con tu yegua, Atalanta, cuando galopas a toda velocidad por el campo siguiendo a un pobre zorro. Lady Audley me interesa y los amigos que mi tío tiene en el condado no. ¿Es una respuesta satisfactoria, Alicia?

La señorita Audley hizo un movimiento de cabeza un tanto desdeñoso.

—Es el tipo de respuesta que puedo esperar de ti, Bob —repuso con impaciencia— pero, por favor, sigue divirtiéndote a tu manera; quédate todo el día apoltronado en un sillón, con esos dos perros absurdos dormidos sobre tus rodillas; estropea las cortinas de las ventanas de la señora con tus habanos, y fastidia a todo el mundo con tu comportamiento estúpido e inanimado.

El señor Robert Audley abrió sus hermosos ojos grises al máximo al oír tal diatriba contra su persona, y contempló a la señorita Alicia con expresión indefensa.

La joven dama iba de un lado a otro de la habitación, atizándose la falda del traje con la fusta. Sus ojos despedían un destello de ira y bajo su tez ligeramente tostada se percibía un brillo carmesí. El joven abogado era perfectamente consciente de que esos síntomas denotaban que su prima estaba fuera de sí.

—Sí —repitió—, tu comportamiento estúpido e inanimado. A pesar de tu amabilidad fingida, Robert, estás lleno de presunción y altanería. Desprecias nuestros divertimentos; enarcas las cejas y te encoges de hombros, y te arrellanas en tu sillón y te desprecupas de nosotros y nuestros placeres. Eres un sibarita^[34] egoísta e insensible...

—¡Alicia! ¡Por todos los santos!

El periódico matutino se le cayó de las manos y se quedó mirando a su agresora sin oponer resistencia.

—¡Sí, Robert Audley, eres un egoísta! Te llevas a casa perros medio muertos de hambre porque te gustan los perros medio muertos de hambre. Te inclinas a acariciar la cabeza de cualquier perro callejero porque te gustan los perros callejeros. Ves a niños pequeños y les das medio penique porque te agrada hacerlo. Pero arqueas las cejas un metro cuando sir Harry Towers cuenta una historia estúpida y haces que el pobre hombre se sienta incómodo con tu perezosa insolencia. Y con respecto a tu afabilidad, dejarías que un hombre te pegara y le darías las gracias por el golpe en vez de tomarte la molestia de devolverle el golpe; pero no te desviarías ni quinientos metros de tu camino para hacer un favor a tu mejor amigo. Sir Harry vale veinte veces más que tú, porque él sí que me escribió para preguntarme si mi yegua, Atalanta, se había recuperado del esguince. No sabe deletrear ni arquear las cejas hasta la raíz del cabello, pero atravesaría fuego y agua por la mujer que ama, mientras que tú...

En ese preciso instante, cuando Robert estaba preparado para encajar los golpes de su prima, y cuando ésta parecía estar a punto de lanzar su ataque más virulento, la joven perdió el control y se echó a llorar.

Robert se levantó del sillón de un salto y perturbó la paz de los perros que yacían sobre la alfombra.

—Alicia, querida, ¿qué te ocurre?

—Es... es... es que la pluma del sombrero me ha entrado en el ojo —sollozó su prima; y antes de que Robert pudiera averiguar si tal aseveración era cierta, Alicia salió a toda prisa de la estancia.

El señor Audley estaba dispuesto a seguirla cuando oyó su voz en el patio, entre las coces de los caballos y el clamor de los invitados, los perros y los mozos de cuadra. Sir Harry Towers, el joven más aristocrático de la localidad, acababa de sujetarle su delicado pie cuando ella se disponía a montar en la silla.

—¡Santo cielo! —exclamó Robert, mientras observaba al alegre grupo de jinetes hasta que desaparecieron bajo el arco—. ¿Qué significa todo esto? ¡Con qué galanura monta en su caballo! ¡Qué hermosa figura y qué rostro tan delicado, natural, tostado y sonrosado; pero lanzarse así sobre un hombre, sin la menor provocación! Eso es consecuencia de que a una joven se le permita cazar con jauría. Aprende a mirarlo todo en la vida como si fuera un tronco de árbol o una verja hundida; va por el mundo como si fuera campo a través, de frente y pasando por encima de todo. Con lo

agradable que podía haber sido, si la hubiera educado en Fig-tree Court. Si me caso algún día y tengo hijas (posibilidad remota que espero que Dios me evite), se educarán en Paper Buildings, harán ejercicio sólo en Temple Gardens y nunca traspasarán esas puertas hasta que estén en edad de merecer, cuando las conduciré directamente por Fleet Street hasta la iglesia de St. Dunstan y las dejaré en manos de sus esposos.

Con pensamientos de este tipo el señor Robert Audley pasó agradablemente el tiempo hasta que milady volvió a entrar en el salón, fresca y radiante con su elegante vestido de mañana, con los rizos rubios brillantes por el agua perfumada con la que se había bañado, y con el cuaderno de bocetos con tapas de terciopelo en las manos. Colocó un pequeño caballete sobre la mesa situada junto a la ventana, se sentó ante él y empezó a mezclar colores en la paleta, mientras Robert la observaba con ojos entrecerrados.

—¿Está segura de que mi habano no la molesta, lady Audley?

—Oh, no, descuide; estoy acostumbrada al olor del tabaco. El señor Dawson, el médico, fumaba todas las noches cuando vivía en su casa.

—Dawson es un buen hombre, ¿verdad? —preguntó Robert con despreocupación.

Milady le dedicó una de sus sonrisas en exceso efusivas.

—El mejor de los hombres —afirmó—. Me pagaba veinticinco libras al año, imagínese, que eran seis libras con cinco peniques al trimestre. Recuerdo perfectamente el momento en que recibía el dinero: seis soberanos sucios y viejos, y un montoncito de monedas de plata sucias, sacadas directamente de la caja de la consulta. Y qué contenta me ponía, mientras que ahora... no puedo evitar reír cuando lo pienso... las pinturas que utilizo cuestan una guinea cada una en Winsor and Newton's; el carmín y el azul ultramar valen treinta chelines. El otro día le di a la señora Dawson uno de mis vestidos de seda y la pobre mujer me besó, y el médico se llevó el paquete a casa bajo la capa.

Milady rió sin disimulos al pensarlo. Utilizaba una curiosa mezcla de colores; estaba copiando el boceto de una acuarela de un campesino italiano demasiado hermoso en un ambiente sospechosamente similar al de los cuadros de Turner. El boceto estaba casi acabado y sólo tenía que añadir algunos toques con el más delicado de sus pinceles de pelo de marta. Se preparó con delicadeza para el trabajo, mirando el cuadro de soslayo.

Durante todo este tiempo, el señor Robert Audley tenía los ojos clavados en su hermoso rostro.

—Vaya cambio —dijo tras una pausa tan prolongada que milady podría haber olvidado el tema del que estaban hablando—. ¡Vaya cambio! Algunas mujeres harían lo imposible por experimentar un cambio como ése.

Los ojos azul claro de Lucy Audley se dilataron cuando miró fijamente al joven abogado. El sol invernal que, procedente de una ventana lateral, se reflejaba de lleno

en su rostro, avivaba el azul de aquellos hermosos ojos, hasta que el color parecía titilar y oscilar entre azul y verde, al igual que los matices opalinos del cambio del mar en un día de verano. El pequeño pincel se le cayó de la mano y hundió la cara del campesino en un círculo carmesí que iba agrandándose.

Robert Audley estaba alisando con sumo cuidado la hoja arrugada de su habano con los dedos.

—Mi amigo de la esquina de Chancery Lane no me he dado los buenos Manilas que me suele vender —murmuró—. Si fuma alguna vez, mi querida tía (y me han dicho que muchas mujeres se fuman un pitillo bajo el rosal)^[35], ponga cuidado al escoger los habanos.

Milady exhaló un profundo suspiro, recogió el pincel y se rió del consejo de Robert.

—¡Qué criatura tan excéntrica es usted, señor Audley! ¿Sabe que a veces me sorprende?

—No más de lo que usted me sorprende a mí, querida tía.

Milady dejó a un lado las pinturas y el cuaderno de bocetos y, después de sentarse en el profundo hueco de otra ventana situada a una distancia considerable de Robert Audley, se dispuso a tejer con una gran madeja de lana berlinesa —material con el que las Penélopes^[36] de hacía diez o doce años ejercitaban su ingenuidad— el Olden Time de la abadía de Bolton.

Sentada en la jamba de la ventana, milady estaba exactamente en el otro extremo de la habitación con respecto a Robert Audley y el joven sólo veía el rostro de su tez rosada fugazmente, rodeada por la resplandeciente y brumosa aureola de cabello rubio.

Robert Audley había pasado una semana en Audley Court pero hasta el momento ni él ni milady habían mencionado el nombre de George Talboys.

Aquella mañana, sin embargo, después de agotar los temas habituales de conversación, lady Audley se interesó por el amigo de su sobrino.

—Ese señor George... George... —dijo, vacilando.

—Talboys —informó Robert.

—Sí, claro, el señor George Talboys. Un nombre poco común, por cierto y sin duda un hombre singular. ¿Lo ha visto últimamente?

—No le he visto desde el 7 de septiembre, el día que me dejó dormido en el prado al otro lado del pueblo.

—¡Cielos! —exclamó milady—. ¡Qué joven más extraño debe de ser este George Talboys! Cuénteme cómo fue todo, por favor.

Robert relató, en pocas palabras, su visita a Southampton y el viaje a Liverpool, con distintas consecuencias, mientras milady escuchaba con atención.

A fin de que la historia resultara más elocuente, el joven se levantó de la silla, atravesó la sala y se colocó frente a lady Audley en la jamba de la ventana.

—¿Y qué deduce usted de todo ello? —inquirió milady tras una pausa.

—Me sigue pareciendo un misterio tan grande —respondió él— que apenas me atrevo a sacar conclusiones, pero a pesar del enigma, creo que puedo aventurarme a hacer dos suposiciones que, a mí, me parecen prácticamente seguras.

—Y son...

—En primer lugar, que George Talboys nunca fue más allá de Southampton y, en segundo lugar, que ni siquiera llegó a ir a Southampton.

—Pero allí encontró indicios de su visita. Su suegro lo había visto.

—Tengo razones para dudar de la integridad de su suegro.

—¡Por todos los santos! —exclamó milady con voz lastimera—. ¿Qué quiere decir con todo esto?

—Lady Audley —respondió el joven con gravedad—. Nunca he ejercido de abogado. He pasado a engrosar las filas de una profesión cuyos miembros asumen responsabilidades solemnes y tienen deberes sagrados que cumplir; y yo me he achicado ante esas responsabilidades y deberes, al igual que ante todas las cargas de esta vida tan fatigosa. Pero a veces nos vemos obligados a enfrentarnos a aquello que siempre hemos evitado, y últimamente me he visto forzado a pensar en estas cosas. Lady Audley, ¿ha estudiado usted alguna vez la teoría de las pruebas circunstanciales?

—¿Cómo puede preguntar a una pobre mujer cosas tan horrendas? —inquirió milady.

—Las pruebas circunstanciales —prosiguió el joven, como si no hubiera oído la interrupción de lady Audley— son esa maravillosa estructura construida a partir de nimiedades recogidas en todos los puntos cardinales, pero que, aun así, es suficientemente fuerte como para colgar a un hombre. ¡En las más mínimas trivialidades puede a veces ocultarse el secreto de algún misterio perverso, inexplicable hasta ese momento incluso para los más sabios del mundo! Un trozo de papel, el jirón de una prenda, el botón de un abrigo, una palabra pronunciada imprudentemente por los labios demasiado cautelosos del culpable, el fragmento de una carta, el abrir o cerrar de una puerta, una sombra tras una persiana, la precisión de un momento; mil circunstancias tan insignificantes que el criminal puede olvidar, pero forman los eslabones de acero en la magnífica cadena forjada por la ciencia del detective; y ¡hete aquí! la horca empieza a tomar forma; las campanas solemnes tañen en el lúgubre gris de la madrugada; la cuerda cruje bajo los pies culpables y el criminal paga su crimen.

En el rostro de milady se reflejaron ligeras sombras verdes y carmesíes de los blasones pintados de la ventana con parteluz junto a la que estaba sentada; pero todo vestigio de su color natural se había desvanecido y su cara adoptó un espantoso tono gris ceniciento.

Sentada en silencio, con la cabeza inclinada hacia atrás sobre los cojines adamascados de color ámbar, y con las pequeñas manos inertes sobre las rodillas, lady Audley se había desmayado.

—El cerco se estrecha día tras día —dijo Robert Audley—. George Talboys nunca llegó a Southampton.

Capítulo XVI

Robert Audley recibe un congé^[37]

La semana de Navidades pasó y, uno por uno, los invitados de Audley Court fueron abandonando el lugar. El caballero rollizo y su esposa desocuparon la habitación gris, llena de tapices, y dejaron que los guerreros de frentes oscuras que surgían de la pared observaran con ceño fruncido y amenazaran a los nuevos ocupantes, o contemplaran con rostro vengativo la habitación vacía. Las alegres muchachas del segundo piso llenaron, o hicieron llenar, los baúles y maletas, y los vestidos de baile de gasa, llevados a Audley Court por estrenar, volvieron usados a sus respectivos domicilios.

Los viejos y traqueteantes carruajes familiares, tirados por caballos cuyas cernejas estaban por recortar y que daban cuenta de haber transitado caminos peores que los de campo, fueron conducidos al espacio abierto situado frente a la sombría puerta de roble y cargados con pilas desordenadas de equipaje femenino. Rostros rosados y hermosos se asomaron por las ventanillas de los coches de caballos para dedicar una última sonrisa de despedida al grupo colocado ante la puerta del salón, mientras el vehículo traqueteaba y se alejaba emitiendo un ruido sordo tras pasar bajo el arco lleno de hiedra. Por todas partes se requería la presencia de sir Michael. Estrechando las manos de los jóvenes cazadores, besando a las muchachas de mejillas sonrosadas; a veces incluso abrazando a las corpulentas matronas que se acercaban a él para expresar su agradecimiento por la agradable estancia; en todas partes se mostraba cordial, hospitalario, generoso, contento y adorable. El baronet iba de una habitación a otra, del salón a los establos, de los establos al patio, del patio a la puerta en forma de arco para despedir a todos y cada uno de los invitados.

Los rizos rubios de milady relucían aquí y allá como rayos de sol errantes durante aquellos atareados días de despedidas. Sus grandes ojos azules adoptaron una hermosa expresión de congoja, perfectamente acompañada por la tímida presión de su pequeña mano, y aquellas amables, aunque tal vez un tanto estereotipadas, palabras, mediante las cuales decía a los invitados lo mucho que sentía perderlos, y que no sabía qué podría hacer hasta que volvieran en otra ocasión para dar vida a Audley Court con su encantadora compañía.

Sin embargo, por muy apenada que estuviera milady por perder a sus invitados, por lo menos había un huésped cuya compañía no iba a faltarle. Robert Audley no mostró intención alguna de marcharse de la casa de su tío. Carecía de deberes profesionales que reclamaran su atención, dijo; Fig-tree Court era un lugar divinamente sombreado cuando hacía calor, pero había un rincón que el gélido viento doblaba en los meses de invierno, cargado de gripes y reumatismos vengativos. Todo

el mundo era tan amable con él en Audley Court que no le apetecía irse.

Sir Michael no tenía sino una respuesta para ello.

—Quédate, mi querido muchacho, quédate, tanto como quieras, querido Bob. No tengo ningún hijo, por lo que tú eres como uno para mí. Haz compañía a Lucy y siéntete como si estuvieras en tu propia casa.

A lo cual Robert se limitaría a responder estrechando con vehemencia la mano de su tío y murmurando algo sobre «un fantástico viejo príncipe».

Cabe destacar que a veces el joven hablaba con cierto tono de tristeza cuando llamaba «fantástico viejo príncipe» a sir Michael; una sombra de pesar afectuoso empañaba los ojos de Robert mientras se sentaba en una esquina de la estancia mirando fijamente al baronet de barba blanca.

Antes de que se marchara el último de los jóvenes cazadores, sir Harry Towers solicitó y obtuvo una cita con la señorita Alicia Audley en la biblioteca revestida de roble: cita en la que el joven y fornido cazador de zorros protagonizó escenas de gran emotividad; hubo tanta emoción, de hecho, y de una naturaleza tan verdadera y sincera, que Alicia estuvo a punto de perder el control cuando le dijo que le apreciaría y respetaría para siempre por su noble y franco corazón, pero que él, bajo ningún concepto, a no ser que deseara causarle la más cruel de las angustias, debía esperar de ella más que ese aprecio y respeto.

Sir Harry salió de la biblioteca por la puerta acristalada que daba al jardín del estanque. Recorrió el mismo paseo de tilos que George Talboys había comparado con la avenida de un cementerio y, bajo los árboles desnudos, libró la batalla de su joven y valiente corazón.

—¡Qué estupidez la mía por sentirme así! —exclamó al tiempo que daba una patada en el frío suelo—. Siempre supe que no tenía ninguna posibilidad, siempre supe que ella era demasiado buena para mí. ¡Que Dios la bendiga! ¡Con qué nobleza y ternura ha hablado, qué hermosa estaba con esos toques rosados bajo su tez morena, y las lágrimas en sus grandes ojos; casi tan hermosa como el día que pasamos junto a la valla caída y me permitió ponerle la pluma en el sombrero mientras cabalgábamos hacia la casa! ¡Que Dios la bendiga! Puedo sobreponerme a todo siempre y cuando no le guste ese escurridizo abogado. Eso no podría soportarlo.

El escurridizo abogado, denominación con la que sir Harry se refería al señor Robert Audley, se encontraba en el salón, mirando un mapa de los condados de la región central de Inglaterra, cuando Alicia salió de la biblioteca, con los ojos enrojecidos, tras la entrevista mantenida con el baronet cazador de zorros.

Robert, que era corto de vista, tenía los ojos a un centímetro y medio de distancia del mapa cuando la joven dama se acercó a él.

—Sí —afirmó él—. Norwich está en Norfolk, y ese bobo, el joven Vincent, dijo que estaba en Hertfordshire. Vaya, Alicia, ¿eres tú?

Se volvió para cerrarle el paso a Alicia, que se dirigía a la escalera.

—Sí —repuso su prima con tono cortante, intentando evitarle.

—Alicia, ¿has estado llorando? —La joven no se dignó responder—. Has estado llorando, Alicia. Sir Harry Towers, de Towers Park, en el condado de Herts, te ha ofrecido su mano, ¿verdad?

—¿Ha estado escuchando detrás de la puerta, señor Audley?

—No, señorita Audley. En principio me opongo a escuchar subrepticamente y, de hecho, creo que es un acto muy molesto; pero soy abogado, señorita Alicia, y soy capaz de extraer conclusiones mediante la técnica de la inducción. ¿Sabe usted lo que son las pruebas inductivas^[38], señorita Audley?

—No —respondió Alicia, observando a su primo igual que una pantera joven miraría a su audaz torturador.

—Me lo imaginaba. Me atrevo a decir que sir Harry preguntaría si se trata de un nuevo tipo de medicina para caballos. Por inducción supe que el baronet iba a hacerte una proposición, porque bajó con la raya del pelo en el lado equivocado y con la cara pálida como una sábana; en segundo lugar, porque ha sido incapaz de probar bocado a la hora del desayuno y se ha atragantado con el café y, en tercer lugar, porque pidió entrevistarse contigo antes de partir de Audley Court. Bueno, ¿cómo va a ser, Alicia? ¿Te casas con el baronet y tu pobre primo Bob va a ser el padrino de la boda?

—Sir Harry Towers es un joven de gran corazón —dijo Alicia, que seguía intentando seguir su camino.

—¿Pero lo aceptamos, sí o no? ¿Vamos a ser lady Towers, con gran cantidad de propiedades en Hertfordshire, dependencias de verano para nuestros cazadores, y una diligencia con escolta para que nos lleve a la mansión de papá en Essex? ¿Va a ser así, Alicia, o no?

—¿A usted qué más le da, señor Robert Audley? —exclamó Alicia con vehemencia—. ¿A ti qué te importa lo que va a ser de mí y con quién me caso? Si me casara con un deshollinador, te limitarías a arquear las cejas y decir: «¡Válgame Dios, siempre fue una excéntrica!». He rechazado la oferta de sir Harry Towers, pero cuando pienso en su afecto generoso y desinteresado, y lo comparo con la indiferencia despiadada, vaga, egoísta y altanera de otros hombres, me entran ganas de correr tras él y decirle...

—¿Que te retractas y que desees convertirte en lady Towers?

—Sí.

—Pues entonces no lo hagas, Alicia, no —dijo Robert Audley, asiendo a su prima por la delgada muñeca y llevándola hacia arriba—. Ven al salón conmigo, Alicia, querida prima mía, mi encantadora, impetuosa e inquieta prima. Siéntate aquí, en esta ventana con parteluz, y hablemos seriamente, y dejemos de discutir, si es que podemos.

Los primos tenían el salón para ellos solos. Sir Michael no se encontraba en la casa, milady se había retirado a sus aposentos y el pobre sir Harry Towers no hacía más que caminar de un lado para otro en el camino de gravilla, oscurecido por las sombras titilantes que proyectaban las ramas desnudas bajo el frío sol invernal.

—Mi pobre Alicia —dijo Robert con la ternura que emplearía para dirigirse a un niño travieso—, ¿tú crees que porque una persona vaya con el semblante afligido, o no se haga la raya en el lado equivocado, o no se comporte como un maníaco bienintencionado, para demostrar la vehemencia de su pasión... tú crees que por eso, Alicia Audley, puede no ser consciente de los méritos de una muchacha cariñosa, bonita y afectuosa como sus vecinos? La vida es un asunto problemático y, al fin y al cabo, no es mala idea aceptar las bendiciones que nos ofrece de forma discreta. Yo no hago grandes aspavientos porque pueda conseguir buenos habanos en una esquina de Chancery Lane y porque tenga una muchacha buena y cariñosa por prima: pero eso no significa que no le esté agradecido a la Providencia.

Alicia abrió sus ojos grises al máximo, mirando a su primo fijamente con expresión sorprendida. Robert había cogido a uno de sus perros más feos y flacos y estaba acariciando plácidamente las orejas del animal.

—¿Esto es todo lo que tienes que decirme? —preguntó la señorita Audley, dócilmente.

—Pues creo que sí —repuso su primo, tras deliberar durante unos minutos—. Supongo que esto es lo que quería decir, que no te cases con el baronet cazador de zorros si hay alguien que te gusta más; porque si eres paciente y te tomas la vida con tranquilidad, e intentas reformarte y no dar portazos ni brincos en una habitación tras otra, ni hablar de establos ni cabalgar a campo través, no me cabe la menor duda de que la persona que elijas será un excelente esposo.

—Gracias, primo —dijo la señorita Audley, ruborizada por la indignación hasta en la raíz de su cabello castaño—, pero como quizá no conozcas a la persona de mi elección, considero que es mejor que no respondas por él.

Robert tiró de las orejas del perro durante unos segundos con aspecto pensativo.

—No, por supuesto —dijo tras una pausa—. Claro que si no lo conozco... pero creía que sí.

—¿De veras? —exclamó Alicia. Acto seguido, abrió la puerta con tal violencia que su primo se estremeció, y salió a toda prisa del salón.

—Sólo he dicho que creía que sí —dijo Robert en voz bien alta para que ella le oyera. Entonces, tras dejarse caer en un sillón, murmuró cavilante—: ¡Una muchacha tan agradable, si no fuera tan impulsiva!

Así pues, el pobre sir Harry Towers se marchó de Audley Court con aspecto alicaído y taciturno.

En aquel momento, le producía escaso placer regresar a la majestuosa mansión oculta entre robles y hayas venerables. La casa cuadrada y de ladrillo rojo que resplandecía al término de la larga arcada de árboles desnudos siempre estaría desolada, pensó, ya que Alicia nunca sería la señora de la casa.

Descartó cientos de mejoras que había pensado y planificado por considerarlas inútiles. El caballo de caza que Jim el preparador estaba domando para la señora, los dos cachorros de pointer que estaban siendo criados para la siguiente temporada de

caza; el gran perro cobrador negro que habría llevado la sombrilla de Alicia; el pabellón del jardín, en desuso desde la muerte de su madre, pero que él había pensado restaurar para la señorita Audley: todas estas cosas no hacían más que desconcertarle el ánimo.

—¿De qué sirve ser rico si no se tiene a nadie con quien gastar el dinero? —se preguntó el joven baronet—. Uno no hace más que convertirse en un mendigo egoísta y se dedica a beber demasiado oporto. Es duro que una joven rechace un buen corazón y unos establos como los que tenemos en el parque. Eso desconcierta a un hombre.

De hecho, este rechazo inesperado había desestabilizado sobremanera las pocas ideas que albergaba la mente del joven baronet.

Estaba perdidamente enamorado de Alicia desde la última temporada de caza, cuando la había conocido en el baile del condado. Su pasión, abrigada a lo largo de la lenta monotonía de un verano, se había desatado de nuevo en los alegres meses de invierno, y sólo la *mauvaise honte*^[39] del joven había retrasado el ofrecimiento de su mano. Pero en ningún momento se había planteado que rechazase su oferta; estaba tan habituado a la adulación de las madres con hijas casaderas, e incluso de las mismas hijas; estaba tan habituado a sentirse el alma de una reunión, aunque la mitad de las personas ingeniosas del lugar estuvieran presentes, mientras él sólo era capaz de decir: «¡Ah, sin duda!» y «¡Diantre!»; estaba tan mal acostumbrado por la adulación de unos ojos brillantes que eran, o parecían ser, más brillantes cuando él se acercaba, que sin ser poseedor de un solo atisbo de vanidad personal, estaba convencido de que no tenía más que pedir la mano de la muchacha más hermosa de Essex para ser aceptado de inmediato.

—Sí —solía decir con suficiencia a algún adlátere que le dedicaba su admiración—. Sé que soy un buen partido, y sé por qué las jóvenes son tan corteses. Son muy hermosas, y son muy amables con los hombres, pero no me interesan. Son todas iguales, no saben más que bajar la mirada y decir: «¿Vaya, sir Harry, y por qué llama cobrador a ese perro negro de pelo rizado?» o «Oh, sir Harry, ¿y es cierto que la pobre yegua se hizo un esguince en el omóplato de la cuartilla?». No es que yo sepa mucho de esto —añadía el baronet con desprecio—, y no quiero a una mujer resuelta que escriba libros y lleve anteojos verdes, pero ¡caray!, me gustan las mujeres que saben de qué hablan.

Así pues, cuando Alicia dijo «no», o mejor dicho, le habló con tan hermosas palabras sobre la estima y el respeto, cuando las damiselas de buena familia se limitan a emplear el detestable monosílabo, sir Harry Towers sintió que todos los planes de futuro que con tanta suficiencia había trazado, quedaban reducidos a la nada.

Sir Michael le cogió con cariño de la mano justo antes de que el joven se montara en su caballo en el patio.

—Lo lamento profundamente, Towers —dijo—. Es usted una excelente persona y

habría sido un buen esposo para mi hija, pero ya sabe que hay un primo, y creo que...

—No diga eso, sir Michael —interrumpió el cazador de zorros con energía—. Puedo soportar cualquier cosa menos eso. ¡Un hombre cuya mano sobre la barbada pesa media tonelada (destrozó la boca de Cavalier, señor, el día que le dejó montar ese caballo); un hombre que se baja el cuello y come pan con mermelada! No, no, sir Michael; el mundo es un lugar extraño pero no puedo pensar así de la señorita Audley. Debe de haber alguien más, señor, no puede ser el primo.

Sir Michael negó con la cabeza cuando el pretendiente rechazado se alejó en su caballo.

—Yo no lo sé —musitó—. Bob es buena persona y la muchacha podría elegir a alguien peor, pero él se resiste, como si no sintiera nada por ella. ¡Todo esto es muy misterioso, muy misterioso!

El viejo baronet habló en un tono medio pensativo con el que se suele hablar de los asuntos de otras personas. Las sombras del crepúsculo de comienzos de invierno, que se cernían bajo el techo bajo de roble del vestíbulo, y la extraña curva de la puerta en forma de arco oscurecieron su gallarda cabeza; pero la luz que daba brillo a la decadencia de su vida, su hermosa y querida joven esposa, se encontraba cerca de él, y era incapaz de advertir las sombras estando junto a ella.

Venía andado de forma saltarina por el vestíbulo para reunirse con él y, agitando sus tirabuzones de oro, enterró su dorada cabeza en el pecho de su esposo.

—El último de nuestros invitados ya se ha ido, querido, y estamos solos —dijo ella—. ¿No es maravilloso?

—Sí, querida —respondió él con cariño, acariciándole el cabello.

—Excepto el señor Robert Audley. ¿Cuánto tiempo se va a quedar ese sobrino tuyo?

—Todo el que quiera, mi cielo, siempre es bienvenido —manifestó el baronet; y luego, como si se lo recordara a él mismo, añadió con ternura—: pero siempre y cuando su compañía te resulte agradable, querida; no, si sus costumbres perezosas o sus habanos, o sus perros, o lo que sea, te resultan desagradables.

Lady Audley frunció sus labios rosados y bajó la mirada con aspecto pensativo.

—No es eso —dijo titubeando—. El señor Audley es un joven muy agradable y muy honorable pero, sabes, sir Michael, yo soy una tía un tanto joven para este sobrino y...

—¿Y qué, Lucy? —se apresuró a inquirir el baronet.

—La pobre Alicia está celosa de las atenciones que me dedica el señor Audley y... y... creo que sería más conveniente para su felicidad que tu sobrino diera por concluida su visita a nuestra casa.

—¡Se marchará esta misma noche, Lucy! —exclamó sir Michael—. ¡Cómo puedo haber estado tan ciego y no haberme dado cuenta de esto antes! Mi querida mujercita, no es muy justo para Bob haberle expuesto a tus encantos. Sé que es un joven honesto y de buen corazón pero... pero... se marchará esta misma noche.

—¡Pero no seas demasiado abrupto, querido! ¿No serás grosero, verdad?

—¿Grosero? No, Lucy. Le he dejado fumando en el paseo de tilos. Iré a decirle que tiene que marcharse de la casa en una hora.

Por consiguiente, en la avenida de árboles desnudos, bajo cuya lúgubre sombra George Talboys había estado aquella noche de tormenta antes del día de su desaparición, sir Michael informó a su sobrino de que no podía permanecer en Audley Court por más tiempo, y de que milady era demasiado joven y hermosa para aceptar las atenciones de un apuesto sobrino de veintiocho años.

Robert se limitó a encogerse de hombros y a arquear sus pobladas cejas negras, mientras sir Michael le daba a entender todo aquello con suma delicadeza.

—He sido atento con milady —reconoció—. Me interesa mucho, me interesa de forma extraña —y entonces, con un cambio en la voz, y una emoción impropia de él, se volvió hacia el baronet y, cogiéndole de la mano, manifestó—: ¡Dios me libre, querido tío, de causar problemas a un corazón tan noble como el suyo! ¡Dios me libre de que la menor sombra de deshonor se cierna nunca sobre su honorable cabeza, y menos por mi culpa!

El joven pronunció estas palabras de una forma entrecortada e inconexa que a sir Michael le resultaba inusual escuchar de los labios de su sobrino, y, entonces, apartando la cabeza, estuvo a punto de flaquear.

Salió de Audley Court esa misma noche pero no fue demasiado lejos. En vez de tomar el tren nocturno para Londres, se dirigió directamente al pequeño pueblo de Mount Stanning y, en cuanto entró en la bien arreglada taberna, preguntó a Phoebe Marks si podía alojarse en una de las habitaciones.

Capítulo XVII

En la Castle Inn

La pequeña sala de estar a la que Phoebe Marks hizo entrar al sobrino del baronet estaba situada en la planta baja y separada tan sólo por un tabique de listones y yeso de la diminuta taberna propiamente dicha, ocupada por el posadero y su esposa.

Se diría que el ingenioso arquitecto que había supervisado la construcción de la Castle Inn se había tomado todo tipo de molestias para asegurar que en el edificio sólo se emplearan los materiales más frágiles y endebles, y para que el viento, que parecía tener predilección por este lugar desprotegido, pudiera dar rienda suelta a su furia.

Así pues, habían utilizado la carpintería de más mala calidad en vez de mampostería sólida, los techos desvencijados se apuntalaban con frágiles vigas que, siempre que había tormenta, amenazaban con desplomarse sobre las cabezas de los presentes; las puertas tenían la particularidad de no cerrarse del todo, por lo que siempre golpeteaban; las ventanas estaban construidas con la curiosa intención de dejar entrar la corriente de aire cuando estaban cerradas y de impedir su entrada cuando estaban abiertas. Una mano genial había ideado esta solitaria posada de pueblo de forma que no había ni una sola pieza de la carpintería, ni una paleta de yeso empleada en la construcción destartada, que no ofreciera su particular punto débil ante el menor ataque de su infatigable enemigo.

Robert miró a su alrededor con una ligera sonrisa de resignación.

Sin duda suponía todo un cambio con respecto a las lujosas comodidades de Audley Court, y era una especie de capricho extraño que el joven abogado prefiriese esa deprimente posada de pueblo antes que volver a sus cómodos y acogedores aposentos de Fig-tree Court.

Sin embargo, había traído a sus lares y penates^[40] consigo, en forma de pipa alemana, lata de tabaco, media docena de novelas francesas y sus dos canes incondicionales y preferidos, quienes se sentaban tiritando frente a la pequeña y humeante chimenea, y ladraban esporádicamente para exigir con discreción algún refrigerio.

Mientras el señor Robert Audley contemplaba sus nuevos aposentos, Phoebe Marks hizo llamar al muchacho del pueblo que solía hacerle los recados. Entraron en la cocina y le dio una nota minúscula, doblada y lacrada con cuidado.

—¿Sabes dónde está Audley Court?

—Sí, señora.

—Si vas hasta allí con esta carta esta noche y te encargas de que llegue a manos de lady Audley, te daré un chelín.

—Sí, señora.

—¿Lo has entendido? Pide ver a la señora; puedes decir que tienes un mensaje, no una nota, recuerda, sino un mensaje de Phoebe Marks y cuando la veas, entrégale esto en mano.

—Sí, señora.

—¿No se te olvidará?

—No, señora.

—Pues ya te puedes ir.

El muchacho no esperó que le repitieran el encargo y, al cabo de un momento, corría por el empinado camino hasta llegar a la bajada pronunciada que conducía a Audley.

Phoebe Marks se acercó a la ventana y observó la silueta negra del muchacho corriendo en la oscura noche invernal.

«Si el hecho de que esté aquí implica algo malo —pensó—, la señora lo sabrá a tiempo, pase lo que pase.»

Phoebe en persona llevó la bien preparada bandeja del té y el plato tapado de huevos con jamón que había cocinado para el inesperado visitante. Llevaba el cabello claro ligeramente trenzado y el vestido gris perla le sentaba tan bien que parecía formar parte de ella. Los mismos tonos neutros dominaban su persona y su vestido; ningún lazo llamativo de color rosa ni vestidos de susurrante seda revelaban la riqueza de la mujer del posadero. Phoebe Marks era una persona que nunca perdía su individualidad. Callada y reservada, parecía que siempre tenía todo bajo control y que no recibía influencia alguna del mundo exterior.

Robert la observó fijamente mientras extendía el mantel y acercaba la mesa a la chimenea.

«Ella —pensó— es una mujer de las que guardaría un secreto.»

Los perros contemplaban con cierta suspicacia la silueta silenciosa de la señora Marks mientras iba de un lado a otro de la habitación, de la tetera a la caja para guardar el té, y de dicha caja al hervidor que silbaba en el hornillo.

—¿Le importaría servirme el té, señora Marks? —preguntó Robert, sentándose en un sillón de crin, en el que encajaba con tanta precisión como si se lo hubieran hecho a medida.

—¿Ha venido directamente de Audley Court, señor? —inquirió Phoebe, mientras le tendía el azucarero.

—Sí, he salido de casa de mi tía hace apenas una hora.

—Y milady, señor, ¿estaba bien?

—Sí, estaba bien.

—¿Tan alegre y desenfadada como siempre, señor?

—Tan alegre y desenfadada como siempre.

Phoebe se dispuso a retirarse discretamente después de servir el té al señor Audley, pero cuando tenía la mano puesta en la manecilla de la puerta, él le habló de

nuevo.

—Conoció a lady Audley cuando era la señorita Lucy Graham, ¿verdad? —inquirió.

—Sí, señor. Vivía en casa de los Dawson cuando milady era la institutriz.

—¡Vaya! ¿Trabajó durante mucho tiempo en la familia del médico?

—Un año y medio, señor.

—¿Y venía de Londres?

—Sí, señor.

—¿Y era huérfana?

—Sí, señor.

—¿Era siempre tan alegre, entonces como ahora?

—Siempre, señor.

Robert vació la taza de té y se la entregó a la señorita Marks. Sus ojos se cruzaron: una expresión vaga anidaba en los de él y una activa y escrutadora en los de ella.

«Esta mujer haría un buen papel en un banco de testigos —pensó—, se necesitaría a un abogado muy astuto para ponerla en un apuro durante el contrainterrogatorio.»

Terminó la segunda taza de té, apartó el plato, dio de comer a los perros y encendió la pipa mientras Phoebe se llevaba la bandeja.

El viento soplaba en el glacial campo abierto y a través de los bosques desnudos, y azotaba con fuerza los marcos de las ventanas.

—La corriente triangular que se forma entre esas dos ventanas y la puerta no contribuye a otorgar comodidad a esta habitación —murmuró Robert—, y lo cierto es que hay situaciones que resultan mucho más agradables que estar hasta las rodillas de agua fría.

Atizó el fuego, acarició a los perros, se puso el sobretodo, arrastró un viejo y destartado sofá hasta la chimenea, se cubrió las piernas con la manta de viaje y, estirándose totalmente sobre el estrecho cojín de crin, fumó en pipa y contempló las espirales de color gris azulado que formaban volutas hacia el deslucido techo.

—No —murmuró nuevamente—, esta mujer sabe guardar un secreto. El abogado de la acusación no le sonsacaría casi nada.

Ya he dicho que la taberna propiamente dicha estaba separada de la habitación que ocupaba Robert por un tabique de listones y yeso. El joven abogado oía a los dos o tres comerciantes del pueblo y a un par de granjeros riendo y hablando en el bar, mientras Luke Marks les servía las copas que pedían.

A menudo oía claramente sus palabras, sobre todo las del tabernero, ya que hablaba con voz alta y ronca y era más fanfarrón que cualquiera de sus clientes.

—Este hombre es un botarate —dijo Robert, mientras dejaba la pipa—. Dentro de un rato iré a hablar con él.

Esperó hasta que los pocos visitantes de la Castle Inn se hubieran marchado uno

tras otro y, cuando Luke Marks hubo echado el pestillo de la puerta delantera, después de la marcha del último cliente, entró con sigilo en la taberna donde el dueño estaba sentado con su esposa.

Phoebe estaba trabajando en una pequeña mesa, sobre la que había un cuidado costurero, con todas las bovinas de algodón y las relucientes agujas de jareta en su sitio. Zurcía los gruesos calcetines grises que adornaban los torpes pies de su esposo, pero ejecutaba su labor con tanta delicadeza como si se tratara de las suaves medias de seda de milady.

He dicho que no recibía influencia alguna del mundo exterior y que el vago aspecto refinado de su carácter era igual de evidente en compañía de su zafio esposo en la Castle Inn, que en el encantador tocador de lady Audley.

Levantó la mirada de forma súbita cuando Robert entró en la taberna. Se advertía una sombra de desconcierto en sus pálidos ojos grises, que se transformó en una expresión de angustia, no, casi de terror, cuando dirigió la mirada primero al señor Audley y luego a Luke Marks.

—Vengo a charlar unos minutos antes de acostarme —dijo Robert, poniéndose cómodo ante el crepitante fuego—. ¿Le molesta el habano, señora Marks? Quiero decir, que me fume uno —añadió a modo de explicación.

—De ninguna manera, señor.

—Sólo faltaría que le importara un poco de humo —gruñó el señor Marks—, cuando yo y los clientes nos pasamos el día fumando.

Robert encendió el habano con un fósforo de papel dorado que había hecho Phoebe para adornar la chimenea y dio unas seis chupadas con aspecto reflexivo antes de hablar.

—Me gustaría que me hablase de Mount Stanning, señor Marks —dijo al cabo de unos momentos.

—No hay mucho que contar —repuso Luke, con una sonrisa discordante—. De todos los sitios aburridos a los que un hombre pueda ir, éste es probablemente el peor. No es que el negocio no vaya bien; de eso no me quejo, pero me hubiera gustado más una taberna en Chelmsford, Brentwood o Romford, o cualquier otro lugar en el que haya un poco más de vida callejera, y lo podía haber conseguido —añadió descontento—, si esa gente no hubiera sido tan tacaña.

Mientras su esposo expresaba sus quejas entre farfullos, Phoebe levantó la mirada de la costura y le habló.

—Hemos olvidado la puerta de la cervecería, Luke —dijo—. ¿Vienes conmigo y me ayudas a levantar la barra?

—La puerta de la cervecería puede esperar por esta noche —repuso el señor Marks—. Ahora que me he sentado para fumar tranquilamente no pienso levantarme.

Mientras hablaba, cogió una larga pipa de cerámica de una esquina del guardafuegos y empezó a llenarla con parsimonia.

—No me siento tranquila con la puerta de la cervecería abierta, Luke —se quejó

su esposa—, por aquí siempre hay vagabundos y pueden entrar fácilmente si la barra no está levantada.

—¡Pues entonces ve y levántala tú sola! —espetó el señor Marks.

—Pesa demasiado.

—Entonces que espere, si es que eres una dama tan fina como para levantarla. De repente te has puesto pesada con la puerta de la cervecería. Supongo que no quieres que abra la boca delante de este caballero, eso debe de ser. ¡Oh, no hace falta que frunzas el ceño para que deje de hablar! Siempre me interrumpes antes de que diga lo que quiero, pero no voy a permitirlo. ¿Me has oído? ¡No voy a permitirlo!

Phoebe Marks se encogió de hombros, dobló la costura, cerró el costurero y, cruzando las manos sobre la falda, permaneció sentada con sus ojos grises clavados en el rostro animal de su esposo.

—¿Entonces no le agrada en exceso vivir en Mount Stanning? —preguntó Robert cortésmente, como si deseara cambiar el tema de conversación.

—No, no me gusta —respondió Luke—, y me importa muy poco quién lo sepa; y, como he dicho antes, si esa gente no hubiera sido tan tacaña, podría tener una taberna en un pueblo próspero, en vez de en este poblacho en ruinas, donde en un día ventoso un hombre se puede quedar sin pelo. ¿Qué son cincuenta libras, o qué son cien libras...?

—¡Luke! ¡Luke!

—No, no vas a hacer que deje de hablar con tu «Luke, Luke» —respondió el señor Marks ante la interrupción de su esposa—. Lo repito, ¿qué son cien libras?

—No —intervino Robert Audley, hablando con voz alta y clara y dirigiéndose a Luke Marks pero clavando la mirada en el rostro angustiado de Phoebe Marks—. ¿Qué son cien libras para un hombre que cuenta con el poder que usted tiene o, mejor dicho, que su esposa posee, sobre la persona en cuestión?

El rostro de Phoebe, casi siempre pálido, parecía incapaz de tornarse todavía más lívido, pero cuando bajó los párpados ante la mirada inquisidora de Robert Audley, se produjo un cambio visible en el tono ya de por sí claro de su tez.

—Las doce menos cuarto —anunció Robert, consultando su reloj—. Un poco tarde para un pueblo tan tranquilo como Mount Stanning. Buenas noches, mi buen anfitrión. Buenas noches, señora Marks. No necesitaré el agua para afeitarme hasta las nueve de la mañana.

Capítulo XVIII

Robert recibe una visita inesperada

Tocaron las once de la mañana siguiente y el señor Robert Audley seguía holgazaneando frente a la bien provista aunque pequeña mesa del desayuno, con un perro a cada uno de los lados del sillón, observándolo atentamente y con la boca abierta, esperando el ansiado pedazo de jamón o tostada. Robert tenía un periódico del condado sobre las rodillas y de vez en cuando realizaba un ligero esfuerzo para leer la primera página, que estaba repleta de anuncios sobre agricultura, remedios de curanderos y otras cuestiones interesantes.

El tiempo había cambiado y la nieve, que durante los últimos días parecía haber estado avecinándose en el cielo helado, había caído en grandes copos ligeros contra las ventanas y se apilaba en el pequeño jardín exterior.

El largo y solitario camino que conducía a Audley parecía no haber sido transitado jamás mientras Robert observaba el paisaje invernal.

—¡Muy animado! —exclamó—, ¡para un hombre acostumbrado al bullicio de Temple Bar!

Mientras contemplaba cómo cada vez caían copos más gruesos y con mayor frecuencia sobre el camino solitario, se sorprendió al ver un cupé subiendo la colina.

—Me pregunto qué pobre desgraciado posee un carácter tan inquieto como para salir de casa una mañana como ésta —musitó mientras volvía a ocupar su sillón junto al fuego.

Llevaba unos minutos sentado cuando Phoebe Marks entró en la estancia para anunciar la llegada de lady Audley.

—¡Lady Audley! Por favor, hágala pasar —dijo Robert, y entonces, cuando Phoebe salió de la habitación para dar paso a la inesperada visita, murmuró entre dientes—: Un paso en falso, milady, un paso que nunca hubiera esperado de usted.

Lucy Audley estaba radiante aquella mañana fría y nevada de enero. La nariz de otras personas queda visiblemente afectada por la mano cortante del crudo rey del hielo, pero no así la de milady; los labios de otras personas se toman pálidos y azulados bajo el efecto de las inclemencias del tiempo, pero la boquita de alhelí que tenía milady conservaba todo su colorido y frescura.

Iba enfundada en las pieles que Robert Audley le había traído de Rusia y llevaba un manguito que al joven le pareció que era casi tan grande como ella.

Parecía una criatura infantil y desvalida, y Robert la observó con cierta compasión mientras se acercaba al hogar junto al que se encontraba él, para calentarse las pequeñas manos enguantadas.

—Menuda mañana, señor Audley —dijo—, menuda mañana.

—¡Sin duda! ¿Por qué ha salido con este tiempo, lady Audley?

—Porque precisamente deseaba verle a usted.

—¿A mí?

—Sí —respondió milady, con aspecto considerablemente avergonzado, mientras jugueteaba con el botón del guante, que casi estuvo a punto de arrancar en su impaciencia—, sí, señor Audley, tenía la sensación de que no le habíamos tratado bien; de que... en definitiva, tenía motivos de queja, y que le debía una disculpa.

—No deseo disculpa alguna, lady Audley.

—Pero tiene derecho a recibirla —respondió milady con voz queda—. ¿Por qué, mi querido Robert, debemos ser tan ceremoniosos el uno con el otro? Usted se sentía cómodo en Audley; estábamos contentos de tenerle entre nosotros; pero mi querido y bobo esposo consideró que era peligroso para la serenidad de su pobre mujercita que un sobrino de veintiocho o veintinueve años estuviera fumando sus habanos en el tocador y ¡hete aquí!, nuestro agradable círculo familiar ha quedado deshecho.

Lucy Audley habló con esa característica vivacidad infantil que tan natural resultaba en ella. Robert bajó la mirada casi entristecido ante su rostro deslumbrante y animado.

—Lady Audley —dijo—. ¡Dios no quiera que usted o yo llevemos el dolor o la deshonor al generoso corazón de mi tío! En tal caso, sería mejor que yo me marchara de la casa o quizás incluso que nunca hubiera entrado en ella.

Milady había estado contemplando el fuego mientras su sobrino hablaba, pero al oír las últimas palabras levantó la cabeza de forma súbita y le miró fijamente con expresión de asombro: era una mirada seria, inquisidora, cuyo significado el joven abogado entendió de inmediato.

—Oh, por favor, no se asuste, lady Audley —advirtió seriamente—. No debe temer ninguna estupidez sentimental por mi parte, ningún encaprichamiento infantil al estilo de Balzac o Dumas hijo^[41]. Los decanos de la abogacía le dirán que a Robert Audley no le afecta ninguna de las epidemias cuyos signos visibles son los cuellos vueltos y las corbatas al estilo de Byron. Digo que desearía no haber entrado nunca en la casa de mi tío durante el pasado año pero lo digo con un significado que va mucho más allá de lo puramente sentimental.

Milady se encogió de hombros.

—Si insiste en hablar de forma enigmática, señor Audley —dijo—, debe perdonarme si declino responder. —Robert permaneció callado—. Pero, dígame —continuó milady cambiando completamente de tono—, ¿qué le ha inducido a venir a este lugar tan sombrío?

—La curiosidad.

—¿La curiosidad?

—Sí; me interesa ese hombre de cuello corto y ancho, con el pelo rojizo oscuro y malvados ojos grises. Un hombre peligroso, milady, un hombre en cuyo poder no me agradaría estar.

La expresión de lady Audley experimentó un cambio brusco; el hermoso tono rosado desapareció de sus mejillas y éstas adoptaron una palidez cerúlea mientras unos destellos iracundos encendían sus ojos azules.

—¿Qué le he hecho, Robert Audley? —preguntó con vehemencia—. ¿Qué le he hecho para que me odie tanto?

—Tenía un amigo, lady Audley —respondió él con suma gravedad—, a quien estimaba sobremanera, y desde que lo perdí me temo que mis sentimientos hacia otras personas han adoptado una extraña amargura.

—¿Se refiere al... señor Talboys, quien se fue a Australia?

—Sí, me refiero al señor Talboys, sobre quien me dijeron que había ido a Liverpool con la intención de zarpar hacia Australia.

—¿Y usted no cree que se haya marchado a Australia?

—No.

—Pero ¿por qué no?

—Discúlpeme, lady Audley, si declino responder a esa pregunta.

—Como guste —dijo con despreocupación.

—Una semana después de que mi amigo desapareciera —continuó Robert—, publiqué un anuncio en los periódicos de Sydney y Melbourne para que se pusiera en contacto conmigo si estaba en alguna de las ciudades en las que apareció el anuncio, escribiéndome y contándome dónde estaba, y también pidiendo que cualquier persona que lo hubiera conocido, ya fuera en las colonias o en el viaje de vuelta, me proporcionara información sobre él. George Talboys salió de Essex, o desapareció de Essex, el 6 de septiembre^[42] pasado. Debería recibir alguna respuesta al anuncio a finales de este mes. Hoy es 27, falta muy poco tiempo.

—¿Y si no recibe respuesta alguna? —preguntó lady Audley.

—Si no recibo respuesta alguna, pensaré que mis temores no eran infundados y tomaré una determinación.

—¿A qué se refiere?

—Ah, lady Audley, me recuerda lo impotente que soy en este asunto. Mi amigo podría haber sido asesinado en esta misma posada, apuñalado hasta morir junto a esta chimenea que ahora estoy mirando, y yo podría permanecer aquí todo un año y acabar marchándome ajeno a la suerte que corrió como si nunca hubiera traspasado este umbral. ¿Qué sabemos de los misterios que quizás esconden las casas en las que entramos? Si mañana decidiera ir a esa casa tan corriente, plebeya, de ocho habitaciones en la que Maria Manning y su esposo mataron a su huésped^[43], no tendría noción alguna del horror allí vivido. Bajo techos de lo más hospitalario se han llevado a cabo actos infames, se han cometido crímenes terribles en los lugares más agradables y no han dejado rastro alguno en esos escenarios. No creo en la mandrágora^[44] ni en las manchas de sangre que el tiempo no puede borrar. Más bien creo que podemos entrar inconscientemente en un entorno criminal y, no obstante, respirar con tranquilidad. Estoy convencido de que podemos observar el rostro

sonriente de un asesino y admirar su belleza serena.

Milady rió ante el fervor de Robert.

—Parece usted tener una predilección especial por hablar de estos temas tan horribles —declaró con cierto desdén—, debería haber sido inspector de policía.

—A veces pienso que podría haber sido un buen inspector.

—¿Por qué?

—Porque soy paciente.

—Pero volviendo al señor George Talboys, a quien hemos perdido de vista en su elocuente explicación. ¿Qué hará si sus anuncios no reciben respuesta?

—Entonces consideraré que tengo razones para concluir que mi amigo está muerto...

—Sí, ¿y luego...?

—Examinaré los efectos que dejó en mis aposentos.

—¡Vaya! ¿Y de qué se trata? Abrigos, chalecos, botas pulimentadas y pipas de espuma de mar, supongo —dijo lady Audley, sonriendo.

—No, cartas... cartas de sus amigos, de sus antiguos compañeros de estudios, de su padre, de sus compañeros de armas.

—¿Ah, sí?

—Cartas, también, de su esposa.

Milady permaneció en silencio unos momentos, contemplando el fuego pensativa.

—¿Ha visto alguna vez alguna carta escrita por la difunta señora Talboys? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Nunca. ¡Pobre muchacha! Es poco probable que sus cartas arrojen luz sobre la suerte de mi amigo. Me atrevería a decir que escribía con los característicos garabatos femeninos. Hay pocas mujeres que escriban de forma tan deliciosa y singular como usted, lady Audley.

—Ah, entonces conoce mi letra.

—Sí, por supuesto, la conozco muy bien.

Milady se calentó las manos de nuevo y, acto seguido, cogiendo el gran manguito que había dejado sobre una silla, se preparó para marcharse.

—Se ha negado a aceptar mis disculpas, señor Audley —aseveró—, pero confío en que por ello no esté menos seguro de cuáles son mis sentimientos hacia usted.

—Perfectamente seguro, lady Audley.

—Entonces adiós, y permítame recomendarle que no permanezca demasiado tiempo en este lugar tan mísero y ventoso si no desea volver a Fig-tree Court aquejado de reumatismo.

—Regresaré a la ciudad mañana por la mañana para ocuparme del correo.

—En ese caso, adiós una vez más.

Ella le tendió la mano y él se la estrechó sin apretar. Le parecía una mano tan frágil que podría haberla roto asiéndola con más fuerza, caso de haber decidido ser tan despiadado.

La acompañó hasta el coche de caballos y lo observó mientras se alejaba, no hacia Audley, sino en dirección a Brentwood, que se encontraba a unos diez kilómetros de Mount Stanning.

Aproximadamente una hora y media después, cuando Robert se encontraba en la puerta de la posada, fumando un habano y observando la caída de la nieve en los campos blanqueados de enfrente, vio que el cupé regresaba, vacío esta vez, a la puerta de la posada.

—¿Ha llevado a lady Audley de vuelta a Audley Court? —preguntó al cochero, quien se había detenido a tomar una jarra de cerveza.

—No, señor; vengo de la estación de Brentwood. Milady se ha ido a Londres en el tren de las 12.40.

—¿A la ciudad?

—Sí, señor.

—¡Milady se ha ido a Londres! —exclamó Robert, mientras volvía a la pequeña sala de estar—. Entonces la seguiré en el siguiente tren, y si no me equivoco, sé dónde encontrarla.

Preparó su baúl de viaje, pagó la factura, que Phoebe Marks marcó con el sello de «pagado», sujetó a los perros juntos con un par de collares de cuero y una cadena, y subió al traqueteante coche de alquiler que se guardaba en la Castle Inn para los habitantes de Mount Stanning. Tomó un expreso que salía de Brentwood a las tres en punto y se instaló cómodamente en una esquina de un coche de primera clase que iba vacío, envuelto en un par de gruesas mantas de viaje y fumando un habano a modo de ligero desafío a las autoridades.

—La compañía puede establecer las normas que desee —musitó—, pero yo me tomaré la libertad de disfrutar de mi puro mientras tenga media corona que dar al revisor.

Capítulo XIX

El error del herrero

Pasaban exactamente cinco minutos de las cuatro cuando el señor Robert Audley puso el pie en el andén de Shoreditch y esperó pacientemente hasta que el maletero de la estación, que le había llamado un coche de caballos y se había encargado de sus pertenencias, le entregara sus perros y el baúl de viaje con esa cortesía desinteresada que dice tanto a favor de una clase de sirvientes que tienen prohibido aceptar el tributo de un público agradecido. Robert Audley esperó con consumada paciencia durante un tiempo considerable, pero como normalmente el expreso estaba formado por numerosos vagones, y como había muchos pasajeros de Norfolk que llevaban escopetas, perros de muestra y otros artilugios de difícil descripción, los pasajeros tardaron un tiempo considerable en recuperar sus pertenencias, e incluso la indiferencia seráfica del abogado ante los asuntos mundanos estuvo a punto de flaquear.

—Quizá cuando ese caballero que está armando tanto alboroto por un pointer de manchas parduscas, haya encontrado el perro con las manchas correspondientes, feliz combinación de eventos que parece de difícil consecución, me darán mi equipaje y me dejarán marchar. Estos manipuladores sabían a primera vista que yo nací para que abusaran de mi amabilidad; y que de acabar pisoteado en este mismo andén, nunca tendría el ánimo suficiente para interponer una demanda contra la compañía.

De repente pareció ocurrírsele una idea y dejó que el maletero se ocupara de custodiar sus pertenencias para dirigirse al otro lado de la estación.

Había oído el tañido de una campana y, al mirar el reloj, recordó que el tren con destino a Colchester partía a esa hora. Desde la desaparición de George Talboys había aprendido lo que era tener determinación, y llegó al andén de enfrente a tiempo de ver a los pasajeros ocupando sus asientos.

Había una dama que, evidentemente, acababa de llegar a la estación ya que había aparecido en el andén en el preciso instante en el que Robert se acercó al tren, y estuvo a punto de chocar contra él debido a las prisas y la agitación.

—Le ruego me disculpe... —empezó a decir ceremoniosamente. Acto seguido, al levantar la mirada del chaleco del señor Audley, que estaba casi a la altura de su hermoso rostro, exclamó—: ¡Robert! ¿Ya está en Londres?

—Sí, lady Audley; estaba usted en lo cierto, la Castle Inn es un lugar fúnebre y...

—Se ha cansado de ese sitio, ya me lo imaginaba. Tenga la amabilidad de abrirme la puerta del vagón: el tren parte dentro de dos minutos.

Robert Audley observaba a la esposa de su tío con expresión de asombro.

«¿Qué significa esto? —pensó—. Parece una persona totalmente distinta a la

mujer desdichada e indefensa que se quitó la máscara un momento y me miró con ojos lastimeros en la pequeña estancia de Mount Stanning hace cuatro horas. ¿Cuál ha sido el motivo de este cambio?»

Le abrió la puerta mientras le asaltaban estos pensamientos y la ayudó a tomar asiento; le extendió las pieles sobre las rodillas y le arregló el gran manto de terciopelo bajo el que su pequeño cuerpo esbelto quedaba casi oculto.

—Muchas gracias; qué amable es usted conmigo —dijo mientras le dedicaba tales atenciones—. Me considerará una insensata por viajar en un día como hoy, además sin que mi amado esposo lo sepa; pero he ido a la ciudad a pagar una cuantiosa factura del sombrerero, que no desearía que viera el mejor de los esposos porque, por muchos caprichos que me consienta, me consideraría una derrochadora y me aterra la idea de que sufra lo más mínimo.

—Dios no lo consienta jamás, lady Audley —afirmó Robert con seriedad.

Ella le miró durante unos momentos con una sonrisa en los labios que tenía algo de desafiante.

—Que Dios no lo quiera —murmuró ella—. No creo que lo haga nunca.

Sonó la segunda campana y el tren empezó a moverse mientras ella hablaba. Lo último que Robert Audley vio de ella fue esa espléndida sonrisa desafiante.

«Fuera cual fuera el objeto de su visita a Londres, lo ha resuelto con éxito —pensó—. ¿Me habrá desconcertado con alguna artimaña femenina? ¿Voy a conseguir alguna vez acercarme a la verdad, o voy a pasar toda la vida atormentado por dudas y sospechas espantosas, que irán creciendo en mi interior hasta convertirme en un monomaniaco^[45]? ¿Por qué habrá ido a Londres?»

Seguía planteándose mentalmente esta pregunta mientras subía las escaleras de Fig-tree Court, con un perro bajo cada brazo y la manta de viaje sobre el hombro.

Encontró sus aposentos ordenados como siempre. Los geranios estaban bien cuidados, y los canarios se habían refugiado para pasar la noche bajo un cuadrado de paño verde, lo cual daba muestras de la eficiencia de la señora Maloney. Robert echó un vistazo rápido a la sala de estar, luego dejó a los perros sobre la alfombra cercana a la chimenea y entró directamente en la pequeña habitación que le servía de vestidor.

Esta era la estancia en la que guardaba los baúles de viaje en desuso, las cajas esmaltadas estropeadas y otros cachivaches; y ésta era también la habitación en la que George Talboys había dejado su equipaje. Robert levantó un baúl situado encima de otro más grande y, arrodillándose ante él con una vela encendida en la mano, examinó cuidadosamente la cerradura.

A primera vista parecía estar exactamente como George lo había dejado cuando se despojó de la ropa de luto y la guardó en este viejo baúl, junto con el resto de los recuerdos de su difunta esposa. Robert pasó la manga de la chaqueta por la gastada tapa de piel, que llevaba inscritas las iniciales G. T. con grandes clavos con cabeza de latón; pero la señora Maloney, la casera, debía de estar en todo porque ninguno de los dos baúles tenía una sola mota de polvo.

El señor Audley envió a un muchacho a buscar a su casera irlandesa, y recorrió una y otra vez la sala de estar esperando ansioso su llegada.

Apareció al cabo de unos diez minutos y, tras expresar su alegría por el retomo del «señor», esperó sus órdenes con humildad.

—La he mandado llamar para preguntarle si ha venido alguien; es decir, si alguien le ha pedido hoy las llaves de mis aposentos, ¿alguna dama?

—¿Dama? No, señor; ninguna señora ha venido a pedir la llave; supongo que debe de referirse al herrero.

—¿Al herrero?

—Sí, el señor ordenó al herrero que viniera hoy.

—¿Yo... al herrero? —exclamó Robert. «Dejé una botella de coñac francés en el aparador —pensó—, y es evidente que la señora M. ha estado disfrutando del mismo.»

—Sí, y el herrero, señor, ha venido a comprobar las cerraduras^[46] —repuso la señora Maloney—. Es el que vive en una de las callejillas junto al puente —añadió, dándole una descripción clara del paradero del hombre.

Robert enarcó las cejas para expresar su desesperación.

—Si se sienta y se serena, señora M. —dijo. Abreviaba su nombre así por principio, para evitarse esfuerzos innecesarios—, tal vez nos entendamos mejor. ¿Dice que un herrero ha estado aquí?

—Segurísimo, señor.

—¿Hoy?

—Eso mismo, señor.

Paso por paso, el señor Audley obtuvo la información siguiente: un cerrajero había llamado a la señora Maloney esa tarde a las tres y le había pedido la llave de los aposentos del señor Audley con el fin de comprobar la cerradura de las puertas que, según él, estaban todas estropeadas. Dijo que actuaba en nombre del señor Audley, quien le había ordenado que lo hiciera mediante una carta enviada desde el campo, donde el caballero estaba pasando las Navidades. La señora Maloney, convencida de la veracidad de tal afirmación, había dejado entrar al hombre a sus aposentos, donde había permanecido una media hora.

—Pero supongo que usted ha estado con él mientras examinaba las cerraduras, ¿no? —preguntó el señor Audley.

—Por supuesto, señor, podría decirse que he estado entrando y saliendo todo el rato, porque esta tarde he limpiado la escalera y he aprovechado la oportunidad para empezar a fregar mientras el hombre trabajaba.

—Oh, ha estado entrando y saliendo todo el rato. Si pudiera darme una respuesta más concreta, señora M., desearía saber cuál ha sido el máximo período de tiempo que ha permanecido fuera mientras el cerrajero se encontraba en mis dependencias.

Pero la señora Maloney fue incapaz de dar una respuesta concreta. Tal vez fueran diez minutos, aunque creía que no había sido tanto. Quizás había sido un cuarto de

hora, pero estaba segura de que no había sido más. A ella no le parecieron más de cinco minutos; pero «las escaleras, ya sabe...», y entonces empezó a divagar sobre la limpieza de las escaleras en general, y de la escalera del edificio de Robert en concreto.

El señor Audley exhaló un suspiro de resignación y congoja.

—No importa, señora M. —dijo—, yo diría que el cerrajero ha tenido tiempo suficiente para hacer lo que le placiera sin que usted se diera cuenta.

La señora Maloney observó a su patrón con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Seguro que no había nada que robar, señor, excepto los pájaros y los geranios, y...

—No, no, ya entiendo. Está bien, señora M. Dígame dónde vive ese hombre e iré a visitarle.

—¿Pero tomará algo de cena antes, señor?

—Iré a ver al cerrajero antes de cenar. —Cogió el sombrero mientras anunciaba su decisión y se dirigió a la puerta—. ¿La dirección del caballero, señora M.?

La irlandesa le indicó que vivía en una pequeña calle situada en la parte posterior de St. Bride's Church, y allí se dirigió tranquilamente el señor Robert Audley bajo la nieve fangosa que a veces cae sobre Londres.

Encontró al cerrajero y, so pena de perder la copa del sombrero, se las ingenió para cruzar el bajo y estrecho umbral de la pequeña tienda abierta. En la ventana sin cristales había una lámpara de gas encendida y un grupo muy animado de personas en la trastienda, aunque nadie respondió a su saludo. La razón de ello era evidente. El grupo estaba tan absorto en la celebración, que permanecía al margen de cualquier llamamiento común procedente del mundo exterior; y sólo cuando Robert, internándose más en la cavernosa tienda, tuvo la osadía de abrir la puerta de vidrio que lo separaba del bullicioso grupo, consiguió llamar su atención.

Al abrir dicha puerta al señor Robert Audley se le presentó una imagen digna de la escuela de Teniers^[47].

El cerrajero, con su esposa y familia, y dos o tres invitadas, estaban agrupados alrededor de una mesa, adornada con dos botellas: no eran botellas vulgares de ese extracto incoloro de enebro, tan apreciados por las masas, sino de auténtico oporto y jerez, un jerez sumamente fuerte que dejaba un sabor intenso en el paladar; jerez de color castaño caoba, de un marrón bastante antinatural, en todo caso, y un buen oporto añejo; no de una cosecha empalagosa, descolorido y de poco cuerpo debido al exceso de maduración; sino un vino generoso y con cuerpo, dulce y con sustancia, y de un color intenso.

El cerrajero estaba hablando cuando Robert Audley abrió la puerta.

—Y después de esto —dijo—, la señora se marchó con la misma elegancia con la que había llegado.

El grupo se quedó un tanto confundido ante la aparición del señor Audley, pero

era evidente que el cerrajero parecía estar más nervioso que sus compañeros de mesa. Dejó la copa con tal brusquedad que derramó el vino y se secó la boca con el dorso de la mano sucia.

—Usted ha estado hoy en mis aposentos —declaró Robert con voz queda—. Disculpen las molestias, señoras —dijo dirigiéndose a las invitadas—. Ha estado en mis aposentos, señor White y...

El hombre le interrumpió.

—Espero, señor, que tenga la bondad de perdonar mi error —tartamudeó—. Lamento profundamente, señor, que haya ocurrido una cosa así. Me mandó llamar otro caballero, el señor Aulwin, de Garden Court, pero el nombre se me olvidó y, como había hecho otros trabajillos para usted anteriormente, pensé que era usted quien requería mis servicios; y por eso le pedí la llave a la señora Maloney; pero en cuanto vi las cerraduras de sus aposentos, me dije: «las cerraduras del señor no están estropeadas; él no es quien quería que se las arreglara».

—Pero permaneció en mi casa media hora.

—Sí, señor, porque había una cerradura estropeada, la de la puerta más próxima a la escalera... La extraje, la limpié y la volví a colocar. No le cobraré nada por el servicio, y espero que tenga la bondad de perdonar mi error, porque en julio de este año hará trece años que regento este negocio y...

—Supongo que nada de todo esto había ocurrido con anterioridad —manifestó Robert con gravedad—. No, lo cierto es que algo poco habitual, no es común que se produzca cada día. Veo que esta noche se lo están pasando bien, señor White. Apuesto a que hoy ha tenido buena suerte en el trabajo, habrá tenido un golpe de suerte y están lo que se dice «celebrándolo», ¿no?

Robert Audley clavó su mirada en el rostro sucio del hombre al hablar. El cerrajero no era una persona fea y no había nada en su rostro de lo que pudiera avergonzarse, a excepción de la suciedad y eso, como dijo la madre de Hamlet, «es lo común»^[48]; pero a pesar de todo ello, el señor White bajó los párpados ante la mirada escrutadora y prolongada del joven abogado y farfulló una serie de palabras inconexas a modo de disculpa sobre su «señora», y las vecinas de su señora, y el oporto y el jerez, con tal nivel de confusión como si él, un trabajador honesto en un país libre, tuviera que excusarse ante el señor Robert Audley por estar divirtiéndose en su propia casa.

Robert le hizo callar con un despreocupado asentimiento de cabeza.

—Por favor, le ruego que no se disculpe —afirmó—. Me gusta ver a la gente divirtiéndose. Buenas noches, señor White, buenas noches, señoras.

Levantó el sombrero para la «señora» y las vecinas de la señora, que quedaron fascinadas por su físico y sus modales exquisitos, y se marchó de la tienda.

—Entonces —murmuró para sí mientras regresaba a sus aposentos—, «y después de esto, la señora se marchó con la misma elegancia con la que había llegado». ¿Quién se marchó? ¿Y qué historia estaba contando el cerrajero cuando le interrumpí

en esa frase? Oh, George Talboys, George Talboys, ¿voy a acercarme alguna vez al secreto de tu desaparición? ¿Me estoy acercando ahora, lento pero con paso seguro? ¿Se estrechará el cerco día tras día, hasta que dibuje un círculo negro alrededor de la casa de mis seres queridos? ¿Cómo terminará todo esto?

Exhaló un suspiro de cansancio mientras recorría a paso lento los patios interiores pavimentados de Temple en dirección a sus aposentos.

La señora Maloney le había preparado esa cena de soltero que, por muy succulenta y nutritiva que fuera, carece del encanto de la novedad. Le había cocinado una chuleta de cordero que estaba esperándole, cubierta con un plato, en la pequeña mesa cercana a la chimenea.

Robert Audley suspiró al sentarse para tomar la ya habitual cena, recordando al cocinero de su tío con cariño y añoranza.

—Sus chuletas *a la Maintenon*^[49] hacían que el cordero pareciera mucho más que cordero, una carne sublime que costaba creer que hubiera salido de un cordero terrenal —murmuró con nostalgia—, y es probable que las chuletas de la señora Maloney estén duras; pero la vida es así... ¿Qué más da? —Apartó el plato con impaciencia después de tomar unos pocos bocados—. No he cenado bien en esta mesa desde que perdí a George Talboys —afirmó—. Este lugar parece tan lúgubre como si el pobre hombre hubiera muerto en la habitación contigua y yo nunca me hubiera encargado de que le enterraran. ¡Qué lejana me parece aquella tarde de septiembre cuando vuelvo la vista atrás, aquella tarde de septiembre en la que le vi sano y salvo; y lo perdí de forma tan brusca e inexplicable como si se hubiera abierto una trampilla en el suelo para deslizarle hasta las mismas antípodas!

VOLUMEN II

Capítulo I

La inscripción del libro

El señor Audley se levantó de la mesa y se acercó al armario en el que guardaba el documento que había redactado con relación a George Talboys. Abrió con llave la puerta del armario, extrajo el papel del casillero marcado como «Importante» y se sentó en el escritorio a escribir. Añadió varios párrafos al documento, numerándolos cuidadosamente como había hecho con los anteriores.

—Que Dios nos ayude —musitó en una ocasión—, ¿será este papel, que ningún otro abogado ha visto, mi primer caso?

Pasó una media hora escribiendo; después volvió a dejar el documento en el casillero y cerró el armario con llave. A continuación, cogió una vela y entró en la habitación donde se encontraba su baúl de viaje y el que pertenecía a George Talboys.

Extrajo un manojo de llaves del bolsillo y las probó una por una. La cerradura del viejo y gastado baúl era de las normales y tras el quinto intento, la llave giró con facilidad.

—A nadie le haría falta abrir esta cerradura a la fuerza —murmuró Robert mientras levantaba la tapa del baúl.

Lo fue vaciando lentamente, extrayendo los artículos uno por uno y disponiéndolos con cuidado sobre una silla que tenía junto a él. Manejó todos los objetos con una ternura respetuosa, como si estuviera levantando el cadáver de su amigo desaparecido. Dejó las prendas de luto cuidadosamente dobladas una a una sobre la silla. Encontró viejas pipas de espuma de mar, y guantes manchados y arrugados que habían sido comprados en París, viejas entradas de teatro, cuyas grandes letras formaban los nombres de actores muertos tiempo atrás; viejos frascos de perfume, que todavía despedían la fragancia de su esencia, ya pasada de moda; pequeños paquetes de cartas bien apiladas, etiquetados cada uno de ellos con el nombre del remitente; recortes de periódicos viejos; y un pequeño montón de libros gastados y medio desencuadernados, cada uno de los cuales quedaría reducido a páginas sueltas en la mano imprudente de Robert como si de una baraja se tratara. Pero entre todas aquellas inutilidades, que en su día habían tenido un uso concreto, Robert Audley buscó en vano lo que deseaba encontrar: el paquete de cartas escritas al desaparecido por su difunta esposa, Helen Talboys. Había oído a George referirse a la existencia de esas cartas. Incluso le había visto ordenando los papeles descoloridos con mano reverente, y le había visto guardarlas, cuidadosamente anudadas con un lazo también descolorido que había pertenecido a Helen, entre las prendas de luto del baúl. Si luego las había sacado o si alguna otra mano las había extraído de allí desde su desaparición, no era fácil de saber, pero lo cierto es que ya no estaban.

Robert Audley exhaló un suspiro cansino mientras volvía a depositar los objetos en la caja vacía, uno por uno, con el mismo orden con el que los había extraído. Se detuvo con la pequeña pila de libros maltrechos en la mano y vaciló unos momentos.

—Me voy a quedar con ellos —murmuró—, quizás encuentre algo que pueda ayudarme.

La biblioteca de George no era precisamente una colección brillante de literatura. Había un viejo Testamento griego y la gramática latina de Eton, un panfleto francés sobre el uso de la espada, un ejemplar curioso de *Tom Jones*, con una de las tapas de cuero rígido colgando de un hilo; el *Don Juan* de Byron, impreso con un tipo de letra insufrible, que debió de ser inventado para beneficio de oculistas y ópticos; y un libro grueso con una tapa de color dorado descolorido y carmesí.

Robert Audley cerró el baúl y se llevó los libros bajo el brazo. La señora Maloney estaba recogiendo los restos de su comida cuando volvió al salón. Dejó los libros en la mesita situada junto a la chimenea, y esperó pacientemente a que la casera acabara su trabajo. Ni siquiera tenía humor para buscar consuelo en la pipa de espuma de mar, y las novelas de páginas amarillentas de las estanterías situadas encima de su cabeza le parecían viejas e inútiles, por lo que abrió un volumen de Balzac; pero los rizos dorados de la esposa de su tío se le aparecían danzando y temblando envueltos en una relumbrante neblina, semejantes a las diabluras metafísicas de *La piel de zapa*, y los espantosos horrores sociales de *La prima Bette*^[50]. El libro se le cayó de las manos y se sentó con gesto cansado, observando a la señora Maloney mientras recogía las cenizas de la chimenea, ponía leña al fuego, corría las cortinas de damasco oscuras y satisfacía las sencillas necesidades de los canarios. Se puso el sombrero en el despacho que el abogado no utilizaba antes de dar las buenas noches a su patrón. Cuando la puerta se cerró tras la irlandesa, Robert se levantó impaciente de la silla y recorrió la estancia de un lado para otro.

—¿Por qué sigo con esto —dijo— cuando sé que me lleva, paso a paso, día tras día, hora tras hora, más cerca de la conclusión que, de entre todas las posibles, es la que debería evitar? ¿Estoy atado a una rueda y debo seguir todos sus movimientos y dejar que me lleve donde quiera? ¿O acaso puedo quedarme aquí sentado y decir que he cumplido mi cometido con respecto a mi amigo desaparecido; que le he buscado pacientemente pero que mis esfuerzos han sido en vano? ¿Me serviría eso de justificación? ¿Es justificable que deje la cadena que he ido formando, eslabón a eslabón, o debo seguir añadiendo nuevos eslabones a esa fatídica cadena hasta que el último roblón esté en su sitio y se complete el círculo? Estoy absolutamente convencido de que nunca volveré a ver el rostro de mi amigo y de que ningún esfuerzo por mi parte le servirá de nada. Para ser sincero, incluso cruel, diré que creo que está muerto. ¿Estoy destinado a descubrir cómo y dónde murió? ¿O estando como creo que estoy camino de descubrirlo, sería una injusticia para la memoria de George Talboys volverme atrás o detenerme? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

Apoyó los codos en las rodillas y enterró el rostro entre sus manos. La única

determinación que había ido tomando cuerpo en su naturaleza despreocupada hasta resultar lo suficientemente poderosa como para cambiar esa misma naturaleza, le convirtió en lo que nunca antes había sido, un cristiano, consciente de sus flaquezas, ansioso por cumplir con sus obligaciones de forma estricta, temeroso de desviarse del cumplimiento concienzudo de la extraña misión que se le había encomendado y dependiente de una mano más poderosa que la suya que le señalaba el camino a seguir. Tal vez pronunció su primera oración con fervor aquella noche, sentado a solas junto a la chimenea, pensando en George Talboys. Cuando alzó la cabeza de aquella prolongada y silenciosa ensoñación, sus ojos despedían un brillo de determinación y todas sus facciones parecieron adoptar una expresión renovada.

—Lo primero es hacer justicia a los muertos —afirmó—, luego ya se hará clemencia a los vivos.

Acercó el sillón con ruedas a la mesa, cambió la orientación de la lámpara y se dispuso a examinar los libros.

Los cogió uno a uno y los examinó cuidadosamente, mirando primero la página en la que se suele escribir el nombre del dueño, y buscando luego algún trozo de papel que pudiera haber entre las hojas. En la primera página de la gramática latina de Eton figuraba el nombre de señorito Talboys escrito con letra contenida y académica; el panfleto francés tenía un descuidado G. T. garabateado en lápiz en la portada, con la letra grande y desgarrada de George. El ejemplar de *Tom Jones* había sido adquirido en un puesto de libros y llevaba una dedicatoria, con fecha del 14 de marzo de 1788, en la que decía que la obra era un respetuoso homenaje al señor Thomas Scrowton, de su seguro servidor, James Anderley. El *Don Juan* y el Testamento no contenían dedicatoria alguna. Robert Audley respiró con mayor libertad: había llegado al penúltimo libro sin encontrar nada de interés y sólo le quedaba por examinar el grueso volumen encuadernado de color dorado y carmesí.

Se trataba de un anuario de 1845: Los grabados con plancha de cobre de encantadoras damas que habían existido en aquel tiempo estaban amarillentos y cubiertos de moho; los trajes parecían grotescos y estafalarios, las sonrientes beldades marchitas y vulgares. Incluso los pequeños grupos de poemas (en los que la débil vela del poeta había arrojado su enfermiza luz sobre los oscuros significados del artista) poseían un regusto anticuado, al igual que la música de una lira cuyas cuerdas se hubieran aflojado por el paso del tiempo. Robert Audley no se detuvo a leer esas creaciones mediocres. Pasó rápidamente las páginas buscando alguna anotación o alguna carta que sirviera de punto de libro. No encontró más que un rizo de cabello rubio, de esa tonalidad que sólo se ve en la cabeza de un niño, un mechón de oro que se ondulaba con la misma naturalidad que el zarcillo de una vid; y presentaba una textura muy distinta, e incluso poseía un tono diferente, al suave y sedoso mechón que la casera de Ventnor había entregado a George Talboys tras la muerte de su esposa. Robert Audley interrumpió el examen del libro y colocó el mechón rubio en una hoja de papel de carta, que selló con su anillo de sello y dejó a un lado, junto con

el memorándum sobre George Talboys y la carta de Alicia, en el casillero marcado como «Importante». Estaba a punto de dejar el grueso anuario con los otros libros cuando se percató de que las dos páginas en blanco del comienzo estaban pegadas. Estaba tan decidido a llevar la búsqueda a sus últimas consecuencias que se tomó la molestia de separar las páginas con el extremo afilado del abrecartas; y su perseverancia se vio recompensada cuando encontró una inscripción en una de ellas. Estaba dividida en tres partes y escrita por tres personas distintas. El primer párrafo databa de una época tan lejana como la del año de publicación del anuario y especificaba que el libro era propiedad de una tal señorita Elizabeth Ann Bince, quien había conseguido el preciado volumen como recompensa a sus costumbres ordenadas y a su obediencia a las autoridades del seminario de Camford-house, en Torquay. El segundo párrafo databa de cinco años atrás y lo había escrito la misma señorita Bince, quien regalaba el libro como muestra de afecto imperecedero y estima eterna (era evidente que la señorita Bince poseía un temperamento romántico) a su querida amiga Helen Maldon. El tercer párrafo llevaba por fecha septiembre de 1853 y lo había escrito Helen Maldon, quien entregaba el anuario a George Talboys; y fue al ver este tercer párrafo cuando el rostro de Robert Audley adoptó un tono de una palidez enfermiza.

—Me lo imaginaba —declaró el joven, al tiempo que cerraba el libro exhalando un suspiro de cansancio—. Sabe Dios que estaba preparado para lo peor y que lo peor ha llegado. Ahora lo entiendo todo. Mi próxima visita será a Southampton. Debo dejar al niño en mejores manos.

Capítulo II

La señora Plowson

Entre el paquete de cartas que Robert Audley había encontrado en el baúl de George había uno marcado con el nombre del desaparecido padre del hombre, el padre que nunca había sido una persona demasiado indulgente para con su único hijo, y que gustosamente se había aprovechado de la excusa de la imprudente boda de George para abandonar al joven a su suerte. Robert Audley no había visto nunca al señor Harcourt Talboys pero las referencias casuales de George sobre su padre le habían dado cierta noción sobre el carácter del caballero. Había escrito al señor Talboys inmediatamente después de la desaparición de George, redactando la carta con cuidado de forma que insinuara vagamente el temor del remitente de que hubiera alguna vileza en el misterioso asunto y, tras un intervalo de varias semanas, había recibido una carta muy ceremoniosa en la que el señor Harcourt Talboys manifestaba con claridad que había quedado eximido de toda responsabilidad con respecto a su hijo desde el día de la boda de éste, y que su absurda desaparición estaba acorde con su ridículo matrimonio. El remitente de esta carta tan paternal añadía en la posdata que si el señor George Talboys albergaba el mezquino propósito de alarmar a sus amigos con esta desaparición fingida para así jugar con sus sentimientos con vistas a obtener beneficios pecuniarios, se sentía decepcionado en grado sumo en nombre de aquellas personas con las que tenía que tratar.

Robert Audley respondió a esa carta con unas líneas en tono indignado, informando al señor Talboys que era muy poco probable que su hijo se escondiera para aprovecharse de los bolsillos de sus amigos ya que había dejado veinte mil libras en el banco en el momento de su desaparición. Tras enviar la carta, Robert había descartado toda posibilidad de ayuda por parte del hombre que, en circunstancias normales, debería haber mostrado más interés por la suerte de George; pero ahora que se acercaba día a día al oscuro desenlace que se extendía ante él, dedicó sus pensamientos al despiadado e indiferente señor Harcourt Talboys.

—Me dirigiré de inmediato a Dorsetshire en cuanto parta de Southampton —dijo— y veré a este hombre. Si se contenta con dejar que la suerte que ha corrido su hijo sea un misterio oscuro y cruel para todos aquellos que le conocieron, si se contenta con ser enterrado en la tumba con la incertidumbre de no saber qué fue del pobre muchacho, ¿por qué voy yo a intentar desentrañar el misterio, hacer que encajen todas las piezas del terrible rompecabezas, y reunir los fragmentos dispersos que, una vez juntos, puedan convertirse en una espantosa unidad? Acudiré a él y le haré partícipe de mis dudas más oscuras. Él será quien decida mis pasos.

Robert Audley se dirigió a Southampton en el primer expreso de la mañana. Una

gruesa capa de nieve blanqueaba la campiña por la que pasaba el tren, el joven abogado se había envuelto con tantas bufandas y mantas de viaje que parecía una masa ambulante de prendas de lana en vez de un miembro en activo de una profesión de prestigio. Miró con expresión sombría por la ventana empañada, opaca por su propio aliento y el de un anciano oficial indio, su único acompañante, y observó el paisaje fugaz, que presentaba cierta apariencia fantasmagórica bajo el manto de nieve. Se envolvió en los múltiples pliegues de la manta de viaje con un escalofrío y se sintió tentado de luchar contra el destino que le obligaba a viajar tan temprano en un tren en un día de invierno tan inclemente.

—¿Quién hubiera pensado que llegaría a sentir un afecto tan profundo por él? —musitó—, ¿o que me sentiría tan solo sin él? Tengo una pequeña fortuna acumulada; soy el presunto heredero del título de mi tío, y conozco a cierta muchacha que, según creo, haría todo lo posible por hacerme feliz; pero reconozco que lo dejaría todo y me quedaría sin un penique mañana mismo si este misterio se aclarara de forma satisfactoria y George Talboys pudiera estar a mi lado.

Llegó a Southampton entre las once y las doce y cruzó el andén, mientras la nieve le caía sobre el rostro, en dirección al embarcadero y al extremo más bajo de la localidad. El reloj de la iglesia de St. Michael tocó las doce cuando atravesaba la pintoresca vieja plaza en la que se alza ese edificio y avanzó a tientas por las angostas calles que conducían al agua.

El señor Maldon había reunido a sus maltrechos lares en una de aquellas lóbregas callejuelas que los especuladores gustan de construir sobre algún fragmento mísero de tierra abandonada que rodee una ciudad próspera. Brigsome's Terrace era quizás uno de los bloques de edificaciones más lúgubres hechos de ladrillo y argamasa desde que el primer albañil de la historia manejara una paleta y el primer arquitecto trazara un plano. El constructor que había especulado con las deprimentes diez «celdas» de ocho habitaciones se había ahorcado tras la puerta del salón de una taberna cercana cuando todavía no se habían terminado de colocar los cimientos. El hombre que había comprado los ladrillos y los armazones de argamasa había recurrido al Tribunal de Quiebras mientras los empapeladores todavía trabajaban en Brigsome's Terrace, y habían blanqueado los techos al tiempo que le encubrían. La mala suerte y la insolvencia parecían no abandonar aquellos desdichados habitáculos. Los bulliciosos niños que jugaban en el descampado situado frente a las ventanas de la taberna conocían igual de bien al alguacil y al agente de seguros que al carnicero y al panadero. Los inquilinos solventes eran molestados a horas intempestivas con el ruido de fantasmagóricos transportistas que se alejaban furtivamente bajo la noche sin luna. Los inquilinos insolventes desafiaban sin tapujos al cobrador del agua desde sus fortalezas de ocho habitaciones y vivían durante semanas sin ninguna señal visible de haber conseguido ese fluido necesario.

Robert Audley miró a su alrededor con un estremecimiento al volver la vista desde el mar en dirección a esta localidad sumida en la pobreza. Mientras se

acercaba, el cortejo fúnebre de un niño salía de una de las casas y sintió un escalofrío al pensar horrorizado que, si el pequeño ataúd albergara el cadáver del hijo de George, se habría sentido responsable en cierta medida de la muerte del niño.

«El pobre niño no dormirá más en este lóbrego tugurio —pensó, mientras llamaba a la puerta de la casa del señor Maldon—. Él es el legado de mi amigo perdido y yo velaré por su seguridad.»

Una joven sirvienta desaliñada abrió la puerta y observó al señor Audley con cierta suspicacia mientras le preguntaba, con voz nasal, en qué podía servirle. La puerta de la pequeña sala de estar estaba entornada y Robert oyó el traqueteo de cuchillos y tenedores y la voz infantil del pequeño Georgey charlando alegremente. Explicó a la sirvienta que había venido desde Londres, que quería ver al señorito Talboys, y que se anunciaría; entonces, sin más, pasó junto a ella y abrió la puerta de la sala. La muchacha le miró sorprendida cuando lo hizo y, como si de repente tuviera una urgencia, se quitó el delantal y salió corriendo al exterior nevado. Atravesó el descampado como una flecha, se internó en un angosto callejón y contuvo la respiración hasta llegar a la puerta de una taberna llamada Coach and Horses, de la que el señor Maldon era cliente habitual. La fiel criada del teniente de navío había confundido a Robert Audley con algún nuevo y resuelto recaudador de contribuciones municipales y, no creyendo la presentación que de él mismo había hecho el caballero, por considerarla una ficción artera ideada para la destrucción de los morosos provincianos, se había apresurado a informar a su señor de la llegada del enemigo.

Cuando Robert entró en la sala de estar se sorprendió al encontrar al pequeño Georgey sentado frente a una mujer que estaba haciendo los honores de un poco apetitoso ágape, servido en un mantel sucio y acompañado de una jarra de cerveza. La mujer se levantó al ver entrar a Robert e hizo una humilde reverencia al joven abogado. Aparentaba unos cincuenta años e iba vestida con vieja ropa de luto. Tenía una complexión desagradablemente pálida y los dos mechones de cabello liso que le sobresalían de la cofia eran de ese tono rubio apagado que suele acompañar a unas mejillas sonrosadas y pestañas blancas. Tal vez en su época hubiera sido una belleza rural, pero sus facciones, aunque razonablemente equilibradas, poseían un aire mezquino, como si fueran demasiado pequeñas para su rostro. Este defecto era especialmente palpable en la boca, que era una cavidad poco adecuada para los dientes que contenía. Sonrió al hacer la reverencia al señor Robert Audley y su sonrisa, que dejó al descubierto la mayor parte de ese grupo de dientes cuadrados y de aspecto hambriento, no añadía nada a su belleza personal.

—El señor Maldon no se encuentra en la casa, señor —dijo con fingida cortesía—, pero si viene a cobrar el agua, él me pidió que le dijera que...

Le interrumpió el pequeño George Talboys, quien se las ingenió para bajar de la silla a la que estaba encaramado y corrió hacia Robert Audley.

—Yo le conozco —dijo—, usted vino a Ventnor con aquel señor tan alto, y vino

aquí una vez y me dio dinero y yo se lo di al abuelo para que me lo guardara, como hago siempre.

Robert Audley cogió al niño en brazos y le llevó hasta la mesita situada junto a la ventana.

—Quédate ahí, Georgey —dijo—. Quiero mirarte bien. —Volvió el rostro del niño hacia la luz y le retiró los rizos castaños de la frente con ambas manos—. Cada día te pareces más a tu padre, Georgey, y ya eres todo un hombrecito —afirmó—, ¿te gustaría ir a la escuela?

—Oh, sí, por favor, me gustaría mucho —respondió el niño con entusiasmo—. Fui a la escuela de la señorita Pevins, a la escuela de día, ¿sabe?, al volver la esquina de la otra calle; pero cogí el sarampión y el abuelo no me dejó ir más por si volvía a cogerlo; y el abuelo no me deja jugar con los demás niños de la calle porque son muy groseros; él los llama «canallas» pero me dijo que yo no debo llamarles «canallas», porque es una palabra mala. El dice «maldita sea» y «demonios», pero dice que él puede porque es viejo. Cuando yo sea viejo también diré «maldita sea» y «demonios»; y me gustaría ir a la escuela, por favor, y puedo ir hoy mismo, si quiere; la señora Plowson me preparará la ropa, ¿verdad, señora Plowson?

—Por supuesto, señorito Georgey, si tu abuelo lo desea —respondió la mujer, mirando un tanto incómoda al señor Robert Audley.

«¿Qué diablos le ocurre a esta mujer? —se preguntó Robert, mientras apartaba la mirada del niño y la dirigía a la viuda de pelo claro, quien estaba acercándose disimuladamente hacia la mesa sobre la que Georgey Talboys hablaba con su tutor—. ¿Todavía me toma por un recaudador de impuestos con intenciones hostiles hacia estas miserables pertenencias, o es que la causa de su nerviosismo tiene raíces más profundas? De todos modos, es muy poco probable porque cualesquiera que sean los secretos que guarda el teniente Maldon, no creo que esta mujer los sepa.»

Para entonces, la señora Plowson ya se encontraba junto a la mesita y estaba a punto de coger al niño, cuando Robert se volvió de forma repentina.

—¿Qué va a hacer con el niño? —preguntó Robert.

—Iba a cogerlo para lavarle la carita, señor, y peinarlo —respondió la mujer con el mismo tono insinuante con el que había hablado de la factura del agua—. No vale la pena mirarle mucho, señor, si tiene la carita sucia. No tardaré más de cinco minutos en asearle.

Había rodeado al niño con los brazos mientras hablaba y era evidente que iba a llevárselo a la fuerza, cuando Robert se lo impidió.

—Prefiero verle tal como está, gracias —manifestó—. No puedo pasar mucho tiempo en Southampton y quiero oír todo lo que este hombrecito tiene que decirme.

El niño se acercó más a Robert y miró confiado a los ojos grises del abogado.

—Usted me gusta —afirmó—. La otra vez que vino le tenía miedo porque soy tímido, pero ahora ya no, ya tengo casi seis años.

Robert acarició la cabeza del niño de modo alentador pero sin mirar al pequeño

Georgey, sino a la viuda de cabellos claros, quien se había colocado junto a la ventana y observaba el descampado.

—La veo un tanto inquieta, señora —afirmó Robert.

Se sonrojó visiblemente al oír el comentario del abogado y le respondió de forma bastante confusa.

—Estaba buscando al señor Maldon, señor —contestó—, se llevará una desilusión si no le ve.

—¿Entonces, sabe quién soy?

—No, señor, pero...

El niño la interrumpió al extraer un pequeño reloj con incrustaciones de la pechera para enseñárselo a Robert.

—Este es el reloj que me dio la señora bonita —informó—. Ahora lo tengo, pero no desde hace mucho, porque el joyero que lo limpia es un hombre holgazán, dice el abuelo, y siempre se lo queda mucho tiempo, y el abuelo dice que tendrá que limpiarlo otra vez por lo de los impuestos. Siempre lo lleva a limpiar cuando hay impuestos pero dice que si lo perdiera, la señora bonita me daría otro. ¿Usted conoce a la señora bonita?

—No, Georgey, pero hágale de ella.

La señora Plowson intentó coger al niño de nuevo. Esta vez iba provista de un pañuelo de bolsillo y se mostró preocupada en exceso por el estado de la nariz del pequeño Georgey, pero Robert apartó la temida arma y rescató al niño de su torturadora.

—El niño estará perfectamente, señora —dijo—, si tiene la amabilidad de dejarlo tranquilo cinco minutos. Vamos a ver, Georgey, ¿por qué no te sientas en mis rodillas y me hablas de la señora bonita?

El niño bajó de la mesa y se sentó en las rodillas del señor Audley, agarrando para ello el cuello del abrigo de su tutor de forma un tanto brusca.

—Le contaré todo lo que sé de la señora bonita —declaró— porque usted me gusta mucho. El abuelo me dijo que no se lo contara a nadie pero yo se lo contaré, sabe, porque me gusta y porque usted me va a llevar a la escuela. La señora bonita vino aquí una noche, hace tiempo, oh, hace mucho tiempo —prosiguió el niño con un gesto de cabeza y una expresión cuya solemnidad denotaba un intervalo de tiempo considerable—. Vino cuando yo no era tan grande como ahora, y vino de noche, cuando yo ya me había acostado, y entró en mi habitación, se sentó en la cama y lloró, y dejó el reloj bajo mi almohada y entonces... ¿Por qué pone mala cara, señora Plowson? A este caballero puedo contárselo —añadió Georgey, dirigiéndose de repente a la viuda, quien se encontraba detrás de Robert.

La señora Plowson farfulló una disculpa improvisada arguyendo que temía que el señorito Georgey resultara molesto.

—¿Y si esperara hasta que yo lo diga, señora, antes de hacer callar al pequeño? —dijo Robert Audley bruscamente—. Una persona suspicaz podría pensar, a tenor de

su comportamiento, que el señor Maldon y usted han tramado una especie de conspiración y que temen lo que el niño pueda contar.

Se levanto de la silla y miró fijamente a la señora Plowson mientras se lo decía. La viuda de cabello claro se quedó más pálida que la cofia que llevaba cuando intentó responderle, y tenía los labios lívidos tan secos que se vio obligada a humedecérselos con la lengua antes de poder articular palabra.

El niño aligeró la situación.

—No se enfade, señora Plowson —dijo—. La señora Plowson es muy buena conmigo, es la madre de Matilda. Usted no conoció a Matilda. La pobre Matilda siempre estaba llorando, estaba enferma y...

La repentina aparición del señor Maldon en el umbral de la puerta del salón interrumpió al niño. Observaba a Robert Audley con aspecto medio borracho, medio aterrorizado, poco propio de la dignidad de un oficial de marina retirado. La sirvienta, que estaba jadeando, se situó detrás de su señor. A pesar de que era muy temprano, habló con voz pastosa y confusa al dirigirse con violencia hacia la señora Plowson.

—¡No tiene derecho a considerarse una mujer sensata! —increpó—. ¿Por qué no se lleva al niño y le lava la cara? ¿Quiere provocar mi ruina? ¿Quiere acabar conmigo? ¡Llévese al niño! Señor Audley, señor, me alegro mucho de verle, estoy muy contento de recibirle en mi humilde morada —añadió el viejo educadamente pero con voz achispada, al tiempo que se dejaba caer en una silla e intentaba fijar la mirada en el inesperado visitante.

«Cualesquiera que sean los secretos de este hombre —pensó Robert mientras la señora Plowson se llevaba precipitadamente al pequeño George Talboys—, esa mujer está al corriente de ellos. Sea cual sea el misterio, cada vez es más oscuro y denso, y yo intento en vano retroceder o detenerme porque una mano más fuerte que la mía me señala el camino hacia la tumba desconocida de mi viejo amigo.»

Capítulo III

El pequeño Georgey deja su hogar

—Voy a llevarme a su nieto, señor Maldon —manifestó Robert con solemnidad, mientras la señora Plowson se retiraba con el niño que estaba a su cargo.

El atolondramiento que el alcohol había producido en el viejo fue disipándose paulatinamente, al igual que sucede con la espesa niebla de Londres cuando los tímidos rayos del sol luchan por atravesarla. La muy discutible lucidez mental del teniente Maldon tardó un tiempo considerable en horadar las brumosas emanaciones del ron y el agua, pero la luz titilante acabó abriéndose paso entre las nubes y el viejo pudo por fin poner sus ideas en orden.

—Sí, sí —dijo con voz débil—, llévese al niño de su pobre y viejo abuelo. Siempre lo pensé.

—¿Siempre pensó que debía llevármelo? —inquirió Robert, contemplando al anciano medio borracho con ojos inquisidores—. ¿Por qué lo pensaba, señor Maldon?

La niebla de la embriaguez apagó la luz de la sobriedad durante unos instantes y el teniente respondió con vaguedades.

—¿Que por qué lo pensé siempre? Porque lo pensé. —Al advertir la mueca de impaciencia en el rostro del joven abogado, hizo otro esfuerzo y la luz volvió a emerger—. Porque pensé que usted o su padre se lo llevarían.

—La última vez que estuve en esta casa, señor Maldon, me dijo que George Talboys había zarpado hacia Australia.

—Sí, sí... lo sé —contestó el anciano, un tanto confuso, al tiempo que se mesaba el escaso cabello cano con manos temblorosas—. Lo sé, pero podría volver, ¿no? Estaba impaciente y... y... se comportó de un modo un poco extraño. Tal vez regrese.

Repitió esto dos o tres veces en un tono apagado, casi en un murmullo; al tiempo que palpaba la desordenada repisa de la chimenea para encontrar una mugrienta pipa de cerámica, que llenó y encendió con manos evidentemente temblorosas.

Robert Audley contempló aquellos dedos trémulos, atrofiados, que dejaban caer briznas de tabaco en la alfombra y eran apenas capaces de encender una cerilla debido al temblor. Acto seguido, recorrió una o dos veces la pequeña estancia y dejó que el viejo diera unas chupadas a la pipa que tanto consuelo iba a proporcionarle.

Al cabo de un momento se volvió de forma súbita hacia el teniente a medio sueldo con una sombría solemnidad en su rostro galante.

—Señor Maldon —dijo despacio, observando el efecto de cada sílaba que pronunciaba—, George Talboys nunca embarcó hacia Australia, eso lo sé. Y aún más, nunca vino a Southampton y la mentira que me contó el día 8 del pasado mes de

septiembre le fue impuesta por el mensaje telegráfico que recibió aquel día.

La sucia pipa de cerámica se le cayó de la mano temblorosa y chocó contra el guardafuegos de hierro, pero el viejo no hizo esfuerzo alguno por procurarse otra, sino que permaneció sentado temblando de pies a cabeza mientras observaba, sabe Dios cuán lastimeramente, a Robert Audley.

—Recibió órdenes de contar esa mentira y usted obedeció. Pero no vio a George Talboys en esta casa el 7 de septiembre, igual que tampoco lo veo yo ahora. Pensó que había quemado el mensaje telegráfico pero sólo lo hizo en parte, el fragmento restante obra en mi poder.

Para entonces el teniente Maldon estaba bastante sobrio.

—¿Qué he hecho? —murmuró en tono de impotencia—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

—A las dos en punto del pasado 7 de septiembre —continuó la voz despiadada y acusatoria—, vieron a George Talboys con vida en una casa de Essex.

Robert hizo una pausa para ver qué efecto causaban sus palabras. No produjeron ningún cambio en el anciano. Le seguía temblando todo el cuerpo y le contemplaba con los ojos fijos e imperturbables de un hombre desdichado e indefenso, cuyos sentidos estaban quedando gradualmente paralizados por el terror.

—A las dos en punto de aquel día —repitió Robert Audley—, vieron a mi pobre amigo en... en la casa de la que hablo. Desde aquel momento, no he vuelto a tener noticias de que le hubieran vuelto a ver con vida. He tomado las medidas necesarias para encontrar información sobre su paradero, en caso de que estuviera vivo. Las he tomado de forma concienzuda y paciente, al comienzo, incluso esperanzado. Ahora sé que está muerto.

Robert Audley estaba preparado para presenciar algún tipo de agitación en el viejo, pero no para la terrible angustia y el espantoso terror que se apoderaron del rostro demacrado del señor Maldon cuando Robert pronunció la última palabra.

—¡No, no, no, no! —repitió el teniente con voz aguda y frenética—. ¡No, no! ¡Por el amor de Dios, no diga eso! ¡No lo piense, no me deje pensarlo... no me permita siquiera soñarlo! ¡Muerto, no... cualquier cosa menos muerto! ¡Escondido, quizás... sobornado para que desaparezca, tal vez, pero muerto no... muerto no... muerto no!

Habló a gritos, como si estuviera fuera de sí; golpeándose la cabeza cana con las manos y balanceándose adelante y atrás en la silla. Las débiles manos ya no le temblaban, sino que estaban poseídas por una fuerza convulsiva que les había otorgado un poder excepcional.

—Estoy convencido —afirmó Robert con la misma voz solemne y despiadada— de que mi amigo nunca salió de Essex y creo que murió el pasado 7 de septiembre.

El desdichado anciano, tocándose todavía el fino cabello gris, se dejó caer al suelo y se postró a los pies de Robert.

—¡Oh, no, no... por el amor de Dios, no! —gritó con voz quebrada—. ¡No, no

sabe lo que está diciendo... no sabe lo que me pide que piense... no sabe lo que implican sus palabras!

—Sé perfectamente cuál es su valor y su peso, lo siento igual que usted, señor Maldon. ¡Que Dios se apiade de nosotros!

—Oh, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? —musitó el anciano con un hilo de voz. Acto seguido, levantándose del suelo con un gran esfuerzo, se incorporó totalmente y dijo, con una actitud desconocida en él y no carente de cierta dignidad, esa dignidad que siempre debe aplicarse a la miseria indescriptible, cualesquiera que sea su manifestación—: No tiene derecho a venir aquí y aterrorizar a un hombre que ha estado bebiendo y que no es dueño de sus actos. No tiene ningún derecho a hacerlo, señor Audley. Incluso el... agente, señor, que... que... —No tartamudeó pero los labios le temblaban tanto que las palabras parecían estar despedazadas por ese movimiento—. El agente, repito, señor, que detiene a... a un ladrón, o a... —se calló para secarse los labios e intentar así que dejaran de temblarle, pero fue en vano —... un ladrón... o un asesino... —de repente se le apagó la voz al pronunciar esta última palabra y fue por el movimiento de esos labios temblorosos por lo que Robert supo a qué se refería—... le da un aviso, señor, un aviso como es debido, de que tiene derecho a no decir nada que lo comprometa a él, o a otras personas. La ley... señor, contempla esa clemencia para un... un... presunto criminal. Pero usted, señor... usted viene a esta casa, y viene en un momento en que... en que... en contra de mis costumbres... que, según le dirá la gente, es estar sobrio... viene y dándose cuenta de que no soy totalmente dueño de mí mismo... aprovecha la... la oportunidad para... aterrorizarme... y eso no está bien, señor... es...

Cualesquiera que fueran las palabras que iba a pronunciar, se convirtieron en jadeos inarticulados que parecían ahogarle y, desplomándose en una silla, dejó caer la cabeza sobre la mesa y rompió a llorar. Tal vez de entre todas las escenas deprimentes de miseria doméstica que habían tenido lugar en esas casas sobrias y lóbregas, entre todas las miserias menores, las violentas vergüenzas, los disgustos crueles, las amargas desgracias que tienen a la pobreza por origen común, nunca se había vivido una como aquella. Un anciano ocultando el rostro de la luz del día y sollozando por su desdicha. Robert Audley contempló la dolorosa escena con rostro abatido y lastimero.

«De haberlo sabido —pensó—, le habría ahorrado el sufrimiento. Tal vez hubiera sido mejor evitárselo.»

La habitación destartalada, la suciedad, el desorden, la figura del anciano, con la cabeza cana sobre el mantel manchado, entre los restos de una cena miserable, se tornaron borrosos ante los ojos de Robert Audley mientras pensaba en otro hombre, igual de viejo que éste, pero, ah, cuán distinto en todo lo demás, que dentro de poco podía acabar sintiendo lo mismo, o incluso una angustia más profunda, y derramando, quizá, lágrimas más amargas. El momento en que las lágrimas le empañaron los ojos y emborronaron la lastimera escena que estaba presenciando fue lo suficientemente

largo para trasladarlo a Essex y mostrarle la imagen de su tío, abrumado por la agonía y la vergüenza.

«¿Por qué sigo con esto? —pensó—. ¡Cuán despiadado soy y de qué forma tan implacable continuo! No me reconozco; es la mano que me guía por el oscuro camino cuyo fin no oso soñar.»

Pensó en esto repetidamente mientras el viejo permanecía sentado con el rostro oculto, batallando con su angustia, pero sin capacidad para aplacarla.

—Señor Maldon —dijo Robert Audley tras una pausa—, no voy a pedirle perdón por el dolor que le he causado porque tengo la absoluta certeza de que tarde o temprano tenía que llegar este momento, si no a través de mí, mediante otra persona. Hay... —Se calló un instante, vacilante. Los sollozos no habían cesado, a veces eran audibles y a veces no, se desencadenaban con una violencia inusitada o se atenuaban durante unos instantes, pero nunca cesaban—. Hay ciertas cosas que, como dice la gente, no pueden ocultarse. Creo que esta afirmación, que tiene su origen en la vieja sabiduría humana de que las personas aprenden de la experiencia y no de los libros, es cierta. Si... si yo me contentara con dejar que mi amigo descansase en su tumba escondida, es más que probable que un desconocido, que nunca hubiere oído el nombre de George Talboys, descubriera por el azar más extraño el secreto de su muerte. Mañana, quizá, o dentro de diez años; o en la próxima generación, cuando la... la mano que le causó ese mal esté tan fría como la suya. Si yo pudiera ignorar este asunto, si... si pudiera marcharme de Inglaterra para siempre y huir definitivamente de la posibilidad de encontrar otra pista para desvelar el misterio, lo haría, lo haría complacido, agradecido... ¡pero no puedo! Una mano más fuerte que la mía me empuja a seguir. No deseo aprovecharme vilmente de usted, ni mucho menos, pero debo proseguir; debo hacerlo. Si tiene que advertir a alguien, hágalo. Si en el secreto hacia el que me aproximo día tras día, hora tras hora, está implicado alguien que es de su interés, deje que esa persona huya antes de que yo llegue al final. Hágala salir del país; hágala dejar a todos aquellos que conoce porque no la seguiré. Pero si hace caso omiso de su advertencia... si pretende conservar su situación actual desafiando lo que está en su poder decirle, entonces prevéngale sobre mí, porque cuando llegue el momento, juro que no tendré clemencia.

El viejo levantó la mirada por primera vez y se secó el rostro arrugado con un harapiento pañuelo de seda.

—Debo decirle que no le entiendo —dijo—. Sinceramente le digo que no logro entenderle, y no creo que George Talboys esté muerto.

—Daría diez años de mi vida si pudiera verlo vivo —respondió Robert, entristecido—. Lo siento por usted, señor Maldon, lo siento por todos nosotros.

—No creo que mi yerno esté muerto —afirmó el teniente—. No creo que el pobre muchacho esté muerto.

Intentó de forma un tanto débil demostrar a Robert Audley que su arrebatado de agonía era consecuencia de su dolor por la pérdida de George Talboys, pero ese

fingimiento resultaba lamentablemente banal.

La señora Plowson volvió a entrar en la estancia acompañada del pequeño Georgey, cuyo rostro reluciente ponía de manifiesto los efectos que el jabón amarillo y la fricción pueden producir en el semblante humano.

—¡Por todos los santos! —exclamó la señora Plowson—. ¿Qué le ha ocurrido a este viejo caballero? Desde el pasillo se le oía llorar desconsoladamente.

El pequeño Georgey se acercó a su abuelo y acarició su rostro arrugado y húmedo con su mano regordeta.

—No llore, abuelo —dijo—, no llore. Le daré mi reloj para que lo limpien, y el bueno del joyero le dejará el dinero con el que pagar las facturas mientras limpia el reloj... no me importa, abuelo. Vamos a la joyería, a la joyería de High Street, ya sabe, la de bolas doradas pintadas en la puerta, para que se vea que el hombre es de Lombar... Lombarshire —dijo el niño, dudando del nombre—. Vamos, abuelo.

El niño se extrajo el valioso juguete del pecho y se dirigió a la puerta, orgulloso de poseer un talismán cuya utilidad había visto tan a menudo.

—En Southampton hay lobos —afirmó asintiendo con gesto triunfante en dirección a Robert Audley—. Cuando se lleva mi reloj, el abuelo dice que es para ahuyentar al lobo de la puerta. ¿Hay lobos donde usted vive?

El joven abogado no respondió a la pregunta del niño, sino que le detuvo mientras éste tiraba de su abuelo hacia la puerta.

—Hoy tu abuelo no quiere el reloj, Georgey —dijo con gravedad.

—¿Entonces por qué está triste? —inquirió Georgey inocentemente—. Cuando quiere el reloj siempre está triste y se da golpes en la frente —el niño se calló para imitar a su abuelo con sus diminutos puños—, y dice que ella... creo que se refiere a la señora bonita... le exige mucho y que él no deja de pasar miseria y entonces yo le digo: «Abuelo, tome el reloj», y entonces él me estrecha en sus brazos y dice: «Oh, mi querido ángel, ¿cómo puedo robar a mi querido ángel?», y luego se pone a llorar pero no como hoy... no tan fuerte, sabe, las lágrimas le resbalan por las mejillas; no como hoy que se le oía desde el pasillo.

Por doloroso que a Robert Audley le resultaran los balbuceos del niño, al viejo parecieron aliviarle. No escuchó al niño sino que se dedicó a ir de un lado a otro de la pequeña estancia y se alisó el cabello despeinado y permitió que la señora Plowson, quien parecía ansiosa por saber el motivo de su consternación, le arreglara el fular.

—Pobre caballero —dijo mirando a Robert—. ¿Qué ha ocurrido para que esté así?

—Su yerno está muerto —respondió el señor Audley, clavando la mirada en el rostro comprensivo de la señora Plowson—. Falleció al cabo de un año y medio de la muerte de Helen Talboys, que está enterrada en el cementerio de Ventnor.

El rostro que estaba contemplando cambió apenas de forma perceptible, pero los ojos que lo estaban mirando cambiaron de dirección mientras él hablaba y, una vez más, la señora Plowson se vio obligada a humedecerse los labios blancos con la

lengua antes de darle una respuesta.

—¡El pobre señor Talboys, muerto! —exclamó—. Sí que es una mala noticia.

El pequeño Georgey levantó la mirada con nostalgia hacia su tutor al oír esas palabras.

—¿Quién está muerto? —preguntó—. Yo me llamo George Talboys. ¿Quién está muerto?

—Otra persona que también se apellida Talboys, Georgey.

—¡Pobre hombre! ¿Irás al agujero? —El muchachito tenía esa idea habitual de la muerte que las personas mayores suelen transmitir a los niños y que normalmente lleva a la mente infantil a una tumba abierta, sin ir más allá—. A mí me gustaría ver cómo lo introducen en el agujero —comentó Georgey, después de una pausa.

Había asistido a varios funerales de niños en el vecindario y se le consideraba valioso como doliente debido a su aspecto interesante. Por tanto, había asistido a la ceremonia de sepelio como si se tratara de una festividad solemne, cuyas características más destacadas eran los pasteles, el vino y un viaje en carruaje.

—¿Tiene algún inconveniente en que me lleve a Georgey conmigo, señor Maldon? —preguntó Robert Audley.

Para entonces, la agitación del viejo había disminuido. Había encontrado otra pipa detrás del marco de oropel del espejo e intentaba encenderla con un trozo de papel de periódico arrugado.

—¿Tiene alguna objeción, señor Maldon?

—No, señor... no, señor; usted es su tutor y tiene derecho a llevárselo cuando guste. Él ha sido un gran consuelo para mí en mis años de vejez solitaria, pero estoy preparado para perderle. Yo... yo... quizá no haya cumplido siempre mis obligaciones con él, señor, con respecto a su educación y... y a las botas. El número de botas que gastan los niños de su edad... señor, no es fácil que un hombre joven como usted sea consciente de ello; no siempre ha podido ir a la escuela y a veces ha llevado las botas muy gastadas cuando teníamos poco dinero, pero yo no le he maltratado. No, señor, aunque le interrogara durante una semana, no creo que le dijera que su pobre abuelo le haya dicho una sola palabra discordante.

Al oír esto, Georgey, consciente de la angustia de su anciano protector, lanzó un terrible alarido y afirmó que nunca le abandonaría.

—Señor Maldon —dijo Robert Audley con tono medio acongojado y medio compasivo—, cuando anoche analicé mi situación no creí que en ningún caso la consideraría más dolorosa de lo que ya era. Lo único que puedo decir es que Dios se apiade de todos nosotros. Me siento en la obligación de llevarme al niño pero le llevaré directamente desde mi casa a la mejor escuela de Southampton; y le doy mi palabra de que no intentaré aprovecharme de su inocencia para que de alguna manera... me refiero a que —dijo, interrumpiéndose de repente—, me refiero a que... no intentaré acercarme lo más mínimo a la resolución del misterio a través de él. No soy detective, pero no creo que a ningún buen detective le guste obtener

información de un niño.

El viejo no respondió; se sentó con el rostro oculto por una mano y con la pipa apagada entre los dedos lánguidos de la otra.

—Llévese al niño, señora Plowson —ordenó después de hacer una pausa—, lléveselo y arregle sus cosas. Se marcha con el señor Audley.

—Pues yo creo que no es justo que este caballero se lleve a la alegría de la casa —añadió la señora Plowson de repente, con una indignación no carente de respeto.

—Cállese, señora Plowson —ordenó el viejo lastimeramente—. El señor Audley es una buena persona. A mí... a mí no me quedan muchos años de vida, ya no seré una molestia para nadie durante mucho tiempo.

Las lágrimas le fueron bajando lentamente por los dedos sucios con los que se tapaba los ojos inyectados de sangre mientras hablaba.

—Sabe Dios que nunca le hice daño a su amigo, señor —dijo al cabo de un tiempo—, ni tampoco le deseé ningún daño. Fue un buen yerno para mí, mejor que algunos hijos. Yo nunca le hice daño deliberadamente, señor. Bueno... puede decirse que me gasté su dinero pero me arrepiento de ello, ahora me arrepiento mucho de ello. Pero no creo que esté muerto... no, señor, no, ¡no me lo creo! —exclamó el viejo, apartándose la mano de los ojos y observando con energía renovada a Robert Audley—. ¡No... no lo creo, señor! ¿Cómo puede ser que esté muerto?

Robert no respondió a esa última pregunta. Negó entristecido con la cabeza, se dirigió a la pequeña ventana y miró hacia la hilera de geranios que crecía desordenadamente en el lúgubre descampado donde jugaban los niños.

La señora Plowson volvió con el pequeño Georgey envuelto con un abrigo y una bufanda, y Robert cogió al niño de la mano.

—Dile adiós a tu abuelo, Georgey.

El pequeño fue corriendo hacia su abuelo y, abrazándole con fuerza, besó las sucias lágrimas que le caían por las mejillas desvaídas.

—No esté triste por mí, abuelo —dijo—. Voy a ir a la escuela para aprender y ser un hombre listo y vendré a casa a visitarle a usted y a la señora Plowson, ¿verdad? —añadió, volviéndose hacia Robert.

—Sí, querido, dentro de poco.

—Lléveselo, señor... lléveselo —dijo el señor Maldon entre sollozos—, se me parte el corazón.

El niño se colocó complacido al lado de Robert. Le agradaba la idea de ir a la escuela, aunque se sentía bien con su abuelo bebedor, quien siempre había mostrado un cariño sensiblero hacia el bonito niño y había hecho todo lo posible por mimarle en exceso dejándole actuar a su antojo; en consecuencia, el señorito Talboys había adquirido cierta costumbre de acostarse tarde, de tomar cenas calientes de lo más indigestas y de tomar sorbos de ron y agua de las copas de su abuelo.

Hizo partícipe de sus sentimientos sobre muchos temas a Robert Audley mientras se dirigían al hotel Dolphin, pero el abogado no le instó a hablar.

En un lugar como Southampton no resultaba excesivamente difícil encontrar una buena escuela. A Robert Audley le indicaron una bonita casa situada entre la taberna y la avenida y, tras dejar a Georgey al cuidado de un afable camarero, quien parecía no tener otra cosa que hacer que mirar por la ventana y quitar el polvo invisible de las relucientes mesas, el abogado subió por High Street en dirección a la academia para señoritos del señor Marchmont.

El señor Marchmont le pareció un hombre sumamente sensato y, al entrar en el edificio, encontró a una hilera de distinguidos jovencitos que caminaban hacia el pueblo escoltados por un par de ujieres.

Explicó al director que un amigo muy estimado, que había embarcado a Australia hacía unos meses y a quien creía muerto, había dejado al pequeño George Talboys a su cargo. Él se lo confiaba al cuidado especial del señor Marchmont y además exigía que no permitiera que nadie visitara al niño sin una carta firmada por él mismo. Después de zanjar el asunto de forma un tanto fría, regresó al hotel a recoger a Georgey.

Encontró al niño hablando amigablemente con el ocioso camarero, quien había dirigido la atención del señorito Georgey hacia los distintos objetos de interés de High Street.

El pobre Robert sabía tanto de las necesidades de un niño como de las de un elefante. Había cuidado de gusanos de seda, cobayas, lirones, canarios e innumerables perros durante su adolescencia, pero nunca se había visto obligado a ocuparse de una persona de tan corta edad.

Se remontó unos veinticinco años en el tiempo e intentó recordar qué comía él a los cinco años.

«Tengo el vago recuerdo de comer grandes cantidades de pan y leche y cordero hervido —pensó—, y también tengo el vago recuerdo de que no me gustaba. Me pregunto si a este niño le gusta el pan, la leche y el cordero hervido.»

Se quedó de pie tocándose el espeso bigote y contemplando pensativo al niño durante unos minutos antes de moverse.

—Me parece que estás hambriento, Georgey —dijo al final.

El niño asintió y el camarero sacudió un poco más de polvo invisible de la mesa, a modo de paso preliminar antes de extender un mantel.

—¿Quieres algo para merendar? —sugirió el señor Audley sin dejar de tocarse el bigote.

El niño se echó a reír.

—¡Merendar! —exclamó—. ¡Pero si es tarde y ya he cenado!

Robert Audley se sintió desconcertado. ¿Qué refrigerio podía ofrecer a un niño a quien las tres le parecía que era tarde?

—Tomarás un poco de pan y leche, Georgey —declaró al cabo de unos minutos—. Camarero, pan y leche y una copa de Hock^[51].

El señorito Talboys torció el gesto.

—Nunca tomo pan y leche —declaró—. No me gusta. Me gusta lo que el abuelo llama algo salado. Me gustaría tomar una chuleta de ternera. El abuelo me contó que había cenado aquí una vez y que las chuletas de ternera eran deliciosas. Por favor, ¿me puede traer una chuleta de ternera con huevo y pan rallado, y un poco de zumo de limón? —añadió, dirigiéndose al camarero—. El abuelo conoce al cocinero. El cocinero es un señor muy amable, una vez me dio un chelín, cuando el abuelo me trajo aquí. El cocinero lleva mejor ropa que el abuelo, mejor incluso que la de usted —dijo el señorito Georgey, señalando el sobretodo arrugado de Robert con gesto de desaprobación.

Robert Audley se quedó aterrado. ¿Cómo iba a lidiar con ese sibarita de cinco años que no quería pan y leche y pedía chuletas de ternera?

—Te diré lo que voy a hacer, Georgey —dijo tras una pausa—. Te daré la cena.

El camarero asintió con brío.

—¡Caramba, señor! —dijo con aprobación—. Me parece que el señorito sabrá cómo comérsela.

—Te daré la cena, Georgey —repitió Robert—, un poco de sopa juliana, anguilas guisadas, un plato de chuletas, faisán y un budín. ¿Qué te parece, Georgey?

—No creo que el señorito tenga inconveniente alguno cuando lo vea, señor —respondió el camarero—. Anguilas, sopa juliana, chuletas, codorniz, budín... iré a decírselo al cocinero, señor. ¿Para qué hora, señor?

—Pongamos que para las seis, y el señorito Georgey irá a su nueva escuela a la hora de dormir. Le pediría que intentara usted entretener al niño esta tarde. Tengo algunos asuntos que arreglar y no podré llevarlo conmigo. Dormiré aquí esta noche. Adiós, Georgey; cuídate e intenta tener apetito para las seis.

Robert Audley dejó al niño a cargo del ocioso camarero y se dirigió al río, decidiéndose por la orilla solitaria que se extendía bajo los muros en ruinas del pueblo hacia las aldeas situadas junto al río, que se iba estrechando.

Había evitado a propósito la compañía del niño y caminaba bajo la ligera capa de nieve hasta que empezó a oscurecer a su alrededor.

Regresó al pueblo y en la estación se informó sobre los trenes que partían a Dorsetshire.

«Me marcharé mañana a primera hora —pensó— y visitaré al padre de George antes de la caída de la tarde. Se lo contaré todo, todo menos el interés que tengo en... en la persona de quien sospecho, y él decidirá qué camino tomar.»

El señorito Georgey hizo honor a la cena que Robert le había pedido. Bebió tanta cerveza rubia suave Bass que asustó a su cuidador y se divirtió enormemente, degustando el faisán guisado y la salsa a base de pan y leche de tal modo que parecía impropio de su edad. A las ocho en punto un coche de caballos pasó a recogerle y se marchó de muy buen humor, con un soberano en el bolsillo y una carta de Robert para el señor Marchmont, en la que se adjuntaba un cheque para la vestimenta del niño.

—Me alegra que vaya a tener ropa nueva —dijo, mientras se despedía de Robert —, porque la señora Plowson ha remendado muchas veces mi ropa vieja. Ahora podrá dársela a Billy.

—¿Quién es Billy? —preguntó Robert, riendo con el parloteo del niño.

—Billy es el hermanito pequeño de la pobre Matilda. Es un niño ordinario, sabe. Matilda era ordinaria pero...

El cochero atizó la fusta en ese preciso momento, el viejo caballo empezó a trotar y Robert Audley no supo nada más de Matilda.

Capítulo IV

La investigación se detiene

El señor Harcourt Talboys residía en una mansión de ladrillo rojo, cuadrada y bien conservada, a poco más de un kilómetro de distancia de un pequeño pueblo llamado Grange Heath, en Dorsetshire. La mansión de ladrillo rojo, cuadrada y bien conservada se encontraba en el centro de un terreno cuadrado y bien conservado que no era lo suficientemente grande como para ser llamado parque, pero era demasiado extenso para ser denominado de otro modo, así pues ni la casa ni la finca tenían nombre y la propiedad se conocía simplemente por ser la del señor Talboys.

Quizás el señor Harcourt Talboys fuera la última persona de este mundo con quien fuera posible asociar el regio título inglés de aristócrata rural. Ni cazaba ni criaba ganado. No había vestido de rosa carmesí ni llevado botas altas en su vida. El viento del sur y el cielo nublado le resultaban cuestiones de lo más insignificante siempre y cuando no afectaran a sus remilgadas comodidades; y sólo le importaba el estado de la cosecha por el hecho de que le procuraba ciertas rentas gracias a los cultivos que se encontraban en su propiedad. Era un hombre de unos cincuenta años, alto, erguido, huesudo y anguloso, con un rostro cuadrado y pálido, los ojos gris claro y escaso cabello oscuro que se peinaba desde cada oreja hacia la coronilla calva, lo cual otorgaba a su fisonomía una ligero parecido al de un terrier, un terrier agudo, intransigente y testarudo, un terrier que no recogería ningún ladrón de perros que se preciara.

Nadie recordaba haber conocido jamás lo que popularmente se conoce como el «lado oscuro» de Harcourt Talboys. Era igual que su casa cuadrada, orientada al norte, desprotegida. Su carácter carecía de rincones umbríos en los que uno pudiera refugiarse de su implacable luz. Él era todo luz. Lo contemplaba todo con la misma mirada despejada que otorga la luz del intelecto, y era incapaz de apreciar sombras atenuantes que pudieran alterar los contornos bien definidos de la crudeza de los hechos, otorgándoles cierta belleza. No sé si se me entiende cuando digo que su carácter no tenía curvas, que su mente funcionaba en línea recta, sin desviarse jamás ni a izquierda ni a derecha para redondear sus ángulos más agudos. Con él, lo correcto era correcto y lo incorrecto, incorrecto. Jamás, a lo largo de su despiadada y concienzuda vida, había aceptado la idea de que las circunstancias podían mitigar la negrura de lo incorrecto o debilitar la fuerza de lo correcto. Había abandonado a su único hijo porque le había desobedecido, y estaba dispuesto a abandonar a su única hija a las primeras de cambio por el mismo motivo.

En caso de que este hombre de complexión fuerte y tan testarudo pudiera ser víctima de una debilidad como la vanidad, sin duda alguna presumiría de su propia

duresa. Presumía de la inflexibilidad de su intelecto, que lo convertía en la desagradable criatura que era. Presumía de esa férrea obstinación que ni la influencia del amor o la compasión habían podido jamás vencer y apartar de su implacable propósito. Presumía de la fuerza negativa de un carácter que nunca había conocido la debilidad de los sentimientos, o la fuerza que surge de esa misma debilidad.

En caso de que hubiera lamentado el matrimonio de su hijo y la ruptura, a instancias de él mismo, entre él y George, su vanidad había sido más poderosa que su pesar y le había permitido ocultar el dolor. De hecho, por improbable que a primera vista pareciera que este hombre pudiera ser vanidoso, no me cabe la menor duda de que la vanidad era el centro desde el que irradiaban todas las líneas desagradables del carácter del señor Harcourt Talboys. Me atrevería a decir que Junio Bruto^[52] era vanidoso y que disfrutó de la aprobación de la sobrecogida Roma cuando ordenó la ejecución de su hijo. Harcourt Talboys habría expulsado al pobre George de su presencia entre las fasces invertidas de los lictores^[53] y saborearía con severidad su propia agonía. Sólo Dios sabe con qué amargura este duro hombre habría sentido la separación entre él y su único hijo, o cuán terrible podría haber sido la angustia debido a ese inquebrantable engreimiento que disimulaba la tortura.

—Mi hijo cometió un error imperdonable al casarse con la hija de un borracho indigente —respondería el señor Talboys a cualquiera que osara hablarle de George—, y desde ese momento es como si no existiera para mí. No le deseo ningún mal. Para mí sencillamente es como si hubiera muerto. Lo siento por él, igual que lo siento por mi esposa, que murió hace diecinueve años. Si me hablan de él como se habla de los muertos, estaré dispuesto a escuchar. Si hablan de él como se habla de los vivos, debo negarme a escuchar.

Creo que Harcourt Talboys se congratulaba de la sombría grandiosidad romana de su discurso y le hubiera gustado vestir una toga y envolverse con la seriedad de sus pliegues cuando volvió la espalda al intercesor del pobre George. Ni siquiera George había realizado jamás esfuerzo alguno para suavizar la decisión de su padre. Le conocía lo suficiente como para saber que el caso era irremediable.

—Si le escribo, doblará la carta con el sobre incluido y la endosará con mi nombre y la fecha de recepción —había dicho el joven—, y llamará a todos los presentes en la casa para que sean testigos de que no le ha conmovido ni le ha provocado ningún recuerdo tierno ni pensamiento de lástima. Mantendrá su decisión hasta el día de su muerte. Me atrevo a decir, en pos de la verdad, que está contento de que su único hijo le haya ofendido y brindado la oportunidad de alardear de sus virtudes romanas. —Esto es lo que George había respondido cuando Helen y su padre le habían instado a pedir ayuda a Harcourt Talboys—. No, querida —había dicho a modo de conclusión—. Quizá sea muy duro ser pobres, pero resistiremos. No iremos con el rostro lastimero al padre severo para pedirle comida y cobijo para que nos rechace empleando largas frases dignas de Johnson^[54] y dé un ejemplo clásico para beneficio de la comunidad. No, amada mía, pasar hambre es fácil, pero rebajarse es

difícil.

Quizá la pobre esposa de George no estuviera plenamente de acuerdo con la primera de estas dos afirmaciones. No le atraía la idea de pasar hambre y lloriqueaba lastimosamente cuando las bonitas botellas de champán, con marcas como Cliquot o Moët en el corcho, se cambiaban por cerveza de seis peniques, obtenidas gracias a un descuidado dependiente de la cervecería más cercana. George se había visto obligado a soportar su carga y la de su esposa, quien no tenía intención alguna de guardarse sus pesares y decepciones para sí.

—Siempre pensé que los dragones eran ricos —solía decir ella irritada—. Las jóvenes siempre quieren casarse con dragones y los comerciantes siempre quieren servir a los dragones; y los hoteleros, alojar a los dragones, y los directores de teatro ser patrocinados por dragones. ¿Quién iba a imaginar que un dragón bebería cerveza de seis peniques, fumaría un horrible tabaco de tan mala calidad y permitiría que su esposa lleve una capota raída?

Si estos comentarios ocultaban sentimientos egoístas, George Talboys nunca había reparado en ello. Había amado y creído a su esposa desde la primera hasta la última hora de su breve vida de casados. El amor que no es ciego quizá no sea más que una divinidad espuria, porque cuando Cupido se quita la cinta de los ojos significa sin lugar a dudas que se está preparando para extender las alas y alzar el vuelo. George nunca olvidó el momento en que se sintió cautivado por la hermosa hija del teniente Maldon y, por mucho que ella hubiera cambiado, la imagen que le había conquistado entonces era la que él invariablemente albergaba en su corazón, sin que hubiese cambiado un ápice.

Robert Audley se marchó de Southampton en el tren que partía antes del alba y llegó a la estación de Wareham a primera hora de la mañana. Allí alquiló un vehículo para que le condujera a Grange Heath.

La nieve se había endurecido en el suelo y el día amaneció claro y helado, todos los elementos del paisaje destacaban en contraste con el cielo azul glacial. Los cascos de los caballos chacoloteaban en el camino bloqueado por el hielo y las herraduras golpeaban un suelo casi tan duro como éstas. El día invernal guardaba un cierto parecido con el hombre a quien Robert iba a visitar. Al igual que él, el día era crudo, gélido e inflexible; al igual que él, era despiadado hasta resultar angustiante e impenetrable al poder reblandeciente de los rayos del sol. No aceptaría sol alguno excepto el resplandor propio del mes de enero que alumbraría las tierras yermas e inhóspitas sin iluminarlas realmente; así pues se parecía a Harcourt Talboys, quien tomaba siempre el lado más severo de la verdad y declaraba en voz alta al incrédulo mundo que nunca había habido, ni nunca habría, ningún otro lado.

A Robert Audley se le cayó el alma a los pies cuando el destartado vehículo alquilado se detuvo en una reja de aspecto riguroso y entonces el cochero se apeó del coche para abrir una amplia puerta de hierro, que se balanceó emitiendo un ruido metálico y topó con un enorme diente de hierro clavado en el suelo, que sujetó el

barrote inferior de la puerta, como si deseara morderlo.

La puerta de hierro daba paso a una plantación de pocos abetos de ramas rectas que crecían en fila y mecían su espeso follaje invernal con actitud desafiante a pesar de la gélida brisa. Un camino de entrada recto con gravilla se extendía entre los árboles plantados en una zona de césped bien cuidada hasta la mansión cuadrada de ladrillo rojo, cuyas ventanas resplandecían bajo el sol de enero como si una infatigable criada acabara de limpiarlas.

Desconozco si Junio Bruto era una molestia en su propia casa pero, entre sus otras virtudes romanas, el señor Talboys sentía una aversión extrema hacia el desorden y era el terror de todos los sirvientes que trabajaban para él.

Las ventanas titilaban y la escalinata de piedra relucía bajo la luz del sol, los cuidados senderos del jardín estaban cubiertos de una gravilla tan nueva que otorgaba un aspecto arenoso y rojizo al lugar, que traía el desagradable recuerdo del cabello pelirrojo. El césped estaba adornado en su mayor parte con arbustos oscuros e invernales de aspecto fúnebre, que crecían en arriates que parecían problemas de álgebra; y la escalinata de piedra que conducía a la puerta cuadrada medio acristalada del vestíbulo tenía adornos de madera verde oscuro con las mismas férreas hojas perennes.

«Si el hombre se parece en algo a esta casa —pensó Robert—, no me sorprende que el pobre George y él se separaran.»

Al final de una sobria avenida, el coche de caballos dobló una esquina bien marcada (que en cualquier otra finca habría descrito una curva) y se situó ante las ventanas bajas de la casa. El cochero se apeó del vehículo en las escaleras, las subió y tocó una campana de latón que recuperó su posición inicial con un desagradable chasquido metálico, como si se hubiera sentido insultada por el tacto plebeyo de la mano del hombre.

Un hombre enfundado en unos pantalones negros y una chaqueta a rayas de lino, recién salida de las manos de la lavandera, abrió la puerta. El señor Talboys se encontraba en la casa. ¿Sería el caballero tan amable de mostrar su tarjeta?

Robert aguardó en el vestíbulo a que mostraran su tarjeta al señor de la casa.

El vestíbulo era amplio, de techos altos y revestido de piedra. Los paneles de madera de roble despedían el mismo brillo inflexible que caracterizaba a todos los objetos del interior y el exterior de la mansión de ladrillo rojo.

Algunas personas tienen una personalidad tan débil que les gustan los cuadros y las estatuas. El señor Harcourt Talboys era demasiado práctico como para permitirse gustos tan ridículos. Los únicos adornos del vestíbulo eran un barómetro y un paraguero.

Robert Audley los observó mientras comunicaban su llegada al padre de George.

El criado con la chaqueta de lino regresó al cabo de un momento. Era un hombre pálido y enjuto de casi cuarenta años y parecía haber sobrevivido a todas las emociones propias de la raza humana.

—Si es tan amable de pasar, caballero —indicó—. El señor Talboys le recibirá aunque está desayunando. Me pidió que le dijera que imaginaba que todas las personas de Dorsetshire eran conocedoras de su hora de desayunar.

Aquel comentario era una clara reprobación para el señor Robert Audley. Sin embargo, causó poco efecto en el joven abogado. Se limitó a arquear las cejas a modo de plácida desaprobación.

—Yo no soy de Dorsetshire —repuso—. El señor Talboys lo habría sabido si me hubiera hecho el honor de utilizar su capacidad de razonamiento. Adelante, amigo.

El hombre impasible observó a Robert Audley con la mirada ausente del horror absoluto y, tras abrir una de las robustas puertas de roble, lo condujo a un gran comedor decorado con la austera sencillez de una estancia habilitada para las comidas, pero no para vivir en ella; y a la cabecera de una mesa con capacidad para dieciocho personas, Robert conoció al señor Harcourt Talboys.

El señor Talboys llevaba una bata de tela gris, ceñida en la cintura con un cinturón. Era una prenda de aspecto serio y quizá fuera lo más parecido a una toga dentro de la gama de vestimenta moderna. Vestía un chaleco beige, un fular bien almidonado y un cuello de camisa impecable. El color gris metálico de la bata era casi del mismo tono que sus ojos y el color beige del chaleco igual al beige apagado de su tez.

Robert Audley no había esperado que Harcourt Talboys se pareciera a George con respecto a sus modales o temperamento, pero sí esperaba que padre e hijo compartieran algún rasgo familiar. No tenían nada en *común*. Habría resultado imposible imaginar a alguien más distinto que George que al garante de su existencia. Robert no se extrañó en absoluto de la cruel carta que había recibido del señor Talboys cuando vio al remitente de la misma. Un hombre como aquél no podía haberla escrito de otro modo.

Había una segunda persona en la gran estancia, hacia la cual Robert dirigió la mirada tras saludar a Harcourt Talboys, sin saber muy bien qué debía hacer. La otra persona era una dama que estaba sentada en la última de una hilera de cuatro ventanas, dedicada a las labores de aguja del tipo que suele considerarse sencillo y con un gran cesto de mimbre lleno de percales y franelas a su lado.

Robert estaba separado de esta dama por todo el largo de la habitación pero advirtió que era joven y que se parecía a George Talboys.

«¡Su hermana! —pensó en el único momento en que osó desviar la mirada del señor de la casa hacia la silueta femenina situada junto a la ventana—. No hay duda de que es su hermana. Él le tenía mucho cariño, lo sé. Seguro que su suerte no le resultará indiferente.»

La dama se incorporó a medias del asiento, dejando que la prenda que estaba cosiendo, que era de un tamaño incómodo, cayera de su regazo, así como un carrete de hilo, que fue rodando por el revestimiento de roble del suelo más allá del extremo de la alfombra turca.

—Siéntate, Clara —ordenó el señor Talboys con voz severa.

Ese caballero no parecía dirigirse a su hija ni tampoco volvió el rostro hacia ella cuando se levantó. Era como si lo hubiera sabido gracias a una especie de magnetismo social exclusivo de su persona; era como si, igual que el servicio es propenso a observar irreverentemente, tuviera ojos en la nuca.

—Siéntate, Clara —repitió—, y guarda el hilo en el costurero.

La dama se ruborizó por esa reprobación y se inclinó para recoger el hilo. El señor Robert Audley, a quien no intimidaba la adusta presencia del señor de la casa, se arrodilló en la alfombra, encontró el carrete de hilo y se lo devolvió a su propietaria mientras Harcourt Talboys observaba sus movimientos con expresión de absoluta sorpresa.

—Quizá, señor... señor Robert Audley —dijo mirando la tarjeta que sostenía entre el dedo y el pulgar—, quizá cuando termine de buscar carretes de hilo tenga la amabilidad de decirme a qué se debe el honor de su visita.

Agitó la bien formada mano con un gesto que podría haber sido digno de admiración en el majestuoso John Kemble^[55], y que el sirviente entendió, a consecuencia de lo cual trajo una pesada silla de cuero marroquí rojo.

El protocolo era tan lento y solemne que, al comienzo, Robert había pensado que iba a suceder algo extraordinario, pero al final se dio cuenta de la realidad y se dejó caer en la impresionante silla.

—Puede quedarse, Wilson —dijo el señor Talboys cuando el sirviente estaba a punto de retirarse—, tal vez al señor Audley le apetezca tomar un café.

Robert no había comido nada aquella mañana pero contempló el deprimente mantel en toda su extensión, los servicios de plata de té y café, el rígido esplendor y la ausencia de todo capricho, y declinó la invitación del señor Talboys.

—El señor Talboys no tomará café, Wilson —dijo el señor de la casa—. Puede retirarse.

El hombre hizo una reverencia y se retiró, abriendo y cerrando la puerta con tanta cautela como si se estuviera tomando alguna libertad al hacerlo, o como si el respeto que debía mostrar por el señor Talboys exigiera que atravesara el revestimiento de roble como un fantasma en un cuento alemán.

El señor Harcourt Talboys permaneció sentado con los ojos grises clavados en el visitante, con los codos apoyados en los brazos de piel marroquí roja de la silla y con las yemas de los dedos juntas. Era la actitud con la que, de haber sido Junio Bruto, se habría sentado en el juicio de su hijo. Si Robert Audley hubiera sido de los que se incomodan con facilidad, el señor Talboys lo habría conseguido, pero, igual que si hubiera estado tranquilamente sentado en un barril de pólvora abierto encendiendo su habano, permaneció inmutable ante aquella situación tan poco agradable. La dignidad del padre le parecía una nimiedad cuando pensaba en las posibles causas de la desaparición del hijo.

—Le escribí hace algún tiempo, señor Talboys —dijo con voz queda, cuando vio

que se esperaba de él que iniciara la conversación.

Harcourt Talboys hizo una inclinación de cabeza. Sabía que Robert había venido a hablar de su hijo perdido. El cielo era testigo de que su estoicismo glacial era la afectación mezquina de un hombre vano, más que la más absoluta de las crueldades, como pensaba Robert. Hizo la inclinación de cabeza sirviéndose también de las yemas de los dedos. El juicio había comenzado y Junio Bruto se estaba divirtiendo.

—Recibí su misiva, señor Audley —afirmó—. Está endosada junto con otras cartas formales, la respondí a su debido tiempo.

—Aquella carta hablaba de su hijo.

Se oyó un ligero revuelo en la ventana donde estaba sentada la dama después de que Robert hiciera tal aseveración: él la miró de forma casi instantánea pero parecía que ni siquiera se hubiera movido. No estaba cosiendo y permanecía prácticamente inmóvil.

«Es tan despiadada como su padre, supongo, aunque se parece a George», pensó el señor Audley.

—Su carta hablaba de la persona que, en todo caso, una vez fue mi hijo, caballero —repuso Harcourt Talboys—. Debo pedirle que recuerde que ya no tengo ningún hijo.

:—No tiene motivos para recordádmelo, señor Talboys —respondió Robert con seriedad—. Lo recuerdo perfectamente. Tengo razones de peso para considerar que ya no tiene un hijo y amargos motivos para pensar que está muerto.

Tal vez la tez del señor Talboys adoptara un tono beige más pálido cuando Robert pronunció esas palabras, pero se limitó a elevar sus hirsutas cejas canas y a negar con la cabeza ligeramente.

—No —dijo—, no, le aseguro que no.

—Creo que George Talboys murió en septiembre.

La joven a quien se había referido como Clara permaneció sentada con la labor doblada cuidadosamente sobre el regazo y las manos bien sujetas a la tela y no realizó ni el más mínimo movimiento cuando Robert habló de la muerte de su amigo. Él no le veía la cara con claridad porque estaba sentada a cierta distancia y de espaldas a la ventana.

—No, no, le aseguro que no —repitió el señor Talboys—, insiste usted en un triste error.

—¿Cree que me equivoco al pensar que su hijo está muerto? —inquirió Robert.

—Sin lugar a dudas —repuso el señor Talboys con una sonrisa que denotaba la serenidad de su sabiduría—. Sin lugar a dudas, mi querido caballero. La desaparición fue una estratagema muy inteligente, sin duda, pero no lo suficientemente inteligente para engañarme. Permítame que le diga que comprendo este asunto un poco mejor que usted, señor Audley, y también debe permitirme que le asegure tres cosas. En primer lugar, su amigo no está muerto. En segundo lugar, ha desaparecido con el fin de alarmarme, de jugar con mis sentimientos como... *como* hombre que fue su padre

en el pasado, para así obtener mi perdón. En tercer lugar, no conseguirá mi perdón por mucho tiempo que decida permanecer oculto y, por tanto, sería más sensato por su parte que regresara a su residencia habitual y a sus actividades diarias sin más demora.

—Entonces imagina que se oculta a propósito de todos aquellos que le conocen... ¿con qué fin?

—A fin de influir en mí —declaró el señor Talboys, quien, adoptando una postura de vanidad, daba cuenta de todos los acontecimientos de la vida a partir de esa premisa y se negaba resueltamente a analizarlos desde otro punto de vista—. A fin de influir en mí. Sabía lo inflexible de mi carácter; hasta cierto punto me conocía y sabía que cualquier intento convencional para suavizar mi decisión o para apartarme del firme propósito de mi vida, fallaría. Así pues, utilizó otros medios; se ha mantenido oculto para alarmarme y cuando, después del tiempo pertinente, descubra que no lo ha conseguido, volverá a su vida habitual. Cuando lo haga —afirmó el señor Talboys, elevándose a lo sublime—, le perdonaré. Sí, señor, le perdonaré. Le diré: «Has intentado engañarme y te he demostrado que a mí no se me puede engañar; has intentado asustarme y te he convencido de que no puedes asustarme; no creíste en mi generosidad pero te demostraré que puedo ser generoso».

Harcourt Talboys expresó aquellas frases de forma estudiada, lo cual ponía de manifiesto que las había ideado cuidadosamente hacía algún tiempo.

Robert Audley exhaló un suspiro al oírlas.

—Quiera Dios que tenga la oportunidad de decírselo a su hijo, señor —respondió entristecido—. Me alegra sobremanera saber que tiene intención de perdonarle pero me temo que nunca volverá a verle sobre la faz de la tierra. Tengo mucho que contarle al respecto... sobre este triste asunto, señor Talboys, pero preferiría hacerlo a solas —añadió, mirando a la dama sentada junto a la ventana.

—Mi hija sabe lo que pienso sobre este tema, señor Audley —afirmó Harcourt Talboys—, no hay razón por la que no deba oír lo que tiene que decir. Señorita Clara Talboys, señor Robert Audley —añadió con un majestuoso movimiento de mano.

La joven dama inclinó la cabeza en reconocimiento a la reverencia de Robert.

«Que lo oiga —pensó—. Si tiene tan pocos sentimientos como para no mostrar emociones sobre un tema como éste, que oiga lo peor que tengo que decir.»

Se produjo una pausa de unos minutos durante los cuales Robert extrajo algunos papeles del bolsillo, entre los cuales se encontraba el documento que había escrito a raíz de la desaparición de George.

—Preciso toda su atención, señor Talboys —declaró—, porque lo que voy a revelarle es muy doloroso. Su hijo era uno de mis mejores amigos, muy querido para mí por distintos motivos. Le apreciaba tanto quizá porque le conocía y había pasado con él el gran problema de su vida; y porque estaba comparativamente solo en el mundo, rechazado por usted, quien debería de haber sido su mejor amigo, despojado de la única mujer a quien amó en la vida.

—La hija de un borracho indigente —observó el señor Talboys haciendo un paréntesis.

—Si hubiera muerto en su cama, como a veces pensé que haría —prosiguió Robert Audley—, de pena, habría llorado su muerte sinceramente, aunque le hubiera cerrado los ojos con mis propias manos y le hubiera visto yacer en su última morada. Habría lamentado la muerte de mi antiguo compañero de estudios y del compañero a quien tanto había estimado. Pero el pesar habría sido muy ligero en comparación con lo que siento ahora, creyendo, como creo firmemente, que mi pobre amigo ha sido asesinado.

—¡Asesinado!

El padre y la hija repitieron al unísono esa horrible palabra. El *rostro* del padre adoptó una palidez cadavérica; la hija hundió la cara entre las manos y no la volvió a levantar en el transcurso de la entrevista.

—Señor Audley, ¡usted está loco! —exclamó Harcourt Talboys—, se ha vuelto loco o su amigo le ha enviado para jugar con mis sentimientos. Este acto me parece una conspiración y yo... revoco la intención de perdonar a la persona que fue mi hijo en el pasado.

Al pronunciar estas palabras volvió a recuperar su carácter anterior. El golpe había sido duro pero su impacto tan solo momentáneo.

—Nada más lejos de mis intenciones que alarmarlo de forma innecesaria, señor —respondió Robert—. Quiera Dios que tenga usted razón y yo esté equivocado. Rezo por ello pero no confío en ello... ni siquiera me queda esa esperanza. He acudido a usted en busca de consejo. Le expondré simple y llanamente las circunstancias que han levantado mis sospechas. Si usted me dice que esas sospechas son ridículas e infundadas, haré lo que considere oportuno. Me marcharé de Inglaterra y renunciaré a la búsqueda de pruebas que... que confirmen mis temores. Si usted me dice que siga adelante, así haré.

Nada podía resultar más gratificante para la vanidad del señor Harcourt que este llamamiento. Declaró estar dispuesto a escuchar todo lo que Robert tenía que decirle y dispuesto también a ayudarle en la medida de lo posible.

Insistió en este último punto, menospreciando el valor de sus consejos con una afectación que resultaba tan obvia como su vanidad.

Robert Audley acercó su silla a la del señor Talboys e inició la descripción minuciosa de todo lo que le había ocurrido a George desde el momento de su llegada a Inglaterra hasta el día de su desaparición, así como todo lo sucedido a partir de ese momento que guardara relación con tal suceso. Harcourt Talboys escuchó con atención latente, interrumpiéndole de vez en cuando para plantear algún tipo de pregunta magistral. Clara Talboys no levantó la cabeza de las manos ni una sola vez.

Las manecillas del reloj marcaban las once y cuarto cuando Robert empezó su relato. El reloj marcó las doce al término del mismo.

Había evitado expresamente mencionar los nombres de su tío y de su esposa al

relatar las circunstancias en las que se habían visto involucrados.

—Ahora, señor —declaró después de explicar el desarrollo de los acontecimientos—, quedo a la espera de su decisión. Ha escuchado mis razones para llegar a esta terrible conclusión. ¿De qué modo le influyen?

—En modo alguno modifican mi creencia anterior —respondió el señor Harcourt Talboys, con el orgullo irracional de un hombre obstinado—. Sigo creyendo, como creía antes, que mi hijo está vivo, y que su desaparición es una conspiración contra mi persona. Me niego a convertirme en víctima de esta conspiración.

—¿Entonces desea que no prosiga mis investigaciones? —preguntó Robert con solemnidad.

—Lo único que le digo es lo siguiente: si continúa, sepa que lo hace por su cuenta y riesgo, no por el mío. En lo que me ha contado, no creo que haya nada por lo que deba alarmarme por la seguridad de... su amigo.

—¡Que así sea, entonces! —exclamó Robert de repente—. A partir de este momento, me desentiendo de este asunto. A partir de este momento, el objetivo de mi vida será olvidarlo. —Se levantó mientras pronunciaba estas palabras y cogió el sombrero de la mesa sobre la que lo había dejado. Miró a Clara Talboys. Su actitud no había cambiado desde el instante en que había escondido el rostro entre las manos—. Buenos días, señor Talboys —dijo con gravedad—. Dios quiera que esté en lo cierto. Dios quiera que yo esté equivocado. Pero me temo que llegará el día en que tendrá motivos para lamentar su apatía con respecto a la suerte de su único hijo.

Hizo una reverencia solemne al señor Harcourt Talboys y a la dama, cuyo rostro seguía hundido entre sus manos.

Pasó unos segundos contemplando a la señorita Talboys, pensando que levantaría la mirada, que haría alguna señal o mostraría algún deseo de retenerle.

El señor Talboys llamó con la campanilla al impasible sirviente, quien condujo a Robert hacia la puerta del vestíbulo con una solemnidad que hubiera resultado de lo más apropiado si le estuviera acompañando a su ejecución.

«Ella es como su padre —pensó el señor Audley cuando lanzó una última mirada a la cabeza inclinada—. Pobre George, sin duda necesitabas un amigo en el mundo, porque muy pocas personas te dieron amor.»

Capítulo V

Clara

Robert Audley encontró al cochero dormido en la cabina del pesado vehículo. Había pasado el tiempo en compañía de una cerveza tan fuerte que podría haber inducido al osado bebedor a un ahogo temporal, por lo que se alegró del retomo de su pasajero. El viejo caballo blanco, que parecía haber nacido el año de construcción del coche de caballos, y que daba la impresión de que, al igual que el carruaje, había sobrevivido a los dictados de la moda, estaba tan profundamente dormido como su amo y se despertó sobresaltado cuando Robert descendió la escalinata de piedra, asistido por su verdugo, quien esperó respetuosamente para alejarse hasta que el señor Audley hubo entrado en el vehículo.

El caballo, alertado por el golpe de fusta del cochero y una sacudida de las gastadas riendas, avanzó lentamente en un estado somnoliento mientras Robert, con el sombrero caído sobre los ojos, pensaba en su amigo desaparecido.

Había jugado en esos jardines tan poco acogedores, y bajo esos sombríos abetos años atrás, tal vez... si es que algún niño travieso podía jugar ante los fríos ojos grises del señor Harcourt Talboys. Había jugado junto a esos árboles oscuros, quizá, con la hermana que hoy había oído hablar de su suerte sin derramar una sola lágrima. Robert Audley contempló lo formal y afectado de aquella finca, preguntándose cómo era posible que George hubiera crecido en un lugar como aquel y ser el amigo franco, generoso y natural que había conocido. ¿Cómo era posible que teniendo a su padre siempre delante no hubiera acabado siguiendo su desagradable modelo y resultando un incordio para sus compañeros? ¿Cómo era posible? La razón de ello es que hay Alguien que está por encima de nuestros progenitores a quien agradecer el alma que nos convierte en grandes o pequeños; y porque, aunque las narices y los mentones familiares puedan pasar ordenadamente de padre a hijo, de abuelo a nieto, al igual que las formas de las flores marchitas de un año se reproducen en los brotes de los capullos del siguiente, el espíritu, más sutil que el viento que sopla entre esas flores, no sujeto a ninguna regla terrenal, no obedece otra orden que la de la armoniosa Ley Divina.

«Gracias a Dios —pensó Robert Audley—, gracias a Dios que ya pasó. Mi pobre amigo descansará en su tumba desconocida y yo no seré el causante de llevar la desgracia a mis seres queridos. Quizás acabe llegando, tarde o temprano, pero no por mi culpa. La crisis ha pasado y ya estoy libre.»

Sintió un alivio inconmensurable. Su naturaleza generosa se rebelaba ante la misión a la que se había visto arrastrado, el oficio de espía, el coleccionista de hechos condenatorios que llevaban a deducciones horribles.

Exhaló un largo suspiro, un suspiro por su liberación. Ahora ya había terminado todo.

El coche de caballos estaba atravesando la verja de la finca mientras pensaba en esto, y se incorporó en el vehículo para volver la mirada a los sombríos abetos, los senderos con gravilla, el césped recortado y la gran mansión de ladrillo rojo, con su aspecto desolado.

Le sorprendió la aparición de una mujer que corría, casi volando, por el sendero para coches por el que había venido, y que ondeaba un pañuelo con una mano levantada.

Contempló asombrado y en silencio esta singular aparición durante algunos momentos antes de poder expresar su estupefacción con palabras.

—¿Se dirige a mí la mujer voladora? —exclamó al final—. Mejor que se detenga —ordenó al cochero—. Estamos en una época de excentricidades, una era extraña dentro de la historia del mundo. Quizá venga hacia mí. Es muy probable que me haya dejado el pañuelo de bolsillo y que el señor Talboys envíe a esta mujer para que me lo devuelva. Será mejor que salga a su encuentro. Es muy amable por su parte.

El señor Robert Audley descendió del coche de plaza y caminó despacio hacia la apresurada figura femenina, quien le alcanzó rápidamente.

Era un poco corto de vista, por lo que hasta que no estuvo muy cerca de él no advirtió de quién se trataba.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Es la señorita Talboys.

Efectivamente era la señorita Talboys, sonrojada y jadeando por el esfuerzo, con la cabeza cubierta por un chal de lana.

Robert Audley le vio entonces el rostro con claridad por primera vez y se percató de su hermosura. Tenía los ojos pardos, igual que George, la tez pálida (estaba sonrojada mientras se acercaba a él pero el color se desvaneció en cuanto recuperó el aliento), unos rasgos equilibrados y una expresividad que daba cuenta de todo cambio de sentimiento. Advirtió todo esto en pocos momentos y se sorprendió todavía más de lo estoico de su comportamiento durante su entrevista con el señor Talboys. No había lágrimas en sus ojos, pero despedían un lustre febril, exageradamente brillante y seco, y se dio cuenta de que le temblaban los labios cuando le habló.

—Señorita Talboys —dijo—, ¿qué puedo...? ¿Por qué...?

Ella le interrumpió de forma repentina, agarrándolo de la muñeca con la mano que tenía libre, sin soltar el chal que sujetaba con la otra.

—Oh, permita que le hable —suplicó—, deje que hable con usted o me volveré loca. Lo he oído todo. Comparto su opinión y enloqueceré a no ser que haga algo... algo para vengar su muerte.

Durante unos minutos Robert Audley se quedó demasiado desconcertado como para responderle. De todas las cosas posibles en la tierra, lo último que había imaginado era verla así.

—Tome mi brazo, señorita Talboys —dijo—. Por favor, tranquilícese.

Caminemos un poco hacia la casa y hablemos con discreción. No habría hablado ante su presencia como lo he hecho de haber sabido...

—De haber sabido que quería a mi hermano —dijo con voz queda—. ¡Cómo iba usted a saber que le quería! ¿Cómo iba alguien a pensar que le quería cuando nunca he tenido el poder suficiente para conseguir que fuera bienvenido bajo ese techo, o que su padre le dedicara una palabra amable? ¿Cómo iba a atreverme a delatar mi amor por él en esa casa, cuando sabía que incluso el afecto de una hermana se volvería en su contra? Usted no conoce a mi padre, señor Audley, yo sí. Sabía que interceder por George habría sido peor para él. Sabía que dejar este asunto en manos de mi padre y dejar que el tiempo decidiera era mi única posibilidad de volver a ver a mi querido hermano. Y esperé... esperé pacientemente, siempre anhelando lo mejor, porque sabía que mi padre amaba a su único hijo. Veo su sonrisa desdeñosa, señor Audley, y me atrevo a decir que es difícil para un desconocido creer que bajo su fingido estoicismo mi padre oculta cierto cariño por sus hijos, quizá no demasiado profundo, porque siempre ha gobernado su vida según la estricta ley de las obligaciones. Deténgase —dijo de repente, cogiéndole del brazo y volviendo la mirada atrás, hacia el rectilíneo paseo de pinos—, he salido de la casa por la puerta trasera. Papá no debe verme hablando con usted, señor Audley, y no debe ver el coche de plaza parado en la verja. ¿Por qué no va al camino principal y le dice al cochero que conduzca un poco más allá? Yo saldré de la finca por una pequeña puerta y me reuniré con usted en el camino.

—Pero va usted a enfriarse, señorita Talboys —protestó Robert, mirándola con preocupación al darse cuenta de que estaba temblando—. Está usted tiritando.

—No de frío —respondió ella—. Pienso en mi hermano George. Si siente algo de compasión por la única hermana de su amigo perdido, haga lo que le pido, señor Audley. Debo hablar con usted... debo hablar con usted... tranquilamente, si es que puedo.

Se llevó una mano a la cabeza como si intentara recomponer sus pensamientos y luego señaló la verja. Robert hizo una reverencia y la dejó. Ordenó al cochero que condujera lentamente hacia la estación y caminó a lo largo del sendero alquitranado que rodeaba la finca del señor Talboys. A unos cien metros de la entrada principal advirtió una pequeña puerta de madera en la verja y esperó allí a la señorita Talboys.

Ella apareció rápidamente, con la cabeza todavía cubierta por el chal y los ojos brillantes y sin lágrimas.

—¿Será tan amable de entrar conmigo en la finca? —sugirió—. Podrían vernos en la calle principal.

Él asintió, cruzó el umbral de la puerta y la cerró tras de sí.

Cuando ella lo tomó del brazo que le tendía, se dio cuenta de que todavía tiritaba, tiritaba con gran violencia.

—Por favor, por favor, cálmese, señorita Talboys —instó—. Quizá me haya equivocado al formarme esa opinión; quizá...

—No, no, no —exclamó—, no se ha equivocado. Mi hermano ha sido asesinado. Dígame el nombre de esa mujer... de la mujer que sospecha que está implicada en su desaparición... en su asesinato.

—No puedo hacerlo hasta que...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que sepa que es culpable.

—Usted le dijo a mi padre que desecharía la idea de descubrir la verdad... que no le preocuparía el hecho de que el destino de mi hermano sea un horrible misterio sin resolver; pero no lo hará, señor Audley... no será infiel a la memoria de su amigo. Se vengará de aquellos que acabaron con él, ¿verdad que sí, señor Audley?

Una lúgubre sombra se extendió por el hermoso rostro de Robert Audley como si de un velo negro se tratara.

Recordó entonces lo que había dicho el día anterior en Southampton: «Una mano más fuerte que la mía me señala el camino hacia la tumba desconocida de mi viejo amigo.»

Un cuarto de hora antes había pensado que todo había llegado a su fin, y que estaba exento de la terrible misión de descubrir el secreto de la muerte de George. Ahora esa joven, esa joven tan desapasionada en apariencia, había encontrado una voz y le instaba a que siguiera su destino.

—Si supiera el sufrimiento que me puede causar el descubrimiento de la verdad, señorita Talboys —declaró—, es poco probable que me pidiera que siguiera adelante con este asunto.

—Pero se lo pido —respondió ella con pasión contenida—. Se lo pido. Le pido que venga la temprana muerte de mi hermano. ¿Lo hará? ¿Sí o no?

—¿Y si respondo que no?

—¡Entonces lo haré yo misma! —exclamó, mirándole con sus brillantes ojos pardos—. Yo misma seguiré las pistas que lleven a la resolución del misterio; encontraré a esa mujer... sí, aunque usted se niegue a decirme en qué parte de Inglaterra desapareció mi hermano. Viajaré de un extremo del mundo a otro para descubrir la suerte que ha corrido, si usted se niega a hacerlo por mí. Soy mayor de edad, mi propia dueña y rica porque heredé de una de mis tías; podré contratar a quienes me ayuden en mi búsqueda y haré que les resulte sumamente beneficioso trabajar para mí. Escoja entre las dos alternativas, señor Audley. ¿Quién va a encontrar al asesino de mi hermano, usted o yo?

Él la miró a la cara y advirtió que su determinación no era fruto de un entusiasmo mujeril pasajero, que desaparecería bajo la pesada mano de la dificultad. Sus hermosos rasgos, esculturales pero sin artificios en sus facciones nobles, parecieron transformarse en mármol debido a la rigidez de su expresión. El rostro que estaba contemplando era el de una mujer a quien sólo la muerte iba a hacer desistir de su propósito.

—He crecido en un ambiente de represión —afirmó con voz queda—. He

contenido y disimulado los sentimientos propios de mi corazón, hasta que se han tornado antinaturales a causa de su intensidad; no se me ha permitido tener amigos ni amantes. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Mi padre siempre se ha comportado conmigo como lo ha visto hoy. No he tenido a nadie más que a mi hermano. Todo el amor que mi corazón era capaz de albergar ha sido para él. ¿Le sorprende, entonces, que cuando oigo que su joven vida ha sido truncada por la mano de la traición desee vengar su muerte? Oh, Dios mío —exclamó, uniendo las manos con firmeza y alzando la mirada hacia el frío cielo invernal—, lléveme ante el asesino de mi hermano y permita que sea mi mano la que vengue su muerte prematura.

Robert Audley se quedó mirándola sobrecogido por la admiración. Su hermosura quedaba elevada a lo sublime por la intensidad de su pasión contenida. Era distinta a todas las mujeres que había visto. Su prima era bonita, la esposa de su tío encantadora, pero Clara Talboys era hermosa. El rostro de Niobe^[56], sublimado por el pesar, difícilmente podría haber resultado más puramente clásico que el de ella. Incluso su vestido, puritano en su gris sencillez, le favorecía más que un vestido más hermoso a una mujer no tan agraciada.

—Señorita Talboys —manifestó Robert después de una pausa—, su hermano no descansará sin ser vengado. No caerá en el olvido. No creo que ningún profesional que pueda contratar la acerque tanto al secreto de este misterio como yo, si es paciente y confía en mí.

—Confiaré en usted —respondió—, porque sé que me ayudará.

—Creo que mi destino es hacerlo —repuso con solemnidad.

En el transcurso de su conversación con Harcourt Talboys, Robert Audley había evitado expresamente hacer deducciones a partir de las circunstancias que había expuesto al padre de George. Se había limitado a relatar la historia de la vida del hombre desaparecido, desde el momento de su llegada a Londres hasta el día de su desaparición; pero advirtió que Clara Talboys había llegado a la misma conclusión que él, y que se trataba de un entendimiento tácito entre ambos.

—¿Tiene alguna carta de su hermano, señorita Talboys? —preguntó.

—Dos. Una escrita poco después de su boda y la otra escrita en Liverpool, la noche antes de que embarcara para Australia.

—¿Me permitirá verlas?

—Sí, se las enviaré si me da su dirección. Me escribirá de tanto en tanto, ¿verdad? Para contarme si está más cerca de la verdad. Aquí me verá obligada a actuar en secreto, pero me marcharé de esta casa dentro de dos o tres meses y entonces seré libre de hacer lo que me plazca.

—No irá a marcharse de Inglaterra, ¿no? —inquirió Robert.

—¡Oh, no! Voy a hacer una visita que debo desde hace tiempo a unos amigos de Essex.

Robert se sobresaltó de forma tan violenta cuando Clara Talboys mencionó ese lugar que ella le miró repentinamente a la cara. Su inquietud resultó tan evidente que

delató parte de su secreto.

—Mi hermano George desapareció en Essex —sugirió ella.

Robert no podía contradecirla.

—Siento que haya descubierto tanto —repuso—. Mi situación es cada día más complicada, cada día más dolorosa. Adiós. —Ella estrechó su mano de forma mecánica cuando él se la tendió, pero la tenía más fría que el hielo, permaneció lánguida en la de él y la dejó caer como un tronco en el costado cuando la soltó—. Por favor, no se demore en regresar a la casa —dijo de todo corazón—. No deseo que sufra tras lo acaecido esta mañana.

—¡Sufrir! —exclamó con sarcasmo—. Me habla de sufrimiento cuando la única persona que me amó en el mundo ha sido despojada de su vida en plena juventud. ¿Qué puedo hacer entonces, sino sufrir? ¿Qué me importa el frío? —dijo, cubriéndose de nuevo con el chal y dejando su hermosa cabeza a merced del cortante viento—. Caminaría descalza por la nieve de aquí a Londres sin detenerme si pudiera devolverle la vida. ¿Qué no haría por hacerle volver? ¿Qué no haría?

Las palabras brotaron de su interior como un quejido de profundo pesar y, llevándose las manos a la cara, lloró por primera vez aquel día. La violencia de sus lloros hacía que le temblara todo el cuerpo y tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol para no caerse.

Robert la observó con el rostro lleno de tierna compasión; era tan parecido al amigo que había querido y perdido que le resultaba imposible considerarla una desconocida y creer que se habían visto aquella mañana por vez primera.

—Por favor, por favor, cálmese —dijo—, la esperanza es lo último que se pierde. Quizás estemos equivocados y su hermano esté vivo.

—¡Oh! Ojalá —murmuró fervientemente—, ojalá fuera así.

—Esperemos que así sea.

—No —respondió ella mirándolo con los ojos bañados en lágrimas—, no debemos esperar otra cosa que la venganza. Adiós, señor Audley. Un momento, su dirección.

Él le dio una tarjeta que ella guardó en el bolsillo del vestido.

—Le enviaré las cartas de George —declaró—, quizá le sean útiles. Adiós.

Ella le dejó medio perplejo por la apasionada energía de su actitud y la belleza noble de su rostro. La observó hasta que desapareció entre los troncos rectos de los abetos y entonces salió lentamente de la finca.

«Que Dios se apiade de quienes se interponen entre el secreto y yo —pensó—, porque serán sacrificados a la memoria de George Talboys.»

Capítulo VI

Las cartas de George

Robert Audley no regresó a Southampton, sino que compró un billete para el primer tren en dirección norte que saliera de Wareham, y llegó al puente de Waterloo una hora o dos después del atardecer. La nieve, que era dura y crujiente en Dorsetshire, estaba fangosa y ennegrecida en Waterloo Road, derretida por las lámparas de los ignominiosos palacios de la bebida y el destello de las luces de las carnicerías.

Robert Audley se encogió de hombros al contemplar las deprimentes calles a través de las que le llevaba el coche de caballos, dado que el cochero había escogido, con ese delicioso instinto que parece innato en los cocheros de vehículos de alquiler, todas las callejuelas oscuras y espantosas totalmente desconocidas para el ciudadano de a pie.

«Qué agradable es la vida —pensó el abogado—. Qué indescriptible bien... qué bendición tan embriagadora. Dejemos que cualquier hombre realice un cálculo de su existencia, restando las horas en las que ha sido absolutamente feliz, completa y realmente a sus anchas, sin *arrière pensée*^[57] que enturbie su gozo, sin que la más diminuta de las nubes ensombrezca el resplandor de su horizonte. Que lo haga y sin duda se echará a reír con una profunda amargura del alma cuando calcule la suma de su felicidad y descubra lo penosamente ínfima que es esa cantidad. Tal vez haya disfrutado durante una semana o diez días a lo largo de treinta años de vida. En el transcurso de treinta años de tiempo gris en diciembre, borrascoso en marzo, lluvioso en abril y oscuro en noviembre, acaso habrá habido siete u ocho gloriosos días de agosto durante los cuales el sol ha brillado en todo su esplendor y las brisas veraniegas han olido continuamente a melisa. Con qué cariño recordamos esos aislados días de placer y esperamos que se repitan e intentamos planificar las circunstancias que los hicieron posibles; y disponemos y predestinamos y negociamos con el destino para renovar la dicha recordada. ¡Como si la dicha pudiera formarse con tal y tal parte constituyente! ¡Como si la felicidad no fuera básicamente fortuita: un vistoso pájaro revoloteando, totalmente irregular en su migración; con nosotros un día de verano y desaparecido para siempre de nuestras vidas al día siguiente! No hay más que ver los matrimonios, por ejemplo —caviló Robert, quien estaba tan meditabundo en el traqueteante vehículo, por cuyo servicio iba a pagar nueve peniques el kilómetro, como si estuviera cabalgando un *mustang* en la amplia soledad de las praderas—. ¡No hay más que ver los matrimonios! ¿Quién es capaz de determinar cuál será la selección acertada de entre los novecientos noventa y nueve errores? ¿Quién decidirá a partir del aspecto primigenio de la criatura viscosa cuál será la anguila única que surja de la descomunal bolsa de serpientes? Esa muchacha

de aquel bordillo, que espera a cruzar la calle cuando mi coche haya pasado, podría ser la mujer de entre todas las demás del vasto universo que podría hacerme feliz. Y, sin embargo, paso por su lado, la salpico con el barro de mis ruedas, en mi desvalida ignorancia, en mi sumisión ciega a la horrible mano de la fatalidad. Si esa joven, Clara Talboys, hubiera aparecido cinco minutos más tarde, yo habría partido de Dorsetshire considerándola fría, dura y poco femenina, y me habría marchado a la tumba con ese error en mi mente. La tomé por una autómatas majestuosa y cruel; y ahora sé que es una mujer noble y hermosa. ¡Qué diferencia tan incalculable puede marcar en mi vida! Cuando dejé esa casa, salí al crudo día de invierno con la determinación de abandonar todo pensamiento ulterior sobre el secreto de la muerte de George. La veo y me obliga a seguir por ese odioso camino, por los sinuosos vericuetos de la vigilancia y la sospecha. ¿Cómo puedo decir a la hermana de mi amigo muerto “Creo que su hermano ha sido asesinado. Creo que sé quién ha sido, pero no haré nada para despejar mis dudas ni para confirmar mis temores”? No puedo decir eso. Esta mujer conoce la mitad de mi secreto; pronto sabrá la parte restante y entonces... entonces...»

El coche alquilado se detuvo en plena meditación de Robert Audley y tuvo que pagar al cochero y someterse al monótono mecanismo de la vida diaria, que es el mismo estemos tristes o contentos, vayamos a casarnos o a ser ahorcados, elevados a la saca de lana^[58] o inhabilitados para ejercer la abogacía por nuestros colegas de oficio por algún misterioso enredo técnico, que resulta ser un enigma social para quienes no frecuentan Middle Temple.

Tenemos tendencia a enojarnos por esta cruel dureza de nuestras vidas, esta inquebrantable irregularidad en las ruedas más pequeñas y el mecanismo más mezquino de la maquinaria humana, que no conoce interrupciones ni ceses, aunque el muelle real se rompa para siempre y las manecillas señalen a figuras sin sentido en una esfera hecha añicos.

¿Quién no ha sentido, ante las primeras manifestaciones del pesar, una rabia irracional contra el mudo decoro de sillas y mesas, la rígida cuadratura de las alfombras turcas, la inflexible obstinación del aparato externo de la existencia? Queremos arrancar de raíz árboles gigantescos en un bosque primigenio, y partir sus enormes ramas en dos con un gesto convulsivo, y lo más que podemos hacer para aplacar nuestra ira es tirar un sillón o destrozar objetos fabricados por el señor Copeland^[59] valorados en unos pocos chelines.

Los manicomios son grandes y numerosos, pero es extraño que no lo sean todavía más si tenemos en cuenta cuántos infelices desamparados deben de golpearse la cabeza contra esta desesperada persistencia del metódico mundo externo, en comparación con tormentas y tempestades, donde reinan los motines y la confusión; cuando recordamos cuántas mentes se debaten en la delgada línea que separa la razón de la sinrazón, locura hoy y cordura mañana, locura ayer y cordura hoy.

Robert había indicado al cochero que le dejara en la esquina de Chancery Lane,

subió la bien iluminada escalinata que conducía al comedor de The London y se sentó a una de las cómodas y acogedoras mesas con una extraña sensación de desolación y hastío, en vez de la agradable sensación del hambre sana. Había ido al lujoso restaurante a cenar porque era imprescindible que comiera algo en algún sitio, y prefería conseguir que el señor Sawyer preparara una buena cena que una muy mala de la señora Maloney, cuya mente sólo sabía de chuletas y filetes y únicamente admitía variaciones del tipo «lenguado a la parrilla» o «caballa a la parrilla». El solícito camarero intentó en vano transmitir a Robert la sensación de solemnidad que requería la ocasión. Robert murmuró algo parecido a que podía traerle aquello que más le apeteciera, y el amable camarero, que ya conocía a Robert por haberle servido en otras ocasiones, fue a decir a su patrón con rostro compungido que el señor Audley de Fig-tree Court estaba, sin duda, alicaído. Robert se tomó la cena regada con una pinta de Moselle; pero apreció poco la excelencia de las viandas o la delicada fragancia del vino. El monólogo seguía desarrollándose en su interior y el joven filósofo de la escuela moderna estaba debatiendo la cuestión moderna favorita sobre la nada de todo y sobre la locura de tomarse demasiadas molestias en emprender un camino que no llevaba a ninguna parte, o de llevar a cabo una labor que no significa nada.

«Acepto el dominio de esa pálida muchacha de rasgos esculturales y calmados ojos pardos —pensó—. Reconozco el poder de una mente superior a la mía, y cedo ante ella y me inclino ante ella. He actuado y pensado para mí durante los últimos meses y estoy cansado de esta situación tan antinatural. He incumplido el principio que rige mi vida, y he sufrido por culpa de esta locura. Hace dos semanas descubrí que tenía dos canas y un gallo impertinente me ha dejado la delicada impronta de su pata junto al ojo derecho. Sí, estoy envejeciendo por el ojo derecho y ¿por qué? ¿Por qué me sucede tal cosa?»

Apartó el plato y levantó las cejas al contemplar las migas de pan sobre el brillante mantel de damasco, mientras reflexionaba sobre la siguiente pregunta:

—¿Quién demonios me ha mandado meterme en este lío? —se preguntó—. Pero estoy involucrado y no puedo salir de él, así que mejor que me someta a los deseos de la joven de ojos pardos y haga lo que me diga, paciente y fielmente. ¡Qué solución tan maravillosa para el enigma de la vida se encuentra en el gobierno dominado por mujeres! Un hombre podría descansar bajo el sol y comer lotos y disfrutar como si «siempre fuera por la tarde^[60]» si su esposa se lo permitiera. Pero ella nunca haría una cosa así, ¡benditos sean su corazón impulsivo y mente activa! Ella es más inteligente que todo eso. ¿Quién ha oído alguna vez hablar de una mujer que se tomara la vida como hay que tomársela? En vez de soportarla como una molestia inevitable, sólo redimible por su brevedad, la vive como si fuera un espectáculo o procesión. Se viste para ella y sonríe tonta y burlonamente y gesticula para la misma. Empuja a sus vecinos y lucha por conseguir un buen sitio en la funesta marcha; da codazos y se avergüenza y pisotea y se pavonea, con el único propósito de sacar el

máximo partido del sufrimiento. Se levanta temprano y se acuesta tarde, y grita y se impacienta, y es ruidosa y no siente lástima. Arrastra a su esposo hasta la saca de lana o lo introduce en el Parlamento. Lo conduce sin respiro hacia la cara y perezosa maquinaria del gobierno; y lo golpea y zarandea junto a las ruedas de un coche, y lo pone en marcha a la fuerza, y lo atornilla y lo levanta con polea hasta que alguien, para recuperar la tranquilidad, lo convierte en lo que ella quería que fuese. Esa es la razón por la que a veces hay hombres incompetentes ocupando altos cargos, e interponen sus pobres y confusos intelectos entre lo que hay que hacer y las personas que tienen que hacerlo, creando una confusión universal en la indefensa inocencia de la incapacidad bien colocada. Los hombres sosos de los recorridos redondos entran en ellos gracias a sus esposas. El potentado oriental que declaró que las mujeres eran el origen de todos los males^[61] debería haber ido un poco más allá y analizado la razón de ello. El motivo es que las mujeres nunca son perezosas. No saben lo que es estar sosegadas. Son Semíramis y Cleopatras y Juanas de Arco, reinas Isabel y Catalinas II^[62], y se amotinan en la batalla y matan y gritan y se desesperan. Si no pueden agitar el universo y jugar a la pelota con los hemisferios, crearán montañas de guerra y desconcierto con las toperas domésticas, y tormentas sociales en las tazas de té de la casa. Prohíbalas pontificar sobre la libertad de las naciones y los males de la humanidad y discutirán con la señora Jones sobre la forma de un manto o el carácter de una sirvienta. Llamarlas el sexo débil es una burla espantosa. Son el sexo más fuerte, más bullicioso, más perseverante y el más autoritario. Quieren libertad de expresión, variedad de ocupación, ¿no es cierto? Pues que las tengan. Dejemos que sean abogadas, doctoras, predicadoras, profesoras, soldados, legisladoras, lo que quieran, pero que estén sosegadas, si es que pueden.

El señor Audley introdujo las manos en su espesa mata de cabello liso y castaño y levantó la masa oscura con desesperación.

«Odio a las mujeres —pensó despiadadamente—. Son criaturas descaradas y atrevidas, creadas para fastidiar y destruir a sus superiores. ¡No hay más que ver lo que ha sucedido con George! Todo ha sido obra de las mujeres desde el comienzo hasta el fin. Se casa con una mujer y su padre le deshereda, y se queda sin oficio ni beneficio. Se entera de la muerte de la mujer y se le parte el corazón, su bueno, honesto y varonil corazón, que valía un millón más que los actos traicioneros movidos por el interés personal y los cálculos mercenarios que laten en el pecho de una mujer. Va a la casa de una mujer y no se le vuelve a ver con vida. Y ahora me encuentro acorralado por otra mujer, sobre cuya existencia no había pensado hasta el día de hoy. Y... y luego —reflexionó el señor Audley, de forma un tanto irrespetuosa—, está Alicia, también, que es otro incordio. A ella le gustaría que me casara con ella, lo sé, y acabará consiguiéndolo, diría yo, antes de que acabe conmigo. Pero yo preferiría que no; aunque es una criatura cariñosa, alegre y generosa. Que Dios bendiga su pobre corazoncito.»

Robert pagó la cuenta y dio una propina generosa al camarero. El joven abogado

no tenía reparo alguno en repartir sus cuantiosos ingresos entre las personas que le servían, ya que transmitía su indiferencia a todos los elementos del universo, incluso cuando se trataba de libras, chelines y peniques. Tal vez fuera un tanto extremo en este aspecto, igual que no es extraño descubrir que el filósofo que llama a la vida un engaño vacío se muestra bastante hábil para invertir su dinero y reconoce la naturaleza tangible de los bonos indios, los certificados españoles y los títulos egipcios, en contraste con la dolorosa incertidumbre de un ego o un no ego en metafísica.

Aquella noche en concreto, los cómodos y acogedores aposentos de Fig-tree Court le parecieron a Robert deprimentes por su silencio metódico. No le apetecía leer sus novelas francesas, aunque tenía un paquete de novelas románticas intensas, cómicas y sentimentales, que había encargado hacía un mes, esperándole sobre una de las mesas. Cogió su pipa de espuma de mar y se dejó caer en su asiento preferido exhalando un suspiro.

«Es cómodo, pero estoy tan terriblemente solo esta noche. Si el pobre George estuviera sentado delante de mí o... o incluso la hermana de George, que se parece tanto a él, mi existencia sería un poco más llevadera. Pero cuando un hombre lleva viviendo solo ocho o diez años empieza a ser una mala compañía.»

En aquel momento se echó a reír, al terminar la primera pipa.

«Mira que pensar en la hermana de George —se dijo—. ¡Soy un perfecto idiota!»

Al día siguiente, recibió una carta escrita con letra firme pero femenina que le resultaba desconocida. Encontró el pequeño paquete en la mesa del desayuno, junto al panecillo caliente que la señora Maloney había envuelto con una servilleta con mucho cuidado pero con las manos sucias. Contempló el sobre unos minutos antes de abrirlo, no porque le extrañara el remitente, ya que la carta estaba sellada en Grange Heath y sabía que sólo una persona podía escribirle desde ese recóndito pueblo, sino con la vaga ensoñación que era propia de su carácter.

—De Clara Talboys —murmuró lentamente mientras observaba con ojo crítico las letras bien definidas que formaban su nombre y dirección—. Sí, decididamente es de Clara Talboys; reconozco cierta similitud femenina con la letra del pobre George; es más pulcra y más decidida que la suya, pero muy, muy parecida. Le dio la vuelta al sobre y examinó el sello, que representaba el emblema de la familia de su amigo.

«¡Me pregunto qué dirá! —pensó—. Yo diría que es larga; es el tipo de mujer que escribiría una carta larga, una carta en la que me rogará, me hará seguir adelante, tirará de mí, no tengo duda alguna. Pero eso no puede evitarse, así que... ¡vamos allá!»

Rasgó el sobre para abrirlo, exhalando un suspiro de resignación. No contenía más que dos cartas de George y unas pocas palabras escritas en la solapa: «Le mando las cartas, por favor cuídelas y devuélvamelas. C. T».

La carta escrita desde Liverpool no contaba nada de la vida del remitente, con excepción de su repentina decisión de ir al nuevo mundo, para recuperar la fortuna

que había perdido en el viejo. La carta escrita casi inmediatamente después de la boda de George contenía una descripción detallada de su esposa, un tipo de descripción que un hombre sólo es capaz de escribir en las tres primeras semanas después de casarse por amor, un tipo de descripción en la que se hacía una relación de todas sus características, donde todas las formas armoniosas o belleza de expresión se trataban con sumo cariño, todos los encantos de su carácter se describían con amor.

Robert Audley leyó la carta tres veces antes de dejarla sobre la mesa.

«Si George hubiera sabido para qué serviría esta descripción cuando la escribió —pensó el joven abogado—, sin duda se le habría paralizado la mano de terror y habría sido incapaz de hilvanar una sola sílaba de estas tiernas palabras.»

Capítulo VII

Investigando el pasado

El sombrío enero londinense pasó lenta y pesadamente. Los escasos recuerdos de las Navidades pasadas se borraron y Robert Audley permaneció en la ciudad, siguió pasando las tardes solitarias en su tranquilo salón de Fig-tree Court, continuó deambulando con desgana por Temple Gardens en las mañanas soleadas, escuchando distraídamente el parloteo de los niños y observando sus juegos para pasar el rato. Tenía muchos amigos entre los habitantes de los viejos y pintorescos edificios que le rodeaban; tenía también otras amistades lejos, en la apacible campiña, cuyos dormitorios para invitados estaban siempre a la disposición de Bob, cuyas alegres chimeneas albergaban sillones cómodos y acogedores reservados para él. Sin embargo, desde la desaparición de George Talboys parecía haber perdido todo gusto por su compañía, toda afinidad por los placeres y entretenimientos de los de su clase. Los decanos de la abogacía se permitían realizar observaciones burlonas sobre la tez pálida y la actitud taciturna del joven. Sugerían la probabilidad de alguna relación desdichada o algún maltrato femenino como el motivo secreto del cambio. Le dijeron que levantara el ánimo y lo invitaban a cenas en las que «mujeres encantadoras, con todos sus defectos, que Dios las bendiga», eran emborrachadas por caballeros que derramaban lágrimas mientras proponían el brindis, y acababan llorando de infelicidad debido a su estado de embriaguez hacia el término de la reunión. A Robert no le apetecía excederse bebiendo vino ni preparando ponches. En su cabeza sólo había cabida para una idea. Era el único esclavo de un pensamiento lúgubre, un horrible presentimiento. Una nube tormentosa se cernía sobre la casa de su tío, y era su mano la que daría la señal al trueno y la tempestad que arruinarían esa vida tan noble.

«Ojalá estuviera advertida y huyera —se decía a veces—. Sabe Dios que le he dado una buena oportunidad. ¿Por qué no la aprovecha y huye?»

A veces recibía noticias de sir Michael, y a veces de Alicia. Las cartas de la joven raramente contenían más que unas pocas líneas cortantes informándole que su papá estaba bien y que lady Audley estaba de muy buen humor, divirtiéndose con su habitual frivolidad y con su característico desprecio por los demás.

Una carta del señor Marchmont, el director de la escuela de Southampton, informó a Robert de que el pequeño Georgey estaba muy bien pero que iba atrasado en sus estudios y que todavía no había cruzado el rubicón de las palabras de dos sílabas. El capitán Maldon había ido a ver a su nieto pero se le había negado ese privilegio, de acuerdo con las instrucciones del señor Audley. Además, el abuelo había enviado al niño un paquete con pastelitos y dulces, que también había sido

rechazado alegando la tendencia indigesta y perjudicial de dichos comestibles.

Hacia finales de febrero, Robert recibió una carta de su prima Alicia que le acercó rápidamente un paso más hacia su destino, ya que le hacía regresar a la casa de la que, en cierto modo, se había exiliado a instancias de la esposa de su tío.

Papá está muy enfermo —escribió Alicia—, no gravemente, gracias a Dios; pero está confinado en su habitación aquejado de una fiebre baja que ha aparecido tras un fuerte resfriado. Ven a verle, Robert, si es que tienes algún tipo de consideración por tus familiares más cercanos. Ha hablado de ti en varias ocasiones y sé que le alegraría tenerte cerca. Ven inmediatamente pero no le digas nada sobre esta carta.

Tu prima que te quiere,

ALICIA.

Al leer esta carta, Robert sintió un terror enfermizo y angustioso en el corazón; un temor vago pero espantoso, al que no osaba dar una forma definida.

«¿He hecho bien? —pensó, durante los primeros momentos de agonía de este nuevo terror—, ¿he hecho bien no acudiendo a la justicia, y guardando el secreto de mis dudas con la esperanza de que protegía a mis seres queridos del dolor y la desgracia? ¿Qué voy a hacer si le encuentro enfermo; gravemente enfermo, moribundo quizá, muriendo en el regazo de ella? ¿Qué voy a hacer?»

Tenía ante sí un camino claro; y el primer paso de ese camino, por supuesto, era una visita rápida a Audley Court. Preparó el baúl; se subió a un coche de caballos de alquiler y llegó a la estación de tren una hora después de haber recibido la carta de Alicia, que había llegado en el correo de la tarde.

Cuando Robert arribó a Audley, las tenues luces del pueblo parpadeaban ligeramente a través de la creciente oscuridad. Dejó el baúl al jefe de estación y caminó sin prisas por los tranquilos caminos que conducían a la silenciosa soledad de Audley Court. Los árboles, cuyas copas se unían formando un arco, extendían sus ramas deshojadas sobre su cabeza, desnudas y misteriosas bajo la luz crepuscular. El viento gemía ligeramente por el prado y agitaba las ramas a uno y otro lado contra el cielo gris oscuro. Se diría que eran los brazos fantasmagóricos de gigantes empequeñecidos y atrofiados haciendo señas a Robert para que se dirigiera a la casa de su tío. Bajo la fría penumbra invernal parecían amenazadores fantasmas gesticulando para que se apresurara en su viaje. La larga avenida, tan luminosa y agradable cuando los tilos perfumados esparcían sus delicadas flores sobre el paseo y las hojas de los escaramujos flotaban en el aire veraniego, estaba terriblemente sombría y desolada en el triste interregno que separa las alegrías hogareñas de la Navidad del rubor pálido de la primavera entrante: una pausa muerta en el año durante la que la naturaleza parece sumirse en un letargo, esperando la señal maravillosa que hará echar brotes al árbol y florecer a las plantas.

A medida que se acercaba a la casa de su tío, Robert Audley tuvo un presentimiento que le acongojó profundamente. Todas las sombras cambiantes del paisaje le resultaban familiares; todas las torceduras de los árboles, todos los caprichos de las ramas libres de ataduras, todas las ondulaciones del espino desnudo,

roto por castaños de indias diminutos, raquíuticos sauces, zarzamoras y matorrales de avellanos.

Sir Michael había sido como un segundo padre para el joven, un amigo generoso y noble, un consejero grave y serio, y tal vez el sentimiento más fuerte que albergaba el corazón de Robert era su amor por el baronet de barba canosa. Sin embargo, ese cariño era una parte tan profunda de sí mismo que apenas se expresaba en palabras, y un desconocido nunca habría captado la fuerza de ese sentimiento que residía, en forma de corriente profunda y vigorosa, bajo la fachada imperturbable del carácter del abogado.

«¿Qué sería de este lugar si mi tío falleciera? —pensó mientras se acercaba al arco cubierto de hiedra y a los silenciosos estanques, de color metalizado bajo la luz crepuscular—. ¿Vivirían otras personas en la vieja casa, y se sentarían bajo los techos bajos de roble de esas estancias tan hogareñas y familiares?»

La maravillosa facultad de asociación, tan inextricablemente unida a las fibras más íntimas de incluso las personas de naturaleza más dura, llenó el corazón del joven de un dolor profético cuando recordó que, tarde o temprano, llegaría el día en que las contraventanas de roble permanecerían cerradas durante algún tiempo, y se impediría la entrada del sol en la casa que amaba. Le resultaba doloroso incluso pensarlo; igual que siempre debe de ser doloroso pensar lo poco que los grandes de esta tierra pueden conservar de su grandiosidad tras su ruina. ¿Acaso es tan maravilloso que algunos caminantes se queden dormidos bajo los setos, apenas preocupados de seguir avanzando en un viaje que no conduce a ninguna morada perdurable? ¿Acaso es maravilloso que haya habido quietistas en el mundo, incluso desde que Cristo predicara su doctrina por primera vez en la tierra? ¿Acaso es extraño que haya fortaleza paciente y resignación sosegada, expectativa tranquila ante lo que está por venir por la orilla contraria del oscuro río que fluye? ¿Acaso no es más de extrañar que alguien se moleste en ser grande por la grandeza en sí, por ninguna otra razón que la pura escrupulosidad; la sencilla fidelidad del sirviente que teme guardar su talento en una servilleta^[63], a sabiendas de que la indiferencia está íntimamente relacionada con la falta de honradez? Si Robert Audley hubiera vivido en la época de Tomás de Kempis^[64], es muy probable que se hubiera construido una pequeña ermita en el corazón de un bosque solitario y se hubiera pasado la vida en tranquila imitación del conocido autor de *Imitación de Cristo*. Por el momento, Fig-tree Court era una plácida ermita a su manera y con respecto a los breviarios y Libros de Horas, me avergüenza decir que el joven abogado los sustituía por Paul de Kock^[65] y Dumas hijo. Pero sus pecados eran de un orden tan sencillamente negativo que le habría resultado muy fácil cambiarlos por virtudes negativas.

Cuando Robert pasó bajo la lúgubre sombra de la hiedra susurrante, impaciente por el frío quejido del viento, sólo se veía una luz en la larga e irregular hilera de ventanas que daban al arco. Advirtió que se trataba del gran mirador del dormitorio de su tío. La última vez que había contemplado la vieja casa reinaba en ella la alegría

de los visitantes, todas las ventanas relucían como si fueran una estrella baja en la penumbra; ahora, oscura y en silencio, se enfrentaba a la noche invernal como una majestuosa habitación funesta, sumida en la soledad del bosque.

El hombre que abrió la puerta al visitante inesperado se alegró al reconocer al sobrino de su señor.

—Sir Michael se animará un poco al verle, señor —dijo, al tiempo que acompañaba a Robert Audley a la biblioteca iluminada por la chimenea, que presentaba un aspecto desolado debido a que el sillón del baronet, situado sobre la ancha alfombra de la chimenea, estaba vacío—. ¿Le traigo algo de cenar aquí, señor, antes de que suba? —preguntó el sirviente—. La señora y la señorita Audley suelen cenar más temprano desde que el señor está enfermo, pero puedo traerle lo que guste, señor.

—No tomaré nada hasta que no haya visto a mi tío —se apresuró a responder Robert—, es decir, si es que puedo verle inmediatamente. No estará demasiado enfermo para recibirme, ¿no? —añadió ansioso.

—Oh, no, señor... no demasiado enfermo, sólo un poco, señor. Por aquí, por favor.

Condujo a Robert por el corto tramo de escaleras de roble poco profundas en dirección a la sala octagonal en la que George Talboys se había sentado durante tanto tiempo hacía ya cinco meses, observando distraídamente el retrato de milady. Ahora el cuadro estaba terminado y colocado en un lugar de honor frente a la ventana, entre los claudes, poussins y wouvermans, cuyos tonos menos luminosos quedaban apagados por el vivo colorido del artista moderno. El resplandeciente rostro miraba bajo el brillo enmarañado del cabello rubio, que tanto deleita a los prerrafaelitas, con una sonrisa burlona, y Robert se detuvo unos instantes a contemplar el retrato que tan bien recordaba. Dos o tres minutos después pasó por el tocador y vestidor de la señora y se quedó ante el umbral de la habitación de sir Michael. El baronet estaba sumido en un sueño ligero, con el brazo colgando fuera de la cama y con su fuerte mano agarrada a los delicados dedos de su joven esposa. Alicia estaba sentada en una silla baja junto a la amplia chimenea abierta, donde gruesos troncos ardían con fuerza en el helado ambiente. El interior de este lujoso dormitorio podría haber sido un cuadro asombroso para el pincel de un artista. El mobiliario sólido, oscuro y sombrío, aunque avivado aquí y allá por toques de dorado, y grandes cantidades de colores brillantes; la elegancia de cada uno de los detalles, en los que la riqueza se había supeditado a la pureza del gusto; y, por último, aunque fuera lo más importante, las gráciles figuras de las dos mujeres y la silueta noble de su tío habrían formado un estudio interesante para cualquier pintor.

Lucy Audley, con el cabello desordenado como una neblina amarilla dorada alrededor del rostro reflexivo, las líneas fluidas de su delicado salto de cama de muselina que le caía en pliegues rectos hasta los pies, y ceñido en la cintura con un círculo estrecho de eslabones de ágata, podría haber servido de modelo para una santa

medieval, en una de las diminutas capillas escondidas en las zonas más recónditas de una antigua catedral gris, que ni la Reforma ni Cromwell habían podido alterar. ¿Y qué piadoso mártir de la Edad Media habría presentado un aspecto más sagrado que el hombre cuya barba gris yacía sobre el oscuro cobertor de seda de la majestuosa cama?

Robert se detuvo en el umbral, temeroso de despertar a su tío. Las dos mujeres habían oído sus pasos, aunque él había sido cauteloso, y levantaron la cabeza para mirarle. El rostro de milady, que observaba silenciosa al hombre enfermo, transmitía una angustiosa seriedad que incluso la tornaba más hermosa; pero ese mismo rostro, al reconocer a Robert Audley, perdió su delicado brillo y adoptó una expresión asustada y lánguida bajo la lámpara.

—¡Señor Audley! —exclamó, con un hilo de voz trémula.

—¡Silencio! —susurró Alicia, con una señal de advertencia—, despertará a papá. Me alegro de que hayas venido, Robert —añadió con el mismo tono susurrante, al tiempo que indicaba a su primo que ocupara una silla vacía cerca de la cama.

El joven se sentó en la silla indicada al pie de la cama, frente a la señora, quien estaba sentada cerca de los almohadones. Él observó fijamente y durante un buen rato el rostro del hombre dormido, y luego más fijamente y durante más tiempo el de lady Audley, que poco a poco iba recuperando su color natural.

—No ha estado muy enfermo, ¿verdad? —inquirió Robert en el mismo tono que había utilizado Alicia.

—Oh, no, no ha sido nada grave —respondió milady, sin apartar la mirada de la cara de su esposo—, pero aun así nos ha tenido muy, pero que muy preocupadas.

Robert no dejó de escudriñar su pálido rostro.

«Me va a mirar —pensó—, haré que me miré a los ojos y leeré sus pensamientos igual que he hecho en otras ocasiones. Así sabrá cuán artificiales son sus artimañas conmigo.»

Permaneció callado unos momentos antes de volver a hablar. La respiración regular de su tío dormido, el tictac del reloj de péndulo situado sobre la cama y el crepitar de los troncos que ardían eran los únicos sonidos que rompían el silencio.

—No me cabe duda de que estaban preocupadas, lady Audley —dijo Robert tras una pausa, clavando su mirada en la de ella mientras sus ojos vagaban disimuladamente por el rostro de él—. No hay nadie en el mundo que valore tanto la vida de mi tío como usted. Su felicidad, su prosperidad y su seguridad dependen por completo de su existencia.

El susurro con el que pronunció estas palabras fue demasiado bajo para llegar al otro lado de la habitación, donde se encontraba Alicia.

Los ojos de Lucy Audley se encontraron con los de quien le dirigía la palabra con un cierto brillo de victoria.

—Lo sé —repuso ella—. Quienes deseen atacarme tendrán primero que atacarle a él.

Señaló a sir Audley mientras pronunciaba estas palabras sin apartar la mirada de Robert. Le desafió con sus ojos azules, cuyo brillo quedó intensificado por la sensación de victoria que transmitían. Le desafió con su discreta sonrisa, una sonrisa mortalmente hermosa, llena de significados latentes y misteriosos, la sonrisa que el artista había exagerado en su retrato.

Robert desvió la mirada del hermoso rostro y se cubrió los ojos con la mano, a modo de barrera entre la señora y él, cortina que frustró la intención de ella de penetrarle con la mirada y que provocó su curiosidad. ¿La seguía mirando o estaba pensando? ¿Y en qué estaba pensando?

Robert Audley llevaba sentado a la cabecera de la cama durante más de una hora cuando su tío se despertó. El baronet se alegró enormemente de la visita de su sobrino.

—Ha sido muy buena idea que vinieras, Bob —dijo—. Desde que caí enfermo he pensado mucho en ti. Tú y Lucy tenéis que ser buenos amigos, sabes, Bob, y tienes que aprender a considerarla como tu tía, aunque sea joven y hermosa, y... y... y... ¿lo entiendes, no?

Robert asió con fuerza la mano de su tío pero bajó la mirada, serio mientras respondía:

—Le entiendo, señor —repuso con voz queda—, y le doy mi palabra de honor de que tengo fuerzas para no sucumbir a la fascinación de la señora. Ella lo sabe tan bien como yo.

Lucy Audley hizo una pequeña mueca con sus bonitos labios.

—Bah, qué tonto es usted, Robert —exclamó—, se lo toma todo *au sérieux*. Si pensé que era demasiado joven para ser mi sobrino no fue más que por temor a las habladurías de la gente, no por ningún...

Vaciló un momento y se libró de concluir la frase gracias a la oportuna intervención del señor Dawson, su último patrón, que entró en la habitación para realizar su visita de la tarde mientras ella hablaba.

Tomó el pulso al paciente, formuló dos o tres preguntas, dictaminó que el baronet iba mejorando a un ritmo constante, intercambió unos cuantos comentarios banales con Alicia y lady Audley y se dispuso a abandonar la estancia. Robert se levantó y le acompañó a la puerta.

—Le guiaré hasta la escalera —dijo, al tiempo que cogía una vela de una de las mesas y la encendía con la lámpara.

—No, no, señor Audley, por favor, no se tome tanta molestia —protestó el médico—; conozco el camino perfectamente.

Robert insistió y los dos hombres salieron juntos de la habitación. Cuando entraron en la antecámara octagonal, el abogado se detuvo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Puede comprobar que la otra puerta esté cerrada, señor Dawson? —dijo señalando a la que daba a la escalinata—. Me gustaría hablar a solas con usted un momento.

—Por supuesto —contestó el médico, obedeciendo la petición de Robert—, pero si está alarmado por su tío, señor Audley, no tiene por qué. No hay motivo para el desasosiego. Si hubiera estado enfermo de gravedad, habría teleografiado de inmediato al médico de la familia.

—Estoy seguro de que habría cumplido con su deber, señor —respondió Robert con gravedad—. Pero no deseo hablar de mi tío. Quiero hacerle dos o tres preguntas sobre otra persona.

—Adelante.

—La persona que vivió en el pasado en su casa como la señorita Lucy Graham, la mujer que ahora es lady Audley.

El señor Dawson levantó la mirada con expresión sorprendida.

—Discúlpeme, señor Audley —respondió—, no es posible que espere que responda a preguntas sobre la esposa de su tío sin el permiso expreso de sir Michael. No comprendo el motivo que puede llevarle a hacerme tales preguntas, por lo menos no será un motivo digno. —Observó con severidad al joven como diciendo: «Se ha enamorado de la bonita esposa de su tío, señor, y quiere convertirme en mediador de algún coqueteo traicionero; pero no lo va a conseguir, señor, no lo va a conseguir»—. Siempre respeté a la señora cuando era la señorita Graham, señor —dijo—, y ahora la aprecio el doble como lady Audley, no porque haya cambiado de posición social, sino porque es la esposa de uno de los hombres más nobles de la faz de la tierra.

—Es imposible que respete a mi tío o el honor de mi tío con un afecto más sincero que el mío —respondió Robert—. No tengo ningún motivo indigno para hacerle las preguntas que deseo, y usted tiene la obligación de responderlas.

—¡Obligación! —repitió el señor Dawson, indignado.

—Sí, usted es amigo de mi tío. En su casa conoció a la mujer que ahora es su esposa. Ella dijo ser huérfana, creo, y consiguió la compasión y admiración de mi tío. Ella le dijo que estaba sola en el mundo, ¿no es cierto?, que no tenía amigos ni familia. Eso es lo más que he podido averiguar de su pasado.

—¿Por qué motivos desea saber más? —preguntó el médico.

—Por un motivo de extrema gravedad —respondió Robert Audley—. Hace varios meses que lucho contra mis dudas y sospechas, y eso me está amargando la vida. Son cada vez mayores y no las disiparé con sofistería barata y argumentos frívolos con los que los hombres intentan engañarse, en vez de creer lo que más temen creer en esta vida. Creo que la mujer que lleva el apellido de mi tío no es digna de ser su esposa. Podría equivocarme al emitir este juicio, quiera el cielo que así sea, pero, si me equivoco, confieso que la funesta cadena de pruebas circunstanciales nunca ha estrechado con tal fuerza a una persona inocente. Deseo disipar mis dudas o... confirmar mis temores. Sólo puedo conseguirlo de una manera. Debo conocer el pasado de la esposa de mi tío, con todo lujo de detalles, desde esta noche hasta hace seis años. Hoy es veinticuatro de febrero de 1859. Quiero saberlo todo de ella entre esta noche y el mes de febrero del año 1853.

—¿Y tiene un motivo digno para ello?

—Sí, deseo que su nombre no quede empañado por una terrible sospecha.

—¿Que existe tan sólo en su mente?

—Y en la mente de otra persona.

—¿Puedo preguntar de quién se trata?

—No, señor Dawson —respondió Robert con decisión—. No puedo revelarle más de lo que le he dicho. Soy un hombre muy irresuelto y vacilante en muchos momentos, pero en este asunto me veo obligado a ser decidido. Le repito de nuevo que debo saber la historia de Lucy Graham. Si se niega a ayudarme en lo poco que puede hacer, encontraré a otros que lo hagan. Por doloroso que me resulte, pediré a mi tío la información que usted me niega en vez de cruzarme de brazos en la primera etapa de mi investigación.

El señor Dawson guardó silencio unos minutos.

—Soy incapaz de expresar hasta qué punto me ha sorprendido y alarmado, señor Audley —declaró—. Puedo contarle tan poco sobre el pasado de lady Audley que no sería más que pura obstinación negarle la escasa información que obra en mi conocimiento. Siempre he considerado que la esposa de su tío era una de las mujeres más agradables que conozco. No sé pensar en ella en otros términos. Sería como arrebatarle una de las convicciones más fuertes de mi vida, si me viera obligado a pensar lo contrario de ella. ¿Desea conocer su vida pasada desde ahora hasta el año 1853?

—Eso es.

—Se casó con su tío en junio de hace dos años, en el verano de 1857. Había vivido con nosotros poco más de trece meses. Entró a trabajar en mi casa alrededor del 14 de mayo de 1856.

—¿Y de dónde venía?

—De una escuela de Brompton, una escuela dirigida por una señora llamada Vincent. Fueron las buenas referencias de la señora Vincent las que me indujeron a contratar a la señorita Graham sin saber nada más de su pasado.

—¿Vio a esa tal señora Vincent?

—No. Puse un anuncio en el que pedía una institutriz y la señorita Graham respondió. En su carta hacía referencia a la señora Vincent, la propietaria de una escuela en la que entonces trabajaba como profesora adjunta. Voy siempre tan escaso de tiempo que me alegré de no tener que perder un día desplazándome a Londres para inquirir por las referencias de la joven. Busqué el nombre de la señora Vincent en la guía, lo encontré, y llegué a la conclusión de que se trataba de una persona responsable, así que le escribí. Su respuesta fue de lo más satisfactorio: la señorita Graham era diligente y concienzuda; y disponía de la preparación necesaria para el puesto. Acepté estas referencias y no tuve motivo alguno para pensar que había cometido un error. Ahora, señor Audley, ya le he contado todo lo que sé.

—¿Tendría la amabilidad de darme la dirección de esa tal señora Vincent? —

pidió Robert, al tiempo que sacaba la cartera.

—Por supuesto. Entonces vivía en el número 9 de Crescent Villas, en Brompton.

—Ah, ya —murmuró el señor Audley al recordar un instante del pasado mes de septiembre mientras hablaba el médico—. Crescent Villas, sí, ya he oído esa dirección antes, en boca de la misma lady Audley. La señora Vincent telegrafió a la esposa de mi tío a comienzos del pasado mes de septiembre. Estaba enferma... a punto de morir, creo, e hizo llamar a milady; pero se había mudado de su vieja casa y no la pudo localizar.

—¡Vaya! Lady Audley nunca me mencionó tal cosa.

—Tal vez no. Ocurrió mientras yo estaba en la casa. Gracias, señor Dawson, por la información que tan sincera y amablemente me ha proporcionado. Eso nos remonta a dos años y medio atrás en la historia de la señora pero aún tengo un vacío de tres años que llenar antes de poder exonerarla de mis terribles sospechas. Buenas noches.

Robert estrechó la mano del médico y volvió a la habitación de su tío. Había estado fuera cerca de un cuarto de hora. Sir Michael se había dormido una vez más y, con sus adorables manos, lady Audley había bajado las gruesas cortinas y tamizado la luz de la lámpara situada junto a la mesa. Alicia y la esposa de su padre estaban tomando el té en el tocador de lady Audley, la estancia contigua a la antecámara en la que Robert y el señor Dawson habían hablado.

Lucy Audley levantó la mirada de las frágiles tazas de porcelana y observó a Robert con rostro ansioso mientras éste entraba sigilosamente en la habitación de su tío y salía de nuevo al tocador. Estaba hermosa y presentaba un aspecto inocente, sentada tras el elegante juego de té de delicado ópalo y la plata reluciente. Sin duda una mujer hermosa lo es todavía más cuando prepara el té. Las más femenina y hogareña de las ocupaciones confiere una armonía mágica a todos sus movimientos, una magia a todas sus miradas. Las emanaciones del líquido en ebullición en el que hace la infusión de las hierbas balsámicas, cuyos secretos sólo ella conoce, la envuelven en un halo de vapor perfumado a través del cual semeja un hada social, que prepara hechizos poderosos con Gunpowder y Bohea^[66]. Reina omnipotente en la mesa del té, inaccesible. ¿Qué saben los hombres de tan misteriosa bebida? Basta con leer cómo se preparaba el té el pobre Hazlitt^[67] para estremecerse ante tamaña barbarie. Con qué torpeza intentan esas desgraciadas criaturas ayudar a la hechicera que preside la bandeja del té; con qué impericia sostienen el hervidor, con qué frecuencia ponen en peligro las frágiles tazas y los platillos, o las manos habilidosas de la sacerdotisa. Eliminar la mesa del té es robar a una mujer su imperio legítimo. Hacer que un par de hombres corpulentos sirvan una infusión realizada en la sala del ama de llaves es reducir la más social y agradable de las ceremonias a un mero reparto de raciones. Es mejor degustar la hermosa influencia de las tazas y platillos delicadamente empuñados por una mano femenina, que todo el poder inoportuno arrebatado a punta de estilográfica del mal dispuesto sexo severo. Basta imaginar a todas las mujeres de Inglaterra elevadas al alto nivel de la intelectualidad masculina;

por encima de la crinolina, de los polvos nacarados y de la señora Rachel Levison^[68]; sin molestarse en estar bellas, ni en parecer amables; por encima de las mesas de té y esas habladurías cruelmente escandalosas y bastante satíricas que incluso gustan a los hombres fuertes, para suponer entonces qué vida tan aburrida, utilitaria y desagradable debe de llevar el sexo fuerte.

La señora no era ni mucho menos resuelta^[69]. El diamante estrellado que llevaba en el dedo relucía aquí y allá entre los enseres para el té, e inclinó su hermosa cabeza sobre la maravillosa caja de té india, de madera de sándalo y plata, con tanta seriedad como si la vida dependiera de una infusión de Bohea.

—¿Tomará una taza de té con nosotras, señor Audley? —preguntó, deteniéndose con la tetera en la mano para mirar a Robert, quien se encontraba junto a la puerta.

—Con mucho gusto.

—Pero quizá no haya cenado. ¿Quiere que le haga traer algo un poco más sólido que las galletas y estas finas rodajas de pan con mantequilla?

—No, gracias, lady Audley. He comido algo antes de salir de la ciudad. No quiero que se tome más molestia que invitarme a una taza de té.

Se sentó a la pequeña mesa y miró a su prima Alicia, quien estaba sentada con un libro en el regazo y parecía absorta en la lectura. Su cutis moreno y radiante había perdido el tono rosado, y la vivacidad de la joven había desaparecido, debido sin duda a la enfermedad de su padre, pensó Robert.

—Alicia, querida —dijo el abogado tras contemplar a su prima concienzudamente—, no tienes buen aspecto.

La señorita Audley se encogió de hombros pero no se dignó levantar los ojos del libro.

—Tal vez no —respondió con desdén—. ¿Qué más da? Me estoy convirtiendo en una filósofa de tu escuela, Robert Audley. ¿Qué más da? ¿A quién le importa si estoy bien o mal?

«Qué fierecilla está hecha», pensó el abogado. Se dio cuenta de que su prima estaba enfadada con él porque le había llamado «Robert Audley».

—No debes arremeter contra las personas cuando te hacen una pregunta cortés, Alicia —la regañó él—. Y eso de que a nadie le importa cómo estás, es mentira, a mí me importa. —La señorita Audley alzó la mirada con una sonrisa radiante—. A sir Harry Towers le importa. —La señorita Audley retomó la lectura con el ceño fruncido—. ¿Qué estás leyendo, Alicia? —preguntó Robert, tras una pausa, durante la cual permaneció sentado removiendo el té concienzudamente.

—Cambios y azares.

—¿Es una novela?

—Sí.

—¿De quién?

—Del autor de *Locuras y faltas* —respondió Alicia, siguiendo la lectura de la novela romántica que tenía en el regazo.

—¿Es interesante?

La señorita Audley frunció la boca y se encogió de hombros.

—No demasiado —dijo.

—Entonces creo que podrías ser más educada y no leer mientras tu primo está sentado delante de ti —observó Robert, con cierta gravedad—, sobre todo teniendo en cuenta que ha venido para una visita relámpago y que se marchará mañana por la mañana.

—¡Mañana por la mañana! —exclamó la señora, levantando la mirada de forma repentina.

Aunque la expresión de alegría en el rostro de lady Audley fue tan breve como el destello de un relámpago en el cielo de verano, a Robert no le pasó desapercibida.

—Sí —dijo—. Mañana tengo que solucionar algunos asuntos en Londres pero volveré al día siguiente, si me *lo* permite, lady Audley, y me quedaré aquí hasta que mi tío se recupere.

—Pero no estará alarmado en exceso por él, ¿verdad? —preguntó milady angustiada—. No creerá que está muy enfermo, ¿no?

—No —respondió Robert—. Gracias a Dios, creo que no hay motivo alguno para asustarse.

La señora permaneció sentada en silencio durante unos minutos, observando las tazas de té vacías con rostro reflexivo, un rostro grave con la seriedad inocente de un niño que cavila.

—Pero ha estado encerrado tanto rato con el señor Dawson, —dijo tras una breve pausa— que me ha asustado la duración de la conversación. ¿Han estado hablando de sir Michael todo el tiempo?

—No, no todo el tiempo.

Milady bajó la mirada hacia las tazas una vez más.

—Vaya, ¿qué podría decirle al señor Dawson, o él a usted? —inquirió, tras otra pausa—. Prácticamente no se conocen.

—Imagine que el señor Dawson quisiera consultarme sobre algún asunto legal.

—¿De qué se trata? —preguntó con impaciencia lady Audley.

—Sería muy poco profesional por mi parte contárselo, señora —respondió Robert con gravedad.

Milady se mordió el labio y volvió a quedarse callada. Alicia dejó el libro y observó el rostro preocupado de su primo. Él hablaba con ella de vez en cuando, pero era evidente que le costaba despertar de ese estado de ensimismamiento.

—Caramba, Robert Audley, eres un visitante de lo más agradable —exclamó Alicia al final, después de que su limitada cantidad de paciencia quedara agotada por dos o tres intentos fallidos de conversación—. Quizá la próxima vez que vengas a Audley Court tengas la amabilidad de traer la cabeza contigo. Dado tu aspecto inanimado actual, diríase que has dejado tu intelecto, sea cual sea, en algún lugar de Temple. Nunca has sido una persona animada y alegre pero últimamente resultas casi

insuportable. Supongo que está enamorado, señor Audley, y está pensando en el honrado objeto de sus sentimientos.

Estaba pensando en el rostro exaltado de Clara Talboys, sublime en su indescriptible dolor; en la vehemencia de sus palabras, que todavía resonaban en sus oídos con la misma claridad con la que las había pronunciado la primera vez. La vio de nuevo mirándole con sus brillantes ojos pardos. Volvió a oír la pregunta solemne: «¿Quién va a encontrar al asesino de mi hermano, usted o yo?». Y en esos momentos se encontraba en Essex; en el pueblecito del que estaba firmemente convencido de que George Talboys no había salido jamás. Se encontraba en el lugar en el que todo indicio de la existencia de su amigo terminaba igual que una historia termina, cuando el lector cierra el libro. ¿Y podía retirarse ahora de la investigación en la que tan implicado estaba? ¿Podía abandonar ahora? ¿Por algún motivo? ¡No, mil veces no! No con la imagen de ese rostro contraído por el dolor en su mente. No con el tono de aquel ferviente llamamiento repitiéndose en sus oídos.

Capítulo VIII

Tanto y tan poco

A la mañana siguiente, Robert abandonó Audley Court, tomó el primer tren y llegó a Shoreditch poco después de las nueve en punto. En lugar de regresar a sus aposentos, paró un coche de caballos y se dirigió hacia Crescent Villas, en la zona oeste de Brompton. Robert sabía que, tal y como le había ocurrido a su tío hacía unos meses, él tampoco encontraría en esa dirección a la dama que buscaba, pero pensaba que, a pesar del intento fallido de sir Michael, tal vez pudiera averiguar la nueva residencia de la maestra.

«Según el mensaje telegráfico, a la señora Vincent le quedaban pocas horas de vida —pensó Robert—. Si la localizo, al menos sabré si el contenido del mensaje era cierto.»

Llegó, no sin dificultad, a Crescent Villas. Las casas eran grandes, aunque quedaban un tanto ocultas por el enorme caos de ladrillos y mortero que se alzaba a su alrededor. Las nuevas casas, calles y plazas habían hecho que las piedras y los materiales de construcción se amontonasen por doquier. Las calles estaban embarradas y, como consecuencia de ello, las ruedas de los carruajes y los cascos de los caballos se hundían y avanzaban con gran dificultad. La desolación de las desolaciones —el terrible aspecto que presenta un barrio en construcción—, también se había apoderado, con su inconfundible y deprimente sello, de las calles adyacentes a Crescent Villas. Robert había desperdiciado cuarenta minutos, aunque el cochero aseguraba que había sido una hora y cuarto, subiendo y bajando por calles intransitadas, intentando encontrar las Villas, cuyos cañones de chimenea, negros y antiguos, se elevaban amenazadores ante él entre paredes de yeso blanco que ni el tiempo ni el humo habían oscurecido.

Finalmente, sin embargo, el señor Audley encontró la dirección deseada, se apeó del carruaje, le pidió al cochero que le esperara en la esquina y se dispuso a hacer las averiguaciones pertinentes.

«Si fuese uno de los distinguidos abogados de la Reina, no haría este tipo de cosas —pensó—. Mi tiempo sería tan valioso que me pagarían una guinea o más por minuto y me contratarían para resolver el famoso caso de Homs contra Bogas, y hoy mismo tendría que presentarme ante el jurado especial en Westminster Hall. Sin embargo, dadas las circunstancias, tendré que ser paciente.»

Robert preguntó por la señora Vincent en la dirección que le había facilitado el señor Dawson. La doncella que abrió la puerta nunca había oído el nombre de la dama en cuestión pero, tras haber consultado al respecto con la señora de la casa, regresó y le explicó a Robert que la señora Vincent había vivido allí pero que se había

marchado dos meses antes de que llegaran los actuales inquilinos.

—Hace quince meses que la señora vive aquí —añadió la muchacha.

—¿Sabría decirme el paradero actual de la señora Vincent? —preguntó Robert desesperanzado.

—No, señor. La señora cree que estaba endeudada y que por ese motivo se marchó repentinamente, sin explicar a nadie adonde iba.

El señor Audley volvió a tener la impresión de que la situación era cada vez más complicada. Si la señora Vincent se había ido sin pagar lo que debía, se habría asegurado de que nadie descubriese su paradero actual. Por lo tanto, resultaría inútil preguntar a los comerciantes del lugar y, por otro lado, era posible que alguno de sus acreedores más implacables se hubiera propuesto la misión de averiguar su dirección.

Robert inició la investigación en las tiendas más cercanas, una panadería, una papelería y una frutería a pocos pasos de la calle en forma de media luna. Las tiendas parecían vacías y resultaban un tanto pretenciosas, con ventanas de cristal cilindrado y cierto aire de finura.

El panadero, que se hacía llamar repostero y confitero, tenía expuestos en la panadería varios bizcochos petrificados en botellas de cristal y algunas tartas excesivamente glaseadas cubiertas con una gasa verde.

«La señora Vincent seguro que compraba pan —pensó Robert mientras observaba la panadería—. Y, probablemente, lo haría en el lugar que le quedara más cerca. Hablaré con el panadero.»

El panadero estaba detrás del mostrador y discutía con una muchacha de buena familia venida a menos sobre algunos de los artículos de una factura. El hombre no se molestó en atender a Robert hasta que no hubo llegado a un acuerdo con la muchacha y, mientras firmaba la factura, alzó la vista y le preguntó al abogado qué deseaba.

—¿Sabría indicarme la dirección actual de la señora Vincent, que vivía en el número 9 de Crescent Villas hace un año y medio? —preguntó el señor Audley en voz baja.

—No, me temo que no —respondió el panadero al tiempo que enrojecía y alzaba la voz más de lo necesario—, aunque me gustaría. Esa señora me debe más de once libras y esa cantidad supera con creces la que me podría permitir el lujo de perder. Si alguien supiera decirme dónde vive, se lo agradecería sobremanera.

Robert Audley se encogió de hombros y le deseó los buenos días. Tenía la impresión de que averiguar el paradero de la señora Vincent le causaría más problemas de lo que había previsto. Podía haber buscado el nombre de la señora Vincent en el directorio de la Oficina de Correos, pero estaba convencido de que una señora que se encontrara en una situación tan delicada con respecto a sus acreedores no les facilitaría en absoluto la tarea de que averiguaran su paradero.

«Si el panadero no la he encontrado, ¿cómo voy a encontrarla yo? —pensó—. Si una persona tan decidida, activa, enérgica y optimista como el panadero no lo ha logrado, ¿cómo podrá hacerlo un pobre diablo como yo? Si ese hombre ha fracasado

en su intento, sería una auténtica locura que yo intentase salir victorioso.»

El señor Audley se sumió en estas sombrías reflexiones mientras se dirigía lentamente hacia la esquina en la que le esperaba el coche de caballos. Cuando se encontraba a mitad de camino, se detuvo al oír la voz de una mujer que le decía algo. Se volvió y se topó con la muchacha que había visto discutiendo con el panadero.

—¿Cómo dice? —preguntó—. ¿En qué puedo ayudarle, señora? ¿Acaso la señora Vincent también le debe dinero a usted?

—Sí, señor —replicó la mujer con cierto refinamiento que concordaba con la aparente elegancia de su vestido—. La señora Vincent me debe dinero, pero no se trata de eso, señor. Le rogaría que me dijese cuál es el motivo por el que desea verla... porque... porque...

—Porque usted podría proporcionarme su dirección, ¿no es así, señora? ¿Acaso no es eso lo que quería decirme?

La mujer vaciló durante unos instantes al tiempo que observaba a Robert con recelo.

—¿No tendrá usted algo que ver con la venta a plazos^[70], señor? —preguntó la mujer tras escudriñar al señor Audley.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió el joven abogado clavando la mirada en la muchacha.

—Lo siento, señor —replicó la muchacha al percatarse de que había cometido un terrible error—. Había pensado que tal vez usted tuviese algo que ver. Algunos de los caballeros que recaudan para las tiendas que venden a plazos visten con elegancia, y sé que la señora Vincent debe mucho dinero.

Robert Audley colocó la mano en el brazo de la muchacha.

—Querida señora —dijo—, no me interesan los asuntos de la señora Vincent. En cuanto a lo que usted llama «venta a plazos», no tengo ni la más remota idea de lo que significa. Tal vez se trate de algo relacionado con una conspiración política o de algún impuesto nuevo. Aunque la señora Vincent no goce del respeto del panadero, a mí no me debe dinero. Nunca la he visto, pero quisiera verla hoy para formularle algunas simples preguntas sobre una muchacha que vivió en su casa. Si sabe dónde vive la señora Vincent, me haría un gran favor proporcionándome su dirección.

Robert extrajo su tarjetero y le entregó una tarjeta a la mujer, y ésta la observó detenidamente antes de hablar de nuevo.

—Estoy segura de que es usted un auténtico caballero, señor —dijo tras una breve pausa—, y espero que sepa perdonarme si me he mostrado desconfiada, pero la pobre señora Vincent ha sufrido lo indecible, y yo soy la única persona de la zona que conoce su paradero actual. Soy modista, señor, y he trabajado para ella durante más de seis años, y aunque no me paga lo que debiera, me entrega pequeñas sumas de tanto en tanto, por lo que intento que nuestra relación sea lo más estable posible. ¿Desea, entonces, que le diga dónde vive? Usted no me ha engañado, ¿verdad que no?

—Le doy mi palabra.

—La señora Vincent —comenzó a decir la modista en voz baja, como si creyera que el pavimento o las verjas de hierro de las casas adyacentes estuvieran escuchando sus palabras—, vive en Acacia Cottage, en Peckham Grove. Ayer le llevé un traje a esa dirección.

—Gracias —dijo Robert mientras anotaba la dirección en su libretilla—. Le estoy muy agradecido y le aseguro que no le causaré molestia alguna a la señora Vincent.

Robert levantó el sombrero, se inclinó cortésmente y se volvió hacia el carruaje.

«Sin lugar a dudas, he vencido al panadero —pensó—. Y ahora pasaré a una segunda etapa: me adentraré en el pasado de milady.»

El trayecto entre Brompton y Peckham Road era muy largo, por lo que Robert Audley tuvo tiempo suficiente para reflexionar mientras se dirigía hacia Acacia Cottage. Recordó a su tío cuando yacía débil y enfermo en la habitación revestida de roble de Audley Court. Recordó también los hermosos ojos azules, que observaban a sir Michael mientras dormía; las tersas manos blancas, que se ocupaban de sus necesidades; la suave y melodiosa voz, que aliviaba su soledad y alegraba sus últimos años de vida. ¡Sería un recuerdo tan agradable si pudiera verlo con ojos distantes, como lo verían los demás o un desconocido! Pero al ver, o al creer que veía, una nube negra cerniéndose sobre los recuerdos, ¡todo parecía convertirse en una burla, en una ilusión diabólica!

Peckham Grove, un lugar agradable en verano, presenta un aspecto más bien deprimente durante un lúgubre día de febrero, cuando las ramas de los árboles están desnudas y los pequeños jardines desolados. El nombre de Acacia Cottage no se correspondía con la realidad puesto que la carretera estaba circundada por muros estucados y protegida únicamente por dos álamos alargados. Sin embargo, el nombre de Acacia Cottage figuraba en una pequeña placa de latón clavada en uno de los postes. El conductor, que tenía vista de lince, había reparado en él y dejó al señor Audley delante de la pequeña puerta de la casa.

Acacia Cottage estaba situada en una zona de menor categoría que Crescent Villas, y resultaba evidente que la menuda sirvienta que se había aproximado a la pequeña puerta de madera para recibir al señor Audley estaba acostumbrada a la visita de acreedores implacables.

La sirvienta murmuró la consabida retahíla sobre el paradero de su señora, le preguntó a Robert su nombre y el motivo de su visita y luego le aseguró que iría a ver si la señora Vincent se encontraba en casa en ese momento.

El señor Audley extrajo una tarjeta y, bajo su nombre, escribió con un lápiz: «Conocido de la señorita Graham».

Robert le pidió a la sirvienta que le entregara la tarjeta a su señora y esperó pacientemente.

Al cabo de unos cinco minutos, la sirvienta regresó con la llave de la puerta. Mientras la abría, le dijo a Robert que la señora estaba en casa y que deseaba recibirle

de inmediato.

El mobiliario y todos y cada uno de los adornos del salón de forma cuadrangular hasta el que la mujer había conducido a Robert llevaban el sello inconfundible de esa clase de pobreza que resulta más incómoda, puesto que siempre está cambiando. El artesano que decora el pequeño salón de su casa con media docena de sillas de mimbre, una mesa de estilo Pembroke, un reloj holandés, un espejo minúsculo, una vajilla con motivos pastoriles y un juego de bandejas metálicas para el té lacadas con colores vivos, saca el máximo partido de sus escasas posesiones y, normalmente, logra que resulten agradables; sin embargo, la señora que pierde el hermoso mobiliario de la casa que se ve obligada a abandonar y comienza a vivir en una habitación más pequeña con los pocos artículos que le ha comprado un amigo misericordioso con la venta de sus efectos personales, transmite una sensación de desolación refinada y miseria vulgar que difícilmente puede igualar alguna de las otras facetas de la pobreza.

La habitación en la que se encontraba Robert Audley estaba decorada con los restos más antiguos salvados de la desgracia que había sobrevenido a la imprudente maestra en Crescent Villas. Un pequeño piano de pared, una cómoda demasiado grande para la habitación, con las molduras doradas desconchadas y rotas, y una mesa de juego de patas pequeñas, colocada en un lugar de honor, eran las piezas más destacadas del mobiliario. Una raída alfombra de Bruselas cubría el centro de la habitación y formaba un oasis de rosas y lirios sobre un descolorido droguete verde. Varias cortinas de punto cubrían las ventanas, de las cuales colgaban cestos de alambre con plantas, de la especie del cactus y de aspecto desagradable, que crecían hacia abajo como si fueran algún tipo de vegetación descontrolada, y cuyas partes espinosas y parecidas a las extremidades de las arañas tenían cierta predisposición a estar boca abajo.

El paño verde que cubría la mesa de juego estaba adornado formando ángulos rectos con anuarios o libros de belleza de colores vivos; sin embargo, Robert Audley no se entretuvo con esas distracciones literarias. Se sentó en una de las desvencijadas sillas y esperó con paciencia a la maestra. Oyó el ruido que producían varias voces en una habitación cercana y las armonías de un conjunto de variaciones del *Deh Conte* en un piano que, evidentemente, estaba desafinado.

Al cabo de unos quince minutos, la puerta se abrió y apareció una señora elegantemente vestida y cuya belleza había ido apagándose con el paso del tiempo.

—Supongo que usted es el señor Audley —dijo mientras le indicaba con la mano que volviese a tomar asiento y se sentaba en un sillón que estaba delante de Robert—. Espero que sepa perdonar mi tardanza, pero mis ocupaciones...

—Soy yo el que debe disculparse por molestarla —replicó Robert cortésmente—, pero el motivo de mi visita es muy serio y le ruego que acepte mis disculpas. ¿Recuerda el nombre de la dama que le escribí en la tarjeta?

—Perfectamente.

—¿Podría decirme qué sabe de ella desde que se fue de su casa? —inquirió de nuevo Robert.

—Sé poco al respecto. De hecho, no sé casi nada. Creo que la señorita Graham obtuvo un empleo en la familia de un médico que reside en Essex. Fui yo quien le recomendé que acudiera a ver a ese caballero. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de ella.

—¿No ha vuelto a tener noticias de ella? —preguntó Robert con impaciencia.

—No.

El señor Audley permaneció en silencio durante unos instantes y en su rostro se reflejó la sombra de sus lúgubres pensamientos.

—¿Podría decirme si envió un mensaje telegráfico a la señorita Graham a principios de septiembre en el que aseguraba que usted se encontraba mortalmente enferma y que deseaba verla?

La señora Vincent sonrió al oír la pregunta.

—Jamás envié tal mensaje —respondió—. Nunca he estado gravemente enferma.

Robert Audley hizo una pausa antes de formular más preguntas y garabateó varias palabras en su libretilla.

—Si le planteo algunas preguntas francas sobre la señorita Lucy Graham —dijo—, ¿responderá a ellas sin intentar sonsacarme el motivo de mis pesquisas?

—Sin duda —respondió la señora Vincent—. Lo que sé sobre la señorita Graham no puede, en modo alguno, perjudicarla y, desde luego, no me da derecho a hacer averiguaciones al respecto.

—Entonces, ¿sabría decirme la fecha exacta en la que la joven dama se presentó ante usted por vez primera?

La señora Vincent sonrió y negó con la cabeza. Su sonrisa era hermosa... era la sincera sonrisa de una mujer que ha sido objeto de admiración y que, durante demasiado tiempo, ha sabido que agradaba a los demás como para verse afectada por cualquier infortunio mundano.

—Siento decirle que es inútil que me pregunte eso, señor Audley —replicó—. Soy la persona más olvidadiza del mundo. Nunca he sido capaz de recordar fechas, aunque siempre he hecho todo lo posible para inculcar a mis alumnas que, por su futuro bienestar, deberían saber cuándo había comenzado el reinado de Guillermo el Conquistador y eventos similares. Sin embargo, soy incapaz de recordar cuándo fue la primera vez que vi a la señorita Graham, aunque sé que fue hace mucho tiempo, ya que ocurrió durante el verano en el que compré la seda color melocotón. Debemos consultar a Tonks... estoy segura de que Tonks lo sabrá con certeza.

Robert Audley se preguntó quién o qué sería Tonks; tal vez fuera un diario o una agenda... o algún oscuro rival de Letsome.

La señora Vincent tocó la campanilla y la sirvienta que le había abierto la puerta a Robert acudió en el acto.

—Dígale a la señorita Tonks que venga —dijo—. Deseo verla de inmediato.

Al cabo de unos cinco minutos, la señorita Tonks entró en la habitación. Daba la impresión de que estaba congelada y parecía traer aire frío en los escasos pliegues de su oscuro vestido de lana. Resultaba difícil determinar su edad ya que no parecía que hubiera sido más joven ni que envejecería, sino que siempre estaría inmersa en la misma rutina, como si fuera una especie de máquina que se autoalimentase cuya función fuese la de enseñar a las más jóvenes.

—Tonks, querida —dijo sin rodeos la señora Vincent—, este caballero es un conocido de la señorita Graham. ¿Recuerda cuándo nos visitó por primera vez en Crescent Villas?

—Vino en agosto de 1854 —respondió la señorita Tonks—. Creo que era el 18 de agosto, aunque tal vez fuera el 17. De lo que sí estoy segura es de que era martes.

—Gracias, Tonks, es usted un verdadero tesoro —manifestó la señora Vincent con la más dulce de las sonrisas. Tal vez el motivo por el que la señorita Tonks no hubiese recibido remuneración alguna durante los últimos tres o cuatro años se debiera precisamente al incalculable valor de sus servicios. La señora Vincent quizás había tomado esa decisión por el desprecio que sentía hacia la naturaleza miserable del salario al compararlo con los méritos de la enseñanza.

—¿Puede Tonks serle de más ayuda, señor Audley? —preguntó la señora Vincent—. Su memoria es mucho mejor que la mía.

—¿Sabría decirme de dónde venía la señorita Graham cuando entró en su casa? —inquirió Robert.

—No con exactitud —respondió la señora Vincent—. Recuerdo vagamente que la señorita Graham dijo que venía de la costa, pero no especificó el lugar y, si lo hizo, lo he olvidado. Tonks, ¿le dijo la señorita Graham de dónde venía?

—¡Oh, no! —replicó la señorita Tonks negando con la cabeza de forma expresiva—. La señorita Graham no me dijo nada al respecto; era demasiado inteligente. Sabía guardarse bien sus secretos, a pesar de su apariencia inocente y su cabello rizado —añadió rencorosamente la señorita Tonks.

—¿Cree usted que tenía secretos? —preguntó Robert con cierta impaciencia.

—Sin duda —replicó con decisión la señorita Tonks—. Tenía todo tipo de secretos. Yo jamás contrataría a alguien así como maestra de enseñanza primaria en una escuela respetable sin tener, al menos, algún tipo de recomendación.

—¿No poseía usted, entonces, referencias de la señorita Graham? —preguntó Robert dirigiéndose a la señora Vincent.

—No —replicó ella un tanto avergonzada—. Lo pasé por alto. Si la señorita Graham pasaba por alto la cuestión del salario, yo no podía hacer menos que pasar por alto el hecho de que no tuviese referencias. Me explicó que había discutido con su padre y que quería encontrar un hogar bien alejado de las personas que conocía. Deseaba vivir lejos de esas personas. Me dijo que, aun siendo tan joven como era, había sufrido mucho y que quería escapar de esos problemas. ¿Cómo iba a presionarla, dadas las circunstancias y sabiendo que era toda una dama, para que me

diera referencias? Usted sabe, Tonks, que Lucy Graham era una auténtica dama, y es muy cruel al decir que la acogí sin tener referencias.

—Es muy fácil engañar a alguien cuando se es el preferido —replicó la señorita Tonks con un frío tono sentencioso y sin que se supiera muy bien qué relación guardaba con el tema de conversación.

—Lucy no era mi preferida, Tonks —respondió la señora Vincent a modo de reproche—. Nunca he dicho que fuera tan trabajadora como usted, querida. Sabe que no lo he dicho jamás.

—¡Oh, no! —respondió la señorita Tonks en tono sarcástico—. Usted nunca ha dicho que fuera «trabajadora». Sólo era un ornamento, una persona que resultaba agradable a los ojos de los demás y que interpretaba fantasías en el piano del salón.

—Entonces, ¿no sabría decirme nada sobre el pasado de Lucy Graham? —preguntó Robert mirando primero a la maestra y luego a su ayudante. Se había percatado de que la señorita Tonks le guardaba rencor a Lucy Graham... un rencor que ni siquiera el paso del tiempo había borrado.

«Si esta mujer sabe algo en detrimento de milady, me lo dirá —pensó Robert—. Y lo dirá de buena gana.»

Sin embargo, la señorita Tonks apenas sabía nada. Le explicó que, en alguna ocasión, la señorita Graham le había asegurado que la vida la había maltratado, que se sentía engañada por la vileza de la humanidad y víctima de sufrimientos, tales como la pobreza o la depravación, de los cuales no era merecedora. Eso era todo lo que la señorita Tonks sabía sobre el pasado de Lucy Graham, y aunque ella intentaba dar importancia a sus palabras, Robert se percató rápidamente de que la información que poseía era más bien escasa y poco relevante.

—Deseo hacerle una última pregunta —dijo Robert—. Cuando la señorita Graham se marchó de aquí, ¿dejó algún libro, baratija u objeto que fuera suyo?

—Que yo sepa, no —respondió la señora Vincent.

—Sí —gritó de repente la señorita Tonks—. Dejó algo. Una caja. Está arriba, en mi habitación. Guardo una vieja toca en su interior. ¿Le gustaría ver la caja? —preguntó dirigiéndose a Robert.

—Si es tan amable —respondió Robert—, quisiera verla.

—La traeré aquí —dijo la señorita Tonks—. No es muy grande.

Abandonó corriendo la habitación antes de que el señor Audley pudiera protestar educadamente.

«¡Cuán implacables se muestran la una con la otra! —pensó Robert mientras la señorita Tonks no estaba en la habitación—. Ésta intuye que corre cierto peligro si la señorita Tonks sigue respondiendo a mis preguntas. La señorita Tonks lo sabe y le regocija poder ayudarme. ¿En qué mundo vivimos? Las mujeres nos roban la vida. Helen Maldon, lady Audley, Clara Talboys y ahora la señorita Tonks... todas las mujeres son iguales.»

La señorita Tonks regresó a la habitación mientras el joven abogado reflexionaba

sobre la infamia del sexo femenino. Llevaba una vieja caja para sombreros cubierta de papel y se la dio a Robert para que la inspeccionara.

El señor Audley se arrodilló y comenzó a estudiar detenidamente los restos de los marbetes de los ferrocarriles y las direcciones que estaban diseminadas sobre la caja. Resultaba obvio que había viajado mucho y que había pasado por varias líneas diferentes de ferrocarriles. Varios marbetes habían sido arrancados, pero quedaban algunos fragmentos y en uno de ellos, de color amarillo, Robert leyó las letras TURI.

«La caja ha estado en Italia —pensó—. Estas cuatro letras pertenecen a la palabra Turín, y el marbete es extranjero.»

La única dirección que no había sido arrancada y que resultaba legible, era la última, en la que figuraba el nombre de la señorita Graham como pasajera hacia Londres. El señor Audley miró detenidamente el marbete y se percató de que la habían colocado encima de otra.

—¿Sería tan amable de traerme un poco de agua y una esponja? —pidió Robert—. Quisiera despegar el marbete que está encima. Créame, necesito hacerlo.

La señorita Tonks abandonó corriendo la habitación y regresó de inmediato con un cuenco lleno de agua y una esponja.

—¿Quiere que quite el marbete? —preguntó.

—No, gracias —respondió Robert con frialdad—. Lo haré yo mismo.

Tuvo que humedecer varias veces el marbete antes de que los bordes se despegaran. Tras dos o tres cuidadosos intentos, quitó el marbete humedecido sin estropear la dirección que figuraba debajo.

La señorita Tonks no pudo leer la dirección ya que la espalda de Robert se lo impedía, aunque demostró ser muy hábil para tal tarea.

El señor Audley repitió la operación con el marbete inferior, lo despegó de la caja y, cuidadosamente, lo colocó entre dos hojas blancas de su libretilla.

—Ya no tendré que molestarlas más, señoras —dijo una vez hubo acabado—. Les agradezco sobremanera que me facilitasen la información que obraba en su poder. Que tengan un buen día.

La señora Vincent sonrió y se inclinó al tiempo que murmuraba, de manera más bien convencional, el gran placer que le había producido la visita del señor Audley. La señorita Tonks, más observadora que la señora Vincent, se había percatado de que el rostro del joven abogado había empalidecido tras despegar de la caja el marbete superior.

Robert se alejó lentamente de Acacia Cottage.

«Tal vez lo que he descubierto no sirva de prueba para un jurado —pensó—, pero estoy seguro de que bastará para convencer a mi tío de que se ha casado con una mujer enigmática e infame.»

Capítulo IX

Comenzando por el otro extremo

Robert Audley paseaba tranquilamente por el bosquecillo deshojado, bajo los árboles desnudos y sin sombra en un día gris de febrero, pensando en el descubrimiento que acababa de realizar.

«Lo que tengo en la libreta —consideró—, establece un claro vínculo entre la mujer cuya muerte notificaba el *Times* y la mujer que gobierna en la casa de mi tío. La historia de Lucy Graham termina de forma abrupta en el umbral de la escuela de la señora Vincent. Lucy llegó allí en agosto de 1854. La maestra y su ayudante así me lo han asegurado, aunque no recuerdan de dónde venía. Asimismo, desconocen por completo lo que ocurrió desde el día en que nació hasta el que llegó a la escuela. Me resulta imposible descubrir algo más sobre el pasado de milady. ¿Qué puedo hacer si deseo mantener la promesa que le hice a Clara Talboys?»

Continuó paseando mientras la pregunta le daba vueltas en la cabeza, envuelta en una sombra mucho más oscura que la que proyectaba sobre su rostro el crepúsculo invernal, y sintió que una pesada mezcla de dolor y temor se apoderaba de su corazón.

«Mi obligación, aunque me resulte dolorosa y me lleve poco a poco al hogar que amo, provocando ruina y desolación a mi paso —pensó—, está bien clara. Debo comenzar por el otro extremo... debo comenzar por el otro extremo y averiguar la verdadera historia de Helen Talboys desde el momento en que George se marchó hasta el día del funeral celebrado en el cementerio de Ventnor.»

El señor Audley detuvo un coche de caballos que pasaba por allí y se dirigió hacia sus aposentos.

Llegó a Fig-tree Court a tiempo para escribir unas líneas a la señorita Talboys y enviar la carta en St. Martin's-le-Grand antes de las seis.

«Así me ahorraré un día», pensó mientras se dirigía hacia la Oficina Central de Correos con su breve misiva.

Le había escrito a Clara Talboys para que le dijera cuál era el nombre del pequeño pueblo costero en el que George había conocido al capitán Maldon y a su hija. A pesar del afecto que había unido a los dos jóvenes, Robert Audley apenas conocía las amistades que George había entablado durante su breve vida de casado.

Desde el momento en el que George Talboys había leído el obituario de su esposa en las columnas del *Times*, Robert había evitado hablar sobre la dulce historia de amor que había acabado de forma tan cruel, de la relación que había sido borrada de un plumazo.

¡Era un episodio tan doloroso! ¡El recuerdo de la marcha le causaba

remordimientos tan amargos! ¡Ella debió de sufrir tanto mientras esperaba su regreso! Robert Audley era consciente de todo ello y no le sorprendía el silencio de su amigo al respecto. Los dos habían evitado, tácitamente, hablar sobre la dolorosa historia, y Robert apenas sabía nada de lo que le había ocurrido a su amigo durante ese año, como si no hubieran vivido juntos en los acogedores aposentos de Temple.

La carta que George había escrito a su hermana, la señorita Talboys, cuando aún no había transcurrido un mes de su matrimonio, había sido enviada desde Harrogate. Robert llegó, por tanto, a la conclusión de que el joven matrimonio había disfrutado de su luna de miel en Harrogate.

Robert Audley había pedido a Clara Talboys que le respondiera con un mensaje telegráfico, para así no perder un día de la investigación que había prometido llevar a cabo.

El mensaje telegráfico llegó a Fig-tree Court antes de las doce del mediodía del día siguiente.

El nombre del pueblo costero era Wildernsea, Yorkshire^[71].

Antes de una hora, el señor Audley ya había llegado a la estación de King Cross y había comprado un billete del tren para Wildernsea que partía a las dos menos cuarto.

El viaje hacia el norte le ofreció un panorama más bien deprimente, repleto de amplias zonas desoladas, prados llanos y trigales desnudos en los que apenas se apreciaban retoños verdes. La zona norte resultaba extraña para el joven abogado y el aspecto solitario propio de las grandes extensiones del paisaje invernal le producía escalofríos. Sin embargo, el motivo del viaje empañaba aquellos elementos que, durante breves instantes, observaba distraídamente y, acto seguido, apartaba la mirada y se concentraba en esa imagen mucho más sombría que tanto acudía a su mente inquieta.

Ya era de noche cuando el tren llegó a la terminal de Hull, pero el viaje del señor Audley aún no había tocado a su fin. Desconcertado y medio dormido, le empujaron, entre una multitud de maleteros y esa masa heterogénea de equipajes con la que los viajeros se obstaculizan a sí mismos, hacia el tren que recorrería el ramal que le llevaría hasta Wildernsea y bordearía luego el mar del Norte.

Media hora después de partir de Hull, Robert sintió el frescor salado del mar que entraba por una ventana abierta, y una hora más tarde el tren se detuvo en una estación de aspecto melancólico, construida en un desierto arenoso y en la que había dos o tres empleados que parecían abatidos; uno de ellos tocó con fuerza la campana al ver que el tren se aproximaba.

El señor Audley fue el único pasajero que se apeó en la deprimente estación. El tren partió hacia lugares más alegres antes de que el abogado tuviera tiempo de poner en orden sus ideas o recoger su maleta, que encontró, no sin dificultad, en medio de una pila de equipajes apenas iluminada.

«Me pregunto si los colonos que están en las regiones más apartadas de América se sienten tan solos como yo me siento ahora», pensó mientras escudriñaba los

alrededores en la oscuridad.

Llamó a uno de los empleados de la estación y señaló la maleta.

—¿Podría llevarla hasta el hotel más cercano? —preguntó—. Si tienen habitaciones libres, por supuesto.

El hombre se rió al tiempo que se colocaba la maleta al hombro.

—Yo diría que si quisiera, señor, podría dormir hasta en treinta habitaciones —respondió—. En esta época del año no estamos muy ocupados. Por aquí, señor.

El empleado abrió una puerta de madera y Robert Audley salió a una extensa superficie cubierta de césped que rodeaba un enorme edificio cuadrangular que se alzaba sombrío en la noche invernal, y cuya negrura sólo era interrumpida por dos ventanas iluminadas y distanciadas que titilaban en la oscuridad como si fueran dos almenaras.

—Éste es el hotel Victoria, señor —dijo el empleado—. No se lo creerá, pero en verano está lleno.

A juzgar por la superficie de césped desnuda, los balcones de madera vacíos y las oscuras ventanas del hotel, resultaba difícil creer que aquel lugar se llenara de alegría y de personas en busca de descanso bajo el cálido sol de verano. Sin embargo, Robert Audley se dijo que estaba dispuesto a creerse todo lo que el empleado le explicara sobre el lugar. Le siguió hasta llegar a una puerta lateral del hotel que daba a un agradable bar en el que los veraneantes de las clases más humildes tomarían todo tipo de refrigerios sin tener que comportarse de forma remilgada, mientras que los camareros, con chalecos blancos, harían guardia en la entrada principal.

No obstante, en este desapacible mes de febrero apenas había empleados, y fue el propietario del hotel el que condujo a Robert a través de un laberinto de relucientes mesas de caoba y sillas con cojines de crin al que denominó salón de té.

El señor Audley se sentó junto al amplio guardafuegos metálico y estiró las acalambradas piernas sobre la alfombra de la chimenea, mientras el propietario del hotel introducía el atizador en la gran pila de carbón y provocaba varias llamaradas rojizas.

—Si prefiere una habitación en la que pueda estar solo, señor... —comenzó a decir el hombre.

—No, gracias —replicó Robert en tono indiferente—. En esta habitación me encuentro bien. Le estaría muy agradecido si me trajese una chuleta de cordero y una copa de jerez.

—Desde luego, señor.

—Y le estaría aún más agradecido si, antes de que me preparara lo que le he pedido, hablara conmigo unos minutos.

—Con mucho gusto, señor —respondió el propietario—. Tenemos pocos visitantes en esta época del año, por lo que complacemos de buena gana a los que vienen. Si desea saber cualquier cosa sobre Wildernsea y sus atractivos —añadió citando, sin darse cuenta, las palabras de una pequeña guía que vendía en el bar del

balneario—, no tiene más que...

—Pero no quiero saber nada sobre Wildernsea —dijo Robert interrumpiendo al locuaz propietario—. Sólo deseaba preguntarle sobre algunas personas que pasaron una temporada aquí.

El propietario se inclinó y sonrió, como si diera a entender su predisposición a contar la vida de todos los habitantes del pequeño pueblo costero si Audley se lo pedía.

—¿Hace cuántos años que vive aquí? —inquirió Robert al tiempo que extraía su libretilla—. ¿Le molesta si tomo nota de sus respuestas?

—En absoluto, señor —replicó el propietario con el pomposo placer que correspondía a tan solemne situación—. Le facilitaré gustoso cualquier información que pueda serle útil...

—Sí, gracias —murmuró Robert interrumpiendo de nuevo al propietario—. Usted vive aquí desde hace...

—Seis años, señor.

—¿Desde 1853?

—Desde noviembre de 1852, señor. Anteriormente, trabajaba en Hull. Este edificio se terminó de construir en octubre de ese año.

—¿Recuerda a un teniente de la armada llamado Maldon que, según tengo entendido, cobraba medio sueldo por aquel entonces?

—¿Se refiere al capitán Maldon, señor?

—Sí, se le conocía comúnmente como capitán Maldon. Entonces, ¿le recuerda?

—Sí, señor. El capitán Maldon era uno de nuestros mejores clientes. Solía pasar las tardes en esta misma habitación, aunque en aquella época las paredes todavía tenían humedad y no pudimos empapelarlas hasta casi un año después. Su hija se casó con un joven oficial que llegó aquí con su regimiento en las Navidades de 1852. Se casaron en este pueblo, señor, viajaron por Europa durante seis meses y luego regresaron aquí. El caballero, sin embargo, se marchó a Australia y abandonó a su mujer una semana o dos después del nacimiento de su bebé. La verdad es que todo aquello provocó un gran revuelo en Wildernsea, señor, y la señora... la señora... no recuerdo su nombre...

—La señora Talboys —dijo Roberts.

—Sin duda, señor, era la señora Talboys. Los habitantes de Wildernsea se apiadaron de la señora Talboys porque, señor, porque era muy hermosa y tenía unos modales encantadores, y todos los que la conocían la tenían en muy alta estima.

—¿Sabría decirme cuánto tiempo se quedaron el señor Maldon y su hija en Wildernsea después de que el señor Talboys les abandonara? —inquirió Robert.

—Pues... no, señor —respondió el propietario tras reflexionar durante unos instantes—. No lo recuerdo con exactitud. El señor Maldon solía sentarse en este salón y explicaba a los demás la terrible experiencia por la que había pasado su hija y que el joven en el que había depositado toda su confianza la había engañado, pero no

recuerdo cuánto tiempo transcurrió antes de que se fuera de Wildernsea. De todos modos, estoy seguro de que la señora Barkamb sabrá decírselo, señor —añadió con energía.

—¿La señora Barkamb?

—Sí, la señora Barkamb es la propietaria del número 17 de North Cottages, la casa en la que vivían el señor Maldon y su hija. Es una mujer muy agradable, educada y maternal, señor, y estoy convencido de que le dirá todo lo que usted desee saber.

—Gracias, mañana visitaré a la señora Barkamb. Un momento... quisiera hacerle otra pregunta. ¿Reconocería a la señora Talboys si la viera?

—Sin duda, señor. La reconocería como si fuera una de mis hijas.

Robert Audley anotó la dirección de la señora Barkamb en su libretilla, cenó solo, bebió varias copas de jerez, fumó un cigarro y luego se retiró a su habitación en la que, para su agrado, habían encendido la chimenea.

Se sentía tan agotado, debido a los desplazamientos que había realizado durante los dos últimos días, que se durmió rápidamente. Sin embargo, el desconsolado lamento del viento sobre la arena y el monótono romper de las olas en la orilla no le permitieron conciliar el sueño con profundidad. Por otro lado, los melancólicos pensamientos que le había producido el triste viaje en tren se le aparecían una y otra vez, y se convertían en visiones de cosas que nunca habían existido ni existirían sobre la faz de la tierra pero que, no obstante, guardaban cierta relación con hechos que Robert recordaba.

En estos inquietantes sueños, vio que Audley Court era despojada de los verdes prados y los sombreados setos de Essex y se quedaba desprotegida sobre la desolada orilla, a merced del estruendoso mar, cuyas olas parecían alzarse y caer sobre la casa que tanto amaba. Mientras las olas se aproximaban a la mansión, Robert vislumbró un rostro pálido que le miraba desde la espuma plateada y supo que era su señora, que se había transformado en una sirena y que incitaba a su tío a la destrucción. Más allá del mar encrespado, aparecía una masa de nubes negra y densa que descendía hasta entrar en el campo de visión de Robert pero, cuando escudriñó el sombrío horizonte, los nubarrones, poco a poco, comenzaron a disiparse y, a través de una pequeña abertura, surgió un rayo de luz que iluminó las temibles olas que, a su vez, retrocedieron lentamente y la mansión, indemne, todavía seguía firmemente asentada en la orilla.

Robert despertó y sintió un enorme alivio físico, *como si le hubieran quitado un peso que le había estado oprimiendo durante toda la noche.*

Volvió a dormirse y sólo despertó cuando los invernales rayos del sol penetraron a través de la persiana y oyó la aguda voz de la camarera junto a su puerta anunciando que eran las ocho y media de la mañana. A las diez menos cuarto ya había salido del hotel Victoria y recorría la solitaria vía que se encontraba delante de una hilera de casas que daban al mar.

La hilera de casas, idénticas y de forma cuadrangular, llegaba hasta el pequeño puerto, en el que estaban anclados dos o tres barcos mercantes y dos barcos carboneros. Un poco más allá del puerto emergía, gris y fría contra el horizonte invernal, una barraca de aspecto deprimente, separada del resto de las casas por una estrecha ensenada sobre la que había un puente levadizo de hierro. El único atisbo de color en medio del paraje que constituían las grises casas de piedra y el mar plomizo era el de la capa escarlata del centinela que caminaba de un lado para otro entre dos cañones situados en los extremos opuestos de la pared de la barraca.

A uno de los lados del puerto, había un largo embarcadero de piedra que se adentraba en el cruel desamparo del mar, como si lo hubieran construido a modo de morada para algún Timón^[72] moderno que fuera tan misántropo que la soledad de Wildernsea le pareciera poca y deseara apartarse aún más de sus iguales.

Ese embarcadero era el lugar en el que, en un glorioso día soleado, George Talboys había conocido a su esposa, acompañados por la música de la banda. Había sido allí donde el joven corneta, por primera vez, se había dejado atrapar por esa dulce ilusión, ese terrible encaprichamiento que había tenido una influencia tan nefasta en su vida posterior.

Robert observó furioso el solitario y deprimente puerto.

«Son lugares como éste —pensó—, los que provocan el deterioro de un hombre fuerte. Llega aquí, radiante y feliz, sin saber nada sobre las mujeres, excepto lo que ha visto en las exposiciones de flores o en los salones de baile; sabe tanto del mundo femenino como de los satélites o los planetas remotos, sólo tiene la vaga noción de que son como una perinola alocada con una gasa rosa o azul o tal vez una grácil autómatas al servicio de los sombrereros. Llega a un lugar como éste y, de repente, el universo se reduce a media docena de acres y el todopoderoso plan divino se convierte en una simple sombrerera. Las lejanas criaturas que ha visto revoloteando a su alrededor, hermosas y borrosas, aparecen ante sus propios ojos y, antes de que tenga tiempo de recuperarse, el embrujo comienza a surtir efecto: el círculo mágico le envuelve, los encantamientos empiezan a surtir efecto, la fórmula de la hechicería despliega todo su poder, y la víctima tiene tan pocas posibilidades de escapar como el príncipe de las piernas de mármol del cuento oriental.»^[73]

Reflexionando de esta guisa, Robert llegó a la casa que le habían indicado. Un criado anciano y recatado le hizo pasar de inmediato y le condujo a un salón que parecía tan recatado y antiguo como él mismo. La señora Barkamb, una matrona de unos sesenta años, estaba sentada en un sillón junto a la chimenea. En su regazo descansaba un terrier que tenía el pelaje visiblemente cano. Todos y cada uno de los objetos del salón parecían antiguos y respondían a un deseo de comodidad y equilibrio, lo cual reflejaba una personalidad tranquila.

«Debería gustarme vivir aquí —pensó—, y observar el mar gris acariciando lentamente la arena gris bajo un tranquilo cielo plomizo. Debería gustarme vivir aquí, rezar el rosario, arrepentirme y morir.»

Se sentó en el sillón que se encontraba delante de la señora Barkamb y colocó el sombrero en el suelo. El terrier descendió del regazo de su señora y comenzó a ladrarle al sombrero.

—Supongo, señor, que desea alquilar... cállate, *Dash*... una de las casas —sugirió de forma rutinaria la señora Barkamb, que había pasado los últimos veinte años de su vida inmersa en el monótono oficio de alquilar casas.

Robert Audley explicó el motivo de su visita.

—Sólo deseo formularle una sencilla pregunta —dijo, a modo de conclusión—. Quisiera saber la fecha exacta en la que la señora Talboys abandonó Wildernsea. El propietario del hotel Victoria me aseguró que usted sería la persona más apropiada para facilitarme la información que deseo.

La señora Barkamb reflexionó durante unos instantes.

—Recuerdo el día en que el capitán Maldon se marchó —dijo—, porque no me pagó lo que me debía, y lo tengo todo por escrito. Sin embargo, en lo que se refiere a la señora Talboys... —La señora Barkamb se detuvo unos segundos antes de continuar hablando—. ¿Sabía usted que la señora Talboys se marchó repentinamente? —preguntó.

—No lo sabía.

—¡Pues así fue! Sí, ¡la pobre se marchó de repente! Después de que su marido la abandonara, intentó ganarse la vida dando clases de música. Era una pianista excelente y creo que tocaba muy bien, pero supongo que su padre le quitaba el dinero y se lo gastaba en las tabernas. Fuera como fuera, una noche discutieron seriamente y, a la mañana siguiente, la señora Talboys se marchó de Wildernsea, dejando aquí a su hijo, a quien estaban criando cerca de este lugar.

—¿No sabría decirme la fecha exacta?

—Me temo que no —respondió la señora Barkamb—. Pero, espere. El capitán Maldon me escribió el día de la partida de su hija. El pobre estaba muy afligido, siempre acudía a mí cuando tenía problemas. Si encontrara la carta... tal vez esté fechada, ¿no cree?

El señor Audley le dijo que era posible.

La señora Barkamb se dirigió hacia el anticuado escritorio de caoba cubierto con un paño verde que se encontraba junto a la ventana y que estaba repleto de documentos. Había cartas, recibos, facturas, inventarios y documentos fiscales entremezclados sin orden ni concierto, y la señora Barkamb comenzó a buscar la carta del capitán Maldon en medio de aquel desorden.

El señor Audley esperó pacientemente, observando las nubes grises que surcaban el cielo gris y los barcos grises que se mecían sobre el mar gris.

Al cabo de unos diez minutos, y después de haber enrollado y desenrollado todos los papeles, la señora Barkamb profirió una exclamación de triunfo.

—La he encontrado —dijo—. Y dentro hay una nota de la señora Talboys.

El pálido rostro de Robert Audley se tiñó de un visible color carmesí mientras

alargaba la mano para coger la carta.

«La persona que robó las *cartas* de amor de Helen Maldon del baúl que se encontraba en mis aposentos se podía haber ahorrado las molestias», pensó.

La carta del viejo teniente no era muy larga, pero la mayoría de las palabras estaban subrayadas.

Mi generosa amiga: [comenzaba la carta...]

[El señor Maldon había abusado de la generosidad de la señora Barkamb durante su estancia en la casa y sólo pagaba el alquiler cuando recibía la amenaza del cobrador.]

Estoy hundido en la más terrible de las desesperaciones. ¡Mi hija me ha abandonado! ¡Imagínese cómo me siento! Anoche discutimos sobre dinero, tema que siempre nos ha provocado disgustos, y esta mañana he descubierto que se había marchado. Helen me dejó la nota adjunta en la mesa del salón.

Suyo, desconcertado y desesperado,

HENRY MALDON
North Cottages,
16 de agosto de 1854

La nota de la señora Talboys era más breve aún y comenzaba de forma bastante abrupta:

Estoy cansada de la vida que llevo aquí y quiero encontrar, si me es posible, una nueva. Me lanzo al mundo y corto todo lazo que me une a este odioso pasado, con el deseo de hallar un hogar nuevo y un futuro mejor. Perdóneme si me he comportado de forma caprichosa, fastidiosa y cambiante. Debe perdonarme porque sabe el motivo que me ha llevado a actuar de esa manera. Usted sabe cuál es el secreto que gobierna mi vida.

HELEN TALBOYS

Esas palabras habían sido escritas con una letra que Robert Audley conocía a la perfección.

Se sentó y reflexionó largo rato sobre la nota de Helen Talboys.

¿Qué significaban las dos últimas frases?: «Debe perdonarme porque sabe el motivo que me ha llevado a actuar de esa manera. Usted sabe cuál es el secreto que gobierna mi vida».

Intentó encontrar una pista que le ayudara a desentrañar el significado de esas frases. Sin embargo, no recordaba nada y era incapaz de imaginar algo que le permitiera averiguarlo. Según la carta del señor Maldon, Helen se había marchado el 16 de agosto de 1854. La señorita Tonks le había asegurado que Lucy Graham había comenzado a trabajar en la escuela de Crescent Villas el 17 o 18 de agosto del mismo año. Entre el día en que Helen Talboys se había marchado del pequeño pueblo costero de Yorkshire y la llegada de Lucy Graham a la escuela de Brompton, no habían transcurrido más de cuarenta y ocho horas. Este hecho constituía sólo un pequeño eslabón en la cadena de pruebas circunstanciales. Sin embargo, era un eslabón que encajaba perfectamente.

—¿Tuvo el señor Maldon noticias de su hija después de que ésta se hubiera marchado? —inquirió Robert.

—Creo que sí —respondió la señora Barkamb—, aunque no le vi mucho después

de aquel nefasto mes de agosto. En noviembre me vi obligada a embargarle, pobre, porque me debía quince meses de alquiler, y el único modo que tenía para desalojarle era vender su escaso mobiliario. Nos despedimos como buenos amigos, a pesar de que le había enviado el cobrador en varias ocasiones. El señor Maldon se marchó a Londres con el niño, que apenas contaba con un año.

La señora Barkamb le había contado todo lo que sabía y Robert no tenía más preguntas. Le pidió permiso para quedarse con la carta del teniente y la nota de su hija, las guardó en su libretilla y se marchó.

Regresó directamente al hotel y preguntó el horario de los trenes. A la una y cuarto partía un expreso con destino a Londres. Robert envió su equipaje a la estación, pagó la cuenta del hotel y recorrió de un lado a otro la terraza de piedra que daba al mar, esperando que llegara la hora de tomar el tren.

«Me he remontado al pasado de Lucy Graham y al de Helen Talboys hasta el momento en que sus vidas parecen unirse —pensó—. El siguiente paso es averiguar la historia de la mujer que yace enterrada en el cementerio de Ventnor.»

Capítulo X

Oculto en la tumba

Al regresar de Wildernsea, Robert encontró una carta de su prima, Alicia, en sus aposentos.

Papá está mucho mejor y desea que vuelvas a Audley Court. Por algún motivo que desconozco, mi madrastra se ha empeñado en que tu presencia aquí es sumamente necesaria y me atosiga con preguntas nimias sobre tus pesquisas. Te ruego que regreses lo antes posible para que así se calmen. Afectuosamente, tu prima,

A. A.

«Parece ser que milady arde en deseos de averiguar el resultado de mis pesquisas —pensó Robert Audley al tiempo que se sentaba junto a la solitaria chimenea y fumaba—. Está preocupada y por eso le hace preguntas a su hijastra con ese encantador aire de inocente frivolidad. ¡Pobre criatura! ¡Pobre e infeliz pecadora! La batalla que libramos parece demasiado injusta. ¿Por qué no huye, ahora que todavía está a tiempo? Sabe Dios que le he advertido y le he mostrado claramente cuáles son mis cartas en el asunto. ¿Por qué no huye?»

Se repitió una y otra vez la pregunta mientras vaciaba y llenaba la pipa, envuelto en el vapor azul que ésta despedía hasta que pareció un mago moderno sentado en su laboratorio.

«¿Por qué no huye? Así no me vería obligado a deshonorar a su familia. Sólo tendría que cumplir mi obligación para con mi amigo desaparecido, ese valiente y generoso hombre que se entregó a una mujer despreciable. Sabe Dios que no deseo que reciba castigo alguno. Sabe Dios que mi destino no es perseguir ni vengarme de los culpables. Sólo deseo cumplir con mi obligación. Le volveré a hacer una advertencia, una advertencia honesta, y luego...»

Sus pensamientos se concentraron en esa sombría perspectiva de futuro en la que no veía luz alguna y que le obstruía el camino constantemente y le cubría con una densa cortina que la esperanza era incapaz de penetrar. Le atormentaba el recuerdo del sufrimiento de su tío, de la ruina y la desolación que se habían cernido sobre él, las cuales, en cierto modo, las había provocado él mismo. Pero, sobre todo, pensaba en Clara Talboys que, con sus ademanes imperiosos, le incitaba a encontrar el paradero de la tumba de su hermano.

«¿Acaso no debería ir a Southampton —pensó—, e intentar averiguar la historia de la mujer que falleció en Ventnor? ¿Tal vez debería actuar de forma clandestina, sobornando a los miserables implicados en esa terrible conspiración, hasta que descubra al verdadero culpable? ¡No! Al menos, no hasta que haya intentado averiguar la verdad por otros medios. ¿Debería visitar a ese despreciable anciano y

acusarle de participar en la vergonzosa trampa que creo que le tendieron a mi pobre amigo? No, no pienso torturar a ese pobre diablo aterrorizado como hice ya semanas antes. Iré a ver, sin rodeos, a la principal conspiradora, le arrancaré el hermoso velo con el que oculta su maldad, la obligaré a confesar el secreto que envuelve el destino de mi amigo y la expulsaré para siempre de la casa que ha corrompido con su presencia.»

A primera hora de la mañana siguiente, Robert se dirigió a Essex y llegó a Audley poco antes de las 11.00.

A pesar de que era temprano, milady no estaba. Había ido de compras con su hijastra a Chelmsford. Tenía que efectuar varias visitas en la localidad y era poco probable que regresara antes de la hora de la cena. Sir Michael se había recuperado considerablemente y bajaría para recibirle por la tarde. ¿Iría el señor Audley a la habitación de su tío?

No, a Robert no le apetecía ver a tan generoso pariente. ¿Qué le diría? ¿Cómo iba a preparar el terreno para los problemas que se avecinaban o mitigar el terrible dolor que supondría el cruel golpe que asestaría a tan noble y confiado corazón?

«Si pudiera perdonarle el daño que le ha hecho a mi amigo... —pensó Robert—. Sin embargo, todavía la odio por la desdicha que provocó al hombre que depositó su confianza en ella.»

Robert informó al criado de su tío que iría a dar un paseo por el pueblo y que regresaría para la cena. Se alejó lentamente de Audley Court, recorriendo sin rumbo fijo, con los problemas y el desconcierto de su vida reflejados en el rostro y en los gestos, los prados que separaban la casa de su tío del pueblo.

«Iré al cementerio —pensó—, y observaré las lápidas. Nada de lo que haga podría dejarme más abatido de lo que estoy.»

Robert se encontraba en aquellos mismos prados por los que se había dirigido rápidamente a la estación aquel día de septiembre en el que George Talboys había desaparecido. Observó el sendero que había recorrido aquel día y recordó la prisa y el vago sentimiento de terror que se habían apoderado de él al saber que había perdido a su amigo.

«¿Por qué sentí un miedo tan inexplicable? —pensó—. ¿Por qué me pareció tan misteriosa su desaparición? ¿Se trataba de una admonición o de monomanía? ¿Y si, después de todo, estoy equivocado? ¿Y si esta cadena de pruebas que he construido eslabón a eslabón no es más que el producto de mi propia locura? ¿Y si este conjunto de miedos y sospechas no son más que pura especulación... los desvaríos enfermizos de un soltero hipocondríaco^[74]? El señor Harcourt Talboys considera que los acontecimientos a partir de los que he creado un terrible misterio carecen de sentido. Le expongo separadamente los diferentes eslabones que componen la cadena y es incapaz de ver que encajan a la perfección y de unirlos. Oh, Dios mío, tal vez la desdicha me ha perseguido durante todo este tiempo, quizás... —Robert sonrió amargamente y negó con la cabeza—. Tengo en mi libretilla la nota que prueba que la

conspiración existe —pensó—. Ahora debo descubrir la cara más oscura del secreto de milady.»

Robert evitó el pueblo y continuó paseando por los prados. La iglesia estaba un poco más allá de High Street y había una puerta de madera en el cementerio que daba a un amplio prado, bordeado por un arroyo que descendía hacia un valle cubierto de hierba en el que había varios grupos de ganado.

Robert ascendió lentamente por el estrecho sendero de la ladera que conducía a la puerta del cementerio. La tranquilidad del silencioso paisaje estaba acorde con su ánimo triste. La solitaria figura de un anciano que se dirigía cojeando hacia un escalón para pasar por encima de una cerca situada en el extremo del amplio prado constituía el único atisbo de humanidad que el joven abogado advirtió en la zona. Lo único que evidenciaba la existencia de otros seres humanos era el humo que ascendía pesadamente de las diseminadas casas de High Street. El lento avanzar de las manecillas del viejo reloj del campanario de la iglesia era la única señal por la cual un viajero podría haber llegado a la conclusión de que el lento discurrir de la vida rural no había llegado a su fin en el pueblo de Audley.

Sin embargo, había otra señal. Mientras Robert abría la puerta del cementerio y entraba lánguidamente en el pequeño recinto, oyó, a través de una ventana entreabierta del campanario, la solemne música de un órgano.

Robert se detuvo y escuchó una lenta y agradable melodía que sonaba como la improvisada composición de un consumado intérprete.

«¿Quién hubiera dicho que la iglesia de Audley albergaba tan magnífico órgano? —pensó Robert—. La última vez que estuve aquí, el maestro de escuela de la Nacional^[75] solía acompañar a los alumnos con una rudimentaria interpretación, compuesta de acordes más bien sencillos. Nunca hubiera imaginado que del viejo órgano pudiera brotar música tan hermosa.»

Robert permaneció inmóvil, como si no quisiera romper el lento conjuro que creaba a su alrededor la melancólica monotonía de la música del órgano. Los tonos variaban entre los momentos de máximo brío y los más reposados y graves, y le llegaban, suaves y susurrantes, flotando a través del neblinoso aire invernal, provocándole una agradable sensación de calma que aliviaba su inquieta mente.

Cerró la puerta con suavidad y cruzó la pequeña zona cubierta de grava que daba a la puerta de la iglesia, que alguien había dejado entreabierta... tal vez el organista. Robert Audley la abrió del todo y entró en el patio interior, del que surgía un tramo de estrechos escalones de piedra que ascendían serpenteando hasta la galería del órgano y el campanario. El señor Audley se quitó el sombrero y abrió la puerta que separaba el patio de la estructura principal de la iglesia. Entró en el recinto sagrado, que desprendía un olor a moho y a humedad. Recorrió el estrecho pasillo que conducía a las gradas del altar y desde allí observó el resto de la iglesia. La pequeña galería estaba delante de él, pero las cortinas verdes estaban corridas y no pudo ver al organista.

La música continuaba sonando. El organista interpretaba una melodía de Mendelssohn cuya soñolienta tristeza penetró en el corazón de Robert. Se entretuvo observando los rincones y recovecos de la iglesia, estudiando con atención los decrepitos monumentos decorativos en honor a los muertos olvidados, al tiempo que escuchaba la música.

«Si mi pobre amigo George Talboys hubiera muerto en mis brazos y yo le hubiera enterrado en esta apacible iglesia, en una de las criptas por las que hoy he paseado, ¡cuánta angustia, indecisión y tormento me habría evitado! —pensó Robert Audley al tiempo que leía las borrosas inscripciones de las lápidas de mármol—. ¡Tenía que haber intuido su destino!... ¡Tenía que haber intuido su destino! Ah, ¡cuánto dolor me habría evitado! Son estas terribles sospechas y esta miserable incertidumbre las que me han envenenado la vida.»

Miró su reloj.

—Es la una y media —murmuró—. Todavía tendré que esperar cuatro o cinco aburridas horas hasta que milady regrese de hacer sus visitas diarias. Sus visitas diarias... sus múltiples visitas de carácter ceremonioso o amistoso. ¡Santo cielo! ¡Es una actriz magnífica! ¡Una astuta embaucadora... una consumada embustera! Pero no continuará interpretando su malvada comedia bajo el techo de mi tío. Ya he perdido demasiado tiempo actuando con diplomacia. Ha hecho caso omiso de mis advertencias. Esta noche le hablaré con claridad y franqueza.

La música dejó de sonar y Robert oyó que el organista cerraba el instrumento.

«Me gustaría conocer al nuevo organista —pensó—. No todos los organistas pueden permitirse el lujo de enterrar su talento en Audley e interpretar las mejores fugas de Mendelssohn por un sueldo de dieciséis libras anuales.»

Se quedó en el patio, esperando a que el organista descendiera la incómoda escalera. Puesto que estaba cansado y preocupado y tenía ante sí la perspectiva de pasar cinco horas solo, al señor Audley le parecía buena idea entretenerse con cualquier cosa, por nimia que fuera. Por ese mismo motivo, decidió que lo mejor que podía hacer en esos momentos era volcar su curiosidad en el organista.

La primera persona que vio sobre los empinados escalones de piedra fue a un muchacho con unos pantalones de pana y una larga levita de nido de abeja de lino oscuro que bajaba los escalones arrastrando los pies, haciendo más ruido del necesario con sus zapatos con tachuelas, y con el rostro rojo por el esfuerzo que suponía soplar los fuelles del viejo órgano. Detrás del muchacho venía una joven dama ataviada con un sencillo vestido de seda negra y un largo chal de color gris que, al ver al señor Audley, empalideció.

La joven dama no era otra que Clara Talboys.

La última persona a quien Robert esperaba o deseaba ver era Clara. Ella le había dicho que pensaba visitar a unos amigos que vivían en Essex, pero el condado es muy grande y Audley es uno de los pueblos menos visitados. El hecho de que la hermana de su desaparecido amigo estuviese en Audley... donde podría vigilarle y extraer

conclusiones sobre sus pesquisas... complicaba de un modo más bien inesperado el desarrollo de los acontecimientos. La situación le hizo recordar su propia impotencia, cuando había exclamado: «Una mano más fuerte que la mía me señala el camino hacia la tumba desconocida de mi viejo amigo».

Clara Talboys fue la primera en hablar.

—¿Le sorprende mi presencia aquí, señor Audley? —preguntó.

—Mucho.

—Le dije que vendría a Essex. Me marché de casa anteayer y recibí su mensaje telegráfico cuando me iba. Me alojo en la casa de mi amiga la señora Martyn, la esposa del nuevo rector de Mount Stanning. Puesto que la señora Martyn tenía que visitar las escuelas junto con el coadjutor y su esposa, esta mañana he decidido venir a ver el pueblo y la iglesia, por lo que he entrado aquí y me he entretenido intentando interpretar una melodía en el viejo órgano. Hasta que no vine aquí, no sabía que existía un pueblo que se llamase Audley. Supongo que el nombre provendrá de su familia, ¿no es cierto?

—Eso creo —replicó Robert, sorprendido de que la joven dama pareciese tan tranquila y él se sintiese tan desconcertado—. Recuerdo vagamente haber oído la historia de un antepasado que se llamaba Audley de Audley y que vivió durante el reinado de Eduardo IV. La tumba que se encuentra bajo las gradas del altar pertenece a uno de los caballeros de Audley, aunque he de reconocer que nunca me he molestado en recordar sus hazañas. ¿Va a esperar aquí a sus amigos, señorita Talboys?

—Sí, cuando hayan terminado sus visitas, pasarán por aquí para recogerme.

—¿Y regresará con ellos a Mount Stanning esta misma tarde?

—Sí.

Robert tenía el sombrero en las manos y miraba distraídamente las lápidas y el bajo muro del cementerio. Clara Talboys observó su pálido rostro, macilento debido a las preocupaciones que llevaban tanto tiempo acosándole.

—¿Ha estado enfermo desde la última vez que le vi, señor Audley? —preguntó Clara Talboys en un tono bajo que se asemejaba a la melodiosa tristeza de las notas del viejo órgano que ella misma había interpretado.

—No, no he estado enfermo; pero me he sentido acosado y hostigado por cientos de dudas e indecisiones.

Mientras le hablaba, Robert pensaba: «¿Qué es lo que sabe? ¿Qué es lo que sospecha?».

Robert le había contado la historia sobre la desaparición de George y sus propias sospechas, suprimiendo únicamente los nombres de las personas implicadas en el misterio; pero ¿y si esta joven dama lo desentrañaba y descubriría por sí misma lo que él le había ocultado?

Le clavó su grave mirada en el rostro, y Robert supo que Clara intentaba leer sus pensamientos más profundos.

«¿Y si estoy en sus manos? —pensó Robert—. ¿Y si estoy en las manos de esta mujer, que tiene los mismos rasgos que mi desaparecido amigo y se comporta como Palas Atenea^[76]? Lee el interior de mi lastimosa e indecisa alma y me arranca los pensamientos con la magia de sus solemnes ojos pardos. ¿Cuán desigual ha de ser la batalla que se libre entre nosotros? ¿Cómo puedo volver a vencer al poderío que desprenden su hermosura y sabiduría?»

El señor Audley se estaba aclarando la garganta para desearle los buenos días a su bella compañera, y huir de la atadura que suponía su presencia para dirigirse al solitario prado que bordeaba el cementerio, pero Clara Talboys truncó sus intenciones al hablarle del único tema que él no deseaba oír.

—Señor Audley, usted prometió que me escribiría —dijo—, si averiguaba algo que aclarara en parte el misterio que rodea la desaparición de mi hermano. Puesto que no me ha escrito, supongo que no ha averiguado nada.

Robert permaneció en silencio durante unos instantes. ¿Cómo debía responder a una pregunta tan directa?

—La cadena de pruebas circunstanciales que relaciona el misterioso destino de su hermano con la persona de la que sospecho —replicó tras una pausa—, está compuesta de eslabones muy débiles. Creo que he descubierto otro eslabón desde la última vez que la vi en Dorsetshire.

—¿Y no quiere hacerme partícipe de su descubrimiento?

—Sí, pero sólo cuando haya descubierto otras pruebas.

—Por su mensaje telegráfico, deduje que iría a Wildernsea.

—Ya he ido.

—¿De veras? Entonces, ¿fue allí donde averiguó algo?

—Sí —respondió Robert—. No debe olvidar, señorita Talboys, que mis sospechas se basan en la identidad de dos personas que, al parecer, no guardan relación alguna... la identidad de una persona que, supuestamente, está muerta y la de otra que vive. La conspiración de la que creo que su hermano fue víctima depende de este hecho. Si su esposa, Helen Talboys, murió en la fecha que indican sus documentos... si la mujer que yace enterrada en el cementerio de Ventnor es la mujer cuyo mismo nombre figura en la lápida de la tumba, entonces no hay caso que investigar, ni indicios que me permitan resolver el misterio del destino de su hermano. Estoy a punto de dar un paso importante. Creo que puedo permitirme el lujo de participar en un juego peligroso y que, además, dentro de poco descubriré la verdad.

Robert hablaba en voz baja y con tanto énfasis que dejaba traslucir el alcance de sus sentimientos. La señorita Talboys alargó la mano en la que no llevaba el guante y la colocó sobre la de Robert. El frío contacto de la delgada mano le produjo un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—No tendrá usted que soportar que el destino de mi hermano siga siendo un misterio —dijo Clara en voz baja—. Sé que cumplirá con su cometido.

La esposa del rector y sus dos acompañantes entraron en el cementerio mientras

Clara Talboys pronunciaba estas palabras. Robert Audley apretó su mano y la elevó hasta sus labios.

—Soy lento y poco decidido, señorita Talboys —dijo Robert—, pero si le puedo devolver la vida y la felicidad a su hermano George, lo haré aunque ello exija un enorme sacrificio por mi parte. Me temo que lo único que podré hacer es desentrañar el secreto que rodea su sino, y para lograrlo tendré que sacrificar a aquellos que aprecio más que a mí mismo.

Robert se puso el sombrero y se alejó rápidamente por la puerta que conducía al prado, mientras la señora Martyn entraba en el patio.

—¿Quién era ese atractivo caballero con el que te he visto mantener un *tête-à-tête*, Clara? —preguntó riéndose.

—Es un tal señor Audley, un amigo de mi pobre hermano.

—¿De veras? Supongo que será pariente de sir Michael Audley.

—¡Sir Michael Audley!

—Sí, querida, el personaje más importante de la parroquia de Audley. Dentro de un día o dos iremos de visita a Audley Court y verás con tus propios ojos al baronet y a su joven y hermosa esposa.

—¡Su joven esposa! —repitió Clara Talboys mirando con gravedad a su amiga—. ¿Sir Michael Audley ha contraído matrimonio recientemente?

—Sí. Estuvo viudo durante dieciséis años y hará cosa de año y medio se casó con una joven institutriz que no tema un céntimo. La historia es bastante romántica y se dice que lady Audley es la belleza del condado. Pero, vamos, mi querida Clara, el poni se ha cansado de esperarnos y todavía tenemos que recorrer un buen trecho antes de llegar a casa para cenar.

Clara Talboys tomó asiento en el pequeño serón del poni que esperaba junto a la puerta principal del cementerio bajo el cuidado del muchacho que había estado soplando los fuelles del órgano. La señora Martyn sacudió las riendas y la robusta jaca alazana partió al trote en dirección a Mount Stanning.

—¿Me contarás más cosas sobre la tal lady Audley, Fanny? —preguntó la señorita Talboys tras una larga pausa—. Quiero saberlo todo sobre ella. ¿Sabes cuál es su apellido de soltera?

—Sí, se apellidaba Graham.

—¿Es muy hermosa?

—Sí, es muy, muy hermosa, aunque es de una belleza más bien infantil, con unos grandes y claros ojos azules y unos bucles rubios que le caen como una cascada de plumas sobre los hombros.

Clara Talboys se calló y no formuló más preguntas sobre milady.

Recordaba un fragmento de la carta que George le había escrito durante su luna de miel, un fragmento en el que le decía: «Mi dulce esposa me mira mientras te escribo. ¡Ah, cómo me gustaría que la vieras, Clara! Sus ojos son azules y claros como el cielo de una radiante mañana de verano, y los cabellos le caen sobre el rostro

como si fueran la aureola dorada que los pintores italianos dibujaban alrededor de la cabeza de las vírgenes».

Capítulo XI

Por el paseo de los tilos

Robert Audley estaba paseando por la amplia zona de césped que se extiende ante Audley Court, cuando el coche de caballos en el que venían milady y Alicia pasó por debajo del arco y se detuvo junto a la puerta de la pequeña torre. El señor Audley llegó a tiempo para ayudar a las damas a apearse del coche.

La delicada toca azul y las pieles de luto que su sobrino le había comprado en San Petesburgo favorecían a milady. Parecía muy contenta de ver a Robert y sonrió con encanto al tiempo que le ofrecía su mano, exquisitamente enguantada.

—¿Así que ha decidido regresar? —preguntó riéndose—. Y ahora que ha vuelto, le haremos nuestro prisionero. No permitiremos que vuelva a escaparse, ¿no es así, Alicia?

La señorita Audley movió la cabeza con desdén, lo que provocó que sus rizados cabellos se agitasen bajo el sombrero flexible.

—No tengo nada que ver con el comportamiento de un individuo tan inestable —espetó Alicia—. Puesto que Robert Audley ha decidido comportarse como si fuera un héroe perseguido por fantasmas, tal y como sucede en las novelas alemanas, me he dado por vencida en mi intento por comprenderle.

El señor Audley observó a su prima con una expresión de desconcierto que reflejaba una mezcla de humor y seriedad.

«Es una buena muchacha —pensó—, pero es un incordio. No sé por qué, pero tengo la impresión de que ahora está más impertinente que nunca.»

Se mesó el bigote distraídamente mientras reflexionaba al respecto. Durante unos instantes, logró olvidarse de los grandes problemas que le acuciaban en la vida y se concentró en esa nimiedad.

«Es una jovencita agradable —pensó—, generosa, hermosa y noble y, sin embargo...» Se perdió en un mar de dudas y obstáculos. Había algo que no lograba comprender del todo; tal vez se tratara de un cambio de su personalidad, un cambio más profundo que el que le había provocado la desaparición de George Talboys.

—¿Podría decirnos dónde ha estado durante los dos últimos días, señor Audley? —preguntó milady al tiempo que se detenía junto con su hijastra en el umbral de la pequeña torre, esperando a que Robert se hiciera a un lado y les permitiera el paso. El joven abogado comenzó a moverse mientras ella le formulaba la pregunta y luego, de repente, la miró. Había algo en su hermosura juvenil, en la expresión inocente e infantil de su rostro que le hacía sentir remordimientos de conciencia y, cuanto más la miraba, más empalidecía.

—He estado en... Yorkshire —respondió—, en un pequeño pueblo costero en el

que mi pobre amigo George Talboys vivió la primera época de su matrimonio.

Al oír estas palabras, milady palideció visiblemente. Esbozó una fugaz sonrisa e intentó que el sobrino de su esposo le permitiera pasar.

—Debo vestirme para la cena —dijo—. Voy a asistir a una cena, señor Audley. Le ruego que me permita entrar.

—Debo pedirle que me conceda media hora de su tiempo, lady Audley —replicó Robert en voz baja—. He venido hasta Essex para hablar con usted.

—¿Sobre qué? —preguntó milady.

Ya se había recuperado de la pequeña conmoción que había sufrido momentos antes y formuló la pregunta con su habitual estilo. En su rostro, más que la sorpresa de una mujer, se dibujaron la curiosidad y el desconcierto propios de una niña.

—¿Sobre qué desea hablarme, señor Audley? —repitió.

—Se lo diré cuando estemos a solas —respondió Robert al tiempo que miraba a su prima, que se encontraba un poco más allá de milady, atenta a la conversación que sostenían Robert y lady Audley.

«Está enamorado de la belleza infantil de mi madrastra —pensó Alicia—, y ésa es la causa de su desconsuelo. Es el tipo de persona capaz de enamorarse de su tía.»

La señorita Audley se dirigió hacia la zona de césped, dándole la espalda a Robert y a milady.

«Ese absurdo hombre ha palidecido nada más verla —pensó—. Así que, después de todo, puede que esté enamorado. Supongo que esa cosa lenta y torpe que él llama corazón late una vez cada veinticinco años, aunque parece que lo único que puede hacerlo latir es una hermosa muñeca de porcelana de ojos azules. Si hubiera sabido que su ideal de belleza se encontraba en una juguetería, hace tiempo que habría dejado de hacerle caso.»

La pobre Alicia cruzó la zona de césped y desapareció por el otro extremo del patio interior, en el que había una puerta de *estilo gótico* que daba a las caballerizas. Siento decir que la hija de sir Michael Audley acudió a su perro Caesar y a su yegua alazana Atalanta en busca de consuelo, a quienes la joven dama solía visitar cada día.

—¿Sería tan amable de venir conmigo al paseo de los tilos? —sugirió Robert una vez se hubo retirado su prima—. Quisiera hablarle sin que nos interrumpieran o nos observaran y creo que ése es el lugar más adecuado para dicho propósito. ¿Me acompañará?

—Como guste —replicó milady. El señor Audley se percató de que ella temblaba y miraba a uno y otro lado, como si buscara la manera de evitarle.

—Está tiritando, lady Audley —dijo Robert.

—Sí, tengo mucho frío. Preferiría hablar con usted otro día. Si lo desea, podríamos hacerlo mañana. Tengo que vestirme para la cena y quiero ver a sir Michael, ya que no le he visto desde las diez de esta mañana. Le ruego que hablemos mañana.

Su tono era lastimoso. ¡Sabe Dios cuánto le dolía a Robert! ¡Sabe Dios qué

terribles imágenes vio al observar el joven rostro de lady Audley y pensar en el cometido que debía llevar a cabo!

—Debo hablar con usted, lady Audley —insistió Robert—. Si soy cruel es porque usted me ha convertido en un ser cruel. Si hubiera querido, podría haber evitado esta dura experiencia y podría haber evitado enfrentarse a mí. Se lo advertí con claridad. Pero ha decidido desafiarme, y si no la tengo en consideración es por culpa de su propia locura. Venga conmigo. Insisto en que debo hablar con usted.

El tono frío y tajante de Robert acalló las objeciones de milady. Le siguió dócilmente hasta la pequeña puerta de hierro que daba al amplio jardín que se encontraba detrás de la casa... el jardín en el que había un pequeño y rústico puente de madera que cruzaba el estanque y conducía a la avenida de los tilos.

Se aproximaba la hora del crepúsculo invernal y el complejo entramado de ramas deshojadas que formaba un arco sobre el solitario sendero ennegrecía en contraste con el suave gris del cielo del atardecer. El paseo de los tilos parecía un claustro bajo la tenue luz.

—¿Por qué me trae a este horrible lugar para asustarme? —gritó milady de forma descortés—. Debería saber lo muy nerviosa que soy.

—¿Es usted nerviosa, milady?

—Sí, terriblemente nerviosa. Me gasto una fortuna con el pobre señor Dawson. Me envía constantemente alcanfor, sales de amonio, espliego^[77] y todo tipo de mezclas abominables, pero no puede curarme.

—¿Recuerda lo que Macbeth le dice a su médico, lady Audley? —preguntó Robert con seriedad—. El señor Dawson tal vez sea mucho más inteligente que la sanguijuela escocesa, pero dudo que ni siquiera él pueda ocuparse de la mente enferma.

—¿Quién ha dicho que yo tenga la mente enferma? —exclamó lady Audley.

—Yo lo afirmo, milady —respondió Robert—. Me dice que es nerviosa y que todos los medicamentos que le receta el médico sirven para tan poco que tal vez lo más adecuado fuese tirárselos a los perros^[78]. Permítame que sea el médico que le extirpe esa enfermedad, lady Audley. Sabe Dios que deseo ser misericordioso... y que la tendría en consideración siempre y cuando ello no supusiera ser injusto para con los demás... pero la justicia ha de prevalecer. ¿Quiere saber por qué se siente nerviosa en esta casa, milady?

—Se lo ruego —respondió entre risas.

—Porque para usted esta casa está embrujada.

—¿Embrujada?

—Sí, embrujada por el fantasma de George Talboys.

Robert Audley oyó que milady comenzaba a respirar más deprisa e imaginó que escuchaba el fuerte latido de su corazón mientras caminaba a su lado, temblando de tanto en tanto y con el abrigo de pieles bien ceñido al cuerpo.

—¿A qué se refiere? —gritó repentinamente, tras una breve pausa—. ¿Por qué me

atormenta con ese tal George Talboys, que, al parecer, es el causante de que usted se haya comportado de forma tan extraña durante los últimos meses? ¿Acaso está usted perdiendo el juicio, señor Audley, y me ha elegido como víctima de su monomanía? ¿Qué tiene que ver George Talboys conmigo para que usted me atormente con su persona?

—Para usted era un desconocido, ¿no es cierto, milady?

—¡Por supuesto! —respondió lady Audley—. ¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Desea que le cuente la historia de la desaparición de mi amigo desde mi punto de vista, milady? —inquirió Robert.

—No —gritó lady Audley—. No deseo saber nada sobre su amigo. Si está muerto, lo siento mucho. Si vive, no quiero ni verle ni escucharle. Señor Audley, le ruego que me permita regresar para ver a mi esposo, a no ser que prefiera retenerme en este tétrico lugar hasta que me muera de frío.

—Sólo deseo retenerla hasta que haya oído lo que tengo que decirle, lady Audley —respondió Robert con decisión—. No la retendré más de lo estrictamente necesario; cuando me haya oído, podrá elegir el curso de su destino.

—De acuerdo, pero le ruego que sea rápido y conciso —replicó milady—. Le prometo que le escucharé atentamente.

—Cuando mi amigo George Talboys regresó a Inglaterra —comenzó Robert con seriedad—, lo que más le preocupaba era encontrar a su esposa.

—A quien había abandonado —se apresuró a decir milady—. Al menos —añadió acto seguido—, recuerdo que nos contó algo parecido la primera vez que nos relató la historia de su amigo.

Robert Audley hizo caso omiso de la interrupción.

—Lo que más le preocupaba era encontrar a su esposa —repitió—. Su mayor deseo era el de hacerla feliz y compartir con ella la fortuna que había amasado gracias a la fuerza de sus brazos en los yacimientos de oro de Australia. Le vi a las pocas horas de su llegada a Inglaterra y fui testigo de la dicha y orgullo que le embargaban, así como del ferviente deseo que tenía de reencontrarse con su esposa. También fui testigo del golpe que le llegó a lo más hondo de su corazón... y que le transformó en una criatura completamente diferente al hombre que había sido con anterioridad. El golpe que provocó el cruel cambio fue el obituario de su esposa que leyó en el *Times*. Creo que aquel obituario era una infame y amarga mentira.

—¿De veras? —dijo milady—. ¿Por qué motivo notificaría alguien la muerte de la señora Talboys si ésta estaba viva?

—Tal vez la propia señora Talboys tuviera un motivo —replicó Robert con tranquilidad.

—¿Qué motivo?

—¿Y si durante la ausencia de George hubiera aprovechado para ganarse el afecto de un esposo más rico? ¿Y si hubiera decidido volver a casarse y desaparecer sin dejar rastro gracias a esa falsa notificación?

Lady Audley se encogió de hombros.

—Sus conjeturas son absolutamente ridículas, señor Audley —dijo—, aunque supongo que se basará en algún razonamiento.

—He estudiado detenidamente una copia de todos los periódicos que se publican en Chelmsford y en Colchester —prosiguió Robert sin replicar al comentario que le había hecho milady—, y en uno de los periódicos de Colchester he encontrado, entre diversos artículos copiados de otros periódicos, un breve fragmento, con fecha del dos de julio de 1857, en el que se anunciaba que un tal señor George Talboys, un caballero inglés, había llegado a Sydney procedente de los yacimientos de oro trayendo consigo pepitas y polvo de oro por valor de veinte mil libras y que, habiéndose dado cuenta de su fortuna, había zarpado en el veloz clíper *Argus* con destino a Liverpool. Por supuesto, este hecho resulta poco significativo, lady Audley, pero basta para demostrar que cualquiera de las personas que vivían en Essex en julio de 1857 podía saber que George Talboys regresaba de Australia. ¿Me sigue?

—No del todo —dijo milady—. ¿Qué relación guardan los periódicos de Essex con la muerte de la señora Talboys?

—Luego llegaremos a ese punto, lady Audley. He dicho que creo qué el obituario del *Times* era falso y que formaba parte de una conspiración tramada por Helen Talboys y el teniente Maldon contra mi pobre amigo.

—¡Una conspiración!

—Sí, una conspiración tramada por una mujer astuta, una mujer que había especulado sobre la posibilidad de que su esposo muriera y que se había asegurado una situación privilegiada aun a riesgo de cometer un crimen; una mujer atrevida, que se había propuesto interpretar su comedia de principio a fin sin miedo a que la descubrieran; una mujer maliciosa, a quien no le preocupaba la desdicha que pudiera provocar al honrado hombre al que había traicionado. Sin embargo, también era una mujer ingenua, ya que creía que la vida era un juego de azar, en el que resultaba probable que el mejor jugador tuviera las cartas ganadoras, pero olvidaba que la Providencia está por encima de los especuladores y que los secretos malvados nunca permanecen ocultos durante mucho tiempo. Aunque esta mujer no hubiera cometido jamás pecado más terrible que el haber publicado en el *Times* ese falso obituario, yo continuaría acusándola de ser la más despreciable y detestable de entre las de su sexo... la más inmisericorde y fría de las criaturas. Esa cruel mentira fue un golpe cobarde asestado de forma traicionera, la ingrata puñalada de una asesina infame.

—Pero ¿cómo sabe que el obituario era falso? —inquirió milady—. Usted nos contó que había ido a Ventnor con el señor Talboys para visitar la tumba de su esposa. Si la que había fallecido no era la señora Talboys, ¿de quién se trataba entonces?

—Ah, lady Audley —replicó Robert—, ésa es una pregunta que sólo dos o tres personas sabrían responder y alguna de ellas lo hará dentro de poco. Le aseguro, milady, que estoy dispuesto a desentrañar el misterio de la muerte de George Talboys. ¿Acaso cree que me van a disuadir las evasivas o los engaños de una mujer? ¡No!

Eslabón a eslabón he reconstruido casi por completo la cadena de pruebas, sólo necesito algunos eslabones más y las pruebas serán irrefutables. ¿Cree que me dejaré vencer por el desconcierto? ¿Cree que no lograré descubrir los eslabones que faltan? ¡No, lady Audley, no me daré por vencido! ¡Descubriré esos eslabones porque sé dónde buscarlos! En Southampton vive una mujer rubia... una mujer que se llama Plowson y que conoce en parte los secretos del padre de la esposa de mi amigo. Creo que podrá ayudarme a averiguar el pasado de la mujer que yace enterrada en el cementerio de Ventnor, y haré todo lo que esté en mi mano para descubrir la verdad, a no ser que...

—¿A no ser que qué? —inquirió milady con impaciencia.

—A no ser que la mujer a la que deseo salvar de la degradación y el castigo acepte mi clemencia y haga caso de mis advertencias mientras aún esté a tiempo.

Milady se encogió de hombros y sus ojos azules lanzaron una mirada desafiante.

—Sería una mujer muy tonta si se dejara convencer por esas absurdas ideas —dijo—. Es usted un hipocondríaco, señor Audley, y debería seguir un tratamiento a base de alcanfor, espliego y sales de amonio. ¿Acaso existe planteamiento más ridículo que el suyo? Su amigo George Talboys desaparece de forma bastante misteriosa... es decir, el caballero en cuestión decide abandonar Inglaterra sin avisarle a usted. ¿Qué me dice de eso? Usted ha confesado que, tras la muerte de su esposa, George Talboys se transformó completamente. Se volvió un excéntrico y un misántropo; parecía como si no le importara en absoluto su propio destino. ¿No le parece entonces razonable que, cansado de la monotonía del mundo civilizado, decidiera huir a esos lejanos yacimientos de oro y así enterrar su dolor en el olvido? Es una historia muy romántica pero no del todo infrecuente. Sin embargo, a usted no le satisface esta sencilla explicación sobre la desaparición de su amigo y, por lo tanto, se inventa esa absurda teoría sobre una conspiración que sólo existe en su desafortunada imaginación. Helen Talboys está muerta. El *Times* así lo ha notificado. Su propio padre se lo ha asegurado. En la lápida de la tumba que se encuentra en el cementerio de Ventnor figura su nombre: ¿Con qué derecho —gritó milady con ese agudo tono que la caracteriza cuando comienza a sentirse presa del nerviosismo—, con qué derecho, señor Audley, acude a mí y me atormenta con el destino de George Talboys... con qué derecho se atreve a decir que su esposa aún vive?

—Con el derecho que me otorgan una serie de pruebas circunstanciales —replicó Robert—, con el derecho que me otorgan esas pruebas circunstanciales que, en ocasiones, acusan de asesinato a la persona que, en un principio, parece la menos sospechosa de todas.

—¿A qué pruebas circunstanciales se refiere?

—A las pruebas de tiempo y lugar. A la prueba de la letra de la carta. Cuando Helen Talboys abandonó la casa de su padre en Wildernsea, le dejó una carta en la que le explicaba que estaba cansada de la vida que llevaba y que deseaba encontrar un nuevo hogar y un futuro mejor. Esa carta se encuentra en mi posesión.

—¿De veras?

—¿Quiere que le diga a qué letra se asemeja tanto la de Helen Talboys que ni siquiera el más experto de los expertos podría distinguirlas?

—Hoy día no resulta infrecuente el hecho de que la letra de dos mujeres diferentes se asemeje —replicó milady despreocupadamente—. Si lo desea, puedo mostrarle la caligrafía de varias mujeres con las que mantengo correspondencia, y le reto a que me indique si existen diferencias notables entre las mismas.

—¿Y si se trata de un tipo de letra poco frecuente, marcada por una serie de peculiaridades que la harían fácilmente distinguible de cualquier otra caligrafía?

—En ese caso, se trataría de una coincidencia bastante curiosa —respondió milady—, pero no sería nada más que una coincidencia. No puede usted demostrar que Helen Talboys no ha fallecido basándose en el hecho de que su caligrafía se asemeja a la de una persona viva.

—Pero sí si una serie de coincidencias apuntan en la misma dirección —declaró Robert—. Según el testimonio que dejó escrito, Helen Talboys abandonó la casa de su padre porque estaba cansada de su vida y deseaba comenzar una nueva. ¿Sabe qué deduzco de eso?

Milady se encogió de hombros.

—No tengo la más mínima idea —replicó—. Y puesto que me ha retenido es este deprimente lugar durante casi media hora, le ruego que me deje marchar y me permita vestirme para la cena de esta noche.

—No, lady Audley —respondió Robert con una severidad tan impropia de él que parecía otra persona... una inmisericorde personificación de la justicia, el cruel instrumento de un merecido castigo—, no, lady Audley —repitió—, ya le he dicho que esas evasivas femeninas no la ayudarán y que su actitud desafiante no le servirá de nada. He hablado con usted en varias ocasiones y se lo he advertido en otras tantas. Hace unos dos meses le advertí de forma indirecta del peligro que corría.

—¿A qué se refiere? —inquirió de repente milady.

—Usted prefirió hacer caso omiso de mis advertencias, lady Audley —prosiguió Robert—, y ha llegado el momento de que le hable con claridad. ¿Cree que podrá escapar del castigo que se merece gracias a los dones que le ha regalado la fortuna? No, milady, su juventud y belleza, su gracia y refinamiento sólo sirven para que el secreto de su vida sea más horrible de lo que ya es. Le aseguro que sólo falta una prueba para poder condenarla, y la encontraré. Helen Talboys jamás regresó a la casa de su padre. Cuando le abandonó, tenía el firme propósito de olvidar su vida anterior. ¿Qué es lo que suelen hacer las personas cuando desean comenzar una nueva vida... y liberarse de las ataduras anteriores? Cambian de nombre, lady Audley. Helen Talboys abandonó a su pequeño... se marchó de Wildernsea con el propósito de cambiar de identidad. El 16 de julio de 1856 desapareció como Helen Talboys y el 17 del mismo mes reapareció como Lucy Graham, la muchacha sin amigos que comenzó un trabajo que no le reportaba ganancias pero que, a cambio, le permitía hospedarse

en una casa en la que no le harían preguntas.

—¿Está usted loco, señor Audley! —exclamó milady—. Está loco y mi esposo me protegerá de su insolencia. ¿Y qué demuestra el hecho de que Helen Talboys abandonase su casa un día y yo comenzase a trabajar en la escuela al día siguiente?

—Por sí mismo, poco —replicó Robert Audley—, pero si se añaden otras pruebas...

—¿Qué pruebas?

—Los dos marbetes, uno pegado encima del otro, que estaban en la caja que usted dejó a cargo de la señora Vincent; en el marbete superior figuraba el nombre de la señorita Graham y en el inferior, el de la señora de George Talboys.

Milady permaneció en silencio. Robert Audley, debido a la oscuridad, no veía su rostro, pero se percató de que había apretado las manos con fuerza a la altura del corazón, por lo que supo que había dado en el blanco.

«Que Dios la ayude, pobre criatura —pensó—. Sabe que está perdida. Me pregunto si los jueces se sienten como yo me siento en este momento, cuando se ponen el birrete y condenan a muerte a algún pobre desgraciado que no les ha hecho nada. ¿Sienten un fervor heroico propio de la indignación, o se ven presos de esta terrible angustia que me corroe mientras hablo con esta mujer indefensa?»

Robert caminó junto a milady durante varios minutos, en silencio. Pasearon por la sombría avenida y se aproximaron al grupo de arbustos deshojados que se encontraba al final de la misma... los arbustos entre los que estaba el viejo pozo que ocultaba su evidente deterioro gracias a la frondosa maleza de los escaramujos.

Un sendero serpenteante, abandonado y cubierto de hierbajos conducía hacia el pozo. Robert abandonó el paseo de los tilos y tomó el sendero. En el grupo de arbustos había más luz que en el paseo, y el señor Audley deseaba ver el rostro de milady.

Robert no dijo nada hasta que no llegaron a la zona de hierba tupida situada junto al pozo. Se habían caído varios ladrillos grandes y había algunos fragmentos sueltos de mampostería cubiertos de hierbajos y maleza. Los pesados postes que habían sujetado el rodillo de madera todavía estaban en pie, pero el eje de hierro había sido arrancado y estaba a unos metros del pozo, oxidado, manchado y olvidado.

Robert Audley se apoyó en uno de los postes cubiertos de musgo y observó el pálido rostro de milady en el frío ocaso invernal. La luna había salido en el cielo gris, y su tenue luminosidad y una débil luz fantasmal se mezclaban con las sombras neblinosas del crepúsculo. El rostro de milady se asemejaba al que Robert Audley había visto en sueños, el rostro que le miraba desde la espuma de las verdes olas del mar e incitaba a su tío a la destrucción.

—Los dos marbetes obran en mi poder, lady Audley —prosiguió Robert—. Los arranqué de la caja que usted dejó en Crescent Villas. Lo hice en presencia de la señora Vincent y de la señorita Tonks. ¿Puede demostrar que esta prueba no sea cierta? Si usted me dice: «Soy Lucy Graham y no tengo nada que ver con Helen

Talboys», entonces, en ese caso, tendría que presentar testigos que declararan sobre su pasado. ¿Dónde vivía antes de llegar a Crescent Villas? Debe de tener amigos, parientes o contactos que estén dispuestos a testificar en su favor. Aunque usted fuera la criatura más solitaria del mundo, conocería a alguien que pudiera hablar sobre su pasado.

—Sí —gritó milady—, le aseguro que si estuviera en el banquillo de los acusados presentaría testigos que refutaran sus absurdas acusaciones. Pero no estoy en el banquillo de los acusados, señor Audley, y sus ridículos razonamientos me parecen disparatados. ¡Le repito que está loco! Si su deseo es demostrar que Helen Talboys vive y que yo soy Helen Talboys, hágalo. Si decide deambular por los lugares en los que he vivido o en los que ha vivido la señora Talboys, hágalo. Sin embargo, debo advertirle que, en ocasiones, semejantes desvaríos han conducido a personas aparentemente cuerdas como usted a un encierro de por vida en un manicomio privado.

Mientras milady hablaba, Robert Audley retrocedió algunos pasos entre los hierbajos y la maleza.

«Sería capaz de cometer cualquier crimen a fin de protegerse de las consecuencias que pudieran derivarse del que ya ha cometido —pensó Robert—. Sería capaz de convencer a mi tío para que me encerrara en un manicomio.»

No quiero dar a entender que Robert fuera un cobarde, pero admitiré que un escalofrío de horror y miedo le recorrió el cuerpo al recordar las terribles cosas que habían hecho las mujeres desde el día en que Eva fue creada para ser la compañera de Adán en el jardín del Edén. ¿Y si la capacidad demoníaca de esta mujer para disimular fuera más poderosa que la verdad y le derrotara? Si lady Audley no había tenido en consideración a George Talboys cuando éste había aparecido, poniendo en peligro la posición que se había ganado, ¿tendría consideración alguna con Robert, que la había amenazado con mayor convicción? ¿Son las mujeres misericordiosas, cariñosas o amables en proporción a su belleza y gracia? ¿Acaso no existió un tal monsieur Mazers de Latude^[79], quien tuvo la mala fortuna de ofender a la admirada madame de Pompadour, expió su indiscreción con una condena de por vida, escapó en dos ocasiones de la prisión y le capturaron otras tantas, y que, confiando en la tardía generosidad de su hermosa enemiga, le traicionó un otro implacable enemigo? Robert Audley observó el pálido rostro de la mujer que se encontraba a su lado: era hermoso y estaba iluminado por unos soñadores ojos azules que, sin duda, resultaban misteriosos e incluso maliciosos. Tras haber recordado varias historias cargadas de perfidia femenina, se estremeció al pensar cuán desigual sería la batalla que libraría con la esposa de su tío.

«Le he mostrado mis cartas —pensó—, pero ella mantiene ocultas las suyas. Resulta imposible arrancarle la máscara que lleva puesta. Mi tío creerá que estoy loco, jamás aceptaría que ella es culpable.»

El pálido rostro de Clara Talboys... la frágil hermosura del rostro de milady, que

tanto se diferenciaba de su personalidad... aparecieron en su mente.

«Soy un cobarde al pensar en mí mismo o en el peligro que corro —pensó Robert—. Cuanto más la veo, más temo la influencia que pueda ejercer sobre los demás y más crece mi deseo de que se aleje de esta casa.»

Robert observó a su alrededor en la oscuridad. El apartado jardín parecía tan silencioso como un cementerio solitario, cercado y alejado del mundo cotidiano.

«Fue en este jardín donde se encontró con George Talboys el día de su desaparición —pensó—. Me pregunto en qué lugar se verían; George miraría su cruel rostro y pondría a prueba su deshonestidad.»

Milady, que había apoyado una de las manos en el poste que estaba enfrente del que había servido de descanso a Robert, jugaba con su hermoso pie en la maleza pero miraba de reojo a su enemigo.

—Entonces será un duelo a muerte, milady —afirmó Robert Audley con solemnidad—. Usted se niega a hacer caso a mis advertencias, se niega a huir al extranjero y a arrepentirse de su maldad, lejos del generoso caballero al que ha engañado con sus diabólicos encantos. Todo lo contrario, decide quedarse aquí y desafiarme.

—Naturalmente —replicó milady al tiempo que levantaba la cabeza y miraba de lleno al joven abogado—. No tengo la culpa de que el sobrino de mi esposo pierda el juicio y me elija a mí como víctima de su monomanía.

—Entonces, que así sea, milady —manifestó Robert—. La última vez que vieron a mi amigo George Talboys con vida fue cuando accedió a este jardín por la pequeña puerta de hierro por la que hemos entrado nosotros. Preguntó por usted y entró al jardín, pero nadie le vio salir. No creo que pudiera salir, más bien creo que murió aquí dentro y que su cadáver yace bajo las aguas o se halla oculto en algún lugar poco frecuentado. Ordenaré que registren cada recoveco de la casa y que arranquen de cuajo todos los árboles del jardín, no permitiré que la tumba de mi asesinado amigo permanezca en paradero desconocido.

Lady Audley emitió un largo y grave gemido y alzó los brazos por encima de la cabeza en señal de desespero, pero no replicó a la espantosa acusación de Robert. Bajó los brazos lentamente y prosiguió mirando de lleno a Robert Audley con los ojos azules dilatados y refulgentes y el pálido rostro resplandeciente en la oscuridad.

—No vivirá para hacerlo —dijo—. Antes le mataría. ¿Por qué me atormenta de esta manera? ¿Por qué no me deja tranquila? ¿Qué daño le he hecho para que se convierta en mi perseguidor y espíe todos mis movimientos? ¿Desea que pierda el juicio? ¿Es consciente de lo peligroso que resulta luchar con una loca? No —gritó milady al tiempo que reía—, usted no es consciente de ello o, de lo contrario, no...

Se calló repentinamente y se irguió con todas sus fuerzas. Robert había visto al viejo y borracho teniente realizar el mismo movimiento, y tenía la misma dignidad... la sublimidad propia de la más profunda de las desdichas.

—Váyase, señor Audley —ordenó lady Audley—. Le repito que está usted loco.

—Me voy, milady —respondió Robert con tranquilidad—. La pena que siento por usted me habría llevado a perdonarle los crímenes que ha cometido, pero se ha negado a aceptar mi clemencia. Mi deseo era apiadarme de los vivos. De ahora en adelante, mi único propósito será cumplir mi deber para con los muertos.

Robert se alejó del solitario pozo, bajo la sombra de los tilos. Milady le siguió lentamente por la larga y oscura avenida y por el viejo puente hasta llegar a la puerta de hierro. Mientras Robert la cruzaba, Alicia salió por una pequeña puerta acristalada que conducía a una sala de desayuno con paneles de roble, situada en una de las esquinas de la casa, y fue al encuentro de su primo, que estaba en el umbral de la puerta de hierro.

—Te he estado buscando por todas partes, Robert —dijo Alicia—. Papá ha bajado a la biblioteca y estoy segura de que se alegrará de verte.

El joven abogado se sobresaltó al oír la juvenil y fresca voz de su prima.

«¡Santo cielo! —pensó— ¿Están hechas del mismo barro estas dos mujeres? ¿Acaso esta honesta y desprendida muchacha, que es incapaz de ocultar los impulsos propios de su personalidad inocente, comparte la misma sangre que la malvada criatura que se encuentra junto a mí?»

Robert miró a su prima y luego a lady Audley, que estaba cerca de la puerta, esperando a que éste se hiciese a un lado y le permitiera el paso.

—Ignoro lo que le ocurre a tu primo, mi querida Alicia —dijo milady—. No alcanzo a comprender su excéntrico comportamiento.

—Por supuesto —exclamó la señorita Audley—, y, sin embargo, me imagino que, debido al largo *tête-à-tête* que han mantenido, se ha esforzado usted por comprenderle.

—Oh, sí —dijo Robert en voz baja—, milady y yo nos entendemos a la perfección; pero se está haciendo tarde, por lo que me veo obligado a daros las buenas tardes, señoras. He de ocuparme de algunos asuntos en Mount Stanning, por lo que esta noche dormiré allí y mañana regresaré para visitar a mi tío.

—¿Cómo? —gritó Alicia—. ¿Te piensas marchar sin ver a papá?

—Sí, querida —respondió el joven—. Me preocupan seriamente algunos asuntos y preferiría no ver a mi tío. Buenas noches, Alicia. Mañana vendré o mandaré una nota.

Robert estrechó con suavidad la mano de su prima, se inclinó cortésmente ante lady Audley y se alejó pasando bajo el arco, hasta llegar a la tranquila avenida que se extendía más allá de Audley Court.

Milady y Alicia le miraron hasta que desapareció de sus vistas.

—¿Se puede saber qué le ocurre a mi primo Robert? —exclamó la señorita Audley con impaciencia—. ¿Qué pretende con todas estas maquinaciones? ¡No cabe duda que le preocupan seriamente algunos asuntos! Supongo que algún abogado desalmado le ha encargado un trabajo complicado y, al percatarse de su propia incompetencia, ha comenzado a hundirse en ese lamentable estado de imbecilidad.

—¿Has observado alguna vez con detenimiento el carácter de tu primo, Alicia? —inquirió milady tras una pausa.

—¿Que si he observado su carácter? No, lady Audley. ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Alicia—. No hace falta observarle mucho para darse cuenta de que es un perezoso y egoísta sibarita al que lo único que le preocupa es su persona.

—¿Y nunca has pensado que fuera un excéntrico?

—¡Un excéntrico! —repitió Alicia al tiempo que fruncía la boca y se encogía de hombros—. Pues, sí... creo que así es como califican a la gente que es como él. Supongo que Bob es un excéntrico.

—Nunca te he oído hablar de sus padres —dijo milady pensativamente—. ¿Los recuerdas?

—No conocí a su madre. Era una tal señorita Dalrymple, una apuesta muchacha que huyó con mi tío y que, como consecuencia, perdió una considerable fortuna. Murió en Niza cuando el pobre de Bob sólo tenía cinco años.

—¿Has oído algo especial sobre ella?

—¿A qué se refiere con «especial»? —inquirió Alicia.

—¿Has oído que se refirieran a ella como una persona «excéntrica» o «rara»?

—Oh, no —replicó riendo Alicia—. Creo que mi tía era una persona muy sensata, aunque se casó por amor. No debe olvidar que murió antes de que yo naciera y que, por lo tanto, nunca he mostrado mucho interés por ella.

—Supongo que te acordarás de tu tío.

—¿Mi tío Robert? —dijo Alicia—. Oh, sí, me acuerdo muy bien de él.

—¿Era «excéntrico»... quiero decir que si se comportaba de forma extraña, como tu primo?

—Sí, creo que Robert ha heredado el comportamiento absurdo de su padre. Mi tío mostraba la misma indiferencia que mi primo hacia el resto de los seres humanos, pero era un buen esposo, un padre cariñoso y un buen señor, nadie ponía en duda sus opiniones.

—Pero ¿era «excéntrico»?

—Sí, supongo que los demás le consideraban un tanto excéntrico.

—Ah —suspiró milady—. Estaba segura. ¿Sabías que la locura se transmite con más frecuencia de padre a hijo que de padre a hija, y de madre a hija que de madre a hijo^[80]? Tu primo Robert Audley es un joven muy atractivo y creo que es un muchacho de buen corazón, ¡pero está loco y deberían vigilarle!

—¡Loco! —gritó la señorita Audley con indignación—. Milady, debe estar soñando o... o... o quiere asustarme —añadió la joven, visiblemente inquieta.

—Sólo deseo advertirte, Alicia —replicó milady—. Puede que el señor Audley sólo sea, como acabas de decir, un tanto excéntrico, pero esta tarde me ha hablado de tal manera que me ha aterrorizado, creo que está enloqueciendo. Esta misma noche hablaré seriamente con sir Michael al respecto.

—¡Con papá! —exclamó Alicia—. ¡No le iré a sugerir esa posibilidad!

—Sólo le advertiré, mi querida Alicia.

—Pero no le creerá —replicó la señorita Audley—, se reirá al oír esa absurda idea.

—No, Alicia, se creerá todo lo que le diga —respondió sonriendo milady.

Capítulo XII

Preparando el terreno

Lady Audley se dirigió a la biblioteca, una agradable habitación con paneles de roble en la que a sir Michael le gustaba sentarse a leer o escribir, o a tratar los pormenores de su finca con el administrador, un leal hombre de campo que actuaba tanto de agricultor como de abogado, y que arrendaba una pequeña granja a pocos kilómetros de Audley Court.

El baronet estaba sentado en un gran sillón próximo a la chimenea. El resplandor del fuego ganaba y perdía intensidad, iluminando en ciertas ocasiones los pulidos salientes de la estantería de roble oscuro y en otras, los lomos escarlatas y dorados de los libros; a veces iluminaba el casco ateniense de una estatua de mármol de Palas y otras, la frente de sir Robert Peel^[81].

La lámpara de la mesa de lectura no estaba encendida y sir Michael esperaba sentado junto a la chimenea la llegada de su joven esposa.

Me resulta imposible relatar la pureza de su desprendido amor... me resulta imposible describir el cariño que sentía, tan tierno como el amor de una joven madre por su primer hijo y tan caballeroso como la pasión heroica de un Bayard^[82] por su fiel amada.

Mientras el baronet pensaba con cariño en su esposa, la puerta se abrió y, al levantar la vista, vio la esbelta figura de lady Audley.

—¡Caramba, querida! —exclamó mientras milady cerraba la puerta y se acercaba al sillón en el que estaba sentado—. He estado pensando en ti y esperándote durante una hora. ¿Dónde has estado y qué hacías?

Milady se detuvo en un lugar en el que la luz apenas la iluminaba y respondió a la pregunta al cabo de unos instantes.

—He ido de compras a Chelmsford —dijo—, y...

Vaciló... al tiempo que, con expresión avergonzada, doblaba con sus delgados y pálidos dedos las cintas de su toca.

—¿Y qué has hecho, querida —inquirió el baronet—, desde que regresaste de Chelmsford? Hará cosa de una hora oí un coche de caballos que se detenía en la puerta. Era el tuyo, ¿no es cierto?

—Sí, hace una hora que he llegado —replicó milady con la misma expresión avergonzada.

—¿Y qué has estado haciendo desde entonces?

Sir Michael Audley formuló la pregunta con cierto tono de reproche. Su joven esposa era el sol de su vida y, aunque no le gustaba la idea de que se sintiese atada a él, le dolía el hecho de que se mantuviese alejada de él por voluntad propia,

desperdiciando el tiempo en alguna nimia e innecesaria ocupación o en una conversación pueril.

—¿Qué has estado haciendo desde entonces, querida? —repitió—. ¿Qué es lo que te ha mantenido alejada de mí?

—He estado hablando con... con el señor Robert Audley.

Lady Audley continuaba doblando los lazos de la toca y hablando con expresión avergonzada.

—¡Robert! —exclamó el baronet—. ¿Robert está aquí?

—Estaba aquí hace poco.

—Y supongo que seguirá aquí.

—No, se ha marchado.

—¡Se ha marchado! —exclamó sir Michael—. ¿A qué te refieres, querida?

—Pues a que tu sobrino ha venido a Audley Court esta tarde, Alicia y yo le encontramos paseando por el jardín. Ha estado hablando conmigo hasta hace un cuarto de hora y luego se ha marchado repentinamente, con la ridícula excusa de que debía ocuparse de algunos asuntos importantes en Mount Stanning.

—¡Ocuparse de algunos asuntos en Mount Stanning! ¿Qué asuntos puede tener en tan remoto lugar? Supongo que dormirá allí.

—Sí, creo que ha dicho que así haría.

—¡Cielo santo! —exclamó el baronet—. ¡Creo que ese muchacho no está en sus cabales!

El rostro de milady estaba en sombras, por lo que sir Michael Audley no se percató del notable cambio que se produjo en su enfermiza palidez mientras realizaba tan común observación. Una sonrisa de triunfo apareció en el semblante de lady Audley, una sonrisa que, sin lugar a dudas, decía: «Se acerca el momento... se acerca el momento; puedo manipularle como quiera. Si le muestro algo negro y le digo que es blanco, me creerá».

Sin embargo, cuando sir Michael Audley había exclamado que el comportamiento de su sobrino era un tanto anormal, se había valido de una expresión común que, generalmente, no se interpretaba de forma literal. Es cierto que, el baronet no se mostraba particularmente orgulloso de la capacidad de Robert para resolver los asuntos propios más mundanos. Consideraba que su sobrino era una persona nula y bondadosa... un hombre cuyo corazón poseía una naturaleza liberal, pero que carecía de los recursos intelectuales necesarios. Sir Michael Audley cometía el mismo error que suelen cometer los observadores pudientes y poco exigentes que nunca observan lo que hay debajo de la superficie. El baronet confundía la vagancia con la incapacidad. Creía que por el hecho de que su sobrino fuera holgazán, necesariamente tenía que ser imberbe, y que si no lograba triunfar en la vida era debido a su ineptitud.

Sir Michael Audley olvidaba a los mudos y desconocidos Milton, que mueren sin poder expresarse al carecer de la tenaz perseverancia, del ciego valor que el poeta

debe poseer antes de encontrar un editor; olvidaba a los Cromwell^[83], que ven el noble navío, la economía política, intentando mantenerse a flote en un mar de confusión y adentrándose en una tempestad de desconcierto y que, sin embargo, no logran hacerse con el timón ni pueden enviar un bote salvavidas al barco que naufraga. Es un error juzgar lo que un hombre puede hacer por lo que ya ha hecho.

Valhala^[84] está cerca, y puede que los mejores hombres sean aquellos que perecen en silencio lejos del sagrado portal. Tal vez los espíritus más puros e inteligentes son aquellos a los que les horroriza la confusión propia de las carreras... el tumulto y la desorientación de la lucha. El juego de la vida se parece al *écarté* y, en ocasiones, las mejores cartas se quedan en la baraja.

Milady se quitó la toca y se sentó sobre un escabel tapizado de terciopelo, a los pies de sir Michael. No había sido un acto amanerado o estudiado de antemano. Lucy Audley se comportaba siempre de forma tan infantil, que nadie hubiera deseado o esperado verla comportarse de otra manera. Hubiera resultado igualmente extraño que esta sirena de cabellos color ámbar mostrara cierta reserva o seriedad femenina como que el claro y agudo canto de una alondra tuviera una rica variedad de bajos.

Lady Audley se sentó de espaldas al fuego de la chimenea, con las manos entrelazadas sobre el brazo del sillón en el que se encontraba su esposo. Las blancas y delgadas manos parecían inquietas. Mientras hablaba con sir Michael Audley, milady no cesaba de mover sus enjorjados dedos.

—Deseaba verte, querido —dijo—, eso era lo primero que quería hacer cuando he llegado a casa, pero el señor Audley ha insistido en que debía hablar conmigo.

—Pero ¿sobre qué, amor mío? —inquirió el baronet—. ¿Qué quería decirte? —Milady no respondió a la pregunta. Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de su esposo y los rubios y ondulados rizos le cubrieron el rostro—. ¡Lucy, Lucy! —gritó el baronet—, ¿qué ocurre? Amor mío, amor mío, ¿qué es lo que tanto te aflige?

Lady Audley intentó hablar pero sus labios temblorosos no pronunciaron palabra alguna. Una sensación de asfixia en la garganta parecía impedir que emitiera esas palabras falsas pero verosímiles que le servían como coraza contra los enemigos. No podía hablar. La angustia que había soportado en silencio en la sombría avenida de los tilos había adquirido unas dimensiones insoportables, por lo que rompió a llorar desconsoladamente. Lo que sacudía su esbelta figura y arañaba su interior como si fuera una bestia hambrienta dispuesta a destrozarla poco a poco no era un dolor fingido. No, se trataba de una tormenta de angustia y terror reales, de remordimiento y de desdicha. Era una forma de protesta que permitía que la débil naturaleza de la mujer adquiriese el encanto de la sirena.

Se diría que lady Audley no deseaba batirse en duelo con Robert Audley de esa manera. Esas no eran las armas que pensaba esgrimir, aunque tal vez ningún artificio le habría resultado tan efectivo como este arrebatado incontrolado de dolor. Fue algo que a su esposo le llegó al corazón. Se sintió desconcertado y aterrado. Toda su capacidad intelectual se vino abajo y quedó sumido en la más terrible de las

confusiones. Le había dado de lleno en su único punto débil. Era algo indisociable del amor que sir Michael Audley sentía por su esposa.

Ah, que Dios ayude al hombre fuerte cuya debilidad y cariño por la mujer a la que ama estén por encima de todo. Que Dios se apiade de él cuando la culpable criatura le engañe y luego, llorando y lamentándose, se postre a sus pies, torturándole con su dolor, rompiéndole el corazón con sus sollozos y lacerándole el pecho con sus gemidos. El sufrimiento de ella se multiplicaría de tal manera que, para él, se convertiría en la peor y más cruel de las angustias, poniendo a prueba su capacidad de resistencia. Que Dios le perdone si, exasperado por culpa de ese terrible dolor, vacila por momentos y decide perdonar cualquier cosa y proteger con su propia sangre a la malvada mujer, perdonándole aquello que la severa voz del honor masculino nunca perdonaría. Apiadaos de él, apiadaos de él. El peor de los remordimientos de la mujer que ha sido expulsada del hogar al que nunca podrá regresar no es equiparable al dolor del esposo que le cierra la puerta para siempre. La angustia de la madre que tal vez no vuelva a ver a sus hijos no es comparable al tormento del padre que se ve obligado a decir a esos niños: «Hijos míos, de ahora en adelante no tendréis madre».

Sir Michael Audley se incorporó, temblando por la indignación y dispuesto a entablar batalla con la persona que de tal manera había angustiado a su esposa.

—Lucy —dijo—, Lucy, insisto en que me expliques qué y quién te han provocado esta angustia. Insisto sobremanera. Quienquiera que te haya molestado tendrá que responder de ello ante mí. Amor mío, cuéntame de qué se trata. —El baronet se sentó de nuevo y se inclinó sobre lady Audley, intentando calmarse y aliviar así la angustia que embargaba a su esposa—. Cuéntame de qué se trata —susurró con ternura.

El momento de mayor paroxismo ya había pasado y milady alzó la mirada: entre sus lágrimas se vislumbraba un destello luminoso, y las ondulaciones de su sonrosada boca, esas crueles ondulaciones que Robert Audley había visto en el retrato de estilo prerrafaelita, eran visibles a la luz del fuego.

—Tal vez sea una boba —dijo—, pero ha logrado que perdiese los estribos.

—¿Quién... quién te ha hecho perder los estribos?

—Tu sobrino... el señor Robert Audley.

—¡Robert! —gritó el baronet—. Lucy, ¿a qué te refieres?

—Te he dicho que el señor Audley ha insistido en que fuéramos al paseo de los tilos y habláramos allí, querido —explicó milady—. Me ha asegurado que debía hablar conmigo, le he acompañado y me ha dicho cosas tan terribles que...

—¿Qué cosas terribles te ha contado, Lucy? —Lady Audley se estremeció y se agarró con desespero a la mano que le había estado acariciando en el hombro—. ¿Qué te ha contado, Lucy?

—Oh, amor mío, ¿cómo voy a decírtelo? —inquirió milady—. Sé que te afligirá saberlo... o te reirás de mí, y entonces...

—¿Reírme de ti? Nunca, Lucy.

Lady Audley permaneció en silencio durante unos instantes. Tenía la mirada clavada en el fuego y sus dedos todavía rodeaban la mano de su esposo.

—Querido —comenzó a decir lentamente, vacilando a medida que hablaba, como si el mero hecho de expresar sus pensamientos le horrorizara—, ¿has pensado alguna vez... temo tanto irritarte... o... has pensado alguna vez que el señor Audley esté... un poco...?

—¿Un poco qué, querida?

—Un poco ido —A lady Audley le temblaba la voz.

—¡Ido! —gritó sir Michael—. ¿A qué te refieres, querida?

—Tú mismo acabas de decir que no estaba del todo en sus cabales.

—¿Eso he dicho, amor mío? —preguntó riendo el baronet—. No recuerdo haberlo dicho, seguramente se trataba de un comentario sin mayor trascendencia. Robert es un tanto excéntrico, incluso diría que un poco estúpido, tal vez le falte algo de inteligencia, pero no creo que esté loco. Es más, generalmente es tu gran intelecto el que tiende a los desvaríos.

—Pero la demencia es hereditaria —dijo milady—. Tal vez el señor Audley haya heredado...

—No ha heredado ningún tipo de demencia por parte de la familia de su padre —interrumpió sir Michael—. Los Audley jamás han estado internados en manicomio alguno.

—¿Y por parte de la familia de la madre?

—No que yo sepa.

—Normalmente, este tipo de cosas se mantienen en secreto —declaró milady con seriedad—. Tal vez haya habido casos de demencia en la familia de tu cuñada.

—No lo creo, querida —replicó sir Michael—. Pero, Lucy, por todos los santos, ¿cómo has llegado a esa conclusión?

—He intentado encontrar una explicación al comportamiento de tu sobrino. Y ésta es la única que me parece posible. Si hubieras oído las cosas que me ha dicho esta tarde, sir Michael, tal vez también consideraras que está loco.

—Pero ¿qué es lo que te ha dicho, Lucy?

—No me atrevo a contártelo. Ya has visto la angustia que me ha provocado su comportamiento. Creo que ha vivido demasiado tiempo solo en esos aposentos de Temple. Tal vez lee más de lo que debiera o fuma en exceso. Algunos médicos aseguran que la demencia no es más que una enfermedad del cerebro... una enfermedad que puede afectarnos a todos, que se produce por unos motivos concretos y se cura con unos medios concretos.

Lady Audley no había apartado la mirada de los trozos de carbón ardiente que estaban en la amplia parrilla de la chimenea. Hablaba como si se tratara de un tema que dominara, como si sus pensamientos se hubieran alejado de lo relacionado con el sobrino de su esposo y se hubieran centrado en el marco más amplio y abstracto de la demencia.

—¿Por qué no puede estar loco? —prosiguió milady—. Suelen pasar muchos años antes de que a las personas que están locas se les diagnostique la enfermedad que padecen. Saben que están locas, pero lo mantienen en secreto y, en ocasiones, mueren llevándose el secreto a la tumba. A veces se apodera de ellas un paroxismo y, en el momento menos esperado, se delatan. Pueden incluso cometer un crimen. Les asalta una terrible tentación, tienen el cuchillo en la mano y la víctima está a su lado. Tal vez logren vencer al demonio interior que les tienta y morir sin haber cometido atrocidad alguna, pero quizá cedan a la horrible tentación... la espantosa y apasionada tentación de la violencia y del horror. A veces ceden, y entonces están perdidas.

La voz de lady Audley subía de tono a medida que exponía sus razonamientos. Resultaba obvio que no se había recuperado del todo del ataque de histerismo y nerviosismo que la había embargado, pero logró calmarse y, al proseguir, bajó el tono de voz.

—Robert Audley está loco —declaró con decisión—. ¿Cuál es el síntoma más evidente de la demencia... cuál es la primera y terrible señal de aberración mental? La mente se estanca, el cerebro se paraliza, se interrumpe el flujo constante de la mente, la capacidad para pensar del cerebro se convierte en pura monotonía. Del mismo modo que las aguas de una charca se pudren debido al estancamiento, la mente se enturbia y se corrompe por la falta de acción, y reflexionar eternamente sobre el mismo tema conduce a la monomanía. Robert Audley es un monomaniaco. La desaparición de su amigo George Talboys le ha causado un dolor indecible. Ha pensado tanto en eso que ha acabado perdiendo la capacidad para pensar en cualquier otra cosa. Cuando se reflexiona en exceso sobre algo, la mente acaba distorsionándolo. Repite veinte veces la palabra más común de nuestra lengua y antes de que hayas terminado habrás comenzado a preguntarte si la palabra que estás repitiendo es realmente la palabra que quieres decir. Robert Audley ha pensado tanto en la desaparición de su amigo que se ha acabado trastornando. Analiza una circunstancia tan común desde un punto de vista enfermizo y la transforma en un horror insondable que ha engendrado su propia monomanía^[85]. Si no deseas que enloquezca como él, no debes permitirme que vuelva a verle. Esta misma tarde me ha asegurado que George Talboys fue asesinado en esta casa y que arrancará de cuajo todos los árboles del jardín y derribará la casa para buscar...

Milady se calló. Las palabras murieron en sus labios. Después de haber hablado con tanta energía se sentía exhausta. La belleza infantil y frívola había dejado paso a una mujer lo suficientemente fuerte como para defender sus propias ideas.

—¡Derribar la casa! —gritó el baronet—. ¡George Talboys asesinado en Audley Court! ¿Eso ha dicho Robert, Lucy?

—Ha dicho algo parecido... algo que me ha asustado en gran medida.

—Entonces debe de estar loco —convino sir Michael seriamente—. Estoy un tanto desconcertado. ¿De veras ha dicho eso, Lucy, o tal vez le has malinterpretado?

—No... no creo que le haya mal interpretado —dijo milady con voz vacilante—. Ya has visto lo muy asustada que estaba cuando he entrado aquí. No me habría sentido tan nerviosa si no me hubiese dicho algo verdaderamente horrible.

Lady Audley se había valido del razonamiento que más la podría ayudar a conseguir su propósito.

—Desde luego, cariño, desde luego —replicó el baronet—. ¿Por qué demonios se le habrá metido en la cabeza una idea tan descabellada? ¡El señor Talboys... que no es más que un desconocido... asesinado en Audley Court! Esta misma noche iré a Mount Stanning y hablaré con Robert. Le conozco desde que nació y no permitiré que me engañe. Si verdaderamente tiene algún problema, no sabrá ocultármelo.

Milady se encogió de hombros.

—Se trata de un asunto más bien evidente —dijo—. Normalmente es un desconocido el primero en observar las peculiaridades de tipo psicológico.

Resultaba inusual que los sonrosados labios de milady pronunciaran palabras tan trascendentales, pero su recién adquirida sabiduría parecía teñida de cierta belleza extraña, lo cual desconcertó sobremanera a su esposo.

—De todos modos, no debes ir a Mount Stanning esta noche, querido —dijo con ternura—. Recuerda que el médico te ha dicho que no debes salir hasta que el tiempo mejore y el sol brille en este país condenado a un frío cruel.

Sir Michael Audley se desplomó en el sillón con un suspiro de resignación.

—Tienes razón, Lucy —dijo—, debo hacer caso al doctor Dawson. Supongo que Robert vendrá a verme mañana.

—Sí, querido. Creo que ha dicho que vendría.

—Entonces esperaremos hasta mañana, querida. Me resulta difícil creer que el pobre muchacho tenga problemas... me cuesta creerlo, Lucy.

—Entonces, ¿cómo te explicas el insólito engaño sobre ese tal señor Talboys? —preguntó milady.

Sir Michael negó con la cabeza.

—No lo sé, Lucy... no lo sé —respondió—. Creemos que las calamidades que sufren los demás nunca podrían ocurrirnos a nosotros. Me cuesta creer que mi sobrino no esté en sus cabales... no puedo creérmelo. Le... le diré que se quede aquí, Lucy, y le observaré atentamente. Estoy seguro de que si le ocurre algo, lo descubriré. Le conozco como si fuera mi propio hijo. Pero, querida, ¿por qué te han asustado tanto los extraños razonamientos de Robert? No tendrían por qué afectarte.

Milady suspiró lastimosamente.

—Debes creer que soy muy fuerte, sir Michael —dijo en un tono que daba a entender que se sentía ofendida—, si piensas que puedo oír ese tipo de cosas sin inmutarme. Sé que jamás volveré a reunir el valor necesario para ver al señor Audley.

—Y no le verás, querida... no le verás.

—Pero acabas de decir que le pedirás que se quede aquí —murmuró lady Audley.

—Si su presencia te resulta molesta, no lo haré, querida. Santo Cielo, Lucy,

¿acaso crees que hay algo que me importe más que tu felicidad? Iré a Londres y presentaré el caso a algún médico para que descubra si el hijo de mi hermano sufre algún trastorno. No te preocupes, Lucy, no te volverá a importunar.

—Debes considerar que soy muy intransigente, querido —dijo milady—, pero Robert se ha empeñado en implicarme en sus ridículos razonamientos.

—¡A ti, Lucy! —gritó sir Michael.

—Sí, querido. De alguna manera que no he logrado comprender del todo, ha encontrado el modo de relacionarme con la desaparición del señor Talboys.

—Eso es imposible, Lucy. Seguramente le has malinterpretado.

—No lo creo.

—Entonces debe de estar loco —dijo el baronet—, debe de estar loco. Esperaré a que regrese a la ciudad y entonces enviaré a alguien a sus aposentos para que hable con él. ¡Santo Cielo, qué asunto tan misterioso!

—Me temo que mis palabras te han provocado un gran malestar, querido —murmuró milady.

—Sí, querida, lo que me acabas de contar me ha afectado sobremanera, pero has hecho bien en hablarme con franqueza sobre este terrible asunto. Debo reflexionar al respecto, querida, y decidir cuál es la solución más apropiada.

Milady se incorporó del escabel en el que se había sentado. El fuego había perdido fuerza y la habitación sólo estaba iluminada por un débil resplandor rojo. Lucy Audley se inclinó sobre su esposo y le besó en la frente.

—Siempre has sido tan bueno conmigo, querido —murmuró—. Nunca permitirías que alguien te predispusiera en mi contra, ¿no es cierto, amor mío?

—¿Predisponerme en tu contra? —repitió el baronet—. No, amor mío, nunca.

—Porque sabes, querido —prosiguió milady—, que en el mundo hay personas malvadas y dementes, y a algunas de ellas les gustaría hacerme daño.

—No les convendría hacerlo, cariño —replicó sir Michael—, porque entonces se encontrarían en una situación realmente delicada.

Lady Audley rió con ganas, y su risa, alegre y triunfante, resonó en la habitación.

—Amor mío —dijo—, sé que me amas. Y ahora debo apresurarme, cariño, porque ya son más de las siete. Le había prometido a la señora Montford que iría a cenar a su casa, pero las acusaciones del señor Audley me han indisputado y no me siento con fuerzas para ir, por lo que le enviaré a uno de los mozos de cuadra con un mensaje de disculpa. Me quedaré en casa y me ocuparé de ti, querido. Esta noche te acostarás temprano y cuidarás de tu salud, ¿no es cierto, cariño?

—Sí, querida.

Milady se apresuró a salir de la habitación para entregar el mensaje que debía llevarse a la casa a la que había prometido ir a cenar. Mientras cerraba la puerta de la biblioteca, se detuvo durante unos instantes y se colocó la mano a la altura del pecho para comprobar el rápido latir de su corazón.

«Le he tenido miedo, señor Robert Audley —pensó—, pero tal vez haya llegado

el momento en el que tenga motivos para temerme a mí.»

Capítulo XIII

La petición de Phoebe

El distanciamiento que existía entre lady Audley y su hijastra no se había reducido durante los dos meses posteriores a las agradables vacaciones navideñas que habían tenido lugar en Audley Court. No existía una guerra declarada entre las dos mujeres, sino una inquebrantable neutralidad, que sólo era rota de tanto en tanto por breves altercados propios de su carácter o tormentas verbales que remitían rápidamente. Siento decir que Alicia hubiese preferido con diferencia una verdadera batalla campal a este gélido y silencioso distanciamiento, pero lo cierto es que no resultaba nada fácil batallar con milady. Tenía respuestas suaves para quebrantar la ira^[86]. Si su hijastra se mostraba petulante, sonreía con dulzura y se reía alegremente del mal genio de la muchacha. Si se hubiese comportado con menos amabilidad y hubiese estado tan predispuesta como Alicia a un enfrentamiento, tal vez se habrían peleado ferozmente y se habrían desahogado, y entonces existirían más posibilidades de que su relación fuese afectuosa y amistosa. Pero Lucy Audley no estaba dispuesta a declararle la guerra. Soportaba estoicamente la antipatía que sentía hacia Alicia y sólo la expresaba cuando lo creía conveniente, hasta que la brecha que la separaba de su hijastra se convirtió en un abismo completamente insalvable. Cuando no existe una guerra declarada, no puede haber reconciliación. Para que se firmen tratados de paz y los enemigos se saluden efusivamente, primero tiene que haber una batalla, una cruenta y aguerida batalla, en la que ondeen banderines y se escuche el estruendo de los cañones. Puede que la unión entre Francia e Inglaterra se deba a las conquistas y derrotas del pasado. Nos hemos odiado, nos hemos destruido mutuamente y, como se suele decir, hemos puesto las cosas «en su sitio», y ahora nos podemos permitir el lujo de abrazarnos y jurarnos amistad y hermandad eternas. Esperemos que cuando los estados nortños hayan diezmado y hayan sido diezmados, el fanfarrón de Jonathan^[87] se lance a los brazos de su hermano sureño, perdonando y siendo perdonado.

Alicia Audley y la hermosa esposa de su padre disponían de espacio ilimitado en la antigua y espaciosa mansión para expresar su recíproca antipatía. Milady poseía sus propias habitaciones, unos lujosos aposentos en los que se habían dispuesto todas las comodidades imaginables. Las habitaciones de Alicia se encontraban en otra parte de la casa. La señorita Audley tenía su yegua favorita, su terranova, sus materiales para dibujar y aparentaba ser feliz, pero no lo era ya que le resultaba prácticamente imposible sentirse bien en el opresivo ambiente de Audley Court. Su padre había cambiado, su querido padre, a quien había dominado gracias al poder ilimitado que ejerce una niña consentida, había aceptado someterse a una nueva dinastía. Poco a

poco, milady había logrado incrementar su poderío e influencia en la casa, y Alicia se había percatado de que su padre se aproximaba cada vez más al abismo que separaba a lady Audley de su hijastra, hasta que, finalmente, había cruzado al otro lado y desde allí observaba con frialdad a su única hija.

Alicia tenía la sensación de que le había perdido. Las radiantes sonrisas, las encantadoras palabras, las deslumbrantes miradas y el cautivador comportamiento de milady habían logrado hechizar a sir Michael, que había comenzado a pensar que su hija era una testaruda y caprichosa muchacha que no mostraba consideración alguna hacia la mujer que él amaba.

La pobre Alicia era consciente de lo mucho que había cambiado su padre, y soportaba la carga de la mejor manera posible. Resulta difícil de creer que una hermosa heredera de ojos grises que posee perros y caballos y dispone de un gran servicio doméstico se sienta tan sola en el mundo, que no conozca a ninguna persona con la que poder hablar y desahogarse.

«Si Bob sirviera para algo, le contaría lo muy infeliz que soy —pensó la señorita Audley—, pero teniendo en cuenta que no sabrá consolarme, es como si le contara mis problemas a *Caesar*». Sir Michael Audley hizo caso a su hermosa enfermera y se acostó poco después de las nueve en punto de la noche de tan desapacible día. Tal vez el dormitorio del baronet fuera el lugar que un inválido hubiera escogido para refugiarse en un día tan frío y sombrío. Las cortinas de terciopelo verde oscuro estaban corridas. El fuego crepitaba y proyectaba un color rojizo en la amplia chimenea. La lámpara de lectura, situada en una hermosa mesita cerca de la almohada de sir Michael, estaba encendida, y milady había dispuesto un buen número de revistas y periódicos para placer del enfermo.

Lady Audley se sentó junto a la chimenea durante unos diez minutos y habló seriamente sobre tan extraño y desagradable asunto... la demencia que padecía Robert Audley; pero transcurridos los diez minutos se incorporó y le deseó las buenas noches. Bajó la pantalla verde de seda y la ajustó para que la luz no molestase al baronet.

—Debo dejarte solo, querido —dijo—. Si puedes dormir, mejor. Si deseas leer, tienes los libros y los periódicos a mano. Dejaré abiertas las puertas de las habitaciones para oírte si me llamas.

Lady Audley cruzó el vestidor y se dirigió al tocador, donde había estado sentada junto con su esposo después de cenar.

Todas las características propias del refinamiento femenino eran visibles en el elegante aposento. El piano de milady estaba abierto, cubierto de partituras y colecciones impecablemente encuadernadas de escenas y fantasías que ningún maestro hubiera despreciado. En el caballete, situado junto a la ventana, había una acuarela con un bosquejo de Audley Court que evidenciaba el genio artístico de milady. La lujosa habitación estaba repleta de delicados bordados de encaje y muselina, sedas con los colores del arco iris y lanas teñidas con gran exquisitez. Los

espejos, artísticamente colocados por un tapicero en esquinas y ángulos opuestos, multiplicaban la imagen de milady, y esa imagen era la que reflejaba el objeto más hermoso del suntuoso aposento.

Lucy Audley se había sentado para pensar junto a la chimenea, entre la profusión de luces, colores, riqueza y belleza.

Si el señor Holman Hunt hubiera podido observar el interior del lujoso tocador, creo que hubiese recordado cada uno de los detalles y los habría reproducido luego en un lienzo para mayor gloria de la hermandad prerrafaelita^[88]. Milady estaba semirecostada, con el codo apoyado sobre una de las rodillas y la hermosa barbilla en la mano; los ricos pliegues de las telas caían del exquisito contorno de su figura, creando largas y onduladas formas, y la resplandeciente luz roja del fuego la envolvía en una suave neblina en la que resaltaba el brillo dorado de sus rubios cabellos. Lady Audley era hermosa de por sí, pero la suntuosidad de los elementos que la rodeaban en el santuario de su belleza hacía que su hermosura resultara incluso desconcertante. Tazas de oro y marfil, cinceladas por Benvenuto Cellini^[89]; bargueños de taracea y porcelana, con el sello de María Antonieta de Austria^[90], en los que había figuras de capullos de rosa y pruebas de amor eterno, pájaros y mariposas, cupidos y pastoras, diosas, cortesanos, labradores y lecheras; estatuillas de mármol de Paros^[91] y porcelana vidriada sin pintar; cestas bañadas en oro con flores de invernadero; maravillosos cofres de filigrana india; delicadas tazas de té de porcelana color azul turquesa, adornadas con medallones en miniatura del Rey Sol y de Luis el Muy Amado, Louise de la Vallière y Jeanne Marie du Barry^[92]; imágenes de bargueños y espejos dorados, satén brillante y encajes diáfanos; todo lo que el oro puede comprar o el arte crear se encontraba allí para el embellecimiento del tranquilo aposento, en el que milady estaba sentada escuchando el gemido del viento de marzo y el ruido que emitían las hojas de la hiedra al golpear contra las ventanas, y observando el abismo rojo del carbón ardiente.

Si aprovechara esta oportunidad para declamar contra el arte y la belleza, resultaría un sermón demasiado manido y me extendería de forma aburrida sobre una moraleja muy conocida, ya que milady se sentía más triste en la suntuosa habitación que la mayoría de las costureras en sus deprimentes buhardillas. La tristeza que la embargaba se debía a una herida tan profunda que la riqueza y el lujo no le ofrecían consuelo alguno; pero la naturaleza de su tristeza no era normal, por lo que no creo conveniente esgrimir su desdicha como ejemplo de pobreza. Las esculturas de Benvenuto Cellini y la porcelana de Sévres no la hacían feliz porque no estaban a su alcance. Lady Audley ya no era inocente, y el placer inocente que sentimos con las obras de arte y la belleza, ya no estaba lejos de ella. Seis o siete años antes, se habría sentido feliz si este palacete de Aladino hubiera sido suyo, pero lady Audley había abandonado el círculo de criaturas cuyo fin es la búsqueda de placer y se había adentrado en un desolador laberinto de culpa y traición, terror y crimen, y todas las maravillas que habían sido dispuestas para su complacencia sólo le producían un

placer, el placer de tirarlas al suelo, pisotearlas y, presa de la desesperación, destruirlas.

Algunas cosas le habrían producido un placer sin igual, un terrible júbilo. Si Robert Audley, su implacable enemigo, su despiadado perseguidor, yaciera muerto en la habitación contigua, lady Audley se alborozaría sobremanera.

¿Qué placer les podía quedar a Lucrecia Borgia y a Catalina de Medici^[93] tras haber cruzado la terrible frontera que separa la inocencia de la culpa y haberse encontrado solas al otro lado? El único placer que les quedaba era el de las venganzas sin escrúpulos y las traiciones. ¡Con qué amargo desdén debían de observar las frívolas vanidades, los engaños mezquinos y los irrisorios pecados de los delincuentes habituales! Tal vez se sintieran enormemente orgullosas de su ilimitada maldad, de su «divinidad infernal», que fue la que las convirtió en las peores pecadoras jamás habidas.

Milady, sentada en actitud reflexiva junto al fuego de la chimenea, con sus grandes y claros ojos azules clavados en los insondables abismos del carbón ardiente, podía pensar en muchas cosas alejadas de la terrible y silenciosa lucha en la que estaba sumida. Podía pensar en la inocencia de su infancia y en las insensateces y egoísmo propios de ese período de la vida, o en los nimios pecados femeninos que apenas la habían hecho sentirse culpable. Tal vez en ese ensueño retrospectivo recordase el momento en el que se había observado por primera vez en un espejo y se había percatado de que era hermosa: aquel nefasto momento en el que había considerado que su belleza era un don divino, una posesión ilimitada que se convertiría en algo que ocultaría todos los defectos propios de la adolescencia, en un contrapeso que justificaría todos los pecados de juventud. ¿Recordaba el día en el que ese hechizador don de la belleza le había enseñado a comportarse de forma egoísta y cruel, mostrándose indiferente hacia las alegrías y tristezas de los demás, fría y caprichosa, deseosa de que la admiraran, exigente y tiránica, con esa mezquina tiranía propia de las mujeres, que es el peor de los despotismos? ¿Era capaz de rastrear cada uno de sus pecados hasta llegar al verdadero origen de los mismos? ¿Se había dado cuenta de que esa fuente envenenada nacía en el valor exagerado que le otorgaba a un rostro hermoso como el suyo? Sin duda alguna, si sus pensamientos habían retrocedido tanto en el tiempo, debía de haberse arrepentido con amargura y desesperación de aquel primer día en el que las pasiones de su vida habían comenzado a subyugarla, y los tres demonios, la Vanidad, el Egoísmo y la Ambición, se habían estrechado la mano y dicho: «Esta mujer es nuestra esclava; veamos en qué se convierte bajo nuestro influjo».

¡Cuán minúsculos le parecían esos primeros errores de juventud mientras los recordaba junto al calor de la chimenea! ¡Qué vanidades tan insignificantes, qué crueldades tan nimias! El triunfo sobre un compañero de colegio, el coqueteo con el amante de una amiga, la afirmación del don divino que suponían sus ojos azules y su brillante cabello rubio. Pero ¡cómo se había ensanchado aquel estrecho sendero y se

había convertido en la amplia vía del pecado! ¡Con qué rapidez se habían acostumbrado los pies al nuevo camino!

Milady entrelazó los dedos en los rizos sueltos y tiró de ellos como si se los quisiera arrancar de la cabeza. Pero incluso en ese instante de silenciosa desesperación, la inflexible supremacía de la belleza demostró su poderío, y lady Audley soltó los enredados y brillantes tirabuzones, que formaron, en la tenue luz de la habitación, un halo alrededor de su cabeza.

«Cuando era joven no era malvada —pensó mientras observaba el fuego con tristeza—. Sólo era desconsiderada. Nunca le hice daño a nadie... al menos no deliberadamente. ¿He sido alguna vez realmente malvada? —meditó—. Mis peores actos han sido fruto de impulsos irracionales, nunca los he tramado con premeditación. No soy como las mujeres que aparecen en los libros que he leído, que pasan noches interminables planeando cuidadosamente todos y cada uno de los detalles de un crimen. Me pregunto si esas mujeres sufrieron... si esas mujeres... sufrieron tanto...»

Sus pensamientos comenzaron a precipitarse en un laberinto de confusión. De repente, se incorporó con gesto desafiante, y los ojos despedían una luz que no provenía del fuego.

—Estás loco, Robert Audley —dijo—, estás loco y tus razonamientos son los de un demente. Sé qué es la demencia. Conozco sus manifestaciones, y repito que estás loco. —Se llevó la mano a la cabeza, como si estuviera pensando en algo que le confundía y desconcertaba y que le resultaba difícil considerar con tranquilidad—. ¿Debo desafiarle? —murmuró—. ¿Debo? ¿Debo hacerlo? ¿Se detendrá habiendo llegado tan lejos? ¿Se detendrá por temor a mí? ¿Se detendrá por miedo a mí teniendo en cuenta que ni siquiera le ha detenido el hecho de que su tío sufra lo indecible? ¿Existe algo que pueda detenerle... que no sea la muerte?

Pronunció las últimas dos palabras en un susurro prácticamente inaudible y, con la cabeza gacha, los ojos bien abiertos y los labios todavía separados después de haber pronunciado la palabra «muerte», se sentó y observó el fuego sin expresión alguna.

—No soy capaz de tramar cosas tan horribles —murmuró—, mi mente no es lo bastante fuerte, o yo no soy lo bastante malvada o valiente. Si me topo con Robert Audley en ese solitario jardín, como...

El flujo de pensamientos fue interrumpido por un cauteloso golpe en la puerta. Lady Audley se incorporó bruscamente, asustada por el ruido. Se incorporó y se dejó caer en una silla que estaba junto a la chimenea. Recostó la hermosa cabeza en los suaves cojines y cogió un libro que había en la mesa.

Esta acción, aunque insignificante, hablaba por sí sola. Hablaba claramente de los miedos más recurrentes, de la terrible necesidad de tener que ocultar cosas, de una persona angustiada por dentro pero que lo disimulaba exteriormente. Esta acción demostraba con mayor claridad que cualquier otra la consumada actriz en que se

había convertido milady.

Volvieron a llamar a la puerta con suavidad.

—Adelante —dijo lady Audley con un tono animado.

La puerta se abrió con ese peculiar y respetuoso silencio propio de una sirvienta educada, y una joven vestida con sencillez, y que parecía llevar el frío viento de marzo en los pliegues de sus prendas, traspasó el umbral del aposento y se detuvo junto a la puerta, esperando a que milady le diera permiso para acercarse aún más.

Era Phoebe Marks, la pálida esposa del posadero de Mount Stanning.

—Le ruego me disculpe, milady, por molestarla —dijo—, pero he creído conveniente entrar sin esperar.

—Sí, sí, Phoebe, descuida. Tienes muy mal aspecto, quítate la toca y siéntate aquí.

Lady Audley le indicó la otomana en la que había estado sentada unos minutos antes. La doncella se había sentado con frecuencia a escuchar a su señora en los viejos tiempos, cuando era su principal compañera y confidente.

—Siéntate aquí, Phoebe —repitió lady Audley—, siéntate y cuéntame. Me alegro mucho de que hayas venido. Me sentía terriblemente sola en esta aburrida habitación.

Milady se estremeció y observó el suntuoso aposento como si la porcelana, el bronce, la taracea y el similar fueran los deteriorados adornos de un castillo en ruinas. La deprimente tristeza de sus pensamientos se había apoderado de los objetos que la rodeaban, y todos y cada uno de los elementos exteriores adquirirían el color propio de su cansancio interior, de la secreta angustia que la consumía. Lady Audley había dicho la verdad al afirmar que se alegraba de ver a Phoebe. Su carácter frívolo se aferraba a este débil refugio en el momento de mayor temor y sufrimiento. Existían afinidades entre lady Audley y Phoebe, que era como ella tanto interior como exteriormente... egoísta, fría, cruel, avariciosa, amante de la opulencia y de la elegancia, insatisfecha con su destino y cansada de su falta de independencia. Milady odiaba a Alicia por su carácter honesto, apasionado, desprendido y combativo; odiaba a su hijastra y se aferraba a esta pálida muchacha, a la que no consideraba ni peor ni mejor que ella misma.

Phoebe Marks obedeció a su señora, por lo que se quitó la toca antes de sentarse en la otomana, a los pies de lady Audley. El viento había despeinado sus delicados y claros cabellos; el elegante y pulcro aspecto del sencillo traje de color apagado y del cuello de lino daban la impresión de que acababa de arreglarse.

—Espero que sir Michael se encuentre mejor, milady —dijo.

—Si, Phoebe, se encuentra mucho mejor. Está durmiendo. Puedes cerrar la puerta —añadió lady Audley mientras indicaba con la cabeza la puerta, abierta, que comunicaba ambas estancias. —La señora Marks obedeció y luego se sentó de nuevo en la otomana—. Soy infeliz, Phoebe, muy infeliz —afirmó milady visiblemente preocupada—, y me siento desdichada y afligida.

—¿Por el secreto? —preguntó susurrando la señora Marks.

Milady no escuchó la pregunta y prosiguió hablando en el mismo tono lastimoso. El mero hecho de poder desahogarse con su doncella le hacía sentirse feliz. Había sufrido en silencio durante tanto tiempo que poder lamentarse en voz alta le producía un alivio indescriptible.

—Un hombre me persigue y me asedia, Phoebe Marks —dijo—. Un hombre al que nunca he hecho daño y al que nunca he deseado mal alguno me atormenta y molesta. Estoy condenada a que me persiga sin descanso y...

Lady Audley se calló y volvió a observar el fuego como cuando estaba sola. Una vez más, se sintió tan perdida en los oscuros y complejos pensamientos que vagaban de aquí para allá, sumidos en un espantoso caos y en un terrible desconcierto, que se sentía incapaz de llegar a conclusión alguna.

Phoebe Marks empalideció y observó el rostro de milady con preocupación, aunque se calmó un tanto cuando sus ojos se encontraron con los de lady Audley.

—Creo que sé a lo que se refiere, milady —dijo la esposa del posadero tras una pausa—. Creo que sé quién es la persona que se comporta de forma tan cruel con usted.

—Oh, naturalmente —respondió milady con amargura—, todos conocen mis secretos. No me cabe duda de que sabes lo que ocurre.

—Se trata de un caballero, ¿no es así, milady?

—Sí.

—Un caballero que llegó a la Castle Inn hará unos dos meses, cuando le advertí a usted que...

—Sí, sí —replicó milady con impaciencia.

—Estaba segura. Ese mismo caballero se encuentra esta noche en nuestra posada, milady.

Lady Audley se incorporó, se incorporó como si, presa de la desesperación, se dispusiese a cometer alguna locura, pero se hundió de nuevo en la silla con un suspiro apesadumbrado y cansado. ¿Con qué armas podría enfrentarse tan débil criatura a su destino? ¿Qué otra cosa podía hacer excepto escabullirse como una liebre acosada hasta regresar al punto de partida, donde sus perseguidores la pisotearían?

—¿En la Castle Inn? —gritó lady Audley—. Debería habérmelo imaginado. Ha ido allí para que tu marido le cuente mis secretos. ¡Idiota! —exclamó al tiempo que se volvía repentinamente hacia Phoebe con el rostro contraído por la ira—. ¿No te das cuenta que el haber dejado a esos dos hombres solos puede significar mi fin?

La señora Marks le agarró las manos.

—No he venido por voluntad propia, milady —dijo—. Le puedo asegurar que no tenía intención alguna de dejarles solos en la posada. Me han enviado.

—¿Quién te ha enviado?

—Luke, milady. No sabe usted lo muy duro que puede llegar a ser conmigo si me opongo a sus deseos.

—¿Por qué motivo te ha enviado?

La esposa del posadero bajó los ojos al ver la furiosa mirada de lady Audley y vaciló durante unos instantes antes de responder.

—Así ha sido, milady —murmuró—. Yo no quería venir. Le he dicho a Luke que no debíamos molestarla más, no pasa un mes sin que le pidamos un favor, pero... pero ha comenzado a elevar el tono de voz y me ha obligado a venir.

—Sí, sí —dijo lady Audley con impaciencia—. Ya lo sé, pero lo que quiero saber es por qué te ha hecho venir aquí.

—¿Por qué? Ya sabe cómo es Luke —replicó Phoebe de mala gana—. Es muy extravagante y, diga lo que le diga, nunca logro que se comporte de forma normal. No está sobrio, y cuando bebe en compañía de un grupo de pueblerinos, y suele beber más que ellos, no tiene la cabeza muy despejada como para dar explicaciones. Si no hubiera sido por mí, nos habríamos arruinado mucho antes. Y aunque lo he intentado con todas mis fuerzas, no lo he logrado. ¿Recuerda cuando me dio dinero para pagar la factura del cervecero, milady?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —respondió lady Audley con una sonrisa amarga—, porque necesitaba el dinero para pagar mis propias facturas.

—Lo sé, milady, y no crea que, después de todo lo que nos había dado con anterioridad, no me costó pedirselo. Pero eso no es lo peor de todo; cuando Luke me envió aquí para pedirle aquel favor, no me dijo que todavía debíamos el alquiler de Navidades... y todavía lo debemos, y esta noche ha venido un alguacil y mañana tendremos que vender nuestros bienes a no ser que...

—A no ser que paguéis el alquiler, supongo —conjeturó lady Audley—. Tenía que habérmelo imaginado.

—Sí, milady, yo nunca se lo habría pedido —dijo sollozando Phoebe Marks—, pero Luke me ha obligado a venir.

—Sí —replicó milady con amargura—, te ha obligado a venir, y lo hará cada vez que le apetezca satisfacer sus vicios mundanos; y vosotros viviréis a mi costa mientras viva o me quede dinero, porque supongo que cuando mi bolso esté vacío y no tenga crédito alguno, tu esposo y tú me venderéis al mejor postor. ¿Sabes que he tenido que vaciar la mitad de mi joyero para satisfacer vuestras peticiones? ¿Sabes que el dinero destinado a mis gastos personales, que cuando me casé o cuando era una pobre institutriz en la casa del señor Dawson consideraba que era cuantioso... ¡que Dios se apiade de mí!... sabes que ese dinero se ha visto reducido a la mitad para poder satisfacer vuestras demandas? ¿Qué debo hacer para calmar vuestra avaricia? ¿Acaso tendré que vender el bargueño de María Antonieta, la porcelana de Pompadour, los relojes de similor de Benson y Leroy o las sillas y otomanas tapizadas al estilo gobelino^[94]? ¿Qué es lo que tendré que hacer la próxima vez para satisfaceros?

—Oh, milady, milady —dijo Phoebe lastimosamente—, no sea tan cruel conmigo; sabe que no soy yo quien desea abusar de su generosidad.

—Lo único que sé —exclamó lady Audley—, es que soy la más desgraciada de

las mujeres. Déjame pensar —gritó, acallando con un gesto imperioso los murmullos de Phoebe—. No hables más, muchacha, y permíteme ocuparme de este asunto.

Se colocó las manos en la frente y entrelazó los dedos con fuerza, como si así pudiera controlar los impulsos de su cerebro.

—Robert Audley se encuentra en estos momentos con tu esposo —dijo lentamente, como si estuviera hablando sola—. Los dos hombres están juntos y en la casa también hay un alguacil, y estoy segura de que tu esposo ya estará más que borracho, lo que hará que aflore su obstinación y ferocidad. Si me niego a entregar el dinero, su ferocidad se multiplicará más allá de lo imaginable. No vale la pena perder el tiempo reflexionando al respecto. Debo darte el dinero.

—Si así lo hace, milady —dijo Phoebe con seriedad—, espero que sirva para dar a entender a Luke que ésta será la última ocasión en la que le dará dinero mientras viva en esa casa.

—¿Por qué? —inquirió lady Audley al tiempo que dejaba caer las manos sobre su regazo y miraba inquisitivamente a la señora Marks.

—Porque deseo que se marche de la Castle Inn.

—Pero ¿por qué deseas que se marche?

—Oh, por infinidad de motivos, milady —respondió Phoebe—. No está capacitado para ser el propietario de una taberna. No lo sabía cuando nos casamos porque, de lo contrario, me hubiera opuesto a que abriera el negocio y hubiera intentado convencerle para que se dedicara a la agricultura. No es que crea que así hubiera cambiado, porque ya sabe usted lo muy terco que es. No está capacitado para este negocio. En cuanto anochece, comienza a beber, y cuando se emborracha pierde los estribos y parece que ya no sabe lo que hace. Ya hemos tenido dos o tres incidentes graves.

—¿Dos o tres incidentes graves! —repitió lady Audley—. ¿A qué te refieres?

—Pues que hemos estado a punto de quemarnos vivos en la cama por culpa de su negligencia.

—¿Quemaros vivos por culpa de su negligencia! ¿Cómo ocurrió? —preguntó milady lánguidamente.

Era demasiado egoísta y le preocupaban demasiado sus propios problemas como para mostrar interés alguno por los peligros que pudiera haber corrido su anterior doncella.

—Ya sabe usted que la Castle Inn es un lugar muy extraño; el maderamen se cae a pedazos, las vigas están podridas y cosas por el estilo. La compañía de seguros de Chelmsford no quiere asegurarla, dicen que si se incendiara una noche ventosa ardería como la yesca y que nadie podría apagar el fuego. Luke lo sabe y el propietario, que vive cerca, se lo ha recordado en un sinnúmero de ocasiones y no le quita el ojo de encima a mi esposo; pero cuando Luke se emborracha ya no controla su comportamiento, y hará cosa de una semana dejó una vela encendida en uno de los edificios adyacentes y la llama prendió fuego a una de las vigas del techo inclinado;

si no me hubiese dado cuenta mientras caminaba junto a la casa, tal vez hubiéramos muerto incinerados. Y es la tercera vez que ocurre algo similar durante los seis meses que hemos estado en la casa, y no se puede imaginar lo muy asustada que estoy, milady.

Milady no se había imaginado nada ya que ni siquiera prestaba atención a lo que la señora Marks le estaba contando. Apenas si había escuchado los detalles del incidente; ¿por qué le iban a preocupar los problemas de esta mujer de origen modesto? ¿Acaso no tenía ella sus propias dificultades, sus propias complicaciones metafísicas que le mantenían la mente constantemente ocupada?

Lady Audley no hizo comentario alguno sobre lo que la pobre Phoebe acababa de contarle. No comprendió del todo lo que le había dicho hasta que no hubo terminado de hablar, momento en el que las palabras adquirieron todo su significado, como ocurre dos o tres minutos después de haber oído frases a las que no se había prestado atención.

—Quemados vivos en la cama —dijo finalmente milady—. Me hubiera producido una gran alegría si esa maravillosa criatura que es tu esposo se hubiera quemado vivo.

En ese momento, tuvo una nítida visión; una visión en la que esa frágil casa de madera, la Castle Inn, quedaba reducida a un amasijo de listones y yeso, al tiempo que vomitaba llamas de su boca negra y lanzaba chispas hacia el frío cielo nocturno.

Lady Audley suspiró con cansancio mientras alejaba de sí tan terrible visión. Sin embargo, su situación no mejoraría aunque este enemigo fuese silenciado para siempre ya que tenía otro enemigo mucho más peligroso... un enemigo al que, aunque fuera tan rica como una emperatriz, no podría sobornar o comprar.

—Te daré el dinero para que el alguacil se vaya —dijo milady tras una pausa—. Te daré hasta la última moneda que tenga, pero ¿de qué me servirá? Sabes tan bien como yo que no puedo negarte lo que me pides. —Lady Audley se incorporó y cogió la lámpara encendida que estaba en el escritorio—. El dinero está en el vestidor —explicó—. Iré a buscarlo.

—¡Oh, milady! —exclamó Phoebe repentinamente—. He olvidado algo; estaba tan preocupada por lo que le estaba contando que lo había olvidado por completo.

—¿El qué?

—Una carta para usted que me fue entregada poco antes de salir.

—¿Qué carta?

—Una carta del señor Audley. Oyó que mi esposo decía que yo vendría a verla a usted y me pidió que le entregara la carta.

Lady Audley colocó la lámpara en la mesa que se encontraba junto a ella y alargó la mano para coger la carta. Es imposible que Phoebe Marks no se diera cuenta de que la mano enojada temblaba como una hoja.

—Dámela... dámela —gritó milady—, veamos qué es lo que tiene que añadir.

Lady Audley, visiblemente impaciente, le arrancó la carta de las manos. Rasgó el

sobre y, tan nerviosa estaba, que apenas pudo desdoblar la carta. Era breve y rezaba así:

Si la señora de George Talboys realmente no hubiera fallecido tal y como notificaron los periódicos o como demuestra la lápida del cementerio de Ventnor, y si ella fuese la señora de la que sospecha y a la que acusa el abajo firmante, no resultaría imposible encontrar a alguien dispuesto a identificarla. No cabe duda de que la señora Barkamb, propietaria de North Cottages, en Wildernsea, accedería a desentrañar este misterio, tanto para aclarar un engaño como para confirmar una sospecha.

ROBERT AUDLEY
3 de marzo de 1859
Castle Inn, Mount Stanning

Milady arrugó la carta con fuerza y la lanzó al fuego.

—Si Robert Audley estuviera aquí ahora, sería capaz de matarle —murmuró—. ¡Lo haría... juro que lo haría! —Cogió de nuevo la lámpara y se dirigió hacia la habitación adyacente. Cerró la puerta tras de sí. No deseaba que nadie presenciara la terrible desesperación de la que se hallaba presa... no soportaba nada; ni a ella misma ni lo que la rodeaba.

VOLUMEN III

Capítulo I

Una luz roja en el cielo

La puerta que separaba el vestidor de milady del dormitorio de sir Michael se había quedado abierta. El baronet dormía plácidamente y, aunque la luz de la lámpara era tenue, su noble rostro resultaba visible. Respiraba con normalidad y sus labios dibujaban una sonrisa, la misma sonrisa de felicidad que solía esbozar cuando observaba a su hermosa esposa, la sonrisa de un padre que todo lo consiente y que mira con admiración a su hijo predilecto.

Un sentimiento femenino o de compasión dulcificó la mirada de lady Audley mientras observaba a su noble esposo. Durante unos instantes, el terrible egotismo de su desdicha cedió y sintió ternura por otra persona que no fuera ella misma. Tal vez se tratara de una forma encubierta de egoísmo, y la pena que sentía por ella misma fuera idéntica a la que sentía por su esposo, pero logró que sus pensamientos se alejaran del estrecho marco que suponían sus propios miedos y problemas y pensó, de forma profética, en las desdichas que se cernirían sobre su esposo.

«¡Cuánto sufrirá si se cree lo que le cuenten!», pensó.

Sin embargo, la acuciaba otro pensamiento, su hermoso rostro, sus encantadores modales, su enorme sonrisa, su risa musical, que sonaba como el repicar de varias campanas de plata a lo largo y ancho de un prado y un serpenteante río en una neblinosa tarde de verano. Ese pensamiento le produjo un sentimiento pasajero de triunfo que era incluso más poderoso que el miedo que la embargaba.

Si sir Michael viviera hasta cumplir los cien años, creyese lo que creyese sobre ella o aunque la despreciara sobremanera, ¿sería capaz de disociarla de esos maravillosos atributos? No; mil veces no. Hasta el último suspiro, la recordaría envuelta en la belleza que se había ganado, desde el principio, su entusiasta admiración y su cariño. Sus más acérrimos enemigos no podrían arrebatarse ese don divino que tan nefasta influencia había tenido en su frívola mente.

Lady Audley recorría el vestidor de un lado a otro bajo la luz plateada, al tiempo que pensaba en la extraña carta que Robert Audley le había escrito. Siguió caminando de forma mecánica durante largo rato hasta calmarse... y concentrarse en la amenaza que suponía el contenido de la carta del joven abogado.

—Lo hará —dijo entre dientes—, lo hará, a no ser que logre que antes le internen en un manicomio o...

No terminó de expresar verbalmente sus pensamientos. Ni siquiera había reflexionado sobre lo que había estado a punto de decir, pero su corazón comenzó a latir de forma extraña, como si cada una de las sílabas le palpitara en el pecho.

«Lo hará, a no ser que alguna desgracia se cierna sobre él y le acalle para

siempre», pensó.

El rostro de milady enrojeció de forma repentina y transitoria, como si de una llama se tratara, y luego adquirió una palidez mayor que la de la nieve. Las manos, que había mantenido unidas con fuerza, cayeron pesadamente a ambos lados de su cuerpo. Se detuvo... se detuvo del mismo modo que la esposa de Lot^[95] debió de haberse detenido tras haber lanzado esa nefasta mirada hacia atrás, hacia la ciudad en llamas, al tiempo que, al transformarse en estatua, el pulso se le detenía y la sangre se le congelaba en las venas.

Lady Audley permaneció inmóvil durante unos cinco minutos en esa extraña postura escultural, con la cabeza erguida y la mirada clavada ante sus ojos... escudriñando más allá del limitado espacio del aposento, en las oscuras distancias del miedo y el horror.

Pero, poco a poco, comenzó a abandonar esa rígida postura. Despertó del semi-letargo en el que había estado sumida, se dirigió rápidamente hacia el tocador, se sentó ante el mismo, apartó con energía los tarros de tapones dorados y los delicados frascos de porcelana para perfume y se observó en el gran espejo oval. Estaba muy pálida, pero su rostro no traslucía ningún otro indicio de nerviosismo. El contorno de sus agraciados labios era tan hermoso que sólo un observador muy atento se hubiera percatado de que mostraba una rigidez inusual. Lady Audley se dio cuenta e intentó borrarla con una sonrisa, pero sus sonrosados labios se negaron a obedecer: estaban firmemente unidos y ya no eran esclavos de su voluntad. Podía controlar sus ojos, pero los músculos de la boca no le respondían. Se incorporó y se puso una capa de terciopelo oscuro y una toca. Mientras lady Audley se vestía para dar un paseo, el pequeño reloj de similor que estaba sobre la chimenea marcaba las once y cuarto; cinco minutos después entró de nuevo en la habitación en la que había dejado a Phoebe Marks.

La esposa del posadero estaba sentada junto a la chimenea en una postura muy similar a la que había adoptado lady Audley antes de que ella llegara. Phoebe había añadido carbón y se había puesto la toca y el chal. Deseaba regresar a casa ya que temía que, durante su ausencia, a su esposo le pudiera ocurrir cualquier desgracia. Levantó la vista cuando lady Audley entró en el aposento y dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver que su señora se había vestido.

—Milady —dijo—, ¿es que acaso piensa salir ahora?

—Sí, Phoebe —respondió lady Audley con tranquilidad—. Voy a acompañarte a Mount Stanning y me encargaré personalmente de que el alguacil reciba el dinero y se vaya.

—Pero, milady, es muy tarde, no debe salir a estas horas.

Lady Audley no replicó. Se limitó a reflexionar al tiempo que acariciaba la campana con los dedos.

—A las diez de la noche, las caballerizas están cerradas y los hombres duermen —murmuró—. Preparar un carruaje ahora provocaría más ruido del que deseo; sin

embargo, estoy segura de que alguno de los sirvientes podría hacerlo silenciosamente.

—Pero ¿por qué quiere ir esta noche? —inquirió Phoebe Marks—. Puede ir mañana, o dentro de una semana. El propietario se encargará de que el alguacil se retire si usted se compromete a saldar la deuda.

Lady Audley pareció no percatarse de lo que Phoebe le había dicho. Se apresuró a entrar en el vestidor, se quitó la toca y la capa y luego regresó al tocador ataviada con el sencillo traje de la cena, después de apartarse distraídamente los rizos del rostro.

—Escúchame con atención, Phoebe Marks —dijo al tiempo que, con voz grave, aunque en un tono imperioso que no daba cabida a contradicción alguna, agarraba de la muñeca a su confidente—. Escúchame, Phoebe Marks —repitió—, voy a ir a la Castle Inn esta noche, y no me importa si es tarde o temprano. He decidido que debo ir e iré. Me has preguntado por qué y te he dado mis razones. Quiero pagar la deuda personalmente y así me aseguraré de que el dinero se emplea de forma correcta. No creo que resulte anormal que sea yo quien lo haga. Haré lo que muchas otras mujeres de mi posición suelen hacer. Me dispongo a ayudar a la doncella predilecta.

—Pero ya es casi medianoche, milady —insistió Phoebe.

Lady Audley frunció el cejo con impaciencia.

—Si se tiene que saber que voy a ir en persona a saldar la deuda —prosiguió sin soltar la muñeca de Phoebe—, estoy dispuesta a responder de mi conducta, aunque preferiría que no se supiera nada al respecto. Si haces lo que te diga podría salir de esta casa y volver sin que nadie me viese.

—Haré lo que desee, milady —replicó Phoebe sumisamente.

—Entonces, cuando la doncella entre en la habitación, me darás las buenas noches y dejarás que te acompañe hasta la puerta. Cruzarás el patio y me esperarás en el paseo, al otro lado del arco. Me reuniré contigo al cabo de una media hora, ya que he de esperar a que todos los sirvientes se hayan retirado. Tendrás que ser paciente pero te aseguro que, pase lo que pase, me reuniré contigo.

El rostro de lady Audley ya no estaba pálido. Tenía las mejillas sonrojadas y sus ojos azules despedían un brillo especial. Hablaba con una claridad y rapidez inusuales. Presentaba el aspecto de una persona que ha sucumbido a la poderosa influencia de un entusiasmo desmesurado. Phoebe Marks observó desconcertada a su antigua señora. Tuvo la desagradable sensación de que estaba enloqueciendo.

Lady Audley agitó la campana y al poco acudió la doncella, quien llevaba lazos de color rosa y vestidos de seda oscura, así como otros adornos que no habrían resultado familiares a las humildes personas que en épocas anteriores se sentaban a una altura inferior a la del salero^[96], cuando los sirvientes vestían con lana de poca calidad.

—No sabía que era tan tarde, Martin —dijo milady en ese agradable tono con el que lograba con facilidad que sus inferiores se mostraran serviciales—. He estado hablando con la señora Marks y no me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Esta noche no necesitaré nada, por lo que puede retirarse cuando lo desee.

—Gracias, milady —respondió la muchacha, que parecía tener sueño y apenas pudo contener un bostezo en presencia de su señora—. ¿Desea que acompañe a la señora Marks hasta la puerta antes de retirarme? —inquirió.

—Oh, sí, desde luego, acompáñela hasta la puerta. Supongo que el resto del servicio ya se ha retirado.

—Sí, milady.

Lady Audley se rió mientras observaba el reloj.

—Nos hemos entretenido más de lo normal, Phoebe —dijo—. Buenas noches. Dile a tu esposo que no se preocupe por el alquiler.

—Muchísimas gracias, milady, y buenas noches —murmuró Phoebe mientras salía de la habitación acompañada de la doncella.

Lady Audley se aproximó a la puerta y escuchó los apagados pasos en el aposento octagonal y luego en la escalera enmoquetada.

—Martin duerme en la parte superior de la casa —dijo—, muy lejos de esta habitación. Creo que en diez minutos podré salir sin peligro de que me descubran.

Regresó al vestidor y se puso por segunda vez la toca y la capa. Todavía tenía las mejillas sonrojadas y sus ojos despedían un brillo especial. Estaba tan nerviosa que ni su mente ni su cuerpo parecían percatarse del cansancio. Por muy ampulosa que sea al describir sus sentimientos, nunca podrá retratar con exactitud sus pensamientos o su sufrimiento. La desesperación de la que se hallaba presa esa noche podría llenar varios volúmenes de más de mil páginas cada uno. Se sentía atormentada, confusa y desconcertada; en ocasiones se martirizaba con los mismos pensamientos y, en otras, la desdicha en la que se hallaba sumida la acosaba sin descanso. Estaba junto al guardafuegos del tocador, observando la manecilla de los minutos del reloj y esperando que llegara el momento en el que podría salir de la casa sin correr peligro alguno.

—Esperaré diez minutos —dijo—, ni uno más, antes de arriesgarme a cometer esta locura.

Escuchó el ulular del viento de marzo, que parecía haberse acentuado en la noche oscura y tranquila.

La manecilla se desplazó lentamente, hasta indicar que habían transcurrido los diez minutos. Cuando milady cogió la lámpara y salió sigilosamente de la habitación eran las doce menos cuarto. Sus pisadas eran tan ligeras como las de un grácil animal, y la escalera y el pasillo, enmoquetados, amortiguaban aún más sus etéreos pasos. No se detuvo hasta que no hubo llegado al vestíbulo de forma octogonal de la planta baja, donde, como el aposento de milady, había varias puertas. Una de ellas daba a la biblioteca, y lady Audley la abrió con suavidad.

Habría sido una locura intentar salir de la casa por alguna de las salidas principales ya que el ama de llaves se aseguraba personalmente de que las puertas estuvieran bien cerradas. Sólo los sirvientes encargados de esta tarea conocían la compleja combinación de cadenas, cerrojos, trancas y campanas que protegía las

puertas y velaba por la seguridad de la habitación que albergaba la caja fuerte de caudales de sir Michael, cuya puerta tenía una hoja de hierro. Sin embargo, aunque se habían tomado tantas precauciones con los accesos principales, la puerta acristalada de la sala del desayuno, que daba al sendero cubierto de grava y a la zona de césped del patio, sólo contaba, como medidas de seguridad, con un postigo de madera y una barra de hierro tan liviana que hasta un niño la podría levantar.

Ese era el lugar por el que lady Audley quería salir de la casa. Le resultaría fácil quitar la barra y apartar el postigo, y podría dejar la ventana entreabierta durante su ausencia sin correr peligro alguno. Resultaba bastante improbable que sir Michael se despertara ya que tenía el sueño muy profundo, especialmente desde que había caído enfermo.

Lady Audley atravesó la biblioteca y abrió la puerta que daba a la sala del desayuno. Esta habitación había sido una de las últimas en construirse. Era un aposento sencillo, con las paredes empapeladas de un color alegre y el mobiliario de madera de arce. La persona que solía pasar más tiempo en la sala era Alicia ya que la parafernalia de la que se servía para sus actividades se encontraba allí: materiales para dibujar, bocetos inacabados, madejas de seda enredadas y otros recuerdos propios de la presencia de una señorita descuidada. El cuadro de la señorita Audley, un hermoso bosquejo realizado con lápices de colores que representaba a una muchacha con rasgos muy poco femeninos vestida con traje de equitación y sombrero, colgaba por encima de los pintorescos ornamentos de estilo Wedgwood que se encontraban sobre la repisa de la chimenea.

«¡Cuánto se alegraría si me ocurriera alguna desgracia! —pensó—. ¡Cómo se regodearía si yo tuviese que abandonar esta casa para siempre!»

Lady Audley dejó la lámpara sobre una mesa que estaba junto a la chimenea y se dirigió hacia la ventana. Separó la barra de hierro y el postigo de madera y luego abrió la puerta acristalada. Era una noche bien oscura, sin luna, y, mientras abría la puerta, entró una helada ráfaga de viento que apagó la lámpara.

—No importa —murmuró milady—, tampoco podía dejarla encendida. Cuando regrese, sabré encontrar fácilmente el camino de vuelta. He dejado todas las puertas entreabiertas.

Salió rápidamente y cerró la puerta acristalada. Temía que el traicionero viento abriese de par en par la puerta que daba a la biblioteca y la delatase.

Estaba en el patio y el frío viento de marzo hacía que sus prendas de seda se arremolinasen y produjesen un ruido agudo, parecido al silbido de la brisa al agitar el velamen de un velero. Atravesó el patio y volvió la vista atrás... observó durante unos instantes la luz del fuego, que resplandecía a través de las cortinas de color rosa del tocador, y el tenue brillo de la lámpara que estaba al otro lado de las ventanas con parteluz del dormitorio de sir Michael.

«Tengo la sensación de que estoy huyendo —pensó—. Tengo la impresión de que me estoy escapando en la oscuridad de la noche, como si me fuera a perder y me

olvidaran para siempre. Quizá debiera seguir el consejo de Robert Audley, tal vez debiera huir y escapar de su terrible poder. Si me escapara y desapareciera... del mismo modo que desapareció George Talboys. Pero ¿adónde podría ir? ¿Qué sería de mí? No tengo dinero: he vendido la mayor parte de mis joyas y no me darían más de doscientas libras por las que me quedan. ¿Qué iba a hacer? Tal vez debiera regresar a mi antigua vida, a esa fría, cruel, dura y desdichada vida... la vida de la pobreza, de la humillación, de las vejaciones y de las insatisfacciones. Quizá debería volver a esa vida, desfallecer en esa terrible lucha y morir... del mismo modo que murió mi madre.»

Milady se detuvo durante unos instantes sobre el suave césped que separa el patio del arco, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, acuciada por la inusual actividad de su mente. La postura reflejaba su estado de ánimo, expresaba indecisión y desconcierto. Sin embargo, en ese preciso momento, sintió un cambio en su interior; alzó la cabeza, y la alzó con ademán desafiante y decidido.

—No, señor Robert Audley —dijo en voz alta—, no regresaré a esa vida... no lo haré. Si nuestro enfrentamiento ha de convertirse en un duelo a muerte, no crea que arrojaré mi arma al suelo.

Cruzó el arco con pasos enérgicos y rápidos. Mientras pasaba por debajo del enorme arco, daba la impresión de estar adentrándose en un abismo negro que la había estado aguardando. Mientras lady Audley salía y se reunía con Phoebe Marks, que había esperado a su antigua señora junto a la entrada de Audley Court, el reloj marcó las doce y todo el edificio pareció vibrar con las campanadas.

—Phoebe —dijo lady Audley—, de aquí a Mount Stanning habrá unos cinco kilómetros, ¿no es así?

—Sí, milady.

—Entonces llegaremos en una hora.

Lady Audley no se había detenido mientras hablaba: caminaba rápidamente por el paseo, junto a su humilde compañera. Aunque su apariencia era la de una persona frágil y delicada, estaba acostumbrada a caminar. En la época en la que todavía tenía que trabajar, había adquirido la sana costumbre de dar largos paseos con las hijas del señor Dawson, por lo que cinco kilómetros le parecían más bien pocos.

—Supongo que tu esposo te esperará levantado, Phoebe —comentó lady Audley mientras iban a campo través y tomaban un atajo que llevaba a la carretera.

—Oh, sí, milady, estoy segura de que me espera levantado. Me atrevería a decir que estará bebiendo con el hombre.

—¿El hombre! ¿Qué hombre?

—El hombre a quien debemos dinero, milady.

—Ah, claro —dijo lady Audley con indiferencia.

Resultaba extraño que los problemas domésticos de Phoebe apenas le importaran en el preciso instante en el que se dirigía a la Castle Inn para arreglarlos.

Las dos mujeres atravesaron el campo y tomaron la carretera. El camino hasta

Mount Stanning tenía bastante pendiente y la carretera parecía lóbrega y sombría en la oscura noche, pero milady continuó caminando con una valentía que, dado su carácter egoísta y sensual, resultaba inusitada. No volvió a hablar con Phoebe hasta que no se hubieron aproximado a las brillantes luces que se encontraban al final de la carretera; una de ellas despedía un resplandor rojo a través de las cortinas color carmesí y destacaba la ventana tras la cual resultaba probable que Luke Marks estuviera sentado dando cabezadas sobre la botella de alcohol, esperando el regreso de su esposa.

—No se ha acostado, Phoebe —afirmó milady con entusiasmo—, pero no se ve ninguna otra luz encendida en la posada. Supongo que el señor Audley debe de estar durmiendo.

—Sí, milady, supongo que así será.

—¿Estás segura de que esta noche iba a quedarse en la Castle Inn?

—Oh, sí, milady. Antes de salir, ayudé a una muchacha a prepararle la habitación.

El viento, tempestuoso de por sí, soplaba con más fuerza aún en la inhóspita cima de la colina en la que se erigían las ruinosas paredes de la Castle Inn. Las crueles ráfagas danzaban alocadamente alrededor de la frágil construcción. Retozaban en el desvencijado palomar la veleta rota, las tejas sueltas y las chimeneas deterioradas; se burlaban del débil edificio desde los cimientos hasta el techo, y lo maltrataban y atormentaban con sus fieros ataques hasta que temblaba y se estremecía.

El señor Luke Marks no se había molestado en cerrar la puerta de su vivienda antes de comenzar a beber con el hombre que, provisionalmente, se había adueñado de todas sus pertenencias. El encargado de la Castle Inn era un vago y un bruto al que sólo le interesaba divertirse, y que odiaba de forma virulenta a cualquiera que le impidiera darse una satisfacción.

Phoebe abrió la puerta y entró en la casa, seguida de milady. El bar estaba iluminado con una lámpara de gas, la cual manchaba de humo el techo bajo enlucido con yeso. La puerta que separaba el bar del salón estaba entreabierta y lady Audley oyó la risa brutal del señor Marks mientras cruzaba el umbral de la posada propiamente dicha.

—Le diré que está usted aquí, milady —susurró Phoebe a su antigua señora—. Sé que estará un poco borracho. Espero... espero que no se ofenda si dice alguna grosería. Ya sabe usted que no deseaba que viniera.

—Sí, sí —replicó lady Audley con impaciencia—. Ya lo sé. ¿Por qué me iban a ofender sus groserías? Que diga lo que quiera.

Phoebe Marks abrió de un empujón la puerta del salón y dejó a milady en el bar.

Luke estaba sentado de forma desgarrada, con las piernas apoyadas en la chimenea y un vaso de ginebra con agua en una mano y el atizador en la otra. Su esposa apareció en el umbral de la sala mientras él atizaba el carbón para provocar una llamarada.

Sacó el atizador de entre las barras e hizo un amenazador gesto de borracho al ver

a Phoebe.

—Así que al final te has dignado volver a casa —dijo—. Pensé que no regresarías nunca.

Hablaba con voz pastosa y apenas se le entendía. Estaba bastante borracho. Tenía los ojos vidriosos, las manos le temblaban, y el alcohol que había consumido apenas le permitía hablar con claridad. Incluso cuando estaba sobrio o mostraba su lado más refinado, no dejaba de ser un bruto; si bebía, podía llegar a ser diez veces más bruto de lo normal, ya que las escasas restricciones que controlaban su brutalidad cotidiana se desataban de forma insolente y temeraria por culpa del alcohol.

—He... he tardado más de lo que pensaba, Luke —replicó Phoebe de forma conciliatoria—, pero he visto a milady y ha sido muy amable con nosotros... y saldaré nuestra deuda.

—¿Muy amable? —murmuró el señor Marks al tiempo que se reía—. ¡Muchas gracias! Sé cuál es el verdadero motivo de su amabilidad. Estoy seguro de que si no se viera obligada a hacerlo, no se mostraría tan amable.

El hombre al que debían dinero, que estaba sumido en un sensiblero y semiconsciente estado de embriaguez aunque sólo había bebido la tercera parte del alcohol que había ingerido el señor Marks, observaba asombrado a sus anfitriones. Estaba sentado junto a la mesa. De hecho, había colocado los codos sobre la misma para así evitar caerse, e intentaba en vano encender la pipa con la parpadeante llama de una vela de sebo.

—Milady me ha prometido que saldaría la deuda —repitió Phoebe haciendo caso omiso del comentario de Luke; sabía de sobra lo muy obstinado que era y que resultaba imposible que no dijera o hiciera lo que su terco carácter le dictaba que dijese o hiciese—, y ha venido hasta aquí esta noche para hacerlo, Luke —añadió.

Luke dejó caer el atizador sobre los rescoldos.

—¿Lady Audley está aquí? —preguntó.

—Sí, Luke.

Milady apareció en el umbral de la puerta en el preciso instante en el que Phoebe pronunciaba esas palabras.

—Sí, Luke Marks —dijo—, he venido para saldar la deuda y para que este hombre siga su camino.

Lady Audley habló de forma extraña, un tanto mecánica, como si se hubiese aprendido la frase de memoria y la repitiese sin saber su significado.

El señor Marks emitió un gruñido de descontento y dejó el vaso vacío sobre la mesa con un gesto de impaciencia.

—Podría haberle dado el dinero a Phoebe —dijo—, o traerlo usted misma, pero quiero que sepa que no nos gusta que las señoras de alta alcurnia vengán aquí y se entrometan en nuestros asuntos.

—Luke, Luke —se quejó Phoebe—, no digas eso, ¡milady ha sido tan amable!

—Oh, ¡al demonio con su amabilidad! —exclamó el señor Marks—, no nos

interesa su amabilidad, muchacha, sino su dinero. No pienso mostrarle mi agradecimiento con gimoteos. Nos ayuda porque se ve obligada a hacerlo, y si no fuera así, no lo haría...

Sabe Dios lo que podía haber llegado a decir Luke Marks si milady no se hubiera vuelto hacia él repentinamente y el sobrenatural resplandor de su belleza no le hubiese sobrecogido y acallado. El viento la había despeinado y sus cabellos, ligeros y suaves, le envolvían el rostro como si fueran una llama brillante. Sus ojos también despedían una luz... una luz verdosa como la de los llamativos ojos de una sirena irritada.

—¡Basta! —gritó lady Audley—. No he venido hasta aquí en la más absoluta de las oscuridades para escuchar tus insolencias. ¿A cuánto asciende la deuda?

—A nueve libras.

Lady Audley sacó su portamonedas, una pequeña bolsa con marfil, plata y turquesa, extrajo un billete y cuatro soberanos y los depositó sobre la mesa.

—Antes de marcharme —dijo—, ese hombre debe extenderme un recibo por el dinero entregado.

Hubo de transcurrir un considerable período de tiempo antes de que el hombre recuperase las facultades necesarias para ejecutar tan sencilla tarea, y hasta que no hubo cogido la pluma con sus torpes dedos y la hubo mojado en tinta, no se percató de que lo único que tenía que hacer era firmar al pie del recibo que le había dado Phoebe Marks. Lady Audley recogió el documento una vez se hubo secado la tinta y se volvió con la intención de salir del salón. Phoebe la siguió.

—No debe regresar sola, milady —dijo—. ¿Quiere que la acompañe?

—Sí, sí, acompáñame.

Las dos mujeres se encontraban cerca de la puerta de la posada. Phoebe observó sorprendida a su antigua señora. Había pensado que lady Audley se apresuraría a regresar a casa una vez hubiera resuelto el problema que tan en serio se había tomado, pero no fue así; milady se apoyó en la puerta y clavó la mirada en la oscuridad y la señora Marks, una vez más, temió que su antigua señora hubiera enloquecido.

Lady Audley todavía estaba ensimismada cuando en el bar un pequeño reloj holandés marcó la una.

Se sobresaltó al escuchar el sonido y comenzó a temblar.

—Creo que voy a desmayarme, Phoebe —declaró—. ¿Dónde puedo encontrar un poco de agua fría?

—La bomba de agua está en el lavadero, milady. Ahora mismo le traigo un vaso de agua.

—No, no, no —gritó milady al tiempo que agarraba a Phoebe del brazo cuando ésta se disponía a cumplir con su cometido—. Yo misma iré a buscarla. Creo que tendré que mojarme la cabeza en un barreño si no quiero desmayarme. ¿En qué habitación duerme el señor Audley?

La pregunta parecía tan irrelevante que Phoebe miró no sin desconcierto a su señora antes de responder.

—Le preparamos la habitación número 3, milady... es la habitación que está delante, junto a la nuestra —replicó tras una breve pausa.

—Dame una vela —dijo milady—. Iré a tu habitación y cogeré un poco de agua para refrescarme la cabeza. Quédate aquí —añadió de manera autoritaria al ver que Phoebe se disponía a mostrarle el camino—, quédate aquí y asegúrate de que el bruto de tu esposo no me sigue.

Lady Audley cogió la vela que le ofreció Phoebe y subió corriendo por la desvencijada escalera que daba al estrecho pasillo de techo bajo y olor a cerrado del piso superior, donde había cinco puertas: los números de cada habitación estaban pintados de color negro en los paneles superiores de las puertas. Cuando lady Audley compró el negocio para el prometido de su sirvienta, se desplazó personalmente hasta Mount Stanning para inspeccionarlo, por lo que sabía cómo guiarse por la ruinosa casa. Sabía dónde estaba el dormitorio de Phoebe, pero se detuvo ante la puerta del aposento que había sido preparado para Robert Audley.

Se detuvo y miró el número de la puerta. La llave estaba en la cerradura e, inconscientemente, colocó la mano encima. Luego, de repente, comenzó a temblar de nuevo, tal y como había temblado poco antes, cuando el reloj había marcado la una. Durante unos instantes permaneció de esa guisa, temblando y con la mano en la llave; entonces, en ese preciso instante, en su rostro se dibujó una terrible expresión y giró la llave dos veces, cerrando así la puerta.

No escuchó sonido alguno en el dormitorio; el ocupante del aposento parecía no haber oído el nefasto sonido de la llave oxidada en la cerradura oxidada.

Lady Audley se dirigió rápidamente hacia la otra habitación. Dejó la vela sobre el tocador, se quitó la toca y la dejó caer sobre el brazo. Fue al lavamanos y llenó el barreño de agua. Se mojó los rubios cabellos y luego observó a su alrededor durante unos instantes, con una mirada que parecía no pasar por alto ninguno de los pocos objetos que conformaban el escasamente decorado aposento. En el dormitorio de Phoebe sólo había muebles viejos; seguramente se había visto obligada a destinar los de más calidad a los mejores dormitorios, reservados para los ocasionales viajeros que pasaban una noche en la Castle Inn. Sin embargo, para disimular la escasez de mobiliario en la medida de lo posible, la señora Marks había llenado la habitación de colgaduras. Del armazón de la cama colgaban cortinas de *chintz* de poca calidad; paños adornados, del mismo material, envolvían la pequeña ventana, lo cual impedía que penetrara la luz del sol y ofrecía un inmejorable refugio a bandadas de moscas y arañas. Incluso el espejo, una fruslería que deformaba el rostro de aquel que osara mirarse en el mismo, se encontraba sobre una especie de altar cubierto de muselina almidonada y algodón glaseado de color rosa y estaba adornado con las más diversas florituras.

Milady sonreía mientras observaba los ornamentos que decoraban el dormitorio.

Tal vez, al recordar la opulencia de los aposentos de su casa, tuviese motivos para sonreír, pero en esa sardónica sonrisa había algo que parecía tener un significado más profundo que desdén hacia el pésimo gusto de Phoebe para la decoración. Lady Audley se dirigió al tocador, se alisó el pelo húmedo ante el espejo y se puso la toca. Luego colocó la vela de sebo tan cerca de las fiorituras que colgaban del espejo, que parecía que el tejido de la muselina almidonada atraía hacia sí la llama de la vela con una fuerza irresistible.

* * *

Phoebe, visiblemente impaciente, esperaba a milady junto a la puerta de la posada. Observaba el lento transcurrir del minuterio del pequeño reloj holandés. A la una y diez, lady Audley bajó las escaleras, con la toca puesta y el pelo húmedo pero sin la vela.

Phoebe se mostró preocupada al respecto.

—Milady —dijo—, ¡ha olvidado la vela arriba!

—El viento la ha apagado al salir de tu dormitorio —se apresuró a replicar lady Audley—. La he dejado allí.

—¿En mi dormitorio, milady?

—Sí.

—¿Y estaba apagada del todo?

—Te repito que sí. ¿Por qué te preocupa tanto la vela? Es más de la una. Vámonos.

Lady Audley agarró a Phoebe y la sacó de la casa a la fuerza. La presión con la que las sujetaba era tan firme como la de un torno de hierro. El viento cerró la puerta de la posada y dejó a las dos mujeres en el exterior. La larga y oscura carretera se extendía lóbrega y desolada ante ellas, apenas visible entre los setos deshojados.

Recorrer unos cinco kilómetros de distancia por una carretera solitaria entre la una y las dos de una fría madrugada invernal no es precisamente una tarea agradable para una mujer delicada... una mujer cuyas preferencias son la comodidad y el lujo. Sin embargo, milady caminaba deprisa, arrastrando a Phoebe como si estuviera poseída por una fuerza demoníaca que no le permitía detenerse. En esa oscura noche, en la que el viento ululaba a su alrededor, barriendo grandes extensiones de terreno oculto, soplando como si surgiera al mismo tiempo de todos los sitios y convirtiendo a las pobres criaturas en el punto de mira de su ferocidad, en esa oscura noche las dos mujeres descendieron por la colina en la que se encontraba Mount Stanning, llanearon durante unos dos kilómetros y luego ascendieron otra colina, en cuya ladera oeste se hallaba el abrigado valle que protegía a Audley Court del mundanal ruido.

Milady se detuvo en la cima de la colina para tomar aire y entrelazó las manos a la altura del corazón con la vana esperanza de calmar su cruel latido. Estaban apenas a un kilómetro de Audley Court y había pasado aproximadamente una hora desde que

partieran de la Castle Inn.

Milady se detuvo para reposar, con la mirada clavada en el lugar hacia el que se dirigían. Phoebe Marks también se detuvo, visiblemente alegre ante la perspectiva de descansar durante unos instantes, y volvió la vista hacia la oscuridad en la que se ocultaba el terrible refugio que tantos malestares le había provocado. Phoebe profirió un agudo chillido de horror y asió con desespero la capa de lady Audley.

El cielo nocturno ya no estaba completamente negro. Una luz resplandecía en la densa oscuridad.

—¡Milady, milady! —exclamó Phoebe señalando la luz—, ¿la ve?

—Sí, muchacha, la veo —replicó lady Audley al tiempo que intentaba apartar las manos de Phoebe de sus prendas—. ¿Qué ocurre?

—¡Es un incendio!... Un incendio, milady.

—Sí, me temo que se trata de un incendio. Probablemente sea en Brentwood. Vámonos, Phoebe, no nos atañe.

—Sí, sí, milady, está más cerca... mucho más cerca, es en Mount Stanning.

Lady Audley no replicó. Había comenzado a temblar de nuevo, tal vez por culpa del frío, ya que el viento había apartado la pesada capa y había dejado sus esbeltos hombros expuestos a la intemperie.

—¡Es en Mount Stanning, milady! —exclamó Phoebe Marks—. La Castle Inn está ardiendo... lo sé, lo sé. Esta noche he pensado en el incendio y me he sentido inquieta, porque sabía que esto pasaría algún día. No me importaría lo más mínimo si sólo se quemase la maldita posada, pero se perderán varias vidas, se perderán varias vidas —dijo sollozando—. Luke está demasiado borracho como para reaccionar, a no ser que alguien le ayude; el señor Audley está durmiendo...

Phoebe Marks se calló tras mencionar el nombre del señor Audley y se dejó caer de rodillas, alzó las manos, las entrelazó y sollozó a los pies de lady Audley.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. Dígame que no es cierto, dígame que no es cierto. ¡Es demasiado horroroso, demasiado horroroso!

—¿Qué es demasiado horroroso?

—Lo que estoy pensando; el terrible pensamiento que me acosa.

—¿A qué te refieres, muchacha? —le interpeló lady Audley con ferocidad.

—Oh, ¡que Dios me perdone si me equivoco! —exclamó Phoebe con voz entrecortada—. ¡Y sabe Dios que puedo equivocarme! Pero ¿por qué ha ido a la Castle Inn esta noche, milady? ¿Por qué estaba tan convencida de que debía ir, a pesar de todo lo que yo dijera... usted, que tanto rencor le guarda al señor Audley y a Luke y que sabía que los dos dormirían bajo el mismo techo? Oh, dígame que estoy equivocada, milady, dígame que mis palabras son crueles e inciertas, porque del mismo modo que sé que el cielo existe, creo que esta noche usted ha ido a la Castle Inn con el firme propósito de incendiarlo. Dígame que no estoy en lo cierto, milady, dígame que mis palabras son malvadas.

—Lo único que puedo decirte es que estás loca —replicó lady Audley en un tono

cortante—. ¡Levántate, tonta, cobarde! ¿Es que acaso aprecias tanto a tu esposo como para arrodillarte en el suelo y sentir compasión por él? ¿Es que Robert Audley significa tanto para ti como para que te comportes como una maníaca porque crees que su vida corre peligro? ¿Cómo sabes que el incendio es en Mount Stanning? Ves una luz roja en el cielo y comienzas a gritar que tu mísero tugurio arde en llamas, como si no hubiese ningún otro lugar en el mundo que pudiera incendiarse. El incendio podría ser en Brentwood, o puede que más lejos, en la zona sur de Londres. Levántate, loca, y ve a ocuparte de tus pertenencias, de tu esposo y de tu huésped. Levántate y vete, no te necesito.

—Oh, milady, milady, perdóneme —dijo Phoebe sollozando—, he sido demasiado injusta con usted... no me importa que sea cruel conmigo; si estoy equivocada, no me importa nada.

—Márchate y compruébalo tú misma —replicó lady Audley severamente—. Te repito que no te necesito.

Lady Audley se alejó y dejó a Phoebe Marks arrodillada en el duro suelo sobre el que se había postrado para suplicarle perdón. La esposa de sir Michael se dirigió hacia la casa en la que dormía su esposo, dejando tras de sí una estela roja en el cielo y adentrándose en la más profunda de las oscuridades.

Capítulo II

El portador de las noticias

Al día siguiente, bien entrada la mañana, lady Audley emergió de su vestidor exquisitamente ataviada con un vestido de mañana de delicada muselina, de encajes muy elaborados y bordados. Sin embargo, estaba pálida y tenía sombras semicirculares de color púrpura bajo los ojos. Explicó que la palidez y las ojeras se debían a que la noche anterior había estado leyendo hasta muy tarde.

Sir Michael y su joven esposa desayunaron en la amplia mesa redonda de la biblioteca, situada junto a la chimenea. Alicia tuvo que compartir el desayuno con su madrastra, aunque podría evitar su presencia en el largo intervalo que separa el desayuno del almuerzo.

Era una mañana gris y deprimente y lloviznaba sin cesar, por lo que el exterior de la casa apenas resultaba visible. El correo matinal había traído muy pocas cartas y los periódicos no llegarían hasta el mediodía, de modo que, al carecer de los habituales temas de conversación, apenas hablaron durante el desayuno.

Alicia observó la llovizna que caía contra las grandes ventanas.

—Hoy no se podrá salir a cabalgar —dijo—, ni creo que tengamos visitas, a no ser que Bob venga arrastrándose bajo la lluvia desde Mount Stanning.

¿Habéis oído alguna vez a una persona aludiendo a otra, que sabéis que está muerta, de una forma natural y despreocupada, ya que no sabía que dicha persona estuviera muerta, y que se refiriera a ella al tiempo que hacía cualquier otra cosa con naturalidad... mientras que vosotros sabíais que esa persona ya había desaparecido de la faz de la tierra y se había separado para siempre del resto de las criaturas mortales y de sus actividades habituales? Una alusión tan fortuita, aunque parezca insignificante, puede provocar un estremecimiento realmente doloroso. Un comentario en apariencia inofensivo podría llegar a irritar a una persona hipersensible. El Reino del Terror es profanado por esa involuntaria desconsideración. Sabe Dios qué oculto motivo podría tener milady para sentir tal repugnancia al escuchar la repentina mención del nombre del señor Audley, pero cuando Alicia comenzó a hablar sobre su primo, el rostro de lady Audley adquirió una palidez enfermiza.

—Sí, tal vez venga aquí bajo la lluvia —prosiguió la muchacha—, y su sombrero brillará como si acabara de cepillarlo con un poco de mantequilla fresca; de sus prendas surgirán estelas de vapor blanco y harán que parezca un genio que acaba de salir de la botella. Entrará y sus botas embarradas dejarán la alfombra repleta de pisadas, luego, sin quitarse la capa mojada, se sentará sobre la tapicería al estilo gobelino, milady, y la maltratará verbalmente si usted se queja, y preguntará por qué

las personas tienen sillas en las que uno no puede sentarse y por qué no vive en Fig-tree Court, y...

Con semblante pensativo, Sir Michael Audley observaba a su hija mientras hablaba sobre su primo. Alicia solía burlarse y arremeter contra Robert de manera nada comedida. Sin embargo, puede que el baronet estuviera pensando en una tal Signora Beatrice que se mostraba sumamente cruel con un caballero llamado Benedick^[97] del que, no obstante, estaba perdidamente enamorada.

—¿Sabes qué me dijo ayer el comandante Melville, Alicia? —inquirió sir Michael en ese momento.

—No tengo ni la más remota idea —replicó Alicia con desdén—. Puede que le dijera que deberíamos embarcarnos en una guerra dentro de poco, por Dios, señor; o, quizás, que deberíamos instaurar un nuevo ministerio, por Dios, señor, porque esos hombres tienen demasiados problemas, señor; o que se debería reformar esto o recortar aquello, y modificar el ejército hasta que, por Dios, señor, nos quedemos sin ejército... excepto un puñado de muchachos, señor, que se han aprendido de memoria toda la inútil porquería que les han enseñado los profesores y que llevan chaquetas ceñidas y cascos de percal. Sí, señor, hoy mismo están luchando en Oudh^[98] con esos cascos.

—Eres una impertinente y descarada señorita —replicó el baronet—. El comandante Melville no me dijo nada parecido, sino que un devoto admirador tuyo, un tal señor Harry Towers, ha renunciado a su puesto en Hertfordshire así como a sus caballos de caza y se ha marchado a Europa para realizar un viaje de un año de duración.

La señorita Audley se sonrojó al oír el nombre de su antiguo admirador, pero recobró la compostura rápidamente.

—¿Se ha marchado a Europa? —preguntó con indiferencia—. Me había dicho que lo haría si... si las cosas no le salían como esperaba. ¡Pobre criatura! Es un hombre generoso y estúpido, aunque infinitamente mejor que ese peripatético y patentado frigorífico^[99] que es el señor Robert Audley.

—Alicia, me gustaría que no te burlases tanto de Bob —dijo sir Michael en tono solemne—. Bob es una gran persona y le quiero como a un hijo; aunque... aunque últimamente se comporta de forma extraña. Ha cambiado mucho y se le han metido en la cabeza unas ideas muy absurdas, y milady me lo ha sabido hacer ver a tiempo. Cree que...

Lady Audley interrumpió a su esposo negando con la cabeza.

—Lo más conveniente sería no hablar de ese tema hasta que no pase un tiempo prudente —aseveró—. Alicia sabe lo que pienso al respecto.

—Sí —replicó la señorita Audley—, milady opina que Bob está perdiendo el juicio, pero yo tengo una teoría mejor. Bob no es el tipo de persona que enloquece fácilmente. ¿Cómo podría un intelecto tan lento y torpe como el suyo convertirse en un torbellino? Tal vez se pase el resto de la vida vagando en un tranquilo estado de

semi-idiotismo, comprendiendo a medias quién es, adonde va y qué hace, pero nunca perderá el juicio.

Sir Michael no dijo nada al respecto. La conversación que había mantenido con lady Audley la noche anterior le había afectado sobremanera y no había dejado de reflexionar sobre tan doloroso tema.

Su esposa, la mujer a la que más había amado y en la que había depositado toda su confianza, le había asegurado, no sin pesar, que su sobrino había enloquecido. Sir Michael había intentado llegar a la conclusión que más deseaba, mas en vano; había intentado creer que su señora se había dejado engañar por sus propias fantasías y que sus sospechas eran infundadas, mas en vano. Sin embargo, se percató de que al pensar de tal modo llegaba a una conclusión todavía más nefasta ya que así atribuía la terrible sospecha a su esposa. Lady Audley parecía estar convencida de la demencia de Robert. Si sir Michael pensaba que estaba equivocada era como si pensara que su mente padeciese de alguna debilidad. Cuanto más reflexionaba al respecto, más abrumado y desconcertado se sentía. No cabía duda de que el joven abogado siempre había sido un tanto excéntrico. Era sensato, medianamente inteligente, se comportaba como un caballero, aunque tal vez se mostraba poco cuidadoso cuando tenía que cumplir ciertas obligaciones sociales; sin embargo, existían algunos rasgos sutiles que lo diferenciaban del resto de los hombres de su edad y posición. También era cierto que había cambiado notablemente tras la desaparición de George Talboys. Se había vuelto taciturno y pensativo, melancólico y abstraído. Se mantenía alejado de la sociedad; se sentaba durante horas sin decir palabra y, cuando lo hacía, se enzarzaba en discusiones que, aparentemente, no tenían nada que ver con su propia vida o intereses. Por otro lado, existía otra razón que parecía corroborar la sospecha de milady sobre la demencia del joven e infeliz abogado. Durante su infancia y adolescencia, Robert Audley había pasado muchas horas en compañía de su prima Alicia, su hermosa y maravillosa prima, y todo apuntaba a que ella sería su prometida. Además, la muchacha, debido a la inocencia desprovista de maldad de su honesto carácter, le había demostrado su cariño; y, aun así, Robert Audley se había mantenido distante y había permitido que otros hombres cortejaran a Alicia, a quienes ella había rechazado, y continuaba sin dar señal alguna.

El amor es una esencia tan sutil, una maravilla metafísica tan indefinible que los que observan al que sufre sus crueles síntomas y se preguntan por qué no logra asimilar una fiebre tan común, nunca comprenden del todo su terrible poder. Sir Michael había llegado a esa conclusión porque Alicia era una hermosa y afable muchacha y le resultaba incomprensible que Robert Audley no se hubiese enamorado de ella. El baronet, que había encontrado, a punto de cumplir sesenta años, a la única mujer del mundo capaz de acelerarle los latidos del corazón, se preguntaba por qué motivo Robert no había caído preso de tal encantamiento. Sir Michael Audley olvidaba que existen hombres que son capaces de evitar el embrujo de las mujeres más hermosas y maravillosas pero que, al final, sucumben ante alguna virago de

rasgos toscos que sabe cuál es el único filtro secreto que podrá intoxicarles y hechizarles. También olvidaba que algunos Jack nunca encuentran a la Jill que les había prometido Némesis, y que tal vez mueren solteros mientras la pobre Jill ahoga sus penas con una vieja doncella al otro lado de la pared medianera. Olvidaba que el amor, que en sí es una locura, y un azote, y una fiebre, y una falsa ilusión, y una trampa, también es un misterio que nadie comprende del todo excepto aquellos que sufren sus terribles síntomas. Jones está perdidamente enamorado de la señorita Brown y pasa la noche en vela hasta que, preso de la desesperación, termina por odiar la cómoda almohada y rasgar las sábanas en dos, como si fuera un prisionero y quisiera convertirlas en improvisadas cuerdas. Este mismo Jones piensa que la plaza Russell es un lugar mágico puesto que su propia divinidad habita allí, y cree que los árboles y el cielo que la rodean son más verdes y azules que cualesquiera otros árboles o cielos, y siente una punzada, sí, una punzada, mezcla de esperanza y alegría, de inquietud y miedo cuando emerge de Guilford Street, tras descender de los cerros de Islington, y se dirige hacia el sagrado recinto; este mismo Jones se muestra indiferente antes los tormentos de Smith, que adora a la señorita Robinson, y no logra imaginarse qué es lo que ve en esa muchacha. A sir Michael Audley le sucedía lo mismo. Consideraba que su sobrino respondía a las características de un estereotipo masculino y su hija a las de uno femenino, y no comprendía el motivo por el que no formaban una respetable pareja. Sir Michael Audley pasaba por alto todas esas imperceptibles diferencias de carácter que hacen que el sano alimento de un hombre se convierta en el mortal veneno de otro. ¡Cuán difícil resulta a veces creer que a un hombre no le gustan los mejores platos! Si en una cena un invitado de apariencia sumisa rechaza el salmón con pepino o guisantes en febrero, lo catalogamos como a alguien pobre puesto que sus instintos le aconsejan no probar esos platos caros. Si un regidor declarase que no le gusta la grasa verde, se le consideraría un mártir social, una especie de Marcus Curtius^[100] que se inmola en beneficio de los demás. Sus compañeros regidores creerían cualquier cosa menos que sintiese una aversión herética hacia la sopa de tortuga. No obstante, hay personas a las que no les gusta el salmón, la morralla, el anadón ni ninguna otra exquisitez, y otras a las que les gustan platos excéntricos que generalmente son considerados repugnantes.

¡Ay, mi hermosa Alicia, tu primo no te amaba! Admiraba tu rostro sonrosado y sentía cierto cariño que, tal vez con el paso del tiempo, podría haber desembocado en uno de esos apresurados matrimonios cuya única devoción apasionada reside en recibir un cheque en Dorsetshire. Sí, el creciente cariño que Robert Audley sentía por su prima, debo confesar que era como una planta de lento crecimiento, se había visto mermado aquel frío día de febrero en el que había hablado con Clara Talboys bajo los árboles. Desde aquel día, cada vez que pensaba en la pobre Alicia le embargaba una sensación desagradable. De un modo un tanto vago, consideraba que suponía un obstáculo para su libertad personal; temía que existiese un acuerdo tácito que lo comprometiese con ella y que, por lo tanto, le fuese vetado hasta el derecho de pensar

en otra mujer. Creo que ver a la señorita Audley desde esta perspectiva fue lo que provocó que el joven abogado tuviese esos iracundos ataques de cólera contra el sexo femenino. Robert Audley era un verdadero caballero, tan caballero que hubiera preferido inmolarse en el altar de la verdad y ante Alicia, antes que causarle daño alguno, aunque puede que de este modo se hubiera asegurado un futuro feliz.

«Si la pobre muchacha me ama —pensaba—, y por mis palabras y comportamiento cree que la amo, tengo la obligación de demostrárselo y cumplir cualquiera de las promesas tácitas que pueda haber realizado de forma inconsciente. En una ocasión pensé... tuve la intención de hacerle una proposición... fue cuando aquel horrible misterio sobre George Talboys tenía que haber sido esclarecido y todo hubiera vuelto a la normalidad... pero ahora...».

Normalmente, una vez llegados a este punto, comenzaba a divagar y se adentraba en parajes a los que nunca había tenido la intención de ir; se veía a sí mismo bajo los pinos de Dorsetshire, cara a cara con la hermana de su desaparecido amigo, y le resultaba sumamente laborioso regresar al punto en el que había comenzado a divagar y apartarse del césped y los pinos.

«¡Pobre muchacha! —se decía al pensar de nuevo en Alicia—, ¡es tan cándida y tierna conmigo! Debería sentirme agradecido. ¡Cuántos hombres pensarían que un corazón tan desprendido y cariñoso sería el mejor regalo que podría hacerles la tierra! Sir Harry Towers, tras saberse rechazado, se halla preso de la desesperación. Daría la mitad de sus bienes, o todos, o el doble, si los tuviera, por estar en el lugar que con tanta ansia deseo abandonar. ¿Por qué no la amo? Es hermosa, pura, buena y honesta, ¿por qué no la amo? Su imagen nunca me atormenta, excepto para reprochar mi actitud. Nunca sueño con ella. Nunca me despierto en plena noche y veo sus ojos o siento su aliento sobre mis mejillas o sus suaves dedos aferrados a los míos. No, no estoy enamorado de ella. Es más, no puedo enamorarme de ella.»

Montaba en cólera y se oponía fervientemente a su propia ingratitud. Procuraba convencerse de que sentía un gran cariño por su prima, pero en vano, y cuanto más intentaba pensar en Alicia, más pensaba en Clara Talboys. Me refiero a los sentimientos que le embargaron durante el período transcurrido desde que regresara de Dorsetshire y visitara Grange Heath.

Sir Michael estaba sentado junto al fuego de la chimenea de la biblioteca tras haber desayunado en esa lluviosa mañana, escribiendo cartas y leyendo los periódicos. Alicia se encerró en su habitación con la intención de leer el tercer volumen de una novela. Lady Audley cerró la puerta de la antecámara octogonal y durante el resto de la aburrida mañana se dedicó a recorrer las habitaciones que separaban el dormitorio del tocador.

Había cerrado la puerta para evitar que alguien entrara y la viera antes de que tuviera tiempo para reaccionar y prepararse para un posible escrutinio. Su rostro parecía empalidecer a medida que transcurría la mañana. Sobre el tocador había un pequeño botiquín abierto, frascos de espliego, sal de amonio, cloroformo, clorodina y

éter. Milady se detuvo ante el botiquín y comenzó a extraer los frascos restantes de forma abstraída hasta que sacó uno que contenía un líquido oscuro y espeso y que tenía una etiqueta en la que se leía: «Opio-Veneno».

Sostuvo el frasco entre sus manos durante unos instantes, lo observó al trasluz e incluso lo destapó y olió el repugnante líquido. De repente, lo apartó con un estremecimiento.

—¡Si pudiera hacerlo! —murmuró—, ¡si pudiera hacerlo! Pero ¿por qué ahora?

Apretó las manos mientras pronunciaba las últimas palabras y se dirigió hacia la ventana del vestidor, desde la cual se veía el arco cubierto de hiedra que permitía el acceso a Audley Court.

Había otras puertas pequeñas en los jardines que conducían hacia los prados situados detrás de Audley Court, pero viniendo desde Mount Stanning o Brentwood el único acceso era la entrada principal.

La solitaria manecilla del reloj del arco indicaba que faltaban unos treinta minutos para las dos del mediodía.

—¡Cuán lento pasa el tiempo! —se lamentó cansinamente—. ¡Cuán lento, cuán lento! Me pregunto si tendré que envejecer así, como si cada minuto pareciera una hora.

Observó el arco durante un rato, pero no vio a nadie, por lo que se alejó de la ventana con visible impaciencia y prosiguió su cansino deambular por las habitaciones.

A Audley Court aún no habían llegado noticias referentes al incendio que había iluminado el oscuro cielo la noche anterior. Era un día húmedo y ventoso y parecía muy poco probable que alguien se aventurara a salir para contar las noticias del día. No era día de mercado, por lo que muy pocas personas transitaban la carretera que separaba Brentwood de Chelmsford. No era de extrañar, pues, que a Audley Court no hubieran llegado noticias del incendio que había tenido lugar durante la fría noche invernal.

La muchacha con los lazos de color rosado llamó a la puerta de la antesala para avisar a su señora de que el almuerzo ya estaba preparado, pero lady Audley apenas abrió la puerta y le dio a entender que no almorzaría.

—Me duele mucho la cabeza, Martin —dijo—. Me acostaré y descansaré hasta la hora de la cena. Puede venir a las cinco para vestirme.

Sin embargo, lady Audley ya había decidido que se vestiría a las cuatro, prescindiendo así de los servicios de la doncella. De entre los espías privilegiados, la doncella es la que disfruta de la mejor posición. Es la encargada de lavar con agua de colonia los ojos de lady Theresa después de que haya discutido con el coronel; es la que administra sal de amonio a la señorita Fanny después de que el conde Beaudesert, del Blues, no haya acudido a la cita concertada. La doncella conoce cientos de métodos para descubrir los secretos de su señora y sabe, por el modo en que ésta sacude la cabeza mientras le cepilla el cabello o se irrita ante el más mínimo

movimiento del peine, los terribles tormentos que la angustian... o el desconcierto del que se halla presa. La doncella educada sabe cómo interpretar los síntomas mentales más inexplicables que afectan a su señora; sabe cuándo es fingida la palidez del rostro o los dientes de nácar están hechos de un material importado que el dentista quiere poner de moda o las brillantes trenzas son más una reliquia de los muertos que una propiedad de los vivos; la doncella conoce estos secretos y otros todavía más sagrados. Sabe si la dulce sonrisa es más falsa que el esmalte de madame Levison y mucho menos duradera... sabe si las palabras que salen por entre los dientes de perlas están más maquilladas que los labios que han contribuido a pronunciarlas. Cuando la hermosa y hechizante beldad del salón de baile entra de nuevo en el vestidor tras una larga y agotadora noche de diversión, arroja la voluminosa capa con capucha, el ramillete de flores marchitas y la máscara y, como si fuese una Cenicienta que acaba de perder el zapato de cristal cuyo resplandor la había hecho llamar la atención, se sume de nuevo en los harapos y en la pobreza, y la doncella se encuentra a su lado y presencia tal transformación. El ayudante de cámara que trabajaba para el profeta de Khorassan^[101] tuvo que haber visto a su señor descubierto y tuvo que haberse reído disimuladamente de la insensatez de los que adoraban al monstruo.

Lady Audley no creía que su nueva doncella pudiera ser también su confidente, por lo que, más que nunca, deseaba estar a solas.

Se recostó cansinamente sobre el lujoso sofá del vestidor y enterró el rostro en las almohadas con la intención de dormir. ¡Dormir!... ya casi no recordaba lo que significaba ese maravilloso reparador, le parecía que no dormía desde tiempos inmemoriales. Tal vez sólo fueran cuarenta y ocho horas, pero tenía la sensación de que eran muchas más. El cansancio de la noche anterior y la inusual excitación habían logrado agotarla del todo. Se durmió y se sumió en un profundo y letárgico sueño. Antes de tumbarse en el sofá, había disuelto en un vaso de agua algunas gotas de opio y se lo había bebido.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las cuatro menos cuarto cuando lady Audley se despertó, sobresaltada y con la frente bañada en sudor frío. Había soñado que todos los que vivían en la casa llamaban a gritos a la puerta, ansiosos por contarle que la noche anterior se había declarado un terrible incendio.

Sin embargo, el único sonido que oía era el de las hojas de la hiedra al rozar la ventana, el ocasional crepitar de los rescoldos y el monótono tictac del reloj.

«Puede que a partir de ahora siempre tenga los mismos sueños —pensó milady—, y, al final, acabarán matándome.»

Había dejado de llover y el débil sol primaveral resplandecía en las ventanas. Lady Audley se vistió rápida pero esmeradamente. No quiero dar a entender que incluso en el momento de mayor sufrimiento su orgullo se viera reflejado en su belleza. No, lady Audley creía que la belleza era un arma, y tenía la sensación de que en esos momentos necesitaba armarse mejor que nunca. Se puso la más hermosa de las sedas, un amplio vestido plateado que despedía destellos de color azul que se

asemejaban a los rayos de la luna. Se soltó los cabellos, que cayeron como una brillante cascada dorada, se cubrió los hombros con una capa de cachemira blanca y bajó las escaleras en dirección al vestíbulo.

Abrió la puerta de la biblioteca y miró en el interior. Sir Michael estaba dormido en el sillón. En el mismo instante en el que milady cerraba la puerta con suavidad, Alicia descendía las escaleras que llevaban a su aposento. La puerta de la torrecilla estaba abierta y el sol brillaba sobre el césped húmedo del patio interior. Los senderos cubiertos de grava estaban prácticamente secos ya que había dejado de llover hacía unas dos horas.

—¿Te apetece pasear conmigo por el patio? —inquirió lady Audley a su hijastra. La neutralidad que existía entre las dos mujeres permitía que existieran cortesías de este tipo.

—Sí, si así lo desea, milady —replicó Alicia con desgana—. Me he pasado la mañana leyendo una aburrida e insulsa novela y me convendría respirar un poco de aire fresco.

Que el cielo se apiade del novelista cuya obra había estado leyendo detenidamente la señorita Audley, si no pudiera contar con mejor crítico que la muchacha. Había leído página tras página sin saber lo que leía y había apartado de sí los volúmenes en numerosas ocasiones para mirar por la ventana, confiando en ver llegar a quien esperaba.

Lady Audley atravesó la baja entrada y se dirigió hacia el camino de gravilla por el cual se aproximaban los carruajes a la casa. Todavía estaba sumamente pálida, pero el brillo del vestido y la cascada de rizos dorados disimulaban la blancura de su rostro. La aflicción suele asociarse con las prendas sueltas y desordenadas, los cabellos despeinados y, en general, con una apariencia completamente contraria a la de milady. ¿Por qué motivo había decidido pasear en tan desapacible día, de un lado para otro por el monótono sendero en compañía de una hijastra a la que odiaba? Lo había hecho porque se hallaba presa de una terrible inquietud que le impedía quedarse dentro de la casa esperando ciertas noticias que estaba segura que llegarían de un momento a otro. En un principio, había deseado rechazarlas, en un principio, había deseado que los elementos de la naturaleza dificultasen su llegada, los terribles rayos invernales podrían acabar con él mensajero que las trajera... tal vez el suelo temblara y se abriera bajo sus presurosos pies, y el insalvable abismo separaría el lugar del que venían las noticias del que supuestamente las recibiría. Lady Audley deseó que la Tierra dejara de girar, que los elementos interrumpieran sus funciones naturales y que el tiempo no avanzase; también deseó que llegase el día del Juicio Final para poder comparecer ante un tribunal celestial y evitar así la vergüenza y el sufrimiento propios de cualquier juicio terrenal. Mientras yacía tumbada sobre el sofá del vestidor, había soñado todas estas y otras muchas cosas, todas ellas relacionadas con el mismo tema. Había soñado que un arroyo, que en un principio le había parecido un pequeño riachuelo, atravesaba la carretera que iba de Mount Stanning a Audley y que

luego, gradualmente, se convertía primero en un río y después en un océano, hasta que el pueblo se perdía de vista, y una inmensa masa de agua ocupaba el lugar en el que había estado. Lady Audley soñó que veía al mensajero; primero era una persona y luego otra, pero nunca parecía real; innumerables obstáculos le dificultaban el camino, primero peligrosos y terribles y luego ridículos y banales, aunque nunca naturales o reales; y al recorrer la casa con el recuerdo reciente de esos sueños, le había desconcertado la calma del lugar, ya que indicaba que las noticias aún no habían llegado.

De repente, cambió de idea por completo. Ya no deseaba que las temidas noticias se retrasaran, sino acabar con el sufrimiento y el dolor, fuera cual fuera, y sentirse liberada de una vez por todas. Tenía la sensación de que el aciago día nunca llegaría a su fin, como si sus malignos deseos se hubieran cumplido y el tiempo realmente se hubiera detenido.

—¡Qué día tan largo! —exclamó Alicia, como si hubiera leído los pensamientos de milady—, ¡y aquí sólo hay llovizna, niebla y viento! Y ahora que ya es demasiado tarde para salir, seguro que mejora el tiempo —añadió la muchacha visiblemente enojada.

Lady Audley no replicó. Estaba mirando el reloj de una sola manecilla y esperando las noticias que deberían llegar de un momento a otro.

«Tienen miedo de venir y decírselo —pensó—. Tienen miedo de contarle las malas nuevas a sir Michael. Me pregunto quién será capaz de hacerlo. Tal vez el párroco de Mount Stanning, el médico o alguna persona importante.»

Si hubiera podido salir al exterior y dirigirse hacia la avenida rodeada de árboles deshojados, a la carretera que se extendía más allá o a la colina en la que se había separado de Phoebe la noche anterior, lo habría hecho de buena gana. Prefería cualquier cosa a la lenta incertidumbre, a la terrible preocupación, esa putrefacción metafísica en la que el corazón y la mente parecían descomponerse en una dolorosa agonía. Intentó hablar y, no sin esfuerzo, logró emitir algunos ocasionales y triviales comentarios. En circunstancias normales, su acompañante se habría percatado de que le sucedía algo, pero la señorita Audley, demasiado absorta en sus propios pensamientos, estaba tan predispuesta como milady a mantenerse en silencio. A Alicia le sentaba bien el monótono paseo a lo largo del sendero cubierto de gravilla. Creo que incluso le producía cierto placer la idea de que pudiera resfriarse y culpar a Robert del peligro que corría. Si se hubiera podido causar una inflamación de pulmón o un desgarró de los vasos sanguíneos por exponerse a temperaturas tan bajas, creo que el sufrimiento posterior le habría producido una sombría satisfacción.

«Si tuviera una inflamación de pulmón, tal vez Robert se preocuparía por mí —pensó—. No podría insultarme ni llamarme impertinente. Esas cosas no se dicen a las personas enfermas.»

Creo que Alicia se imaginó a sí misma en la última etapa de la tisis, tumbada sobre varias almohadas en un gran sillón, mirando el atardecer por la ventana,

rodeada de frascos de medicina, un racimo de uvas y una Biblia; a su lado estaría Robert, arrepentido y cariñoso, al que habría llamado para darle su bendición antes de morir. Alicia le leería un capítulo completo de la Biblia como parte de su bendición de despedida y hablaría mucho más de lo que le convenía para su estado, disfrutando lo indecible con su funesto castillo en el aire. Absorta en tan lúgubres pensamientos, la señorita Audley apenas se percató de su madrastra y de que la manecilla del reloj marcaba las seis en el preciso instante en el que bendecía y se despedía de Robert.

—¡Santo Cielo! —exclamó repentinamente—, ya son las seis y todavía no estoy vestida. —Mientras Alicia hablaba, en la cúpula del tejado sonó la campana de la media hora—. Debo entrar en casa, milady. ¿Quiere acompañarme?

—Enseguida voy —replicó milady—. Ya estoy vestida.

Alicia se alejó corriendo, pero milady se quedó en el patio ya que todavía esperaba que llegaran las noticias.

Estaba a punto de anochecer. Las brumas azules del atardecer comenzaban a elevarse desde el suelo. Sobre el prado había un vapor gris y un desconocido podría haber pensado que Audley Court era un castillo al borde del mar. Las sombras de la inminente noche se introducían bajo el arco de la entrada como si fueran traidores que esperaran la oportunidad idónea para deslizarse sigilosamente hacia el patio interior. A través del arco se veía un trozo de cielo azul que brillaba débilmente, surcado por una refulgente línea color carmesí e iluminado por la tenue luz de una estrella. En el patio sólo estaba esta inquieta mujer, que recorría incansablemente los senderos, esperando oír las pisadas que le llenarían el alma de miedo. ¡Finalmente las escuchó!... oyó pisadas en el paseo que estaba al otro lado del arco de entrada. Pero ¿eran las pisadas que deseaba escuchar? Su oído, agudizado por la agitación que sentía, reconoció los pasos de un hombre... reconoció incluso que eran los de un caballero, no los de alguien que arrastraba pesadamente sus botas con tachuelas, sino los de un caballero que caminaba con paso firme y seguro.

Cada sonido penetraba en el corazón de milady como si fuera un trozo de hielo. No podía esperar ni contenerse más; perdió el control de sí misma, cualquier vestigio de entereza, toda capacidad para dominarse y se dirigió corriendo hacia el arco de entrada.

Se detuvo bajo su sombra ya que el desconocido estaba muy cerca. Lady Audley lo vio: ¡Dios Santo!, lo vio bajo aquella tenue luz del atardecer. La cabeza comenzó a darle vueltas y el corazón dejó de latirle. No emitió ningún grito de sorpresa ni ninguna exclamación de terror, sino que se tambaleó hacia atrás y buscó apoyo en los contrafuertes cubiertos de hiedra del arco. Agazapada en el ángulo que formaba el contrafuerte con el muro que sostenía, observó al recién llegado.

Mientras éste se aproximaba, a lady Audley le flaquearon las piernas y se dejó caer al suelo; no se había desmayado ni había perdido el sentido, tan sólo se había agazapado más aún en el ángulo del muro, como si hubiera construido una tumba para sí misma bajo la sombra de los ladrillos.

—¡Milady! —El que hablaba era Robert Audley. Él, a quien lady Audley había encerrado en la habitación de la Castle Inn diecisiete horas antes—. ¿Qué le ocurre? —preguntó en tono constreñido—. Incorpórese y permítame que la acompañe adentro.

La ayudó a levantarse y, de forma sumisa, lady Audley le obedeció. Robert la tomó del brazo y, atravesando el patio interior, la condujo hasta el vestíbulo iluminado. Lady Audley se estremeció con una intensidad que Robert no había visto en mujer alguna, pero no opuso resistencia a su voluntad.

Capítulo III

Milady desvela la verdad

—¿Hay alguna habitación en la que pueda hablar a solas con usted? —inquirió Robert Audley al tiempo que observaba a su alrededor con recelo.

A modo de respuesta, milady asintió con la cabeza. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta y la abrió del todo. Sir Michael se había retirado al vestidor para prepararse para la cena, tras un día de placentera holgazanería que hubiera resultado perfectamente legítimo para un discapacitado. En la habitación no había nadie y, al igual que la tarde previa, estaba iluminada por el fuego de la chimenea.

—Lady Audley —dijo Robert en un tono frío y severo que no traslucía dulzura o compasión alguna—, anoche le hablé con franqueza, pero usted no quiso hacerme caso. Esta noche le hablaré con más franqueza aún y debe escucharme atentamente.

Milady, agazapada ante el fuego y con el rostro oculto entre las manos, emitió un sollozo parecido a un gemido, pero no replicó.

—Anoche hubo un incendio en Mount Stanning, lady Audley —prosiguió la inmisericorde voz—, y la Castle Inn, la casa en la que yo dormía, quedó reducida a cenizas. ¿Sabe cómo logré escapar y no perecer en las llamas?

—No.

—Escapé de una forma providencial, casi tonta. No dormí en la habitación que me habían preparado. Era demasiado húmeda y hacía frío; intenté encender un fuego en la chimenea pero el carbón no prendía, por lo que convencí a una sirvienta para que me preparara una cama en el sofá de la salita de la planta baja en la que había pasado la tarde. —Robert se calló durante unos instantes, observando la figura agazapada. El único cambio perceptible en la postura de milady era que había hundido la cabeza un poco más—. ¿Desea que le diga quién perpetró la destrucción de la Castle Inn, milady? —Lady Audley no respondió—. ¿Desea que se lo diga?

El mismo obstinado silencio.

—Lady Audley —gritó repentinamente Robert—, fue usted quien provocó el incendio. Fueron sus manos asesinas las que desataron las llamas. Fue usted quien pensó que con tan terrible e indecible acto se desharía de mí, su enemigo y acusador. ¿Acaso tiene alguna importancia para usted que otras vidas sean sacrificadas? Si hubiese podido provocar por segunda vez la matanza del día de San Bartolomé^[102] para acabar conmigo, hubiese sacrificado sin remordimiento alguno a cientos de inocentes. Se me ha terminado la compasión y la misericordia. Ya no siento pena o reparo por usted. Hasta ahora no la he puesto en evidencia para que así nadie sufriera por su culpa, pero ya no puedo más. Si existiese un tribunal secreto ante el cual usted debiera responder de sus crímenes, no tendría ningún escrúpulo en acusarla

abiertamente; pero perdonaría a ese noble caballero cuyo insigne nombre se vería manchado por su infamia.

Robert bajó el tono de voz al hacer tal alusión y, durante unos instantes, perdió la compostura, pero se recobró rápidamente y prosiguió hablando.

—Anoche no pereció nadie en el incendio. Yo tenía el sueño ligero, milady, porque estaba preocupado por la desdicha que sabía que se estaba cerniendo sobre esta casa. Fui yo quien descubrió que había un incendio y avisé a tiempo a la sirvienta y al pobre e infeliz borracho que, a pesar de mis esfuerzos, ya había sufrido quemaduras considerables y que ahora se encuentra en un estado más bien precario en la casa de su madre. Gracias a él y a su esposa supe quién había visitado la Castle Inn a altas horas de la noche. La mujer estaba casi trastornada cuando me vio, y fue ella la que me relató los pormenores de la noche anterior. Sabe Dios cuántos otros secretos debe de saber sobre usted, milady, o con qué facilidad podría arrancárselos si necesitase su ayuda, que no es el caso. Sé perfectamente cuál es mi cometido. He jurado que pondría en manos de la justicia al asesino de George Talboys, y mantendré mi juramento. Fue usted la que provocó la muerte de mi amigo. Si en ocasiones me he preguntado, como es natural, si tal vez fuera víctima de alguna horrible alucinación o si esa alternativa no era más probable que la de que una hermosa y joven mujer cometiese tan vil y abyecto crimen, si en ocasiones me lo he preguntado, ya no es el caso. Tras el horror de la noche pasada, ya no puede cometer crimen alguno, por muy infame que sea, que me haga dudar sobre usted. De ahora en adelante, ya no pensaré que es usted una mujer, una mujer culpable que a pesar de las maldades cometidas todavía es capaz de sufrir y tener sentimientos; a partir de ahora, la miraré como si fuese la diabólica encarnación de algún principio demoníaco. Pero ya no podrá continuar corrompiendo este lugar con su presencia. Si no confiesa qué es y quién es en presencia del hombre al que ha engañado durante tanto tiempo y acepta tanto su perdón como el mío, iré en busca de los testigos que desvelarán su verdadera identidad y, aunque corra el riesgo de manchar para siempre tanto mi reputación como la de las personas a las que amo, haré que la castiguen por el crimen que ha cometido.

Lady Audley se incorporó repentinamente y, habiéndose apartado el pelo del rostro y con los ojos brillantes, se situó, erguida y decidida, ante Robert.

—¡Traed a sir Michael! —gritó—. ¡Traedle aquí y confesaré lo que sea... lo confesaré todo! ¿Qué me importa? Sabe Dios que he luchado con todas mis fuerzas contra usted y que he sido todo lo paciente que he podido, pero ha vencido, señor Robert Audley. Se trata de una gran victoria, ¿no es cierto? ¡Una maravillosa victoria! Ha utilizado su frío, calculador y brillante intelecto para una causa justa. ¡Ha vencido... a una demente!

—¡A una demente! —exclamó el señor Audley.

—Sí, a una demente. Está en lo cierto al afirmar que he asesinado a George Talboys, pero se equivoca al decir que lo hice de forma vil y abyecta. ¡Le maté

porque estoy loca!, porque mi intelecto está un poco más allá de la estrecha línea divisoria que separa la cordura de la demencia, porque cuando George Talboys me acosó, del mismo modo que usted me ha acosado, y me amenazó, mi mente, que nunca había estado equilibrada, perdió el poco equilibrio que le quedaba y ¡enloquecí! Traed a sir Michael y apresuraos en hacerlo. Si tengo que contarle algo, se lo contaré todo, ¡le contaré el secreto de mi vida!

Robert Audley salió de la habitación en busca de su tío; sabe Dios cuán inconmensurable sería la angustia que le embargaba, ya que sabía que estaba a punto de destruir la mayor ilusión de su tío, y también sabía que no es tan grave que nuestros sueños no se vean cumplidos si nunca los hemos llegado a confundir con la realidad. Pero incluso hallándose tan apenado por sir Michael, no pudo evitar recordar las últimas palabras de milady: «el secreto de mi vida». También recordó la desconcertante carta que Helen Talboys había escrito la víspera del día de su marcha de Wildernsea. Robert recordó aquellas suplicantes frases: «Debe perdonarme porque sabe el motivo que me ha llevado a actuar de esa manera. Usted sabe cuál es el secreto que gobierna mi vida».

Robert encontró a sir Michael en el vestíbulo y no hizo nada para mitigar la conmoción que le supondría al baronet escuchar tan terrible revelación. Se limitó a conducirlo hasta la biblioteca iluminada por el fuego de la chimenea y, una vez allí, se dirigió a él en voz baja.

—Lady Audley desea confesarle algo, señor... Se trata de una confesión que sé que le parecerá una cruel sorpresa y le apenará sobremanera. Pero, por su reputación actual y su paz venidera, es necesario que la escuche. Lady Audley le ha engañado, y siento decirlo, de forma abyecta; es justo que oiga de sus propios labios las excusas que pueda ofrecerle para justificar su maldad. ¡Que Dios mitigue tan terrible golpe! —dijo sollozando y totalmente abatido el joven abogado—. ¡Yo no puedo!

Sir Michael alzó la mano como si quisiera acallar a su sobrino, pero la dejó caer con impotencia. Permaneció en el centro de la habitación, rígido e inmóvil.

—¡Lucy! —gritó en un tono cuya angustia se cernió como un golpe sobre los nervios crispados de los que le oyeron, igual que el grito de un animal herido impresiona y apena al que lo escucha—. ¡Lucy! ¡Dime que este hombre ha enloquecido! ¡Dímelo, amor mío, o le mataré!

Mientras se volvía hacia Robert su voz se tornó furiosa, como si realmente pudiera derribar al suelo al vil acusador de su esposa con su brazo alzado.

Sin embargo, milady se arrodilló a sus pies, interponiéndose entre el baronet y su sobrino, que estaba inclinado sobre un sillón con el rostro oculto por la mano.

—Te ha contado la verdad —dijo milady—, ¡y no ha enloquecido! Le he pedido que fuera a buscarte para confesártelo todo. Has sido tan bueno conmigo, mucho más de lo que me merecía, que si pudiera, me compadecería de ti, pero no puedo, no puedo... lo único que siento es mi propia desdicha. Ya te dije hace tiempo que era muy egoísta, y todavía lo soy... más que nunca. Las personas felices tienen

sentimientos para con los demás, pero las desgracias ajenas me parecen tan insignificantes comparadas con las mías que me río de ellas.

Cuando milady se había arrodillado a los pies de sir Michael, éste había intentado levantarla y se había quejado, pero, al oír las palabras de lady Audley, se había dejado caer sobre una silla que estaba cerca del lugar en el que ella se había arrodillado y, con las manos entrelazadas y la cabeza gacha para poder oír cada una de las nefastas palabras, escuchó el testimonio de milady como si hubiera concentrado todas sus fuerzas en ese acto.

—Debo contarte la historia de mi vida para que comprendas por qué me he convertido en la miserable canalla cuya única esperanza reside en que le permitan, huir y ocultarse en algún desolado rincón del planeta. Debo contarte la historia de mi vida —repitió milady—, pero no temas, no me extenderé más de lo necesario. No me produce placer alguno tener que rememorarla. Cuando era una niña una vez hice una pregunta que me parecía normal, ¡que Dios me ayude!, pregunté dónde estaba mi madre. Recuerdo vagamente un rostro, parecido al mío en estos momentos, que me miraba cuando era bebé, pero, repentinamente, el rostro desapareció y nunca más lo volví a ver. Me dijeron que mi madre estaba lejos. Me sentía infeliz porque la mujer que se ocupaba de mí era desagradable y porque vivíamos en un solitario pueblo en la costa de Hampshire, a unos diez kilómetros de Portsmouth. Mi padre, que estaba enrolado en la marina, sólo venía a verme de tanto en tanto, por lo que estaba prácticamente al cuidado de esta mujer que, al cobrar con irregularidad, descargaba conmigo toda su ira cada vez que mi padre se retrasaba en el pago. Desde muy temprana edad descubrí lo que significaba ser pobre.

»Tal vez se debiera más a que me sentía descontenta con mi monótona vida que a algún impulso incontrolable, pero lo cierto es que repetía la misma pregunta sobre el paradero de mi madre. Siempre me respondían lo mismo... que estaba fuera. Cuando preguntaba en qué sitio, me decían que se trataba de un secreto. Cuando crecí lo bastante como para comprender el significado de la palabra muerte, pregunté si mi madre estaba muerta, y me dijeron que no estaba muerta, sino enferma. Pregunté cuánto tiempo había estado enferma y me respondieron que varios años, desde mi más tierna infancia.

»Finalmente, el secreto fue desvelado. Un día, cuando la paga se había retrasado más de lo habitual y mi madrastra estaba sumamente exasperada, le formulé una y otra vez la misma pregunta y se dejó arrastrar por la pasión. Me contó que mi madre estaba loca y se encontraba en un manicomio, a unos sesenta kilómetros de casa. Apenas lo hubo dicho se arrepintió y me aseguró que me había mentido, que no la creyera y que jamás dijera a nadie lo que acababa de contarme. Tiempo después descubriría que mi padre le había hecho jurar que nunca me contaría el secreto sobre el paradero de mi madre.

»No dejé de pensar en el hecho de que mi madre fuera demente. Pensaba en lo mismo día y noche. Siempre me la imaginaba caminando de un lado para otro en

alguna celda, con unas horrorosas prendas que le cubrían las torturadas extremidades. Había exagerado su situación. No era consciente de los diferentes grados de demencia, y la imagen que me acosaba era la de una consternada y violenta criatura que se abatiría sobre mí y me mataría si lograba atraparme. La imagen se repitió tanto que acabé despertándome a altas horas de la noche, chillando de miedo tras haber soñado que mi madre me agarraba del cuello y me contaba sus desvaríos al oído...

»Cuando tenía diez años, mi padre vino, pagó todos los atrasos pendientes a mi madrastra y me llevó a la escuela. Me había dejado en Hampshire más tiempo del que había planeado porque no había podido saldar sus deudas. Una vez más, sentí la amargura de la pobreza y corrí el riesgo de convertirme en una ignorante, rodeada de niños pueblerinos y ordinarios.

Milady se calló durante unos instantes para tomar aire. Había hablado deprisa, como si quisiera acabar lo antes posible tan odiado relato. Todavía estaba arrodillada, pero sir Michael no hizo esfuerzo alguno para ayudarla a incorporarse. Estaba sentado y permanecía en silencio e inmóvil. ¿De qué trataba la historia que estaba escuchando? ¿Sobre quién era y adonde conducía? No podía ser sobre su esposa; había oído la simple descripción que lady Audley le había hecho sobre su propia juventud y se la había creído como si del Evangelio se tratara. Le había contado que había sido huérfana desde temprana edad y que su adolescencia había transcurrido, de forma anodina e interminable, en un internado.

—Mi padre finalmente volvió y le conté lo que había averiguado. Al hablarle sobre mi madre, le vi muy afectado. No era lo que se suele llamar un buen hombre, pero con el tiempo supe que había amado tiernamente a su esposa y que habría sacrificado su vida por ella y se habría convertido en su guardián si no se hubiese visto obligado a trabajar diariamente para mantenerla a ella y a su hija. De nuevo, sentí la amargura de ser pobre. A mi madre, de la que podría haberse ocupado un esposo devoto, la cuidaron enfermeras contratadas.

»Antes de que mi padre me enviara a la escuela, en Torquay, me llevó a ver a mi madre. La visita me sirvió para disipar la imagen que tanto me había angustiado. Mi madre no era una maníaca con una camisa de fuerza, vigilada por guardianes recelosos, sino una infantil criatura de ojos azules y cabellos rubios que parecía tan frágil como una mariposa y que se acercó a nosotros dando saltitos, con flores en la cabeza, y nos recibió con sonrisas radiantes y palabras alegres...

»... pero no nos conocía. Se hubiera dirigido del mismo modo a cualquier desconocido que hubiera traspasado la puerta del jardín del manicomio. Había heredado la locura de su madre, que había fallecido demente. Mi madre había estado en su sano juicio, o ésa era la impresión que había dado, hasta el día en que nació^[103]; desde aquel momento, comenzó a perder facultades y acabó convirtiéndose en la persona que vi en el manicomio...

»Me fui de allí sabiéndolo, consciente de que lo único que heredaría de mi madre sería ¡la demencia!...

»Me fui de allí sabiendo eso y algo más... un secreto que debía guardar. Por aquel entonces sólo tenía diez años, pero sentía todo el peso de esa carga. Tenía que guardar en secreto la demencia de mi madre ya que se trataba de un secreto que podría afectarme negativamente en mi vida futura. Era algo que no debería olvidar jamás.

»Siempre lo recordé y tal vez ése fue el motivo por el que me convertí en una persona egoísta y cruel, porque supongo que soy cruel. A medida que crecía, me decían que era hermosa... bella... encantadora... cautivadora. Al principio escuché estos calificativos con una indiferencia absoluta, pero, poco a poco, empecé a hacerlo de forma avariciosa y pensé que, a pesar del secreto que tenía que guardar, tal vez fuera más afortunada en esa gran lotería que es la vida que el resto de mis compañeras. Había aprendido lo que todas las muchachas aprenden tarde o temprano... había aprendido que mi suerte dependería de mi matrimonio y había llegado a la conclusión de que, sin duda alguna, yo era más hermosa que mis compañeras y que, por lo tanto, mi matrimonio tendría que ser mejor que el de ellas.

»Sin olvidar ni por un instante esta perspectiva, dejé los estudios antes de cumplir los diecisiete años y me fui a vivir al otro extremo de Inglaterra con mi padre, que se había retirado e instalado en Wildernsea y que consideraba que, al tratarse de un lugar apartado y barato, podría vivir con el medio sueldo que continuaba cobrando.

»Sin lugar a dudas, Wildernsea era un lugar apartado. Me bastó menos de un mes para percatarme de que hasta la más hermosa de las muchachas tendría que esperar más de lo deseado antes de encontrar a un marido acaudalado. Me gustaría no extenderme sobre esta parte de mi vida: me atrevería a decir que era muy desdichada. Tu sobrino y tú, sir Michael, habéis sido ricos toda la vida y podéis permitir os el lujo de despreciarme, pero yo descubrí lo mucho que una vida puede verse afectada por la pobreza y temía lo indecible que la mía fuese así. Finalmente, llegó el pretendiente rico, el príncipe errante.

Lady Audley permaneció en silencio durante unos instantes y se estremeció convulsivamente. Resultaba imposible observar los cambios de expresión de su rostro porque tenía la cabeza hundida. Durante el transcurso de la larga confesión, no la levantó en ocasión alguna ni tampoco sus palabras se vieron interrumpidas por las lágrimas. Su tono era frío, distante, como el de un criminal, terco y huraño, que se confesara al capellán de una prisión.

—Llegó el príncipe errante —repitió—. Se llamaba George Talboys.

Por primera vez desde que su esposa comenzara la confesión, sir Michael dio un respingo. Comenzó a comprenderlo todo. Cientos de palabras desoídas y circunstancias olvidadas que había considerado nimias acudieron a su mente tan vívidamente como si fueran los acontecimientos más importantes de su pasado.

—El señor George Talboys era corneta en el regimiento de los dragones. Era hijo único de un rico caballero. Se enamoró de mí y nos casamos tres meses después de que yo cumpliera diecisiete años. Creo que le amé tanto como era capaz de amar, aunque no tanto como a ti, sir Michael, porque cuando te casaste conmigo me

elevaste a una posición que él jamás hubiera podido darme.

El sueño se había roto. Sir Michael Audley recordó aquella tarde de verano, hacía casi dos años, en la que expresó abiertamente su amor por la institutriz del señor Dawson; recordó la mareante sensación de remordimiento y decepción que había experimentado entonces, y pensó que, de alguna manera, ya había intuido vagamente el terrible tormento que estaba sintiendo en su interior mientras lady Audley realizaba la confesión.

Sin embargo, no creo que sintiera esa sorpresa absoluta, esa repugnancia indecible que se siente cuando una buena mujer se convierte en la deshonrada criatura a la que su esposo debe renunciar para mantener su honor intacto. No creo que sir Michael Audley hubiese realmente llegado a creer en su mujer. La había amado y admirado; su belleza le había hechizado y sus encantos le habían azorado, pero esa vaga sensación de vacío, de pérdida y decepción que había sentido la tarde del verano de su compromiso matrimonial no le había abandonado desde aquel entonces. No creo que un hombre sincero, por muy puro que sea o por mucho que su carácter sea eminentemente confiado, se deje engañar por la falsedad. Debajo de la confianza consciente existe un recelo inconsciente que ni la más poderosa de las voluntades puede derrotar.

—Nos casamos —prosiguió milady—, y le amé lo bastante como para ser felices mientras el dinero durara y mientras recorríamos Europa, viajando sin reparar en gastos y alojándonos en los mejores hoteles. Pero cuando regresamos a Wildernsea y nos quedamos en casa de papá, el dinero se acabó y George comenzó a sentirse desdichado, no dejaba de pensar en sus propios problemas y parecía no hacerme caso alguno, y yo me sentía muy infeliz. Tenía la sensación de que lo único que me había dado nuestro maravilloso matrimonio había sido un año de alegría y derroche. Le supliqué a George que pidiera ayuda a su padre, pero se negó. Intenté convencerle de que debía encontrar un trabajo, pero no lo logró. Nació nuestro hijo, y aunque la crisis que tan nefastas consecuencias había tenido para mi madre comenzó a manifestarse en mi interior, logré salvarme. Sin embargo, una vez me hube recuperado me volví más irritable aún y menos dispuesta a luchar en la dura batalla que es la vida cotidiana; me quejaba más a menudo de nuestra pobreza y del carácter negligente de George. Un día me quejé abiertamente. Reprendí a George por su crueldad al haber sumido en la pobreza y en la miseria a una indefensa muchacha como yo. George montó en cólera y salió corriendo de la casa. A la mañana siguiente encontré una carta sobre la mesita de noche en la que me decía que se había marchado a Australia a buscar fortuna y que no pensaba volver a verme hasta que fuera rico.

»Consideré que me había abandonado y lo lamenté amargamente... terminé odiando al hombre que me había dejado con mi padre, un protector débil y dado a la bebida, y un hijo al que alimentar. Tuve que trabajar muy duro para cubrir nuestros gastos, y cada hora que pasaba trabajando... porque ¿qué trabajo es más tedioso que

el de institutriz?... pensaba en el daño que me había hecho George Talboys. Su padre era rico, su hermana vivía rodeada de lujos y yo, su esposa y madre de su hijo, era una esclava destinada a permanecer para siempre en la miseria y en la oscuridad. La gente se compadecía de mí y yo lo odiaba. Hasta aquel momento, la desgracia hereditaria que corría por mi sangre aún no se había manifestado, pero entonces comencé a tener ataques de violencia y desesperación. Creo que fue por aquel período cuando empecé a perder el equilibrio mental y, por primera vez, crucé la delgada línea que separa la cordura de la demencia. He visto cómo los ojos de mi padre me miraban con horror y preocupación. Sé que me calmaba del mismo modo que se calma a los niños y a los locos. Sus pequeñas estratagemas me irritaban y su indulgencia me resultaba molesta.

»Finalmente, los ataques de desesperación me obligaron a tomar una decisión extrema. Decidí que me escaparía de la desgraciada casa que mantenía gracias a mis sacrificios. Decidí que abandonaría a este padre que, más que quererme, parecía temerme. Decidí que iría a Londres y que me perdería en la gran ciudad...

»En Wildernsea había leído un anuncio en el *Times*, y me presenté con un nombre falso ante la persona que había puesto el anuncio, la señora Vincent. Me aceptó sin indagar en mis antecedentes. Ya sabéis el resto. Llegué aquí y tú me hiciste una propuesta, cuya aceptación supondría elevarme a una esfera a la que había soñado llegar desde que era una joven estudiante y me habían dicho por primera vez que era hermosa.

»Pasaron tres años sin que recibiera noticia alguna de mi esposo. Sabía que si hubiese vuelto me habría encontrado dondequiera que fuese y aunque me hubiera cambiado de nombre. Lo sabía porque conocía a la perfección la inagotable fuerza de su carácter.

»Me dije: “Tengo derecho a pensar que está muerto o que desea que crea que está muerto, y su sombra no debe interponerse entre yo y la prosperidad”. Me dije esto y me casé contigo, sir Michael, con el firme propósito de ser tan buena esposa como me fuese posible. Las tentaciones que suelen asaltar y hacer naufragar a algunas mujeres no me producían miedo alguno. Habría sido una esposa devota y fiel hasta el final de los tiempos, aunque me hubiera visto rodeada de una infinidad de tentaciones. Esa locura que llamamos amor nunca tuvo nada que ver con mi demencia; y mi crueldad, un vicio, se convirtió en una virtud, la fidelidad...

»El primer triunfo y el esplendor de mi nueva situación me hacían sentir muy feliz y agradecida con la persona que me había llevado hasta la misma. Por primera vez, y a pesar de que era dichosa, me compadecí de las desgracias ajenas. Yo había sido pobre y ahora era rica, por lo que era capaz de entender las penurias por las que pasaban mis vecinos. Disfrutaba realizando actos amables y benévolos. Encontré la dirección de mi padre y le envié una considerable suma de dinero, aunque lo hice anónimamente porque no quería que supiera de mi situación actual. Aproveché al máximo los privilegios que tu generosidad me dispensaba. Irradiaba felicidad

continuamente. Me amaban y admiraban y creo que hubiera llegado a ser una buena mujer durante el resto de mi vida si el destino así lo hubiera querido.

»Creo que por aquel entonces recuperé el equilibrio que había perdido. Desde que me había marchado de Wildernsea, había observado atentamente cada uno de mis actos y reacciones. En numerosas ocasiones me había preguntado, durante mi estancia en la tranquila casa del médico, si el señor Dawson habría sospechado que esa invisible desgracia hereditaria corría por mi sangre.

»La fuerza del destino se interpuso en mi camino. Mi sino era ser desdichada. No había transcurrido un mes desde que contrajera matrimonio cuando leí en uno de los periódicos de Essex que un tal señor Talboys, un afortunado buscador de oro, regresaba de Australia. El día que leí la noticia, el barco ya había zarpado. ¿Qué iba a hacer?

»Acabo de contaros que era consciente del férreo carácter de George. Sabía que si había ido a Australia y había ganado una fortuna, haría lo indecible por encontrarme. Era inútil que intentara esconderme... A no ser que creyera que yo estaba muerta, jamás cesaría en su intento por encontrarme.

»El inminente peligro me desconcertó. Volví a perder el equilibrio mental; una vez más, crucé la invisible línea divisoria y enloquecí...

»Fui a Southampton y visité a mi padre, que vivía con mi hijo. Recordaréis que el nombre de la señora Vincent se utilizó como pretexto para este apresurado viaje y que como acompañante sólo puede contar con Phoebe Marks, a quien dejé en el hotel mientras visitaba a mi padre.

»Le confié a mi padre el peligro que corría. No se sorprendió mucho al oír lo que le conté, tal vez porque la pobreza le había atemperado su sentido del honor y sus principios. No estaba muy sorprendido, pero sí asustado; me prometió que haría todo lo posible para ayudarme en tan terrible situación.

»George había enviado una carta a mi padre, a Wildernsea. La había escrito poco antes de que zarpara el *Argus* y en ella anunciaba la fecha aproximada de la llegada del barco a Liverpool. La carta, por lo tanto, nos proporcionaba la información suficiente como para comenzar a actuar...

»Enseguida decidimos cuál sería el primer paso: el día de la llegada del *Argus*, o pocos días después, mi obituario debería aparecer en el *Times*.

»Sin embargo, nos dimos cuenta de que ejecutar un plan tan simple acarrearía complicaciones varias. Debería notificarse la fecha y lugar del fallecimiento. George acudiría de inmediato a ese lugar, por muy lejos e inaccesible que estuviera, y desenmascararía nuestra trama.

»Conocía de sobra su indomable temperamento, su valentía y resolución, su disposición a pensar que, a no ser que viera mi tumba y el certificado de defunción con sus propios ojos, todavía albergaría esperanzas.

»Mi padre se sentía impotente y no cesaba de llorar como un niño. En tan complicada situación, su actitud no me supuso ayuda alguna.

»Estaba desesperada. Comencé a creer que debía confiar en la suerte y esperar que, de entre todos los rincones oscuros de la tierra, mi esposo no pensara en Audley Court...

»Me senté con mi padre y bebimos té en aquel miserable tugurio, jugamos con el niño, a quien le gustaron mi vestido y joyas, pero para quien no era más que una desconocida. Tenía al niño en brazos cuando vino la mujer que se ocupaba de él para arreglarlo ante los ojos de, tal y como dijo, la señora...

»Quería saber cómo trataban al niño, por lo que entablé una conversación con esta mujer mientras mi padre dormitaba sobre la mesa.

»Tenía el rostro pálido, el pelo de color rubio rojizo y rondaba los cuarenta y cinco años. Parecía contenta de poder hablar conmigo. Sin embargo, al poco rato dejó de hablarme del niño y comenzó a exponerme sus problemas personales. Me explicó que estaba pasando grandes penurias. Su hija mayor se había visto obligada a abandonar su empleo por problemas de salud; de hecho, el médico dijo que estaba empeorando, y resultaba muy duro para una viuda pobre que había vivido tiempos mejores tener que ocuparse de una hija enferma así como de varios niños pequeños...

»Dejé que la mujer hablara largo y tendido sobre las dolencias de la muchacha, las recomendaciones del médico, la devoción, el sufrimiento y muchos otros temas. Pero no estaba escuchando ni prestando atención a lo que me decía. La oía como si se tratara de uno de los ruidos que provenía de la calle. ¿Qué me importaban sus problemas? Ya tenía bastante con los míos; mi sufrimiento era mucho más intenso de lo que su tosco carácter pudiera soportar. Pensé que ese tipo de personas siempre tenía esposos o hijos enfermos y esperaba que los ricos les ayudase y que era una situación habitual, y estaba a punto de darle un soberano para su hija enferma y pedirle que se retirara cuando pensé en algo que hizo que la sangre se me agolpara en la cabeza y el corazón me latiera como sólo me late cuando pierdo el juicio...

»Le pregunté cómo se llamaba. Me dijo que era una tal señora Plowson y que se ocupaba de una pequeña tienda de ultramarinos, y que venía a cuidar a George de tanto en tanto y a cerciorarse de que la doncella de la casa hiciera bien su trabajo. Su hija se llamaba Matilda. Le hice varias preguntas sobre Matilda, averigüé que tenía veinticuatro años y que siempre había sido tísica y que ahora, tal y como había dictaminado el médico, su estado era cada vez más grave. El médico le había asegurado que no viviría más de dos semanas...

»..., Faltaban tres semanas para que el barco en el que vendría George Talboys anclase en el Mersey...

»No me extenderé mucho sobre este punto. Visité a la muchacha enferma. Era rubia y delgada. Si alguien la describiese apresuradamente, la descripción podría coincidir con la mía, aunque esos eran los dos únicos rasgos que se correspondían con los míos. La muchacha me recibió como a una acaudalada dama que deseaba ayudarla. Soborné a la madre, que era pobre y avariciosa y que, por una remuneración pecuniaria que superaba con creces las sumas que había recibido con anterioridad,

accedió a someterse a todos mis deseos. Dos días después de que conociera a la señora Plowson, mi padre se desplazó a Ventnor y buscó alojamiento para su hija enferma y su pequeño hijo. A la mañana siguiente llevó allí a la muchacha moribunda y a George, al que habían convencido para que la llamara “mamá”. La muchacha se registró con el nombre de señora Talboys; el médico de Ventnor se ocupó de ella con ese nombre y su defunción y entierro también fueron registrados con el mismo nombre. El obituario se insertó en el *Times* y al cabo de dos días, George Talboys visitaba Ventnor y encargaba la lápida que certificaba la defunción de su esposa, Helen Talboys.

Sir Michael Audley se incorporó lentamente, con rigidez, como si el sufrimiento le hubiera entumecido todos y cada uno de los músculos.

—No puedo seguir escuchando —susurró con voz ronca—, si falta algo por contar, no quiero oírlo. Robert, has sido tú el que ha averiguado la verdad. No quiero saber nada más. ¿Serás tan amable de ocuparte de la seguridad y de las necesidades de esta dama a quien consideraba mi esposa? No necesito recordarte que la he amado con todo mi corazón. No puedo despedirme de ella. No lo haré hasta que pueda pensar en ella sin resentimiento alguno... y hasta que pueda apiadarme de ella del mismo modo que ahora le ruego a Dios que lo haga.

Sir Michael abandonó lentamente el aposento. No se atrevió a observar a la figura agazapada. No deseaba mirar a la persona a la que tanto había amado. Se dirigió a su vestidor, llamó al ayuda de cámara, le ordenó que preparara la maleta y que realizara los preparativos necesarios para acompañar a su señor a tomar el último tren en dirección norte.

Capítulo IV

La calma que sigue a la tempestad

Robert Audley siguió a su tío hasta el vestíbulo después de que éste hubiera pronunciado esas pocas palabras que presagiaban el fin de su esperanza y amor. Sabe Dios cuánto había temido el joven abogado que llegara este día; y había llegado, y aunque no había habido ningún arrebató de desesperación, ni ningún torbellino de dolor ni tampoco ninguna tempestad de angustia y lágrimas, a Robert no le produjo placer alguno la calma. Sabía de sobra que sir Michael se había marchado con la flecha, que su sobrino le había lanzado con excelente puntería, clavada en su atormentado corazón; sabía que esta extraña y gélida calma era el primer síntoma de aturdimiento de un corazón herido por un dolor tan inesperado que, en un principio, provocaba estupor y perplejidad. Sabía que cuando la calma hubiera pasado, y que cuando, poco a poco, el dolor comenzara a manifestarse, primero débilmente para luego acabar convirtiéndose en algo habitual, la tormenta se desataría con una furia indecible, y tempestades de lágrimas y crueles truenos de sufrimiento desgarrarían el generoso corazón de sir Michael.

Robert había oído casos de hombres de la edad de su tío que habían soportado alguna terrible desgracia como la de sir Michael con una estoica calma. Se habían mantenido alejados de aquellas personas que hubieran querido consolarles y habían encontrado cierto consuelo gracias a la calma para, a continuación, derrumbarse por completo y morir por culpa del golpe que en un principio sólo les había aturdido. Recordó casos de hombres tan fuertes como su tío que durante los primeros momentos de tan terrible aflicción habían sufrido ataques de apoplejía y parálisis. Robert se detuvo en el vestíbulo, preguntándose si debía o no estar con sir Michael, si debía estar junto a él en todo momento por si ocurría algún imprevisto.

Sin embargo, ¿era una decisión sabia imponerle su presencia en tan terrible momento, después de que hubiera descubierto que la falsa ilusión de una vida intachable no había sido otra cosa que un vil engaño, y que él había sido la víctima de alguien demasiado materialista, frío y despiadado como para percatarse de su propia infamia?

«No —pensó Robert Audley—. No le importunaré en estos momentos de sufrimiento. Debe de sentirse humillado y amargamente apesadumbrado. Lo mejor será que libre esta batalla solo. He cumplido con lo que creía que era mi deber y, sin embargo, no debería sorprenderme si me odia para siempre. Lo mejor será que libre la batalla solo. No puedo hacer nada para mitigar tan terrible situación. Sí, lo mejor será que la libre solo.»

Mientras el joven abogado permanecía de pie con la mano apoyada sobre la

puerta de la biblioteca, dudando si debía seguir a su tío o entrar de nuevo en el aposento en el que estaba la más desgraciada de las criaturas, a quien él mismo se había encargado de desenmascarar, Alicia Audley abrió la puerta del comedor, lo cual le permitió entrever la habitación revestida de roble y la gran mesa cubierta con níveo damasco que despedía destellos de cristal y plata.

—¿Vendrá papá a cenar? —preguntó la señorita Audley—. Estoy hambrienta; ya han enviado tres veces al pobre Tomlins para que nos avise de que el pescado se enfriará. Creo que ya se habrá convertido en una especie de sopa de cola de pescado^[104] —añadió la muchacha al tiempo que se dirigía hacia el vestíbulo con un ejemplar del *Times* en las manos. Había estado leyendo el periódico junto al fuego, esperando a sir Michael y a lady Audley para sentarse a la mesa—. Oh, eres tú, el señor Robert Audley —observó con indiferencia—. Cenarás con nosotros, como es natural. Te ruego que vayas a buscar a mi padre. Deben de ser casi las ocho en punto y solemos cenar a las seis.

El señor Audley respondió a su prima con bastante severidad. Sus frívolas maneras le irritaban sobremanera y su desagrado irracional le hizo olvidar que la señorita Audley no sabía nada del terrible drama que se había estado representando desde hacía ya tiempo ante sus mismísimos ojos.

—Tu padre está abatido por el dolor —declaró el joven abogado con solemnidad.

En el rostro risueño de la señorita Audley apareció una mirada teñida de dolor y preocupación. Alicia amaba a su padre con todo su corazón.

—¡Abatido! —exclamó—. ¡Papá, abatido! ¡Oh, Robert! ¿Qué ha ocurrido?

—Todavía no puedo contarte nada, Alicia —replicó Robert en voz baja.

Mientras hablaba, la cogió por la muñeca y la condujo hasta el comedor. Cerró la puerta cuidadosamente tras de sí antes de continuar.

—Alicia, ¿puedo confiar en ti? —preguntó con seriedad.

—¿Confiar en mí para qué?

—Para consolar a tu pobre padre en tan terribles momentos.

—¡Sí! —exclamó Alicia apasionadamente—. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? ¿Acaso crees que no haría todo lo que estuviese en mi mano para consolar a mi padre? ¿Crees que no soy capaz de sufrir lo indecible para aliviar su sufrimiento? —Los ojos se le bañaron en lágrimas—. ¡Oh, Robert, Robert! ¿Tan mala opinión tienes de mí que crees que no consolaría a mi padre? —dijo en tono de reproche.

—No, no, querida —replicó el joven abogado con calma—. Nunca he puesto en duda tu afecto, sino tu discreción. ¿Puedo confiar en ti?

—Sin duda alguna, Robert —replicó Alicia con determinación.

—Muy bien, querida, confiaré en ti. Tu padre va a marcharse de Audley Court, al menos por un tiempo. El dolor que le ha abatido, recuerda que se trata de un dolor completamente inesperado, ha hecho que este lugar le resulte odioso. Se va a marchar, pero no debe hacerlo solo, ¿no crees, Alicia?

—¿Solo? ¡No! ¡No! Supongo que milady...

—Lady Audley no le acompañará —explicó Robert con seriedad—. Están a punto de separarse.

—¿Durante un tiempo?

—No, para siempre.

—¡Se van a separar para siempre! —exclamó Alicia—. Entonces, el dolor...

—... está estrechamente relacionado con lady Audley. Lady Audley es la causante el dolor que abate a tu padre.

Alicia, pálida hasta ese momento, enrojeció de repente. Dolor, que milady había causado... ¡un dolor que separaría para siempre a sir Michael de su joven esposa! Nunca se habían enfrentado... siempre había habido armonía y felicidad entre lady Audley y su generoso esposo. El dolor probablemente se debiera a algún descubrimiento inesperado; no cabía duda de que se trataba de un dolor que tenía que ver con algún oprobio. Robert Audley comprendió el significado del intenso rubor de Alicia.

—Tienes que acompañar a tu padre vaya donde vaya, Alicia —dijo Robert—. Tienes que consolarlo en todo momento, pero le brindarás la mayor ayuda si no hurgas en su pesar. El hecho de que desconozcas los detalles del dolor garantizará tu discreción al respecto. No le digas nada que no le hubieras dicho hace dos años, antes de que se desposara por segunda vez. Intenta comportarte del mismo modo que te comportabas antes de que la mujer que está en la habitación de al lado se interpusiera entre el amor de tu padre y el tuyo.

—Lo haré —murmuró Alicia—. Lo haré.

—Naturalmente, no debes mencionar el nombre de lady Audley. Si tu padre te habla poco, sé paciente; si en ocasiones tienes la sensación de que la sombra de su dolor no desaparecerá nunca, ármate de más paciencia, y recuerda que no existe mejor esperanza para su recuperación que la de que la devoción de su hija le recuerde que existe una mujer sobre la faz de la tierra que siempre le amará de todo corazón.

—Sí, sí, Robert, lo recordaré, querido primo.

El señor Audley, por primera vez desde que fuera un joven estudiante, cogió a su prima por los brazos y la besó en la frente.

—Mi querida Alicia —dijo—, hazlo y me harás feliz. En cierto modo, yo he provocado el dolor que abate a tu padre. Espero que no sea imperecedero. Devuélvele la felicidad a mi tío, Alicia, y te amaré más de lo que un hermano haya amado jamás a una hermana; al fin y al cabo, el afecto fraternal tal vez valga la pena, querida, aunque es muy diferente de la entusiasta adoración del pobre señor Harry.

Mientras Robert hablaba, Alicia tenía la cabeza gacha y el rostro oculto, pero la levantó una vez hubo terminado y le miró de lleno en los ojos con una sonrisa que resplandecía tanto como sus ojos llenos de lágrimas.

—Eres una buena persona, Bob —dijo—, y he sido muy tonta y mala al enfadarme contigo porque...

La muchacha se calló repentinamente.

—¿Por qué, querida? —inquirió el señor Audley.

—Porque soy una boba, primo Robert —se apresuró a decir Alicia—, no importa, Bob; haré todo lo que desees y no será por mi culpa si mi querido padre no logra superar sus problemas dentro de poco. Le acompañaré hasta el fin del mundo si así puedo consolarle. Iré a prepararme ahora mismo. ¿Crees que papá se marchará esta noche?

—Sí, querida, no creo que sir Michael duerma otra noche bajo este techo.

—El correo sale a las nueve y veinte —informó Alicia—. Debemos estar preparados antes de una hora si queremos aprovechar el viaje. Te veré antes de partir, Robert.

—Sí, querida.

La señorita Audley salió corriendo hacia su aposento con la intención de llamar a su doncella y realizar los preparativos necesarios para tan imprevisto viaje, cuyo destino final aún desconocía.

Se preparó en cuerpo y alma para llevar a cabo la tarea que Robert le había encomendado. Ayudó a hacer su maleta y desconcertó sobremanera a la doncella al introducir los vestidos de seda en las sombrereras y los zapatos de satén en el baúl para los vestidos. Recorrió sus aposentos recogiendo materiales de dibujo, libros de música, labores de aguja, cepillos para el pelo, joyas y frascos de perfume como si estuviera a punto de zarpar con dirección a algún país inhóspito que careciera de recursos modernos. Alicia no dejaba de pensar en el dolor que había abatido a su padre y cuyo origen aún desconocía; también pensaba en el semblante solemne y en la voz seria que, por primera vez, Robert le había mostrado poco antes.

El señor Audley subió las escaleras y se dirigió hacia el vestidor de sir Michael. Llamó a la puerta y esperó, sabe Dios cuán impacientemente, la respuesta. Hubo una breve pausa, durante la cual el corazón del joven abogado latió con fuerza, y entonces el baronet abrió la puerta. Robert vio que el ayuda de cámara de su tío ya había comenzado a realizar los preparativos pertinentes para tan apresurado viaje.

Sir Michael salió al pasillo.

—¿Tienes que decirme algo más, Robert? —preguntó en voz baja.

—Sólo quería saber si podía serle de ayuda. ¿Se marchará usted a Londres con el correo?

—Sí.

—¿Sabe dónde se alojará?

—Sí. Me quedaré en el Clarendon, allí me conocen. ¿Era eso todo lo que querías decirme?

—Sí, excepto que Alicia le acompañará.

—¡Alicia!

—Dadas las circunstancias, no podría quedarse aquí. Lo mejor sería que se marchara de Audley Court hasta que...

—Sí, sí, entiendo —interrumpió el baronet—, pero ¿no podría ir a otro lugar? ¿Es

necesario que me acompañe?

—No encontraría otro lugar en estos momentos y, además, no sería feliz.

—Que venga, entonces —dijo sir Michael—, que venga.

Hablaba en un tono extraño, contenido y esforzándose, como si le resultase doloroso tener que hablar, como si asuntos tan comunes le parecieran una cruel tortura y se interpusiesen en su sufrimiento de tal forma que le resultaran incluso más dolorosos que la pena que le embargaba.

—Muy bien, querido tío, entonces todo está preparado. Alicia estará lista para partir a las nueve en punto.

—Muy bien, muy bien —murmuró el baronet—, que me acompañe si así lo desea. Pobre niña, que venga.

Suspiró pesadamente al hablar de su hija en ese tono casi lastimero. Pensaba en lo muy indiferente que se había mostrado hacia su única hija por culpa de la mujer que en esos momentos estaba en la biblioteca.

—Le volveré a ver antes de su marcha, señor —dijo Robert—. Hasta entonces.

—¡Un momento! —exclamó repentinamente sir Michael—. ¿Se lo has contado a Alicia?

—Sólo le he dicho que usted pensaba marcharse de Audley Court durante un tiempo.

—Muy bien hecho, muchacho, sabia decisión —murmuró el baronet con voz rota.

Alargó la mano y su sobrino se la cogió con ambas y se la llevó hasta los labios.

—¡Oh, señor! ¿Cómo podré perdonarme lo que he hecho? —dijo—. ¿Cómo podré dejar de odiarme por haberle causado tan terrible dolor?

—No, no, Robert, hiciste lo que debías... hiciste lo que debías. Desearía que Dios fuese tan misericordioso como para quitarme la vida esta noche, pero hiciste lo que debías.

Sir Michael entró de nuevo en el vestidor y Robert regresó lentamente al vestíbulo. Se detuvo en el umbral del aposento en el que se encontraba Lucy, lady Audley, también conocida como Helen Talboys, la esposa de su desaparecido amigo.

Lady Audley estaba tumbada en el suelo, en el mismo lugar en el que se había arrodillado a los pies de su esposo para confesar su terrible pasado. A Robert no le interesaba saber si había perdido el conocimiento o si el sufrimiento le impedía moverse. Salió al vestíbulo y pidió a uno de los sirvientes que fuera a buscar a la doncella de lady Audley quien, ataviada con innumerables lazos, se mostró visiblemente preocupada y consternada al ver a su señora.

—Lady Audley se encuentra muy mal —dijo Robert—. Llévela a sus aposentos y asegúrese de que no los abandona esta noche. Quédese junto a ella, pero no le hable ni le permita que se agite hablando.

Milady no se había desmayado. Se incorporó con la ayuda de la doncella. Sus rubios cabellos le caían desordenadamente, cubriéndole el cuello de marfil y los hombros; el rostro y los labios carecían de color y los ojos despedían un brillo

extraño.

—¡Sácame de aquí —dijo—, y déjame dormir! ¡Me arde la cabeza, déjame dormir! —Mientras abandonaba la biblioteca acompañada de su doncella, se volvió y miró a Robert—. ¿Se ha marchado sir Michael? —inquirió.

—No; lo hará dentro de media hora.

—¿Pereció alguien en el incendio de Mount Stanning?

—No.

—Me alegra saberlo.

—El encargado de la casa, Marks, sufrió quemaduras considerables y se encuentra en un estado más bien precario en casa de su madre, pero se recuperará.

—Me alegro que así sea, me alegra saber que no muriera nadie. Buenas noches, señor Audley.

—¿Sería tan amable de concederme media hora mañana, milady?

—Cuando lo desee. Buenas noches.

—Buenas noches.

Lady Audley salió de la habitación, apoyándose ligeramente en el hombro de la doncella, y Robert Audley se quedó solo, embargado por un extraño desconcierto que le resultaba sumamente doloroso.

Se sentó junto a la chimenea, en la que los rescoldos comenzaban a apagarse y pensó, no sin asombro, en los cambios ocurridos en la vieja casa que, hasta el día de la desaparición de su amigo, había ofrecido tanta hospitalidad a muchas personas. Reflexionó de esta guisa junto a la solitaria chimenea e intentó decidir qué debía hacer en tan inesperada situación. Se sintió impotente e incapaz de tomar decisión alguna, y el sonido de las ruedas del carruaje que se aproximaba a la torrecilla de la entrada le sacó de su ensimismamiento.

El reloj del vestíbulo marcó las nueve en punto en el momento en el que Robert abrió la puerta de la biblioteca. Alicia acababa de descender las escaleras acompañada de su doncella personal, una campesina de rostro sonrosado.

—Adiós, Robert —dijo la señorita Audley al tiempo que le tendía la mano—. Adiós y que Dios te bendiga. Puedes confiar en mí: cuidaré de papá.

—Estoy seguro de que lo harás. Que Dios te bendiga, querida.

Por segunda vez durante el transcurso de esa noche, Robert besó la frente de su prima y, también por segunda vez, la abrazó de una manera fraternal que nada tenía que ver con el embelesamiento propio de alguien como el señor Harry Towers.

A las nueve y cinco sir Michael bajó las escaleras, seguido por el ayudante de cámara, quien tenía el mismo semblante grave y los mismos cabellos grises que su señor. El baronet estaba pálido, aunque tranquilo y sereno. Estrechó la mano helada de su sobrino, pero se despidió de él con voz firme.

—Dejo todo en tus manos, Robert —dijo al tiempo que se volvía para abandonar la casa en la que tanto tiempo había vivido—. No he escuchado el final de la historia, pero he tenido suficiente con lo que he oído. Sabe Dios que no deseo escuchar nada

más. Dejo todo en tus manos y espero que no te comportes con crueldad... Recuerda lo mucho que la he amado...

La voz se le tornó ronca antes de que pudiera acabar la frase.

—Recordaré todo lo que me ha dicho, señor —replicó el joven—, e intentaré cumplir mi cometido lo mejor posible.

Se le empañaron los ojos de repente y perdió de vista a su tío; al cabo de unos instantes, el carruaje ya había partido y Robert se sentó solo en la biblioteca, apenas iluminada por una solitaria chispa roja rodeada de cenizas grisáceas. Se sentó solo e intentó pensar en lo que debía hacer, sin olvidar la terrible responsabilidad que suponía cargar con el destino de una mujer malvada.

«Santo cielo —pensó—, sin duda alguna esto se trata de un castigo divino por la vida sin sentido y caprichosa que había llevado hasta la primera semana del mes de septiembre pasado. Estoy seguro de que se me ha impuesto esta terrible responsabilidad para que me acerque a la Providencia con humildad y confiese que un hombre no puede gobernar su destino. Un hombre no puede decir “Viviré despreocupado y me mantendré alejado de las desgraciadas y equivocadas criaturas que con tanto ahínco luchan en la gran batalla”, ni tampoco puede decir “Me quedaré en la tienda de campaña mientras se libra la batalla y me reiré de los tontos que mueran pisoteados en esta lucha inútil”. No puede decir ni hacer estas cosas. Lo único que puede hacer, de forma humilde y con temor, es llevar a cabo lo que el Creador le ha asignado. Si tiene que librar una batalla, que lo haga con entrega, pero ¡ay de él si intenta esconderse cuando se pase revista!, ¡ay de él si se oculta en las tiendas de campaña cuando el toque de guerra le llame para unirse a la batalla!»

Uno de los sirvientes trajo varias velas a la biblioteca y avivó el fuego, pero Robert Audley no se movió. Estaba sentado en la misma postura que solía adoptar cuando se encontraba en sus aposentos de Fig-tree Court, con los codos apoyados sobre los brazos de la silla y la barbilla sobre la mano.

Sin embargo, cuando el sirviente estaba a punto de salir de la biblioteca, levantó la cabeza.

—¿Puedo enviar un telegrama a Londres desde aquí? —inquirió.

—Puede enviarlo desde Brentwood, señor, pero no desde aquí.

El señor Audley consultó pensativamente su reloj.

—Si desea enviar el mensaje, señor, uno de los hombres podría ir hasta Brentwood para hacerlo.

—Deseo enviarlo, ¿podría encargarse, Richards?

—Naturalmente, señor.

—¿Puede, entonces, esperar hasta que lo haya escrito?

—Sí, señor.

El sirviente trajo de una de las mesas el material necesario para redactar el mensaje y lo colocó ante el señor Audley.

Robert mojó la pluma en el tintero y, antes de comenzar a escribir, clavó la mirada

en una de las velas durante unos instantes.

Luego redactó lo que sigue:

De Robert Audley, en Audley Court, Essex, para Francis Wilmington, en Paper Buildings, Temple.

Querido Wilmington: si conoces a algún médico con experiencia en el campo de la demencia y que sepa guardar un secreto, te agradecería que me enviaras su dirección por telegrama.

El señor Audley introdujo el documento en un sobre resistente y se lo entregó, junto con un soberano, al sirviente.

—Asegúrese de que el sobre lo lleve un hombre de confianza, Richards —dijo—, y haga que espere en la estación el mensaje de respuesta. Debería de recibirlo al cabo de una hora y media.

El señor Richards, que conocía a Robert Audley desde su más tierna infancia, partió para realizar su cometido. Dios no quiera que le sigamos hasta llegar a la cómoda sala del servicio, en la que todos estaban sentados junto al resplandeciente fuego y hablaban desconcertados sobre los acontecimientos del día.

No hay nada más alejado de la verdad que las especulaciones de estas respetables personas. ¿Qué podían saber sobre el misterioso acaecer que había tenido lugar en la biblioteca iluminada por el fuego, en la que una mujer culpable se había arrodillado a los pies de su señor para contarle su pecaminosa vida? Sólo sabían lo que les había contado el ayuda de cámara de sir Michael sobre el repentino viaje: que su señor estaba sumamente pálido, que hablaba con una voz tan extraña que no parecía la suya y que cualquiera podría haberle derribado con una pluma si ése hubiera sido su propósito.

Los sagaces miembros del servicio llegaron a la conclusión de que sir Michael había recibido cierta información de la mano del señor Robert —eran lo bastante inteligentes como para relacionar al joven con la catástrofe—, información relativa a la muerte de algún pariente o ser querido (los sirvientes de mayor edad diezmaron a los Audley en su empeño por encontrar a un pariente probable), o relativa a una preocupante crisis económica, o a la quiebra de algún banco o especulación en la que el baronet hubiese invertido la mayor parte de sus bienes. La mayoría de ellos consideraba que ése era el motivo y parecían disfrutar de forma macabra con tales conjeturas, aunque ello supusiese su ruina más absoluta.

Robert se sentó junto a la chimenea, que parecía sombría aunque hubiera un fuego resplandeciente y crepitante en su interior, y escuchó el débil ulular del viento invernal, que gemía alrededor de la casa y separaba la hiedra de las paredes que cubría. Estaba agotado, exhausto, ya que el olor caliente de madera quemada y el agudo chisporroteo de la carpintería en llamas le habían despertado a las dos de la madrugada. Si no hubiera sido por su sangre fría y su resolución, el señor Luke Marks hubiera perecido de forma atroz. Robert todavía tenía señales del peligro por el que había pasado la noche anterior, ya que el pelo se le había chamuscado por uno de los lados y tenía la mano izquierda roja e inflamada debido al abrasador calor, del

que había rescatado al encargado de la Castle Inn. La fatiga y la agitación habían logrado agotarlo por completo, por lo que se quedó profundamente dormido en el sillón junto al brillante fuego, aunque se despertó cuando el señor Richards entró con el mensaje telegráfico de respuesta.

Era muy breve.

Querido Audley: me alegra poder hacerte un favor. Alwyn Mosgrave, doctor en Medicina, Savile Row, 12. Es de confianza.

Eso era todo.

—Me gustaría mandar otro mensaje a Brentwood mañana por la mañana, Richards —informó el señor Audley al tiempo que doblaba el telegrama—. Quisiera que el mensajero lo llevara antes de la hora del desayuno. Le daré medio soberano por las molestias.

El señor Richards inclinó la cabeza.

—Gracias, señor... no es necesario, señor, pero se hará como usted desee, señor —murmuró—. ¿A qué hora quiere que parta el mensajero?

El señor Audley deseaba que lo hiciera lo antes posible por lo que decidió que partiera a las seis en punto de la mañana.

—Supongo que mi habitación estará preparada, Richards —dijo Robert.

—Sí, señor... su antigua habitación.

—Muy bien. Me acostaré enseguida. Tráigame un vaso de *brandy* con agua bien caliente y espere el mensaje telegráfico.

En el segundo mensaje, Robert pedía al doctor Mosgrave que acudiera inmediatamente a Audley Court para tratar un asunto de suma importancia.

Una vez hubo redactado el mensaje, el señor Audley pensó que ya había hecho todo lo que estaba en sus manos. Sorbió el *brandy* con agua. Necesitaba el alcohol porque durante la noche del incendio se había calado hasta los huesos. Mientras bebía lentamente el líquido dorado pensó en Clara Talboys, la hermana del hombre cuya memoria acababa de vengar, del hombre a cuya destructora acababa de humillar. ¿Sabría que había habido un incendio en la Castle Inn? ¿Cómo no iba a saberlo en un lugar como Mount Stanning? Pero ¿sabía que su vida había corrido peligro y que había tenido la valentía de salvar de las llamas a un grosero borracho? Me temo que, incluso estando sentado junto a la solitaria chimenea y bajo el techo de la casa cuyo propietario se había marchado, Robert Audley no era lo bastante fuerte como para no pensar en estas cosas... ni tampoco como para no permitir que su imaginación vagara hacia los lúgubres abetos bajo el frío cielo de febrero y hacia los ojos pardos que tanto parecido guardaban con los de su desaparecido amigo.

Capítulo V

El consejo del doctor Mosgrave

Milady durmió profundamente durante aquella larga noche invernal. Los criminales suelen dormir de esa manera la última de sus noches sobre la faz de la tierra y, a la mañana siguiente, cuando el carcelero viene a despertarles, les encuentra dormitando plácidamente.

Milady había jugado y había perdido. No creo que hubiese tirado las cartas o hubiese desechado la posibilidad de hacer trampa en el momento adecuado, sino que su contrincante había sido mucho más fuerte y la había ganado.

Lady Audley se encontraba más en paz consigo misma en estos momentos que en todo el tiempo transcurrido desde aquel día, poco después de que se desposara por segunda vez, en el que leyera que George Talboys regresaba de los yacimientos de oro de Australia. Ahora podría descansar porque ya conocían su faceta más maligna. No quedaba nada por descubrir. Se había deshecho de la carga que suponía aquel terrible secreto y su carácter sensual y egoísta volvió a recuperar todo su poderío. Durmió, plácidamente acurrucada en su aterciopelada cama, bajo el sedoso cubrecamas y la densa sombra de las cortinas de terciopelo verde. Le había pedido a su doncella que durmiera en un sofá situado en la misma habitación y que mantuviera una lámpara encendida durante toda la noche.

No es que crea que temiese apariciones misteriosas a altas horas de la noche. Era demasiado egoísta como para preocuparse de cosas que no pudieran hacerle daño, y lady Audley jamás había oído que un fantasma hiciera daño a nadie. Había temido a Robert Audley, pero ya no era el caso. Robert había hecho todo lo que estaba en sus manos y lady Audley sabía que no podría hacer nada más sin que ello supusiera la deshonra eterna del nombre que tanto veneraba.

«Supongo que me llevarán lejos de aquí —pensó milady—, y eso es lo peor que pueden hacerme.»

Pensó en sí misma como en una especie de prisionera de Estado que tendría que recibir todo tipo de atenciones. Una nueva Máscara de Hierro^[105] que debería ser confinada en un lugar sumamente cómodo y agradable. Lady Audley se dejó llevar por la más absoluta de las indiferencias. En los últimos días había experimentado todo tipo de sensaciones y había agotado, al menos durante un tiempo, su capacidad para sufrir.

A la mañana siguiente, se sirvió una taza de té verde fuerte y unos delicados trozos de tostada con la misma fruición que los condenados que comen por última vez mientras los carceleros vigilan que no muerdan fragmentos de la vajilla, se traguen la cucharilla o intenten encontrar cualquier otra forma para escaparse del

señor Jack Ketch^[106]. Desayunó, se bañó y salió, con el cabello perfumado y acicalada de manera exquisitamente descuidada, de su suntuoso vestidor; observó durante largo rato los lujosos objetos que la rodeaban antes de salir del mismo, pero en ningún momento recordó con cariño al hombre que había hecho decorar el aposento y que había demostrado su amor en cada uno de los hermosos y numerosos detalles que conformaban la magnificencia de la estancia. Milady pensó en cuánto habían costado los objetos y en la dolorosa probabilidad de que dentro de muy poco aquel suntuoso aposento ya no fuera suyo.

Se observó en el espejo de cuerpo entero antes de salir de la habitación. La larga noche de descanso había hecho que su tez volviera a adquirir matices rosados y que sus ojos azules recuperaran su lustre natural. El brillo anormal que habían despedido el día anterior ya había desaparecido, y milady sonrió triunfalmente mientras contemplaba el reflejo de su belleza. Ya se habían terminado los días en que sus enemigos podían marcarla con hierros candentes y quemar la belleza que tanto daño había causado. Pensó que, hicieran lo que hicieran, no podrían destruir su hermosura. Ni en el peor de los casos podrían despojarla de ese don.

Era un soleado y luminoso día de marzo, aunque, sin duda alguna, se trataba de un día poco alentador. Milady se envolvió en un chal indio, un chal por el que sir Michael había pagado cien guineas. Creo que lady Audley pensaba que hacía bien en ponerse tan costosa prenda, ya que si tenía que partir precipitadamente al menos podría llevarse consigo una de sus más preciadas posesiones. Recordad cuánto se había arriesgado por una buena casa y un mobiliario suntuoso, por carruajes y caballos, joyas y encajes, y no os asombre que, en el momento de mayor desesperación, se aferre con inusual tenacidad a todo tipo de baratijas. Si hubiera sido Judas, se habría aferrado a las treinta piezas de plata hasta el último suspiro de su vergonzosa vida.

El señor Robert Audley desayunó en la biblioteca. Permaneció largo rato sentado junto a la solitaria taza de té, fumando su pipa de espuma de mar y reflexionando sobre el cometido que tenía que desempeñar.

«Recurriré a la experiencia del doctor Mosgrave —pensó—. Los médicos y los abogados son los confesores de este prosaico siglo. Estoy seguro de que sabrá ayudarme.»

El primer tren expreso proveniente de Londres llegó a Audley a las diez y media de la mañana, y a las once menos cinco, Richards, el solemne sirviente, anunció al doctor Alwyn Mosgrave.

El médico de Savile Row era un hombre alto de unos cincuenta años. Era delgado y de tez amarillenta, de cara larga y los ojos, que parecían haber sido azules y haber perdido color con el paso del tiempo, eran de un gris pálido. Por muy poderosa que fuese la ciencia para alguien como el doctor Alwyn Mosgrave, no había podido poner carne sobre sus huesos o darle brillo a su rostro. Tenía un semblante curiosamente inexpresivo, aunque muy atento. Su cara era la de un hombre que ha pasado la mayor

parte de su vida escuchando a los demás, y que ha prescindido de su individualidad y de sus pasiones desde los inicios de su carrera.

El doctor Mosgrave saludó a Robert, se sentó enfrente de él y le miró atentamente. Robert se percató de que la mirada del médico había perdido durante unos instantes su serenidad y atención y se había tornado seria e inquisitiva.

«Se está preguntando si soy o no el paciente —pensó el señor Audley—, y está buscando síntomas de demencia en mi rostro.»

El doctor Mosgrave habló como si respondiera a lo que acababa de pensar Robert.

—¿Desea consultarme sobre su... salud?

—¡Oh, no!

El doctor Mosgrave miró su reloj, un cronómetro Benson de cincuenta guineas, que llevaba suelto en el bolsillo de su chaleco de manera descuidada, como si de una bagatela se tratara.

—Debo recordarle que mi tiempo es precioso —dijo—. En su mensaje telegráfico me informaba que necesitaba de mis servicios para un caso... peligroso... de lo contrario no estaría aquí.

Robert Audley había estado observando pensativamente el fuego, preguntándose cómo debería comenzar la conversación, y había necesitado la presencia del médico para recordar su cometido.

—Es usted muy amable, doctor Mosgrave —dijo Robert saliendo de su ensimismamiento no sin esfuerzo—, y le agradezco sobremanera que haya venido. Deseo presentarle un caso que me resulta más doloroso de lo que usted se pueda imaginar y confío, casi ciegamente, en que su experiencia me ayude, a mí y a otros seres que me son muy queridos, a salir de una situación cruel y complicada.

La rutinaria mirada de atención del doctor Mosgrave traslució un interés progresivo a medida que Robert Audley hablaba.

—La revelación de un paciente a un médico es, si no me equivoco, tan sagrada como la confesión de un penitente al sacerdote —dijo con seriedad Robert.

—En efecto.

—¿Se trata, pues, de una solemne confidencia que no puede ser violada bajo circunstancia alguna?

—Sin duda.

Robert Audley volvió a mirar el fuego. ¿Cuánto debía contar sobre la oscura historia de la segunda esposa de su tío?

—Según se me ha explicado, doctor Mosgrave, usted es un entendido en el tratamiento de la demencia.

—Sí, me dedico casi por completo al tratamiento de enfermedades mentales.

—Siendo así, creo que podría atreverme a decir que usted escucha revelaciones extrañas e incluso terribles.

El doctor Mosgrave asintió con la cabeza.

Parecía un hombre capaz de llevar en su poco apasionado corazón los secretos de

un país, y no inmutarse lo más mínimo al tener que cargar con tan terrible peso.

—La historia que deseo contarle no es sobre mí —dijo Robert tras una pausa—; me perdonará si vuelvo a recordarle que sólo puedo revelársela si se me asegura que no se dará a conocer sin una justificación de peso.

El doctor Mosgrave asintió de nuevo, aunque puede que con mayor severidad que la ocasión anterior.

—Le escucho, señor Audley —dijo con frialdad.

Robert Audley acercó su silla a la del médico y, en voz baja, comenzó a relatar la historia que milady había contado arrodillada a los pies de sir Michael en ese mismo aposento la noche anterior. El atento rostro del doctor Mosgrave no mostró indicio alguno de sorpresa ante tan extraña revelación. Esbozó una sonrisa cuando el señor Audley narró la conspiración que había tenido lugar en Ventnor, pero no se mostró desconcertado. Robert Audley finalizó el relato de los hechos en el momento en el que sir Michael Audley había interrumpido la confesión de milady. No dijo nada sobre la desaparición de George Talboys ni sobre las terribles sospechas que habían aflorado a consecuencia de la misma. Tampoco mencionó el incendio de la Castle Inn.

El doctor Mosgrave negó seriamente con la cabeza en cuanto el señor Audley hubo terminado de hablar.

—¿No desea añadir nada más? —inquirió.

—No. No creo que haya nada más que añadir —replicó Robert de forma más bien evasiva.

—Usted desea demostrar que esta señora ha perdido el juicio y que, por lo tanto, no es responsable de sus actos, ¿no es así, señor Audley? —preguntó el médico.

Robert Audley observó asombrado al doctor Mosgrave. ¿Cómo había adivinado tan rápidamente su deseo secreto?

—Sí, preferiría creer, si es posible, que está loca. Me alegraría saber que esa excusa es válida.

—Y salvarla así, supongo, del escándalo de un juicio como el de Chancery^[107] —aseveró el doctor Mosgrave.

Robert se estremeció al tiempo que asentía con la cabeza. Sin embargo, temía algo mucho peor que un juicio como el de Chancery; el temor que tan incansablemente le había perseguido en sueños era el de un juicio por asesinato. ¿Cuántas veces se había despertado avergonzado ante la terrible visión de la sala de un tribunal atestada en que la esposa de su tío estaba sentada en el banquillo de los acusados, rodeada de una multitud de rostros impasibles?

—Me temo que no podré ayudarle —dijo el médico con tranquilidad—. Si lo desea, veré a la señora en cuestión, pero no creo que sea una demente.

—¿Por qué no?

—Porque no existen indicios de demencia en su comportamiento. Huyó de su casa porque no se sentía bien y lo hizo con la esperanza de encontrar un lugar mejor.

Eso no es un acto demente. Cometió bigamia porque así podría enriquecerse y mejorar de vida, pero eso tampoco demuestra que esté loca. Cuando se hallaba en una situación desesperada, no perdía los estribos. Se valía de medios inteligentes y urdió una conspiración que requería grandes dosis de frialdad y resolución por su parte. Semejante proceder tampoco se puede calificar de demente.

—Pero los indicios de la demencia hereditaria...

—Pueden pasar a la tercera generación y manifestarse en los hijos de la señora, si es que llega a tenerlos. La demencia no se transmite necesariamente de madre a hija. Quisiera ayudarle, señor Audley, pero no creo que en la historia que usted me ha contado haya prueba alguna de demencia, ni tampoco creo que ningún jurado en Inglaterra acepte el alegato de locura en un caso como éste. En mi opinión, la solución más apropiada es que esta señora regrese con su primer esposo, si éste la acepta.

Robert se estremeció al oír la inesperada alusión a su amigo.

—Su primer esposo ha fallecido —replicó—, o, al menos, lleva desaparecido mucho tiempo... y tengo mis razones para creer que está muerto.

El doctor Mosgrave se percató del estremecimiento que había recorrido el cuerpo de Robert y del tono apenado de su voz al referirse a George Talboys.

—El primer esposo de la señora ha desaparecido —dijo haciendo un extraño hincapié en la última palabra—, y usted cree que está muerto. —Se mantuvo en silencio durante unos instantes y observó el fuego del mismo modo que lo había hecho antes Robert—. Señor Audley —prosiguió—, no debe decirme medias verdades. No me lo ha contado todo.

Robert levantó la vista de repente, visiblemente sorprendido tras oír las palabras del doctor Mosgrave.

—No podría satisfacer las contingencias de mi trabajo —dijo el médico—, si no supiera cuándo acaban las confidencias y comienzan las reservas. Señor Audley, usted sólo me ha contado la mitad de la historia. Si quiere que le aconseje, debe contarme el resto. ¿Qué sucedió con el primer esposo de la señora?

El médico formuló la pregunta con resolución, como si intuyera que era la piedra angular de la conspiración.

—Ya le he dicho que no lo sé, doctor Mosgrave.

—Sí —replicó el médico—, pero su rostro me ha revelado lo que usted no ha querido contarme, me ha revelado que alberga serias dudas al respecto. —Robert no dijo nada—. Si desea que le ayude, debe confiar en mí —prosiguió el médico—. El primer esposo desapareció... ¿cómo y cuándo? Quiero saber cómo ocurrió.

Robert permaneció en silencio durante unos instantes antes de responder; poco a poco alzó la cabeza, que había mantenido gacha en atenta postura, y replicó.

—Confiaré en usted, doctor Mosgrave —dijo—, confiaré en su honor y bondad. No le estoy pidiendo que perjudique a la sociedad, sino que ayude a salvar nuestra intachable reputación de la degradación y deshonra.

Robert le contó la historia de la desaparición de George, así como sus propios temores y dudas, aunque no sin recelo.

El doctor Mosgrave le escuchó sin perturbarse lo más mínimo. Al terminar, Robert le imploró que ayudase a su generoso tío, cuya feliz existencia se había visto truncada desde que conociera a tan abyecta mujer.

Resultaba del todo imposible saber si el atento rostro del doctor denotaba una resolución favorable o no. Cuando Robert hubo acabado de hablar se incorporó y volvió a mirar la hora en el reloj.

—Sólo dispongo de veinte minutos —dijo—. Si lo desea, veré a la señora. Me ha dicho que su madre murió en un manicomio, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Desea ver a lady Audley a solas?

—Sí, lo preferiría.

Robert llamó a la doncella de milady, quien guió al médico hasta la antecámara octogonal y luego hasta el tocador.

Al cabo de diez minutos, regresó a la biblioteca, donde le esperaba Robert.

—He hablado con la señora —dijo con tranquilidad—, y nos hemos entendido a la perfección. ¡Padece de locura latente! Se trata de una locura que tal vez nunca se manifieste o sólo lo haga en una o dos ocasiones durante el transcurso de su vida. En el peor de los casos, podría convertirse en demencia: manía crónica, pero su duración sería muy breve y sólo se manifestaría en circunstancias de gran presión mental. La señora no está loca, pero tiene indicios hereditarios en la sangre. Posee la astucia propia de la locura y la prudencia de la inteligencia^[108]. Le diré lo que es, señor Audley. ¡Es peligrosa!

El doctor Mosgrave recorrió la biblioteca de un lado a otro antes de proseguir.

—No pondré en duda las sospechas que tanto le afligen, señor Audley —continuó—, pero le diré que no le aconsejo que provoque escándalo alguno. El señor George Talboys ha desaparecido, pero usted carece de pruebas que evidencien su muerte. Si las tuviera, no podría acusar a la señora, lo único que podría decir es que tenía razones de peso para deshacerse de él. Ningún jurado de Reino Unido la condenaría basándose en tal prueba.

Robert Audley interrumpió al doctor Mosgrave.

—Le aseguro, querido señor —dijo—, que lo que más temo es que se produzca algún escándalo... o desgracia.

—Naturalmente, señor Audley —replicó el médico con frialdad—, pero no espere que le ayude a condonar uno de los delitos más graves que se pueden cometer contra la sociedad. Si tuviera motivos para creer que esta mujer ha cometido un asesinato, me negaría a ayudarle a mantenerla al margen de la justicia aun sabiendo que si lo hiciera salvaría el honor de cientos de familias nobles. Pero como no creo que sus sospechas sean motivo suficiente para demostrar ese crimen, haré todo lo posible para ayudarle.

Robert Audley estrechó con fuerza la mano del médico.

—Le agradeceré sus servicios cuando sea capaz de hacerlo como se merece —dijo emocionado—. Se los agradeceré en nombre de mi tío y personalmente.

—Sólo me quedan cinco minutos y debo escribir una carta —dijo el doctor Mosgrave al tiempo que sonreía ante la vehemencia del joven.

Se sentó junto al escritorio de la ventana, mojó la pluma en el tintero y escribió rápidamente durante unos siete minutos. Tras escribir tres caras, soltó la pluma y dobló la carta. La introdujo en un sobre y se la entregó, sin sellar, a Robert Audley.

La dirección que figuraba era:

Monsieur Val,
Villebrumeuse,
Bélgica

El señor Audley miró con recelo la dirección y luego al médico, que se estaba poniendo los guantes con tanta parsimonia que parecía como si nunca en su vida hubiera realizado acto más solemne que ése.

—Esa carta —dijo a modo de respuesta a la mirada inquisitiva de Robert Audley—, está dirigida a mi amigo monsieur Val, propietario y director médico de una excelente *maison de santé*^[109] en el pueblo de Villebrumeuse. Nos conocemos desde hace muchos años y estoy seguro de que acogerá de buena gana a lady Audley en su centro y de que asumirá toda responsabilidad sobre su vida futura. ¡Le aseguro que estará muy tranquila!

Robert Audley quería hablar y expresar de nuevo la gratitud que sentía por la ayuda que le estaba dispensando, pero el doctor Mosgrave se lo impidió con gesto autoritario.

—Desde el momento en el que lady Audley entre en esa casa —prosiguió—, su vida, en lo que se refiere a acción y variedad, habrá acabado. ¡Sus secretos, sean cuales sean, permanecerán como tales para siempre! Ya no podrá cometer crímenes como los que ha cometido anteriormente. Si usted tuviera que cavar una tumba para ella en el cementerio más cercano y enterrarla viva, ésa sería la única manera eficiente para alejarla del mundo. Pero como fisiólogo y hombre honesto, creo que no puede usted tomar decisión más apropiada que ésta, porque la fisiología no sirve de nada si se tuviera que confiar plenamente en la mujer que acabo de ver apenas hace diez minutos. Si hubiera podido agarrarme del cuello y estrangularme, lo habría hecho.

—¡Entonces sospechaba cuál era su propósito!

—Lo sabía. «Usted cree que estoy loca como mi madre y ha venido a ponerme a prueba», me ha dicho. «Espera ver algún indicio del terrible mal que corre por mis venas.» Que tenga un buen día, señor Audley —se apresuró a añadir el médico—, hace diez minutos que tenía que haberme marchado y apenas dispongo de ese tiempo para tomar el tren.

Capítulo VI

Enterrada viva

Robert Audley estaba sentado en la biblioteca con la carta del médico sobre la mesa que se encontraba frente a él, pensando en todo lo que aún quedaba por hacer.

El joven abogado se había convertido en el acusador de esta miserable mujer. Había sido su juez y ahora era su carcelero. Hasta que no entregase la carta a su destinatario, hasta que no hubiese cedido su responsabilidad al médico del manicomio del extranjero, no podría liberarse de la terrible carga y dar por realizado su cometido.

Escribió unas líneas a milady en las que le explicaba que tenía la intención de llevarla lejos de Audley Court, a un lugar del que probablemente no regresaría, y le pedía que se apresurara a prepararse para tal viaje. Deseaba que, si era posible, todo estuviese listo esa misma tarde.

La señorita Susan Martin, la doncella de milady, consideró sumamente difícil tener que realizar los preparativos de forma tan apresurada, pero milady la ayudó. Le producía cierto placer el hecho de doblar una y otra vez las sedas y terciopelos, así como reunir las joyas y sombreros. Pensó que la privarían de sus posesiones. La enviarían al exilio, pero incluso en el exilio quedarían esperanzas porque no existía lugar sobre la faz de la tierra en el que su belleza no le confiriese cierta realeza y se ganase a caballeros y súbditos por igual. Se afanó en dar órdenes y ayudar a su doncella, que presentía que todos aquellos apresurados preparativos se debían a la bancarrota, y, por lo tanto, se mostraba más bien lánguida e indiferente en el cumplimiento de sus obligaciones. A las seis en punto de la tarde, envió a su ayudante para que informara al señor Audley de que estaba preparada para partir en cuanto quisiera.

Robert había consultado un volumen de la guía de horarios de tren y había averiguado que Villebrumeuse no se encontraba en las inmediaciones de los trayectos ferroviarios y que sólo se podía llegar allí con una diligencia que partiera de Bruselas. El tren correo con destino a Dover salió del Puente de Londres a las nueve en punto, y Robert y lady Audley lo pudieron tomar sin problema alguno ya que el tren que partía de Audley a las siete en punto llegaba a Shoreditch a las ocho y cuarto. Siguiendo la ruta de Dover y Calais, llegarían a Villebrumeuse a la tarde o noche siguientes.

¿Qué necesidad tenemos de seguirles en tan funesto viaje nocturno? Milady estaba tumbada sobre una estrecha litera, envuelta en sus pieles. Incluso en momentos de tamaña desgracia, no había dejado en Audley Court sus pieles rusas favoritas. Su alma materialista se aferraba con avaricia a los hermosos y costosos objetos que

habían sido suyos. Había escondido frágiles tazas de té y jarrones de Sévres y Dresden entre los pliegues de los vestidos de seda. También había ocultado copas de oro con incrustaciones de piedras preciosas entre sus delicadas prendas. Si hubiera sido posible, se habría llevado los cuadros y la tapicería al estilo gobelino de las sillas. Había cogido todo lo que había podido, y acompañó al señor Audley con una mezcla de sumisión y mal humor que era resultado del abatimiento propio de la desesperación.

Robert Audley estaba paseando por la cubierta del barco de vapor cuando los relojes de Dover marcaron las doce, y la ciudad resplandecía como una luminosa luna creciente sobre la inconmensurable oscuridad del mar. El barco atravesaba rápidamente las aguas en dirección a la amistosa costa gala, y el señor Audley dejó escapar un largo suspiro de alivio al recordar que su cometido estaba a punto de verse realizado. Pensó en la diabólica criatura que yacía sola y desesperada en los compartimentos del barco. Pero en el momento en el que sentía mayor compasión por ella, ya que a veces no podía evitar compadecerse de su condición de mujer y de su situación de impotencia, volvía a ver el rostro iluminado y esperanzado de su amigo, tal y como lo había visto tras su regreso de Australia, y esas imágenes le hacían recordar la vergonzosa mentira que había roto el corazón del devoto esposo.

«¿Podré olvidarlo algún día? —se preguntó—. ¿Podré olvidar algún día su pálido rostro, sentado frente a mí en el café y con el *Times* en las manos? Algunos crímenes no pueden ser expiados, y éste es uno de ellos. Si mañana pudiera traer de nuevo a la vida a George Talboys, no podría cicatrizar jamás esa terrible herida de su corazón, no podría lograr que volviera a ser el hombre que había sido antes de leer esa mentira impresa.»

* * *

A última hora de la tarde del día siguiente, la diligencia traqueteaba sobre el irregular pavimento de la calle principal de Villebrumeuse. El antiguo y religioso pueblo, monótono y aburrido, parecía más aburrido de lo habitual bajo el cielo plomizo del atardecer. Las titilantes farolas, que habían sido encendidas con anterioridad y desprendían un débil resplandor, ponían de manifiesto la oscuridad del lugar, como sucede con las luciérnagas que acentúan la oscuridad de un seto con la luz que emiten. El remoto pueblo belga era un lugar antiguo y olvidado y los lúgubres indicios de decadencia se apreciaban en todas las fachadas de las estrechas calles, en los tejados ruinosos y en las deterioradas chimeneas. Puesto que había sitio de sobra para edificar en las vastas extensiones de terreno que se encontraban más allá del viejo pueblo, resultaba difícil imaginar por qué motivo habían edificado las hileras de casas tan cerca las unas de las otras, ya que obligaba a los viandantes a apartarse y a apoyarse contra las ventanas de los establecimientos para dejar paso a la diligencia. Los viajeros más perspicaces podrían haberse preguntado por qué las calles más

estrechas e incómodas eran las más transitadas y prósperas, mientras que las más anchas y nobles siempre estaban vacías. Sin embargo, Robert Audley no estaba pensando en ninguna de estas cosas. Estaba sentado en una esquina del mohoso carruaje, observando a milady en la esquina opuesta y preguntándose cuál sería la expresión del rostro que tan cuidadosamente ocultaba tras el velo.

Habían estado sentados en el cupé de la diligencia durante todo el trayecto ya que no había muchos viajeros entre Bruselas y Villebrumeuse, y el transporte público se mantenía por la fuerza de la tradición más que por ser un negocio que pudiese reportar grandes beneficios.

Milady no había articulado palabra durante el viaje, excepto para rechazar los refrigerios que Robert le había ofrecido durante un alto en el camino. Se sintió abatida al dejar Bruselas atrás, ya que había confiado que esa ciudad supusiera el final del viaje y, con un sentimiento de desespero, había apartado la vista de los monótonos paisajes de Bélgica.

Finalmente, alzó la vista mientras el vehículo entraba en un patio interior de piedra que, tiempo ha, había sido una especie de monasterio, pero que en esos momentos era el patio de un sombrío hotel en cuyos sótanos cientos de ratas chillaban incluso a plena luz del día.

Lady Audley se estremeció al apearse de la diligencia y llegar al desolado patio. Robert estaba rodeado de maleteros que no cesaban de hablar, pidiendo a gritos su «equipaje» y discutiendo entre sí en qué hotel debería alojarse. Uno de ellos, a instancias del señor Audley, se alejó corriendo para llamar un coche de alquiler y volvió de inmediato, espoleando un par de caballos, tan pequeños que parecían miniaturas de caballos reales, que emitían unos relinchos salvajes que, en la oscuridad, parecían sonidos demoníacos.

El señor Audley dejó a milady en la lóbrega cafetería al cuidado de un encargado somnoliento y se dirigió hacia una zona alejada del tranquilo pueblo. Tenía que realizar algunas gestiones antes de internar a la esposa de sir Michael en el lugar que había sugerido el doctor Mosgrave. Robert debía visitar a varias personas importantes, hacer juramentos, mostrar la carta del médico inglés y pasar por la ceremonia de firmar y refrendar documentos antes de que la esposa de su desaparecido amigo entrase en la que sería su última casa en la tierra. Pasaron más de dos horas antes de que Robert finalizara estas gestiones y regresara al hotel, en el que encontró a lady Audley observando con aire ausente dos velas de cera y con una taza de café que no había probado.

Robert acompañó a milady hasta el coche de alquiler y se volvió a sentar frente a ella.

—¿Adónde me lleva? —preguntó finalmente—. Estoy cansada de que me traten como si fuese una niña a la que encierran en un sótano oscuro a modo de castigo por su mal comportamiento. ¿Adónde me lleva?

—A un lugar en el que tendrá tiempo libre de sobra para arrepentirse de su

pasado, señora Talboys —replicó Robert con seriedad.

Habían dejado tras de sí las calles adoquinadas y una gran plaza desolada, en la que parecían haber unas seis catedrales, y llegaron a un tranquilo bulevar, una amplia carretera iluminada por farolas, en la que titilaban las sombras de las ramas deshojadas como si fueran sombras de esqueletos paralíticos. Había algunas casas diseminadas en el bulevar, casas señoriales, *entre cour et jardin*, con jarrones de yeso con geranios sobre los pilares de piedra de las pesadas puertas de entrada. El ruidoso coche de alquiler recorrió aproximadamente un kilómetro por la tranquila carretera antes de detenerse ante una puerta de entrada mucho más antigua y pesada que las que acababan de ver.

Milady dejó escapar un grito al mirar al exterior por la ventanilla del coche. La desolada puerta estaba iluminada por una enorme lámpara, una gran estructura de hierro y cristal en la que una pequeña y titilante llama luchaba contra el viento invernal.

El cochero tocó la campana, un hombre de pelo cano abrió una pequeña puerta de madera situada junto a la puerta de entrada y luego se retiró. Al cabo de tres minutos, apareció de nuevo tras las puertas plegables de hierro, las descorrió y abrió al completo, con lo que dejó a la vista un desolado patio pavimentado con piedras.

El cochero condujo a los maltrechos caballos hasta el patio y luego hasta la puerta principal de la casa, una gran mansión de piedras grises con varias y amplias gamas de ventanas, muchas de ellas iluminadas débilmente, por lo que, en la oscuridad, parecían los ojos pálidos de unos vigilantes cansados.

Milady, atenta y callada como las frías estrellas del cielo invernal, escudriñó con semblante serio las ventanas. Una de ellas estaba oculta por una pequeña cortina de color rojo descolorido; sobre esta cortina se veía una sombra oscura que iba y venía, la sombra de una mujer con un tocado excéntrico, la sombra de una criatura inquieta, que no cesaba de caminar de un lado a otro junto a la ventana.

La vil esposa de sir Michael apoyó repentinamente la mano en el brazo de Robert y con la otra mano señaló la ventana con la cortina.

—Sé adonde me ha traído —manifestó—. Esto es un MANICOMIO.

El señor Audley no replicó. Había permanecido junto a la puerta del coche mientras lady Audley le hablaba, la había ayudado a apearse, la había conducido por los escalones de piedra planos y luego hasta el vestíbulo de entrada de la mansión. Entregó la carta del doctor Mosgrave a una mujer de mediana edad, con aspecto alegre y bien arreglada, que había salido tropezando de un pequeño aposento que daba al vestíbulo y que se asemejaba en gran medida a la recepción de un hotel. La mujer recibió con una sonrisa a Robert y a lady Audley y, tras haber despachado a un sirviente con la carta, les invitó a pasar a una pequeña y agradable sala en la que había unas alegres cortinas de color ámbar claro y una minúscula estufa.

—¿Madame está muy cansada? —inquirió la mujer francesa con una intensa mirada de lástima mientras colocaba un sillón para lady Audley.

«Madame» se encogió de hombros cansinamente y observó el aposento con un semblante que no denotaba simpatía alguna.

—¿Qué clase de lugar es éste, Robert Audley? —gritó—. ¿Acaso cree que soy una niña con la que puede jugar y a la que puede engañar... no es eso? ¿No es cierto que es lo que acabo de decir?

—Es una casa de reposo, milady —respondió el joven con seriedad—. No es mi deseo jugar con usted ni engañarla.

Milady permaneció en silencio durante unos instantes, observando pensativamente a Robert.

—Una casa de reposo —repitió—. Sí, en Francia son más discretos con estas cosas. En Inglaterra la llamaríamos una casa de locos^[110]. Esta es una casa para *locos*, ¿no es cierto, madame? —preguntó en francés al tiempo que se volvía hacia la mujer y golpeaba con el pie el suelo brillante.

—Ah, no, madame —replicó la mujer en un agudo tono de protesta—. Es un lugar agradable, en el que uno se divierte...

La llegada del director de tan agradable lugar, que entró en la habitación desplegando una sonrisa que le iluminaba el rostro y con la carta abierta del doctor Mosgrave en la mano, interrumpió las palabras de la mujer.

Le resultaba imposible expresar lo muy encantado que estaba de conocer a monsieur. No había nada sobre la faz de la tierra que no estuviese dispuesto a hacer personalmente por monsieur, ni nada bajo el cielo que no se esforzase en conseguir para él, amigo de su tan distinguido colega, el médico inglés. Le explicó en voz baja a Robert que la carta del doctor Mosgrave le había esbozado de forma escueta el caso y que estaba dispuesto a ocuparse de la encantadora e interesante madame... madame...

Se frotó las manos con educación y miró a Robert. El señor Audley recordó, por primera vez, que se le había recomendado que presentase a lady Audley con un nombre falso.

Fingió no haber escuchado la pregunta del director. Parecía sencillo elegir entre una gran variedad de nombres, y cualquiera de ellos hubiera satisfecho su propósito, pero daba la impresión de que el señor Audley había olvidado repentinamente cualquier nombre exceptuando el suyo propio y el de su amigo desaparecido.

Tal vez el director se percató y comprendió su confusión. En todo caso, se volvió hacia la mujer que les había recibido y le murmuró algo sobre un número 14, bis. La mujer cogió una llave de entre otras que colgaban sobre la repisa de la chimenea, y una vela de cera de un candelabro que se encontraba en uno de los rincones de la habitación, recorrió el vestíbulo de piedra y subió por una amplia y resbaladiza escalera de madera pulida.

El médico inglés había comunicado a su colega belga que el dinero no habría de representar problema alguno en lo que se refería al acomodamiento de la dama inglesa que dejaba a su cargo. Habiendo tenido en cuenta esta explicación, monsieur

Val abrió la puerta exterior de un conjunto de suntuosas habitaciones, entre las que se encontraba un vestíbulo adoquinado con rombos de mármol blanco y negro alternados, pero oscuro como un sótano; también había una salón adornado con cortinas de terciopelo oscuro y con cierto esplendor funerario no muy propicio para elevar los ánimos; una cámara en la que había una cama tan perfectamente preparada que daba la impresión de que en las mantas no había abertura alguna, a no ser que el cubrecamas hubiese sido dividido por la mitad con un cortaplumas.

Milady miró con desaliento los aposentos que, ya de por sí, resultaban bastante deprimentes bajo la tenue luz que despedía una única vela de cera. La solitaria llama, pálida y fantasmal, se multiplicaba por los aposentos en pequeñas sombras más fantasmales aún e iluminaba los sombríos y relucientes suelos y revestimientos de madera, los cristales de las ventanas, los espejos y los brillantes objetos que decoraban las habitaciones, y que milady confundió con costosos espejos, pero que en realidad eran imitaciones malas u hojalata bruñida.

Entre el decadente esplendor del terciopelo raído, los objetos dorados faltos de lustre y la madera pulida, la mujer se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con ambas manos. La palidez de las mismas y la estrellada luz de los diamantes que llevaba resplandecían en el aposento apenas iluminado. Permaneció sentada en silencio, inmóvil, desesperada, triste y enojada mientras Robert y el médico francés se dirigían a un aposento exterior y hablaban en voz baja. El señor Audley poco podía añadir a lo que hubiera dicho, con más gracia que él, el médico inglés. No sin dificultad logró inventarse un nombre, Taylor, como sustituto sencillo y seguro para el otro apellido al que sólo milady tenía derecho. Robert explicó al médico francés que la señora Taylor era una pariente lejana... que, tal y como le había informado el doctor Mosgrave, había heredado de su madre las simientes de la locura y que había mostrado algunos síntomas de la enfermedad que se hallaba latente en su cerebro pero que, aun así, no se la debía llamar «demente». Robert pidió a monsieur Val que fuera tratada con toda la ternura y compasión posibles y que se le concedieran ciertas indulgencias, pero le recalcó que, bajo ningún concepto, se le permitiera abandonar la casa de reposo sin la compañía de alguna persona de suma confianza que se responsabilizara de su custodia. Robert sólo deseaba realizar una última petición, y era que, puesto que, según tenía entendido, monsieur Val era protestante... (al oír esto el médico asintió)... le agradecería que efectuase las gestiones oportunas con algún benévolo y amable clérigo protestante para que la desvalida señora recibiese el consuelo y consejo espiritual que, añadió con solemnidad Robert, tanto necesitaba.

Este fue el tema de la conversación, aparte de las disposiciones económicas necesarias, que el señor Audley y el médico acordarían de tanto en tanto sin mediación de agente alguno, cuya duración fue de unos quince minutos. Cuando entraron de nuevo en la sala en la que habían dejado a milady, ésta estaba sentada en la misma postura, con el rostro oculto por las manos enjoradas.

Robert se inclinó sobre ella y le susurró al oído.

—Aquí se llamará madame Taylor —dijo—, no creo que desee que sepan su verdadero nombre.

Lady Audley se limitó a asentir con la cabeza y ni siquiera apartó las manos del rostro.

—Madame tendrá un ayudante enteramente a su servicio —dijo monsieur Val—. Madame podrá cumplir todos sus deseos, sus deseos razonables, claro está —añade monsieur encogiéndose de hombros de forma curiosa—. Se hará todo lo posible para que la estancia de madame en Villebrumeuse sea agradable y provechosa. Los internos cenan juntos cuando así lo desean. Yo ceno con ellos a veces; mi ayudante, un hombre inteligente y de gran valía, siempre lo hace. Vivo con mi esposa e hijos en el pequeño pabellón que se encuentra en la finca, y mi ayudante reside en la casa. Madame puede confiar en que nos esforzaremos para que se sienta cómoda.

Monsieur continúa hablando de lo mismo al tiempo que se frota las manos y sonríe radiantemente a Robert y lady Audley, pero madame se incorpora con brusquedad, furiosa, y, apartando sus enjoyadas manos de la cara, le pide que se calle.

—Déjeme a solas con el hombre que me ha traído hasta aquí —gritó entre dientes—. ¡Déjeme a solas!

Madame señala la puerta con un gesto imperioso y severo, tan rápido que las vestiduras del brazo emiten un sonido de descenso precipitado cuando levanta la mano. Las sibilantes sílabas francesas silban entre sus dientes mientras las pronuncia, y parece que concuerdan más con su estado de ánimo que el inglés que ha hablado hasta ese momento.

El médico francés se encoge de hombros al tiempo que se dirige hacia el oscuro vestíbulo y murmura algo sobre un «hermoso demonio» y un «gesto guerrero».

Milady se encaminó rápidamente hacia la puerta que separaba la cámara del salón, la cerró y, sin quitar la mano del pomo, se volvió y miró a Robert Audley.

—Ha cavado mi propia tumba, señor Audley —gritó—; ha utilizado su poder de forma vil y cruel y me ha enterrado en vida.

—He hecho lo que creía justo para con los demás y misericordioso para con usted —replicó Robert con tranquilidad—. Hubiera traicionado a la sociedad si hubiera permitido que permaneciese en libertad tras... tras la desaparición de George Talboys y el incendio de la Castle Inn. La he traído a un lugar en el que personas que desconocen su pasado y que, por lo tanto, no pueden reprocharle nada, cuidarán de usted. Aquí disfrutará de una vida tranquila, milady, una vida como la que muchas mujeres buenas y santas de este católico país emprenden y mantienen felizmente hasta el final de sus días. La soledad que sentirá en este lugar no será más profunda que la de la hija de un rey que, deseosa de huir de los males de su tiempo, se refugia en una casa tan tranquila como ésta. Sin duda alguna, se trata de una pequeña expiación que le pido que cumpla en pago de sus pecados, una penitencia ligera que le ruego lleve a cabo. Viva aquí y arrepíentase; nadie la molestará, nadie la atormentará. Lo único que puedo decirle es: ¡arrepíentase!

—¡No puedo! —gritó milady al tiempo que se apartaba con brusquedad los cabellos de la frente y clavaba la mirada en Robert Audley—. ¡No puedo! ¿Me ha traído hasta aquí mi belleza? ¿Acaso he planeado y urdido ocultarme y pasar largas noches en vela pensando en el peligro que corría para acabar aquí? Si hubiera sabido que éste sería el final, podría haberme dado por vencida desde el principio. Debería haber cedido a la maldición que se cernía sobre mí y haberme rendido cuando George Talboys regresó a Inglaterra por primera vez.

Tiró de los rizos dorados como si quisiera arrancárselos de la cabeza. Al fin y al cabo, los relucientes cabellos, la hermosa aureola de color amarillo claro que contrastaba tan exquisitamente con el azul celeste de sus ojos, le habían servido de muy poco. Se odió a sí misma y a su belleza.

—Si me atreviera, me reiría de usted y le desafiaría —gritó—, si me atreviera, me suicidaría y le desafiaría, pero soy una pobre y lamentable cobarde, siempre lo he sido. Temía la terrible herencia de mi madre; temía la pobreza; temía a George Talboys; le temía a usted. —Permaneció en silencio durante unos instantes, con la mano en el pomo de la puerta, como si estuviera dispuesta a retener a Robert tanto como quisiera—. ¿Sabe en qué estoy pensando? —inquirió enseguida—. ¿Sabe en qué estoy pensando mientras le observo en la tenue luz de la habitación? Estoy pensando en el día en el que George Talboys... desapareció.

Robert se estremeció al oír el nombre de su querido amigo; empalideció y comenzó a respirar rápida y pesadamente.

—Estaba delante de mí, igual que usted en estos momentos —prosiguió milady—. Usted dijo que derrumbaría la casa y que arrancaría de cuajo todos los árboles del jardín hasta encontrar el cadáver de su amigo. No tendría que haberse esforzado tanto, ya que el cuerpo de George Talboys yace en el fondo del viejo pozo que está entre los arbustos, más allá del paseo de los tilos.

Robert Audley levantó las manos y las entrelazó sobre la cabeza al tiempo que profería un agudo grito de horror.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó tras una terrible pausa—. ¡Todas las cosas espantosas en las que había pensado apenas me habían preparado para oír esta horrenda verdad!

—Se acercó a mí en el paseo de los tilos —continuó milady con el mismo tono duro y obstinado con el que había confesado su abyecto pasado—. Sabría que lo haría, por lo que me había preparado para tal encuentro. Estaba dispuesta a sobornarle, a engañarle, a hacer cualquier cosa antes de tener que renunciar a la riqueza y a la posición que había logrado y regresar a mi vida anterior. Vino y me reprochó la conspiración que había urdido en Ventnor. Me dijo que, mientras viviese, jamás me perdonaría la mentira que le había roto el corazón. Me aseguró que le había arrancado el corazón del pecho y que se lo había pisoteado y que ya no le quedaban atisbos de piedad. Me explicó que me hubiera perdonado cualquier injusticia, excepto la que había tramado con tanta deliberación y crueldad. Me dijo muchas otras cosas

parecidas y que nada del mundo le impediría llevar a cabo su cometido, que consistía en llevarme hasta el hombre al que había engañado y obligarme a contarle mi vil pasado. No sabía nada sobre el mal oculto que había ingerido con la leche de mi madre. No sabía que podría enloquecer. Me acosó del mismo modo que usted me ha acosado, fue tan inmisericorde como usted. Estábamos en el macizo de arbustos que se encuentra al final del paseo de los tilos. Estaba sentada sobre la mampostería rota, en la boca del pozo. George Talboys se había apoyado sobre el cabestrante abandonado, cuyo oxidado eje de hierro vibraba cada vez que él cambiaba de postura. Finalmente, me incorporé, decidida a desafiarle hasta límites insospechados. Le dije que si le contaba la verdad a sir Michael, diría a todos que era un demente o un embustero, y le desafié a que convenciese al hombre que me amaba —ciegamente, tal y como le había explicado— de que tenía algún derecho sobre mí. Una vez le hube dicho esto, me disponía a marcharme pero, en ese momento, me agarró por la muñeca y me retuvo a la fuerza. Usted vio las contusiones que me hizo en la muñeca, pero no me creyó cuando le conté cómo se habían producido. Me di cuenta, señor Robert Audley, me di cuenta de que usted era alguien a quien debía temer.

Lady Audley se calló, como si esperase que Robert Audley hablase, pero éste permaneció en silencio e inmóvil, esperando el final del relato.

—George Talboys me trató del mismo modo que usted —prosiguió—. Juró que aunque sólo existiese una persona que pudiera desvelar mi identidad iría a buscarla, si fuera preciso, hasta los confines del mundo y la traería para que desvelase mi identidad y desenmascarase todo lo que yo había urdido. En ese momento, enloquecí. Arranqué de la madera el eje de hierro suelto y vi cómo mi primer esposo caía con un horrible grito en la negra boca del pozo. La leyenda cuenta que es de una profundidad insondable. Ignoro cuán profundo es. Supongo que está seco, porque no oí ningún ruido de agua, sino un ruido sordo. Miré hacia abajo pero lo único que vi fue un enorme vacío negro. Me arrodillé y escuché, y no oí ningún otro grito, aunque permanecí cerca de quince minutos, sabe Dios cuán eternos me parecieron, junto a la boca del pozo.

El relato llegó a su fin, pero Robert Audley no emitió ninguna palabra de horror. Se acercó un poco a la puerta en la que Helen Talboys estaba apoyada. Si hubiera existido otra manera para salir de la habitación, Robert lo habría hecho gustosamente. No deseaba en absoluto contacto alguno con lady Audley.

—Le ruego que me permita pasar —dijo con voz gélida.

—Como ve, no temo confesarme ante usted —dijo Helen Talboys— por dos motivos. El primero es porque usted no se atreverá a utilizar la confesión contra mí porque sabe que su tío sufriría lo indecible si me viese en el banquillo de los acusados; el segundo es porque las leyes no pueden sentenciarme a una condena peor que ésta: un encierro de por vida en un manicomio. Como ve, no le agradezco en absoluto su misericordia, señor Robert Audley, porque sé perfectamente cuál es su verdadero valor.

Se apartó de la puerta y Robert pasó junto a ella sin decirle nada y sin mirarla.

Media hora más tarde, se encontraba en uno de los principales hoteles de Villebrumeuse, sentado junto a una mesa en la que habían dispuesto la comida con sumo cuidado, pero se sentía incapaz de probar bocado, incapaz de dejar de pensar, ni tan siquiera durante unos instantes, en su amigo, que había sido asesinado a traición en el macizo de arbustos de Audley Court.

Capítulo VII

Acosado por fantasmas

Ningún viajero inmerso en un febril y extraño sueño había observado jamás con tanto asombro un mundo que parecía irreal como Robert Audley, quien contemplaba con mirada ausente los pantanos y los sombríos álamos que había entre Villebrumeuse y Bruselas. ¿Acaso se debía al hecho de que regresaba a la casa de su tío sin la mujer que allí había reinado durante casi dos años como reina y señora? Se sentía como si hubiera asesinado a milady y se la hubiera llevado lejos de forma secreta y misteriosa, y ahora se viera obligado a explicar a sir Michael el destino de la mujer, a quien el baronet tanto había amado.

«¿Qué le contaré? —pensó—. ¿Debo contarle la verdad... la horrible y espantosa verdad? No, eso sería demasiado cruel. Su generoso espíritu se hundiría al oír tan fatídica revelación. Y, sin embargo, al desconocer el verdadero alcance de la maldad de tan abyecta mujer, podría pensar que me he mostrado intransigente con ella.»

Mientras estaba inmerso en estas reflexiones, el señor Robert Audley observaba de forma ausente el triste paisaje desde el asiento del gastado cupé de la diligencia, y pensaba en el gran peso que se había quitado de encima ahora que ya sabía qué destino había corrido George Talboys.

¿Cuál sería el próximo paso que debía dar? Cientos de terribles pensamientos le asediaron al recordar la historia que le había contado Helen Talboys. Su amigo... su amigo asesinado... yacía oculto entre las ruinas desmoronadas del viejo pozo de Audley Court. Hacía seis largos meses que estaba allí, sin enterrar, sin que nadie lo supiera, oculto en la oscuridad del viejo pozo del convento. ¿Qué debía hacer?

Si iniciaba la búsqueda de los restos mortales del hombre asesinado, provocaría una investigación inmediata por parte del magistrado público. Si la investigación se llevara a cabo, resultaba prácticamente imposible que la historia sobre el crimen de milady no saliera a la luz pública. Demostrar que George Talboys había muerto en Audley Court era como demostrar que milady había sido su asesina, ya que se sabía que el joven había ido a su encuentro a la avenida de los tilos el día de su desaparición.

—¡Dios mío! —exclamó Robert, al darse cuenta de lo que ello implicaba—. ¿Acaso mi amigo debe yacer para siempre en ese pozo sin consagrar porque he condonado los crímenes de la mujer que le asesinó?

Robert tuvo la sensación de que no podría sortear el problema que se le planteaba. A veces pensaba que no era importante si su amigo yacía sepultado bajo un monumento de mármol cuya factura fuese una de las maravillas del universo o en ese oscuro y oculto lugar entre el macizo de arbustos de Audley Court. En otras

ocasiones, le embargaba una terrible sensación al pensar en la injusticia que había cometido con el hombre asesinado y, de buena gana, hubiera viajado incluso más rápido que el expreso Bruselas-París en el que iba, guiado por su deseo de finalizar el viaje y reparar la cruel injusticia que había cometido.

Estaba en Londres, al anochecer del segundo día tras su marcha de Audley Court, y se dirigió directamente al Clarendon con la intención de preguntar por su tío. No pensaba ver a sir Michael puesto que aún no sabía si debía contarle la verdad o no, pero deseaba averiguar cómo había sobrellevado la cruel conmoción que había sufrido.

«Iré a ver a Alicia —pensó—. Ella me contará cómo se encuentra su padre. Me marché de Audley hace sólo dos días. Es pronto para esperar que se haya producido un cambio positivo.»

Sin embargo, el señor Audley no estaba destinado a ver a su prima esa noche porque los sirvientes del Clarendon le informaron que sir Michael y su hija habían tomado el correo de la mañana con destino a París y que luego se dirigirían a Viena.

Robert se alegró al oír esta información, ya que le permitiría disfrutar de un más que merecido descanso y contarle la verdad a sir Michael cuando regresara a Inglaterra, esperaba, recuperado y con una inmejorable salud.

El señor Audley se dirigió a Temple. Los aposentos que, tras la desaparición de George Talboys, le habían parecido deprimentes, esa noche lo eran todavía más porque lo que antes había sido una oscura sospecha se había convertido en una terrible realidad. Ya no le quedaba esperanza alguna. Había erigido sus miedos con demasiado acierto.

George Talboys había sido asesinado cruel y traidoramente por la mujer a la que tanto había amado y venerado.

Había tres cartas para el señor Audley en sus aposentos. Una era de sir Michael y la otra de Alicia. La tercera estaba escrita con una letra que el joven abogado conocía muy bien, aunque sólo la hubiese visto una vez con anterioridad. Se sonrojó al ver el sobrescrito y cogió la carta con cuidado y cariño, como si tuviera vida y fuese sensible al tacto. Le dio varias vueltas entre las manos, observando el emblema del matasellos y el color del papel, y luego la introdujo en el bolsillo del chaleco al tiempo que esbozaba una extraña sonrisa.

«Soy el más desdichado tonto de los tontos —pensó—. ¿Acaso me he reído toda la vida de las locuras de los hombres débiles para, al final, ser yo más tonto que el más débil de ellos? ¡La hermosa criatura de ojos pardos! ¿Por qué tuve que conocerla? ¿Por qué mi incansable Némesis tuvo que guiar mis pasos hasta aquella deprimente casa de Dorsetshire?»

Abrió las dos primeras cartas. Fue lo bastante tonto como para dejar la última como delicioso bocado final... un postre de resonancias mágicas tras haber ingerido una cena normal.

Alicia le explicaba en la carta que sir Michael había soportado el dolor con un

estoicismo tal que, al final, le preocupaba más la paciente calma de su padre que cualquier manifestación temporal de desesperación. Había acudido secretamente al médico familiar que solía visitar Audley Court para casos de enfermedades graves y le había pedido que realizara una visita a sir Michael que pareciera casual. Así lo había hecho y, tras pasar media hora con el baronet, le había explicado a Alicia que no existía ningún peligro alarmante a consecuencia del dolor que con tanta calma soportaba sir Michael, pero que, sin embargo, era absolutamente necesario que hiciese todo lo posible para animarle y obligarle, incluso contra su voluntad, a mostrarse más activo.

Alicia había tomado medidas en ese sentido, había sacado a relucir su antiguo comportamiento consentido y había recordado a su padre la promesa que le había hecho de visitar Alemania. No sin dificultad, había logrado que accediese a cumplir su promesa y le había rogado que abandonasen Inglaterra lo antes posible; en conclusión, Alicia explicaba en la carta que no traería a su padre de vuelta a Audley Court hasta que no le hubiese enseñado a olvidar el dolor que asociaba a ese lugar.

La carta del baronet era muy breve. En su interior había media docena de cheques expedidos por los banqueros de Londres de sir Michael Audley.

«Necesitarás dinero, querido Robert —escribió—, para llevar a cabo las gestiones que creas oportunas a fin de asegurar el futuro bienestar de la persona que he dejado a tu cargo. No hace falta que añada que dichas gestiones nunca serán consideradas demasiado generosas. Pero quizá debo decirte, por primera y última vez, que mi más profundo deseo es no volver a oír jamás el nombre de esa persona. No deseo saber cuáles serán las gestiones que harás para ocuparte de ella. Estoy seguro de que tomarás decisiones razonables y misericordiosas. No deseo saber nada más. Cada vez que necesites dinero, te entregaré las cantidades que me pidas, pero no deberás decirme para qué las quieres.»

Robert Audley exhaló un largo suspiro de alivio al tiempo que doblaba la carta. Sentía que se había liberado de un cometido que le hubiese costado sobremanera llevar a cabo y, de ahora en adelante, podría actuar libremente en lo concerniente al hombre asesinado.

George Talboys descansaría en paz en la tumba desconocida y sir Michael nunca sabría que la mujer a la que había amado llevaba en su corazón el terrible estigma del asesinato.

A Robert sólo le quedaba por abrir la tercera carta, la carta que había guardado en el bolsillo del chaleco mientras leía las otras; rasgó el envoltorio, cogiéndolo con el mismo cuidado y ternura que antes.

La carta era tan breve como la de sir Michael. Sólo contenía las escasas líneas que siguen:

Querido señor Audley:

El rector de este lugar ha visitado en dos ocasiones a Marks, el hombre al que usted salvó la vida en el incendio de la Castle Inn. Se encuentra en estado precario en la casa de su madre, cerca de Audley Court, y no se

crea que viva muchos días más. Su esposa se ocupa de él, y tanto él como ella han expresado su más profundo deseo de que usted le visite antes de que fallezca. Le ruego que se desplace hasta allí sin mayor demora.

Sinceramente suya,

CLARA TALBOYS
Rectoría de Mount Stanning, 6 de marzo.

Robert Audley dobló la carta con reverencia y la volvió a introducir en esa parte del chaleco que se supone que cubre la zona del corazón. Una vez guardada, se sentó en su sillón preferido, llenó una pipa y la encendió, y luego se la fumó al tiempo que observaba pensativamente el fuego. La débil llama que brillaba en sus hermosos ojos grises traslucía un estado de ensueño que no parecía en absoluto pesimista o desagradable. Sus pensamientos vagaban por entre las nubes azules del humo del tabaco y le transportaban a una luminosa región llena de irrealidades en la que no existía ni la muerte ni los problemas, ni la pena ni el dolor, una región en la que sólo estaban Clara Talboys y él y que habían hecho suya gracias a la inconmensurable fuerza de su amor.

Hasta que no se hubo consumido la última hebra del tabaco y las cenizas grises no hubieron sobresalido por encima de la rejilla, el agradable ensueño no se alejó flotando hasta el lugar en el que las visiones de las cosas que nunca han ocurrido ni nunca ocurrirán permanecen custodiadas por un severo mago que sólo gira las llaves de tanto en tanto para abrir apenas un poco la puerta de su casa-tesoro, con el fin de ofrecer un breve momento de placer a los humanos. Pero el sueño se esfumó y la pesada carga de la dura realidad cayó de nuevo sobre Robert con una fuerza inusual.

«¿Qué querrá Marks de mí? —pensó el abogado—. Tal vez teme morir sin antes haber realizado una confesión. Desea contarme lo que ya sé... la historia sobre el crimen de milady. Sabía que él estaba al corriente de todo. Lo supe desde que lo vi por primera vez. Conocía el secreto y quería sacarle partido.»

Por extraño que parezca, Robert Audley evitaba la idea de regresar a Essex. ¿Cómo iba a hablar con Clara Talboys ahora que sabía el secreto sobre el paradero de su hermano? ¿Cuántas mentiras tendría que contar o cuánto debería tergiversar la realidad para que ella no averiguara la verdad? ¿Acaso se mostraría misericordioso al contarle una historia tan terrible que arruinaría su juventud y borraría de golpe cualquier esperanza que hubiera anidado en secreto? Sabía por experiencia propia que era posible no perder la esperanza en la más adversa de las circunstancias y que también era posible esperar de forma inconsciente, y no soportaba la idea de que, tal y como le había sucedido a él mismo, a ella se le rompiera el corazón al saber la verdad.

«Lo mejor será que espere en vano hasta el final —pensó—, lo mejor será que viva tranquila e intente descubrir el paradero de su hermano desaparecido, eso será mejor a que yo le cuente la verdad y le diga: “Nuestros peores miedos se han visto realizados. El hermano al que tanto amabas fue asesinado abyectamente en la flor de la vida”.»

Sin embargo, Clara Talboys le había escrito una carta en la que le imploraba que regresara a Essex sin mayor demora. ¿Acaso tenía derecho a oponerse a sus deseos, por muy doloroso que le resultara materializarlos? Además, el hombre estaba, tal vez, a punto de morir y le había pedido que fuera a verle. ¿No sería demasiado cruel al negarse a ir, al permitir que el tiempo pasase innecesariamente? Miró su reloj. Faltaban cinco minutos para las nueve. No había ningún tren para Audley después del correo de Ipswich, que salía de Londres a las ocho y media, pero había un tren que partía de Shoreditch a las once y se detenía en Brentwood entre las doce y la una. Robert decidió que tomaría ese tren y que recorrería a pie los casi diez kilómetros que separaban Brentwood de Audley.

Todavía faltaba bastante tiempo antes de que tuviera que salir de Temple para dirigirse a Shoreditch, por lo que permaneció sentado junto al fuego, reflexionando sobre los asombrosos acontecimientos que habían tenido lugar durante el último año y medio de su vida y que se habían interpuesto entre sus inclinaciones de carácter holgazán y él mismo, marcándole propósitos que no eran propios de él.

«¡Santo cielo! —pensó mientras se fumaba la segunda pipa—. ¿Cómo es posible que fuera yo quien solía pasarse todo el día sin hacer nada, leyendo a Paul de Kock y fumando tabaco turco suave, o entrando en el teatro a mitad de precio para estar entre los periodistas en el fondo del palco y ver una nueva obra burlesca, y acabar la tarde con “La chova y el cuervo”, y chuletas y cerveza rubia en el Evans? ¿Era yo uno de los jóvenes que se sentaba con toda calma sobre los caballos de madera mientras los otros corrían descalzos por el barro y trabajaban sin cesar con la esperanza de poder subirse a los caballos cuando acabaran de trabajar? Sabe Dios que, desde aquel entonces, ya he aprendido los entresijos de la vida, y que ahora debo enamorarme y entonar con más fuerza el trágico coro que cantan constantemente mis lastimosos suspiros y gemidos. ¡Clara Talboys! ¡Clara Talboys! ¿Hay alguna sonrisa misericordiosa tras el resplandor de tus ojos pardos? ¿Qué me dirías si te revelase que te amo con la misma sinceridad que con la que he llorado el destino de tu hermano... que el nuevo rumbo y fuerza de mi vida, que nació fruto de mi amistad con el hombre asesinado, se multiplica al aproximarse a ti y me cambia de tal manera que me asombro de mí mismo? ¿Qué me diría? ¡Ah!, sabe Dios. Si le gustase el color de mi pelo o el tono de mi voz, tal vez me escuchase. Pero ¿seguiría escuchándome porque la amo con todo mi corazón, o porque le sería sincero y fiel? ¡No! Puede que estas cosas le conmoviesen y se apiadara de mí, pero nada más. Si una muchacha pecosa y de pestañas blancas me adorara, lo único que pensaría de ella es que es un incordio, pero si Clara Talboys quisiese pisotear mi ordinaria persona pensaría que me habría hecho un favor. Espero que la pobre Alicia conozca a algún rubio sajón durante el transcurso de sus viajes. Espero...»

Los pensamientos se alejaron cansinamente y acabaron disipándose. ¿Cómo podía esperar o pensar nada mientras el recuerdo del cadáver sin enterrar de su amigo le persiguiese como un horrible espectro? Recordó una historia... Una historia morbosa

y espantosa y, sin embargo, deliciosa, que en una ocasión le había paralizado la sangre con grata sorpresa durante una reunión de una tarde de invierno... la historia de un hombre tal vez monomaniaco al que le perseguía incesantemente la imagen de un familiar que no había sido enterrado y que no podía descansar en el oculto lugar sin consagrar en el que se encontraba^[111]. ¿Y si tan terrible historia ocurriese en realidad? ¿Y si en lo sucesivo le persiguiese el fantasma de George Talboys?

Se apartó el pelo de la cara con ambas manos y observó el pequeño y acogedor aposento con cierto nerviosismo. En los rincones había sombras que no le gustaban nada. La puerta que daba a su pequeño vestidor estaba abierta; se incorporó y la cerró con llave.

—No he leído a Alejandro Dumas y a Wilkie Collins en vano^[112] —murmuró—. Conozco todos sus trucos: entrar sigilosamente por las puertas detrás de alguien, aplastar sus pálidos rostros contra los cristales de las ventanas y desorbitar los ojos en la penumbra. Resulta extraño que los buenos amigos, que nunca hicieron nada malo en vida, sean capaces de maldad alguna al convertirse en fantasmas. Dejaré la lámpara de gas encendida toda la noche y le diré al hijo mayor de la señora Maloney que duerma bajo los buzones del vestíbulo. El joven interpreta melodías conocidas con un pedazo de papel de seda y un pequeño cepillo de dientes, por lo que su compañía resultará grata.

El señor Audley recorrió la habitación de un lado para otro cansinamente, deseando que pasara el tiempo. No valía la pena salir de Temple antes de la diez en punto, e incluso saliendo a esa hora estaba seguro de que llegaría a la estación media hora antes de que partiera el tren. Se había cansado de fumar. El efecto calmante del narcótico puede ser bastante placentero, pero un hombre debe sentir cierta predisposición antisocial si, tras haber fumado media docena de pipas en solitario, no siente la necesidad de algún amigo que le devuelva una amable mirada. No penséis que Robert Audley no tenía amigos por el hecho de que soliese estar solo en sus tranquilos aposentos. El solemne objetivo que se había propuesto había adquirido tal fuerza que le había hecho distanciarse de sus antiguas amistades y, por ese motivo, solía estar solo. Había dejado de visitar a sus amigos. ¿Cómo iba a sentarse con ellos en fiestas o en agradables cenas en las que abundaba el Nonpareil y el Chambertin, el Pomard y el champán? ¿Cómo iba a sentarse con ellos y escuchar despreocupadas charlas sobre política y ópera, literatura y carreras, teatro y ciencia, escándalos y teología cuando todavía se sentía oprimido por la terrible carga, producto de los miedos y sospechas que le acompañaban día y noche? ¡No podía hacerlo! Había evitado a esos hombres como si, de hecho, fuera un detective privado que se relacionaba con personas viles y se sentía incapaz de hacerlo con hombres honestos. Se había mantenido alejado de los habituales puntos de encuentro y se había encerrado en las solitarias habitaciones, acosado por los recuerdos de su único amigo verdadero, hasta que el exceso de soledad le había sumido, por mucho que se jactase de su fuerza y sabiduría, en un profundo estado nervioso, tal y como le habría

ocurrido al más fuerte y sabio de los hombres.

Finalmente, el reloj de la iglesia de Temple y los relojes de las iglesias de St. Dunstan, St. Clement Danés y de muchas otras, cuyos campanarios se alzaban por encima de las casas que estaban junto al río, marcaron las diez, y el señor Audley, que se había puesto el sombrero y el abrigo hacía una media hora, salió del pequeño vestíbulo y cerró la puerta tras de sí. Se repitió mentalmente que debía avisar a «Parthrick», que era como la señora Maloney llamaba a su hijo mayor. El joven debería hacer lo que se le había encomendado la noche siguiente, y si el fantasma del desventurado George Talboys quisiera entrar en los lúgubres aposentos y llegar hasta la habitación en la que dormía el propietario de la casa, primero debería pasar por encima del cadáver de Patrick.

No os riáis del pobre Robert porque se haya vuelto hipocondríaco tras haber oído la terrible historia sobre la muerte de su amigo. No hay nada tan delicado y frágil como el invisible equilibrio con el que la mente se sostiene. Hoy loco y mañana cuerdo.

¿Quién puede olvidar la imagen casi terrible del doctor Samuel Johnson^[113]? Esta noche, un imponente contertulio en la sala de reuniones, solemne, lento, severo e inmisericorde, la admiración y terror del humilde Bozzy, el exigente crítico del gentil Oliver, el amigo de Garrick y Reynolds y, antes del amanecer del día siguiente, un desdichado anciano, que los buenos del señor y la señora Thrale^[114] encontraron postrado en el suelo de su solitario aposento, sumido en un estado de confusión y miedo infantiles, y rogando a un Dios misericordioso para que le preservara la cordura. Creo que el recuerdo de tan amarga tarde y del buen cuidado que recibió a continuación deberían haber bastado para que el médico mantuviera firme su mano en Streatham cuando cogió el candelabro de su dormitorio, ya que tenía la costumbre de regar la costosa alfombra de su hermosa protectora con gotas de cera derretida. Podía también haber tenido un efecto más duradero y haberle enseñado a ser misericordioso cuando la esposa del cervecero enloqueció a su vez y se casó con esa terrible criatura, el cantante italiano. ¿Quién no ha enloquecido alguna vez, o enloquecerá, durante algún momento de soledad? ¿Quién se halla completamente a salvo del desequilibrio?

A tan tardía hora, Fleet Street estaba casi vacía y Robert Audley, al estar sumido en un estado en el que se hallaba predispuesto a ver fantasmas, apenas se hubiera asombrado si hubiera visto al grupo de amigos de Johnson dirigiéndose hacia el oeste para divertirse o al ciego de John Milton descendiendo a tientas las escaleras de la iglesia de Saint Bride.

El señor Audley paró un coche de caballos en la esquina de Farringdon Street, que le llevó rápidamente a través del mercado vacío de Smithfield y por un laberinto de calles sombrías que daban al amplio espacio de Finsbury Pavement.

«Nadie ha visto jamás a un fantasma en un coche de caballos —pensó Robert—, y ni siquiera Dumas ha hecho eso. No, pero lo podría hacer si se le ocurriese la idea.

Un revenant enfiacre^[115]. Vaya, es un título que no suena mal. La historia trataría sobre un triste caballero vestido de negro que alquila un vehículo por horas y que se muestra contumaz en lo que se refiere al precio, conduce al cochero a barrios solitarios, más allá de las murallas, y se muestra bastante desagradable.»

El coche de caballos traqueteaba por el abrupto y pedregoso camino que conducía a la estación de Shoreditch, y dejó a Robert junto a las puertas del poco admirable edificio. Apenas había personas en la estación, y Robert subía y bajaba el largo andén de madera mientras leía los enormes anuncios cuyos desolados caracteres presentaban una apariencia espectral bajo la tenue luz de la farola.

Robert se sentó en un vagón en el que no había nadie más. ¿En el que no había nadie más? ¿Acaso no se había unido a él ese compañero fantasmal que, de todas las compañías, es la más tenaz? La sombra de George Talboys le perseguía incluso en el cómodo vagón de primera clase; cuando miraba por la ventana la veía detrás de él y, sin embargo, estaba mucho más allá del tren, en el macizo de arbustos hacia el que se dirigía, junto a ese lugar oculto y sin consagrar en el que yacían los restos mortales del hombre asesinado.

«Tengo que enterrarle como se merece —pensó Robert al tiempo que un viento helado barría las planicies y le hacía espirar un aire tan frío como el que podía haber salido de los labios de un muerto—. Tengo que hacerlo o me moriré de un ataque como el que he sufrido esta noche. Tengo que hacerlo, cueste lo que cueste. Lo haré aunque el precio sea revelar la verdad y ello suponga que la demente tenga que abandonar el refugio en el que se encuentra y sentarse en el banquillo de los acusados.»

Sintió una gran alegría cuando el tren se detuvo en Brentwood poco después de las doce en punto. Sólo otra persona descendió en la pequeña estación... un fornido ganadero que había ido a algún teatro para ver una tragedia. Los campesinos siempre van a ver tragedias. ¡Nada de vodeviles endebles! ¡Nada de obras con salones hermosos, lámparas moderadoras^[116] y cristaleras, en las que aparece un marido confiado, una mujer frívola y una doncella inteligente que siempre está quitándole el polvo al mobiliario y anunciando la llegada de las visitas! No, nada de producciones tan ligeras, sino una monumental tragedia en cinco actos, en las que sus antepasados han visto a Garrick y a la señora Abington^[117] y en las cuales ellos mismos recuerdan a la O'Neil^[118], la hermosa criatura cuyos bonitos hombros y cuello se tiñeron de carmesí por la vergüenza y la indignación, mientras interpretaba el papel de la señora Beverley, y Stukeley la insultaba por su pobreza y desdicha. Creo que nuestras O'Neil modernas no sienten las injusticias de forma tan intensa, o, quizás, aquellos rubores de indignación se enfrentan infructuosamente contra el nuevo arte de madame Rachel^[119] y pasan inadvertidos para el público bajo la nivea pureza del inestimable esmalte.

Robert Audley observó a su alrededor con impotencia mientras abandonaba la agradable ciudad de Brentwood y descendía la solitaria colina en dirección al valle

situado entre la ciudad que acababa de dejar atrás y la colina en la que se alzaba la frágil y lúgubre casa, la Castle Inn, que tanto tiempo había pasado luchando contra su mayor enemigo, el viento, para finalmente sucumbir, y consumirse como una hoja marchita, por la alianza entre el antiguo adversario con un nuevo y más fiero enemigo.

—Es una larga y aburrida caminata —se quejó el señor Audley al tiempo que observaba la carretera que se extendía ante él, solitaria como un camino en el desierto—. Es una caminata larga y aburrida, y más aún si se hace entre las doce y la una de una triste noche de marzo con una luz de la luna tan débil en el cielo negro que da la sensación de que ni siquiera existe. Pero me alegro de haber venido —añadió—, si es que ese pobre hombre se está muriendo y de veras desea verme. Habría sido un desagradecido si no hubiera venido. Además, ella quiere que lo haga, ella lo quiere, y, ¿qué puedo hacer excepto obedecerla? ¡Que Dios me ayude!

Se detuvo junto a la cerca de madera que rodeaba el jardín de la rectoría de Mount Stanning y miró por entre un seto de laureles hacia las ventanas enrejadas de la sencilla habitación. No se veía luz alguna en ninguna de las ventanas y el señor Audley se hubiera marchado de buen grado tras no haber obtenido otra satisfacción que la de observar con una sensación de incomodidad la casa que había refugiado a la mujer cuyo ilimitado poder había logrado conquistar la inexpugnable fortaleza de su corazón. En el lugar en el que la Castle Inn había librado incontables batallas con los vientos celestiales sólo quedaba un montículo de ruinas ennegrecidas. La fría brisa nocturna arreciaba contra los pocos fragmentos que el incendio había dejado en pie, y los arrastraba de acá para allá a su antojo, provocando una lluvia de polvo, ceniza y pedacitos de madera carbonizada que cayó sobre Robert Audley mientras pasaba por allí.

Era la una y media cuando el viajero nocturno llegó al pueblo de Audley, y fue en ese momento cuando recordó que Clara Talboys no le había facilitado la dirección de la casa en la que podría encontrar a Luke Marks.

«Fue Dawson quien recomendó que llevasen a ese pobre hombre a la casa de su madre —pensó Robert al poco rato—, y me atrevería a decir que Dawson le ha atendido desde entonces. Sabrá decirme cómo puedo llegar hasta la casa.»

Guiado por este razonamiento, el señor Audley se detuvo ante la casa en la que Helen Talboys había vivido antes de casarse en segundas nupcias. La puerta del pequeño consultorio estaba entreabierta y había una luz encendida en el interior. Robert abrió la puerta del todo y vio al médico junto al mostrador de caoba preparando una pócima en un vaso de medición, con el sombrero al lado. Aunque fuera tan tarde, resultaba evidente que acababa de entrar. Los armoniosos ronquidos de su ayudante llegaban desde una pequeña habitación que estaba dentro del consultorio.

—Siento molestarle, señor Dawson —dijo Robert disculpándose, al tiempo que el médico levantaba la mirada y le reconocía—, pero he venido a visitar a Marks quien,

según he oído, se encuentra en un estado más bien precario, y desearía que me indicase dónde se encuentra la casa de su madre.

—Le mostraré el camino, señor Audley —replicó el médico—. Me disponía a ir allí ahora mismo.

—¿Es cierto entonces que el hombre está muy grave?

—Tan grave que ya no puede empeorar más. El único cambio que le queda por esperar es ese cambio que le llevará más allá de todo sufrimiento terrenal.

—¡Qué extraño! —exclamó Robert Audley—. No parecía haber sufrido quemaduras graves.

—Es cierto. Si las hubiera sufrido, no le hubiera recomendado que se marchara de Mount Stanning. Se trata más bien de la conmoción por la que ha pasado. Su salud se había debilitado por las continuas intoxicaciones étlicas y aquella terrible noche se hundió del todo. Durante los últimos días ha estado sumido en un estado afiebrado, pero esta noche está mucho más tranquilo, por lo que me temo que fallecerá antes de mañana por la noche.

—Me han dicho que deseaba verme —dijo el señor Audley.

—Sí —replicó el médico de manera despreocupada—. Se trata sin duda del delirio de un hombre enfermo. Usted le sacó de la casa en llamas e hizo todo lo posible por salvarle la vida. Diría que, teniendo en cuenta lo muy grosero y ordinario que es, piensa mucho en ello.

Salieron del consultorio, no sin que antes el señor Dawson se asegurara de cerrar la puerta con llave. Tal vez hubiera dinero en la caja porque resultaba evidente que el boticario del pueblo sabía que ni el más intrépido de los ladrones pondría su vida en peligro para robar píldoras azules y coloquíntida o sales y diasén^[120].

El médico iba delante por la silenciosa calle, y al poco rato giró hacia un callejón al final del que Robert Audley advirtió el débil resplandor de una luz. Una luz que indicaba que alguien cuidaba del hombre moribundo; una luz pálida y melancólica que siempre parece deprimente si se observa durante las tranquilas horas que separan la noche del amanecer. La luz provenía de la ventana de la casa en la que la esposa y la madre de Luke Marks cuidaban de él.

El señor Dawson recorrió el pasador y entró en el pequeño salón de la casa seguido de Robert Audley. Estaba vacío, aunque había una frágil vela de sebo un tanto rota y que tenía una mecha de forma irregular que chisporroteaba sobre la mesa. El hombre enfermo yacía en la habitación de arriba.

—¿Desea que le diga que ha venido usted? —preguntó el señor Dawson.

—Sí, sí, si es tan amable. Pero le ruego que lo haga con cautela si cree que mi llegada pudiera inquietarle. No tengo prisa, puedo esperar. Llámeme cuando lo considere oportuno.

El médico asintió y ascendió en silencio los estrechos escalones de madera que conducían al aposento del piso superior. El señor Dawson era un buen hombre; de hecho, el médico de la parroquia tiene que ser bueno, sensible, amable y delicado ya

que, de lo contrario, los pacientes desdichados que no disponen de un sueldo fijo o carecen de oro o plata que ofrecer podrían sufrir algún que otro nimio desaire o crueldad insignificante, lo cual no sería fácil de demostrar ante un jurado que velase por el bienestar de los más desfavorecidos, aunque no por ello dichos desaires dejen de ser menos amargos en los momentos de febril enfermedad y fastidioso dolor.

Robert Audley se sentó en un silla de estilo Windsor, junto a la fría chimenea de piedra, y observó con desconsuelo a su alrededor. Al ser pequeña, los rincones de la habitación permanecían oscuros debido a la escasa luz que desprendía la vela de mecha irregular. La gastada esfera del reloj de ocho días^[121], que estaba enfrente de Robert Audley, parecía observarle impávidamente. Los desagradables sonidos que produce un reloj de ocho días pasada la medianoche son tan conocidos que no necesitan explicación. El joven escuchó en silencio el pesado y monótono tictac, que sonaba como si el reloj hubiese contado los segundos que le quedaban de vida al moribundo y los marcase con lúgubre satisfacción. «¡Ha pasado otro minuto! ¡Otro minuto! ¡Otro minuto!», parecía decir el reloj y, en un momento dado, el señor Audley sintió la tentación de arrojarle el sombrero con la esperanza de detener tan melancólico y monótono sonido.

Sin embargo, no tuvo que hacerlo porque, finalmente, oyó la suave voz del médico, que se había asomado por la parte superior de las escaleras para decirle que Luke Marks estaba despierto y deseaba verle.

Robert se apresuró a hacerle caso. Subió las escaleras con sumo sigilo y se quitó el sombrero antes de agachar la cabeza para pasar por debajo de la baja puerta del humilde y rústico aposento. Se quitó el sombrero ante la presencia del moribundo porque sabía que había otra presencia mucho más desagradable rondando por la habitación, deseosa de que le permitiesen actuar.

Phoebe Marks estaba sentada al pie de la cama, con los ojos clavados en el rostro de su esposo. Su expresión no era cariñosa, sino más bien marcada por una intensa preocupación, dejando entrever que temía más la llegada de la muerte que la pérdida de su marido. La anciana estaba junto a la chimenea, aireando la ropa blanca y preparando un caldo que parecía poco probable que el paciente llegara a ingerir. El moribundo estaba tumbado con la cabeza recostada sobre varias almohadas, con el tosco rostro terriblemente pálido y agitaba las grandes manos con nerviosismo sobre el cobertor. Phoebe le había estado leyendo, ya que sobre la mesita de noche había un Testamento abierto entre los frascos de medicinas y las lociones. Todos los objetos de la habitación estaban ordenados con pulcritud y evidenciaban una delicada precisión, característica que siempre había distinguido a Phoebe.

La mujer se incorporó al ver a Robert cruzando el umbral de la puerta y se acercó a él.

—Permítame hablar con usted a solas, señor, antes de que lo haga con Luke —susurró—. Le ruego que antes me permita hablar con usted.

—¿Qué está diciendo la muchacha? —inquirió el enfermo con un rugido apagado

que al llegar a sus labios apenas era un susurro. Incluso en esos momentos, se mostraba salvaje. Aunque la muerte ya se anunciaba en sus ojos sin brillo, todavía miraba a Phoebe con evidente descontento—. ¿Qué está tramando? —preguntó—. No toleraré que conspiren y tramen contra mí. Quiero hablar con el señor Audley en persona y, haya hecho lo que haya hecho, asumiré la responsabilidad. Si he causado algún daño, intentaré solucionarlo. ¿Qué le está diciendo?

—No le está diciendo nada, querido —respondió la anciana al tiempo que se acercaba a la cabecera de la cama en la que se encontraba su hijo, quien, aunque estuviese enfermo, no parecía la persona más adecuada para recibir tan cariñoso apelativo—. Sólo le está diciendo lo muy malo que has sido, querido.

—Recuerde que lo que quiero contar sólo se lo quiero contar a él —gruñó el señor Marks—, y ni siquiera se lo contaría si no me hubiese salvado la vida la otra noche.

—Por supuesto que no, cariño —replicó la anciana con dulzura.

Su intelecto era más bien limitado, y en ese momento no le dio más importancia a las palabras de su hijo que la que le había dado a sus desvaríos. Aquel terrible delirio por el que Luke se había visto arrastrado sobre kilómetros de ladrillos ardientes y argamasa, arrojado a pozos, sacado de profundas fosas por la punta de los pelos, suspendido en el aire por manos gigantes que salían de las nubes para arrancarlo de la tierra sólida y lanzarlo al caos y muchas otras delirantes imágenes se habían apoderado de su desequilibrado cerebro.

Phoebe Marks había conducido al señor Audley fuera de la habitación y después al estrecho rellano que se encontraba al final de la pequeña escalera. El rellano era una diminuta plataforma en la que apenas había sitio para los dos sin que se empujaran mutuamente contra la pared blanqueada o hacia la escalera.

—Oh, señor, deseaba tanto hablar con usted —susurró Phoebe—. ¿Recuerda lo que le dije cuando le encontré sano y salvo la noche del incendio?

—Sí, sí.

—Le dije lo que sospechaba, y todavía pienso lo mismo.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero nunca le he dicho nada a nadie excepto a usted, señor, y creo que Luke ha olvidado todo lo ocurrido aquella noche, creo que ha olvidado todo lo que ocurrió antes del incendio. Ya estaba borracho cuando mi seño... cuando ella llegó a la Castle Inn, y creo que el incendio le aturdió y le asustó tanto que olvidó lo que había pasado antes. No sospecha en absoluto lo que yo sospecho, porque si no ya se lo habría contado a todos, pero le guarda un rencor sin límites a milady porque dice que si ella le hubiera ayudado a encontrar un sitio en Brentwood o en Chelmsford no le habría pasado nada. Lo único que le pido, señor, es que no diga nada al respecto delante de Luke.

—Sí, sí, entiendo, tendré cuidado.

—He oído decir que milady se ha marchado de Audley Court, ¿es eso cierto,

señor?

—Sí.

—¿Y no regresará nunca, señor?

—Nunca.

—Pero supongo que no se habrá ido a un lugar en el que la traten con crueldad.

—No, la tratarán con sumo cuidado.

—Me alegro, señor; siento molestarle con estas preguntas, señor, pero milady siempre fue muy buena conmigo.

En ese momento, oyeron la voz de Luke, ronca y débil, en el pequeño aposento, que preguntaba cuándo terminaría de «charlar esa muchacha». Phoebe se llevó un dedo a los labios y luego condujo al señor Audley de vuelta a la habitación en la que yacía el enfermo.

—No te quiero a ti —dijo el señor Marks con decisión mientras su esposa entraba de nuevo en el aposento—. No te quiero a ti, no tienes por qué oír lo que quiero decir; sólo quiero al señor Audley, y quiero hablar con él a solas, y no te quedes detrás de la puerta escuchando, ¿me has oído? Así que ya puedes bajar y quedarte allí hasta que te necesite de nuevo; puedes llevarte a mamá... no, mamá se puede quedar, la necesitaré.

La débil mano del hombre enfermo había señalado la puerta, por la cual su esposa salió de la habitación sumisamente.

—No deseo oír nada, Luke —dijo—, pero espero que no critiques a aquellos que han sido buenos contigo.

—Diré lo que quiera —replicó el señor Marks con ferocidad—, y no pienso acatar tus órdenes. Que yo sepa, no eres ni cura ni abogado.

El sufrimiento, intenso y rápido, no había propiciado cambios morales en el encargado de la Castle Inn. Tal vez el débil resplandor de una luz que había estado alejada de su vida en esos momentos intentaba abrirse paso a duras penas por entre los densos e impenetrables puntos oscuros de ignorancia que ensombrecían su alma. Tal vez una penitencia, mezcla de ira y rencor, le había obligado a realizar un esfuerzo especial para expiar una vida que había sido egoísta, alcohólica y malvada. Sea como fuere, se limpió los pálidos labios y volvió su demacrada mirada hacia Robert Audley al tiempo que le indicaba una silla que se encontraba junto a la cabecera de la cama.

—En términos generales, usted ha jugado conmigo, señor Audley —dijo de inmediato—, me ha sonsacado información y me ha zarandeado de forma muy caballerosa hasta convertirme en un títere en sus manos; y me ha analizado y diseccionado hasta que creía que sabía tanto como yo. No siento una particular inclinación a mostrarme agradecido con usted, por lo menos no hasta que la otra noche ocurriera el incendio en la Castle Inn. Pero le estoy muy agradecido por lo que hizo. En general no soy muy agradecido con la gente, tal vez porque las cosas que me han dado casi siempre eran las que yo no quería. Me han dado jabón, panfletos,

franela y carbón pero, señor, se quejaban tanto que me hubiera gustado devolverles todo lo que me habían dado. Pero cuando un caballero arriesga su vida para salvar a un borracho como yo, el borracho se siente agradecido como nunca con el caballero y desea decir antes de morir, porque ha visto en la cara del médico que no vivirá mucho más, «Gracias, señor, se lo agradezco mucho».

Luke Marks alargó la mano izquierda, la derecha se la había quemado durante el incendio y la tenía vendada, y buscó a duras penas la del señor Robert Audley.

El joven abogado cogió la enorme aunque consumida mano entre las suyas y se la apretó cordialmente.

—No debe agradecérmelo, Luke Marks —dijo—. Me alegraba poder ayudarle.

El señor Marks no replicó de inmediato. Estaba tumbado de costado y observaba pensativamente a Robert Audley.

—Usted apreciaba mucho al caballero que desapareció en Audley Court, ¿no es cierto, señor? —preguntó finalmente. Robert se estremeció al oír la mención sobre su amigo muerto—. He oído decir que usted apreciaba mucho al señor Talboys —repitió.

—Sí, sí —replicó Robert visiblemente impaciente—. Era mi mejor amigo.

—He oído a los sirvientes de Audley Court explicar cuál fue su reacción cuando no le pudo encontrar. He oído al propietario de la Sun Inn decir cuán disgustado estaba usted cuando le echó de menos por primera vez. «Si los dos caballeros hubieran sido hermanos», dijo el propietario, «nuestro caballero», refiriéndose a usted, señor, «no podía haberse disgustado más al echar en falta al otro».

—Sí, sí, lo sé, lo sé —dijo Robert—. Le ruego que no continúe hablando sobre eso, no sabe cuánto me aflige.

¿Le perseguiría para siempre el fantasma de su amigo sin enterrar? Había venido a consolar al moribundo e incluso allí le acechaba la incansable sombra, incluso allí tenía que recordar el crimen secreto que había ensombrecido su vida.

—Escúcheme, Marks —dijo con seriedad—. Créame, aprecio sus palabras de agradecimiento y me alegra sobremanera haberle podido ayudar, pero antes de que diga nada más, permítame pedirle algo. Si deseaba que viniera hasta aquí para contarme cualquier cosa que tenga que ver con el destino de mi desaparecido amigo, le ruego que no me cuente nada sobre tan terrible historia. No puede decirme nada que yo no sepa. Todo lo que usted sabe sobre la mujer que una vez estuvo bajo su poder, lo sé de sus propios labios. Le suplico que no hable más sobre ello; le repito que no podrá decirme nada que yo no sepa.

Luke Marks miró pensativamente el serio rostro del visitante y esbozó lo que parecía ser una sonrisa.

—¿No puedo decirle nada que no sepa ya? —inquirió.

—Nada.

—Entonces no vale la pena que lo intente —dijo el enfermo pensativamente—. ¿Se lo contó ella? —preguntó tras una pausa.

—Le ruego, Marks, que no siga hablando del asunto —replicó Robert con severidad—. Ya le he dicho que no deseo oír nada al respecto. Fuera lo que fuera lo que usted averiguó, ya le ha sacado partido. Fueran cuales fueran los terribles secretos que descubrió, usted prometió no desvelarlos a cambio de cuantiosas sumas. No debería desvelarlos jamás.

—¿De veras? —susurró Luke Marks—. ¿De veras debo permanecer en silencio hasta el final?

—Decididamente, creo que sí. Le pagaron para que no revelara el secreto. Lo más honesto es cumplir su palabra.

—¿De veras? —dijo el señor Marks al tiempo que esbozaba una sonrisa espectral—. Pero imagine que milady guardaba un secreto y yo otro distinto. Entonces, ¿qué?

—¿A qué se refiere?

—Suponga que hubiese revelado algo desde el primer momento. Tal vez lo hubiera hecho si me hubieran tratado un poco mejor, si lo que me tenían que dar me lo hubiesen dado con más humanidad y no me lo hubiesen lanzado como si fuera un perro y para que no mordiera. Suponga que hubiese revelado algo, y lo hubiese hecho, pero ¿para eso? Entonces, ¿qué?

Resulta del todo imposible describir cuán espectral era la sonrisa de triunfo que esbozó el enfermo de rostro ojeroso.

«Está divagando —pensó Robert—. Tengo que ser paciente con él, pobre. Sería muy descortés por mi parte si no mostrase paciencia con un moribundo.»

Luke Marks observó al señor Audley durante unos instantes con esa sonrisa triunfal. La anciana, agotada por tener que vigilar a su moribundo hijo, había comenzado a dormitar y a cabecear junto al fuego sobre el cual todavía hervía a fuego lento el caldo que nadie se tomaría.

El señor Audley se dispuso a esperar con paciencia a que el enfermo volviese a hablar. Cada sonido resultaba inconfundible a tan alta hora de la noche. Las cenizas que caían en la chimenea, el ominoso chisporroteo de los carbones ardientes, el lento y pesado tictac del reloj de la habitación de abajo, el débil gemido del viento invernal (que podría haber sido la voz de una Banshee^[122] inglesa lanzando su funesta advertencia a los que velaban por el moribundo), el ronco respirar del enfermo... Cada sonido se distinguía claramente de los otros y parecía cobrar vida por sí solo y augurar un futuro nefasto en la solemne calma que reinaba en la casa.

Robert se sentó, se cubrió el rostro con las manos y pensó qué sería de él ahora que el secreto sobre el destino de su amigo había sido revelado y la terrible historia de George Talboys y su malvada esposa había acabado en un manicomio de Bélgica. ¿Qué sería de él?

No tenía derecho alguno sobre Clara Talboys puesto que había decidido que guardaría el horrible secreto que se le había confiado. ¿Cómo iba a verla sin que ella supiera la verdad? ¿Cómo iba a mirarla a los ojos y ocultársela? Tuvo la sensación de que toda su resolución se vendría abajo en cuanto viera sus inquisitivos ojos

marrones. Si verdaderamente estaba dispuesto a no revelar el secreto, entonces no podría volver a verla. Si se lo revelase, le amargaría la vida. ¿Podría, por motivos más bien egoístas, contarle tan terrible historia? Si lo hiciese, ¿podría ella soportar el hecho de que su hermano asesinado yaciese, sin vengar y olvidado, en una tumba que no había sido consagrada?

Rodeado de dificultades que parecían completamente insalvables y sumido en una tristeza que no le era propia por culpa de la carga que había soportado durante tanto tiempo, Robert Audley reflexionaba desolado sobre el futuro que le esperaba y pensó que, tal vez, lo mejor que podía haberle pasado era haber sucumbido entre las ruinas llameantes de la Castle Inn.

«¿Quién se hubiera apenado por mí? Sólo la pobre Alicia —pensó—, y su dolor habría sido temporal. ¿Se habría apenado por mí Clara Talboys? ¡No! Sólo me habría echado de menos porque habría perdido un eslabón en el misterio sobre la muerte de su hermano. Sólo me habría...»

Capítulo VIII

La revelación del moribundo

Sabe Dios adonde podrían haber llegado las divagaciones del señor Audley si no le hubiesen asustado los repentinos movimientos del enfermo, que se había incorporado sobre la cama y había llamado a su madre.

La anciana se despertó, sobresaltada, y se volvió para mirar a su hijo.

—¿Qué ocurre, Luke, querido? —inquirió con dulzura—. Todavía no es la hora de tomarse la medicina. El señor Dawson dijo que debías tomarla dos horas después de que se hubiera marchado, y todavía no ha pasado ni una hora.

—¿Quién ha dicho que quiera la medicina? —dijo el señor Marks con impaciencia—. Quiero preguntarle algo, madre. ¿Recuerda el 7 de septiembre del año pasado?

Robert se estremeció y miró con avidez al enfermo. ¿Por qué insistía en querer hablar sobre el tema prohibido? ¿Por qué recordaba la fecha del asesinato de George? La anciana negó con la cabeza, confundida.

—Por Dios, Luke —dijo—, ¿por qué me haces preguntas de ese tipo? La memoria empezó a fallarme hace unos ocho o nueve años, y nunca se me dio muy bien recordar los días del mes ni cosas parecidas. ¿Por qué iba una pobre trabajadora a recordar ese tipo de cosas?

Luke Marks se encogió de hombros con impaciencia.

—Debería recordar lo que le he pedido, madre —dijo irritado—. ¿No le dije que no olvidase esa fecha? ¿No le dije que llegaría un día en el que la llamarían a declarar sobre la misma y tendría que jurar por la Biblia que la recordaba? ¿No le dije eso, madre?

La anciana volvió a negar con la cabeza.

—Si tú lo dices, debe ser cierto, Luke —dijo con un sonrisa conciliadora—, pero no la recuerdo, querido. Hace nueve años que me falla la memoria, señor —añadió al tiempo que se volvía hacia Robert—, y sólo soy una pobre mujer.

El señor Audley puso la mano sobre el brazo del enfermo.

—Marks —dijo—, le repito que no debe preocuparse por ese asunto. No le haré más preguntas al respecto, no deseo saber nada más.

—Pero suponga que quiero contarle algo —gritó Luke con energía febril—, suponga que no puedo morirme con un secreto dentro de mí y le he hecho venir con el firme propósito de revelárselo. Suponga eso, y estará suponiendo la verdad. Me habría dejado quemar vivo antes de revelárselo a ella —dijo con los dientes entrecerrados y el ceño fruncido—. Antes me habría dejado quemar vivo. La obligaba a que me pagara por su insolencia, la obligaba a que me pagara por los aires que se

daba, ¡jamás se lo habría revelado, jamás! La tenía bajo mi poder, por lo que guardé el secreto. Yo lo sabía y ella me pagaba para que no lo revelara, ¡y no hubo ni el más mínimo desaire que ella me causara a mí o a los míos que no le hiciera pagar con preces!

—Marks, Marks, cálmese, por Dios —instó Robert con vehemencia—, ¿de qué está hablando? ¿Qué es lo que podría haber revelado?

—Se lo diré ahora mismo —replicó Luke al tiempo que se limpiaba la boca seca—. Tráiganos algo de beber, madre.

La anciana sirvió una bebida fresca en una taza y se la llevó a su hijo.

Luke se la bebió rápidamente, como si tuviese la sensación de que tenía que vivir la poca vida que le quedaba, como si se tratase de una carrera contra ese implacable corredor, el tiempo.

—Quédese donde está —ordenó a la madre al tiempo que señalaba una silla que se encontraba al pie de la cama.

La anciana le hizo caso y se sentó frente al señor Audley. Sacó el estuche de las gafas, las limpió, se las colocó y sonrió plácidamente a su hijo, como si albergara la débil esperanza de que así podría recordar mejor.

—Le haré otra pregunta, madre —dijo Luke—, y me extrañaría mucho que no supiera responderla. ¿Recuerda cuando trabajaba en la granja de Atkinson, antes de que me casara, y vivía con usted?

—Sí, sí —respondió la señora Marks mientras asentía triunfalmente—. Lo recuerdo, querido. Fue el otoño pasado, cuando se recogían manzanas en el huerto que bordea nuestro camino y te compraste un chaleco nuevo con tachuelas. Lo recuerdo, Luke, lo recuerdo.

El señor Audley se preguntó adonde llevaría todo eso y cuánto tiempo debería estar sentado junto al enfermo escuchando una conversación que carecía de sentido.

—Si recuerda eso, tal vez recuerde otras cosas, madre —dijo Luke—. ¿Recuerda una noche en la que traje a alguien a casa, mientras los Atkinson apilaban el grano que les quedaba?

Una vez más, el señor Audley se estremeció, pero en esta ocasión observó con avidez el rostro de Luke y escuchó, con un interés anormal y que apenas comprendía, sus palabras.

—Recuerdo que trajiste a Phoebe a casa —replicó la anciana con vivacidad—. Recuerdo que trajiste a Phoebe a casa en muchas ocasiones para tomar una taza de té o un tentempié.

—Olvídese de Phoebe —gritó el señor Marks—, ¿quién está hablando de ella? ¿A quién le preocupa Phoebe? ¿Recuerda que una noche de septiembre vine con un caballero pasadas las diez de la noche; un caballero que estaba empapado y cubierto de los pies a la cabeza de barro, nieve sucia, limo verde y estiércol negro, y que tenía un brazo roto, un hombro desencajado y un aspecto tan desastroso que nadie lo hubiera reconocido? Un caballero que tenía la ropa rasgada en varios sitios, que se

sentó junto a la chimenea de la cocina y clavó la mirada en el fuego como si se hubiera vuelto loco, y que no sabía dónde estaba ni quién era; un caballero al que cuidamos como si fuera un recién nacido, al que bañamos, secamos y vestimos y al que tuvimos que meterle varias cucharas de coñac entre los dientes para que se reanimase. ¿Lo recuerda, madre?

La anciana asintió y murmuró que, ahora que Luke lo mencionaba, recordaba todo lo que había contado.

Robert Audley profirió un grito agudo y se arrodilló junto a la cama del enfermo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Le agradezco su maravillosa misericordia. ¡George Talboys está vivo!

—Espere un poco —dijo el señor Marks—, no vaya tan aprisa. Madre, tráiganos esa caja de hojalata del estante que está sobre la cómoda.

La anciana le hizo caso y, tras rebuscar entre tazas rotas y jarritas de leche, cajas de madera sin tapa y una gran variedad de restos de trapos y vajilla, extrajo una caja de rapé de hojalata con una tapa corredera, que estaba muy sucia y gastada.

Robert Audley seguía arrodillado junto a la cabecera de la cama con el rostro oculto tras las manos entrelazadas. Luke Marks abrió la caja de hojalata.

—Desgraciadamente, no hay dinero dentro —dijo—, y si hubiera habido, no habría durado mucho. Pero hay algo que tal vez aprecie tanto como el dinero, y es lo que le voy a dar para demostrar que un pobre borracho sabe sentirse agradecido con aquellos que le han ayudado.

Extrajo dos papeles doblados y se los dio a Robert Audley.

Eran dos hojas arrancadas de un bloc de notas, y estaban escritas a lápiz y con una letra que a Robert Audley le resultaba desconocida. Era una letra apretada y garabateada, como si la hubiera escrito un labrador.

—No conozco esta letra —dijo Robert al tiempo que desdoblaba ansiosamente el primero de los dos papeles—. ¿Qué tienen que ver con mi amigo? ¿Por qué me los enseña?

—Léalos primero —replicó el señor Marks—, y pregúnteme después.

El primero de los papeles que había desdoblado Robert Audley contenía lo que sigue, escrito con esa letra apretada y garabateada que le resultaba tan extraña.

Querido amigo:

Te escribo en un estado de confusión absoluta. No puedo explicarte qué me ha ocurrido, pero debo partir de Inglaterra, con el corazón roto, y buscar algún lugar recóndito en el que vivir y morir, algún lugar en el que no me conozcan. Te pido que me olvides. Si tu amistad hubiera podido servirme de ayuda, habría acudido a ti. Si tu consejo hubiera podido serme útil, habría confiado en ti. Pero ni la amistad ni los consejos pueden ayudarme; sólo me queda desearte que Dios te bendiga por el pasado y te enseñe a olvidarme en el futuro.

G.T.

El segundo papel iba dirigido a otra persona y su contenido era más breve que el del primero.

Helen... que Dios se apiade de ti y te perdone por lo que me has hecho hoy. Descansa en paz. Nunca volverás a saber nada de mí; de ahora en adelante, seré para ti y para el mundo lo que tú hoy deseabas que fuera. No debes preocuparte por mí. Me marcharé de Inglaterra y no regresaré jamás.

G.T.

Robert Audley contemplaba sentado estas palabras en un estado de desconcierto absoluto. La letra no era la de su amigo y, sin embargo, según parecía, había firmado con sus iniciales y había dictado el contenido que figuraba en los papeles.

Observó inquisitivamente el rostro de Luke Marks, pensando que tal vez le estuviese tendiendo una trampa.

—George Talboys no escribió esto —afirmó.

—Sí —replicó Luke Marks—, el señor Talboys escribió todas y cada una de las palabras; las escribió con su propia mano, pero lo hizo con la izquierda porque tenía el brazo derecho roto.

Robert Audley levantó la vista repentinamente y la sombra de la sospecha desapareció de su rostro.

—Entiendo —dijo—. Entiendo. Cuéntemelo todo, cuénteme cómo se salvó mi pobre amigo.

Le parecía imposible que fuese cierto lo que acababa de oír. Apenas podía creer que en el futuro, cuando hubiese desaparecido la oscuridad del pasado, podría estrechar la mano del amigo al que tanto había echado de menos. Estaba aturdido y desconcertado, y se sentía incapaz de comprender plenamente la nueva esperanza que se le acababa de presentar de forma tan inesperada.

—Cuéntemelo todo —repitió—. Por el amor de Dios, cuéntemelo todo, y permítame comprenderlo, si es que puedo.

—Estaba trabajando en la granja de los Atkinson en septiembre del año pasado —explicó Luke Marks—, ayudando a apilar el grano que quedaba, y como el camino más corto entre la granja y la casa de mi madre pasaba por el prado que se encuentra detrás de Audley Court, solía seguir esa ruta; y Phoebe, que sabía a qué hora volvía a casa, solía esperarme, para hablar un rato conmigo, en la puerta del muro del jardín que está más allá del paseo de los tilos. A veces no me esperaba y yo saltaba por encima del foso seco que separa el huerto del prado y entraba en la sala del servicio para beber un vaso de cerveza o tomar un tentempié.

»No sé qué estaba haciendo Phoebe la tarde del 7 de septiembre —recuerdo la fecha porque Atkinson me pagaba todo lo que me debía ese día, y tenía que firmar un recibo por el dinero que me entregaba—, no sé qué estaba haciendo Phoebe, pero no estaba en la puerta del paseo de los tilos, así que me dirigí al otro lado del jardín y salté por encima de la zanja seca porque esa noche tenía que verla para decirle que al día siguiente debía que ir a trabajar a una granja que no estaba en Chelmsford. El reloj de la iglesia de Audley marcó las nueve mientras cruzaba el prado que separa la granja de Atkinson de Audley Court, y debían de ser las nueve y cuarto cuando llegué al huerto.

»Atravesé el huerto y me dirigí a la avenida de los tilos; el camino más corto para llegar a la sala del servicio pasaba por el macizo de arbustos y el pozo seco. Era una noche oscura, pero me sabía muy bien el camino, y la luz que salía por la ventana de la sala de los sirvientes me ayudaba a orientarme. Estaba cerca de la boca del pozo seco cuando oí un sonido que me congeló la sangre. Era un gemido, el gemido de un hombre herido que estaba oculto entre los arbustos. No le tengo miedo a los fantasmas y, en general, no le tengo miedo a nada, pero aquel gemido me produjo escalofríos por todo el cuerpo y, durante unos instantes, me quedé de piedra, sin saber qué hacer. Pero volví a escuchar el gemido y entonces empecé a buscar entre los arbustos. Encontré a un hombre escondido al pie de varios laureles y pensé que sus intenciones no eran buenas, por lo que me disponía a cogerle y llevarle a la casa cuando me agarró por la muñeca sin levantarse del suelo pero volviendo el rostro hacia mí y mirándome con seriedad, y me preguntó quién era yo y cuál era mi relación con los habitantes de Audley Court.

»Su forma de hablar me hizo pensar que se trataba de un caballero, aunque no le conocía de nada y no le podía ver bien el rostro, por lo que le respondí con cortesía...

»“Quiero salir de este lugar —dijo—, sin que nadie me vea, recuérdelo. He estado aquí tumbado desde las cuatro en punto, y estoy medio muerto, pero quiero salir sin que me vean, no lo olvide.”

»Le dije que sería fácil hacerlo, pero empecé a pensar que tal vez fuera cierta la primera impresión que me había causado y que quizá sus intenciones no fueran buenas al querer escabullirse sin que nadie se diese cuenta.

»“¿Puede llevarme a algún lugar en el que pueda conseguir una muda de ropa seca y limpia —preguntó— sin que lo sepan demasiadas personas?”

»Se incorporó un poco y se sentó, y entonces vi que el brazo derecho le colgaba y que estaba herido. Le señalé el brazo y le pregunté qué le ocurría y, en voz baja, me replicó: “Está roto, muchacho, está roto, pero tampoco es tan grave”, y luego, con otro tono, como si estuviera hablando consigo más que conmigo, añadió: “Hay corazones rotos y brazos rotos que no se pueden curar con tanta facilidad”. Le dije que le podría llevar a la casa de mi madre y que allí podría secar su ropa. “¿Su madre sabría guardar un secreto?”, preguntó. “Lo podría guardar si lo recordase —le dije—, pero usted podría contarle esta noche todos los secretos habidos y por haber de los masones, los Forester, los Buffaler y los Oddfeller^[123] y mañana por la mañana ya los habría olvidado todos.”

»Mi explicación pareció satisfacerle y se incorporó apoyándose en mí ya que apenas podía utilizar las extremidades. Cuando se apoyó en mí, me di cuenta de que tenía la ropa húmeda y sucia.

»“¿No se habrá caído en el estanque de peces, señor?”, pregunté. No respondió a mi pregunta, ni siquiera parecía haberla oído. Fue entonces, al verlo en pie, cuando me percaté de que era un hombre alto, ya que me sacaba algo más de una cabeza de altura...

»“Lléveme a la casa de su madre —dijo— y, si puede, tráigame ropa seca y limpia; le pagaré generosamente por las molestias.”

»Sabía que la llave de la puerta de madera del muro del jardín solía estar puesta, por lo que le conduje hacia allí. Le costaba mucho caminar y tuvo que apoyarse en mi hombro para avanzar. Pasamos por la puerta, pero no la cerré con llave, confiando en que el ayudante del jardinero, que era quien se encargaba de la llave y era bastante descuidado, no se diese cuenta. Le conduje por el prado y le traje hasta aquí arriba evitando pasar por el pueblo. Además, en el campo no había nadie a esa hora. Le llevé a la habitación de abajo donde mi madre me estaba preparando la cena.

»Senté al desconocido en un silla junto a la chimenea y, entonces, le miré detenidamente por primera vez. Nunca antes había visto a nadie en semejante estado. Estaba lleno de limo verde y estiércol y tenía las manos arañadas y destrozadas. Parecía un niño en mis brazos, por lo que le quité la ropa como pude, y luego se quedó mirando el fuego tan indefenso como un bebé, suspirando profundamente de tanto en tanto, como si el corazón se le fuese a romper. No parecía saber dónde estaba, no parecía oírnos ni vernos; se limitaba a clavar la mirada en el fuego, con el brazo roto colgándole a un lado...

»Pensé que se encontraba verdaderamente mal y le dije a mi madre que debería ir a avisar al señor Dawson para que viniera a atenderle. Pero aunque parecía encontrarse enfermo, se apresuró a levantar la vista y dijo que no, que nadie excepto nosotros dos debía saber que él estaba allí.

»Le pregunté si quería tomar un trago de coñac y me respondió que sí, que me lo agradecería. Eran cerca de las once cuando entré en el bar y estaban dando las once mientras regresaba a casa.

»Ir a buscar el coñac había sido una buena idea, ya que él temblaba sin parar y el borde de la taza le golpeaba los dientes. Los tenía tan apretados que tuve que hacer un gran esfuerzo para que los abriera y se bebiera el coñac. Finalmente, cayó en una especie de sopor y comenzó a cabecear junto al fuego, entonces aproveché para ir a buscar una manta, le envolví con ella y le hice tumbarse sobre la cama plegable, que está en la habitación que se encuentra debajo de esta. Le dije a mi madre que se fuera a dormir y me senté junto a la chimenea, observándole y avivando el fuego durante toda la noche; cuando amaneció, se despertó sobresaltado y me dijo que tenía que marcharse sin más demora.

»Le rogué que no lo hiciera y le dije que no le convenía moverse, pero insistió en que debía marcharse, por lo que se incorporó y, aunque se tambaleaba y al principio apenas podía mantenerse en pie, no se dio por vencido y me pidió que le ayudara a ponerse las prendas que yo había limpiado y secado lo mejor posible mientras él dormía. Finalmente, logré vestirle, pero la ropa estaba completamente rasgada, y tenía un aspecto terrible, con el rostro pálido y un gran corte en la frente que yo le había lavado y vendado con un pañuelo. Sólo se podía poner el abrigo si se lo abotonaba a la altura del cuello ya que, al tener el brazo roto, le resultaba imposible

utilizar las mangas. Se mantuvo firme en su propósito, pero gemía de tanto en tanto, lo que resultaba comprensible si se tienen en cuenta los arañazos y cardenales de las manos, el corte de la frente, los labios rígidos y el brazo roto. Al amanecer, ya estaba vestido y preparado para partir.

»“¿Cuál es el próximo pueblo siguiendo la carretera de Londres?”, preguntó. Le dije que era Brentwood. “Muy bien —replicó—, si me acompaña hasta allí y me ayuda a encontrar a un médico que me cure el brazo, le daré un billete de cinco libras por todas las molestias que le he causado.”

»Le dije que estaba preparado y dispuesto a hacer lo que quisiera y le pregunté si le parecía bien que pidiera prestado un carro a algún vecino para poder llevarle, ya que teníamos que recorrer unos diez kilómetros de distancia. Negó con la cabeza. “No, no, no”, dijo. No quería que nadie supiese nada sobre él y que, por lo tanto, prefería ir a pie.

»Y eso fue lo que hizo y, aunque yo sabía que cada paso que daba le producía un enorme dolor, se mantuvo firme como ya había hecho antes. Jamás he visto a alguien mantenerse tan firme como él. De tanto en tanto, se detenía y se apoyaba en una puerta para recobrar el aliento. No se dio por vencido y, finalmente, llegamos a Brentwood. Entonces dijo: “Lléveme hasta el médico que esté más cerca”, y eso hice. Esperé un largo rato mientras le entablillaban el brazo. El médico le recomendó que se quedase en Brentwood hasta que se recuperase un poco, pero dijo que le era imposible y que debía tomar el tren para Londres sin dilación alguna. El médico, entonces, para que se sintiera lo más cómodo posible, le colocó el brazo en un cabestrillo.

Robert Audley se estremeció. De repente recordó algo relacionado con su viaje a Liverpool. Recordó al empleado que le había llamado para decirle que un pasajero había entrado en el camarote a bordo del *Victoria Regia* una hora antes de que zarpara el navío; era un hombre joven que llevaba uno de los brazos en cabestrillo y que tenía un nombre muy común que Robert había olvidado.

—Cuando el médico hubo terminado —prosiguió Luke—, George le pidió un lápiz para escribir unas líneas antes de partir. El médico sonrió y negó con la cabeza. «No podrá escribir con esa mano» —dijo al tiempo que señalaba el brazo que le había acabado de vendar. «Puede que no —replicó el joven—, pero puede hacerlo con la otra.» «¿Quiere que se lo escriba yo?» —preguntó el médico. «No, gracias —replicó el joven—, lo que deseo escribir es personal. Le estaré muy agradecido si me pudiera facilitar un par de sobres.»

»El médico los fue a buscar y el joven extrajo una libretilla del bolsillo del abrigo con la mano izquierda; la tapa estaba sucia y húmeda, pero por dentro estaba bastante limpia, por lo que arrancó un par de hojas y comenzó a escribir. Escribía muy mal y con terrible lentitud, pero logró terminar. Luego introdujo cada trozo de papel en un sobre diferente, los selló y marcó con una cruz uno de ellos y en el otro no puso nada. Después pagó al médico y éste le dijo que no podía hacer nada más por él excepto

recomendarle que se quedase en Brentwood hasta que el brazo estuviese mejor, pero el joven le replicó que no, que no era posible, y luego me dijo: “Acompáñeme hasta la estación de tren y le daré lo que le he prometido.”

»Le acompañé hasta la estación. Faltaban cinco minutos para que partiera el tren de las ocho y media. Me llevó hasta una de las esquinas del andén y me dijo: “Quiero que entregue estas cartas”, y yo le repliqué que lo haría. “Muy bien —dijo—, ¿conoce Audley Court?” “Sí —respondí—, mi prometida trabaja allí como doncella.” “¿Cómo doncella de quién?”, preguntó. “De milady, la señora que trabajaba como institutriz en casa del señor Dawson”, expliqué. “Muy bien —dijo—, la carta que está marcada con la cruz es para lady Audley, pero debe entregársela personalmente y asegúrese de que nadie le vea.” Le prometí que lo haría y entonces me entregó la carta. “¿Conoce al señor Audley, el sobrino de sir Michael?”, preguntó. “Sí, he oído hablar de él, y he oído decir que es un auténtico *dandy*, aunque afable y liberal a la hora de hablar” (porque lo cierto es que oído hablar de usted) —aclaró Luke. “Escúcheme bien —dijo el joven—, entregue la otra carta al señor Robert Audley; está en la Sun Inn, en el pueblo”, y yo le expliqué que conocía la Sun Inn desde que era niño. Entonces me entregó la segunda carta, en cuyo sobre no había nada escrito, y luego me dio, tal y como me había prometido, el billete de cinco libras. Después me dijo: “Que tenga un buen día y perdón por las molestias”; luego entró en un vagón de segunda clase y lo último que vi fue su pálido rostro y un gran trozo de esparadrapo entrecruzado sobre su frente.

—¡Pobre George! ¡Pobre George!

—Regresé a Audley y me dirigí sin demora a la Sun Inn, allí pregunté por usted porque, que Dios me ayude, por aquel entonces tenía la intención de entregar ambas cartas; pero el propietario del lugar me dijo que esa misma mañana usted había partido a Londres y que no sabía cuándo volvería y que tampoco sabía el nombre del lugar en el que usted residía en Londres, aunque dijo que creía que era en una de las zonas de juzgados, algún sitio como Westminster Hall o Doctor’s Commons. ¿Qué podía hacer? No podía enviar la carta por correo porque desconocía la dirección del destinatario, ni tampoco podía entregársela a usted en persona, y se me había pedido que nadie más supiera nada al respecto, así que decidí que esperaría a que usted regresara para entregarle la carta en el momento oportuno.

»Pensé que debía ir a Audley Court por la tarde para ver a Phoebe y averiguar si existía alguna posibilidad de que yo viera a milady, porque sabía que si ella quería, podría brindarme la oportunidad. Por lo tanto, ese día no fui a trabajar, aunque sabía que tenía que haber ido, y me pasé el día sin hacer nada hasta el anochecer, entonces fui hasta el prado que está detrás de Audley Court y encontré a Phoebe, apoyada en la puerta de madera del muro, esperándome.

»Nos dirigimos al macizo de arbustos y me disponía a ir hacia el viejo pozo, ya que solíamos sentarnos sobre los ladrillos durante las tardes de verano, pero Phoebe empalideció de repente y me dijo: “¡No, ahí no, ahí no!”, y yo le pregunté: “¿Por qué

no?”, y me respondió que no sabía por qué, pero que había oído decir que el pozo estaba embrujado. Yo le dije que eso no eran más que tonterías y me replicó que tanto si lo eran como si no, no quería acercarse al pozo. Así que regresamos a la puerta y ella se apoyó en la misma.

»Me bastaron unos minutos para darme cuenta de que le pasaba algo raro, y se lo dije. “Hoy no me encuentro muy bien —replicó—, ayer pasé un mal día y todavía no me he recuperado del todo.” “¿Un mal día? —pregunté—. ¿Discutiste con la señora?” No me respondió directamente, pero esbozó la sonrisa más extraña que jamás he visto, y acto seguido añadió: “No, Luke, no se trata de eso; es más, la señora se mostró más que amable conmigo; creo que haría casi cualquier cosa por mí, si le pidiera algunos productos de la granja, del mobiliario o incluso que nos ayudara a comprar una taberna, creo que me lo daría.”

»Yo no entendía nada porque apenas unos días antes me había dicho que la señora era egoísta y extravagante y que tendríamos que esperar bastante antes de que nos diese lo que queríamos.

»Entonces le dije: “Vaya, parece un cambio un poco brusco, Phoebe”, y ella me dijo: “Sí, es un poco brusco”, y volvió a sonreír de la misma manera que antes. En ese momento adopté un tono más severo y le dije: “Voy a hablar claro, muchacha, me estás ocultando algo, algo que te han dicho o has averiguado, y si crees que podrás jugar conmigo, te advierto que estás muy equivocada.” Pero se lo tomó a broma y dijo: “Luke, ¿qué es lo que te hace pensar así?” “Si pienso así es por tu culpa —dije—, y te repito que no estoy dispuesto a aguantar tonterías, y si quieres ocultarle secretos al hombre con el que estás a punto de casarte, lo mejor será que te busques a otro y le ocultes los secretos a él, porque no te permitiré que lo hagas conmigo.”

»Entonces empezó a gimotear un poco, pero yo no le hice caso y comencé a hacerle preguntas sobre la señora. Tenía la carta marcada con la cruz en el bolsillo y quería saber cómo podría entregársela.

»“Tal vez otras personas sepan guardar secretos tan bien como tú —dije—, y también sepan hacer amistades tan bien como tú. Ayer un caballero visitó a la señora, un caballero alto y joven con barba marrón, ¿no es cierto?” En lugar de responderme de forma normal, Phoebe rompió a llorar, y se retorció las manos durante un rato, ¡que me aspen si sabía lo que le ocurría!...

»Pero, poco a poco, le sonsaqué la verdad porque no estaba dispuesto a aguantar tonterías. Me explicó que estaba sentada trabajando junto a la ventana de su pequeña habitación, que está en la parte más alta de la casa, en el hastial, desde donde se ve el paseo de los tilos, el macizo de arbustos y el pozo, que estaba allí cuando vio a milady caminando junto a un caballero al que no conocía, caminaron juntos durante largo rato hasta que, poco a poco...

—¡Basta! —exclamó Robert Audley—. Conozco el resto de la historia.

—Phoebe me contó todo lo que vio y me dijo que luego había visto a la señora y que habían hablado, no mucho, pero lo suficiente para que la señora supiera que lo

que había visto la sirvienta podría convertirla a ella en sirvienta durante el resto de sus días.

»“Está bajo mi poder, Luke —dijo Phoebe—, y hará lo que sea con tal de que no desvelemos el secreto.”

»Tanto lady Audley como la doncella creían que el caballero al que yo había visto tomar el tren para Londres yacía muerto en el fondo del pozo. Si entregaba la carta, descubrirían la verdad, y Phoebe y yo perderíamos la oportunidad de que la señora satisficiera nuestros deseos.

»Así que guardé la carta y el secreto; y milady no corrió peligro alguno. Pero pensé que si era generosa y me daba todo el dinero que yo quisiese, le contaría la verdad para que se sintiese mejor.

»Pero no lo hizo. Me daba las cosas como si se las estuviera tirando a un perro. Cuando me hablaba, lo hacía como si fuera un perro, un perro cuya presencia no soportaba. Hacía todo lo posible para hacerme daño, y sus movimientos de cabeza eran orgullosos y desdeñosos en extremo; cada vez que la veía montaba en cólera, pero guardé el secreto y se mantuvo a salvo. Abrí las dos cartas y las leí, pero no las entendí del todo; las escondí y nadie más las ha visto hasta esta noche.

Luke Marks había terminado su relato y estaba tumbado, agotado por el esfuerzo que le había supuesto hablar tanto. Observó el rostro de Robert Audley, esperando que le reprobara su conducta o le sermoneara, ya que tenía la vaga sensación de que había cometido una injusticia.

Sin embargo, Robert no le sermoneó; no pensaba que estuviese capacitado para desempeñar semejante tarea.

«El capellán hablará con él mañana por la mañana y le consolará —pensó el señor Audley—, y si el pobre hombre necesita un sermón, será mejor que lo reciba de los labios de un clérigo que de los míos. ¿Qué voy a decirle? Su pecado le remuerde la conciencia, porque si milady se hubiese sentido a salvo no habría incendiado la Castle Inn. ¿Quién tendrá el valor de reprocharle algo a este hombre después de lo ocurrido? ¿No resulta evidente que la mano de Dios ha tenido que ver en esta extraña historia?»

Pensó humildemente en las deducciones que había realizado y a partir de las cuales había actuado. Recordó cuánto había confiado en su penosa capacidad de razonamiento, pero se consoló al recordar que también había intentado cumplir con su cometido de la manera más honrada y sencilla posible; le había sido fiel tanto a los vivos como a los muertos.

Robert Audley se quedó sentado hasta bastante después del alba junto al enfermo, quien, una vez hubo finalizado el relato, se sumió en un profundo sueño. La anciana no había dejado de cabecear mientras su hijo narraba la historia. Phoebe estaba dormida sobre la cama plegable en la habitación de abajo, por lo que el joven abogado era el único que velaba por el enfermo.

No podía dormir ya que no podía dejar de pensar en el relato que acababa de

escuchar. Daba las gracias a Dios por haber mantenido con vida a su amigo y rezaba para sentirse capaz de visitar a Clara Talboys y decirle: «Su hermano aún vive y se conoce su paradero».

Phoebe subió al piso de arriba a las ocho en punto para velar por el enfermo, y Robert Audley dirigió sus pasos hacia la Sun Inn con la intención de dormir. Durante las últimas tres noches apenas había dormido en los vagones de los trenes o a bordo de los barcos, y se sentía exhausto. Poco antes de que anoheciera se despertó de un largo y tranquilo sueño y se vistió antes de cenar en la pequeña sala en la que George y él habían estado sentados unos meses antes.

El propietario le esperaba para cenar y le anunció que Luke Marks había fallecido a las cinco en punto de la tarde.

—Murió de manera repentina —dijo—, pero muy tranquila.

Robert Audley escribió esa noche una larga carta dirigida a madame Taylor, al cuidado de monsieur Val, en Villebrumeuse; era una extensa carta en la que explicaba a la malvada mujer, que tantos nombres había tenido y que habría de vivir bajo uno falso durante el resto de sus días, la historia que le había relatado el moribundo.

«Tal vez le consuele saber que su marido no murió en la flor de la vida por su culpa —pensó—, si es que su egoísta alma es capaz de sentir pena o dolor por los demás.»

Capítulo IX

Entre los vivos

Clara Talboys regresó a Dorsetshire para decirle a su padre que su único hijo había zarpado para Australia el 9 de septiembre y que era muy probable que todavía viviese y que regresase para solicitar el perdón del padre al que nunca había herido conscientemente, excepto al haber cometido el terrible error de casarse y marcar para siempre de forma nefasta su juventud.

El señor Harcourt Talboys estaba bastante desconcertado. Junio Bruto nunca se había encontrado en semejante situación, y, al darse cuenta de que no podía resolver el dilema siguiendo su modelo preferido, el señor Talboys estaba dispuesto a ser él mismo por una vez en la vida y a confesar que, desde que hablara con Robert Audley, había sufrido lo indecible por su hijo, y que estaría encantado de recibir a su pobre hijo en sus brazos cuando regresase a Inglaterra. Pero ¿era cierto que volvería? Y, ¿cómo se podía contactar con él? Ese era el problema. Robert Audley recordaba el anuncio que había hecho llegar a los periódicos de Melbourne y Sydney. Si George había llegado con vida a alguna de esas ciudades, ¿cómo era posible que no hubiera respondido al anuncio? Pero, claro, también era posible que George Talboys no lo hubiera leído y, puesto que había viajado con un nombre falso, ni el resto de los pasajeros ni el capitán del barco podrían haberle identificado como la persona del anuncio. ¿Qué debían hacer? ¿Debían esperar pacientemente a que George se cansara del exilio y regresara con los amigos que le amaban, o existían medios para que volviese antes? ¡Robert Audley no sabía qué hacer! Tal vez el indescriptible alivio que había sentido al averiguar que su amigo vivía no le permitiera pensar con lucidez en cualquier otro asunto.

Sumido en tal confusión, se dirigió a Dorsetshire con la intención de visitar al señor Talboys, quien se había dejado llevar por un gran caudal de impulsos generosos e incluso había invitado al amigo de su hijo a disfrutar de la hospitalidad de su mansión de ladrillo rojo.

El señor Talboys sentía dos cosas muy diferentes sobre lo que le había ocurrido a George; por un lado, alivio y felicidad al saber que su hijo se había salvado y, por el otro, el deseo de que milady hubiera sido su propia esposa y haber tenido, por lo tanto, el placer de haberle dado una buena lección.

—No soy yo el que debe culparle, señor Audley —dijo—, de haber puesto a esa malvada mujer fuera del alcance de la justicia y, por lo tanto, de haber evadido las leyes de su país. Me limitaré a decirle que si esa señora hubiese estado bajo mi poder, habría recibido un trato muy diferente.

A mediados de abril Robert Audley se encontró de nuevo paseando bajo los

oscuros abetos que tantas veces habían sido testigos de sus divagaciones tras su primer encuentro con Clara Talboys. Había primulas y las primeras violetas comenzaban a surgir en los setos, y los arroyos que, durante su primera visita, habían estado helados y duros como el corazón de Harcourt Talboys, se habían deshelado, al igual que el caballero, y discurrían tranquilamente bajo los arbustos de espinos negros y el inestable sol primaveral.

Robert disponía de un dormitorio bien arreglado y de un vestidor, y cada mañana se despertaba sobre un colchón de muelles, lo que hacía que tuviese la sensación de estar durmiendo sobre un instrumento musical; desde ahí, veía los rayos de sol que se colaban por entre las persianas blancas y cuadradas y que iluminaban las dos urnas lacadas que adornaban el pie de la metálica cama, hasta que resplandecían como dos minúsculas lámparas de latón de la época romana.

Una visita al señor Harcourt Talboys se parecía más a una vuelta a la niñez y al internado, que a una concepción sibarita del placer humano. Las ventanas seguían sin tener cortinas y seguía habiendo alfombras estrechas junto a la cama; a primera hora de la mañana sonaba el mismo repique de campanas, los mismos inflexibles sirvientes entraban en un comedor para asistir, quizás, a los mismos oficios, y, en general, en la casa de los Talboys se respiraba un aire demasiado cargado de «academia privada para los hijos de los caballeros que deseen prepararse para la Iglesia y el Ejército».

Pero aunque la mansión de ladrillo rojo y cuadrada había sido el palacio de Armida^[124], y el remilgado hombre con la americana de lino había sido representado por una legión de hurís, parecía imposible que Robert Audley pudiese haber disfrutado más.

Se despertó con el repique de la campana y se acicaló bajo el crudo sol matinal que, sin ser alegre, brilla y hace que se parpadee aunque no llega a calentar. Emuló al señor Harcourt Talboys en lo que se refiere a la ducha y al agua fría, y emergió, remilgado y azul como dicho caballero, a las siete en punto para unirse al señor de la casa en su paseo previo al desayuno bajo los abetos.

Sin embargo, a estos paseos solía asistir una tercera persona, que no era otra que Clara Talboys, que tenía la costumbre de pasear junto a su padre, más hermosa que la mañana, porque las mañanas siempre estaban nubladas y grises y Clara siempre parecía resplandecer, con su sombrero de paja de ala ancha y las ondeantes cintas azules, y el señor Audley habría considerado que incluso medio centímetro de las mismas constituirían un adorno más soberbio que cualquier otro que jamás haya decorado el ojal de una criatura favorecida.

Durante estos paseos matinales solían hablar de George, y Robert Audley casi siempre recordaba, cuando ocupaba su sitio en la gran mesa para el desayuno, la mañana en la que se había sentado por primera vez en aquella habitación y había contado la historia de su amigo, llegando a odiar a Clara Talboys por su fría serenidad. Ya la conocía mejor y sabía que era una de las mujeres más hermosas y

nobles. Pero ¿se había percatado del gran afecto que sentía por ella? Robert solía preguntarse cómo era posible que aún no se hubiese traicionado, cómo era posible que el amor que convertía su presencia en una mágica influencia no se hubiese revelado aún en alguna mirada involuntaria, en el temblor inconsciente de la voz, que parecía adquirir un tono diferente cuando hablaba con ella.

La monótona vida que tenía lugar en la mansión cuadrada sólo se rompía de tanto en tanto, cuando se celebraba alguna cena remilgada, en la cual los asistentes se reunían para aburrirse de común acuerdo, o cuando algún visitante matutino causaba cierto revuelo al entrar de improviso al salón, lo que turbaba en gran medida al señor Audley. El caballero albergaba sentimientos de peculiar malevolencia en lo que se refería a los jóvenes aristócratas rurales, quienes solían acudir a la casa con sus respectivas madres y hermanas.

Resultaba imposible, naturalmente, que esos jóvenes se aproximaran al ángulo de visión de los ojos pardos de Clara Talboys sin enamorarse locamente de ella y, por lo tanto, resultaba imposible que Robert Audley no los odiase con toda su furia y no los considerase unos intrusos impertinentes. Sentía celos de todos aquellos que se adentraran en la región habitada por esos tranquilos ojos pardos; sentía celos de un gordo viudo de cuarenta y ocho años, de un anciano baronet con patillas de color púrpura, de las ancianas de la vecindad a quienes Clara visitaba y atendía, de las flores del invernadero, a las que tanto tiempo dedicaba y le alejaban de él.

Al principio, se mostraron muy ceremoniosos el uno con el otro y sólo afloraba cierta cordialidad cuando hablaban sobre George, pero, poco a poco, surgió una agradable intimidad entre ellos y antes de que hubieran transcurrido tres semanas desde la llegada de Robert, la señorita Talboys le hizo feliz al cogerle de la mano con semblante serio y sermonearle sobre la existencia sin sentido que tanto tiempo había llevado, y lo poco que había aprovechado el talento y las oportunidades que la vida le había brindado.

¡Cuán agradable resultaba que le sermonease la mujer que amaba! ¡Cuán agradable resultaba humillarse y menospreciarse ante ella! ¡Cuán agradable resultaba tener tan magníficas oportunidades para insinuar que, si su vida había sido consagrada a un objetivo, no cabía duda de que habría intentado llegar a ser algo mejor que un paseante holgazán que recorre senderos que carecen de meta alguna^[125]; que, bendecido por los vínculos que habrían otorgado un propósito solemne a su existencia, podría haber luchado de todo corazón y estoicamente! Solía concluir con una sombría insinuación sobre la remota posibilidad de que alguna tarde moriría apaciblemente junto a Temple Gardens, cuando el río resplandeciese bajo el sol y los niños hubiesen regresado a casa para tomar el té.

—¿Cree que leeré novelas francesas y fumaré tabaco turco suave hasta que tenga setenta años, señorita Talboys? —preguntó—. ¿No cree que llegará el día en el que el olor de mis pipas de espuma de mar me resulte nauseabundo y las novelas francesas me parezcan más estúpidas de lo normal, y la vida sea tan monótona y aburrida que

quiera deshacerme de ella de un modo u otro?

Siento decir que mientras el joven e hipócrita abogado platicaba de forma tan descorazonada, había vendido mentalmente todas sus posesiones de soltero, incluyendo las publicaciones de Michael Lévy^[126] y media docena de pipas de espuma de mar montadas en plata, había jubilado a la señorita Maloney y había desembolsado dos o tres mil libras en la compra de unos pocos acres de arbustos verdes y pequeñas colinas ajardinadas que rodearían y protegerían una casa rural, cuyas ventanas rústicas resplandecerían por las enramadas de mirto y clemátide que se reflejarían en el seno púrpura de un lago.

Naturalmente, Clara Talboys ignoraba el verdadero significado de tan melancólicos lamentos. Recomendó al señor Audley que leyera y reflexionara sobre su profesión y que comenzara a vivir en serio. Tal vez la vida que le sugería estuviese marcada por el aburrimiento y la constancia; sería una vida de trabajo y devoción, en la que debería resultar útil a sus congéneres y ganarse una buena reputación. El señor Audley estuvo a punto de torcer el gesto al pensar en tan insulsa perspectiva.

«Haría todo eso —pensó—, y lo haría de corazón si estuviese seguro de que mis esfuerzos se vieran recompensados y si ella aceptase la reputación que yo ganara y me ayudara a librar la batalla de la vida con su amada compañía. Pero ¿y si me envía lejos para que libere la batalla y se casa con algún corpulento aristócrata rural durante mi ausencia?»

Dado su temperamento indeciso y dilatorio, habría resultado difícil imaginar cuánto habría tardado el señor Audley en revelar su secreto, temeroso de hablar y romper el hechizo de esa incertidumbre que, aunque no siempre era esperanzadora, casi nunca le sumía en la desesperación, si, en un momento de descuido, no se hubiese apresurado a confesar toda la verdad guiado por sus impulsos.

Se había quedado cinco semanas en Grange Heath y su sentido común le decía que no era correcto que permaneciera allí más tiempo, por lo que una agradable mañana de mayo preparó su baúl de viaje y anunció su inminente marcha.

El señor Talboys no era la clase de hombre que suele emitir apasionados lamentos ante la perspectiva de perder a un huésped, aunque se expresó con una fría cordialidad que le sirvió para transmitir la mayor muestra de afecto de que era capaz.

—Hemos congeniado bastante bien, señor Audley —dijo—, y usted se ha mostrado feliz con la tranquila rutina de nuestra ordenada casa; mejor dicho, se ha ajustado a nuestras pequeñas normas domésticas de un modo que no puedo evitar tomarme como un cumplido especial.

Robert hizo una reverencia. ¡Cuán agradecido se sentía de que la suerte no le hubiese jugado la mala pasada de quedarse dormido después del repicar de las campanas ni le hubiese hecho llegar tarde a la hora del almuerzo!

—Puesto que hemos congeniado tan bien —prosiguió el señor Talboys—, confío en que volverá a honrarme con su presencia en Dorsetshire cuando así lo desee. Si quiere traer su arma consigo, encontrará entretenimiento de sobra en mis fincas y los

arrendatarios le dispensarán todo tipo de atenciones.

Robert replicó de corazón a estas amistosas sugerencias. Explicó que la ocupación que consideraba más agradable era cazar perdices, y aprovechó para expresar su más profundo agradecimiento por los honores que tan amablemente le brindaba el señor Talboys. No pudo evitar mirar a Clara mientras pronunciaba estas palabras. Sus hermosos párpados descendieron un poco sobre sus ojos pardos y un rubor apenas perceptible iluminó su rostro.

Sin embargo, era el último día que el joven abogado pasaría en Elysium, y tendría que transcurrir un monótono intervalo de días y noches y semanas y meses antes de que llegara el primer día de septiembre, que le ofrecería una excusa perfecta para regresar a Dorsetshire. Un monótono intervalo que los jóvenes aristócratas rurales y los viudos gordos de cuarenta y ocho años podrían aprovechar. Por lo tanto, no era de extrañar que Robert contemplara tan deprimente perspectiva con desesperación y malhumor, y se sintiera mal aquella mañana en compañía de la señorita Talboys.

Pero después de la cena, poco antes del anochecer, el señor Audley se sintió un poco mejor ya que Harcourt Talboys estaba encerrado en la biblioteca, tratando algún asunto judicial con su abogado y un arrendatario. Robert se encontraba junto a Clara cerca de una de las grandes ventanas del salón, observando las sombras que oscurecían el cielo y, a medida que el día se desvanecía, se sentía más y más optimista. No podía evitar disfrutar del tranquilo *tête-à-tête*, aunque la sombra del expreso que habría de tomar a la mañana siguiente con destino a Londres se cerniese sobre el camino de su alegría. No podía evitar ser feliz en su presencia; en esos momentos, olvidaba el pasado y no se preocupaba por el futuro.

Hablaban del tema que tanto les había unido, su hermano George. Aquella noche, las palabras de Clara destilaban un tono muy melancólico. ¿Era posible que sintiera otra cosa que no fuera tristeza al recordar que si George estaba vivo, y ni siquiera estaba segura de que eso fuera cierto, sería un solitario viajero, alejado de todos aquellos que le amaban, que cargaría para siempre con el recuerdo de una vida arruinada? Así habló Clara de George bajo la tenue luz del atardecer, con las manos entrelazadas con fuerza y a punto de romper a llorar.

—No entiendo cómo papá puede resignarse a la ausencia de mi pobre hermano —dijo—, porque ha de saber, señor Audley, que le quiere mucho; incluso usted debe de haberse dado cuenta de que le quiere. Pero no entiendo cómo puede soportar su ausencia con tanta calma. Si yo fuera un hombre, iría a Australia, le encontraría y le traería de vuelta si todavía estuviera vivo —añadió en voz más baja.

Apartó la mirada de Robert y observó el cielo cada vez más oscuro. Robert le puso la mano sobre el brazo. A pesar de que intentaba evitarlo, le temblaba la mano y, al hablarle, también le temblaba la voz.

—¿Quiere que vaya a buscar a su hermano? —preguntó.

—¡Usted! —Volvió la cabeza y miró a Robert con el rostro bañado en lágrimas—. ¡Usted, señor Audley! ¿Cree que le puedo pedir que haga semejante sacrificio por

mí o por aquellos a quien amo?

—¿Y cree usted, Clara, que existe sacrificio alguno que yo considere demasiado difícil si se trata de usted? ¿Cree que existe algún viaje que no sea capaz de emprender si supiera que usted me recibiría cuando regresase y me agradeciera el haberla ayudado? Recorreré Australia de punta a punta buscando a su hermano, si así lo desea, Clara, y no regresaré con vida sin traerle conmigo, y correré el riesgo sólo para recibir la recompensa que usted me dará.

Clara tenía la cabeza gacha y pasaron unos instantes antes de que replicara.

—Es usted muy bueno y generoso, señor Audley —dijo finalmente—, y creo que nunca podré agradecerle del todo lo que me está ofreciendo. Pero... lo que usted dice es imposible. ¿Con qué derecho puedo aceptar semejante sacrificio?

—Con el derecho que me convierte en su esclavo para siempre, tanto si lo quiere como si no; con el derecho del amor que siento por usted, Clara —declaró el señor Audley al tiempo que se arrodillaba, con bastante torpeza, por cierto, y cubría con apasionados besos la pequeña y suave mano que había encontrado entre los pliegues del traje de seda—. La amo, Clara —dijo—, la amo. Puede llamar a su padre y hacer que me echen de la casa en este momento, si así lo desea, pero la amaré de todas maneras, y la amaré para siempre, le guste o no.

Clara apartó su pequeña mano de la de Robert, pero no lo hizo con brusquedad o enojo, y la apoyó, ligera y temblorosamente, durante unos instantes sobre sus cabellos negros.

—¡Clara, Clara! —murmuró en tono de súplica—, ¿quiere que vaya a Australia a buscar a su hermano?

No hubo respuesta. No sé por qué, pero en momentos así no existe nada mejor que el silencio. Cada instante de duda es un reconocimiento tácito, cada pausa es una tierna confesión.

—¿Quiere que vayamos los dos, querida? ¿Quiere que vayamos como marido y mujer? ¿Quiere que vayamos juntos, amor mío, para traer de vuelta a nuestro hermano?

* * *

El señor Harcourt Talboys, que entró en la habitación iluminada un cuarto de hora después, encontró a Robert Audley solo y tuvo que escuchar una revelación que le sorprendió sobremanera. Como todas las personas autosuficientes, era lo bastante ciego como para no darse cuenta de muchas cosas que resultaban obvias, y estaba convencido de que su compañía y la espartana regularidad de la casa habían sido los principales atractivos que habían hecho que su huésped considerase deliciosa su estancia en Dorsetshire.

Por lo tanto, se sentía bastante decepcionado, pero supo disimular la decepción muy bien y expresó una plácida y más bien estoica satisfacción ante el giro que

habían tomado los acontecimientos.

—Sólo deseo obtener su consentimiento en otra cosa, mi querido señor —dijo Robert una vez se hubo fijado casi todo—. Con su permiso, haremos el viaje de luna de miel a Australia.

El señor Talboys se sorprendió al escuchar la última petición de Robert. Se secó lo que parecía una lágrima al tiempo que le ofrecía la mano a Robert.

—Vaya a buscar a mi hijo —dijo—. Tráigamelo de vuelta y le perdonaré de buen grado que me haya robado a mi hija.

* * *

Robert Audley regresó a Londres para desocupar sus aposentos en Fig-tree Court y para informarse de los barcos que partían de Liverpool con destino a Sydney en el mes de junio.

Se sentía como un hombre nuevo, con nuevas esperanzas, nuevas preocupaciones, nuevas perspectivas, nuevas metas; su vida había cambiado tanto que le parecía que todo irradiaba alegría, y se preguntaba cómo era posible que antes le hubiera parecido deprimente y carente de interés.

Se había quedado en Grange Heath hasta después del almuerzo, y se dirigió hacia sus aposentos de Temple bajo la luz del atardecer. Encontró a la señora. Maloney fregando las escaleras, como solía hacer los sábados por la tarde, y tuvo que subir los escalones envuelto en una neblina jabonosa que hacía que el pasamanos resultara grasiento al contacto.

—Ha recibido muchas cartas, señor —dijo la lavandera al tiempo que se incorporaba y se hacía a un lado dejar paso a Robert—, también ha recibido paquetes y un caballero que ha venido a visitarle en varias ocasiones está esperándole porque le dije que usted me había escrito explicándome que vendría a airear sus habitaciones.

—Muy bien, señora M., puede cenar y tomarse un vaso de jerez cuando quiera, y compruebe que mi equipaje esté preparado, por favor.

Subió tranquilamente a su habitación para ver quién le esperaba. Dudaba que fuera alguien importante. Tal vez fuera un acreedor ya que, al aceptar la invitación del señor Talboys, se había marchado dejando todos sus asuntos sin arreglar, y había estado tan inmerso en el paraíso del amor que había olvidado cuestiones tan mundanas como las cuentas pendientes del sastre.

Abrió la puerta de la sala y entró. Los canarios estaban cantando su adiós al sol poniente y la débil luz amarilla titilaba sobre las hojas de los geranios. El visitante, fuera quien fuera, estaba sentado de espaldas a la ventana, con la cabeza gacha, pero la levantó cuando Robert entró en la habitación. El joven abogado emitió un grito de sorpresa y alegría y abrazó a su desaparecido amigo, George Talboys.

La señora Maloney tuvo que ir a buscar más vino y comida a la taberna a la que honraba con sus frecuentes visitas, y los dos jóvenes pasaron la noche junto a la

chimenea que tanto tiempo había estado sola.

Sabemos lo mucho que Robert tenía que contarle a George. Habló poco y con delicadeza del tema que a su amigo le resultaba sumamente doloroso, y apenas dijo nada sobre la desdichada mujer que pasaría el resto de su vida en el tranquilo barrio de una remota ciudad belga.

George Talboys habló muy poco de aquel soleado 7 de septiembre en el que había dejado durmiendo a su amigo junto al arroyo de truchas y se había dirigido a acusar a su infiel esposa de la conspiración que le había roto el corazón.

—Sabe Dios que desde el momento en el que caí en el pozo negro, sabiendo cuál había sido la mano que me había enviado a lo que podía haber sido mi muerte, mi principal preocupación fue la seguridad de la mujer que me había traicionado. Caí de pie sobre una masa de nieve derretida y lodo, pero me hice una contusión en el hombro y me rompí el brazo al golpeármelo contra la pared del pozo. Durante unos minutos me sentí confuso y aturdido, mas hice un gran esfuerzo por recuperarme porque tenía la sensación de que el aire que estaba respirando era mortal. Gracias a las múltiples experiencias por las que pasé en Australia, sabía trepar como un gato. Las piedras de la pared del pozo eran duras e irregulares y para subir tuve que colocar los pies en los intersticios de las piedras, al tiempo que apoyaba la espalda en el otro lado del pozo y me ayudaba de las manos a duras penas porque tenía un brazo inutilizado. Me costó mucho, Bob, y parece extraño que un hombre que había manifestado desde hacía tiempo su cansancio hacia la vida se esforzara tanto en no perderla. Creo que tardé una media hora en llegar hasta la boca del pozo, y esa media hora me pareció una eternidad de dolor y peligro. Era imposible que saliese de Audley Court antes de que anocheciera sin que alguien me viese, por lo que me oculté tras un macizo de arbustos de laurel y me tumbé sobre la hierba, agotado y desfallecido, a esperar a que anocheciese. El hombre que me encontró allí ya te ha contado el resto, Robert.

—Sí, pobre amigo mío... sí, me lo ha contado todo.

George nunca había llegado a regresar a Australia. Se había embarcado en el *Victoria Regia*, pero luego había cambiado su camarote por otro en un barco que pertenecía a la misma compañía y se había ido a Nueva York, donde había permanecido hasta que no pudo soportar más el hastío de su exilio, ni la soledad de una existencia que le separaba de todos sus amigos.

—América me trató muy bien, Bob —explicó—. Tenía bastante dinero como para llevar una vida tranquila y había pensado que cuando se me acabara iría a trabajar a los yacimientos de oro de California. Si hubiera querido, podría haber entablado varias amistades, pero llevaba la espina clavada en el corazón; ¿qué afinidad podía tener con hombres que nada sabían de mi dolor? Anhelaba el firme apretón de tus manos, Bob, el agradable tacto de la mano que me había guiado durante la peor época de mi vida.

Capítulo X

En paz

Han pasado dos años desde la tarde de mayo en la que Robert encontró a su amigo, y el sueño del señor Audley de tener una casita rural se ha cumplido entre Teddington Lock y Hampton Bridge donde, entre un bosquecillo de follaje, hay una fantástica vivienda de carpintería rústica, cuyas celosías dan al río. Entre los lirios y los juncos de la orilla en pendiente, un atrevido niño de ocho años juega con un bebé que está aprendiendo a caminar, y que contempla asombrado desde los brazos de la niñera a ese otro bebé que está reflejado en las profundidades purpúreas de las tranquilas aguas.

El señor Audley ya se ha convertido en una importante figura entre los del lugar y ha demostrado su indudable talento en el gran caso de incumplimiento de promesa de Hobbs contra Nobbs, y ha logrado que el tribunal se desternillase de risa con su cómica interpretación de la infiel correspondencia amorosa de Nobbs. El hermoso niño de ojos oscuros no es otro que el señorito George Talboys, que rechaza las bananas en Eton y busca renacuajos en las claras aguas bajo la creciente sombra, más allá de los muros cubiertos de hiedra de su academia. Sin embargo, viene muy a menudo a visitar a su padre, que vive en la casita rural con su hermana y su cuñado; se divierte mucho con su tío Robert, su tía Clara y el hermoso bebé que está aprendiendo a caminar sobre el suave césped que desciende hacia la orilla del agua, sobre la cual hay un pequeño cobertizo suizo y un embarcadero en el que Robert y George amarran los ligeros botes de remos.

A esta casita rural cerca de Teddington también acuden otras personas, como una alegre joven y un caballero de barba gris, que ha sobrevivido a la mayor dificultad de su vida y se ha enfrentado a ella con todo su corazón y valentía.

Ya ha pasado más de un año desde que Robert Audley recibiera una carta con los bordes negros, que provenía del extranjero, en la que se le anunciaba la muerte de una tal madame Taylor, que había fallecido plácidamente en Villebrumeuse a causa de una larga enfermedad que monsieur Val describía como *maladie de langueur*^[127]

Durante el luminoso verano de 1861 otro visitante llega a la casita: se trata de un honesto y generoso joven que juega con el bebé y con Georgey y que es un gran entendido en el manejo de botes, los cuales nunca permanecen en desuso cuando sir Harry Towers se encuentra en Teddington.

Hay un salón para fumadores bastante rústico en el cobertizo suizo; allí los caballeros se sientan y fuman durante las largas tardes de verano hasta que Clara y Alicia les llaman para tomar el té y comer fresas con nata en el césped.

Audley Court está cerrada y un adusto y viejo encargado la vigila como si fuera el

monarca de la mansión que en el pasado habitaba la resonante risa de milady. Una cortina cubre el retrato prerrafaelita y el moho azul que los artistas tanto temen se extiende por los wouverbans y los poussins, los cuyps y los tintoretos. La casa recibe la visita de muchos curiosos, sin que el baronet lo sepa, que admiran los aposentos de milady y hacen muchas preguntas sobre la hermosa mujer de cabellos rubios que falleció en el extranjero.

Sir Michael no tiene intención de regresar a la vivienda familiar en la que una vez soñó alcanzar una felicidad imposible. Vivirá en Londres hasta que Alicia sea lady Towers, entonces se trasladará a una casa que ha adquirido hace poco en Hertfordshire que linda con las propiedades de su yerno. George Talboys es muy feliz con su hermana y su viejo amigo. Recordad que todavía es joven y que no es imposible que encuentre a alguien que le consuele. El terrible recuerdo de su pasado se desvanece poco a poco con el paso del tiempo, y tal vez llegue el día en el que la sombra que la maldad de milady ha proyectado sobre la vida del joven desaparezca por completo.

Robert Audley regaló las pipas de espuma de mar y las novelas francesas a un joven abogado de Temple^[128] con quien mantuvo una gran amistad durante su época de soltero, y la señora Maloney recibe cada tres meses una pequeña pensión como pago por el cuidado de los canarios y los geranios.

Espero que nadie ponga objeciones a mi historia porque al final de la misma las personas buenas sean felices y hayan obtenido lo que deseaban. Si mi experiencia vital no ha sido muy larga, al menos ha sido variada, y puedo suscribir con toda seguridad lo que un poderoso monarca y gran filósofo declaró al decir que ni la experiencia de su juventud ni la de su edad le habían mostrado jamás al «justo abandonado ni mendigar el pan su descendencia»^[129].



MARY ELIZABETH BRADDON. Nació en Londres en 1837 y falleció en Richmond, Surrey, en 1915. Está considerada como una de las mejores escritoras de novelas de la era victoriana en el Reino Unido. Trabajó como actriz durante tres años para mantenerse a sí misma y a su madre. En 1860 conoció a John Maxwell, un publicista de periódicos, con el que comenzó a vivir en 1861. Sin embargo, John Maxwell era un hombre casado con cinco hijos y su esposa vivía en un asilo psiquiátrico en Irlanda. Mary vivió con Maxwell sin estar casados y ayudó a cuidar de sus hijos hasta 1874, cuando la mujer de Maxwell murió y entonces pudieron casarse. El nuevo matrimonio tuvo seis hijos.

Mary Elizabeth Braddon fue una escritora extremadamente prolífica, escribiendo unas 75 novelas con tramas muy ingeniosas. Su amigo y posterior colaborador Wilkie Collins fue quien la animó a escribir la más famosa de sus obras, su primera novela, *El secreto de Lady Audley*. Tan sólo un año después, en 1863, publicaría *El secreto de Aurora Floyd*.

Notas

[1] Tal como señaló el crítico E. S. Dallas en la reseña de *El secreto de lady Audley* publicada en *The Times*, el nombre Audley tenía ciertas connotaciones para el lector de la época: «Es posible que imaginen que hace referencia a la horrible historia que aparece en los archivos de los juicios de nuestro país: la historia de Mervyn Touchet, lord Audley, quien fue decapitado durante el reinado de Carlos I por las inenarrables crueldades que infligió a su esposa, lady Audley» (*The Times*, 18 de noviembre de 1862, pág. 4). Asimismo, Dallas apuntó: «El secreto de la lady Audley imaginaria es muy distinto y la novela en la que aparece se adscribe por completo a la época moderna»; no obstante, el hecho de que Braddon eligiera ese nombre resulta revelador. <<

[2] Thomas Creswick (1811-1869), académico y famoso paisajista. <<

[3] *Especulación*: juego que consiste en comprar y vender naipes; *vingt-et-un*: juego de naipes cuyo objetivo es obtener cartas cuya suma de valores se acerque lo más posible a 21 sin sobrepasar esa cantidad. <<

[4] Juego de naipes precursor del *bridge* (N. de los T.). <<

[5] El *Argo* era el navío en el que viajó Jasón en busca del vellocino de oro y, en general, el nombre de un navío que emprende un viaje hacia lo desconocido. *Argus*, de hecho, también deriva del griego *panoptes* («el que todo lo ve»), Argus Panoptes era un ser mitológico que poseía cien ojos. <<

[6] Quinto oficial del ejército, que llevaba el estandarte en una tropa de caballería. <<

[7] Personifica la pobreza y la paciencia. En el Antiguo Testamento, Job era el hombre piadoso a quien Dios sometió a desgracias para poner a prueba su devoción. <<

[8] Soldado de cierto cuerpo que se trasladaba a caballo pero combatía indistintamente a caballo o a pie. (*N. de los T.*). <<

[9] El billete de tercera clase o de bodega era el más barato y las condiciones del viaje solían ser extremadamente malas. <<

[10] Risa vulgar y grosera. <<

[11] El similor era el bronce dorado utilizado para la decoración de piezas de mobiliario; la taracea era latón, carey u otro material empleado en los motivos ornamentales de las incrustaciones. <<

[12] Claude Lorraine (1600-1682): paisajista francés especialmente admirado en Inglaterra durante el siglo XVIII, que inspiró la revolución del paisajismo. Nicolás Poussin (1594-1665): máximo exponente del clasicismo francés. Philips Wouverman (1619-1668) y Aelbert Cuyp (1620-1691): paisajistas holandeses. <<

[13] Al igual que las novelas sentimentales, los críticos tradicionales ingleses solían asociar las obras de ficción francesas con la decadencia cultural y moral; describir contravenciones sexuales y explotar la emoción física inmediata se consideraba atrevido y adictivo. Braddon era una gran admiradora de la novela francesa y en *El secreto de lady Audley* hace referencia a ella deliberadamente. En «Las novelas francesas», interesante artículo aparecido en *Belgravia* y firmado por «M» (probablemente John Maxwell), argüía: «La razón por la que las novelas francesas suelen ser indecorosas no es... porque la moral francesa sea tan relajada. Más bien se debe a que las instituciones de su sociedad, al desterrar a las mujeres jóvenes de toda participación manifiesta en ellas, las excluyen necesariamente de los libros y condenan al novelista casi sin excepción a entrar en un terreno de novela romántica en el que la ciénaga peligrosa y, por lo demás, repulsiva se disfraza bajo flores de fascinante sofistería. De ahí el número de noviazgos precipitados, maridos traicionados, viudas coquetas, primos carentes de escrúpulos que abundan en la mayoría de las historias escritas al otro lado del Canal» (*Belgravia*, octubre de 1867, pág. 80). <<

[14] Miembros más antiguos de los cuatro colegios de abogados de Inglaterra. <<

[15] Nemrod era uno de los descendientes de Noé: «Era un cazador forzado delante del Señor», Génesis 10:9. <<

[16] Un diccionario médico de la época describe así «el temperamento pituitario o linfático»: «Los hombres de este carácter... poseen en general una ineluctable tendencia a la indolencia, y son igualmente reacios a las actividades del cuerpo y de la mente... Al ser poco aptos para los negocios, nunca han ejercido gran poder sobre el prójimo, nunca han cambiado la faz de la tierra gracias a sus negociaciones o conquistas» (Robert Hooper, *Medical Dictionary* [Diccionario Médico], Londres: Longman Orme &Co., 1839). <<

[17] Bonos del Estado, consolidados en un único título valorado en una cantidad específica. <<

[18] Braddon admiraba a Byron y a Moore. El poeta irlandés Thomas Moore (1779-1852), al igual que Robert Audley, estudió derecho en Middle Temple y fue amigo íntimo y corresponsal de Byron. Su obra más conocida es *Melodías irlandesas* (1801-1834), mientras que *Amores de los ángeles* (1823) destaca por su erotismo. <<

[19] Verso de *The Bridge of Sighs* [*El puente de los suspiros*] (1843) de Thomas Hood, famoso poema sentimental sobre el suicidio de una joven. <<

[20] Zona de Londres famosa por sus altos índices de criminalidad y vida barriobajera descrita en *Esbozos de Boz* (1835), de Dickens. <<

[21] El *Oxford English Dictionary* establece que el término se acuñó por primera vez en 1852, en el *Albany Evening Journal* (6 de abril): «Un amigo desea informar de que pedirá permiso... para introducir una palabra nueva... Se trata de *telegrama*, en vez de *despacho telegráfico o comunicación telegráfica*». El OED observa que, en un principio, la palabra se enfrentó a la oposición de los eruditos, ya que no era la analogía correcta del griego (como lo sería *telegrafema*), pero su conveniencia provocó que su uso se generalizara. La misma Braddon utiliza «telegrama» en el capítulo IV del volumen III. <<

[22] Año bisiesto, cuando por costumbre se permitía a las mujeres pedir en matrimonio. <<

[23] *Retroussé*: respingona; *espiègle*: traviesa. <<

[24] Autor de *El pescador de caña completo o la diversión de un hombre contemplativo* (1653). <<

[25] La Hermandad Prerrafaelita fue un movimiento artístico radical, fundado en 1848, cuyo objetivo era recuperar la frescura y el vigor perdido en el mundo de la pintura desde el Renacimiento. Este grupo incluía a William Holman Hunt, Edward Burne-Jones, William Morris, Dante Gabriel Rossetti y John Everett Millais. <<

[26] Lo reservaron como colofón final. <<

[27] Es decir, de carácter idealista y dado a las conjeturas. <<

[28] Ejemplo clásico de amistad entre dos hombres. Cuando Fintias fue condenado a muerte por conspirar contra el emperador Dionisio, Damon se ofreció a permanecer como rehén mientras Fintias iba a su casa a resolver ciertos asuntos privados. No obstante, Fintias se demoró y regresó justo cuando Damon estaba a punto de morir en su lugar. Dionisio quedó tan impresionado por este ejemplo de fidelidad que perdonó a Fintias y les rogó que compartieran su amistad. <<

[29] El suicidio era un delito según el derecho consuetudinario y el derecho escrito de acuerdo con la ley de delitos graves de 1870. <<

[30] Carew (1693-1770?) era el hijo de un párroco de Devonshire que se fugó para unirse a un grupo de gitanos. Acabó convirtiéndose en el rey de los gitanos y prestó su apoyo a Charles Edward («Bonnie Prince Charlie») Stuart. <<

[31] En la comedia de Oliver Goldsmith *Se inclina para conquistar*, el joven y tímido Marlowe confunde la casa de los Hardcastle con una taberna y, sin darse cuenta, consigue conquistar a la hija del propietario tratándola como una tabernera. <<

[32] El Holandés Volador (1846) y Voltigeur (1847) eran famosos caballos ganadores, cuyos nombres se relacionaron debido al emparejamiento que realizaron sus propietarios en las carreras de York en 1851. <<

[33] Por la fuerza de los brazos (Cicerón). <<

[³⁴] Opulento y afeminado. Síbaris era una antigua colonia griega célebre por el lujo y la riqueza de sus habitantes. <<

[35] En secreto. <<

[36] Penélope era la esposa de Ulises, que daba largas a sus pretendientes (quienes la acosaban mientras Ulises estaba ausente en sus viajes) diciéndoles que se decidiría por uno de ellos cuando hubiera terminado de tejer, y entonces cada noche deshacía el trabajo del día anterior. <<

[37] Advertencia. <<

[38] Deducciones realizadas a partir de la observación empírica. <<

[39] Timidez o vergüenza. <<

[40] Efectos personales que convierten el hogar en un sitio especial. Los lares y los penates eran los dioses domésticos de los antiguos romanos: los lares eran los espíritus de los fundadores del hogar y los penates eran los dioses de la despensa, tanto de la familia como del estado. <<

[41] Referencia al recurrente tema del adulterio en la novela francesa contemporánea (véase la nota 13). Braddon era una gran admiradora de Honoré de Balzac (1799-1850), cuya mezcla de melodrama y crítica social influyó en la novela de sensación inglesa. Entre las obras de Alejandro Dumas (1824-1895) se incluye la obra de teatro *La dama de las camelias*, en la que Verdi se inspiró para *La Traviata*. <<

[42] Esto es aparentemente un error, ya que en todas las referencias anteriores y posteriores, Braddon menciona el 7 de septiembre como la fecha de la desaparición de George. <<

[43] El caso del asesinato de los Manning fue uno de los más conocidos y sensacionalistas de mitad del siglo XIX y, aparte de Braddon, también lo menciona Wilkie Collins en *La mujer de blanco*. Maria Manning y su esposo fueron condenados por el asesinato del amante de ésta, que fue encontrado enterrado en cal viva bajo el suelo de la cocina. Fueron ejecutados en noviembre de 1849. <<

[44] Planta venenosa con propiedades medicinales, cuya raíz se creía que guardaba parecido con la forma humana y que gritaba cuando se arrancaba. <<

[45] La «monomanía» era un concepto clave en la psiquiatría de mediados de la época victoriana que podía aplicarse prácticamente a cualquier tipo de obsesión irracional. El término fue acuñado inicialmente por el alienista francés J. E. D. Esquirol como un vocablo más preciso que «melancolía»; en Inglaterra fue empleado por James Cowles Prichard para describir una obsesión delirante sobre una idea concreta mientras otras facultades permanecen intactas. <<

[46] Generalmente los herreros también hacían la labor de los cerrajeros en el siglo XIX. <<

[47] David Teniers el joven (1610-1690) fue famoso por las pintorescas escenas de pueblo. <<

[48] «Ya sabes que es lo común, que todo lo que vive ha de morir...» (*Hamlet*, acto I, escena 2, verso 72). <<

[49] Cocinadas con una salsa blanca enriquecida con crema de leche y yemas de huevo, compuesta por champiñones, pequeñas rodajas de lengua escabechada y trufas. <<

[50] Novelas de Balzac de 1831 y 1846, respectivamente. <<

[51] Vino blanco del Rin. (*N. de los T.*). <<

[52] Lucio Junio Bruto indujo a los romanos a expulsar a los tarquinos y se convirtió en el primer cónsul de Roma. Ordenó que sus hijos fueran ejecutados por intentar restituir el poder de los tarquinos. <<

[53] Insignia de autoridad. Las fasces era una segur en un hacesillo de varas llevada por un oficial (el lictor) ante un magistrado que iba a dictar sentencia para un delincuente. <<

[54] Referencia a Samuel Johnson (1709-1784), ensayista y novelista conocido por sus complejas construcciones latinizantes. <<

[55] John Philip Kemble (1757-1823), famoso actor, dramaturgo y director teatral. <<

[56] Niobe era la hija de Tántalo, cuyos catorce hijos fueron sacrificados por Apolo, y motivo frecuente del arte clásico. Niobe fue metamorfoseada por Zeus en una piedra que siempre derramaba lágrimas en verano. <<

[57] Reservas mentales. <<

[58] Elevado a Gran Canciller (la saca de lana es el cojín relleno en el que el Gran Canciller se sienta en la Cámara de los Lores). <<

[59] Marca de porcelana de Staffordshire. <<

[60] Referencia a «Los lotófagos» (1833), adaptación de Tennyson de la historia incluida en la *Odisea* de Homero sobre los marineros que visitan la tierra donde crecen los frutos del loto y, al comerlos, pierden todo deseo de trabajar o regresar a sus casas. <<

[61] Se refiere al rey Shahriyar, que mataba a sus esposas en *Las mil y una noches*, menos a Sherezade, quien evitaría la muerte contándole historias. <<

[62] *Semíramis*, personaje mítico, fundadora del imperio asirio de Nínive.
Catalinas II: Catalina la Grande (1729-1796), emperatriz de Rusia, famosa tanto por su visión para la política como por su prodigioso apetito sexual. <<

[63] En el Nuevo Testamento (Lucas 19:20), la parábola de los sirvientes a quienes su amo da dinero y juzga de acuerdo con el uso que hacen de él. <<

[64] Monje y místico agustino (1379-1471), autor de *Imitación de Cristo*. <<

[65] Autor de novelas populares (1794-1871) y, a menudo, sexualmente explícitas, sobre la vida parisiense. <<

[66] Tipos de té. <<

[67] William Hazlitt (1778-1830), ensayista y crítico radical, amigo y admirador de Wordsworth y Coleridge, conocido por su estilo de vida sencillo y casi primitivo. <<

[68] También conocida como madame Rachel, Rachel Levison (quien sería condenada a cinco años de prisión por fraude en 1868) vendía cosméticos exclusivos en su tienda de New Bond Street. <<

[69] La mujer «resuelta» o decidida se había convertido en una especie de estereotipo en la década de 1860, defendido por los partidarios de los derechos de la mujer y caricaturizado por los antifeministas. <<

[70] El comerciante que vendía a plazos se convirtió en una conocida y poco querida figura entre los barrios de la clase obrera. <<

[71] En general, Braddon empleaba nombres reales en *El secreto de lady Audley* o que se asemejaban en gran medida a la realidad. «Wildernsea» proviene, seguramente, de Withernsea, pequeño pueblo costero cerca de Hull, aunque, debido al tiempo que Robert tarda en llegar al pueblo desde Hull, tal vez se trate de un lugar más lejano, como Filey o Scarborough. <<

[72] Misántropo originario de Atenas que se retiró voluntariamente de la sociedad debido a la ingratitud que ésta le deparaba. <<

[73] Se refiere a «La historia del joven rey de las Islas Negras», incluido en *Las mil y una noches*. <<

[74] El significado médico y popular de los términos «hipocondría» e «hipocondríaco» varió considerablemente durante los siglos XVIII y XIX. La «hipocondría» era la zona del estómago que se encontraba debajo de las costillas. La medicina clásica consideraba que era el lugar en el que se originaba la melancolía, y en 1767 el escritor Robert Whytt, especializado en obras de medicina, utilizó el término con ese sentido en sus *Observations on the Nature, Causes and Cure of those Disorders which have commonly been called Nervous, Hypochondriac or Histeric* [Observaciones sobre la naturaleza, causas y tratamiento de las afecciones comúnmente conocidas como nerviosas, hipocondríacas o histéricas]. Sin embargo, Whytt también quiso concretar el significado de los términos «histeria» e «hipocondría», y a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX el significado principal del término pasó gradualmente de considerarse un estado de melancolía general y debilidad nerviosa, la forma masculina de la histeria, al padecimiento de una enfermedad imaginaria. Por lo tanto, el término coincidió en parte con el significado de «monomanía», y cuando Braddon lo emplea, los dos sentidos están implícitos. <<

[75] Maestro de una de las escuelas instituidas por la Sociedad Nacional, creada en 1811 para promover la educación entre los miembros de la clase obrera. <<

[76] Diosa griega de la guerra y de la sabiduría. Hija de Zeus y Metis, surgió, con forma adulta, de la frente de Zeus, después de que éste hubiera devorado a su esposa.

<<

[77] Tinturas utilizadas para tratar los ataques nerviosos. <<

[78] *Macbeth*, V, III: (Macbeth) «Curadla de eso: / ¿No podéis dar medicina a un ánimo enfermo...?» (versos 40-1); «Tira a los perros la medicina: no sirve para nada» (verso 47). <<

[79] Jean-Henri Latude (1725-1805) fue encarcelado durante treinta y cinco años acusado de conspirar contra madame de Pompadour, la influyente amante de Luis XV. <<

[80] La convicción de Lucy sobre la transmisión hereditaria de la demencia, que luego el doctor Mosgrave pondrá en duda y que la narradora trivializaba al comienzo del capítulo v del volumen II, refleja el razonamiento psicológico de la época sobre la transmisión de la demencia a través de uno u otro de los progenitores y que adquiriría mayor resonancia a finales del siglo XIX. Tal y como escribió Andrew Wynter en 1875: «Todos los médicos alienistas coinciden en que las hijas son más propensas a heredar la demencia de sus madres que de sus padres, y la misma regla puede aplicarse a los hijos. Sin embargo, la tendencia de la madre a transmitir la enfermedad mental es más fuerte que la del padre; de hecho, varios médicos afirman que es el doble de fuerte» (Andrew Wynter, *The Borderlands of insanity* [Los límites de la demencia], Robert Hardewicke, Londres, 1875, pág. 52). <<

[81] Robert Peel (1788-1850) fundó el Cuerpo Metropolitano de Policía durante su mandato como ministro del Interior (1822-1827 y 1828-1830), y fue Primer Ministro entre 1834-1835 y 1841-1846. <<

[82] El ideal francés de la perfección caballeresca. <<

[83] Alusión a la conocida «Elegía escrita en un camposanto» (1751), de Thomas Gray. «Algún habitante de Hampden, que con valor impávido / al pequeño tirano de sus campos se opuso, / algún Milton mudo y desconocido puede descansar aquí / algún Cromwell, inocente de la sangre de su país.» <<

[84] En la mitología escandinava, sala de los muertos. <<

[85] Compárese la descripción de Lucy sobre la monomanía con la de James Cowles Prichard: «Un individuo de temperamento melancólico que ha vivido largo tiempo en unas circunstancias proclives a empeorar su salud y provocar las tendencias morbosas de su constitución, y que sufre alguna desgracia inesperada o padece momentos de gran angustia, se siente, como consecuencia, abatido, desalentado y reflexiona tanto sobre sus propios sentimientos que todas las perspectivas de su vida futura se toman oscuras y desagradables... A medida que pasa el tiempo, su desaliento se intensifica, su imaginación se centra en una circunstancia concreta de naturaleza angustiosa y, luego, se convierte en el foco alrededor del cual giran los sentimientos que le acosan... Se le aparece un fantasma irreal que concuerda con el carácter predominante de sus sentimientos; en un principio, el fantasma le persigue y cree que es irreal pero, con el paso del tiempo, acaba pensando que es real (J. C. Prichard, *A Treatise on Insanity and Other Disorders Affecting the Mind* [Tratado sobre la demencia y otras afecciones de la mente], Sherwood, Gilbert and Piper, Londres, 1835, pág. 28.). <<

[86] Proverbios 15:1: «La respuesta suave quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor». <<

[87] *El secreto de lady Audley* se publicó durante la Guerra Civil estadounidense; «Jonathan» era el término genérico que se aplicaba a los ciudadanos de EE.UU. <<

[88] William Holman Hunt (1827-1910) fue uno de los miembros más importantes de la Hermandad Prerrafaelita. La referencia explícita a Holman Hunt da a entender que se trata del pintor ficticio autor del retrato, también ficticio, de lady Audley. <<

[89] Benvenuto Cellini (1500-1571), escultor y orfebre del Renacimiento tardío de estilo manierista. <<

[90] María Antonieta de Austria (1755-1793), esposa de Luis XVI y reina de Francia desde 1774. Era la hija de la emperatriz María Teresa de Austria. <<

[91] Isla griega famosa por su mármol blanco. <<

[92] Luis XIV y Luis XV y sus respectivas amantes. Jeanne Marie du Barry murió guillotizada durante el Reinado del Terror, en 1793. <<

[93] Ambas se hicieron famosas por su belleza, poder y carácter violento. Lucrecia Borgia (1480-1519), duquesa de Ferrara desde 1501, era la hija ilegítima del papa Alejandro VI y hermana de César Borgia; su segundo esposo fue asesinado por orden de su hermano. Catalina de Medici (1519-1589), esposa de Enrique II de Francia, adquirió gran poder político tras la muerte de éste. <<

[94] Marcas de tapicería y relojes chapados en oro muy caros. <<

[95] La esposa de Lot se convirtió en una estatua de sal al volver la mirada hacia la ciudad de Sodoma. Génesis, 19:26. <<

[96] En un lugar humilde. Tradicionalmente, el salero se colocaba en el centro de la mesa, y las personas distinguidas se sentaban a un nivel superior mientras que los sirvientes y ayudantes lo hacían a uno inferior. <<

[97] Los combativos protagonistas de *Mucho ruido y pocas nueces*, de William Shakespeare. <<

[98] La anexión británica de Oudh, provincia musulmana en Uttar Pradesh, fue uno de los factores que contribuyó a la rebelión de los cipayos en 1857. <<

[99] El primer frigorífico se patentó en 1824. <<

[100] Marcus, o Mettius, Curtius fue un mítico héroe sabino que salvó a su país al lanzarse a un abismo. <<

[101] «El profeta cubierto de Khorassan» es uno de los cuentos incluidos en *Lalla Rookh* (1817), la conocida prosa poética de Thomas Moore. <<

[102] Alusión indirecta a Catalina de Medici, que incitó al asesinato en masa de hugonotes en París el día de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572. <<

[103] A mediados del siglo XIX, la demencia puerperal o posparto era considerada como una de las principales causas de la demencia femenina y suponía del 7 al 10 por ciento de los ingresos de las mujeres en los manicomios. En su libro de texto, *Manual de medicina psicológica*, J. C. Bucknill y D. H. Tuke describían los síntomas de la demencia puerperal: «Las pacientes no cesan de hablar y suelen centrarse en un mismo tema, como el daño que les han hecho sus mejores amigos; asimismo, muestran una negligencia absoluta e incluso aversión hacia sus hijos y esposos...» (J. C. Bucknill y D. H. Tuke, *Manual de medicina psicológica*. John Churchill: Londres, 1858, pág. 238). <<

[104] Especie de gelatina que se obtiene al hervir pescado fresco. <<

[105] Alusión al misterioso Hombre de la Máscara de Hierro, prisionero de Estado durante el reinado de Luis XIV, que estuvo cautivo durante cuarenta años hasta su fallecimiento en 1703. Una de las leyendas afirmaba que era el hijo ilegítimo de Luis XIV, el duque de Vermandois; sin embargo, en la novela que Alejandro Dumas padre escribió basándose en esta historia, propuso la teoría de que el prisionero de Estado era el ilegítimo hermano mayor del rey. <<

[106] Conocido verdugo estatal que falleció en 1686. «Jack Ketch» se convirtió en un apodo común para los verdugos. <<

[107] En el tribunal de Chancery tuvieron lugar litigios sobre la propiedad. Desde un punto de vista documental, Braddon no sólo evita el procedimiento de encarcelamiento, sino que también pasa por alto el hecho de que declarar demente a Lucy no evitaría un escándalo a la familia Audley. Aunque la observación del doctor Mosgrave es muy vaga, por un lado alude directamente a los juicios de Chancery sobre la propiedad y, por el otro, se refiere indirectamente a la situación de los dementes de Chancery, personas acaudaladas y supuestamente locas, cuyo patrimonio podía ser puesto a la disposición de sus familiares si así lo deseaban y cuya situación despertaba el interés público sobre las reclusiones injustas. <<

[108] Compárese con la explicación que Prichards ofrece sobre la demencia moral: «En muchas ocasiones se ha descubierto que en la familia existían casos de demencia hereditaria o que varios de los parientes de la persona aquejada sufrían otras enfermedades mentales. También se ha descubierto que el propio paciente ha sufrido, durante períodos anteriores de su vida, ataques de locura de una gran intensidad... Si el caso se presenta a los tribunales, y el paciente responde pertinentemente a las preguntas que se le formulen y no da muestras de ninguna ilusión mental, característica que se suele considerar inherente a la demencia, resulta bastante probable que el alegato sea desestimado» (*Tratado sobre la demencia, op. cit*, págs. 12-13). <<

[109] Manicomio o casa de salud. Véase también la nota 110. <<

[110] Complicado juego de alusiones. Aunque Bélgica era el país que estaba a la vanguardia de la reforma de la locura en Europa (en marzo y abril de 1861 *The English-woman's Journal* alabó la progresista comunidad terapéutica de Gheel), los reformistas ingleses solían pensar que los manicomios de la Europa continental se valían de tratamientos desfasados y crueles. El reformista John Conolly, por ejemplo, los describe de esta manera en *The Treatment of the Insane Without Mechanical Restraints* [*El tratamiento de los dementes sin condicionantes mecánicos*]. La casa de reposo en la que confinan a Lucy es un manicomio moderno y «humano» en lo que se refiere al tratamiento de los internos pero, a diferencia de los manicomios reformados, no ofrece esperanza alguna de cura o reinserción en la sociedad, lo que recuerda la descripción de Conolly sobre el sistema de los antiguos manicomios que él consideraba que ya no se practicaba en Inglaterra: «Los manicomios privados y públicos para los dementes ya no son lugares en los que aquellos que llevan allí a sus parientes enfermos corren el tupido velo del olvido, sino lugares reales para el refugio, casas de paz y reposo...» (John Conolly, *The Treatment of the Insane Without Mechanical Restraints*, Smith, Eider, Londres, 1856, págs., 171-172). Por lo tanto, Braddon alude indirectamente al antiguo miedo sobre el confinamiento en manicomios de individuos problemáticos, a la vez que anticipa la visión pesimista de finales del siglo XIX sobre el hecho de que la demencia hereditaria no podía ser curada y que demencia y delito eran prácticamente sinónimos. «Al final, apenas existe diferencia», escribió Henry Maudsley, yerno de Conolly, «si se condena con ira al delincuente y se le recluye en prisión o si se le condena con pena en lugar de con ira y se le recluye de forma parecida en un lugar llamado manicomio» (Henry Maudsley, *Responsability in Mental Disease* [*Responsabilidad en las enfermedades mentales*], Henry King, 1874, pág. 26). <<

[111] A la luz de la alusión a Wilkie Collins que aparece a continuación, Robert podría referirse al cuento de Collins «Monkton el loco», incluido en *La reina de corazones* (1859); dicho cuento narra la historia de un hombre que emprende una búsqueda de carácter monomaniático para encontrar el cadáver de su fallecido tío, enterrado en una tumba anónima. <<

[112] Alejandro Dumas (1802-1870), autor de novelas «de sensación» como *El conde de Montecristo*. Wilkie Collins: véase nota anterior. Este es otro ejemplo del uso autoreflexivo de la ficción en la novela. <<

[113] Los Thrale, amigos del doctor Johnson (1709-1784), le encontraron en junio de 1766 postrado ante un clérigo en un estado de colapso mental absoluto. Había sufrido de melancolía grave (que en el siglo XIX se llamaba monomanía) desde que tenía veinte años, cuando se vio obligado a abandonar sus estudios en Oxford por falta de recursos económicos y, tal y como lo explicó Boswell, se sentía «abrumado por una terrible hipocondría, por una irritación, inquietud e impaciencia perpetuas y por un abatimiento, melancolía y desespero que le convirtieron en un desdichado. Nunca se recuperó del todo de tan funesta enfermedad». (J. Boswell, *Vida de Samuel Johnson*, ed. G. B. Hill, Clarendon Press, Oxford, 1934,1, págs. 63-64). <<

[114] James Boswell (1740-1795), biógrafo de Johnson; Oliver Goldsmith (1728-1774), novelista, dramaturgo y poeta; David Garrick (1717-1779), actor; sir Joshua Reynolds (1723-1792), famoso pintor de retratos que fundó el club literario del que Johnson, Garrick y Boswell eran miembros; la señora Thrale (1741-1821), amiga íntima de Johnson y autora de *Anecdotes of the Late Samuel Johnson* [*Anécdotas del difunto Samuel Johnson*], que se casaría con Gabriel Piozzi, un músico italiano. <<

[115] La traducción literal sería «un fantasma en un coche de caballos». <<

[116] Lámparas que contenían un regulador que servía para controlar el flujo de aceite.

<<

[117] Nombre artístico de Fanny Barton (1737-1815), hija de un soldado que triunfó como actriz, primero en el Haymarket y luego en Drury Lane como miembro de la compañía de Garrick. A pesar de sus adulterios y de su afición al juego, logró alcanzar una posición importante en la sociedad y se convirtió en líder de la moda. Se retiró de los escenarios en 1799. <<

[118] Eliza O'Neil (1791-1827), actriz irlandesa de enorme popularidad que trabajó en Belfast y en Dublín antes de actuar en Covent Garden en 1814. Admirada por Hazlitt y Shelley, se la consideraba la rival de otra actriz famosa, la señora Siddons. Uno de los papeles que interpretó fue el de la señora Beverley, cuyo esposo se ve arrastrado a la ruina por culpa del villano Stukeley, en la conocida obra de teatro de Edward Moore *The Gamester* [El jugador] (1753). <<

[119] Véase la nota 68. También podría tratarse de una alusión indirecta a «Rachel», nombre artístico de Eliza Félix (1820-1858), la gran actriz trágica franco-judía, que visitó Londres en 1841, 1843, 1846 y 1855, causando un enorme impacto, y que aparece en las obras de ficción *Tancred* (1847), de Disraeli; *Rose, Blanche and Violet* (1848), de G. H. Lewes; *Villette* (1853), de Charlotte Brontë y *Daniel Deronda* (1876), de George Eliot. <<

[120] Laxantes. <<

[121] Reloj que funcionaba sin darle cuerda durante ocho días. (*N. de los T.*). <<

[122] En la mitología irlandesa, espíritu de mujer cuyo llanto presagia una muerte. <<

[123] Asociaciones masculinas normalmente unidas por el secretismo. <<

[124] En *Jerusalén liberada*, de Tasso, Armida era la sobrina del rey de Damasco y utilizaba poderes mágicos para atraer a los caballeros cristianos que asediaban Jerusalén a un jardín encantado en el que eran vencidos por la indolencia. <<

[125] El paseante es una figura clave para los escritores parisienses del siglo XIX, especialmente para Charles Baudelaire, que consideraba que era el producto por excelencia del moderno consumidor de cultura. En uno de sus ensayos, *El pintor de la vida moderna*, publicado por primera vez en 1863, Baudelaire retrata al paseante y al *dandy* como a las figuras por antonomasia de la urbe. <<

[126] Lévy era el editor más importante de la narrativa francesa. <<

[127] Anemia, pero también, de forma más general, apatía. <<

[128] Estudiante de derecho con aposentos en Temple. <<

[129] «Joven fui y ya soy viejo y jamás viera al justo abandonado ni mendigar el pan su descendencia» (Salmos 37:25). <<